

LOS ÚLTIMOS HIJOS DEL LINCE

Sara Sánchez Jara

LOS ÚLTIMOS HIJOS DEL LINCE

Sara Sánchez Jara



FOTO: Juan Guzmán - Hans Gutmann
DIBUJO: Pablo Capote

APUNTES BIOGRÁFICOS:

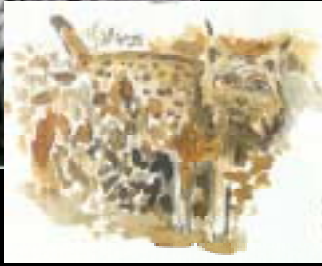
Sara Sánchez Jara

Nació en Extremadura (Plasencia 1963) aunque fué engendrada en Rio Branco, una pequeña ciudad del estado de Amazonas y ha vivido desde los diez años en Madrid así que tiene debajo de su piel y de su palabra una extraña mezcla de selva y asfalto. Estudió Biología en la Universidad Complutense y se doctoró en la Universidad de Sao Paulo con una tesis sobre *"sistemas de censo para felinos: el caso del Jaguarundí o Gato Nutria"*. De regreso a Madrid con una amplia experiencia en supervivencia en la selva y costumbres alimenticias no muy recomenzables -algún día quizá cuente como se prepara una brocheta de cucarachas o un guisado de mono con frijoles- tuvo que trabajar de camarera y cocinera en una churrasquería, monitora de cursos de supervivencia para ejecutivos agresivos y profesora en una granja escuela. En los últimos tres años años ha colaborado en el programa de recuperación del Lince Ibérico y ha publicado diversos artículos en periódicos y revistas bajo seudónimo sobre sustancias productoras de estados alterados de conciencia y la ayahuasca. En la actualidad anda perdida en algún punto de la frontera entre el Estado de Amazonas y Perú realizando un estudio sobre el universalismo mítico de los felinos. "Los últimos hijos del Lince" es su primera novela y fue escrita durante los meses que pasó en un pueblo del norte de Extremadura buscando al último de los Linces Ibéricos.



LOS ÚLTIMOS HIJOS DEL LINCE

Sara Sánchez Jara



Siempre se escribe del pasado, pero, ¿se puede escribir el futuro?. Sara vuela de vuelta a España desde la violenta realidad de Guatemala intentando acabar de escribir una novela con la certeza de que sus palabras no solo salvarán muchos nombres del olvido si no también la vida real de un antiguo amante.

La Hermandad fue un grupo anarquista al que persigieron sin éxito los asesinos de Stalin y de Hitler. Hoy, más de sesenta años pues, los últimos supervivientes de la Hermandad vuelven a reunirse para salvar un lince de un misterioso cazador y para proteger al nieto de uno de ellos.

En 1939 un grupo de españoles viaja a la Praga ocupada para comprar armas, el plan es comenzar una masiva guerra de guerrillas y prolongar la contienda hasta que comience la Segunda Guerra Mundial. El primer envío de camiones logra cruzar milagrosamente Europa y llegar a España sin ser detenido.

Teodoro Sánchez, un apacible profesor de griego que cuenta historias por la radio para distraer a la gente de la terrible vida cotidiana, es dado por muerto en uno de los bombardeos a la capital. Desde entonces su vida ya será otra, la de un espía encargado de ejecutar a un traidor, un negociador de la paz con Franco, un fugitivo perseguido, un exiliado convertido en garimpeiro que decide escribir para ahuyentar a un jaguar que ronda la hacienda.

Olga Havel voluntaria checa de las Brigadas Internacionales viene a España para ver con sus ojos el país del que tantas veces le habló siendo niña su profesor de guitarra. Olga Cepeda experta en felinos quiere demostrar que el lince en la comarca de Jara no se ha extinguido. Dos mujeres separadas por el tiempo están unidas por el mismo nombre y por el mismo monstruo que las persigue.

NOTA DE LA AUTORA:

Me contaron esta historia. En ella hay nombres, lugares y hechos que ya conocía. Otros, en cambio, intuyo que son imaginarios. Pero a quién le importa qué es realidad y qué ficción. Como me lo contaron, yo lo cuento. Solo soy una voz.

Para Iker.

“Donde al fin quede libre sin saberlo yo mismo,
Disuelto en niebla, ausencia,
Ausencia leve como carne de niño.
Allá, allá lejos;
Donde habite el olvido.”

Luis Cernuda

“Lo que dices de mí va borrando mis huellas.
Lo que dices de mí me prepara emboscadas”.

Jesús Aguado

“La memoria es el cielo de quienes no creemos en el cielo”.

Javier Cercas

I

Me decías —Me gustan las voces, por eso no deseo escribir nada. Las palabras escritas son pequeños sarcófagos. Me gusta escuchar, guardar en la memoria sus voces, solo así siguen siendo de ellos— yo ya sabía entonces que mentías, pero aún no sabía por qué.

HE VISITADO MUCHAS CUEVAS Y ABRIGOS HUMANOS que contienen pinturas maravillosas, son escenas que a poco que imaginemos se mueven ante nuestros ojos y nos cuentan quienes éramos hace unos miles de años. Allí estamos, subiendo por un árbol altísimo para coger un panal de miel, acechando a los bisontes en una vaguada, pescando peces bajo el agua de una charca.

Muchas veces he tenido la certeza de conocer sus nombres, sus vidas, sus deseos. Esa certeza ha ido aumentando cuando he escuchado la misma historia al amor de la lumbre en lugares muy distintos. No se trataban de cuentos para sobrecoger a los niños, ni de fabulaciones imaginarias sin otro fin que el entretenimiento, ni de literatura oral con sabios aprendizajes y moralejas. Todas tenían en común la intensidad de la mirada en el narrador, el temblor de su voz escondida entre las palabras, las manos amasando el aire y, sobre todo, la certeza de quien hablaba y quienes estaban escuchando que sus palabras estaban nombrando y definiendo el futuro.

La separación entre realidad y fábula no está en las pinturas rupestres. Estoy segura que lo que allí se dibujaba iba a pasar y pasó. El pintor no daba forma a sus deseos de caza abundante si no que estaba describiendo a los cazadores silenciosos y sobrecogidos en la penumbra de la cueva cual iba a ser realmente el porvenir.

La capacidad creadora del lenguaje, artífice de las certezas de la realidad, ha perdurado en todos los pueblos del mundo hasta ahora. Los

libros sagrados de muchas religiones, sus palabras, son tenidas como historias ciertas sin mayores conflictos, del origen del mundo a las profecías del futuro.

Por supuesto yo no creo en todo esto. Mi educación positiva, racionalista, científica me hace separar con claridad la ficción de la realidad, la fantasía de los hechos.

Pero hoy deseo creer o, mejor dicho, deseo descubrir que estoy equivocada. Por eso ahora invoco a todos los pueblos que nos precedieron, a todas las generaciones de narradores que salieron de África hace miles de años y se extendieron por Europa y Asia, cruzaron el estrecho de Bering y bajaron por las dos Américas hasta la tierra del fuego llenando las cuevas de dibujos y de historias que desearon ciertas. Por eso voy a escribir esta historia, para salvar de la realidad al hombre que amo y dejar dibujada en la memoria de esta cueva informática unos hechos que todos nosotros vivimos aunque una vez deseé olvidarlos, borrarlos con lluvia y tiempo, convertirlos en ficción. Quiero inventar la realidad y cambiar el futuro, atravesar la historia y el tiempo en todas direcciones como hacían los pueblos antiguos cuando tenían el destino en sus manos.

Hoy me ha tocado a mi ser la narradora, aunque mañana es posible que os corresponda a vosotros. Quiero que sepáis como es el tono de mi voz y como me nombran. Me llamó Sara tengo treinta y cinco años, soy hija de Laura y de Yaním, mi madre era de Burgos y trabajó toda su vida de enfermera, mi padre era de un pueblo ya desaparecido, vivía en el nacimiento del río Negro en el Estado de Amazonas. Tengo pues la piel cobriza, el pelo negro, los ojos ligeramente rasgados de mi padre y los dedos largos, la risa y la forma de los labios de mi madre. Mi voz es algo ronca con la dicción madrileña suavizada un punto gracias a todos estos años de brasileña adoptiva. No tengo hijos, ni casa, ni trabajo, mi único compromiso es acabar este viaje y esta historia para evitar un crimen.

No soy fuerte, no me siento intrépida, ni valiente, no conozco ya a casi nadie allá en España, no tengo armas ni sé cómo evitaré esa muerte. Ya he dicho antes que no creo que se pueda inventar la realidad y menos cambiar el futuro a nuestro antojo pero solo me quedan las palabras y la memoria que me regalaron otros y a ella me agarro mientras el avión comienza a perderse entre las nubes y siento que todo está oscuro y frío ahí fuera.

Sabes que te van a matar como a Olga, que es estúpido esconderse en una casa tan vulnerable y solitaria donde nadie oír el tiro o el grito. Es

idiota tomar el sol bajo la parra y pasarse las horas mirando el vuelo de los abejorros negros sobre las buganvillas y a la caída de la tarde cavar un buen agujero en la esquina más sombreada del huerto para transplantar esa mata de bambú que ya no cabe en la maceta.

Te levantas temprano para hacer buñuelos y desayunas debajo de las acacias. Sales a pescar el día entero e imaginas que estás de vacaciones, que el tiempo se mide en días, que tu mujer volverá y te mirará en sus pupilas, sentirás que ese hombre diminuto en el reflejo eres tú, sus labios conocen tu vida entera y más allá. Entonces sientes, sospechas, sueñas en la pesadilla que un rifle te apunta a la cabeza Ni siquiera oirás la bala rompiendo el hueso y convirtiendo tu cerebro en gelatina batida.

Arrancas el motor de la barca y bajas hasta el siguiente recodo del río.

Ya no está Teodoro, ni ella, ni nadie. Solo el río lleno de primavera en el que los peces dan saltos al anochecer rompiendo en un instante este silencio. Ya no existe el gran pez, gigante, inmenso como el sueño de un niño, ni hay lince, ni las voces de los viejos de la Hermandad junto a la chimenea. Estás solo, escondido donde cualquiera puede encontrarte, habitando la casa que siempre imaginaste poseer, desnudo de memoria, sospechando que ya nada importa.

Cuando mañana o ahora mismo vengan a matarte el río abrigará tu cuerpo, en el limo del fondo se deshará tu cerebro y las voces serán esta última niebla de abril que te rodea. Nadie podrá contar a un niño que los duendes del bosque llevan disfraz de lince, que de verdad hay monstruos verdosos de ojos amarillos acechando en las charcas, peces sabios que hablan, delfines rosados como sexos de sirena, licores que nos convierten en enredaderas, viejos héroes sin nombre, mujeres que regresan de la muerte, libros rescatados de las ruinas, cartas que nunca se escribieron, crímenes sin castigo, promesas incumplibles en las que ahora sin embargo deseas creer.

Sin ti nadie contará la historia de Anumi y de su hijo Yanim atravesando la selva para salvar la vida y con ellos se irá la memoria de un pueblo aniquilado por la gripe, ni hablarán de una niña enamorada del viejo guitarrista gitano que vive en Praga, ni del gesto de Miaja cuando descubre la traición, ni del olor del caucho curándose en el fuego o la playa de Argelès sur Mer el día de noviembre que José Garcés ha muerto y sus diarios se pierden con el viento más allá de los alambres de espino y el olor a cloaca.

Cuando la bala que no oirás estalle en tus oídos se irán todos los nombres, imágenes, olores y palabras que dicen lo que somos y lo que nunca fuimos, que nombran el futuro y las estrellas, el sabor del amor, el

color de la desdicha, las mil formas del frío. Pero tal vez se salve un pedazo de historia y pueda reinventarse lo que ya está perdido, quizá otra cabeza imagine de nuevo lo que fue de verdad, a lo mejor es Sara, yo, la que habla ahora mismo y Sara es el viejo, tu mismo esperando la muerte. Puede que estas palabras sean fruto de su voluntad de fabuladora, de la necesidad de conservar a salvo aquello que vivió o deseó vivir o deseo inventar.

Ha dejado de llover en la Calle Magdalena y las casas pintadas de colores brillan con el primer sol mientras conjuro el olvido y protejo los sueños para que nadie pueda robarnos la memoria. Tan lejos de Madrid y tan cerca de todo, conjurando la fiebre, aplazando trabajos, rompiendo la costura del tiempo para hacer un abrigo que proteja a otros cuerpos, urdiendo la telaraña frágil de la historia desde una casona perdida en Guatemala, aplazando el dolor para mañana, escribo mirando a través de unas fotografías que él me dejó o yo le robé como ahora le robo la voz para no llorar tras la tormenta.

Escribo nuestra historia, atesoro los recuerdos y los cuentos, invento tu vida para que la dignidad de los que ya no existen embellezcan mis palabras. Le van a matar y yo lo sé. Todos los días sale con la barca a pescar sin sospechar que el asesino desenfunda el rifle, ajusta el visor, apunta a un milano que planea, encaja el cargador con las balas del treinta y se toca el mentón recién afeitado, se sienta entre los helechos, sonrío. El noble deporte de la caza del hombre –murmura—. Y acaricia la culata de raíz de nogal del arma que le regaló su padre, Rudolf, el monstruo.

Escribo: le van a matar aunque sigas llamando a mil teléfonos buscando quién le puede avisar. Aunque hayas comprado un billete para mañana no llegarás a tiempo. Ya solo habrá un cuerpo flotando y todas estas hojas escritas inútiles que tiraré también al río cuando llegue.

El cazador mete la última bala en la recámara y oprime el botoncito del seguro, se encara el arma con cuidado y apunta al recodo donde las garcetas asustadas se levantan por el ruido de un motor.

Vuelves a leer la carta de Dimitri que llegó ayer con demasiado retraso en la que te cuenta todo lo que nunca pudisteis imaginar. El nombre del monstruo. Piensas en él, imaginas su cara mientras aguardas el taxi que te lleve al avión.

El asesino toca el gatillo con el dedo y deja que la barca se aproxime un poco más, no le tiembla el pulso a pesar de la resaca, un trofeo más para su colección que no podrá colgar en la pared de la quinta, pero mañana si tendrá una hermosa cabeza que colgar junto al tigrillo y la onza, ese duende del bosque con forma de lince que se acaba de esfumar entre los juncos espantado por la maldita barca. Le dirás a Edelman que no puedes irte sin cazarlo, pagarías incluso unos miles de dólares por tener otra vez en el punto de mira su pecho moteado y tocar con tus manos los pinceles de pelo de sus orejas, sus ojos de fiera, las garras del último y auténtico cazador de los montes de España.

El pescador apaga el motor y deja que la corriente le lleve río abajo. Ayer se quedó hasta tarde leyendo, tumbado en la hamaca brasileña, receloso de meterse en un sueño que se rompe a cada hora, son imágenes muy nítidas que puede recordar al despertarse en las que hay un hombre solo acompañado de otros hombres muy viejos, los ojos casi ciegos, mudos, han olvidado como se habla, ya no saben lo que dicen las palabras. Entonces aparece una mujer joven de ojos muy grandes y labios recién pintados de ese rojo intenso que usaban las chicas en los años treinta que les enseña fotos de objetos cotidianos y los nombra ante ellos. Pero nadie repite el nombre, solo él sabe que esos cartoncitos de colores brillantes que la mujer muestra entre sus dedos se llaman fotografías y se aferra a la palabra con toda su memoria, fo—to—gra—fi—a, pero el sonido se va descomponiendo, se confunde con el ruido adiposo de su respiración y se borran junto a ella todos sus recuerdos, su vida entera.

El pescador se limpia la pesadilla inclinándose en el borde de la barca, metiendo la cabeza en el agua helada de amanecer y niebla, abre los ojos e intenta que la oscuridad líquida le lave esas imágenes terribles de las pupilas. La última garza asustada sale de lo alto de un chopo y planea río abajo en el momento en que él piensa un nombre y evoca una cara para conjurar el miedo: Sara. Muy lejos de allí, en ese mismo instante, mientras la garza se pierde de su vista, una mujer se abrocha el cinturón dentro de un avión a punto de despegar, un viejo vencido escucha las araras cortejándose encima de las castañeiras después de la tormenta y más lejos de allí la guerra borra las traiciones, los vencidos que no quieren llegar a Port Bou y se pierden entre los viñedos frente al mar para pegarse un tiro, bombas cayendo en la Gran Vía mientras estamos en la radio y Arturo lee sus cuentos, su diario de sangre y ternura, resistencia y dolor, el mismo Arturo que te envía desde Oxfordshire "La Forja", pero ya no es el mismo aunque Ilsa le lleve a pasear algunas tardes por las calles tranquilas de Chelsea hasta el Physic Garden. Y más lejos aún un carromato de titiriteros se atasca en el barro y un chiquillo suelta al cocodrilo amaestrado para que pese menos las tartana y el saurio se aleja con pereza, mientras un arriero cruza el

río que va crecido en un lanchón que escora demasiado bajo el peso de sus tres mulas murcianas y entre las mantas que no pudo vender van unos libros de Buffon con las historia de todos los animales de la tierra y un niño leerá esos libros pequeños convaleciente de unas fiebres palúdicas con la boca amarga de sulfato de quinina y los ojos llenos de bestias exóticas y desconocidas.

El pescador ajusta con cariño los tres tramos de la caña de bambú que hace años encontró en el desván de la casa grande de su abuela, ata un anzuelo diminuto con el que atraviesa un grillo vivo y lanza suavemente el aparejo debajo de las ramas de sauce que casi tocan la corriente, justo donde el río se hace más hondo y más estrecho.

Pasados ya los treinta años sabe que la paciencia no es la virtud de un pescador sino el instinto, la ciencia oscura de la experiencia acumulada de generación en generación, el susurro que nombra un grillo vivo como cebo, la voz secreta que nos describe el tamaño de un barbo al acecho entre el sol y la sombra de la orilla, el grito a tiempo que hace vibrar la caña en el preciso momento en el que el pez ataca. Pasados los treinta tiene la certeza que todo está perdido, el mismo río se muere sin revelar su furia, como Olga no muy lejos de allí asesinada por la misma voluntad que ahora le apunta con un rifle mientras se asombra por la belleza del lince que acaba de ver corriendo entre los juncos.

A esta edad no asusta la muerte, solo da miedo el final de los otros y tener la certeza de una vida confusa, repetida, rutinaria de trabajos, vacaciones, fechas de entrega, escapadas en domingo para pescar, como antes que apareciera en tu vida el viejo indiano, antes que regresara Sara y que abandonararas la ciudad por una casa de madera de abeto finlandés al pie del río de tu infancia, exiliado de ti mismo.

Ahora que el avión acelera por la pista y se te pega la espalda al sillón, te asombra descubrir que no vas a volver a la calle Magdalena, cierras los ojos para borrar la angustia y el pitido bronco de las turbinas, la azafata comienza con la mímica absurda de las salidas de emergencia y el chaleco salvavidas, te levantas y buscas el teléfono. Se averió señorita, dice la azafata que te mira de arriba abajo tus pintas de indita, la camisa bordada con flores de colores, las pulseras de plata en tus manos demasiado morenas para esos ojos azules de alemana anoréxica. No quieres llorar como una estúpida delante de esa mujer que se cree superior por haber nacido con la piel sonrosada y el flequillo dorado así que vuelves a tu asiento, sacas el ordenador portátil de tu bolso y abres el fichero en el que tienes un poco de memoria caliente, un poco de vuestro tiempo detenido. Vuestro, has dicho vuestro por primera vez y la palabra te sabe dulce como los higos fríos que

desayunasteis el primer despertar juntos tras el reencuentro, vosotros sois los hijos del lince, os decía Teodoro apoyando el bastón de caña tostada sobre la hierba blanda del Parque del Capricho. Tú india, superviviente, niña, fiera, papaya, palabra, manigua, memoria y tú también, maldito, nómada, vago, vencido, silencioso, titán. Vosotros sois quizás los últimos hijos de ese gato que cuidáis. Vosotros, el fabulador y la narradora, vaya pareja imposible.

Comienzas a leer lo que escribiste, lo que escribió, lo que vivieron otros de los que nadie recuerda sus nombres pero tú los llamas para que se detenga el mundo y el avión llegue antes que una bala te convierta para siempre en la mujer muda que te niegas a ser.

II

Dijiste: Tienes ser tú quién escriba esta historia. De alguna forma te elegimos todos sin ponernos de acuerdo. Tú también tendrás que ser una superviviente.

—ESTÁS QUEMADA —me dijo mi jefa— tómate una vacaciones, un año haciendo otra cosa es imprescindible para conservar la cordura y no tirarte por la ventana o querer tirar a alguien.

Así de fácil, así de cómodo. Era eso lo que me angustiaba y lo que me jodía, nuestra facilidad para salir del caos y volver a Madrid como si nada, la posibilidad de apear nos en marcha y que el tren se vaya a la mierda sin nosotros, a eso me resistía todas las semanas, cada día, hasta que un compañero voló por el aire ante mis ojos y un trozo de carne cayó delante de mi haciendo un ruido de agua derramada y ese olor exactamente igual al de las barbacoas de churrasco invadió todas la calle.

Hacía ya varios años que el trabajo de cooperación era solo eso, un trabajo. Había perdido como casi todos esa remota esperanza de cambiar realmente las cosas, de ayudar a mejorar la vida de esas mujeres en las que se reconocía cada día más, era diferente de ellas solo por una cuestión de azar, de país, de nacimiento, aunque sus genes eran también mi genes.

Desde el atentado llevaba de escolta a un GEO, tenía que ir a todas partes con el guardaespaldas por orden de la embajada. Estupendo —pensaba— ahora me pegaran un tiro a mí y otro al escolta si quieren, dos por uno.

Elegí la traición una vez más. Un año sabático con la posibilidad de trabajar en una emisora de radio, volver a Madrid, olvidar los volcanes y los mercados de colores, la humedad permanente, la risa de mis amigas guatemaltecas y la sombra del escolta, un chicarrón alto, guapo, fuerte con el que no había intercambiado más de una docena de palabras en un mes.

—Tienes que hacer unas entrevistas a una gente de un pueblo de Extremadura que andan a la greña con un terrateniente por unos nidos de cigüeñas, ¿no eras bióloga o algo así?. La típica historia de la España profunda, dijo alguno de la redacción.

—Lo mismo se las comen —murmuró la secretaria del director—.

No llevaba ni una semana en Madrid. Todavía no me había acostumbrado a los horarios, las comidas, los encuentros aplazados con los viejos amigos, así que esa propuesta de huida de la todos se escaqueaban en la radio me pareció estupenda. Además conocía a Olga desde la facultad.

La última parada del autobús era Jara. Pregunté y me dijeron que la dirección que tenía era una zona de cultivo al lado del Tietar a más de diez kilómetros del pueblo. Estaba anocheciendo, se acaba el viernes, estaba cansada y me senté en el banco de la estación.

—¿Señora, es Usted Jara Sánchez?.

Creo que nunca me habían llamado señora ni usted.

—Me ha pedido Olga que la lleve en el coche hasta su casa —me dice el desconocido— me llamo Nasser y vivo cerca de sus amigos, bueno, yo también soy amigo de Olga.

Me tiende una mano dura, áspera, sucia.

—Perdone mi aspecto, he terminado el jornal ahora mismo y todavía no he podido lavarme, es que la savia del tabaco es muy pringosa y acabamos hechos un asco y eso que ahora solo es plantar, cuando toca en agosto recoger la hoja es peor.

Aquel era uno de los pocos tipos que admirabas y escuchabas con respeto, me dijiste una vez. Un día te contaré su historia, él si que tendría que escribir lo que sabe. Nasser tenía tu edad y sin embargo parecía veinte años mayor.

—Ya estamos llegando, esa luz que se ve al fondo es la casa de Olga y de su amigo. Es un tío un poco raro, pero también muy amigo mío. Ha escrito una novela sobre una guerra, supongo que viene a hacerle una entrevista.

—No, vengo por lo de las cigüeñas.

—¡Ah!, los nidos de la finca del Chileno, el muy cabrón.

Me hizo gracia su acento marroquí sobre la palabra y nos reímos juntos.

—El muy cabrón —volvió a repetir— cuando llegué el primer año a Jara trabajé para él, nos tenía alojados en una pocilga y encima nos cobraba un alquiler por la casucha, el muy cabrón, nos llamaba moro, moro por aquí, moro por acá, moraco, morucho, ¡a ver si os laváis de vez en cuando que la casa huele a montuno!.

Nos volvimos a reír de las infamias del tal chileno. Cuando paró el cuatro latas el último rayo de sol se perdía entre los chopos del río.

—Bonito ¿he?, todos los periodistas que vienen dicen eso.

El sueño de un pescador, me dirás, una casa de madera junto al río de mi infancia y un huerto de naranjos. Acababas de arrancar una naranja para mí y me pediste que la oliera.

—La familia vendió un terreno junto al pueblo en el que mi abuela había plantado naranjos, mandarinos y limoneros de todas clases. Iban a construir en los terrenos una barriada de casas y un parque público. Me dais los naranjos?, les pregunté, ¿qué vas a hacer, llevártelos puestos? dijeron. Me gasté en ellos el último dinero que tenía en el banco, me traje de Madrid a la mejor empresa de jardinería, analizaron la tierra y me dijeron que se iban a salvar con suerte el sesenta por ciento, los arrancaron con un mimo exquisito y los replantaron aquí, se salvaron todos, ni ellos se lo creían. Mi abuela los había plantado, injertado y cuidado durante treinta años, me parecía un sacrilegio verlos tronzarse por las excavadoras. Y aquí están.

Una casa de madera grande con chimenea de piedra, porche con hamacas brasileñas, tiestos de geranios. Salisteis todos a saludarme como si fuera una vieja amiga de siempre, después volvisteis todos al salón mientras Olga me subía al otro piso y me dejaba en la habitación.

—Baja cuando quieras, te he dejado cena en la cocina.

Esto era ser una privilegiada, un mes antes había explotado ante mis ojos el coche de mi compañero y me paseaba por Guatemala con un policía armado hasta los dientes mientras el resto de compañeras guatemaltecas amenazadas de muerte seguían saliendo cada día solas de sus casas y ahora estaba aquí a miles de kilómetros de mi casa de la calle Magdalena para proteger unos pájaros con mis palabras.

—Bueno, pájaros, pájaros, yo diría quince cigoñinos de ciconia nigra —aclaró Olga cuando me reuní con todos frente a la chimenea—.

Ya le sacaba de sus casillas esa intromisión de los niños ecologistas en las cosas del Ayuntamiento pero ahora iban directamente a por él amenazando sus propiedades como el pretexto ese del lince. Acaba de recibir una carta de la Consejería de Medio Ambiente informándole de la visita inminente de un equipo de biólogos para rastrear la existencia del bicho.

—Ya sabes Helio tienes dos días para cargarte esa alimaña y a la madre que lo parió y no dejar rastro, busca cagaderos, meaderos si los hay, pon cepos, lazos o lo que te venga en gana, pero caza ese animal.

Edelman llama a sus contactos en la Junta intentando evitar la visita, asegurando que es una burda mentira, más quisiera él que hubiera lince en su dehesa, dice, pero el hijo de su amigo y camarada de Falange le da largas.

—Anda y que se joda, se piensa que todavía puede dar ordenes como cuando Franco.

Es más, va a llamar al Leocadio para que le pinche un poco y lo mire todo con lupa que para eso él es socialista y le repatea que todavía haya gente como Angel o su mismísimo padre, caciquillos mafiosos que se creen todavía dueños de algo.

Pero lo que más le jode y le enrabia a Edelman es que el asunto del lince lo sacara un Guardia Civil.

—El hijo de la gran puta, si Franco viviera ese iba directamente al paredón, como hizo su amigo Gómez Cantos con aquel guardia en mesas de Ibor. Y que su hija sea una de las zorras ecologistas que andan pinchando al Ayuntamiento con sus manifestaciones y sus escritos en la prensa.

Angel ha sido Alcalde de Jara durante treinta años, gracias a él se hizo un barrio entero de viviendas para heridos de guerra y viudas de caídos, el agua corriente para el pueblo alto, la asociación de cultivadores de tabaco, la ampliación del cementerio, el asfaltado de casi todas las calles del pueblo que antes eran un lodazal en cuanto caían cuatro gotas y ahora nadie se acuerda de todo eso y sacan trapos sucios de compraventa de terrenos y recalificaciones que siempre hizo por el bien general.

—Pero nadie ha podido probar nada y sin embargo mi nombre está mancillado.

Durante la transición fue fundador de la Alianza Popular de Fraga en Extremadura y gracia a él y a gente como él no hubo otra guerra civil en España, dice siempre que puede.

Heliodoro se ha recorrido la finca durante toda la semana con precisión milimétrica, ha puesto una veintena de lazos y cepos en los que han caído varios conejos, tres zorros, dos jabatos y un tejón. Pero el último día, mientras recogía los aperos de furtivo para que los de la Junta no descubrieran la limpia vio el meadero con su estalactita de sal. Ese atardecer hizo un aguardo con la carabina del veintidós. No llevaba ni media hora puesto cuando apareció el gato. Era un lince grande, macho, hermoso se sentó cerca del pequeño promontorio y oteó el horizonte despacio, como si repasara sus dominios, pensó Helio. El viejo levantó muy despacio el arma seguro de tener el aire a favor y le apuntó a la cabeza.

—¡Pum! —susurró.

Pero ni siquiera acercó el dedo al gatillo.

—Me cago en dios, no puede ser —gritó entonces—.

El lince se levantó en un segundo moviendo la cabeza y las orejas localizando al instante la figura de Heliodoro y desapareció.

El guarda jubilado se acercó a la casa y volvió al lugar con un perrillo mil leches que tenía especial animadversión a los siameses de la mujer de Edelman, rompió la piedra donde el orín del animal había cristalizado y puso al perro en el rastro, encontró varios cagaderos y dos camas donde el lince había llevado a sus últimas víctimas, una becada y un gazapo. Allí donde encontraba un rastro del animal, él se sacaba el pene y orinaba un poco, sabía que así el lince cambiaría de territorio por algún tiempo.

—¿Le has matado? —preguntó Edelman cuando le vio llegar con el perro—.

—Señor alcalde, aquí no tiene usted lince ni hostias, el Civil ese habrá visto algún gato montés o alguna zorra desmochada y la habrá confundido.

Edelman respiró aliviado, mañana llegaban los de la Junta y si el furtivo de Helio decía que no había lince, es que no lo había.

—Como te lo digo, un lince grande con dos cojones, —exclama, golpeando la mesa con el vaso vacío—.

—¿Y le has apiolado?, pregunta Evaristo.

—No pude, te lo juro que estuve en un tris, más fácil imposible, ya ves, unos cuantos he cepeado en mi vida, a veinte duros las primeras pieles y a mil las de los últimos que cacé en el sesenta y cinco. Pero siempre me gustaron esos bichos, tan listos como nosotros sisándoles conejos y perdices a los amos.

Heliodoro ya no mata, tiene su jubilación, su huertecilla al pie del río, las buenas propinas que le dan los cazadores que vienen a las monterías y los recechos por conocer al famoso guarda, hasta siente cierta repugnancia cuando ve al tipo gordo de ciudad descerrajándole un tiro a un venado, con esos rifles y esas miras de canuto, como él dice, que hay que se ciego para fallar el tiro y muchos fallan.

—No se los merecen, que culpa tiene el bicho del veneno que tiene esa gente dentro, que nada más vienen a por los cuernos y los colmillos, por ellos dejarían la carne para las alimañas.

—¿Y que vas a hacer si esa gente del gobierno le descubre?.

—Esos que van a descubrir, lo que yo quiera y lo que no, no. Son muchos años paseando la finca.

—¿Y qué vas a hacer?.

—Cuidarme de que no le falten gazapos tiernos, me voy a hacer ecologista porque me sale de los cojones, porque me gusta el bicho ese, me recuerda los buenos tiempos, es como nosotros, un superviviente.

Los Biólogos de la Junta estuvieron una semana en la finca y los alrededores pero no descubrieron ni rastro del gato aunque censaron tres nidos de cigüeñas negras y por lo tanto Edelman lo iba a tener difícil para quitárselos de encima de ahora en adelante. A los biólogos les brillaban los ojos con los nidos, a Heliodoro también, por otras causas.

—¿Y esos nidos?, ¿que hostias hacían esos pájaros en la finca? —bramaba el ex alcalde por la noche—.

—Son cigüeñas negras, han vivido ahí desde siempre, están protegidas y no hacen daño a la caza, digo yo.—se excusa Heliodoro—.

—¡Y tú que sabes lo que hace o no hace daño a la caza gilipollas! —volvió a gritar desquiciado— mañana mismo les pegas un trabucazo a los nidos.

—No se puede —dice el guarda— les han puesto unos transmisores a los pollos.

—¿Qué no se puede?, tu dime mañana donde están y yo se los pego, ¡nos ha salido ahora ecolegeta y vago el pedazo de furtivo muerto de hambre!, Que si no llega a ser por mí tu padre había acabado en el paredón, desagradecido.

A Helio ya no le afectaba el run run de las injurias de su antiguo señorito. Además había sospechado desde siempre que si había salvado el pellejo de su padre no fue precisamente por el favor de Edelman que ejercía de abogado defensor en el paripé de juicios que se hicieron aunque le pagaron bien con una joya de gran valor.

—¿Y de qué se le acusa? —Le había preguntado entonces—.

—De rojo y de furtivo, te parece poco, yo le fusilaba mañana mismo, gracias a que soy su abogado que si no.

—Pues espero que le defienda bien. Y el falso indiano le puso encima de la mesa una piedra verde. En el último momento el juez cambió a su padre la pena de muerte por cinco años de trabajos forzados.

Heliodoro Cercas sueña con el último lince que había visto en los breñales de los Iborees hace muchos años idéntico a ese otro de ayer. No ha contado nunca a nadie que un bicho como ese le salvó la vida. Es lo justo, sería un mal nacido si hubiera matado al gato solo porque al amo le molesta.

Helio no se conformaba aún con la cómoda identidad que su hermano mellizo le había proporcionado y que le protegía de las razias falangistas, había logrado contactar con una partida guerrillera con la intención de unirse a ella. No soportaba vivir encerrado en el pueblo viendo como asesinaban a su gente, sin hacer nada, fingiendo ser otro.

Lleva esperando varias horas tumbado, bien escondido en la espesura, con la carabina Tigre amartillada, dominando desde bien lejos las dos trochas que suben al monte. Helio no sufre como otros la dureza del

campo, se siente cómodo en cualquier parte y duerme como un niño hasta las noches más frías en aquel saco de plumón que le regaló un camarada checo de las Brigadas antes de irse y que fue el único equipaje que trajo de Madrid. Pero ya no hace frío, a finales de abril el monte es un paraíso, zumban las abejas, planean entre las jaras los caballitos del diablo rojos, chilla el mirlo y pasan de cuando en cuando la cigüeñas camino del río Tajo a por ranas para los pollos. Estaba apostado bajo un brezal espeso, esperando al enlace que tenía que venir desde Navalморal y no sabía que la sierra estaba siendo peinada por más de cien guardias civiles y el enlace estaba ya en el cuartelillo con la boca llena de sangre. Me entretenía viendo como un enorme lagarto ocelado acechaba a los insectos sobre un cancho, en otro tiempo le habría cazado para comérselo por la noche rebozado en harina, frito y con mucha sal, pero descubrió que no estaba él solo, relamiéndose, a pocos metros de la piedra, bajo otra sombra de brezo vio a un lince agachado, tenso, preparado para saltar sobre el lagarto, movía sobre el suelo sus garras para afianzar el ataque inminente, pero de pronto irguió los pinceles de sus orejas y se puso en pie, algo le amenazaba sobre la loma que estaba mi espaldas, lanzó un gruñido y desapareció en un segundo. Me arrastré unos metros dentro de la trocha jabalinera en la que estaba apostado, coloqué el oído sobre el suelo y aguanté la respiración, debían ser muchos porque aunque intentaban andar con sigilo se escuchaba el roce de las jaras en varios lugares diferentes, seis u ocho personas por lo menos.

—¡Ahí está la casilla mi sargento! —escuché muy cerca—.

Había quedado con el enlace tras el medio muro derruido de una choza de pastores casi oculta ya por la maleza.

—¡Alto a la Guardia Civil! —gritó la voz de antes— ¡entrégate, estás rodeado!.

Oía la voz a pocos metros sobre mi cabeza, debía estar subido en una piedra que se elevaba sobre el espeso monte a mis espaldas, me di la vuelta despacio y vi por un pequeño hueco en el brezo la cabeza del Guardia.

Me vais a cazar pero a ti te voy a volar el capirote, pensé apuntando el arma con cuidado. Entonces, poco antes de apretar el gatillo alguien gritó a su derecha.

—¡Ahí va, es un lince! ha salido justo de la casucha.

Y sonó fuerte un tiro de mosquetón.

—¡Ese cacho cabrón nos la ha jugado bien!, cuando vuelva al cuartel además de sin dientes le voy a dejar sin cojones —berreó el sargento al que apuntaba—.

—Vámonos, aquí no hay nada que hacer, si había un lince no hay un maquis en varios kilómetros a la redonda. ¿Le habrás dado por lo menos?.

—No mi sargento, he fallado.

A saber porqué se agazapó el lince justo ahí detrás de las piedras del muro o porqué salió hacia la trocha en lugar de escurrirse entre los jarales, pero el hecho seguro es que me salvó el pellejo.

—Este es Heliodoro —me dice Olga— uno de los antiguos guardas de Edelman. Vino a contarnos que quería acabar con las cigüeñas negras que anidan en su dehesa y mi padre llamó a los de la Consejería de Medio Ambiente.

Entonces yo no sabía que serías desde entonces uno más de nuestros protectores anónimos como antes lo habías hecho con la mujer de Teodoro y su hijo. Otro miembro de la "Hermandad", que has sido capaz de aceptar durante más de cuarenta años las órdenes y las humillaciones de Edelman para proteger a los tuyos, de hacerte en idiota, el siervo complaciente, el guarda mudo y sordo.

Tienes los ojos muy azules y la tez muy blanca, extraño en alguien que se pasó toda su vida a la intemperie, llevas un viejo y voluminoso aparato para sordos de esos que tienen el audífono unido por un cable a una caja metálica del tamaño de un paquete de cigarrillos.

—A Nasser ya le conoces, es nuestro vecino y hace un cuscus que te mueres, Y ese tipo que ves ahí asomado a la ventana como si vigilara la cosecha de mandarinas es mi padre, es Guardia Civil y nuestro contacto con los del Seprona y ese bulto que esta medio dormido recostado en la alfombra es el señor de la casa y la hacienda creo que ya os conocéis de Madrid. Me falta presentarte a Evaristo Losar, pero ya no le esperamos, andará por ahí de aguardo en la rivera a los jabalíes que están en el maizal.

Han pasado diez años desde que nos despedimos y estas igual, tal vez más joven, silencioso al principio, como siempre, adormilado por las voces de los otros. Como si no nos conociéramos, como si no nos hubiéramos lamido hasta el último rincón de nuestras sombras, apenas haces un gesto con la mano a modo de saludo.

Diez años, mucho tiempo sin saber nada de ti, de cuantos años más duró tu empeño por dejarte llevar en la cómoda inercia del trabajo o el alivio de no tener que escuchar mis reproches. Todavía no me has contado porqué dejaste Nueva York y como te atreviste a levantar este pequeño paraíso junto al Tietar. Tú que afirmabas que jamás regresaría a Jara. Ya no estás solo, vives con una mujer hermosa y fuerte que te zarandea y se burla de ti cuando buscas la pose de estar al margen de las discusiones y las bromas, veo que tienes amigos que te quieren y vienen al atardecer a compartir tu casa y tu vino, tus naranjas maduras y tus ensaladas de tomate y una extraña panda de ancianos que te han adoptado por nieto. Supongo

que Olga sabe que viviste conmigo un par de años igual que yo sé que ella fue tu amor de pueblo, adolescencia y desmesura.

Olga Cepeda tiene el pelo muy corto, las rodillas heridas y las manos ásperas de tirar piedras, hacer represas en el patio de la escuela cuando llueve, jugar a las canicas y pelear con Tocinero un niño el doble de grande que todos nosotros. Deja que le muerdan las mantis religiosas y los lagartos y atemoriza a las niñas que llevan lazos en el pelo metiendo langostas pardas en sus carteras. La admiras porque sabe bailar la peonza como ninguno y no tiene miedo a subirse a lo más alto de los castaños y soltarse de manos atenazando una rama cimbreante con sus piernas. Me enamoré de ella una tarde en que fuimos a comer cerezas al huerto del Ladra.

Nemesio Ladra, falangista de primera hora, está loco. En la guerra dicen que era de los que daban el paseo hasta el cementerio, tenía muchas fincas de regadío en la Vega y vivía en una casona señorial junto a su molino de pimentón, pero siempre iba vestido de campesino, con faldón negro y una boina sobada donde se limpiaba los mocos de los dedos que se sacaba de la nariz sin ninguna vergüenza. Cuando alguien le reprobaba o simplemente le miraba él gritaba:

—¡Es que está prohibido!, es que el Caudillo ha prohibido limpiarse las miserias. Otras cosas están prohibidas que tú y yo sabemos y un día de estos...

Una vez escuché que hacía la señal de la cruz en la frente de los fusilados agonizantes antes de darles el tiro de gracia y en lugar de santos óleos utilizaba excrementos.

Pero en nuestra niñez el tío Ladra ya solo ladraba, era un viejo demente cuya única ocupación era atemorizar a sus medieros con el despido y vigilar por las tardes los cerezos con dos perros doberman tan locos como él. Para nosotros, con diez años, ir a comer cerezas a su huerto era la mayor prueba de valentía. Mientras algunos de nosotros le distraíamos en una punta de la finca otros entrábamos por la otra y cogíamos todas las que podíamos hasta que se escuchaba el latir de los perros que descubrían mucho antes que él nuestro engaño.

Aquella primavera el Ladra se hizo construir en medio de la finca una torreta similar a las que hicieron en el pinar para vigilar incendios, compró una escopeta de pequeño calibre y desde allí cazaba los estorninos y rabilargos que picoteaban la cosecha y tiraba a los chicos que iban a robar cerezas sin saber la nueva amenaza, a uno le arrancó el lobanillo de la oreja de un perdigonazo y la madre fue a denunciar el asunto al cuartelillo pero los Civiles no hicieron nada.

Olga, Justi y yo planeamos la estrategia de ir al anochecer cuando había poca luz y el loco no podía apuntarnos bien y a los perros los echábamos en la punta opuesta a nuestro asalto todas las sobras de la comida que habíamos acumulado durante la semana, eso los distraía el tiempo suficiente para hartarnos de cerezas. El alambre de espino que rodeaba la finca lo evitábamos colocando encima un felpudo viejo. Esa tarde, cuando ya sentíamos a los perros acercarse y mis amigos ya habían salvado la alambrada, el felpudo se desenganchó y yo quedé atrapado y sin poder saltar, el Ladra comenzó a disparar hacia nosotros sin hacer blanco pero los perdigones siseaban muy cerca, la única salida era correr hacia la puerta antes que llegaran los perros pero era el lugar más peligroso porque el puerta de entrada a la huerta estaba a pocos metros de la torreta y era seguro que allí si acertaría el tiro. Al volverme para salir corriendo descubrí al dóberman allí quieto, gruñendo y enseñando los dientes con sus ojos malignos clavados en los míos, me volví aterrado hacia mis compañeros antes de ser devorado, solo recuerdo los ojos verdes de Olga entrecerrados, su boca fruncida por el esfuerzo de tensar el tirachinas de gomas de suero y su voz suave. —¡Corre!— escuché un golpe sordo y un gruñido muy agudo, en la carrera me volví un segundo y vi a un perro tendido y el otro olisqueando a su compañero muerto. Cuando llegué a la puerta, el cerrojo lleno de herrumbre no me permitió abrir con rapidez, Me volví hacia la torreta para gritar que no disparase, suplicar que me rendía, pero antes de pronunciar una palabra comprendí que nada de lo que dijera impediría que el loco me disparase, sentí algunos perdigones entrar en mi pelo y el dolor agudo al arrancar los cabellos que encontró en su trayectoria, el Ladra se desencaró la escopeta y volvió a cargar y a apuntar, tenía la certeza de que me estaba apuntando a los ojos. Todo ocurrió a cámara lenta, como en esas películas que veríamos después en el cine Pedrín, el grito de Olga a lo lejos, —¡Ladra maricónasesinoo!— mientras tensa las gomas del tirador y entrecierra los ojos, el viejo que suelta la escopeta y se desmorona como un pelele flácido, su cuerpo cayendo desde lo alto muy despacio, como si no tuviera peso y el ruido sordo y rotundo al chocar con la tierra recién arada, su cara descompuesta mirándome con los ojos inyectados en sangre, la sangre que le salía de en medio de la frente, el cerrojo que se descorre y mi carrera veloz por el camino, casi sin tocar el suelo, sintiendo el latir del corazón en la garganta, el grito terrible de Nemesio Ladra ya lejos, como un eco.

—Te debo la vida Olga.

—Estamos en paz si me enseñas a pescar, mi padre no quiere enseñarme porque dice que soy una niña.

Al loco Ladra se le llevaron del pueblo los loqueros unos días después porque había pegado un tiro con postas a una pobre mujer que se atrevió a coger unas cerezas de una rama bajera que sobresalía por encima

de la valla y yo comencé a bajar al río con Olga y Justi con la difícil misión de enseñarles los secretos de la pesca, una ciencia de la que yo tampoco entendía demasiado.

Han pasado siete años desde entonces, es Septiembre, dentro de un mes, ella se irá lejos, a un pueblo del norte que se llama Ordicia donde su padre ganará más dinero. Pasarán otros siete años hasta que nos volvamos a ver en Nueva York pero entonces no lo sabemos, la arena está caliente y el agua del río tiene un color verdoso, tenemos cuatro cañas tendidas a fondo y no hemos pescado nada en toda la tarde, el sol ya no quema y estamos desnudos, cubiertos solo por unos sombreros de paja para poder mirar las cañas sin deslumbrarnos. Olga tiene el pelo muy corto y los pechos grandes, los ojos orientales y la piel muy morena. Con los ojos entrecerrados le cuento el momento en que me enamoré de ella. Se ríe.

—Así que te enamoraste de mi puntería con el tirachinas.

—No, también me gustaba tu olor.

Una de las cañas se balancea unos segundos y después el hilo se destensa, me voy a levantar para clavar el pez pero Olga se ha sentado sobre mí.

—Deja que se escape —susurra en mi oído—.

Pongo mis manos en sus tetas, están calientes de sol y deseo.

—Y yo te enseñé a pescar, ahora estamos en paz.

Recuerdo el sabor dulce y tibio de sus pliegues, su mirada de almendra y el placer veloz entre los dos cuerpos el instante antes de escuchar como se partía la vieja caña de bambú donde un pez sin duda grande había picado y luego el sisear del hilo que seguía saliendo del carrete.

—Deja que se escape —volvió a repetir ella—.

Y sentí que me corría a la misma velocidad con que huía el pez, el hilo se tensó al llegar al final y sonó igual que una cuerda de guitarra antes de partirse, como el gemido de su garganta que me llenaba la boca.

Estuvimos así mucho tiempo, el uno sobre el otro, escuchando nuestras respiraciones y los latidos hasta que el sol nos dejó en penumbra y los mosquitos comenzaron a comernos. Desde entonces se como suena el río desde abajo, conozco el rumor imperceptible que hace deslizándose despacio por las orillas y también su sonido bronco después de las tormentas, cuando sube en unos minutos y arrastra todo lo que cae sobre el agua. Ahora creo que el pez enorme que vio Nasser y que se le escapó a Teodoro una tarde que salimos a pescar juntos es el mismo pez de entonces.

Olga se toma el café a pequeños sorbos y come los buñuelos con apetito, primero los sumerge en la taza y después los espolvorea de azúcar,

un hilillo de café le escurre por la barbilla, cae en su pecho y sigue su camino, siento que deseo chuparlo y pregunto distraído.

—¿Así que traduces a Bernhard y buscas un lince?.

Olga me mira con el mismo gesto con que se mira a un idiota disfrazado de tipo autosuficiente, se limpia el café y comienza a vestirse.

—Un lince no, el último lince ibérico de los montes de Gredos, los últimos de su especie en el mundo, amenazado por los incendios, la muerte de los conejos, las fronteras infranqueables de las autopistas y las carreteras y la ambición necrófaga de los coleccionistas de trofeos. No lo entiendes, para ti es un bicho más, hermoso y raro, para mí es la clave, no te hablo como bióloga comprometida, ni te cuento el rollo de la diversidad genética o la defensa de nuestro patrimonio natural, no, para mí es lo único mágico que me queda en la vida, el alma salvaje de nuestro mundo, un animal tan fabuloso como el unicornio, las sirenas, los dragones pero él todavía es real, además se que si protejo a ese lince salvaré también el río, nuestro río y si muere todo se irá a la mierda y ya no tendrás peces a quienes engañar, ni tendrás nada, o es que no te has visto la pinta que tienes y la vida que llevas, lo único que todavía te hace hombre es esa pasión que te lleva a los ríos a pescar, la misma que vi en tu cuerpo aquella tarde, porque a parte de eso queda bien poco de ti.

Olga se levanta de la silla, se sienta en mis rodillas, me agarra la cabeza.

—Un gato grande de ojos verdes y orejas puntiagudas, siempre invisible como el alma, que se niega a reproducirse en cautividad a pesar de los millones de los fondos europeos para la defensa de la vida salvaje. Este tiene los días contados y yo voy a impedirlo. Supongo que para ti y para todos tanto da que haya un bicho más o menos por ahí fuera, siempre tendréis la tele para ver a los animales de cerca o los parques naturales y las reservas para mantener la diversidad genética por si algún día podemos utilizarla para hacer un fármaco que nos cure el cáncer o un trasplante milagroso. Mis amigos de Doñana ya dan la especie por perdida y opinan que hay que optimizar los pocos fondos de los que disponemos para proteger otros animales. Pero yo no. Voy a regresar a Jara y pelearme con todos los cabrones que quieran llenar su cabeza de escayola y colocarle unos ojos de cristal para tenerle encima de la chimenea.

Me besa y se marcha.

Dentro de unos días tú también volverás a Jara y la llamarás para ir a pescar a ese recodo arenoso del río donde hace mucho tiempo se os escapaban los peces y los gemidos con igual fortuna.

—¿Así que volviste a Jara?.

Te pregunté de golpe mientras me enseñabas tu pequeño paraíso, tu vida feliz al lado de Olga de ocioso rentista, falso jubilado, exiliado voluntario.

—¿No decías que nunca volverías a tu pueblo?.

—Ya sabes que soy un débil que nunca cumple su palabra, además creo que más que volver al pueblo he vuelto a mi río, que no es lo mismo.

Has recordado muchas veces aquella primera tarde en que le conociste, esa primera noche y todas las demás noches en las que te hizo zumo de palabras para beber y refrescar el cuerpo dolorido de los excesos del deseo. Esa primera tarde de compartir el micrófono y después un poco de vida a medias en Madrid.

La radio te parecía entonces el mejor de los trabajos. Era un refugio tranquilo y rutinario, sin otra sorpresa que los índices de audiencia de todos los lunes y las broncas de Rafael cuando le duele la úlcera. Justiniano es quién lleva los controles y pincha de entrada "Minuit" de Paul Winter, el tipo raro que no conoces te sonrío pero tú ya has decidido despedirte y mandar a tomar por saco al Potito y a la emisora que ya son tres años de redactora itinerante, intermitente y con contrato basura. Él mira al Justi como si le conociera de toda la vida y comienza a contar aquella historia mientras suena de fondo un violonchelo.

—Es Pau Casals, aborigen, que las de vuestra generación estáis idiotizadas con tanta caja de ritmos y tanto chirrido guitarrero —te dice Justi a través de los cascos—.

El tipo nuevo comienza a hablar sin tener ni un papel ni un mal guión delante de las narices: *“Eramos aventureros de jardín, ladrones de dulces, jugadores empedernidos de peonza, viciosos del aire libre, abejorros, saltamontes, rabos de lagartija, gorriones escapados, fieros cachorros humanos; entonces el mundo —cualquier mundo— asombraba. Crecimos entre la avidez de saber y hambre de pensarlo todo, entre la atrocidad y la desesperación más palpable, la humillación como el dolor de mil muelas perforadas, crecimos sin saberlo, entre veranos, amigos que se van para siempre a otra ciudad, una amiga que olía a su madre y la primera traición a la vida: yo soy. Eramos nosotros, nosotras, horda primigenia, caterva de enanos salvajes, delicados infantes magullados con la ropa interior siempre blanca, buscadores de mocos y de moscas, monos de imitación, aprendices de monstruo, soñadores a tiempo completo de pesadillas y minuciosos sueños que ahora no recuerdo; acechando la sustancia del presente. Entonces éramos ilusos, gilipollas, estúpidos, absurdos; éramos nosotros a punto de viajar a fabulosas ciudades, prometiendo reencuentros, derrochando lealtad —camaradas— . Nunca volvimos. Nunca volvimos a vernos. Hermosos como crías de cisne, incansables amantes, hijos bastardos y risueños de padres socialistas y madres liberadas, dulces como bizcocho caliente y el sudor nos olía a ternura y a brezo rosa. Duros niños*

pueblo, arropados en abrigos de abuelos exiliados o muertos y en verano, desnudos, el río era una cama donde hacer lentos los gestos del orgasmo, sexo sin anzuelos, sin género que rompiera las jarras de beber la sal y las especias para la carne caliente sin cuaresmas, ni sidas, ni cartillas de racionamiento; sexo jugable y conjugable, riéndonos de alguna erección involuntaria y del falo minúsculo que amasaba el agua helada de aquel torrente, de nuestras propias formas y de la diferencia. Analfabetos de Sade, Hide, Freud, inocentes de polvo y paja. Entonces éramos juntos, el tiempo un bocadillo, la música de ortigas, los besos relatables, la memoria un pocillo vacío, la piel era violenta y tan dulce, la noche todo, entera, ajena al sueño, brumosa como cieno y clara como un abrazo a tiempo. Entonces éramos más, hasta la soledad contaba a la hora de repartir los sorbos, los cuerpos eran torpes pero los dedos sabios, las palabras francas como tormentas, la mirada sin cristales por delante, los libros una verdad posible, los años sabrosos como asado con hambre se dejaban morder y no dejaban rastro ni marcas en el espejo del día siguiente. Entonces éramos muchos y no te dabas cuenta, seremos muchos siempre —te decías— y el siempre lo añadías a todas las promesas. Ahora, pocos, hay entonces, la memoria está llena, los libros tienen polvo, la mirada dioptrías, el asado está frío, la soledad no bebe, la noche nos agota y los dedos nos sobran para contar los que quedamos. Nadie ha muerto, somos jóvenes, todavía, pero entonces no es ahora y ya no hay siempres. Nunca volvemos. Nunca volvimos a vernos.” El chelo de Pau entra de nuevo con y cuando se enciende por fin la luz verde del estudio le preguntas al tipo que cual es el truco.

—¿Te sabes ese rollo de memoria?.

—No, se me acaba de ocurrir.

—Venga ya, no me vaciles, que hoy estoy muy quemada para otra mentira,

Justi interrumpe desde el control.

—¡Venga socios!, os invito a unos finos y a unos huevos rotos con jamón en el Almendro.

Ahora sabes con certeza absoluta que la radio entonces era un pequeño paraíso al margen del estruendo de la vida, de los trabajos humillantes, la cola del paro, la violencia cotidiana de tus días en Guatemala. Tenías entonces el privilegio de trabajar haciendo lo que siempre te había gustado tanto, escuchar, dejar que las voces de los otros nombrasen el mundo para ti. Muchas veces te perdías y los sonidos que entraban a través de los auriculares eran el paisaje vertiginoso que se ve desde un tren, el decorado de otros sucesos, el murmullo de la marea baja, el susurro tibio al tocar el deseo. Por fuera estabas atenta a todo, a las cuñas publicitarias que entraban justo a tiempo, las llamadas en espera de emitir las al aire, los gestos de Nadja tu directora, para que encuentres las hojas del

guión que ha perdido, pero por dentro una parte de tu cuerpo se enreda en las voces de los invitados, se escapa con la música que Justiniano pincha para ti y se deja mecer por la garganta templada de los narradores.

Aquella idea fue tuya, Rafael el director tuvo olfato y aceptó. Diez minutos antes de las doce, la “hora bruja” una voz diferente cuenta una fábula, un cuento original con principio y fin. Pediste a Justi que te las grabase todas. Debes tener como trescientas historias, sueñas con el placer de estar de vacaciones en invierno, encender por fin la chimenea y poner el rollo de cinta en tu viejo magnetófono sin que nada interrumpa esas voces.

Pero ya no existen esas palabras, las voces grabadas se perdieron, la cinta se la llegó también la policía tras el registro y el tipo aquel que amaste y volviste a amar va a morir ahora mismo. Puede que ya esté muerto, te repites una y otra vez, tal vez viajes de vuelta a su casa para ver un cuerpo lechoso recién sacado del río, un extraño objeto roto que ya no es él.

Ahora te gustaría quedarte para siempre aquí, suspendida del aire entre su casa vacía del río y la casona deshabitada de tu calle Magdalena. Te quedarías para siempre leyendo en tu pequeño ordenador, escondida entre las letras, jugando a vivir lo que escribiste, saltando de una página a otra, recordando aquello que borraste o lo que nunca has escrito y ya no recuerdas aunque te esfuerces, buscas en el vertedero de las cosas perdidas, entre la escoria que ocupa la memoria, por las montañas de desperdicios con que llenamos el tiempo, nuestro tiempo, vas encontrando entre la basura algunas imágenes, fotografías borrosas, manchadas, rotas. Si estuviera él aquí se tiraría de cabeza a los escombros, buceando hasta el fondo para encontrar el hilo de seda al que están prendidos todos los recuerdos y te contaría este cuento con la misma facilidad que el día en que le conociste. Pero estás sola y no quieres cortarte con los vidrios rotos o las latas vacías, no deseas impregnarte con el olor nauseabundo de lo que despreciamos, ni mancharte la ropa con el caldo grasiento de lo que derrochamos y ahora nos gustaría volver a vivir. Aquella primera noche en el Almendro comiendo huevos rotos con virutas de jamón y patatas fritas con el Justi.

—Vamos a pedir otra botella de fino y otro plato porque yo me conozco a este cabrón que siempre tienen hambre.

Justiniano se levanta servicial y vosotros os quedáis frente a frente rebañando los últimos restos del plato, apoyas la espalda contra los ladrillos desnudos y miras la despensa convertida en decorado, los jamones colgados, las latas de aceitunas y de anchoas apiladas en forma de pirámide, los cestos de cebollas y tomates rojos y brillantes, las botellas de vino cada una en un nicho diminuto.

—¿De que conoces a Justiniano?.

—De compartir el extraño vicio de la pesca, el no menos exótico odio a las palomas y el raro pasatiempo de la conversación sobre cosas que

no tienen que ver con nosotros, por ejemplo el incierto futuro de la onza amazónica, los problemas sexuales de los caballitos del diablo o porque si miramos algún tiempo a una nube que pasa vemos siempre animales, plantas, caras conocidas, monstruos mitológicos, cualquier cosa menos un montón de vapor de agua navegando por el cielo. Daría la vida por él.

Te ríes burlándote de su arrogancia.

—Nadie da la vida por nadie en estos tiempos, como mucho la gente pone la mano en el fuego pero siempre en sentido figurado.

Entonces viene el Justo con la fuente de patatas recién sacadas de la sartén, la botella en la otra mano y la sonrisa pugnando por salir entre sus barbas de profeta.

—¿Y tú de qué conoces a este tipo? —le preguntas a Justiniano—.

—De cuando éramos niños, el maestro nos ponía al final de la clase y nos pegaba bofetadas por no atender al dictado, por pegar bolitas de papel masticado en el techo lanzándolas con el canuto del bolígrafo, hacíamos música con trozos de nailon atados al pupitre que sonaban como guitarras eléctricas distorsionadas, buscábamos juntos las mejores horquillas de olivo para hacer los tirachinas más asesinos del pueblo y besábamos por turnos a Olga que era nuestra novia porque se subía a los castaños más altos que nosotros y no la alcanzamos corriendo hasta que no cumplimos catorce años. Estábamos asilvestrados, no te puedes imaginar las maldades de las que son capaces tres niños inocentes. Daría la vida por él.

Esta vez no ríes. De pronto te da pudor indagar en esa recíproca lealtad de niños fanfarrones.

Mientras te metes en la boca la primera patata empapada de yema descubro que te deseo. Durante casi un año desde esa noche te despertaste a mi lado.

Me parece de pronto que no ha pasado el tiempo, pareces el mismo de aquella primera vez, no me puedo creer que hayan pasado tantos años, que hasta hace solo unos días yo estuviera metida en la cama con Ignacio en Guatemala y tu aquí con Olga. Recuerdo nuestras primeras semanas compartiendo un programa de radio y una casa. Sonríe incrédula la primera vez que me cuentas que no has escrito esa novela que traes en tu equipaje.

—Lo escribió mi padre, supongo. Lo encontré en el cajón de su escritorio.

Me río cuando me siento sobre tu vientre y te mojo el ombligo con mis humedades y me acaricias los muslos atravesados por pequeñas estrías de color claro y no me importa que descubras cada una de las imperfecciones con las que el tiempo ha ido señalando mi cuerpo. Me abandono a tus dedos, a tus ojos minuciosos y sonrío porque me siento hermosa, otra vez deseada.

Te entierras bajo las sábanas de franela en busca de mis piernas, de mi raja pequeña, aspiras el olor caliente de nuestro sudor, el semen, los sueños que no hemos tenido, el flujo seco pegado a los pelos de tu sexo, tu risa. Sales de nuevo a la superficie, a la luz, a mis ojos con la raya desdibujada y el rímel corrido igual que una niña que ha probado a pintarse los ojos por primera vez.

Madrid es hoy una lugar diferente, una ciudad que no se parece en nada a aquella que abandoné hace años con la certeza de haber agotado toda su sorpresa, eso era antes.

Antes, como si esa palabra fuera un monolito magnífico que separa mi vida en dos latitudes, antes, cuando defino un tiempo donde no hay palabras, antes cuando no existías, fue fácil borrarte de mi vida, o eso pensaba. Regresaba muy despacio a mi casa para sentir el frío duro de Madrid, ese frío que ya casi nadie siente y solo algunos sufren abrigados con cartones de embalar tabaco y bolsas de plástico llenas de miseria. El frío me gustaba, me gustaba su dolor, su desamparo. el viento helado me abría el abrigo. Regresaba en el último metro y caminaba paralela al Manzanares sin fuerzas para llegar hasta el portal, subir las escaleras, meterme en la cama.

—Si no nos parecemos en nada —me dijiste esa primera vez al despertarnos—.

Pero nunca creíste ese engaño humillante de las semejanzas, de la necesidad de espacios comunes, personalidades afines, caracteres compatibles, Semejanzas, comuniones, afinidades o compatibilidades que solo sirven para construir fronteras, la conveniencia o la planificación de un tiempo común que sería estúpido de conjuntar sobre una agenda. Si no nos parecemos en nada. Como si hiciera falta para amarnos tener el mismo plato preferido o autores idénticos en la librería o construir trabajosamente, a costa de cesiones y pactos, restricciones o acuerdos, un espacio común y miserable que solo es un sucedáneo del mundo. Nuestro mundo no existe, no hay refugios confortables, ni islas olvidadas donde esconderse, ni torres de marfil higiénicamente aisladas de la vida. No hay márgenes donde bajarse a descansar, ni reductos secretos e infranqueables donde poder amar sin mancharse de vida o de tristeza. No hay espacios reales para el retiro voluntario a dos voces o el exilio buscado por dos cuerpos. Hay un sentido humillante en los regresos y siempre hay un poco de traición en los adioses, duele escuchar que el ruido que hace la vida no parte de las voces de la gente sino de los automóviles que arrancan cuando se pone verde el semáforo y duele ver la muerte pequeñita en catorce pulgadas igual que ver un desierto detrás de la pantalla y no sentir en la cara el olor de la sangre cuando se derrama a borbotones o el viento helado de la noche en el Sagel. Nuestro mundo es miserable porque nos obliga a construir búnkers confortables, afectos seguros, niños eficientes, futuros prometedores y

pasiones dóciles que puedan manejarse con el mando a distancia. Por eso me fui yo de Madrid, por eso me gusta Guatemala.

Ahora quiero creer que solo el olor de nuestros cuerpos es capaz de hacer un mundo posible y convencernos de seguir aquí, dentro de Madrid durante no sabes cuantos días, de encender la chimenea, buscar entre las sábanas azules el sabor de tu sexo y contarte idioteces de mi vida.

Aquella primera noche compartida Justi nos dejó en mi casa con la certeza de saber que nuestros cuerpos ya sabían más de nosotros que nosotros mismos.

—Anda, sed buenos y no hagáis muchas guarrerías esta noche.

Luego solo fue necesario abrir la casa y abrir mi cuerpo para que entres dentro con la ternura imprecisa. Recuerdo una historia de fantasmas en el Parque del Capricho que me cuentas cuando nos hemos cansado de follar y me explicas como era Madrid en los años treinta o como son los ojos de los caimanes al anochecer. Ahora soy yo la que hablo, la que ordeno montones de palabras para dibujar ante ti los posibles pasados que no existieron de otras gentes que no fuimos nosotros.

Mañana te contaré que Olga Havel era una joven mujer de treinta y seis años que vivía en Praga en esa misma calle que sale en las postales porque una vez, hace mucho tiempo vivió en ella un hombre de nombre Frank que un día se convirtió en escarabajo. Olga Havel vino de muy lejos a una guerra que siempre fue suya y luchó con su voz y murió desnuda imaginando en el último instante de su vida que ya no sería una anciana feliz que pasea por un parque cualquiera del mundo bajo el dulce sol de Abril. Te contaré que hubo una vez un joven llamado Teodoro que tal vez murió aplastado por los escombros de una casa reventada o no murió nunca y se convirtió en un superviviente que mira a un mar gris como las alambradas, como la traición o las lágrimas frías de los vencidos, un hombre que es capaz de sentir de nuevo el mismo terror de hace más de cincuenta años mientras mira a lo lejos una pequeña ondulación del terreno llena de amapolas, un hueco redondo cubierto de hierba donde solo el sabe que una vez estalló una granada. Me dirás que escriba yo esas historias, que cuente en papeles lo que otros me contaron, que una vez hubo dos niños sobre una roca mirando fijamente la cenagosa superficie de una poza porque sabían que allí abajo, disimulado entre el verdín y las hojas muertas les miraba un monstruo verdadero, no un dragón de cuento de hadas o una pesadilla de la fiebre sino un monstruo de verdad, tal vez un monstruo asustado y agonizante pero terrible, hambriento y a su manera sabio.

Entonces tu me hacías zumo de palabras para abrigar la noche, un tapiz de colores que flota en la penumbra, Cada noche de ese año que vivimos juntos me tejías con tu boca y tu garganta una manta caliente que

me cubría entera. Escondo los pies, me acurruco en tu respiración, cuéntame otra vez ese cuento, sé minucioso para que el tiempo sea largo, háblame de la selva, de niños valientes que vencen a los monstruos, de hombres libres, pócimas mágicas que te convierten en enredadera, háblame de ti, nombra la forma precisa de mis pechos, mezcla tu voz con el deseo que estalla y descríbeme el sabor que tuve la primera noche, que pensaste en el preciso momento de mirarme la primera vez que te corriste, y luego, días más tarde, cuando dejamos en los últimos tequilas la envidia mutua, la lucha soterrada por ese espacio de radio que me pertenecía, descríbeme tu dolor cuando te fuiste lejos y antes, cuando nos fuimos separando sin darnos cuenta, yo también sentí las uñas sucias de tristeza y desperdicios arañándome los ojos y la lengua, vuelve a contarme hoy, una vez más que pasó con aquella mujer que tenía el mismo nombre que Olga, cómo era de niña cuando corría por las calles frías de Praga hacia la otra orilla del río Moldava, dime de que color tienen los ojos los caimanes cuando el odio es animal, grítame como hay que amartillar una pistola y disparar al asesino desconocido, dime en voz baja, tan baja que no pueda escucharte como gemía mi madre en aquella choza de hojas de palma sobre un hombre que se llama Yanim, que vieron sus ojos de nómada en aquella mujer pequeña y apocada que ahora se entrega entera y muerde la carne cobriza de un hijo del amazonas. Anda, invéntame, cuéntame que todas las mentiras son dulces, que nadie ha muerto y no estamos aquí sino lejos, yo en mi casa de la calle Magdalena y me despierto feliz junto a un hombre al que amo y tú en Madrid con Olga y os vais de viaje al mar, a pescar congrios gigantes y meros del color del acero y sangre. Pero no, ven aquí, muérdeme el final de las caderas, la sombra de mi culo, la risa que me viene sin querer de algún rincón salvado del cansancio, cántame aquella melodía que sonaba en la radio de aquel tugurio en Chelsea donde Manuel Chaves y Teodoro beben la hiel vidriosa de las despedidas o aquella otra canción que tu inventaste con la música de Pau. Ven aquí, escribo para ti sobre todos ellos, sobre Iker Elorza, Evaristo Losar, Chaves, Teodoro, Olga Havel, sobre un lince que persigue un monstruo. Ven aquí, no me dejes sola entre estas palabras, enseñarme a pescar los grandes barbos que aprendieron a burlar las trampas de los hombres, di mi nombre, Sara, no soy nadie, una mujer transparente, una forma que puedes llenar con tus sueños. Dime que la radio está igual y que ahora tenemos un programa solo nuestro, es una radio pequeña, de pueblo donde hay programas de canciones dedicadas y noticias de vecinos que todos conocen, pero todos los días, antes de las doce de la noche, subo la regleta de tu micro y me cuentas un cuento nuevo. Dime que me quieres con tu voz más dudosa y con tu voz más dura explica a todo el mundo quienes son ellos, los otros, esos poderosos que ordenan las guerras igual que aquella guerra remota del treinta y seis. Cuéntame como mira el lince, los delfines rosados del Inauni, las hormigas que muerden y no suelta a ese

hombre que está perdido, vencido, solo y apoya su cuerpo en una castañeira comida de lianas para sacar de una cartera mojada una fotografía diminuta de un hombre moreno y alto que abraza a una mujer de ojos un poco espantados que sostiene a un niño de meses, ese hijo que creyó siempre que su padre había muerto en un bombardeo hasta en una día recibió un paquete lleno de palabras. Borra mi memoria y dime que mi infancia fue dichosa, que mi madre me compraba hojaldres de nata cuando tenía gripe y me besaba la frente para saber si no tenía fiebre y en abril me llevaba a las tiendas para comprarme ropa y zapatos nuevos, confiesa que no soy yo ese pequeña niña de pueblo apoyada en un Seiscientos, con los ojos más grandes y tristes que has visto nunca, vestida con un bañador verde de una pieza un poco sucio y una zapatos rojos con lunares agrietados y rotos de usarlos tanto, dime que no soy yo esa niña mestiza que nos mira, que es la foto de una desconocida a la que a veces los niños del pueblo hacen llorar llamándola india o inclusera.

Exprime hoy unas naranjas y hazme un zumo dulce de palabras para que pueda dormir sin pesadillas y con el desván lleno de tesoros.

—¿Ya no haces zumo de palabras?. —le repites—.

—No, solo de naranja. —Te dice en ese momento en el que estáis por fin solos, noche ya cerrada y todos se han ido a dormir—.

Pero sabes que es mentira, que te desea y le deseas igual.

—Tu también has vuelto a la radio, ¿no?, al final todos volvemos algún sitio.

Que pocas palabras necesita para que recuerdes que le despreciabas, que te repugnaba su arrogancia idiota. Pero no vas a volver otra vez a caer en los reproches de hace diez años.

—¿Y tú qué pintas en esto de las cigüeñas? —le preguntas—.

—Yo nada, eso es cosa de Olga, pregúntala a ella, a mí las cigüeñas negras o amarillas me tocan las narices.

III

Dijiste con arrogancia: En Nueva York descubrí que Jara era mi lugar en mundo y Olga mi patria. Al fin y al cabo debería estarte agradecido. Fuiste tú quién me empujaste hasta allí, hacia ella.

ME CUENTAS QUE TE ENCONTRASTE CON OLGA DE NUEVO DE NUEVA YORK. Muchos años después de la última vez que os amasteis en Jara. Por casualidad, de nuevo juntos, inseparables, como si el tiempo fuera nada.

—Imagínate toparme con Olga allí, de improviso, parecía cosa de magia, del destino.

Si, os imagino, escribo de ese tiempo, veo como os deseáis de nuevo después de la distancia, niños otra vez, adolescentes ansiosos redescubriendo la locura dulce del deseo sin nada que lo impida, anónimos, perdidos en una ciudad de ocho millones de habitantes.

Olga estaba de paso en la metrópoli.

Tres días convertidos en una estancia de tres semanas, aplazada por dos veces mi partida gracias a los buenos oficios de celestino de Richard Capa que hasta me ofrece un jugoso contrato de dos trimestres para enseñar métodos y técnicas de observación de felinos, apenas once horas semanales dos mil quinientos dólares al mes. Puf, vaya soborno.

Creía que no me costaría marcharme. Tu no eras más que un viejo amigo al que se encuentra por sorpresa, un tipo entretenido y ocurrente con el que amenizar al menos el fastidio de estar en Nueva York esos tres días. Y llevábamos tres semanas juntos, cada vez más tentada por la oferta de Capa.

Tú en cambio lo dejaste todo, lo aplazaste todo aunque a Olga le indignaba de verdad tu irresponsabilidad, tu vaguería, ese derroche de tiempo que no solo es el tuyo sino de aquellos octogenarios que amenazan con desaparecer cualquier día.

—Tienes que entrevistarlos —te repito— hablar con ellos, registrar su memoria. ¿No te das cuenta que cuando mueran se borrará la historia entera?.

—Espera, déjame que te muerda otra vez debajo del ombligo. No te preocupes, son gente dura, tipos de otra pasta, vivirán unos años más, no te preocupes que no me olvido de ellos.

Pero es Olga quién te arrastra a las entrevistas que ya tienes concertadas, quién prepara las grabadoras y las cintas y se preocupa de hacer la última llamada para confirmar la cita, la hora, el lugar.

Llegaste a Nueva York con un libro de encargo bajo el brazo. Acabadas de publicar con éxito la novela que encontraste en el escritorio de tu padre y la editorial te había propuesto escribir sobre el puñado de exiliados que acabaron viviendo en Nueva York. No te lo pensaste, fue un alivio huir de Madrid y de mis reproches. Eras entonces un hombre deslumbrado de pronto por la memoria, por atesorar en pequeñas cintas de cassette la vida de aquellos viejos exiliados que ibas encontrando o descubriendo bajo el disfraz de perfectos neoyorquinos. Tal vez tenías también mala conciencia por el plagio que había hecho a tu padre muerto y la propuesta de trabajo era una forma de secreta redención.

Pero Ramón Cruz Hernández amigo personal de Joaquín Maurín había tenido la ocurrencia de quedar contigo en el Museo de Historia Natural.

—Es que hay una conferencia que da una paisana nuestra sobre el Lince Ibérico, se da cuenta, nos van a hablar del lince Ibérico —repetía una y otra vez el viejo saboreando la palabra ibérico al pronunciarla, al repetirla, intentando demostrarme que su pasión por aquel bicho era algo importante, casi vital—.

Y cuando entraste en la pequeña sala de conferencias te encontraste con la voz de Olga Cepeda en la oscuridad, sobre las imágenes proyectadas de los lince y paisajes.

Aunque ambos os fuisteis a vivir a Madrid el mismo año no os visteis allí.

Olga consiguió una beca para ir todos los veranos a hacer estudios de campo por las selvas de Venezuela, Ecuador, Perú y el último año Brasil. Contabas con gracia que los guías que contratabas dejaban de mirarte el

culo o las piernas en cuanto comenzaban a tener tanto barro y tanta mierda, tantas picaduras y arañazos como las suyas, en cuanto vieron que podías beber en los mismos charcos verdosos que ellos y aguantar las diarreas de las amebas, el frío de los diluvios, los mosquitos, la fiebre o la mordedura de las escolopendras en los pies descalzos. Cuando acabaste la carrera no te fue difícil comenzar a trabajar con uno de los equipos de investigación sobre el Lince Ibérico, al fin y al cabo no dejaba de ser otro gato grande del que se sabía mucho menos que del mágico Jaguar, la misteriosa Onza o el inquietante Ocelote. Entonces la selva te llamaba más que las dehesas y buscaste de nuevo una excusa para dejar el proyecto de cría en cautividad del lince en el que te habían contratado y largarte de nuevo a Brasil gracias a una beca del Museo de Historia Natural de Nueva York. Pero antes de bajar de nuevo al Amazonas a perseguir un extraño felino de mediano tamaño llamado yaguarundí tuviste que pasar unos días en la capital del mundo para conseguir el beneplácito de la eminencia mundial en felinos americanos Richard Capa y de paso dar unas conferencias sobre el Lince Ibérico. Volver a Nueva York no era lo que más te entusiasmaba así que del aeropuerto de Newark cogiste un taxi directamente hacia el museo con un taxista que se negaba a creer que con tus rasgos y el color de tu piel fuera española.

—Sí, princesa, ¿guatemalteca?, mi vida, ¿hondureña?, ¿salvadoreña?.

—Vale mi amor —le respondiste— soy Haitiana y como no te callas la boca haré vudú con tus huesitos.

El tipo no abrió la boca en el resto del viaje.

Era tedioso dar este inmenso rodeo burocrático para bajar por fin a Brasil. Creías que la eminencia en felinos tropicales sería un niño blanco de nariz repelada y cuerpo de madelman que se movería por la selva con su depuradora de agua y su buen rollo de papel higiénico en la mochila. Seguro que era de los que solo sabían poner collares con radiotransmisores a los gatos y luego se limitaban a seguirlos por el bosque con una antena en una mano y un GPS en la otra.

Uno de los vigilantes del museo te acompaña hasta el despacho de Richard que debe estar poco menos que en la azotea y te abre una habitación minúscula y casi vacía en el que un sesentón grande, barrigón, musculoso, vestido con unos vaqueros cortados por encima de la rodilla, una camiseta militar y unas chanclas aporrea un portátil demasiado pequeño para sus manos.

—¡Hola compañera! —dice en un español perfecto— así que quiere perseguir a nuestro querido amigo el Yaguarundí, cuanta envidia me da, hace mucho tiempo que no piso selva. He seguido su trabajo a lo largo de estos años y por eso le escogimos.

Te muestra un dossier donde están todos tus trabajos, tus anotaciones de campo, tus pocos artículos publicados.

—Me han dicho que eres la mejor persiguiendo gatos. Ya me gustaría a mí tenerte a mi lado en otras aventuras. Y el viejo loco te cuenta que su sueño está ahora en Africa donde tiene a varios becarios por Chad, Sudan y Uganda recogiendo pistas del mítico, críptico e inexistente tigre de montaña, un bicho, según los testimonios de diversas tribus y pinturas rupestres, mayor que un león con rayas claras sobre una piel rojiza y con los colmillos superiores como los del extinguido dientes de sable, el bahaoro, nisi, hadjel, son algunos de sus nombres y tiene una fuerza descomunal.

Aunque también me cuentas que tienes a pobres inocentes becarios persiguiendo al igual de mítico e inexistente dilali o vasoko o león acuático de ojos fluorescentes, enorme fuerza y grandes garras y al nunda o mngwa otro gato de pesadilla de color gris y del tamaño de un caballo. Sabes que no existen esos bichos o, al menos, aún no se ha cazado ninguno, pertenecen al borroso mundo de la llamada criptozoología en la que cuatro pirados o iluminados en el mundo persiguen dragones, serpientes de mar gigantescas, monstruos del lago Ness, calamares gigantes, chupacabras, yetis o australopitecus vivos. Tuve suerte que Richard Capa no me pidiera buscar en Brasil el tigre de agua de garras palmeadas o el tigre arcoiris otros dos míticos felinos amazónicos.

Bajasteis a la pequeña sala de conferencias, preparaste las diapositivas y la guía, la sala se llenó enseguida de estudiantes y tras una breve presentación de Robert elogiando tus dotes rastreadoras comenzaste a hablar de la vida del lince ibérico, un gato misterioso que comenzaba a extinguirse sin remedio.

Cuando encendieron la luz ella no te vio o fingió no verte, pero Ramón Cruz que estaba a tu lado no paró de hacerle preguntas entusiasmado como un niño de poder hablar en castellano o de que alguien viniera desde España a hablarle del Lince.

—Usted no lo entiende pero la última cosa que vi de España cuando atravesamos la frontera por el paso de Coll D`ares fue un lince en medio de la nieve. Señorita qué cosa más bonita aquel gato grande en lo alto de una loma en medio de la nieve, inmóvil, como despidiéndonos, sin espantarse.

Olga se metió en tu vida otra vez, aunque tu vida, tu cuerpo, tu aliento le parecieran de otro.

Vives en una casa de la calle Lafayette cerca de Columbus Park, en pleno Chinatown. Te paras a hablar con un chico que atiende un puesto de pescado, os preguntáis por la salud, la familia, el trabajo y después le pides

unas gambas y me presentas, él se llama Li Yuchengco y no es chino sino filipino y chapurrea el español gracias a su abuelo que se empeñó en enseñárselo de niño. El puesto está lleno de pescados raros, anguilas vivas intentando escapar de un cubo, ranas gigantes de color azul, galápagos, tilapias, carpas boqueantes, cangrejos verdes que parecen marcianos. Descubriré después que sabes guisar esos pequeños monstruos hasta convertirlos en delicias con las que me dejo envenenar, cocina fusión chino—extremeña, bromeas. Me asombra la cantidad de gente que te saluda.

—Siempre hago la compra en el barrio —te excusas— aquí los alimentos son muy frescos, como estas gambas vivas con cabeza que ha sacado mi amigo del barreño. Es que a los yanquis les dan asco o miedo las gambas con cabeza, se pierden lo rico que es rechupar su jugo.

Pasamos por un puesto de patas de gallina, crestas, vísceras de todos los colores y formas. Intuyo que por estas calles, en estos mercados no vienen los blancos a comprar o a comer.

—Desde el principio sentí una extraña familiaridad en esta forma de vender y de regatear —me dices— en estos alimentos descubro que los extremeños tenemos algo de chinos o los chinos algo de extremeño. Debe ser la necesidad, la cultura de la carencia, el ingenio del hambre, también nuestra cocina está llena de platillos exquisitos con vísceras, comemos lagartos y ranas, extrañas yerbas del campo, succulentos alimentos que hacen arrugar el entrecejo a más de un turista despistado.

Subimos a tu casa, vives con dos tíos a los que apenas vi un par de veces durante aquellas semanas que estuvimos juntos. Te notaba cambiado, despreocupado de todo, como si conocieras el secreto de ser invulnerable. Solo así podía entender que creyeras que Nueva York era un pueblo un poco grande que Jara o tu inútil y retorcido interés en rebuscar a un puñado de exiliados, hurgar en los secretos de sus vidas, en su olvido, en sus razones de hacerse neoyorquinos y no desear, ni soñar con el regreso.

Pero ponías mucho cariño en esas pocas cosas, en hacerme reír, descubrirme otra forma de mirar aquella ciudad que siempre me había parecido odiosa, terrible, apocalíptica.

—Eso es que te ha maleado Lorca y Woody.

Acaba de llegar uno de tus compañeros de casa, saluda cansado, se quita el traje oscuro igual que si se estuviera despojando de una pesada armadura, se queda en calzoncillos, coge el plato de los buñuelos fríos que han sobrado de tu desayuno y comienza a comerlos con glotonería de niño pobre mientras ve la televisión.

—Es que tu amigo tiene la visión de NY que tienen los chinos, se pasa mucho tiempo con los chinos y poco con los verdaderos neoyorquinos, por eso cree que NY es un poblaco grande.

Tu compañero de piso no entendía nada, hablaba como si fuera del Kukulus Klan. Y tu le picas en broma.

—Holandeses de mierda pelo panocha, más puritanos que la cebolla.

—Y a ti se te está poniendo cara de Mao—tse—tung con esas guarradas que les compras —se defiende—.

—Si pero tu bien que te las comes cabrón.

Salimos a la calle y entramos en una tetería también de chinos, otra vez los saludos y las preguntas por toda la parentela, pero huele bien el lugar y los cristales de colores tapizan la luz intensa de la tarde. Soplas la taza y me cuentas la historia borrosa del abuelo muerto en los primeros bombardeos de Madrid, republicano de derechas, amigo personal de Azaña desde los tiempos del Ateneo, erudito de Eurípides, hijo de un pobre arriero de un pequeño pueblo junto al Tietar, becario en París. Me hablas de tu trabajo o tu labor de detective en busca de exiliados.

—Imagínate al primero que entrevisté, un tipo casi centenario con la camisa de cuadros remangada lanzando al agua un señuelo de plumas de colores con una vieja caña de bambú en medio de Manhattan, en un lago que hay en Central Park en el que se puede pescar. Le costaba trabajo hablarme en español, lo hacía despacio, saboreando las palabras: —Si, Nueva York nos trato bien, llegamos asustados, sin nada, vencidos, casi sin esperanza. En las últimas semanas antes de la caída de Madrid, yo y otros profesores de la Universidad Central que nos habíamos convertido en milicianos de mono y Mauser a las órdenes de Mera habíamos recibido cartas de un colega nuestro que había marchado a NY poco después de la rebelión, estaba muy bien colocado en la Universidad y nos ofrecía trabajo. Imagínese, nos atrevimos a irle con el cuento a Cipriano Mera, ¡me cago en el dios que os batanó!, ¡solo me faltaba que me vinieran los soldados a pedirme permiso para desertar!. Ante nuestra sorpresa nos dio un abrazo, se encargó personalmente de arreglarnos los papeles y nos largamos para Valencia dos días después. ¡Ya os podríais llevar también a ese colega vuestro que es profesor de griego, como no se aleje de aquí pronto si no le pegan un tiro los comunistas se lo pegarán en cualquier momento los fascistas o yo mismo como me cabree!. Mera nos contó la increíble historia de un profesor de griego que había colaborado con Arturo Barea de la emisora Transradio, que era uno de los hombres de confianza de Miaja y que se rumoreaba que había participado en la compra de armas para los anarquistas en algún país de Centroeuropa. Preguntamos su nombre. —¡No me acuerdo del maldito nombre ahora, siempre va con dos milicianos, un tal Elorza, pregunta a Ruiz por ellos y lleváosle con vosotros!, ¡Es una orden!—. Pero las cosas no estaban para ir preguntando por la calle, salimos de Madrid sin haberle encontrado, nunca supimos su nombre, ni su suerte,

imagino que acabaría asesinado por unos o por otros. —Vaya, mi abuelo era también profesor de clásicas, pero murió en los bombardeos de los primeros días— le digo. El viejo enganchó algo en ese momento, pego un tirón seco y a unos veinte metros de donde estábamos saltó un pez de buen tamaño, salió del agua por completo y por un segundo quedó flotando sobre el lago, los flacos brazos del anciano comenzaron a recoger sedal como si le fuera en ello la vida, tras unos minutos de lucha en los que parecía que iba a darle un infarto al fin tuvo el pez entre las manos, después le soltó con extremo cariño. —Ya es la tercera vez que pillo a este viejo cascarrabias— me dice. Si, esta ciudad me ha tratado bien, puedo echar pestes de todos los crímenes que los gobiernos de los Estados Unidos de América han perpetrado por el mundo desde la guerra de Cuba hasta la fecha de hoy, pero a nosotros, un puñado de españolitos que llegamos a esta ciudad con una mano detrás y otra delante nos trataron como jamás hubiéramos soñado, nos ofrecieron trabajo, casa, amistad, amor, pudimos pensar, investigar, decir y encima podía ir a pescar en metro.

Apoyas tu cabeza en el vientre de Olga. Dices que te gusta oír los ruidos de mi cuerpo, su latir, la respiración, el glu, glu de la digestión. Es el sonido de la vida, susurras, antes de chuparme.

—Porqué no te quedas aquí, en el barrio no hay muchos gatos, a parte de los siameses con cascabel de oro de la vieja rentista del segundo o el de angora del cuarto piso que tiene peluquero a domicilio o los dos egipcios medio calvos de la vecina de enfrente que saca a pasear con jersey de lana y parecen duendes malos, yo te puedo ronronear, rozarme con tus piernas buscando una caricia, hasta podrías comprarme una lata de pienso y lo comería en una rebanada de pan tostado con un poco de limón —me propones—.

—Porqué no te vienes tú a Brasil —te digo— seguro que encuentras allí a un buen puñado de exiliados y no aquí, en esta ciudad llena de monstruos. Si esta ciudad es igual que tu pueblo, el Amazonas te parecerá el Tietar solo que un poco más grande y la selva un jaral algo más frondoso —te propongo—.

Me muerdes cerca del ombligo y te levantas a preparar una infusión de no sé que yerbajos chinos o extremeños que te gustan tanto. Mientras lo saboreamos me sigues hablando de tus exiliados.

—A Nueva York llegó un puñado de españoles, quizás los más famosos que me vienen ahora a la cabeza son Joaquín Maurín que creó una agencia de prensa, el pintor Eugenio Fernández Granell que fue profesor de la Universidad de Nueva York, Victoria Kent que se inventó una revista llamada Ibérica o Jesús de Galíndez, pero hay, hubo otros, menos famosos, más anónimos, que se hicieron Neoyorquinos para siempre. Esos son los que me interesan, a esos son a los que sigo el rastro.

Te acompañé una semana después a otra entrevista, era un contacto que le había dado el pescador de Central Park. La casa estaba muy cerca del Hispanic Society of America un asombroso museo que atesoraba miles de fotografías de la España de principios de siglo y que yo había visitado por casualidad en mi primer viaje a NY, era uno de esos museos casi anónimos que hay en la ciudad, fundado por un tal Archer Milton Huntington, un tipo absolutamente enamorado de España que invirtió no poca de su fortuna en esa institución.

A pesar de lo que el viejo exiliado te había contado en el lago, no creía que fuera casualidad en este caso la cercanía de la casa a este museo tan especial.

Junto a la puerta de acceso a los apartamentos un grupo de jóvenes más o menos de nuestra edad estaban intentando desmontar el motor de un coche, uno de los chicos se acercó hasta nosotros y se puso a jugar con una llave inglesa bastante grande.

—¿A dónde vais? —nos preguntó con todas las ganas de estar diciendo: —¡sacad la cartera, turistas gilipollas!.

—Al tercero, a casa del profesor Manuel Sánchez.

Entonces le cambia el gesto y nos dice en spanglish:

—Saluden al profesor de parte del hijo de Etelvina Smith y le dice que subiré mañana a arreglarle la nevera sin falta, El señor Manuel fue profesor de mi padre en secundaria en aquellos tiempos, ya saben, los derechos civiles y todo eso, aquí se le respeta, para nosotros es más negro que muchos hermanos renegados que anda por la City. Más negro que los cojones de un mulo. Y todos ríen, por el extraño arrastre de las palabras porque no creo que los chicos hubieran visto un mulo ni en el zoológico.

Nos sobrecogió aquel hombrecillo apoyado en dos bastones, con una boina calada, una camiseta negra con la imagen de Lou Reed serigrafiada, unos vaqueros gastados, unos ojos verdes y la sonrisa en todas sus palabras.

—No son malos esos chicos, pero les han vendido un mundo de maravillas y no tienen trabajo, les intentan embrutecer con drogas y con anuncios de TV y ellos se resisten aún a su manera.

Hablaba un perfecto español de Castilla pero en los libros y la decoración de la casa nada nos hacía suponer que estábamos en el hogar de un exiliado salvo el nombre del buzón, el café de puchero y tarta de moras que nos tenía preparada y una pequeña foto color sepia dedicada que descubro sobre una mesa. Las estanterías de la sala están abarrotadas de libros pero no hay ni un título en español, ni un cuadro, ni una figurita decorativa, ni la botella de anís El Mono o de coñac Soberano que has visto en otras casas, solo esa diminuta foto de un torero también pequeño de estatura como él.

—¿Y quién es? —le preguntas—.

—Pero Sírvanse un buen trozo por favor, es exquisita, creo que es lo único que aún conservo de España, mi madre la solía hacer para desayunar cuando era temporada. Si, la foto, es un amigo, el más grande torero del mundo, Juan Belmonte.

La dedicatoria dice: “para mi querido Manolo no olvidaré nunca tus libros”. Y te cuenta el anciano que le dejaba libros y le orientaba sus lecturas cuando no era nadie.

—Un torerillo feo y anónimo. El más grande como torero, inmenso como persona —afirma mirando la pequeña foto enmarcada—.

Entonces enciendes la grabadora, preguntas, bebéis el café y coméis tarta mientras él recuerda, calla, evoca, duda, afirma durante casi cuatro horas.

De vuelta a la calle Lafayette, el traqueteo del metro con los vagones atestados os devuelve una rutina que habíais olvidado y que tú alejas en cuanto entramos en la casa.

—Te invito a merendar —dices—.

Haces unos extraños círculos de masa líquida sobre una sartén con el aceite humeante que se transforman en algo crujiente y dorado por fuera y jugoso por dentro.

—Son buñuelos, receta de mi abuela. Mi último recurso para sobornarte y que te quedes al menos unos días más. ¿Te das cuenta?, En poco tiempo dejaron de ser exiliados, dejaron de soñar con volver, no organizaron sus vidas en la provisionalidad, en la espera de un regreso probable y próximo si no que se hicieron neoyorquinos y amaron esta ciudad como a una patria, su única patria. ¿Volverá algún día?. Les preguntaba siempre al final de las entrevistas. Siempre estoy de vuelta, vuelvo aquí, a mi casa, con mi gente, a Nueva York. Mi España es esta. Dicen siempre.

Pensaba que acabarías como ellos, después de alargar tu estancia, enlazar excusas y trabajos provisionales alguien te ofrecería alguno más estable y te convertirías en uno de ellos, exiliado amnésico, un neoyorquino de vago origen español.

Tu indolencia, tu pose de vago no podía disimular que te tomabas muy en serio aquel trabajo de detective, tu búsqueda de los exiliados más raros, los que se olvidaron de serlo y fueron dichosos en el lugar más extraño. Me cuentas que la historia sin ellos tendría un gran hueco.

—Son hermanos de los otros exiliados, de los definitivos, de los que aún permanecen enterrados en barrancos, cunetas, pozos, minas, fosos. No es nada nuestra historia, la historia con mayúsculas, sin ellos, sin su memoria, sin sus nombres. Todos sus nombres. Sin ellos los libros solo son

una acumulación de datos, de palabras que no tienen voces y que nadie sabe realmente pronunciar.

Entonces Nueva York era también tu hogar, tu lugar en el mundo, eras de alguna forma uno de ellos.

Ahora, cuando escribo sobre vuestro encuentro en Nueva York, sé que ella no sabía lo importante que era para ti desentrañar el misterio del abuelo muerto, del padre silencioso, del azar preparando encuentros y regresos asombrosos. A Olga le hubiera gustado que le acompañaras. También en Brasil había robinsones españoles perdidos en la selva.

Mientras recuerdas como le abrazas otra vez el sueño o la pesadilla que le hace encogerse y musitar palabras que no entiendes, inventas el pasado de aquel futuro posible, Olga Cepeda y él viviendo en Nueva York durante todos estos años. Podrías inventar que ella no bajó a Brasil, se conforma con los linceos americanos y los pumas y él no vuelve a Jara, escribe la historia de aquellos exiliados, acepta el trabajo en la universidad, ambos vivís en Chinatown y seguís disfrutando bajando al mercado a por gambas vivas, ancas de rana y pato lacado. Solo sois dos anónimos neoyorquinos más que hacéis vuestras escapadas a los bosques de Montana y en invierno bajáis a Costa Rica a disfrutar dos semanas del lujo de una selva sin peligro. Tan fácil, tan posible, os hubierais convertido en una nueva generación de exiliados voluntarios, disfrutarías escribiendo en Nature o en Rebellion, cercanos a la izquierda suave y retórica de Chomsky. Pero no os conformasteis. Olga no soportaba el olor a rancio de los felinos disecados del museo de Historia Natural ni la eficaz comodidad de seguir tras el ordenador y vía satélite unos cuantos linceos y pumas con radiotransmisores en el cuello. Pero mientras escribo sobre ti, sobre aquella noche en que abrazas y besas la espalda de Olga antes de marcharse a Brasil. Desearía imaginarte, verte ahora rebuscando libros y revistas en la biblioteca de la Hispanic Society en el Bronx, amodorrado por la soledad del lugar o más tarde, cuando das a probar a Olga una criadilla asada aliñada con un chimichurri picante.

No pienses que quiero hacer trampas con las palabras, no quiero engañarme con un happy end cualquiera. Sé muy bien que ahora estas junto al Tietar no en el Hudson. Pensar en ese pasado futuro probable es solo una forma de sentirte vivo y cercano, de alejar de mis palabras la amenaza que se busca, el monstruo real que te acecha. Entiéndeme, no puedo escribir que ya eres solo un cadáver, un cuerpo vacío que flota río abajo. Deseo creer que mis palabras escritas pueden salvarte de la vida. Tú nunca creíste aquel verso presuntuoso de Celaya de que las palabras eran un arma cargada de

futuro. Pero el hecho de que robaras la novela de tu abuelo y la publicaras como propia es tu forma de decirme que las palabras no solo son para ti humo y fantasía. Tal vez ahora, en este mismo instante en el que atravieso yo el Atlántico, estés escribiendo tu también esta historia. Llegaré entonces a tu casa del río y me contarás que has mandado un paquete a tu abuelo con el cráneo aquel que encontraste cuando hicieron los agujeros para plantar los naranjos y con la cabezota de La Lagarta le has enviado un rimero de hojas en el que has escrito como regresa un exiliado a conocer a su nieto.

—Mira lo que encontré cuando excavaron la huerta.

Primero me muestras una escopeta de perrillos herrumbrosa y sucia, después un gran objeto alargado y blanquecino que no soy capaz de reconocer.

—Me dijeron que hace muchos años aquí había una especie de pequeño pantano con dos pozas más o menos grandes donde venían los chiquillos del pueblo a cazar ranas. Oí contar a Heliodoro la leyenda de que en las pozas dormía un monstruo, una lagarta gigante de ojos fosforescentes y dientes como puñales. Por lo visto no era un cuento. No se lo he enseñado a nadie, solo le mostré el cráneo a Olga pero no se creyó que pudiera haber vivido un *cocodylus niloticus* o cocodrilo del Nilo en un pueblo de Extremadura.

Entonces te recuerdo aquella otra historia que Teodoro escribió en su novela, tu novela, la de un triste circo ambulante al que se le escapa su animal máspreciado y la desaparición años después de un sargento de la Guardia Civil mientras cazaba torcaces junto al río.

—Sí. Enseñé la escopeta al padre de Olga y por el número de serie descubrió que perteneció a un Guardia Civil que desapareció sin dejar rastro por los años veinte. Comienzo a pensar que tal vez tengas razón —me dices— y las palabras no sirvan solo para nombrar el mundo.

Me regalas una sonrisa de complicidad o de burla mientras cubres la cabeza con una manta vieja.

—A lo mejor tienes razón y hay palabras secretas que al invocarlas fabrican realidades, abracadabra, ábrete sésamo y esas cosas. A ver si algún día me escribes tú algún futuro confortable porque hoy estoy bastante jodido.

Y te pones a llorar, no sé si por ti o por ese abuelo cabrón que ha vuelto para recordarte que se fue y abandonó a tu padre en un país desolado o por que sabes que tendrás que escribir sobre lo ocurrido, tarde o temprano, para que tu mujer no sea un personaje más que se esfuma de tu vida.

Pero yo ya no estoy contigo, me voy a marchar otra vez a mi casa de la calle Magdalena, a mi Guatemala de todos los demonios donde la vida no vale nada. Dormimos juntos esa noche para engañar un poco a tu dolor, para

que no te creas que huyo otra vez de tu cobardía pero a mí ya no me importa que descubráis al asesino, que aniquilen al lince. Cuando me levanto despacio para no despertarte y vuelvo a Madrid, recojo las carpetas que tienes sobre la mesa sobre el asunto del lince y te miro de nuevo por última vez como diez años antes, duermes tranquilo, boca abajo, con los brazos y las piernas abiertas, derrumbado sobre el sueño. Pienso que sobrevivirás a todos, también tu, como Teodoro, eres un superviviente, ya tienes tu casa junto al río y tus naranjos, tus amigos a los que cocinas y tus peces soñados, cicatrizará el recuerdo de Olga y volverás a sonreír cuando logres pescar ese gran pez con el que sueñas.

Cuando llegué a Madrid llamé a Justi para despedirme de la radio y hable con mi jefa para volver cuanto antes a Guatemala, solo faltaba rehacer un equipaje apenas deshecho y comprar un billete de avión.

Una semana después de llegar Guatemala recibí una caja de cuatro kilos de peso según correos con los datos del remitente emborronados por la lluvia. Temí lo peor, lo de siempre, un paquete bomba, una venganza de cualquiera, salí corriendo de la casa mientras marcaba el número de la embajada pero colgué antes de que alguien hubiera cogido el teléfono al otro lado y volví a mi habitación. A la mierda el miedo, quién se iba a tomar la molestia de gastar un buen puñado de dólares en preparar un explosivo si una bala de cincuenta centavos servía para lo mismo. Dicen que no se siente nada, ni se escucha nada cuando te revienta una bomba, no hay dolor, se viva o se muera. Corté el embalaje con las tijeras de la cocina, no hubo explosión. Solo eran papeles, documentos, fotocopias, recortes de prensa, páginas arrancadas de libros, folios escritos por letras de diversos puños, un montón de carpetas que yo había visto encima de la mesa de la biblioteca de Dimitri una semana antes.

Entonces no sabía que debajo de todas aquellas palabras y fotografías había un finísimo hilo, una telaraña que dibuja en el aire el lejano perfil de cuatro hombres vencidos que escapan de una guerra y de un cazador sin rostro venido de muy lejos a cazar al último lince extremeño. He tardado demasiado en descubrirlo, entonces solo era una mujer cansada y asustada que deseaba volver al palpitar del presente. Dejé la caja debajo de la mesa y salí a la calle a respirar el aire caliente y húmedo de mi calle. Sin saber porqué llevaba en la mano uno de aquellos documentos, un escueto telegrama de cinco palabras dirigido a Dimitri Snizek y remitido por un tal Jan Král:

“Iker ha muerto”

Arrugué el amarillo y pequeño trozo de papel y lo tiré al barro de la calle.

Cuando comencé a escribir sobre la trama invisible que entrelazaba todas esas palabras atesoradas en la caja de cartón, a buscar como un detective aficionado que resto de vida había detrás de todos esos documentos, solo lo hacía por olvidarte, para convertirte en un personaje de la historia, un borroso nombre de ficción.

IV

Afirmaste entonces: —ellos no olvidaron, fueron miles, atesoraron sus recuerdos advertidos que los otros, ya entonces y más tarde, querrían borrarles para siempre de la historia—.

NO PUEDES OLVIDAR la interminable carretera hacia Port Bou, la nieve y la lluvia, miles y miles de personas agotadas y ateridas, soldados que se alejan entre las viñas para pegarse un tiro y niños descalzos pisando la nieve con los dedos morados, negros, a veces el silencio a veces los gritos cuando pasan los aviones rasantes y disparan sin apuntar, solo por ver como la gente abandona su escaso equipaje y se esconde en las cunetas.

No quisiste tomar el avión de Valencia que te ofreció Miaja, ni el pequeño pesquero de Rosas que pudo alquilar Dimitri. Toda aquella gente harapienta, hambrienta, enferma, era tu gente, personas que no importaban a nadie, ya sin dignidad, huyendo hacia la nada porque la nada iba a ser Francia, las armas amontonadas al pie de la frontera ante la mirada arrogante de los gendarmes y después los últimos treinta kilómetros hasta Argelés, los Spahis, los senegaleses con la bayoneta calada y las ametralladoras pesadas que nos empujaban detrás de los alambres de espino. Dos días sin comer y bebiendo el agua de pozos que hacemos en la arena, sin otro lugar para cagar que la misma arena húmeda en la que dormimos, sin otro horizonte que el mar helado y las ventiscas que levantan la arena y comienzan a producirnos úlceras en la piel y sobre todo la locura de muchos que se niegan a comer lo poco que les queda y se hunden en su fantasía hasta que mueren o en el mar como Garcés que se fue despidiendo de todos nosotros, —es que me ha surgido un viaje imprevisto, pero prometo enviaron queso y fruta, un camión de queso y fruta—. Decía, mientras metía sus dos trajes milagrosamente impolutos en su maleta y después, sin que

nadie hiciera nada se fue caminando hacia el mar, —es que regreso a España porque me ha surgido un imprevisto—.

Y tu nieto, muchos años después, comprará un álbum de fotografías de tu amigo André Friedman, mirará despacio una noche de insomnio y trabajo pendiente todas aquellas imágenes, se quedará sobrecogido durante largo rato ante la foto de la página ciento setenta.

Te acuerdas bien de aquel momento, Miguel Vera estaba tocando el chelo al resguardo de una de las chabolas construidas para los enfermos, todos estamos en silencio, olvidamos el olor y el frío, no sé muy bien cómo el músico consigue deslizar los dedos con tanta agilidad por el mástil, ni como no se despelleja las yemas al pulsar las cuerdas heladas, tampoco se como logró conservar el violonchelo sin un solo rasguño o porqué prefirió llevar aquel instrumento inútil tan voluminoso en lugar de una maleta con ropa de abrigo y comida. Todos aplaudimos al final, un aplauso largo e intenso, más largo y más intenso de los que nunca oyó Miguel en su Liceu, hasta los senegaleses se pararon en su ronda detrás de la alambrada para escuchar aquella música ronca, que parecía acompasar el ruido de las olas. Entonces apareció André y el músico se volvió, quiso sonreír a la cámara, deseó con toda el alma buscar una sonrisa como siempre después de los conciertos y sonrió por fin, todos sonreímos aunque tu nieto, cuando mire esa foto que le hipnotizo, no puede ver esa sonrisa grande y abierta que tenéis todos, solo ve esa una mueca infinita de tristeza, unos ojos vencidos sobre unas grandes bolsas arrugadas, la cara mal afeitada y su boca apenas entreabierta, aguantando el llanto, los dientes que le faltan, las manos ateridas agarrando el instrumento como una inmensa carga que casi no puede sostener. Y tú eres la imagen borrosa que está detrás con el cabello revuelto, el chaquetón negro y la bufanda amarilla que te regaló Olga Havel en Madrid.

Te sorprenderás al reconocerte y no dirás a tu nieto que esa silueta desenfocada es la de tu cuerpo aquella tarde de finales de Marzo en Argelès—sur—Mer y que el músico es tu amigo Miquel. Pero Sara te descubrió junto a la chimenea con el álbum abierto sobre las piernas mirando la foto, —¿le conociste?—. Entonces no puedes evitar acariciar el papel y contarle el momento.

Hipólito se paseaba entre los hombres derrumbados, medio enterrados en los agujeros que les servían de refugio, madriguera, cama, ataúd. Jamás vi tantos hombres dejándose morir de tristeza. Andaba entre todos ellos repartiendo cigarrillos como si fueran gotas de esperanza, de una esperanza imposible que olía a heces húmedas, a playa helada, a guerra perdida, una esperanza que solo él sentía. Creo que sus artes y su pasado de timador madrileño le servían para tener todos los días docenas de cigarrillos

que repartía entre los hombres que, según él, tenían la muerte pintada en la jeta. —Profesor tenemos que largarnos, yo no quiero morir en un agujero rebozado sobre mis cagados, mi madre decía que había que morir entre sábanas y velas para no convertirse en fantasma. Me cago en Dios.— Me decía de vez en cuando, con una media mueca de fastidio mirando, hacia los guardias senegaleses que rodeaban el campo.

Poli, como todos le llamaban, tenía un amigo cómplice con cara de anormal y un pie torcido llamado Tomás que no salía casi nunca del agujero cubierto de mantas que tenían los dos para dormir en la zona más alejada del mar. Yo al menos, hasta el día que salimos del campo, nunca lo vi salir de allí siquiera para estirar las piernas. Tomás se pasaba los días y las noches con un grueso cuaderno arrugado donde garabateaba extraños trazos.

—Mírele, ahí metido parece gili, pero es muy listo mi Tomasín, un día timamos a un ministro, a un ministro timamos, y todo por el Tomás. Claro que nos trincaron en una marisquería de la calle San Bernardo. Total, ni en la catedral de Toledo vi tantas hostias juntas. Al Tomás la pata de mentira se la hicieron de verdad, que tampoco importa mucho porque siempre andaba cojeando y ni se acordaba ya de como era eso de andar derecho. Y a mí el señor comisario me dejó el estómago delicado, ya no puedo tomar picante, con lo que a mí me gustaba el picante, ya ve Usted.

Las rachas de aire frío y salino no se calmaban nunca y eso seguramente impedía que el olor, nuestro propio olor de cadáveres vivos nos siguiera pareciendo soportable. Había que salir de allí como fuera, nadie dormía, nadie hablaba los primeros días en aquel campo que también debíamos llamar de exterminio, porque en nada o casi nada se diferenciaban de aquellos que mostrarían los americanos por el cine después de la guerra mundial.

Todos los días paseaba hasta la última alambrada del campo, la más próxima al mar y allí nos quedábamos mucho tiempo callados, mirando el gris azulado del agua. —Es bonito, ¿verdad?—. Decía Poli siempre. Yo nunca le contestaba, no sabía que decirle, no sabía sentir, habíamos aprendido a no sentir detrás de esas alambradas, a no sufrir demasiado, a no suicidarnos todos saltando los límites del campo para que un soldado nos pegara un tiro a dos metros. — Yo nunca había visto el mar, nunca.— Murmuraba Hipólito fascinado mirando como ciego a la línea del horizonte. — Hay que salir de aquí— repetí también ciego de rabia, de una repentina y extraña furia que no me habían producido ni los cuerpos reventados por los bombardeos de los niños de la calle Libreros, de una rabia que solo era el dolor de la traición.

Uno de esos atardeceres frente al mar y las alambradas, mientras mirábamos la línea neblinosa y sucia del horizonte escuché una voz lejana,

casi un susurro, que me nombraba. Miré hacia el lugar donde suponía que me llamaban pero no vi a nadie. Veía a muchos hombres con los ojos secos, la barba crecida y la piel llena de piojos, pero a ninguno con los ojos secos, la barba de muerto y la piel sucia que yo conociese. Me volví y seguí mirando al mar. — ¡ Teodoro, Teodoro, eres tú Teodoro!—. Estaba mirando la boca, la cara de donde salía mi nombre pero no sabía quien era, no reconocía esa cabeza tan pequeña, ni esos ojos diminutos detrás de unas gafas redondas y sucias. —¡ Teodoro, Teodoro!—. Miré aquel cuerpo delgadísimo que asomaba tras una especie de tienducha hecha con una manta y un palo clavado en la arena, hacia una extraña boca que gritaba mi nombre con una voz sin timbre. Miré hacia aquel hombre que me sonreía apenas como demostrándose a sí mismo que no había olvidado del todo sonreír. —¡ Soy yo, Valentín, Valentín Quintas, Soy Yo!—. Gritaba como si dudase de su nombre. Estuvimos mucho tiempo abrazados, sin decir nada, abrazados casi con rabia, agarrándonos fuerte las ropas sucias, con los ojos cerrados como si temiésemos soltarnos y caer, perdersnos para siempre.

—Teodoro, Teodoro,...dios...Teodoro!— Decía con una voz muy afónica, apenas un susurro áspero y terroso.

No has olvidado esa traición de la sangre, desconocida, terrible, absoluta. Esa traición que te va mordiendo cada pedazo del cuerpo, cada víscera, cada pensamiento, te anula los sentidos, te aniquila cualquier forma de rebelión, de grito, aborta cualquier tipo de desahogo, ni siquiera un sollozo, unas lágrimas liberadoras. La traición a Ramona y tu hijo, tan pequeño. Él no tendrá ni un recuerdo, no guardará en su memoria ni una imagen, ni un rasgo de tu cara, ni una voz, ni siquiera una frase borrosa o la sospecha perdida en el cerebro de unos brazos morenos que lo cogen y lo lanzan al cielo para que se ría, para que sienta a la vez el pánico de la libertad y la seguridad dulce y absoluta de intuir, de saber que esos mismos brazos lo recogerán con mimo, nada, no sabrá nunca como fue su padre, solo le conocerá a través de las siluetas inmóviles de las fotografías, gracias a las historias que le cuente Ramona cuando crezca y pregunte como era su padre.

Teodoro no sabe lo que ella recordará o deseará recordar, como será la figura que le describa, que partes de su vida común atravesarán la memoria de Ramona para instalarse de forma nueva y diferente en el cerebro tierno de su hijo. Abrirán juntos, de año en año, una maleta llena de fotografías de París y de Palestina, de ella abrazándole la cintura apoyados en un castaño de indias en el Retiro, de él con una camisa muy blanca y muy abierta con una azadón a punto de dar el golpe en el surco, de ese retrato que te hicieron en Sol cuando ganaste la plaza de profesor, que después será

ampliado y enmarcado y permanecerá cuarenta años en la misma esquina de la casa de hasta que alguien, tu nieto, lo descuelga una mañana de Octubre y te lo lleva a otro lugar, no demasiado lejos, a una casa de campo con el techo de tejas musgosas y una puerta de madera pintada de verde que da al este, una casa que casi está en el mismo lugar donde Teodoro da ese golpe en un surco como si fuera un jornalero para que su amigo Enrique le saque la foto con esa cámara recién traída de Berlín; Alguien colocará ese retrato en una pequeña habitación llena de libros, alguien que lo mirará muchas veces a los ojos, a esa boca que esboza una media sonrisa, a ese pelo tan negro y esa cara delgada donde están comenzando a despuntar dos surcos imperceptibles debajo de los pómulos, alguien que se preguntará como era él, como sería el tono de su voz, la forma de reír, el olor a sudor empapando esa camisa blanca remangada hasta los codos, todo lo que convierte en realidad, en cuerpo, el retrato de un desconocido.

Pero él, Teodoro, no sabe nada, tal vez nunca sepa nada de esto, puede que muera también en uno de esos agujeros excavados en la arena y cubiertos con una manta para que el aire húmedo y frío del mar no entumezca aún más los huesos de los hombres.

Siente una dulzura extraña al imaginarse así, un muerto anónimo entre otros muertos, transportado fuera del campo, convertido por fin solo en imágenes que Ramona atesora en una maleta pequeña de madera con refuerzos de latón en las esquinas, al fin lejos, muy lejos de ese sentimiento de traición, lejos del dolor, del frío, de las miradas de esos desconocidos que ahora le rodean con los ojos, la boca, la sangre seca de la derrota. Desea ser un muerto más que huele a heces y sudor reseco, un cuerpo rígido con los brazos y las piernas inmovilizados por la muerte en una postura inverosímil que dos guardianes negros columpian al borde de la fosa común para lanzarlo al centro. Nunca podrá imaginar que muchos años después, a miles de kilómetros de Argelés, intentará describir la sensación de la traición a Pau mientras él afina con mimo el chelo y le mira perplejo. Nunca podrá concebir que un extraño que él no conoce está recorriendo el bunker del Parque del Capricho y se parará unos minutos en esa casamata desde donde entonces se veía Canillejas y ahora solo se ve un matojo cuajado de hojas amarillas y una botella de refresco semienterrada, ese hombre extraño, su nieto, se parará y mirará por la ranura donde se asomaron él y Miaja aquel atardecer para contemplar la línea invisible del frente, el cadáver de Olga desnudo y abierto encima del borde blando del agujero que hizo la granada, nadie sabrá que fue ella la que tiró de la anilla de la bomba que tenía aquel soldado gordo enganchada a los correaes, aquel soldado que la golpeaba los dientes con la culata del Mauser y la arañaba las tetas con sus dedos grandes y ásperos. Nadie sabrá nunca la cara que puso el caballero legionario Domingo Feroso que siempre se emborrachaba con Machaquito y era tan

buen tirador cuando esa puta roja que intentaba follarse arrancó la argollita de la granada.

Solo desea ahora que Ramona le crea muerto, un muerto anónimo con la cara destrozada por los cascotes de aquella casa de Argüelles, un muerto que su mujer convierte en héroe a base de paciencia, de palabras murmuradas a la hora de la cena, de fotografías viejas, de rezos, de mentira. Nunca podrá concebir que muchos años después, una mañana de primeros de septiembre mientras recoge higos de pezón largo en tu huerto esa traición se diluirá por fin, desaparecerá como se deshace la niebla del Tietar en cuanto el sol calienta los tabacales verdes de sus vegas. Ya no sentirá la traición que cometió un día de invierno de mil novecientos treinta y ocho abandonando a su mujer y a su hijo de once meses en una ciudad sitiada, hambrienta, miserable, aterrada. Teodoro salió del portal de su casa en la calle Ruiz numero ocho y no volvió más, desapareció, fue un cadáver con el cuerpo deshecho por un pedazo de muro, un cuerpo inerte con una chaqueta de lana color negro que tenía en el bolsillo interior un carnet de biblioteca donde había una foto de un hombre joven que sonreía y un nombre escrito que era el suyo: Teodoro Sánchez, un carnet ya caducado, un poco gastado por las puntas con el sello azulón desteñido por un día de lluvia.

Ahora es un cadáver que nadie conoce, que está de pie y mira al mar, que tiene las manos un poco amoratadas fuera de los bolsillos del abrigo, un cuerpo que aún guarda una cuartilla de papel muy doblada donde alguien a firmado y sellado para que cuando el Citroën se pare en seco ante el control, dos milicianos quiten los alambres de la carretera de Valencia y le saluden con el puño cerrado sobre la sien y le den recuerdos para Miaja; aquel que se quitó las gafas redondas empañadas por las lagrimas y tenía galones de Comandante y lloraba sin emitir ni un sonido, mirando el cuerpo roto de Olga Havel encima de un montón de tierra, que le firmó el salvoconducto también en silencio, justo en el mismo lugar donde un hombre joven, cincuenta y tres años después, besa los labios pequeños de una mujer con el pelo muy corto y teñido de rojo, igual que el de Olga, con su mismo nombre, el hombre joven abraza con fuerza la espalda de la mujer, como si temiese una separación o necesitase sentir sus espaldas fuertes de bailarina, se volverán a besar con el deseo de quienes se saben cómplices, sonriendo en el beso, chupándose muy suavemente y después mirarán por el agujero de la casamata en ruinas y ella dirá que no ha visto nunca unas hojas tan amarillas y él descubrirá la botella de un refresco de cola semienterrada sin saber que allí terminó o comenzó el tiempo del horror.

Teodoro no sabe que lo que más desea en el mundo es haber sido Eusebio Aparicio, dueño de una mercería en la calle Olmos que estaba sentado en un portal con un jersey de entretiempo, helado de frío, el famoso

frío de Madrid, había intentado comprar esos polvitos mágicos que disuelven el dolor a un tipo oscuro que vendía de todo siempre que tuvieras un anillo de bodas de oro con una piedrecita azul o roja, unos pendientes de valor, tres dientes de oro que era lo que habría pagado Eusebio por un botecito de morfina para Susana que a lo mejor ya se había desmayado de nuevo de dolor con su pierna amputada anoche por un médico joven que tenía la certeza de saber que aquella mujer, diecinueve años, moriría en unas horas. Pero el tipo siniestro ya no tenía morfina y Eusebio se había sentado en el portal sin atreverse a regresar junto a su mujer hasta que aquel transeúnte se paró junto a él, se quitó el abrigo y la chaqueta, le colocó la prenda sobre los hombros sin decir nada, se puso de nuevo el abrigo y siguió su camino calle de la Princesa abajo.

Teodoro no sabe que se cambiaría ahora mismo por aquel hombre con cara de loco al que dejó su chaqueta unos minutos antes que un obús le matase y dejase de ser Eusebio Aparicio para ser un muerto más, semienterrado por los escombros, con un carnet de biblioteca que decía que era otro, un profesor de la Universidad Central que ahora está mirando el mar detrás de las alambradas del campo de concentración de Argelés y se acuerda de Olga Havel, de la respiración fuerte de Miaja en aquel bunker, de la cara a medio hacer de su hijo, de unos versos de Eurípides en griego, del rostro curtido de su padre, arriero, que va de pueblo en pueblo con tres mulas murcianas y piensa en un futuro mejor para un adolescente que le besa con timidez cuando vuelve de sus viajes por tantos lugares vendiendo mantas de lana, una lana que abriga hasta mojada.

Teodoro no sabe que será un superviviente, tal vez el último superviviente de entre todos los hombres que ahora mira comidos por los piojos y la pena, la aniquilación, la sensación de fracaso, de saberse vencidos, derrotados, expulsados a un mundo nuevo al que nunca se acostumbrarán. No sabe que vivirá más que todos ellos y más que ese hijo de pocos meses que ha abandonado en Madrid y tal vez más que ese hombre joven que besa a la mujer de pelo corto en el mismo lugar donde muchos años antes él miraba impotente aquel cuerpo roto que había amado, esa mujer tan blanca, tan hermosa que vino desde Praga para morir delante del Parque del Capricho.

Un superviviente. Una de esas personas que pasan por el mundo inmunes, sin que nada les hiera, aniquile, asesine, enferme, uno de esos ancianos que ahora babean dementes en los asilos y se mean encima, viejos que son descubiertos por los vecinos cuando un olor extraño y repugnante sale de aquella puerta donde vivía un hombre solo que no salía nunca de su casa.

Un superviviente que atravesará países, ciudades, recuerdos, huyendo de la traición, del deseo de haber muerto, de la constante aniquilación que

siempre atrapa a los otros y no él, por qué no a él. Hasta que una mañana de septiembre mientras aprieta un poco los higos entre los dedos para saber si están maduros se ha acercado por detrás una mujer muy joven que le abraza, le toma de la mano y le lleva a la cocina donde su nieto prepara buñuelos, los saca de la sartén cuando están dorados y los espolvorea de azúcar. En la radio un concertista toca con cuidado el violoncelo. El cocinero se sienta en la mesa con una fuente llena de buñuelos, sonrío al viejo y a la mujer cuando entran abrazados por la puerta del jardín. El hombre joven que sonrío a Teodoro y a Sara no sabe que quien toca "el Miserere" invadiendo con su música la cocina se llama Pau Casals y tampoco sabe que su mirada orgullosa y su sonrisa franca con la que le da los buenos días acaban de limpiar su memoria de la ponzoña que comenzó a acumularse hace mucho tiempo sobre la arena fría de una playa francesa y continuó acumulándose a lo largo del mundo sobre su piel de superviviente.

En febrero del dieciocho a Jara también ha llegado la gripe y se ha llevado a muchos, pero no al padre de tu amigo. Valentín Quintas acecha en el corral a su madre hasta que ella sale de la cocina hacia la leñera, entonces él entra sigiloso en la estancia, abre con cuidado el puchero donde están a remojo los garbanzos, coge un puñado y sale corriendo hacia la Alameda de las Pozas. La Alameda es un paraje solitario cerca del Tietar donde no pasa nadie porque entre las pozas llenas de cieno y agua turbia vive La Lagarta, un bicho inmenso como un mulo con una boca llena de dientes gordos como peonzas y afilados como faca de gitano, así la describió delirando otra vez de fiebres el tío Leadro. La lagarta no se mueve, disimula, está sumergida en el cieno del que solo sobresalen sus ojos a la espera que un animal o una persona se acerque a la poza, la lagarta se atreve hasta con los lobos y los Guardias Civiles.

Hace unos meses el cabo Antonio Alegre Amor salió a cazar torcaces a la Alameda y no volvió. Se le comió la Lagarta. Rastrearón toda la zona y llevaron al cuartelillo a un par de pastores que andaban con las ovejas no lejos de allí, pero tampoco cerca, porque a la lagarta también le gustan las ovejas, hace a todo el monstruo, al cabo Antonio se le comió la Lagarta a pesar de tener un cuerpo nervudo y reseco y de ahí no sacaron a los pastores a pesar de las hostias que les dio el Teniente Melero con la fusta de montar la yegua.

Valentín no tenía miedo a la Lagarta, no tenía miedo a nada en el mundo, se subía a la torre de la iglesia de noche caminando por el borde del tejado para coger los pollos de cernícalo, robaba las cerezas tempranas del árbol de los guardias y atravesaba todas las tardes el campo santo para llegar

antes a casa y que su madre no le reproche en silencio sus azañas. Valentín solo tiene miedo a ese silencio, a los ojos enrojecidos de su madre, esa forma de mirarle mucho tiempo mientras cenan los dos solos, cuando lee las novelas que le deja Teodoro, el hijo de mantero. Ese silencio que ha nacido de la soledad, la creencia en un destino irremediable, la vida encerrada en una mortaja negra de viuda prematura tras el año de la gripe aunque su marido no murió, se fue.

Muchos años después, Valentín seguirá sintiendo terror por los ojos silenciosos de los vencidos, por las miradas que no expresan nada, ni angustia, ni rabia, ni compasión, por los ojos enrojecidos por el frío de los soldados que se parecen cada vez más a los ojos de su madre.

Pero Valentín no tiene miedo a la Lagarta aunque el tío Leandro les cuente que en América las lagartas se pasean por las calles de los pueblos cuando ya no caben en el río y se comen a los niños enteros, les explica a los dos niños fascinados que los hombres matan a las lagartas con escopetas y se hacen buenas botas con sus pieles.

Valentín se acerca muy despacio al borde de la poza más grande, donde sin duda le acecha la Lagarta con sus ojos de macho cabrío y sus dientes sucios de carroña, se sube a un cancho que sobresale de los juncos, con la honda cargada con una piedra pequeña y afilada que lleva siempre en el bolsillo. Es una piedra envenenada con un veneno muy potente, no la toques nunca con las manos porque si después de tocar la piedra te tocas los labios o te metes el dedo en las narices te quedas muerto en el acto. Valentín siempre hace caso al tío Leandro y lleva la piedra en un saquito de tela y solo la saca para colocarla en la honda o para enseñársela a Teodoro. Mataremos la lagarta y nos haremos una armadura con su piel y cuando la abramos la barriga la encontraremos llena de huesos de lobo y de cabra y estará el esqueleto y la escopeta del cabo Antonio.

Valentín miraba la ciénaga de la poza esperando que algo se moviese, descubrir por fin los ojos fríos y verdosos del monstruo acechándole para poder clavarle la piedra entre los ojos. Pero se cansa de mirar la pequeña charca de agua estancada y ojea el horizonte, el pueblo lejano esperando ver aparecer a su amigo Teodoro sin saber que muchos años después se abrazará con fuerza él en una playa de Argelés para borrarle de la mirada el vacío que tantas veces descubrió en los ojos de su madre, para olvidar que también es un superviviente involuntario de una guerra extraña que nunca entendió.

Ha descubierto a Teodoro venir corriendo por el barbecho, espantando con sus gritos a las perdices, entonces Valentín se pone de pie sobre la piedra para que su amigo le vea allí, arrogante, valiente, sin miedo a nada en el mundo, aguardando a la Lagarta que tiene aterrorizados a todos los niños de la escuela a pesar que el maestro diga que en España no hay

lagartas, vaya si las hay, que se lo digan al cabo o al tío Leandro que la ha visto un día tendida al sol.

Teodoro tiene doce años, dos menos que su amigo y no sabe que muchos años después Valentín será ese hombre de la cicatriz violácea en la frente que se abrazará a su cuerpo cansado una mañana brumosa repitiendo su nombre muchas veces como un loco. No sabe que el chaval que le saluda desde la Alameda de las Pozas le salvará la vida en un barrizal cerca del río Inauni, no con la honda cargada con la piedra embebida en curare que Leandro trajo de Brasil, si no con una bala del treinta disparada a bocajarro contra un gran yacaré.

Su amigo saca los garbanzos hinchados del bolsillo y le pregunta si ha traído los alfileres y el carrete de hilo y él también se saca del bolsillo del calzón el producto de su robo: una caja de alfileres y un pequeño carrete de hilo de seda negra. Doblarán con cuidado los alfileres hasta convertirlos en pequeños garfios, atarán un trozo de hilo por la parte de la cabeza de los alfileres y clavarán con delicadeza en ellos los garbanzos sin que se vea nada del metal. Después atarán el otro extremo del hilo a las raíces de un tocón muy grande que hay cerca de los chopos y se alejarán de la Alameda de las Pozas sin saber que muchos años después recordarán esos momentos bebiendo cachaza cerca de un pueblo perdido en la manigua.

Él admira esa sabiduría animal que posee su amigo para todo lo que no está regido por las leyes de los hombres, admira su agilidad de funambulista cuando sube a la encima más alta por un nido de urracas, cuando anda por el tejado de la torre para coger los pollos de cernícalo que los dos tendrán que alimentar con saltamontes y bofe de cerdo, cuando pincha con delicadeza los garbanzos que después se comerán las torcaces sin sospechar que dentro hay un alfiler que se les enganchará en el buche, cuando le ve encima del cancho lleno de musgo gris que hay al pie de las pozas con su honda en la mano sin temer a la Lagarta. Él tampoco teme a la Lagarta, pero no porque sepa que su amigo nunca falla con la honda o porque la piedra envenenada que les regaló el tío Leandro matará al animal aunque Valentín no le acierte entre los ojos si no porque ha leído en un libro que los caimanes y los cocodrilos no viven en España, que esos animales viven en las zonas tropicales y cálidas de América, África y Asia. Si, el tío Leandro el americano jura y perjura en el bar de Nemesio que vio a la Lagarta al sol junto a las pozas dos días antes que desapareciera el cabo, que era grande como un burro y tenía los dientes como peonzas de gruesos, pero Nemesio le llena el vaso de anís y no le contradice, nadie le contradice porque le puede dar un ataque de fiebre, una de esas fiebres malas que cogió en América cuando fue a hacerse rico y que convierten a Leandro en un guiñapo sudoroso y amarillento. Pero Teodoro tiene la certeza que la Lagarta no existe porque los libros lo dicen, sabe que allí, en Jara provincia

de Cáceres no puede vivir un caimán o un cocodrilo porque en el libro está escrito que en España los reptiles que se crían son la salamandra y el tritón, la rana y el sapo, el lagarto ocelado y el galápago leproso. Teodoro nunca confesará a su amigo el secreto, nunca dirá que él cree más lo que los libros dicen que lo que pueda decir cualquier persona, nunca dirá a nadie que todas aquellas palabras juntas que disfruta descifrando tienen más valor que la voz ronca de su padre.

—¡Soy yo, Valentín, Valentín Quintas! —me repetía ya muy bajo, en un susurro seco que solo decía para si mismo.

Valentín, mi amigo, el hijo de la falsa viuda, una mujer vestida de negro que se asoma al umbral de su casa y mira al horizonte, a un punto lejano donde se alzan una docena de chopos grandes y amarillos. Parece que veo a mi padre venir por el camino del Losar con sus tres mulas murcianas cargadas de paños y de mantas, contemplo las palomas agonizando con el alfiler clavado en la garganta, el tañer de las campanas de la iglesia de Jara como un eco irreal, los pollos de cernícalos chillando en nuestras manos, aquellos libros de historia natural de Buffon que había comprado el abuelo Doroteo en Madrid, la piedra envenenada que nos dio el tío Leandro con mucho secreto, el vacío, la arena maloliente, la alambrada, la voz de tu amigo, nos tenemos que ir lejos, los ojos secos de los hombres, la voz suave de Olga Havel mientras te besa el vientre, la sonrisa del miliciano en la carretera de Valencia, ¡hasta pronto camarada!, Ramona con las piernas muy abiertas y llenas de sangre pariendo a su hijo, las calles de París en primavera con su traducción de Medea recién publicada, las bombas cayendo puntuales, a las siete de la tarde en la Gran Vía, Las historias que escribías para la Radio, el cuerpo de una mujer muerta sobre el borde de una trinchera, la mirada del general Rojo, de Miaja, del desconocido que sigue tus pasos en una calle de Praga, el dibujo minucioso de un caimán en el libro de Buffon, el olor ácido de aquel hombre que ahora me abraza y solloza cada vez mas fuerte, el hijo creciendo en algún lugar, lejos de mí, el sabor de la traición, el olor de los buñuelos de la abuela Eulalia, los ojos de cientos de hombres vencidos, agotados, destruidos que no saben dónde ir y qué mirar, Olga, el mar, el frío, mi voz seca que repite las palabras del amigo. Valentín —nos tenemos que ir, me oyes, nos tenemos que ir, nos tenemos que ir—.

V

Me dijiste: — todos los detalles importan, un olor, una palabra, el tono de sus voces. Si vas a escribir sobre lo que ocurrió, tendrás que asomarte a lugares de pesadilla donde ni ellos mismos podrán acompañarte.

SOLO EL SUEÑO HA SIDO CAPAZ de unir en mi cabeza todas sus vidas, por fin las historias de todos ellos aparecen ante mí entrelazadas en una inmensa tela de araña fabricada de tiempo y de odio, de cariño y furia, de dolor y caricias. Miro por sus ojos, penetro en su piel y en su memoria, juego en sus infancias, camino con sus piernas por las calles del mundo. Ahora conozco las pesadillas de las que hablabas, las caras de los asesinos y el amargo gusto de la traición.

Solo el delirio de la fiebre, el duermevela que mezcla la realidad y el sueño me llevan de la mano por sus vidas, me abren las puertas escondidas de sus secretos, los cajones que fabrica el olvido se van abriendo ante mí, antes tan infranqueables y herméticos y ahora tan frágiles como el papel reseco o la ceniza recién apagada.

Puedo pasearme por sus vidas pasadas y, como una mariposa, posarme al azar en cualquier tiempo para entender las razones, escuchar las voces, saber los nombres. En ese instante último antes de despertar, cuando nos llega la consciencia aliviada de solo es un sueño destapo el último velo, doy la última brazada antes de salir y descubro que lo único cierto es la amenaza transparente del presente, el instinto animal que me advierte del peligro, un nombre que atraviesa la historia y que nadie ha nombrado todavía. Rudolf.

Te ha despertado el dolor, ese dolor rotundo y fijo que te recuerda que tienes ovarios y te va a venir la regla. Encoges las piernas, colocas las manos en el vientre como sujetando un caldo caliente que puede derramarse

y quemarte la piel. Los ovarios te duelen y detrás de tus ojos cerrados todo se va tiñendo de verde, intentas controlar el color llevarlo hacia formas agradables para intentar diluir ese dolor, evocas el valle del Tietar en primavera desde el alto de la sierra de Tormantos o una manzana reineta que muerdes con fuerza para que la boca se llene de sabor a fruta y la saliva endulce la acidez de la pulpa. El dolor te va diluyendo el sueño y no quieres despertarte, descubrir que está amaneciendo y que el dolor lo cubre todo con un verde de vómito, de charca estancada. Pones toda tu voluntad para que ese dolor verde sucio sea el verde pálido de aquellas sábanas de su casa, el frescor de abril sobre tu espalda y su cuerpo blanco y caliente cubriéndote como un edredón de carne que adquiere en un instante la forma de un hombre que te chupa la oreja y el mentón mientras sientes que se va hinchando entre tus muslos su carne. Pero el verde aceitoso del dolor convierte las sábanas en podredumbre detrás de tus ojos cerrados con fuerza, se borra esa sensación de hambre que tienes después del amor y desaparece el cuerpo delgado y blanco que te penetra para convertirse todo en una aguja larga que alguien ha hincado en tu vientre, una aguja de madera que tiene muchas astillas sueltas y alguien se entretiene en mover lentamente en tus entrañas.

Abres los ojos y te destapas de pronto, tienes un escalofrío y buscas en tu memoria donde están las malditas pastillas. Lo recuerdas pero intentas luchar un poco más, cierras de nuevo los ojos y te arropas de nuevo buscando la fragancia de una mata de lilas, el olor a pistachos recién tostados, el perfume amargo de unas endibias con el salado verde del Roquefort, el interior verde de aquella caracola que encontraste buceando en playa Tilapa, el verde acogedor del Parque del Capricho, de la enredadera oscura que trepa por la Casa de la Vieja, el sabor de una ensalada de berros recién cogidos con jamón tierno y mozzarella, el verde sobrecogedor, absoluto y políglota de la floresta, la manigua, la selva amazónica donde te engendraron y entonces el dolor, no sabes muy bien como, poco a poco se hace más débil y lejano hasta convertirse solo en un recuerdo que deseas remoto por temor a que vuelva, se haga real y te muerda de nuevo ese sueño que llega lentamente en oleadas transparentes a cubrir tu cuerpo, diluyendo la náusea, llenándote la piel de musgo, tibio de sol, mullido, a dormir, a dormir, a dormir.

Te ha despertado al medio día el ruido de una sirena de la policía. Vas al baño y te sientas en la taza del water sin mirar al espejo, apoyas los codos en los muslos, tus manos en el mentón y según va derramándose el líquido caliente sientes como el cuerpo se hace un poco más ligero y fresco como si el chorro se llevase las pesadillas, el dolor y los malos sueños de la noche. Te subes a la media bañera para ducharte y limpiar de tu piel el rastro imaginario del cansancio, la suciedad invisible que nos pesa, las

últimas briznas de sueño. Cierras los ojos, estás nadando en el Tietar, el agua caliente te acaricia como nunca podrá hacerlo nadie, casi temes abrir la boca y sentir que el río que imaginas no es más que la insípida agua saliendo en hilitos afilados por la alcachofa de la lucha. Solo entonces, cuando cierras los grifos y te escondes en tu albornoz preferido, blando y grande, amarillo como la piel de un limón muy maduro, te miras al espejo a sabiendas de encontrarte con quién conoces demasiado, sonríes sin querer porque te gustan tus ojeras y tus primeras canas, la forma de tus labios, esa nariz que se mueve cuando gesticulas demasiado al hablar, tu vientre plano de bailarina, tus piernas fuertes. Sonríes a tu propia sonrisa, te abrazas aunque sabes que es un gesto infantil, un sucedáneo de algo que deseas solo un instante, unos brazos que te cogen por detrás, un cuerpo que se pega a tu espalda, alguien que te besa la nuca mientras su olor a sueño y a sexo se mezcla con el olor a café recién hecho. Pero no hay nadie, no podrías soportar a nadie un día como este, como tantos, ese esfuerzo infinito de tener que buscar la voz apropiada para disimular tu derrota, esos balbuceos desganados que no esperan respuesta, que solo buscan borrar que sentimos al compañero como a un animal de compañía. Vas a la cocina y preparas un café fuerte y amargo.

Hace muchos días que llueve en ciudad de Guatemala, tanto que los dos ventanales de tu habitación se han ido convirtiendo poco a poco en dos postales inmensas clavadas con chinchetas a la pared, como esas fotografías frente a tu mesa de trabajo y te muestran una extraña ciudad que muy pocos sabrían reconocer. Hace tantos días que llueve que la calle Magdalena con sus casas de colores se va pareciendo a esas imágenes inmóviles que rescataste del desorden del registro. Muchas veces en estos últimos días, mientras trabajas ante el ordenador te has dejado hipnotizar por esas fotografías tan dispares, te has escapado por esas diminutas ventanitas a otra ciudad, a otro tiempo remoto donde no hay lluvia, ni casas pintadas de azul celeste, verde esmeralda, rosa ilusión. Muy pocos ya podrían reconocer a Madrid en esas imágenes que otros rescataron para ti. Paseas entre esos cientos de sábanas blancas tendidas en la ribera del Manzanares, cerca del puente de Segovia, puedes ver a las lavanderas con cestos inmensos, como rompen el hielo en invierno con sus palas de madera; que poco se parece ese río que se llena por las mañanas de olor a jabón de aceite a ese Manzanares que conoces lleno de mierda y patos paralíticos.

Miras por los ventanales de tu habitación el horizonte de tejados para descansar tus ojos de la pantalla y por un momento desearías que alguien te contase qué hubo antes, quién pintó de colores las casas de tu calle, como fueron sus vidas, en que memoria se guarda todavía el misterio sencillo de los pequeños gestos que fabricaron la ciudad que contemplas. Te gustaría que alguien te llevase a la cama y te fuera explicando lentamente, entre

silencios, sin que las palabras tuvieran que disfrazarse de coherencia o hilar una explicación perfecta y cronológica cual es lo que ya no puede verse detrás de los cristales, lo que no existe, lo que solo esconde la memoria. Deseas que te hablen de Ciudad de Guatemala igual que te contaron como era Madrid. Entonces no tenías una casa de madera pintada, ni recuerdos clavados en la pared, ni música de Pau Casals, ni una jarra de vidrio verde sobre la mesa, ni un teléfono en forma de gato azul, ni una cama grande con una colcha tejida en la que se puede ver como un hombre mira al horizonte desde el portal de su casa y a la derecha hay un árbol muy verde con muchas frutas hechas con pequeños nudos de lana roja esperando ser cogidas. Pero estabas tú.

Te has levantado de la cama porque sientes que el dolor y la fiebre ha bajado y puedes seguir trabajando, acumulando palabras con sentido en la memoria metálica y magnética del ordenador, mirar de cerca esa foto antigua, de principios de siglo, donde hay infinitas hileras de ropa blanca tendida al sol del medio día, así te lo contó él y tú lo leíste después en aquel libro de Barea que él te regaló. Las mujeres bajaban al río muy de mañana, cada una ocupaba un lugar junto al agua y mientras golpeaban la ropa con una pala de madera, hablaban de sus vidas, del precio del pan, de las enfermedades, teniendo la certeza que Dios las había puesto en el mundo para sufrir. Así te lo leyó él en el libro de Barea mientras te acariciaba la cabeza y tú sostenías la fotografía sobre el pecho.

Te pones a escribir vestida con un pijama de felpa azul y rallas naranjas que huele a sueño, fiebre, sudor, a ti misma, a esa mujer con sombrero que se asoma con ojos de asombro entre las barras de una barandilla y tiene el cuerpo inclinado hacia adelante muy cerca del agua de un lago de Madrid. Eres tú hace muchos años cuando deseabas ser bailarina, quizás por eso guardas ese equilibrio imposible y sonríes con los ojos muy abiertos a un amigo del que has olvidado el nombre.

Ha sonado el teléfono y es Ignacio, tu marido, que llama para recordarte que esta tarde hay una concentración frente a la embajada para exigir que liberen a Rigoberta, para preguntarte por la fiebre, para decirte que te quiere y que os veréis allí, que él estará bajo la pancarta del Sindicato, que nadie sabe nada ni ha reivindicado nadie el secuestro.

Cuando cuelgas el teléfono en forma de gato te has puesto a llorar porque te sientes débil, porque tienes la certeza que todo es inútil, que el cuerpo suave y risueño de tu amiga aparecerá inmóvil e hinchado en la cuneta de una carretera o no aparecerá nunca, enterrado para siempre en la tierra blanda de un bosque después de haber sido torturada y violada mientras sus asesinos ven por televisión la cara de falsa indignación del gobernador diciendo que se tomarán medidas, se investigará, se detendrá a los culpables y se reirán sus torturadores, que a lo mejor se llaman Julio o Adolfo y preguntan a sus hijos como les fue en la escuela, se reirán de la

cara de viejo relamido que tiene el secretario general de Naciones Unidas mientras da golpecitos sin energía en el estrado exigiendo responsabilidades al gobierno. Te has puesto a llorar porque seguramente se atrape a los culpables pero dará igual y dará igual que tu país rompa de nuevo y por una temporada relaciones diplomáticas, que aparezcan de nuevo en la televisión aquellas imágenes ya viejas de la embajada en llamas y un presentador recuerde que allí murió su padre campesino, dará igual que saquen de nuevo su cara redonda y morena en el telediario del medio día mientras la gente come una sopa de sobre y un filete a la plancha con patatas y después de un anuncio de café instantáneo y otro de detergente para ropa de color, una presentadora leerá un guión donde está escrito que recibió el Nobel en mil novecientos noventa y dos. Pero no estará escrito en ese papel que el día era muy frío en Estocolmo y a Rigoberta no le gusto la ciudad.

Vuelves a mirar las fotografías de Madrid, intentando deshacer todas las certezas que te arañan por dentro. Te obligas a diluir el último trozo de dolor, quieres escapar por una de esas ventanas diminutas al Parque del Capricho, a la casa del jardinero que parece de juguete. Es una casa de piedra sin labrar y madera carcomida de la que de un momento a otro va a salir un hombre fuerte y grandote con la barba canosa que puede ser el ogro de los cuentos o un viejo exiliado que se llama Teodoro que ha regresado al parque en busca del pasado, en busca del olor de una mujer muy blanca que le toma de la mano y le mete en la penumbra de esa casa abandonada, llena objetos indefinibles y le besa, se abrazan, buscan los lugares desnudos de sus cuerpos como si fueran las únicas puertas que pueden abrir para irse lejos. En la penumbra del lugar, tres autómatas de cartón, inmóviles para siempre parece que les miran.

Pero no, en esa fotografía estas tú y él tomados de la mano, sonriendo porque Teodoro os grita, mientras apunta con la máquina de fotos, que parecéis una pareja de jardineros jóvenes, recién casados y que se nota que no cuidáis nada el jardín que crece asalvajado porque os pasáis todo el día ocupados dentro de la casita y no tenéis tiempo para podar los arbustos o ese rosal inmenso que oculta medio tejado, ni para recoger las hojas muertas de los caminos. Te fijas en su gesto buscando detrás de los ojos esa expresión fugaz que ha veces le descubrías, intentas recuperar el tono de su voz, la forma que tiene de utilizar el silencio cuando no cuenta la verdad y deja que las frases se difuminen en una imprecisión que te da rabia y te rebela. Entonces siempre buscabas las palabras precisas que sabes que le hieren aunque él nunca lo muestre. odiabas su indecisión, su poca valentía para dejar ese trabajo que le aburre y la ciudad que le entristece, las rutinas que día a día le van envejeciendo y aniquilando sin darse cuenta, sin comprender que no se puede ocultar el tiempo gastado debajo de esas capa

de falsa arrogancia con la que se disfraza. Siempre serás un mentiroso, le decías.

Ahora estás buscando detrás de su barba dejada, sus gafas, su media sonrisa, su abrigo gris, una mano caliente y larga que se deja coger por la tuya mientras con la otra se apoya en el tronco de la parra, un gesto que no está allí en el parque del Capricho donde habéis ido con Teodoro para que os enseñe los túneles del bunker si no mucho después, cuando le preguntaste si quería volver a vivir allí contigo, en tu casa y compartir la chimenea de granito que te hizo un cantero jubilado que murió antes que pudieras pagarle, vivir contigo para leer juntos una historia que se llama "*el cementerio de los Elefantes*" y olvidar un poco el dolor. Pero no quisiste.

Acabas de volver a leer ese libro los últimos días que has tenido fiebre, en esa misma cama deshecha que tienes a tus espaldas junto a los dos ventanales con una emoción extraña, la historia que escribió un hombre que había muerto destrozado por los escombros de una casa de Argüelles y apareció una mañana de verano caminando entre las buganvillas con su sombrero de paja y su traje blanco de indiano antiguo.

Hace muchos días que llueve y esta fiebre que se agazapa en algún lugar de tu cuerpo y se asoma a tus ojos al atardecer te permite escapar del dolor que cada día te producen las certezas, te ayuda imaginar que paseas por Madrid encima de un tranvía en blanco y negro en dirección a La Latina, cierras los ojos cuando te arden por la fiebre o por la pantalla azul del ordenador y ves ese tranvía parado antes de cruzar la calle Toledo, un hombre con una gabardina clara abraza a una mujer vestida de soldado, sonríen y ella saluda con la mano, El tranvía no se para, sube lleno de gente la calle de Toledo y él se baja de un salto, tropieza con un miliciano de barba descuidada y cara de pocos amigos, —¡Perdón compañero!—, dice el soldado mientras se cala la boina, ordena los correajes de las cartucheras y se aleja deprisa como si la guerra dependiera de él, de su cuerpo pequeño y delgado hecho de muchas sopas y muchos jornales de hambre, —¡Litri, Litri!—, vocea el soldado y del balcón del primer piso del número treinta y dos de la calle Toledo se asoma una muchacha vestida de blanco, parece disfrazada, casi puedes oler la naftalina que impregna el satén de ese vestido de novia que tal vez fuera de su abuela.

Teodoro recuerda el número. Recuerda los ojos de la novia rubia y blanca porque junto al portal le espera Olga Havel, le muerde los labios y ríe, dice unas palabras en Checo o en alemán y después grita, —¡Salud amantes!—, y el miliciano responde, —¡Salud princesa!—. Pero ella ya le arrastra por las calles camino de la taberna de Serafín, —¡los fascistas han entrado en el barrio que hay pasado el puente de Segovia!—, grita la brigadista. Abres los ojos y ahí está el tranvía inmóvil para siempre frente al que se abrazan Teodoro y Olga sin saber que muchos años después una

mujer joven, quizás con la misma edad que la extranjera, imagina lo que sintieron aquel instante sepia y diminuto de la foto.

El día que comenzaron las lluvias sacaste el portátil de su bolsa y sentiste de nuevo el escalofrío de la permanencia. Hacía un mes que habías regresado a Guatemala, pero hasta que no desplegaste el cable y encendiste la pequeña pantalla para escribir el informe que te pedía la embajada no descubriste que estabas allí frente a esas pocas fotos que no te había robado la policía, que tenías unas décimas de fiebre y que deseabas volver a Madrid. Pero no pudiste trabajar y tus dedos marcaron ese fichero con nombre de fiera en el que intentabas reescribir de memoria todo lo que antes habías escrito y anotado meticulosamente en tres cuadernos azules. Pero ahora tus palabras ya no eran tuyas, a veces leías en voz alta lo poco que habías podido reescribir y tu propia voz sonaba extraña pero no por la fiebre que te dejaba la garganta seca y los oídos algodanosos si no porque sentías que las voces que las nombraban eran las de aquellos nombres.

Suena el teléfono, te sientas en la alfombra, apoyada en el ventanal, sientes el cristal frío en tu espalda y coges el gato azul que te regaló Ignacio en tu último cumpleaños. Ni siquiera has tenido que abrir la boca. Teodoro, con su voz de indiano y sus expresiones arcaicas te hace sonreír como siempre.

—Me dio un pica flor tu teléfono.

—¿Y donde estás?.

—Al lado de mis botos rosados, en Boca do Acre,

—¿Y que haces allí?.

—Estoy cerca de mi casa, ¿no recuerdas?.

Miras a las fotografías, a las letras brillantes en la pantalla del ordenador.

—¿Es mi amigo Pau quién toca, verdad?—. Dice una voz remotísima y llena de chisporroteos e interferencias.

—Estoy mirando las fotografías de tu Madrid—. Le respondes.

Teodoro no te escucha, dice algo que al principio no entiendes muy bien, —el maldito teléfono—, pero poco a poco se van limpiando las líneas y escuchas su voz cada vez más próxima y más clara.

—Si regresas algún día a Madrid, a esos lugares inmóviles de las fotografías que ya no existen, llévame contigo, haz un hueco en tu corazón para nosotros—.

Entonces le interrumpes, siente que debes romper sus palabras y decirle que no se enrolle con trascendencias de viejo o consejos de abuelo chocho. Él se calla, el silencio es transparente a veces.

—Bueno, es verdad, —dice él— soy un viejo y un abuelo agonizante que da consejos, expone sus últimas voluntades o algo así, ya da igual.

Escucha chiquita, que esto se oye mal y si se corta nunca más podré hablar contigo, escucha niña, ¿me oyes bien?.

—Si, la voz se aleja a veces pero te oigo.

— Nada chiquita, antes de irme tenía que darte las gracias por avisarle a tiempo, nunca está de más, aunque sé que Eva, Helio y Dimitri están allí para protegerle. Yo también tomé mis precauciones y temía que la carta no te llegara a tiempo. —su voz se pierde de nuevo— ¿me oyes? Por eso merece la pena que estéis juntos, ya sabes, hay placeres que solo si estáis juntos podéis saborear, ya sabes, la memoria, los cuentos, las manos en las cosas. Que te voy a contar que tu no sepas cariño, sois los últimos hijos de ese lince de Olga, bueno, corto, que me pongo blando y metafórico y nos es tiempo de gaitas, un beso Sara, un beso fuerte en tu boca de niña y no olvides, no olvides, no olvides.

La voz se pierde detrás de una cortina de ruidos y ecos, sonrías para acabar con esas lágrimas estúpidas que se te escapan desde un latir remoto que no puedes contener. Ya no llueve en la calle Magdalena. ¿Quién pintaría la casa de enfrente de rosa ilusión, de verde doncella, de azul celeste?. Te acercas a la pared y arrancas esa fotografía de un tranvía un poco borroso porque estaba en marcha subiendo la calle Toledo, él, con su gabardina clara, tiene pinta de espía inglés camino de la traición y ella vestida de soldado parece una niña que juega a los disfraces o a la guerra fingida.

Ya no lloras, no se puede llorar a la muerte, no llorabas por ellos, ni por tu amiga Rigoberta, ni por las sábanas tendidas como sudarios futuros en la ribera del Manzanares, lloras de sorpresa, por sentir que la fiebre te ha descubierto otra vez el cuerpo, por no olvidar.

Junto a la mesa tienes un pequeño cesto de mimbre color miel donde vas arrojando la correspondencia aplazable, los recibos, las cartas sin remite y con apariencia publicitaria. No puedes entender como no te diste cuenta de los sellos o el peculiar olor del sobre que rompes ahora con muchos días de retraso y al ver lo que hay dentro te maldices, gritas enloquecida, quieres deshacerte, ser lluvia que chorrea por las pareces de colores. Ahora entiendes porqué las palabras valen más que las voces, ahora que ya es tarde porque mañana o ahora mismo le matarán. Buscas teléfonos, llamas a todos los amigos para que le digan que se marche de Jara, que se vaya a Madrid a tú casa vacía, pero nadie le encuentra, nadie le ha visto, ha desconectado el teléfono, no habla con nadie, se pierde todas las mañanas río abajo detrás de un pez que solo está en su fantasía.

Saliste entonces a comprar el billete. Corre el taxi hacia el aeropuerto para que llegues a tiempo de coger el vuelo de las once treinta con la certeza atroz de que llegarás tarde. Sólo llevas como equipaje una máquina con la memoria de silicio llena de su memoria de carne y esa carta atrasada que nombra a un monstruo: Rudolf.

Tu compañero Ignacio no entenderá tu ausencia, ni el significado oculto de la página ciento veintinueve desgajada de un libro con una fecha escrita y un nombre extranjero:

" El Género de los animales crueles es uno de los más numerosos, y en el que hay mayor variedad. Y en esto como en otras cosas parece que el mal se reproduce bajo toda especie de formas, y se reviste de muchas naturalezas. El león y el tigre, como especies aisladas y solitarias, están en primer lugar; todos los demás, a saber, las panteras, las onzas, los leopardos, los guepardos, los linceos, los caracales, los jaguares, los cuguareos, los ocelotes, los cervales, los margais y los gatos no componen más que una familia única y maligna, cuyas diferentes ramas se han extendido más o menos y han más o menos variado según los diferentes climas. Todos estos animales se asemejan en la índole, no obstante son muy diferentes en la figura y el tamaño, todos tienen los ojos centelleantes, corto el ocico y las uñas agudas, encorvadas y retráctiles, escondedizas o capaces de contracción; todos son dañinos feroces e indomables. "

Pero tú si reconociste la página de Buffón de aquel libro de historia natural que Teodoro conservaba como un objeto precioso, el único superviviente de las traiciones, las guerras, el campo de Argelés Sur Mer, los diluvios tropicales y el olvido, el único pedazo de su infancia porque tú tienes uno igual. Tampoco sabes el significado oscuro, el acertijo que ha utilizado Teodoro para decirte que te le lleves lejos para que no le maten como al felino de ojos de duende que protegía vuestra amiga Olga.

Ahora, volando sobre el mar, solo puedo perderme entre estas palabras, leer lo que he escrito jugando a meterme en vuestra piel, confundir las voces y ser Olga Havel, Teodoro, Orlov, Evaristo, Miaja, Jan, Rudolf. Recordarles, inventarles, vivirlos a pedazos para componer con los fragmentos de todos mi propia vida desde aquella primera noche después de dejar al Justi y acabar los dos borrachos sobre la vieja cama de mi casa. Huelo por primera vez tus axilas, siento mi vientre caliente gracias al rayo de sol que entra por la ventana y me dejó invadir por la sensación de hambre caníbal que deja el amor cuando para borrar el deseo necesitamos la noche entera.

No sé cuanto tiempo habitamos el silencio, pronunciando solo alguna palabra para nombrar la copa, el pan, la sábana. No puedo recordar las horas o los días que pasamos allí, en aquel lugar acogedor y limpio, dulce y tranquilo, una casa para dos, desnudos de palabras, asombrados por la lucidez suave del silencio, perdidos por los cuerpos como los niños que se pierden de pronto en un bosque familiar que creían conocido.

Mucho después abrimos la puerta de la casona a las voces e intentamos explicarnos, indagar los colores y los olores de ese tiempo,

buscar la voluntad necesaria para definir el mundo y nuestro lugar en él, nombrándonos.

Rasco el fondo de la memoria, tiro de algún pedazo de cordel con el deseo de abrir esa trampilla oculta donde estamos tú y yo desayunando silencio y saliva o arrojándonos tras ese despertar vagamente doloroso que dan las caricias, el deseo derrochado con la desmesura de los irresponsables. El cuerpo se resiente y los músculos, remolones, entremezclan ese vago dolor con la sonrisa lenta de la primera mirada. Me miro los dedos, tan expertos en pulsar las teclas no son los mismos, no son las manos que aproximaban el café con leche a tus labios cuarteados de besos excesivos. Cuando atravesaba la ciudad y pasaba por la calle Fuencarral siempre miraba ese banco de piedra vacío de la pequeña plazoleta, el sabor del primer beso, el deseo acumulado, acechando los cuerpos durante todas las horas de la noche para crecer allí entre los chirridos de los vencejos y el gorgojeo turbio de los autobuses mientras amanece. El peculiar sabor de tu boca, el banco de piedra casi blanda y tu sentado a horcajadas en mis piernas, después, no sé cuanto tiempo, un café muy caliente en un bar, el frío repentino que siempre llega cuando entramos en calor, un metro atiborrado de sueño y prisa para todos y nosotros contracorriente, de vuelta a casa y no para dormir.

El silencio es la vida, un principio, cuando hablamos de él se disuelve, pero no ahora, ¿lo ves?, Es posible atraparlo y jugar, describirlo, llevármelo a casa y dejar que se duerma sobre la alfombra, es un perrillo callejero que llegará a querernos con el tiempo, no se rompe, camina por las letras y no se pincha los pies con las esquinas, ni se tropieza con las sílabas más largas. Sé que era nuestra tierra, una patria, acaso la única posible, sin fronteras, propietarios, letreros, mapas, carreteras, habitantes. La única propiedad que heredamos de los nuestros. Después todo fue un lento separarse, un viajar lejos, tú a la voz y yo a lo escrito, distanciándonos sin saber que aún era posible amarse por encima de las señas o los signos, los sonidos y las letras.

Dejemos los oficios que no seas necesarios como entonces. Ven aquí, descúbreme inventándote, haciéndote escribir aunque no quieras, cuéntame todo como aquellas semanas después de los días de silencio, cuando me dejaba cuidar, alimentar, querer y me hacías leer todas aquellas mentiras increíbles que me hipnotizaban, la historia que asegurabas haber escrito. Háblame por ejemplo de aquel bicho que aparecía siempre en todas tus mentiras, asegurabas que un día volverías a Jara, comprarías la tierra donde acechaba entonces, lo buscarías y desenterrarías su esqueleto de dragón fabuloso. Cuéntame un cuento más para que yo lo escriba, para que no se pierda, olvide, deshaga y se vaya con tu voz toda esa vida posible que

latía detrás de tantos nombres que ahora tengo aquí, prendidos en una pantalla blanca.

No te niegues, no mueras, defiéndete, no me dejes aquí con tanta gente que te espera. Míralos, necesitan que sigas a mi lado para que yo pueda hacerlos un país a su medida y no se pierdan en el babeo demenciado del viejo que serás o la memoria espantada y confusa de la vieja que acabaré siendo yo. Quiero gritar que ahora te creo, ahora sí, me gustan tus mentiras, hace unos días dudé, tenía fiebre, me habían robado todas las pruebas, una caja llena de papeles que demostraban que ellos existieron, la vida era tan dura que me dejé llenar por el agua y el sueño, Rigoberta quizás muerta, el trabajo de pronto acumulado tan inútil, me escocían los ojos al mirar tantas letras llenando la pantalla que no podía leer, y llamó entonces el viejo, tu abuelo, para decirme a su modo que te protegiera escribiendo otra vez esta historia.

No te enfades, ya sabes que antes nunca te creía, me gustaba más pensar que era invención. La verdad de la vida siempre la sentí blanca o negra, aburrida o terrible, verdad o mentira. Aun no sabía lo que mis antepasados habían descubierto, que la imaginación y la memoria pueden crear la realidad y nombrar el futuro. Igual que en la novela que él envió a su hijo, tu padre y que después publicaste con tu nombre, igual que la historia del monstruo, la carta que escondió Teodoro dentro de un libro y luego le dolió durante años no haber echado al correo, o como era ella, su Olga.

El viejo loco que apareció de pronto entre tus naranjos también está aquí, enredado en mis papeles. Ya no sé si es el anciano huesudo y requemado que me acaricia las piernas para que no me piquen los mosquitos o ese hombre joven, de ojos brillantes y pelo crespo que se pasea por el Parque del Capricho junto a Miaja, sonrío, saluda con la mano en alto a una mujer grande y pálida que se acerca a ellos por la vereda del lago. No sé si es Teodoro el profesor, el espía, el huido, el vencido o un niño pequeño que otea el horizonte buscando palomas torcaces subido a un gran cancho mientras su padre atraviesa el Tietar que va crecido en una barcaza plana junto a sus tres mulas murcianas. Pero sé que está aquí, sea quien sea, a mi lado, creciendo dentro de mis palabras. He dicho más, como siempre, ya sabes, entonces creía que había autores, propietarios, ahora mismo yo soy quién las atesoro en un hueco de mi mente, mis latidos las mecen y si me las arrancasen me moriría. Si estuvieras aquí mirando por encima del hombro esto que escribo, negarías la propiedad de las palabras con esos argumentos que conozco de sobra, si, las palabras son de todos, nos hacen existir pero son de nadie, ya sé, nadie es propietario. Quizás el mundo era mejor cuando las historias pasaban de boca en boca, anónimas, enriqueciéndose por el uso y no ahora, encerradas en rimeros de papel, rotuladas, encarceladas en

signos impresos inamovibles, prisioneras de un tipo que se siente creador, autor, poderoso, original. Tal vez sea más bello escuchar que leer como tú decías y estemos más vivos cuando nombramos la vida que cuando la escribimos. Yo no sé defenderme, ni argumentar poderosas razones contrarias a las tuyas; soy quizás egoísta, cobarde, usurera pero mi única forma de amarte es protegiendo tu memoria, a pesar tuyo, aunque nunca lo sepas, recordando lo que me contabas cuando estuvimos juntos e inventando los trozos que me faltan, remendando con pedazos de mi tela los huecos que hay, salvando los abismos con puentes levadizos que son míos, para que no te pierdas cuando quieras volver.

Tuve aquella carta de Olga entre mis manos y gracias a ella comienzo a conocer a Jacinto, ¿te das cuenta que sin este papel ni él, ni la niñez de Olga existirían?. Puedo oler en ella el chocolate caliente que bebía de pequeña, mirar el gesto concentrado en la guitarra, sentir los ojos de un gitano que envejece escondido en Praga por quien sabe qué secretos, puedo inventarme el porqué, imaginar el sonido de su cante, su vida entera, gracias a esos folios que aguardaron más de cincuenta años dormidos en un sobre que nunca fue enviado. Por unas pocas palabras en esa carta que Olga Havel iba a enviar a su maestro una semana antes de su muerte se que ella también quería guardar a salvo del olvido o la locura las historias de su amante, esos recuerdos disfrazados de cuentos que leía en la radio de Barea de unos folios que siempre estaban en blanco.

La tarde que fuimos con tu abuelo al Capricho me contó como murió su amante.

Me cuenta —Yo vi el forcejeo con el legionario y no pude hacer nada, vi con nitidez su mano tirando de la argolla de la bomba, como se abría su cuerpo desnudo. El campo se nos llenó de silencio, nunca he sentido más en mi vida el silencio. Entonces el viento sacó del agujero una nube de papeles que se alejó por el campo dispersándose. Cuando pudimos salir corrimos detrás de esos papeles y entre ellos esa carta sin abrir, intacta—.

Aquella semana Teodoro me habló de su vida. —Un día se lo cuentas tú a mi nieto para que tenga material para otra novela—. Pretextaste. Me contaste con humor, como si fuera una fábula inverosímil las aventuras del buscador de oro perdido en la selva, la de aquellos tipos que se escaparon de un campo de concentración por el timo de la estampita, la terrible traición del hombre que creyeron muerto bajo los escombros y tantas otras que ahora mezclo con las tuyas y las mías, con la de Evaristo y Dimitri.

Si, ya sé que dirás que hay que dejar que la memoria decante lo importante sin hacer ningún esfuerzo por guardar recuerdos, que hay que

vivir sin el peso de acumularlo todo, pero yo soy débil, no creo en la memoria, no me fío del filtro del tiempo, no me pesan todavía los recuerdos. Un día cualquiera, dentro de cinco o diez años, cuando ya no te acuerdes de Olga cada día, cuando ella comience a ser una imagen borrosa de tu pasado o un cuerpo perdido en cualquiera de tus sueños, sacaré a papel una copia de esto que escribo y te la enviaré a casa para que lo publiques y puedas plagiarte de alguna forma a ti mismo.

Ya sé porqué no nos hablamos durante esos primeros días que permanecemos juntos, nuestro silencio era una lengua franca, el idioma de todos, un espacio limpio de la imprecisión y las interpretaciones. Para qué traducirnos a palabras. Pero no podíamos vivir siempre acurrucados en mi casa, en la cama, en el silencio.

VI

Me decías, —nadie los quiso después, eran escoria, basura, rojos, animales infectados, sospechosos, gentuza despreciable. Pero solo eran gente, como tu o yo, en tierra extraña—.

NOS TENEMOS QUE IR TAN LEJOS que no nos descubra la traición de seguir vivos, que podamos devolver a nuestros cuerpos la dignidad de ser hombres, el placer de imaginar como pasan las estaciones, de escribir cartas de amor sin tener en la memoria el espanto de la guerra, de emborracharnos y salir a la calle pegando voces, desafinando canciones compartidas. Nos tenemos que ir tan lejos que ni siguiera nos descubra la memoria, ni tengamos noticias de los hijos, de los muertos, de las cosechas, donde podamos disfrazarnos de hombres libres, jóvenes sanos, coger tranvías camino del trabajo y olvidar para siempre el olor de los vencidos.

Hipólito habla con uno de los negros. Gesticula, afirma con la cabeza, exagerando, abriendo los brazos, volviendo a afirmar como si hiciese una reverencia, al fin el guardián se saca algo del bolsillo y Poli le entrega un paquete que llevaba escondido bajo su gabán. No puede disimular una sonrisa de oreja a oreja cuando se acerca al grupo.

—Mañana nos vamos, ¿vale profesor?. Mañana nos largamos de este campo de muertos de una puta vez y de este puto país lleno de fascistas.

Valentín mira la cara de loco peligroso que pone Hipólito mientras habla, su cuerpo raquítrico, esas manos tan grandes y nervudas que agita en el vacío como si estuviera describiendo las maravillas de algún paraíso desconocido e inimaginable, su amigo Tomás sale de su covachuela y se rasca las costras que le han salido en la cabeza y casi de inmediato se le contagia la loca sonrisa de su amigo, — —Eso, ¡nos vamos!, ¡Nos vamos!. ¿Verdad profesor?.

Tú te vas inventando mentalmente el discurso mientras Poli te explica su demencial idea, vas ordenando las palabras precisas en buen

francés, el tono adecuado, la expresión de cada rasgo de tu cara igual que un actor que debe afinar su cuerpo como una gran orquesta.

— Soy Teodoro Hernández da Costa funcionario del Ministerio de Instrucción Pública y tengo en mi poder unos cuantos miles de francos, No hace falta que le convenza o le mienta respecto a mis intenciones, necesito seis pasaportes franceses auténticos y me ha dicho el señor don Hipólito Urbano que usted me los puede proporcionar a cambio de dinero. Sé que usted es un leal funcionario de la República Francesa y de colega a colega le diré que hay situaciones de excepción en las que el deber ha de estar por encima de la norma. Le entregaré estos trescientos mil francos a cambio de los pasaportes.

El francés suda, abre cajones en busca de un papel que no encuentra, mira con sus ojos saltones el fajo de billetes que has sacado del abrigo, por unos instantes se serena, se levanta de la mesa sin decir nada, abre la puerta y ordena al centinela que avise a alguien, vuelve a sentarse, por fin encuentra unas hojitas amarillentas y te pregunta los nombres de tus compañeros con la voz neutral de todos los funcionarios del mundo. Sales del despacho y regresas al campo sin atreverte a sonreír, apretando el abultado fajo de billetes que guardas en el bolsillo, respirando el aire húmedo y helado de la mañana, mirando el mar, las alambradas, las preguntas apuradas de tus camaradas, que si, que se lo ha tragado, gracias al salvoconducto amarillento que te firmó Miaja con el sello de la Junta de Defensa en tinta roja y sobre todo al voluminoso paquete de recortes de periódico convenientemente ordenados con aquellos pocos francos a un lado y otro del fajo que Poli consiguió del guardían, el funcionario ha ido apuntando cada uno de los nombres con letra nerviosa y después te ha mirado a los ojos con una mezcla de codicia y miedo,

—De acuerdo, los tendrá en dos, tres días a lo sumo, la Administración Francesa funciona a la perfección.

Solo Poli y tu sabéis la verdad, los demás creen que has sabido utilizar tus influencias, tus amigos del Gobierno. Si supieran que al final solo te quedaba Miaja como amigo y que dentro de tu abrigo espera un fajo de recortes de periódico envueltos en papel de estraza con unos pequeños rotos en las esquinas donde se puede ver el color de unos francos usados, si supieran que dejaste abandonada a tu familia y ahora quieres hacer el timo de la estampita a un funcionario lechoso que duda entre denunciaros y pegaros un tiro o dar tramitación a los pasaportes seguro que no te mirarían con los ojos brillantes de agradecimiento y de euforia infantil.

—Ya sabe profesor, no hay nada como los papeles para defenderse en este mundo de sabandijas, uno ya no es lo que dice que es sino lo que pone en los papeles, tener papeles hoy día es ser alguien, ¿a qué si profesor?.

Valentín abraza el cuerpo diminuto de Hipólito, lo zarandea en broma.

— Anda Poli, que nos morimos de curiosidad, ¿qué había en aquel paquete que vendiste al guardián?

El excarterista mira los ojos secos de Valentín, su cara amarillenta, su amarga sonrisa de vencido que parece una mueca forzosa más que un signo de alegría.

—Diez cajitas de camisillas.

— ¿Camisillas?,

— Si hombre, condones, porque dime tu para que nos sirven a nosotros unos condones de primera calidad.

Entramos en la oficina los seis, el funcionario pálido y seboso nos da los pasaportes y yo le entrego el paquete de recortes que el tipo mete con rapidez y disimulo en un cajón que cierra con un llavín, hay otros funcionarios en el despacho así que quiere que nos larguemos cuanto antes. Hace una mueca de asco al fijarse en las costras que tiene el cojo en la cabeza y dice a un chico joven que ordena unos archivos que nos lleve con su coche hasta el pueblo. Salimos del campo y entramos en el Citroën, el chico se llama Philippe Arnauld y nos cuenta que un hermano suyo murió en Madrid durante los primeros combates en el Manzanares, era brigadista del batallón Comuna de París El coche da un amplio círculo ante de enfilear el camino hacia la carretera de Argelés y miramos por última vez la playa alambrada. Nos tenemos que ir tan lejos que no nos descubra la memoria, la imagen de cientos de hombres vencidos mirando al mar, helados, hambrientos, dejándose morir dentro de agujeros. Pero nos perseguirá siempre, siempre seremos ellos, nunca traicionaremos su dolor, su voluntad agotada, no, no nos iremos lejos, tan lejos, siempre estaremos cerca de allí, abriremos un lugar en nuestra memorias y guardaremos como un tesoro su dolor silencioso, sus cuerpos grises, su pasado, sus historias. Philippe nos da el nombre de un amigo que vive en Colliure y nos dejará un coche para ir hasta París sin problemas.

—El funcionario hora estará abriendo el cajón para mirar el dinero —digo en voz alta—

—No creo —dice Poli sacándose del bolsillo de su chaleco el llavín del cajón y guiñándome un ojo— aún tardará un rato y cuando lo descubra no se atreverá a denunciarnos, ¿donde quedaría su dignidad! Y donde su pensión de traidor.

Ahora estás en París, en el pequeño cuarto de un hotelito de las afueras, Manuel Chaves Nogales se ríe de las peripecias de tu huida y te promete un cuento para fabular esta historia,.

—Allí se quedó José Garcés con los ojos abiertos llenos de arena, escríbele también un cuento y también puedes escribir el cuento absurdo del

traidor, de un hombre que abandona a su mujer y a su hijo una tarde cualquiera cambiándose la ropa con un muerto para sentiste libre en una ciudad sitiada y vivir el amor de una muchacha de ojos azules que ya no existe.

Manuel se toca su pajarita negra y te mira desde la dignidad transparente del hombre integro que siempre fue y comienza a llorar, recuerdas como una lágrima cayó en la brasa de su perenne cigarrillo,

—No es nada, no es nada, —te dice—, Tengo un regalo para ti.

De una bolsa de papel saca una botella de vino blanco de Cádiz.

— Te prometo escribir ese cuento si compartes conmigo la botella.

Y compartiste el vino y el frío de París.

Una año después, mientras esperáis juntos el barco hacia Londres, de nuevo con papeles falsos, otra vez perseguidos, serás tú quién se deje apagar el cigarrillo por la niebla de las lágrimas cuando el te cuenta apretando los labios que ha dejado a su mujer Ana a punto de dar a luz y a sus tres hijos en campo de refugiados cerca de Irún. Allí nacerá su hija Juncal.

—Te voy a contar otra historia para otro cuento Manuel.

Tiras el cigarrillo al mar, camináis por el muelle con miedo porque sabéis que os busca la Gestapo pero la voz os lleva lejos donde el miedo es una palabra más, pequeña, corta y sin acento.

Olga Havel cruza la plaza del ayuntamiento y hace una burla de niña valiente al pequeño esqueleto que se asoma al mundo desde el reloj, llueve sobre Praga y la chiquilla apresura el paso pero no por la lluvia, no por el agua helada de noviembre que moja las cúpulas oxidadas y verdes de la ciudad si no porque llega tarde a su clase de guitarra y el viejo profesor se enfadará, no querrá calentarla los dedos entre sus manos grandes y nervudas, morenas y acogedoras como un lecho recién templado por el brasero.

La pequeña Olga está enamorada de esas manos aunque ella aún no lo sepa y siente un placer intenso que no sabe de donde viene ni en que lugar la embruja al escuchar como suena su guitarra barata entre los dedos de su maestro para explicarle un acorde que a la niña no acaba de salirle.

Él, a veces, cuando el resto de los alumnos se han marchado y solo quedáis en la habitación tú y Jan, toca ante vosotros una música extraña y angustiada, cálida y triste, fuerte y rabiosa a la vez, su voz se convierte en grito, queja, susurro, palabras que no entendéis y sin embargo os producen escalofríos. El pelirrojo y tú os quedáis absortos, extasiados ante la maraña de dedos y cuerdas que producen a la vez el dolor de la lluvia helada y el

golpe de calor de un brasero recién removido. Esa música encerrada entre las cuatro paredes desconchadas de una casona que da al río, junto al puente de Carlos te arrastra hacia lugares de tu interior que desconoces, esas noches duermes inquieta y sueñas con paisajes que nunca viste, voces que nombran las nubes, el río, las torres en un idioma extraño. Jacinto algunos días, cuando acaba la clase y no quiere cantar, os cuenta a los dos fabulosas historias de princesas prisioneras, caballos con alas, pájaros habladores, frutas exquisitas que te transportan de ciudad y de tiempo, alfombras voladoras, tesoros enterrados, jardines hermosísimos con flores llenas de un olor que emborracha, os habla de un sol que quema la piel y ciega a los caminantes, de un país diferente donde la lluvia es suave y tibia, hay frutas que se nombran “cereza”, “albaricoque”, “granada”, igual que la ciudad en la que hay un monte cuajado de casas blancas que es sagrado —Allí nació yo—. Dice Jacinto mirando por la ventana el río, las torres, la infinita tristeza de Praga en noviembre y delira evocando otra tierra lejana ante dos niños boquiabiertos. Entonces una mujer entra en el cuarto e interrumpe el cuento por un minuto, pero los niños le piden otra fábula mientras sorben el chocolate caliente con ruido, como él les ha enseñado que se hace para que no abraza los labios y su sabor dulce y amargo os disuelva el frío y adorne vuestra sonrisa con un bigote líquido y gustoso de lamer. Su mujer, rubia y transparente como una estatua griega, le acaricia un momento sus rizos negrísimos de gitano puro y se marcha de la habitación tras dejar la merienda, deja la puerta entreabierta para poder escucharle mientras plancha, ella también se siente niña como Olga y Jan, sueña con esos paraísos que nunca conocerá y que existen sin duda allá lejos, en el sur de Europa. El viejo gitano salpica el checo de palabras calé, pero Olga no pregunta por sus significados, prefiere inventar, adivinar, deducir, imaginar lo que esconden detrás y se jura vivir cuando crezca en ese país remoto de Jacinto, aprender a tocar la música que envuelve los sollozos cantados del maestro y esponja su memoria para no olvidar nunca los cuentos ni las palabras españolas. La clase se acaba y Ana les pone los abrigos a los chicos, el profesor aprieta y fricciona suavemente las manitas pálidas de Olga igual que ahora hace Teodoro, sus mismas manos grandes, cálidas, morenas y nervudas atravesando el tiempo, viajando sobre la alfombra voladora de la fantasía de la calle Vodni a la calle de Atocha, casi la misma lluvia fría de Otoño que ahora cae sobre Madrid caía hace veinticinco años sobre Praga.

—Tengo ganas de visitar Granada, —le dices— Amo tus manos de gitano aunque no sepas tocar la guitarra, ni seas gitano.

Cierras los ojos y sus manos te recorren, se paran en tu vientre, tu cara fría, ese pelo corto de miliciano, de mujer del norte. Sabes que ya nunca volverás a Praga. Quieres, cuando acabe la guerra, viajar juntos al sur, a Granada, alquilareis una casa con vistas a la Alhambra y el

Sacromonte y le contarás durante mil noches los cuentos que nunca olvidaste de Jacinto. Desgranarás granadas sobre un plato de loza y luego os comeréis a cucharadas los diminutos gajos rojos y traslúcidos, ácidos, fríos, dulces como algunos recuerdos.

Pero los días en Madrid son cada vez más peligrosos. A veces tienes la certeza de que nunca podrás hablar a Teodoro de Jacinto, ni de Praga, ni de una niña que hacia burla a los apóstoles que danzan a las horas en punto sobre el reloj astronómico de la Plaza del Ayuntamiento. En la última carta que le enviaste a tu anciano profesor de guitarra hace ya muchos meses le mentiste describiendo una ciudad que ya no podrías ver.

Jacinto lee con avidez los periódicos, las noticias de la guerra de España y se siente morir de pena e impotencia la misma mañana que fue a la oficina de reclutamiento del partido y le dijeron que no podía alistarse.

Aquella última carta de Olga Havel, cerrada aún, que ha atravesado años, sobrevivido a ratones y polillas, goteras, limpiezas de desván y el registro de la policía, está ahora entre mis manos. Aguardó sesenta años escondida, entre las páginas quebradizas y ásperas de una edición de Medea traducida por Teodoro, uno de los pocos libros que se quedó mi abuela de su biblioteca, que un amigo le envió a Jara después de la caída de Madrid, viuda ya de un muerto sin cara, de un cuerpo destrozado por los cascotes y la metralla de las bombas. Tú, cuando volviste a Jara y compraste ese poco de tierra junto al Tietar, registraste el desván de la vieja casona de la plaza antes de su demolición, ávido de reencontrarte con los objetos como si te fuera la vida en recuperar cualquier cosa que te permitiese imaginar o inventarte algo más de Teodoro. Revolviste los papeles, leíste recortes de periódicos casi centenarios, rebuscaste alguna nota, dedicatoria o nombre entre las páginas de los pocos libros que quedaban y apareció esa carta, un sobre cerrado que nunca llegó a su destino. Escondiste el sobre en el libro y regresaste a la casa del río.

Has encendido la estufa de leña y colgado la hamaca de lona cerca del fuego, el corazón te late como si aquel sobre fuera una carta de amor que llevas esperando mucho tiempo, conteniendo algún mensaje que va a cambiar tu vida, una noticia que puede cambiar la historia de todo el universo. Teodoro, Evaristo y Dimitri contarán después la historia de Olga Havel, Calle Atocha 3, Madrid, España la remitente pero nadie te nombró nunca a Jacinto Heredia, Vodni 4 Praha, ese destinatario misterioso que resuena en tu memoria como un fantasma familiar. El sobre casi se ha abierto solo, la suave presión de tus dedos nerviosos hace que la goma se desprege y resbale por el papel amarillento en forma de arenilla cristalina.

La hoja de carta es muy fina y las letras pequeñas y alargadas se parecen tanto a las tuyas. Sientes esa misma impresión que da mirarse en el espejo de madrugada, con unas copas de más y la sospecha que aquel que nos mira detrás del cristal es de verdad otro o cuando vas en el metro y enfrentas tu mirada a la de un extraño en el espacio breve de dos estaciones y vas descubriendo en sus gestos o rasgos algo común a ti, un gesto íntimo que creías exclusivo, un rasgo calcado al tuyo que nunca sospechaste que pudiera repetirse en otro, un extraño que ya se baja y nunca más volverás a ver. A medida que lees la descripción minuciosa, tan apasionada que casi parece falsa de una ciudad que conoces bien, recuerdas de pronto aquella placa tan curiosa que descubriste en un paseo por las calles menos concurridas de Malá Estrana por donde deseaste perderte para huir de tanto turista ávido de cristal de Bohemia y fotografía de postal con la familia dentro posando ante las estatuas del Puente de Carlos. Era una placa sencilla de mármol blanco como tantos recuerdos in memoriam olvidados que pasan desapercibidos para los habitantes de todas las ciudades del mundo, que solo un viajero descubre, un forastero que mira con ojos nuevos la esquina que sus habitantes miran desde la costumbre. Y a mí me sorprendió el nombre tan español y rotundo, tan tópico, escrito en letras grabadas sobre un recuadro de piedra blanca en una calle de Praga, miré con detenimiento aquella casa baja, de dos pisos, pintada de un color teja apagado y sucio, incluso leí en voz alta el nombre para no olvidarlo e intentar buscar en alguna enciclopedia quién podía ser aquel tipo que alguien deseaba que no fuera olvidado.

El calor de la estufa bien encendida, las imágenes de Granada que se evocaban en la carta, el rítmico balanceo de tu cuerpo sobre mi hamaca brasileira fueron empujando desde algún lugar de la memoria aquel recuerdo, ese nombre escrito sobre una pared de Praga era el nombre del destinatario de aquella carta.

Interrumpes la lectura de la carta y rebusca en un cajón del dormitorio un paquete con fotos de ese viaje del verano pasado, ahí está la loseta blanca sobre el quicio de una puerta que apuntaste con tu cámara sin pensarlo mucho.

*“Jacinto Heredia, Maestro de Guitarra, 1862—1939.
Sonarán nuestras cuerdas en tu nombre”.*

Ahora, releendo tus palabras, inventando la carne de los espacios en blanco, adivinando sobreentendidos, imaginando lo no escrito entre las líneas, vas reconstruyendo la existencia de Jacinto, intentas describir lo que podía sentir un gitano del Sacromonte viviendo para siempre en Praga, que sucesos le llevaron a huir tan lejos, porqué se ganaba la vida como profesor de guitarra española, como era la forma de sus manos morenas y sabias,

veloces y fuertes, vitales y tiernas acariciando las indecisas manos de una niña que se deja querer por aquel hombre.

No sé en qué lugar, en qué memoria o cuerpo aún existes como recuerdo pero ahora vuelves a estar vivo gracias a esa niña que embrujaste de cante y de sur, a los sucesos que escondieron o perdieron esta carta dentro de un libro y ese libro dentro de un desván de una casa a punto de ser demolida.

Te digo —vámonos a casa viejo—. Sueño que visito un asilo monstruoso donde aguardan la desaparición miles de nombres, de vidas, de historias y cojo de la mano a este anciano gitano que se llama Jacinto Heredia, él me mira a los ojos y sonrío, se deja llevar, siento su mano deformada por la artritis y su mirada perdida por las cataratas pero desde el fondo de su demencia me reconoce. Soy yo, ¿recuerdas?. Me había olvidado de ti cuando escribí sobre todo esto en mis cuadernos, pero no ahora. Soy yo, Sara, quien saca al viejo de la oscuridad, quien lo lleva a su casa y lo cuida, soy yo quien ahora le nombro gracias a lo que escribo y no tú.

Estás solo, se ha apagado la estufa; adormecido sobre la hamaca, arropado con una carta antigua recién abierta habitas otros nombres. No sabes todavía que la mujer que escribió la carta es igual que esa otra mujer que regresa de las selvas para buscar a un lince. Tan vez el mismo lince del que hablaba Jacinto, un duende del bosque que sabe pelear con las ondinias y habla con los caminantes que se pierden.

El carromato se hunde poco a poco en el barrizal y las dos mulas metidas casi hasta el pecho en el cieno ya han dejado de patear y resoplar y tritan de frío mientras los goterones de agua les van limpiando los pegotes de barro de los lomos. El galgo se ha acurrucado debajo de un sauce y mira a los hombres empujar el carro y hundirse también casi hasta la cintura, gime cuando un relámpago explota o un rayo cae cerca. Las tres mujeres no se atreven a salir de su refugio de madera y lona pintada donde puede leerse, si alguien de la trup supiera leer "*Circus Magnificus*".

—¡Que vienen los húngaros!— gritan los niños de los pueblos cuando aparece el carromato por el camino. entonces el galgo resabiado se mete entre las ruedas del carro por si acaso, mientras un grupo de chavales les acompañan en procesión hasta el descampado del Cancho Mocho. Pero esta vez, como otras muchas, no habrá suerte ni función y los Civiles llegan a los pocos minutos para pedirles documentaciones inexistentes y pegar a Josefo unas guantadas. El carromato se aleja al atardecer por el camino de Arañuelo, los nubarrones de abril comienzan a bramar y la noche cae de pronto sobre los olivares y los bosques de robles. Esta vez los niños se han quedado sin mono del culo pelado, sin cabra sabia, sin come fuegos, sin la

equilibrista adolescente y sin el mago de las desapariciones porque el oso se murió hace unos meses y su piel reseca sirve ahora de manta a Jacinto y su mujer. Trini tira entre los barrotes del jaulón del mandril un puñado de cacahuetes sin tostar para que deje de chillar y mira a los ojos al animal para hipnotizarlo pero hoy el bicho no se deja y sigue pegando berridos. Jacinto ya no puede empujar más, el carro está hundido en el barro hasta los ejes, el gitano sale de la trampa para sentarse junto a Canito, el galgo atigrado le mira desconfiado acercarse con cara de mala leche, la misma que cuando le da un garrotazo si no coge la libre que se arranca de la cama. La cabra equilibrista hace coros con el mandril y Josefo blasfema contra las mulas inmóviles y resoplona que tiritan de frío o de miedo o de impotencia. El carromato de los Húngaros, el carromato del Circus Magníficus no saldrá esa noche del barrizal que ha formado en poco tiempo el diluvio abrilero muy cerca de la Alameda de las Pozas y menos mal porque si el carromato hubiera seguido unos metros en línea recta habrían caído todos a la poza más grande.

A la mañana siguiente Josefo el tragafuegos no quiere imaginarse la desgracia y se presigna mirando las aguas de la poza ahora que el sol espléndido y tibio de abril hace brillar las gotas de lluvia que no tardarán en evaporarse, las mujeres están guisando unos pichones de torcaz con patatas en el fuego y el olorizo del guiso hace que Josefo deje de cortar ramajos para ajustarlos junto a las ruedas para que el carromato pueda salir de la trampa antes que el barro se endurezca ahora que las mulas están frescas y descansadas. Fue fácil subir a las dos pequeñas encinas que estaban situadas cerca de las charcas, en un terreno más alto, vio salir a la madre y supo por los pitidos que ahí tenía la torcaz el nido, hubo suerte y en lugar de uno había dos nidos con tres pichones escapones en cada uno. El almuerzo estaba casi listo cuando vieron aparecer por el carril infernal de anoche a la pareja encapotada. Luisa los divisó desde el carro y avisó a su padre. Canito empezó a gemir como si presintiese un palo y al comefuegos le recorrió un escalofrío por la espalda cuando vio de cerca a los dos tipos bigotudos con sus tricornos de charol y las carabinas al hombro.

El cabo Eusebio volvió a pedir los papeles como la tarde anterior y antes que Josefo dijera la mismas palabras de ayer recibió un culatazo en la cara y cayó muy cerca del pucherillo burbujeante. De nada le sirvió al gitano la excusa de la noche infernal, ni la prueba del carro atascado hasta el eje en el barrizal para que el número Miguel Nuñez Montero imitase a su superior con mayor fuerza, para hacer méritos, pero el otro gitano no cayó al suelo y eso exasperó al guardia.

—Déjalo! —gritó el cabo Eusebio Alegre Amor natural de Polán y aficionado a la caza a la espera de torzaces dentro y fuera de la veda. —¿Y esos pichones?, Porque son los pichones de la encina del camino los que estáis guisando ahí— el cabo armó el cerrojo del Mauser y apuntó a la

cabeza del caído, entonces la chiquilla, su hija Luisa, se abrazó llorando al tragafuegos y su madre la Trini comenzó a gemir y gritar mientras el joven Jacinto los mira con ojos espantados.

—¡No me lo mate señor guardia, por todos los santos y las vírgenes no me lo mate—.

El cabo baja la carabina satisfecho de su poder, se acerca a la lumbre y derrama el contenido del puchero por el suelo, los seis cuerpecillos de los pichones entre los trozos amarillos de las patatas y el caldo humeantes se desparramó por el barro.

—O salís del pueblo en dos minutos o pego un tiro a las mulas y os enjaezo a vosotros para que saquéis del barro esta mierda—. Ordena el cabo Eusebio.

Gracias a las ramas que habían ajustado ya junto a las ruedas, a dos grandes estacas que sirvieron de palanca y a que las mulas estaban descansadas el carromato salió por fin del lodazal.

—Venga largo, gitanos, húngaros de su puta madre—. —grita el número—.

—¡Eh!, Un momento, a ver que tenéis en el carro, como hayáis robado algo más os capo aquí mismo.

El cabo Eusebio separó la lona de atrás con el fusil y el Mandril comenzó a chillar como un torturado.

—¿Qué tenéis en ese arcón, ladrones, ¡abridlo hijos de perra que al final vais a acabar en el calabozo.

El gitaniño escuálido y sucio de barro que hacía de mago en la función y también fustigaba a la cabra para que se subiese de un salto a la punta del palo abrió con cuidado la trampilla lateral del cajón de madera con agujeros y enmudeció de asombro, el bicho había desaparecido.

—¡Dios como hiede! —dijo el Civil— ¡huele a perros muertos!.

El gitano cerró la trampilla y afirmó con la cabeza sin haber salido aún de su asombro pero no porque la afirmación del cabo fuera cierta, que lo era, aún quedaban en el fondo del cajón despojos del perrillo que encontraron en el camino después de cruzar en barca el Tietar, se quedó tiritando en la cuneta tras el cantazo que le atinó en toda la cabeza y había servido de alimento al cocodrilo; se asombra porque el monstruo ha desaparecido.

—¡Venga alelado!, ¡puerta!, Largo de aquí.

El carromato se estaba alejando de las Pozas cuando el Cabo se arrepintió de no haberle dado al gitano más trompazos con la culata.

—En el fondo soy un blando— pensó mientras miraba cómo los cadáveres renegros de los pichones comenzaban a llenarse de moscas.

—El bicho ha roto un lado del cajón y se ha escapado, seguro que esta noche al presentir la humedad de los charcones —murmura Josefo—

Pero los húngaros no volvieron por el animal. La niña lloraba en silencio de hambre, de miedo y también porque aquel cocodrilo les estaba dando más público que la cabra y el mono, más incluso que el oso en sus mejores tiempos. Aquel Cocodrilo del Nilo que habían comprado a un marinero en Valencia era una joya para el espectáculo. Cuando Jacinto le abría las fauces con las manos y tumbado en el suelo metía la cabeza dentro, la gente atemorizada y boquiabierta, se sentía generosa y les echaban en el cazo del mono unos céntimos por una emoción extraña que nunca habían sentido.

Josefo azuzaba las mulas para que aligerasen el paso y pronto llegaron al cruce donde la noche anterior habían herrado el camino. Bien que se acuerda del precio que había tenido que pagar por el animal, nada menos que dos duros de plata. El marinero se guardó las monedas en una bolsa de cuero negro que llevaba colgada al cuello y maniobró con las poleas para bajar el cajón desde la cubierta ante la mirada aburrida del capitán.

Comienza septiembre y el cabo Antonio se está muy quieto detrás del tronco del chopo más alto de la alameda, bien tapado con unas zarzas y unos juncos se relame los labios reseco reprimiéndose las ganas de liar un pito porque hay un bando grande de torcaces por la zona que no acaba de posarse —Desconfían las putas— dice para sí. Rodean la Alameda desde el aire y se alejan hacia el sur, han repetido esta maniobra varias veces y Antonio está impaciente por estrenar su escopeta nueva de perrillos, una escopeta de dos cañones incautada al hijo del Zorrero. Sonríe al acordarse de la somanta de palos que le dieron a jodido furtivo y las ganas que tenía el Teniente de pillarle con las manos en la masa, con esa pierna de venado metida en el saco. Zas, zas, la fusta sonaba igual en la cara del Zorrero que en las ancas de la yegua torda que usa el teniente Melero.

—Las putas torcaces que no acaba de bajar, recelan de algo.

El cazador se separa del chopo y decide colocarse de rodillas en aquel juncarral tan tupido que se ha criado al pie de la charca, huele a cieno y a poleo pero también huele a bicho muerto, —Estos pastores tiran las cabras muertas en cualquier sitio y luego se quejan que vengan las epidemias—, piensa el cabo mientras apunta al bando que ahora se aproxima directo a la choperá, con confianza, sin sospechar que la escopeta que el Zorrero compró en una armería de Plasencia por quince duros, toda una fortuna, les apunta en las manos expertas del cabo,

—Cincuenta palomas por lo menos, ¡cien o más! —exclama—.

Suena dos estampidos y Antonio salta como un resorte de su escondrijo para cobrar los pájaros muertos, siete u ocho ha contado, unas han caído a plomo, otras haciendo remolinos. El cazador busca los palomones entre las matas, —parece mentira que tengan un cuerpo tan

grande y una cabeza tan pequeña —piensa el cabo—, ya tiene cuatro metidas en el macuto cuando descubre una chapoteando en la poza más grande. Corta una rama de un chopo caído he intenta acercarla a la orilla, — ¡la muy puta donde ha ido a caer!—, no quiere mojarse las botas así que se agarra con una mano a un chopo joven y se inclina hacia el cieno con el palo en la otra mano. Tampoco llega. Entonces descubre un pedrusco negro semisumergido en esa misma orilla y sin soltarse del chopo pone el pie encima despacio, pero la piedra, lo que parecía la piedra se hunde soltando un chorrito de gases pestilentes que burbujea bajo el agua y cuando el bulto sube de nuevo a la superficie Antonio descubre la panza hinchada de una cabra podrida y medio deshecha. —¡Me cago en la puta, estos cabrones envenenado el agua, los voy a romper la boca a hostias!— grita nervioso el Cabo Antonio, con la pierna aún colgando en el vacío y el palo extendido hacia la paloma que se agita agonizando sobre el verdín en el momento en el que algo sale de la ciénaga y le muerde el pie y le arroja al agua, le muerde de nuevo, esta vez en el cuello y le zarandea como a un pelele mientras las palomas siguen haciendo círculos sobre la Alameda de las Pozas.

VII

Decías: –se pueden hacer cosas abominables por amor y ser un héroe enarbolando la más ruin de las ideas.

HAY LUGARES EN LOS QUE EL TIEMPO SE RETUERCE COMO UNA SERPIENTE SIN CABEZA, una culebra bastarda fustigado el aire para herir a quién le amenaza, una víbora pequeña y parda que clava sus colmillos envenenados para no morir aplastada por el pie que la ignora. Ese lugar puede ser un cuerpo, una ciudad, una hoja de papel. Escribe Olga.

Cuando Teodoro duerme, espantado de sí mismo o satisfecho de placer y caricias me levanto y escribo largas cartas a mi maestro de español y de guitarra en las que intento transcribir las historias que Arturo y él cuentan por la radio. En este año de ruinas, de hermosos vencidos y gloriosos vencedores, de consignas y arengas, de tristeza infinita y de dolor inútil solo me hacen resistir sus palabras.

Miaja, que ha aprendido a leer en los ojos de la gente lo que nadie le dice, me sugirió ayer que regresara a Praga.

—Puede Usted volver a su tierra mi querida Olga, aquí ya no hay mucho que hacer más que esperar si no tenemos éxito en la contraofensiva del oeste.

Pero no deseo volver al número cuatro de la calle Vodni y contar a Jacinto Heredia que su país no existe, que es un erial lleno de ruinas donde los locos se disfrazan con uniformes limpios, no quiero pasear por Praga y tomarme un café Turco o un licor de ciruelas en la plaza de San Wenceslao esperando a que los años llenen también mi ciudad de locos con uniformes impolutos y casa vacías.

—Me quedo contigo José, ¿o es que aún no sabes que te amo?.

El general me da un azote y le grito entre risas que por mucho menos le pego un tiro a cualquiera.

Detengo mi pluma, escucho como cambia a veces el ritmo de su respiración, no se nada de él y sin embargo me parece que le conozco desde siempre, que pertenece a la misma estirpe de Jacinto, la de los fabuladores solitarios, la tribu de los que siempre perderán su patria estén en el bando de los vencedores o de los vencidos, Teodoro es de esos hombres silenciosos que guardan para sí los abismos y los terrores y creen, ilusos, que las palabras tiene poder, que nombrar el mundo o inventarlo puede salvarnos a todos de la barbarie. Son de una extraña raza a punto de extinguirse, supervivientes a pesar de sí mismos, piensan que morirán mañana, pero la muerte siempre es cosa de los otros y de ellos el trabajo terrible del recuerdo.

Recordar. Algún día abriré todas estas cartas, cuando sea una anciana sin memoria y todo esto parezca una invención. Leeré mis propias palabras como si hubieran sido escritas por alguien que no conozco, una mujer extraña de la que no recuerdo el rostro, ni el color de su pelo, ni el sonido de su voz cuando abraza a un desconocido y le cuenta al oído todas aquellas fábulas que escuchó cuando niña de la boca de un gitano oscuro y triste que tañe la guitarra mientras habla de un circo ambulante atravesando Europa. *"Un pequeño carro con las ruedas pintadas de rojo y oro tirado por dos mulas viejas, una de ellas sabe sumar y restar los números que Josefo le muestra en un cartón y es uno de las actuaciones que más admiración produce en los pueblos donde casi todos los asistentes tienen mulas que tiran de carros y arados sin más inteligencia que seguir el surco recto. Dentro del carro se amontonan las mujeres y los niños, los cachivaches de los trucos, el baúl de los disfraces, la cesta de las serpientes, el mandril del culo pelado y hasta un dragón, junto al carro camina el galgo atigrado, la cabra equilibrista y el oso danzarín, hermanados todos, hombres y animales ante el mismo puchero e igual destino. No hay fronteras, ni descanso, ni casa fija donde aguardar los meses de lluvia o de nieve"*. Siento deseos de despertarle y contarle las fábulas de Jacinto para que luego él, o su voz, o la fantasía las amase despacio y lo cuente por la radio: *"Erase una vez un carronato dorado y rojo, despintado por las lluvias y los soles..."*. Siento ganas de gritarle que le amo, más por su voz deslizándose por el aire desde ese estudio húmedo y maloliente que por su cuerpo moreno, dulce, joven, ágil, que sabe limpiarme con placer el eco de las bombas, el olor de los cadáveres y el miedo a ser yo también un cuerpo inerte.

Podría dejar de escribir ahora mismo, desnudarme deprisa, acurrucarme a su lado y convencerle para irnos lejos, a otro país donde siempre haga calor y la nieve sea una materia inconcebible, a esos lugares donde el campo es un bosque espeso y el sol hace daño al medio día. Huir a

una ciudad amable donde hablen este idioma y los ojos de la gente no guarde guerras pasadas o por venir. Quisiera decirle que ya no hay trabajo necesario, que podemos seguir haciendo radio desde cualquier ciudad de América y contar al mundo que Madrid somos todos, que "no pasarán", que sin duda Inglaterra y Francia nos ayudarán por fin a vencer el fascismo. Tendría que decirle que sé quién es el traidor y que he descubierto el modo en que manda los mensajes. Pero no lo hago. Te dejo dormir, escribo cartas que no enviaré.

¿Pero quién es este hombre a quienes todos se empeñan en proteger?, Manuel Salgado, Barea, el propio Miaja.

—Cuídeme a Sánchez, es de esos individuos que se meten en todos los líos y no ven el peligro, se cree que esta guerra no va con él cuando la verdad es que esta carnicería va contra Teodoro y todos los tipos como él, jovenzuelos inteligentes que piensan o creen que las palabras pueden arreglar el país y les repugnan las armas, los uniformes, la disciplina. No saben que tanto si ganamos nosotros como si vencen los fascistas ellos tendrán que irse. Nadie los quiere.

Yo si te quiero. Te llevaré conmigo lejos, a una de esas selvas pintadas en mis libros de ciencias naturales donde asoma un tucán entre las lianas, un tití, los ojos de fuego del jaguar, el cuerpo retorcido de la anaconda que no tiene veneno ni rabia, solo fuerza y paciencia para seguir viviendo.

Me conformo con mirarte, reprimo el deseo de lanzarme al camastro, despertarte y que nombres para mí esas palabras fascinantes que me resuenan en mi memoria más allá de lo que sé que significan: *azalea, ropa, gárgara, rinoceronte, vinagre, filántropo, sábana, zarza*. Quiero tocar tu piel morena, lamer sus rincones en busca de la sal de la vida, borrar este gesto de ausencia que tienes cuando duermes.

Pero sigo sentada. Escribo a mi maestro Jacinto que ahora sé porqué suenan las guitarras, conozco qué hay detrás de los pellizcos y rasgueos a las cuerdas, he descubierto de donde nace la vibración sostenida donde se cuajan las notas y asoma esa música que puede convocar a voluntad cuantos recuerdos atesore el deseo.

—¿Quieres algo de España?—. Le pregunté a Jacinto el día que salíamos de Praga.

—Nada niña, que te trate bien —dice Jacinto antes de abrazarme—.

Tras días cruzando fronteras en zigzag para despistar la policía, llegamos a Marsella. El barco que cogimos allí atracó en Valencia al atardecer y esa misma noche conseguimos un transporte para Madrid. — Vigila a la gente del círculo del General José Miaja Menart, nos consta que

hay traidores y que los fascistas conocen los planes del Cuartel General antes de que los documentos salgan siguiera de los despachos.

Pero Miaja y yo simpatizamos desde el principio, al viejo cascarrabias le interesaba más que algún día le tocara la guitarra antes que mi dominio el francés, del Inglés, del checo y del castellano.

Las primeras semanas pasaba la mayor parte del día cerca del General familiarizándome con nombres y cargos y anotando con diligencia todas las personas que entraban con cierta regularidad en el Cuartel, cada tres o cuatro días me reunía con un comisario del Partido llamado Dimitri Snicek, que yo conocía de vista de Praga y le pasaba la lista.

Llevaba seis meses haciendo ese trabajo cuando conocí a Teodoro en el Parque del Capricho, el cuartel general de Miaja.

Me sorprendió el casual parecido que tenía con mi maestro de guitarra, tan moreno y enjuto, tan serio y parco al principio. A él no le puse en la lista aquella semana, ni tampoco la siguiente, como si pudiera así protegerle de la sombra violenta que había detrás de la decisión de anotar unos u otros nombres.

Solo hicieron falta tres encuentros para que nos uniera el amor y el deseo. Cada noche le llevaba a la cama de mi habitación. Utilizaba cualquier excusa para aplazar las obligaciones como traductora, salir del cuartel y pasear por Madrid de su mano. Pero cuando le acompañé por primera vez la radio de Barea y comenzó a contar esa historia como si estuviera escrita en un papel supe que también él era de la misma estirpe que Jacinto, que el anciano gitano que vivía en una oscura calle de Praga del otro lado del río y el joven profesor de griego que sostenía aquellas cuartillas blancas entre los dedos mientras su voz enhebraba palabras sin dudar tenían el mismo don mágico, la misma facilidad para llevar a quién les escuchase a cualquier lugar del mundo o de la imaginación con solo sus voces y sus silencios.

Claro que al final también escribí su nombre en la lista señalando lo obvio y no apuntando otros datos que pudieran parecer extraños a mis jefes como su excepcional puntería con las armas, su estrecha amistad con muchos dirigentes anarquistas o muchas de sus opiniones que le hubieran catalogado de inmediato como desafecto, Pounista, derrotista, sospechoso, quintacolumnista, antiestalinista o espía. Seguramente la irónica mezcla que hacía entre bromas y veras de versos de Edipo Rey o de Medea con los discursos y eslóganes de los líderes del Partido le abrían llevado a un interrogatorio en la checa con algún desquiciado de la GPU. Sabía que estaba casado aunque llevaba unas semanas separado de su mujer, que colaboraba en varios periódicos anarquistas, que era amigo de Azaña desde los tiempos del Ateneo y le interesaban más los poetas griegos que la

evolución de la guerra. Cuando le conocí todavía creía que aquello duraría poco, solo unos meses y que Francia e Inglaterra enviarían de un momento a otro tropas y armas para defender la República.

Yo tuve entre mis manos estas letras que ahora escribe Olga, esa carta en la que cuenta a Jacinto Heredia, su maestro de guitarra en Praga, que sabe como suena el amor y sueña con irse lejos, cruzar el Atlántico, vivir en un lugar cualquiera donde el sol caliente el aire y la lluvia sea fresca. Esa y otras muchas cartas que él había descubierto en el desván de la casa de su abuela cuando era niño.

No sé como llegaron hasta allí. Solo sé que Olga Havel nunca las envió, no pudo o no quiso desprenderse de ese paisaje de palabras dulces y francas que le hacía olvidar la guerra, expresiones de adolescente enamorada que no leerá nunca Jacinto si no ella misma para no sentir, para olvidar que ese futuro no es posible.

Ahora conozco el inmenso dolor que siente Teodoro cuando va leyendo uno a uno todos los papeles que han salido desperdigados por el campo después de la explosión. Consiguió liberarse de los brazos de Miaja y salió del búnker, saltó la cerca de piedra y corrió desesperado, ahogado por su grito hacia el cráter que ha hecho la granada, solo se asoma un segundo antes de seguir corriendo entre las hierbas altas agarrando las hojas de papel que va desperdigando el viento. Se acerca también corriendo a duras penas el General y varios soldados que disparan sus armas hacia el grupo de fascistas que intenta escapar.

—¡Dios mío! —dice José—. En lugar del espanto de los miembros rotos y las vísceras derramadas le llega a los ojos la tristeza más dura, se quita la guerrera para tapar los cuerpos y las gafas para llorar despacio, llegan más soldados y se despliegan por la zona disparando.

Teodoro ha conseguido olvidar la imagen que vio de los dos cuerpos, solo recuerda nítidamente la carrera loca entre los matorrales recuperando trozos de papel ayudado por otro miliciano.

Yo conozco muchas de esas cartas y papeles que Olga llevaba siempre consigo y que Teodoro leyó esa misma noche en el pequeño cuarto de hotel que compartían, derrumbado sobre el camastro donde cada día se amaban y se contaban historias cuando se agotaba el petróleo de la lámpara y solo existían sus voces y sus cuerpos unidos, abrigados por la oscuridad.

Me adelanto en el tiempo, sueño que soy Olga Havel, miro por los ojos miopes de Miaja, habito la tristeza de Jacinto, tomo la voz de Dimitri,

el cuerpo cuarteado de Teodoro, huelo la humedad terrosa de aquel sótano convertido en precaria emisora, respiro el frío salado de Argelés, la lluvia dulce de la selva, el escalofrío de unos ojos amarillos que parecen flotar sobre el agua verdosa de una charca. Miro también mi propio cuerpo cuando era más joven y el dolor verdadero solo era una sospecha, un pinchazo fugaz de madrugada que se borra con un trago helado y un beso largo.

Quiero escribir, ir deprisa, pasar entre las palabras y los años sin sufrir arañazos, sentir que todos ellos guardan su memoria sin pedirme ayuda y yo solo tengo que seguir corriendo sin pararme a mirar como suena una guerra en los recuerdos o recoger del andén los equipajes perdidos. Deseo saber porqué el General ha pedido a Teodoro que descubra la traidor y qué tiene que ver esa historia remota con el cadáver reciente de nuestra amiga Olga Cepeda.

No puedes pararte ahora a mirar el fulgor gelatinoso y esmeralda de la manigua cuando las nubes se disuelven y el sol deja sin sombra el claro del bosque donde Valentín y Teodoro acechan a los tapires, ni describir el estruendo lejano de los obuses sobre la Ciudad Universitaria o los sueños asequibles y simples de un hombre al que amas desde la remota habitación de tu casa de Guatemala pintada de colores chillones que ya no sientes tuya. No puedes comenzar a recordar aquellos días felices de voces compartidas en la radio y ese primer viaje al río en abril para pescar barbos cuando él soñaba con tener una casa de madera cerca del agua y los amaneceres limpios de obligaciones. Sientes que no tienes tiempo para describir la náusea de los crímenes, el cobrizo sabor de las traiciones, la dulce sazón de un beso justo a tiempo, quieres estar allí ahora mismo, describir un presente seguro en el que tu llegas a tiempo de montarle en el coche y salir a toda velocidad de Jara y salvar una vida que se está convirtiendo en tu propia voz. Deseas tener cerca el cuerpo caliente y sudoroso que después se reirá camino de Madrid porque no acaba de entender que pintas aquí cuando hace menos de dos semanas que te fuiste a Guatemala para siempre.

Pero no hay acelerador delante del sillón de ventanilla de novena fila del avión, ni amuleto mágico para viajar por el tiempo, ni sirve de nada saltar todas las páginas que te quedan por leer hasta llegar a la última y saber si Sara, tú, llegas a tiempo.

Aquel último día, después de salir del parque del Capricho, te sentías avergonzada de haber obligado a Teodoro a recordar la espantosa muerte de su amante. Le preguntaste entonces por el espía, por ese tal Angel Edelman del que te ha hablado Evaristo Losar.

—Nadie sospechaba de él, cualquiera que acusara a ese español emigrado a Buenos Aires, eficiente corresponsal miembro destacado del Partido en Argentina, Secretario Regional de la provincia de Rosario antes de llegar a Madrid como brigadista y ser nombrado comisario de la famosa onceava división y amigo personal de Cazorla, o era un loco o un sospechoso que acabaría con seguridad en una checa o con un tiro detrás de la oreja. Además era un tipo simpático, gran conversador y admirador confeso de los cuentos de Barea.

Una noche insistió el paisano Evaristo en acompañaros al hotel después de la emisión y te confesó sus sospechas pero no te reíste como Olga.

—Vamos Eva —responde Olga— que yo estoy con vosotros, muchos cargos del Partido tienen alma de inquisidor, corazón de fraile y retórica de obispo visionario pero precisamente Angel no me parece que tenga la típica biografía de traidor, siempre me ha parecido un tipo prudente y justo.

Evaristo se para y se rasca a través del pantalón la herida de la pierna antes de alzar la voz.

—Por eso, me cago en su cara de mosca maricona, yo no conozco a ningún comunista que sea prudente y justo, todos son unos cabrones que lo único que quieren es montar su dictadura del proletariado y a mí me da igual la Dictadura de Primo de Rivera, del proletariado o de la sota de oros. Aún no sé como lo hace, pero el día que descubra como pasa los mensajes a los fascistas le pego un tiro allí mismo para que lo escuchen sus compinches por las ondas.

Teodoro tampoco le cree.

Pero no te ríes, sabes que puede ser cualquiera, tu mismo serías el sospechoso número uno si la gente del Comité de Seguridad, sobre todo Emilio Barahona fuera informada por Miaja que Transradio está siendo utilizada por un quitacolumnista. Alguien que abandona a su mujer y a su hijo y se finge muerto puede hacer cualquier cosa, por ejemplo vender su dignidad de ciudadano, su lealtad de amigo, incluso la pasión desbordada de una mujer por ambiciones secretas que solo los traidores entienden y desean.

Esa noche las bombas sonaron más cerca, había voces altisonantes y susurros nerviosos por los pasillos del hotel, sombras apresuradas que buscaban los refugios. Unos pocos privilegiados iban a la gran bodega del hotel donde habían instalado un bar, un piano blanco en el que alguna vez vi tocar al camarada Orlov junto a Juanín Dalmau, un cubano teniente de artillería que también vivía en el hotel. Habían montado también un pequeño comedor donde podías saborear emparedados de carne de lata, obsequio de la CGT Argentina. La mayoría corría a la boca de metro más cercana, pero nosotros no salimos de la pequeña habitación, abrazados, desnudos, escondidos debajo de las mantas, casi sofocados por nuestro

propio aliento, jugábamos a saltar sobre el vértigo de la memoria, fabulando la infancia, inventando el futuro con la precisión que tiene siempre lo imposible, amándonos con el ansía y la locura de quienes saben que el próximo obús que silba entrará por la ventana o si no el siguiente o el otro acabando con todo.

Comenzaba a amanecer cuando Olga se levantó, se cubrió la desnudez con mi abrigo y salió de la habitación. Yo me senté en su escritorio y encendí el quinqué, deseaba escribir aquella historia infantil de la Lagarta, me parecía una buena historia para contar por la radio, un poco de fantasía y evasión, de entretenimiento y suspense para intentar borrar las medias verdades de los boletines, el sabor amargo de los cuentos de Barea, las consignas del final de la emisión. Busqué en el escritorio algunos folios en blanco, en el cajón encontré una pluma y varias holandesas junto a un cuaderno grueso de tapas verdes con anotaciones en checo que no pude entender, parecía un diario. De todas las palabras solo pude entender un nombre que se repetía de vez en cuando, un nombre en español del que entonces desconocía casi todo: Jacinto. Debajo del cuaderno había una carpeta de cartón flexible, en la portada indicaba con claridad su contenido, "guiones de Transradio", la saqué del cajón y la abrí sin curiosidad, eran las copias en papel carbón que entregábamos al técnico de sonido para que supiera donde iban los cortes musicales y las entradillas de los diferentes espacios, había guiones de todos los locutores, lo único extraño era que en los márgenes de algunas páginas había anotadas extrañas fórmulas matemáticas y números diminutos pero fácilmente legibles sobre algunas palabras del texto, pero entonces no le di importancia. Cerré el cajón y comencé a escribir sobre las holandesas la historia de la Lagarta con la pluma ligera y suave de Olga. Recordar la alameda de las Pozas, el cabo Antonio Alegre Amor que desapareció mientras caza torcaces debajo de los chopos, el tío Leandro delirando por la fiebre y jurando a gritos que ha visto al monstruo tomando el sol en la orilla de la Poza Grande, su piedra mágica emponzoñada de curare que ha regalado a mi amigo Valentín para que pueda acabar con el monstruo, la tierra recién labrada por la que corro hacia un horizonte roto por la chopera donde mi compañero levanta la mano y me saluda desde su orgullo de cazador al acecho, los ojos amarillos la bestia, sus dientes gruesos como peonzas y afilados como navajas de gitano despedazando los cuerpos tiernos de los niños en sus pesadillas, la voz nasal de Don Emilio el maestro mojando con saliva las guías de sus bigotes: — *en la península ibérica no hay saurios, ni caimanes, ni cocodrilos, ni gaviales, el pariente más grande de estas bestias que habita en nuestro país es el lagarto ocelado que vuestros padres se suelen comer con tomate, así que no me vengáis con fábulas*—.

Al poco de acabar de escribir la historia apareció Olga con una botella de vino metida en el bolsillo del abrigo y varios emparedados de

carne envueltos con cuidado dentro de una servilleta de cuadros rojos. Llegaba sofocada, casi sin aliento, con los labios húmedos y los ojos risueños,

—Estaba abajo tocando el piano tu amigo Juan Dalmau. Cuando me ha visto entrar a salido corriendo hacia el gramófono para poner música y después me ha pedido un baile y no he podido negarme, imagínate. allí todos con cara de espanto y nosotros dos bailando junto a la barra como en una verbena.

Siento su corazón bombear con fuerza, su piel transparente ha tomado en algunos lugares un tono rosado y la luz del quinqué brilla en sus ojos claros. Su aliento huele a vino fresco, vas a besarla cuando se libera de tus brazos de un salto y baila dando vueltas por la pequeña habitación, se para un segundo para que tu abrigo resbale y se queda desnuda, da vueltas sobre la punta de sus pies mientras tararea la melodía con la boca entreabierta, esa música que volverás a escuchar años después en Brasil, en la tienda del viejo Afonso, tras dar cuerda al gramófono con una pequeña manivela de latón dorado y la empuñadura de madera de caoba. —Suenan bien, ¿verdad?, Se lo dejo todo, discos y aparato por diez dólares—.

Las oscilaciones que produce la llama del quinqué visten de penumbra y luz su cuerpo hasta que vuelve a tus brazos y te besa con fuerza, chupas sus labios calientes y su respiración agitada, bebes su aliento de alcohol y de risa.

—Antes vamos a comer, que se enfría la carne.

Desenvuelve los emparedados y extiende la servilleta en un lado de la mesa, se sienta en tu regazo dándote la espalda y comenzáis a comer con apetito.

—No hay nada que de más hambre que el amor —dice—.

Olga va leyendo mientras come tu historia de la Lagarta, tu acabas en tres bocados el pequeño bocadillo para acariciar su vientre, el vello rizado de su pubis, la piel interior de sus muslos, besas su espalda, hueles sus axilas, muerdes suavemente sus costados. Cuando vuelve la última página de tu relato, sujeta el emparedado con la boca para poder doblar con las dos manos esa última holandesa.

—Esta página me la quedo yo, tendrás que contarla de memoria o inventarte otro final.

Por la mañana, mientras caminas hacia la Telefónica para ver a Arturo en compañía de Evaristo Losar le preguntas si recuerda aquella fábula que se contaba en el pueblo a los niños para meterles miedo, tu paisano se para junto al cráter que ha hecho una bomba en la calle y te agarra con fuerza del brazo para que tu también te detengas,

—¿Fábula? —exclama— no olvidaré mientras viva aquel bicho pardo lleno de crestas negras tomando el sol con la boca abierta. Tendría unos nueve o diez años y solía ir a la alameda de las pozas a pescar ranas

con una vara fina de mimbre, un trozo de hilo de seda y un poco de lana roja atada al final, los últimos metros había que acercarse muy despacio a la orilla para que las ranas no se asustasen y yo pudiera ponerme lo bastante cerca como para agitar delante de sus ojos el nudo de lana, descubrí sobre una piedra a una rana con buenas ancas croando al sol y cuando agité el señuelo rojo delante de sus narices se le tragó en un segundo, tenía la rana en la mano cuando vi al monstruo, por poco pierdo el equilibrio y me caigo a la poza del susto, salí corriendo y no paré hasta llegar al bar donde solía emborracharse el tío Leandro el americano, pero cuando grité llorando y sin aliento que había visto a la Lagarta tomando el sol todos los parroquianos explotaron a reír, todos menos Leandro que estaba sentado en un taburete con los ojos cerrados tiritando con su ataque de fiebre y bebiendo anís. Todavía tengo de vez en cuando pesadillas con aquella visión.

Me inventé un final para mi cuento con esa versión que me acaba de contar Evaristo. Recuerdo que incluso llegué a escribirla en un trozo de papel que cogí del buró de Olga mientras esperábamos a Barea y le oíamos discutir en inglés con un corresponsal americano que al parecer quería transmitir que Madrid no aguantaría el asedio ni una semana más.

Pero no puede leer esa última versión del cuento de la Lagarta.

Aquella noche, cuando hice un gesto al técnico de sonido para que hiciera un breve corte musical antes de acabar de leer mi cuento, entró Olga en el estudio y me pasó la última holandesa que yo había escrito en su habitación. Cuando acabé la historia miré la expresión de los locutores que se encontraban conmigo en el estudio, Barea me guiñó un ojo.

—Me parece que has leído demasiadas fábulas de dragones y princesas —pretextó Arturo—.

A pesar del cristal que separaba el control del estudio se escuchaba con claridad la voz airada de Evaristo explicando al incrédulo ingeniero que aquello no era un cuento para niños sino la pura verdad.

Frente a mi Angel Edelman miraba la hoja de papel que yo sujetaba entre los dedos con ojos aterrados como si el cocodrilo estuviera encima de la mesa y fuera a devorarlo.

Metemos en coche en el aparcamiento subterráneo del edificio donde está la emisora donde trabaja ahora nuestro amigo Justi.

—Solo unas pocas calles más abajo estaba Transradio —dice el viejo—.

Mientras circulamos por el laberinto de calles, columnas y plantas del lugar buscando un sitio libre Teodoro se vuelve hacia atrás y me sonrío antes de seguir hablando.

—El Argentino había visto las fórmulas matemáticas y las listas de números escritas a lápiz en el reverso de esa última holandesa y creyó que le había descubierto, pero yo ni me había fijado en aquellas notas. Cuando Angel salió corriendo del estudio todos pensaron que tenía alguna necesidad fisiológica inaplazable.

El viejo se apoya en mi brazo para salir del coche.

—Olga ya sabía que era el traidor, esa estratagema de enseñarle el sistema en el que cifraba los mensajes ocultos en el texto de sus crónicas sirvió para confirmar sin ninguna duda su sospecha.

Sin embargo no se lo diré a nadie y Angel Edelman volverá noche tras noche a la emisora para leer sus crónicas para América latina porque Olga es de algún modo o por alguna oscura razón es cómplice.

Cuando se abren las puerta del ascensor nos encontramos con Justiniano Montero director de programas, ya sin su barba de Rasputín, sin sus camisas indias, sin esas ojeras pícaras de trasnochador habitual que tenían cuando trabajábamos los tres juntos pero con su misma lengua de siempre.

—Cachos cabrones que volvéis a Madrid y no venís a verme, yo deseando que algún amigo me saque de este psiquiátrico y nadie me llama, ahora como soy un mandamás debo estar leproso, pero soy yo, el Justi de siempre que quiere volver a los viejos tiempos y hacer los controles en vuestro programa.

El Justi nos abraza, estruja, insulta, babea y al final se da cuenta que hay alguien más en el recibidor, un viejo alto y delgado que mira con atención el gran cuadro de Barceló. Por la ventana de una borrosa biblioteca entra en tromba agua amarillenta, libros y papeles flotan unos segundos en la corriente antes de hundirse, junto a una estantería que aún no se ha derrumbado, un hombrecillo con expresión de terror intenta salvar algunos libros sin éxito.

—Impresionante, ¿verdad?, —dice Justiniano al viejo— uno desearía meterse en el cuadro y ayudar al pobre hombre en su empeño.

Justi y Teodoro se miran a los ojos unos segundos, sin parpadear, como si fueran también antiguos conocidos, amigos entrañables de un tiempo indefinido. Descubro ahora lo mucho que se parece el Justi a Manuel Chaves. Entonces no sé que algo común les une, el lazo de una admiración común hacia un hombre del que entonces desconocía su misma existencia, ese hombre que lleva la pajarita siempre torcida y encoge los hombros empapados de lluvia fría en King, s Road después de despedirse de Teodoro para siempre, ese mismo hombre que escribió las historias del maestro Juan Martínez o de Juan Belmonte y cuentos como Bigornia o La Columna de Hierro.

Será Justiniano quién te mande un pesado y misterioso paquete unos días después de volver a Guatemala, Tu marido lo ha traído de la valija de la embajada y se sienta en la cama esperando con curiosidad a que lo abras, cuando rompes el embalaje aparecen dos gruesos volúmenes de color azul, en la portada con letras blancas hay un nombre que Ignacio lee en voz alta y una ilustración de lo que puede ser el nacimiento de un río, agua fría y transparente resbalando por las piedras.

—¿Y quién es ese Manuel Chaves Nogales?, no le conozco.

Estamos en una gran sala de reuniones decorada a la antigua usanza. Butacas de madera oscura y mullidos respaldos de cuero suave, muebles que pueden tener más de cien años, paredes forradas de madera de castaño, una gran mesa ovalada con incrustaciones de marquetería que representan rosas de los vientos y filigranas con forma de acanto, solo las lamparas de cristales de colores art-decó y otro cuadro de Miguel Barceló pueden romper la sensación de salto atrás en el tiempo de la habitación. En un rincón, sobre una mesita baja con botellas de vidrio tallado que guardan licores apreciables, hay varias fotografías en blanco y negro que reconozco. Es Madrid hace mucho tiempo, un Madrid que solo existe en esas fotografías y en la memoria confusa de unos pocos viejos supervivientes que la habitaron entonces.

Justi me ofrece sin rodeos un programa nocturno.

—Podéis hacer con esa hora lo que queráis, solo os pongo una condición, hacer yo los controles, como entonces.

Pero no quieres, ya es un sueño, el regreso al tiempo común, cuando el amor se filtraba por los auriculares desde tu boca y yo pensaba que eras un tipo fantástico, apasionante y misterioso que llegaba de pronto a mi vida para darme placer con su voz de fabulador, un hombre que nunca pedía dar y sabía esperar. Esperarme siempre.

—No nos lées Justi, solo hemos venido a que nos haga una entrevista uno de tus locutores sobre un lince que quieren cazar.

Sientes que él tampoco quiere volver a aquel tiempo.

Quiere olvidar aquella ciudad que compartimos los tres, unos días que ahora te parece que nunca existieron.

— Vale, vale, solo era una propuesta, creí que os gustaría.

Después de la entrevista, de regreso a Jara le dices a Teodoro lo que supones que no sabe.

—Lo que son las cosas. Ahora ese Angel Edelman vive a unos pocos kilómetros de la casa de tu nieto. Se sospecha que puede tener algo que ver con la muerte de Olga.

Ninguno de los dos decís nada.

VIII

Me dijiste –También tú debes conocer lo que es vivir en la selva. Tienes en tus genes algo de ella. Allí los hombres pierden su identidad, se vuelven fiera, liana, humus.

HAS ENCENDIDO LA PIPA y te dejas mecer por los recuerdos dentro de tu hamaca, la tarde promete tormenta y los animales del bosque andan alborotados, chillan, gritan, cantan, lejos y cerca, no te acabas de acostumbrar a la humedad caliente de estas tardes.

Gonçalvez te ha dejado en el suelo unos cuantos periódicos atrasados y antes que la luz desaparezca deseas leer un poco noticias de un mundo lejano, una realidad fantasmal que habita en la radio que a veces conecta Valentín, en los periódicos atrasados que se empeñan en traerte de Río Branco, en tus recuerdos.

Estás hojeando *La Razón de Buenos Aires* y lees en voz alta mezclando las palabras con los sonidos de la selva: "*Periodista de raza, ha muerto en la brecha, pero su actuación como uno de los más sagaces reporteros mundiales, reflejada en sus libros, le harán perdurar en el recuerdo de los que, por ser víctimas del virus periodístico saben lo que significaba un espíritu de la calidad del de Chaves Nogales, extinguido fuera de su patria.*"

Hace menos de un año en Londres, en el café El Astrolabio en King,s Road Manuel Chaves sonreía detrás del humo gris de los cigarros, era feliz a su manera, a pesar de la guerra, de estar solo y tener la familia lejos, de sus ojeras profundas y de su delgadez extrema.

Como un milagro ha recibido esta mañana un paquete de Juan donde hay habanos, botellas de manzanilla y cartas de su familia. Estáis borrachos

y saboreáis los puros de Belmonte. Manuel te propone que seas su corresponsal en Brasil de la agencia de noticias que acaba de montar y te hace prometer que le escribirás al menos una carta al mes.

—Y tu escribe un cuento con mi historia —le dices—.

—Cual de ellas amigo, solo tú conoces el final, yo podría escribir la historia de la Lagarta, me gusta imaginar a dos niños acechando a la bestia soñada o real con sus humildes hondas, seguir con las palabras el camino incierto de aquel superviviente de carromato de los gitanos que recorrerá Europa hasta llegar a Praga, inventar vuestra historia de amor en un Madrid sitiado y traicionado. Hasta podría atreverme a explicar esa maldita historia de espías, de quintacolumnistas radiofónicos en la que te metió Miaja, él mismo es todo un personaje de novela, pero ya no tengo fuerzas Teodoro, todos me cuentan sus vidas, muchas noches me siento frente al papel para escribir la historia de todos, de los huidos, los desaparecidos, los vencidos que vienen a la agencia a despedirse porque escapan a México, mi secretaria Francis traduce los textos al inglés, dice que será una gran novela épica, la mejor de todas mis novelas, pero yo sé que no, seremos olvidados, otros escribirán nuestra vida, todos esos tipos que vinieron a meter las narices en España porque necesitaban una guerra romántica y literaria para contar, todos esos turistas bélicos que venían a Madrid a hacerse la foto con el General o con una miliciana guapa y sonriente mientras sus gobiernos miraban para otro lado cagados de miedo para que Hitler no les pisara los cojones con el tacón de la bota o les marcara en el culo con un hierro al rojo una esvástica. Otros contarán nuestra guerra y habitarán nuestros muertos con palabras escritas en otras lenguas y los que han vencido romperán las hojas de nuestros libros y tu propio hijo que te cree muerto o los míos no sabrán nada de nosotros, acabará siendo una pésima historia de azules y rojos, malos y buenos simplificada y falsa. Pero ¿quién narrará la historia de los que no tuvimos bando sino nosotros mismos?.

A Manuel le tiemblan las manos pero sus ojos son más claros, tienen el brillo de los que no se rinden y cuando nos despedimos, después de un abrazo en el que he sentido sus huesos fríos en mi pecho sé que los que le conocimos nunca podremos olvidarlo.

Comienza a llover sobre la selva, quisieras lavarte los ojos de la imagen de Manuel bajo otra lluvia, civilizada y mansa, a unos diez metros de ti se para y se da la vuelta, alza la mano y grita.

—Acuérdate de mí, camarada.

Sientes por primera vez que esa palabra es algo más que un saludo gastado, en su voz suena cierto porque nunca se la habías escuchado.

Deseas que la lluvia tropical deshaga el papel de los periódicos y te limpie del cerebro la tristeza, el ruido de las bombas cayendo sobre la Gran Vía a las siete de la tarde, puntuales; el zumbido oscilante del amplificador

de Transradio, las consignas dudosas que gritan los milicianos, la voz de Miaja proponiéndote jugar al escondite macabro de los delatores, los susurros de otra lengua junto a tu oído acunando sus gemidos, nombrando el placer que se extiende por la piel; el grito cobarde del traidor sonando por las ondas como si fuera el final de un cuento de Arturo, —¡no me mates!—, el chasquido preciso de la Llama del nueve al amartillarla, —¡no me mates!— se va alejando por el pasillo babeando de miedo y solo cuando dobla la esquina aprietas el gatillo y suena el estampido y el rebote de la bala al fondo buscando una carne que morder. El adiós apagado de tu mujer y tu hijo antes de coger el tren hacia un pueblo donde los cerezos se ponen rojos en otoño y los chopos dorados, —¡adiós!, No te quedes mucho tiempo, ¡no puedo vivir sin ti!—, el silbido del viento en los alambres de espino de Argelès, Saint Ciprien, Barcarès, el olor de la arena y la voz de Valentín Quintas, —¡nos tenemos que ir!, nos tenemos que ir lejos—, tan lejos, sois dos niños valientes apostados sobre el cancho más alto de la Alameda de las Pozas y Valentín hace girar la honda en su mano seguro de acertar entre los ojos al monstruo que fabrica su fantasía, la voz pastosa del tío Leadro tras beber la penúltima copa de anís, —¡ahí estaba!, junto a la Poza Grande tomando el sol y es que en América cuando crecen los ríos suben a los pueblos y se pasean por las calles comiéndose los cerdos y los niños sin masticar—.

Quisieras ser unos de esos animales que chillan a lo lejos, un tapir, un tucán, una serpiente, una de esas escolopendras lechosas que se retuercen entre las hojas podridas de la selva. El sonido del agua empapándolo todo menos a tu cuerpo que flota sobre una hamaca te adormece y pones toda tu voluntad en recordar, en soñar tu primer encuentro con Olga Havel.

Una muchacha alta con un cuerpo grande vestida con uniforme pardo y una boina negra camina con firmeza por el paseo central hacia nosotros. José Miaja se para y entrecierra sus ojillos de miope para enfocar mejor la figura, reconocer su cara cuando parece saber de quién se trata continua hablándome de aviones y nuevas estrategias.

- En el cielo está el futuro.

La frase es confusa y nos reímos juntos, del cielo y sus nuevos ángeles de metal y muerte.

—Si hombre, no te rías, con más aviones ganaríamos esta maldita guerra de tramposos, no sé que hicieron o que hacen los responsables de compra de armamento en el extranjero, son todos unos inútiles y unos ladrones, seguro.

La muchacha está aquí.

—Mi General.

El viejo rompe para mi asombro toda formalidad militar y besa a la miliciana en las mejillas, ella se coge del brazo de Miaja.

—Le presento a Olga Havel.

la mujer me tiende la mano y me mira a los ojos con una chispa de sonrisa. Tiene un acento extraño que no se identifica, contradictorio, habla con el General de la importancia de la información, el poder de la radio pero no atiende lo que dicen. Si no fuera tan alta, ni tuviera esos ojos tan azules y ese pelo canela, si no tuviera esos andares de muchacho y esas manos largas y blancas disimulando sus gestos suaves con la rudeza del uniforme sería una mujer del sur, una andaluza quizás que ha vivido mucho tiempo fuera hasta perder cualquier rasgo menos ese suave acento que limpia las palabras de sus aristas.

Me dejo llevar en silencio con su voz mientras paseamos los tres por el parque.

Regreso lentamente del sonido, de la música, de sus sílabas limpias que estoy negándome a unir con lo que significan y alcanzo a entender las últimas frases del General.

—Teodoro le ayudará con mucho gusto, El colaborará en la Transradio con otros camaradas como Usted para mantener alta la moral de todos nosotros, pero no con proclamas, ni discursos, ni poemas a la Pasionaria o a las metralleras Labora sino con historias que ocurren aquí mismo, cada día, con cuentos que no son cuentos sino trozos de esta vida madrileña que algunos nos emperramos en defender.

Entonces me miraste con una complicidad que me resistí reconocer.

—¿Tiene familia aquí en España?, Lo digo por su acento, no parece alemana.

Recurrí de nuevo a la sonrisa, a la complicidad de un secreto que aún no alcanzaba a definir y fue Miaja quién me aclaró que apenas llevabas unos meses en el país y nunca habías estado antes en España.

—Entonces tuvo Usted un excelente maestro— le dije—.

Por unos minutos nos quedamos los tres en silencio tal vez sobrecogidos a la vez por el mismo sosiego de las hojas amarillas esparcidas como una alfombra de limón alrededor de la Casa de la Vieja, por el rumor del viento entre los árboles del Capricho, la sensación de absoluto descanso que solo rompieron las siluetas de unos soldados que se acercaban a nosotros por una pequeña vereda que unía aquella casa de cuento de hadas con el lago del parque.

Miaja nos dejó solos, enredado de nuevo por sus obligaciones, la prisa, la necesidad y la incertidumbre agobiante de la ciudad sitiada. Me tomaste del brazo como se acerca uno al amigo de siempre que ya no se da cuenta de ese brazo trenzado junto al tuyo, que ya no es consciente del calor

y el entrechocar leve con otro cuerpo a cada paso y comenzaste a hablar de un viejo gitano erguido como un junco y guapo como un bronce romano que te calentaba las manos con sus manos morenas y nervudas y te contaba historias de lugares remotos, de brujas que eran buenas, de enanos encantados y culebras habladoras que bebían leche.

—Yo le quería —dices—, me estremecía entera cuando apretaba mis manos con sus dedos y me decía palabras que no entendía y ahora conozco como propias, cuando visites Praga iremos a verle y tocará para nosotros la guitarra, él me enseñó tu idioma, no la gramática o las palabras, no el hilo invisible que arma las frases y une los sentidos, si no también el secreto, los pasadizos invisibles que atraviesan el sonido, el poder de las palabras para hacer salir de simas muy profunda aquello que sentimos y que late en el corazón.

Miaja vuelve con nosotros escondido tras una mueca de permanente enfado. Le amarga saber que fue encargado de la defensa de Madrid porque era el mejor general para rendir la ciudad, le habían enviado a un sacrificio seguro, nadie confiaba salvar Madrid y era mejor sacrificar a un general burocrático como él, un tipo gris y sin demasiados amigos que a otro más valioso. Barea te lo contó en detalle meses después.

—Aquel siete de noviembre le dejaron instrucciones precisas para que pudiera negociar la rendición con la mínima efusión de sangre posible, parece un mal chiste verle ahora en los carteles, convertido en el gran héroe, valiente defensor de Madrid querido por todos.

Miaja lo sabe y cumple con su papel de actor, de vedette que visita las trincheras, estrecha las manos de los hombres, cuenta chistes verdes, besa a las mujeres y sonrío ante la cámara de algún periodista extranjero. Pero cuando está solo ante los mapas, cuando paseo con él por el parque tiene la sonrisa amarga.

—Me llaman aldeano, simplón, cuentero, vanilocuo, sonrisas. El seboso de Azaña, el chulo putas de Largo Caballero, el acusica de Zugazagoitia, me envidian porque la gente me quiere, soy como ellos, torpe, cuatro ojos, socarrón, sé que no tengo futuro, soy mediocre, lo sé muy bien. Madrid se ha defendido sola, no me necesitó ni a mí ni a ellos que salieron corriendo para Valencia con el rabo entre las piernas, "a la playa" como dice Cipriano, yo soy el que estoy en los carteles de colores y en los periódicos extranjeros, pero detrás está la gente que ves por la calle o esta muchacha tan guapa que ha venido de tan lejos y me hace de interprete o de espía cuando tengo que hablar con esos rusos que quieren hacerme comunista.

Soltaste mi brazo y te cogiste al del viejo soldado.

—Yo te quiero General —dice Olga—.

Acompañamos a Miaja hasta la entrada del búnker.

—Quiero que ayude a ese loco de Barea que cualquier día le van a dar el paseo, ya sabe donde está la estación de radio, Olga le llevará esta noche. Esa emisora es importante porque es de onda corta y se oye en todo el mundo, al parecer las historias que cuenta las sigue mucha gente, se hace llamar "la voz incógnita de Madrid", me gustaría que Usted también hablara por esa radio y contase esas fábulas fantásticas que le he escuchado a veces. Hay gente del Partido que dice que la emisora es un nido de troskistas que hay que limpiar pero eso no me preocupa, lo que sí sabemos es que hay alguno de la quinta columna que utiliza a veces la emisora para enviar mensajes y me gustaría saber quién es, pronto preparamos una contraofensiva por el oeste y no quiero sorpresas, Olga conoce los detalles. No nos falle

Cuando Miaja desapareció en el búnker tomaste de nuevo mi brazo.

—Esta también es la guerra de los fabuladores, de los contadores de cuentos, de las voces que pueden hacerte llorar o chillar de rabia, esta guerra también es la lucha de los poetas, los escritores y los buenos mentirosos, no sólo de la propaganda de los carteles o de los aviones más rápidos del mundo, podemos ganar más batallas con palabras que con balas, aunque no me creas, una buena historia bien contada puede hacer valientes a los cobardes, hacer dudar al enemigo, ablandar los corazones de otras gentes, de otros países que ahora asisten indiferentes y aburridos a las noticias manipuladas de los diarios, no es tiempo de noticias escritas si no tiempo de voces.

Te interrumpí.

—Ahora las voces no se escuchan, solo las consignas, las arengas, la propaganda.

—Te equivocas —me gritaste— los únicos a los que de verdad escucha la gente es a los charlatanes de feria, a los cuentistas, a los vagabundos que van de pueblo en pueblo con un cartel mal pintado donde se suceden escenas de crímenes horrendos o amores imposibles pero la gente no se fija mucho en las imágenes pintarajeteadas en el cartón sino en la boca y los gestos del narrador, en esa literatura humilde que florece en la imaginación y nos hace olvidar por un momento la vida áspera; caballeros andantes, dragones que escupen fuego, milagros de vírgenes, crímenes, hechos prodigiosos, bandoleros heroicos, monstruos de los mares, serranas gigantes, amores imposibles, patriotas anónimos. La gente escucha a los ciegos, a los charlatanes que animan las noches de invierno o los descansos de la siega. Eso tenéis que ser vosotros en la radio, ciegos fabuladores que no queréis ver la realidad trascendente que describen los corresponsales, ni las grandes batallas o estrategias sino la letra pequeña.

—Creo que lo que quiere Miaja es pillar a un faccioso que se pasa de listo y le da igual que contemos por la radio la historia del sacamantecas o la de los barrenderos que cada amanecer limpian la sangre de las calles.

Te quedaste en silencio el resto del camino. Conducías despacio el Balilla, esquivando los cascotes, evitando las calles cortadas por los escombros y los controles estúpidos, llegamos al hotel donde te alojabas y me invitaste a su subir a tu habitación, era un pequeño cuarto que podía haber sido el de la mucama, la única ventana daba a un patio interior bastante oscuro, la cama pegada a la pared y un escritorio suntuoso con incrustaciones de marquetería que parecía sacado de la suit nupcial era todo el mobiliario. Tenías las maletas en el suelo sin deshacer, la mesa llena de papeles y carpetas de cartón apiladas en orden y junto a una lampara modernista con cuentas de colores había un rústico quinqué de petróleo.

—Así puedo seguir escribiendo cuando cortan la luz.

Frente al escritorio, sujetas a la pared por unas grapas, había una postales de una ciudad magnífica fotografiada desde lo alto y de un extraño reloj en el que además de las horas marcaba los signos del zodiaco y la situación de los planetas. Junto a ellas, los ojos de un hombre muy moreno todavía joven y de una niña con las trenzas sobre el pecho que parecían mirar al invisible fotógrafo con la risa contenida.

—¿Es su marido y su hija? —te pregunté—.

Entonces sonreíste de verdad y descubrí que tu boca era la misma boca de aquella niña pequeña que abrazaba el hombre.

—¿Tu padre y tú?

Volviste a sonreír mientras negabas con la cabeza.

—Es mi profesor de guitarra y de español.

Abriste un pequeño cajón del escritorio y sacaste un mapa de la ciudad; parecía arrancado de una guía turística porque sobre el plano estaban señalados los monumentos más importantes y sobre él estaban dibujadas a lápiz líneas onduladas y pequeñas figuras geométricas, triángulos, estrellas, cuadrados, rombos.

Te dejaste caer en la cama, cerraste los ojos.

—Vine a tu país para oler el aceite recién salido de las almazaras, para escuchar como cantan las mujeres en el lavadero, para ver el sol sobre la tez quemada de los hombres del sur, para sentir que la revolución es posible y hermosa. Vine a buscar los recuerdos de ese gitano de la fotografía, sentir de nuevo la ternura de sus manos en otras manos y el calor que tienen las voces de los viejos y me he encontrado el olor de la metralla, el chirrido de los tanques o las estúpidas consignas, la tez macilenta que deja el hambre. Siento que la revolución se reduce a esta lucha criminal entre comunistas y anarquistas y que los recuerdos de ese hombre que me

enseño tu lengua eran falsos o ya no existe ese país del que me hablaba. Tanto da.

Ahora, con los ojos abiertos, miras a ese desconocido que soy yo y me preguntas si puedo adivinar lo que representa ese mapa, niego con la cabeza aunque imagino que son los diversos frentes y la identidad de quienes las defienden.

—Ese mapa representa la liberación de Madrid, se prepara una ofensiva el mes que viene con los nuevos aviones y las brigadas mejor preparadas, las de Lister, el Campesino y las Internacionales para romper el cerco del Oeste, liberar la Ciudad Universitaria y llegar lo más lejos posible pero hay demasiada gente que lo sabe o lo supone. Hace unos días encontré el plano en la estación de radio, estaba doblado y metido entre las mantas que insonorizan en estudio y creo que alguno de la radio se propone emitir esa información, solo lo sabe Miaja y yo porque si hubiera contado todo esto a la gente del Partido echarían la culpa a Arturo y a Ilsa y los pegarían un tiro. El general confía en ti y dice que tú sabrás destapar al espía antes de que comunique la ofensiva.

Se ha ido la luz y te levantas de la cama para encender el quinqué, después hundes tus dedos en mi pelo, me acaricias la barba, los ojos.

—Te pareces a él —murmuras— tienes su misma mirada de vencido. Déjame engañarme, imaginar que el río Vltava está detrás de tu casa y que soy esa niña valiente que soñaba ser tu hija o tu amor.

Es difícil pensar en Olga Havel, invocar su nombre, saber como hablaba, recuperar el gesto duro de su tristeza o la dulce sonrisa que provoca el roce de unos brazos sobre su cintura desnuda.

Solo tengo pedazos deshilachados, las cartas para Jacinto que no envié, la fotografía del tranvía, la descripción que Teodoro me hizo de esa primera tarde juntos. Pero ahora no hay nadie que me cuente que ocurrió en esas semanas, quién era el traidor, que se siente cuando comienzan a caer obuses sobre la ciudad y están al borde del orgasmo, porque Teodoro hizo creer a su familia que había muerto bajo los cascotes de un derrumbe, porque acabó ella atrapada en una trinchera junto a las tapias del Parque del Capricho.

Ya está hecho el café y me preparo una taza con un poco de miel, ayer me dejó Ignacio una pistola junto al ordenador.

—Úsala si vienen por ti, aquí ya no valen las palabras ni las explicaciones.

Yo no quiero tocarla. Dice que estamos en guerra y que a los extranjeros nos odian a muerte, pero yo no soy extranjera, también soy indita como ellos y me espanta esta guerra no declarada que no suena pero que está llenado Guatemala de fosas comunes como la que ahora han descubierto al norte, en Río Negro. Desde aquí, desde la realidad siniestra que ahora se destapa quiero esconderme lejos, entre las palabras que otros me contaron e imaginar que ahora soy Olga Havel y no Sara Sánchez, que me abrazo a un cuerpo recién conocido y no oigo las bombas que caen siempre cerca, solo escucho la respiración tranquila de un hombre extraño que duerme en mi cama. Sólo sé que es un joven profesor de griego, un amigo del General que escribe cuentos para niños en revistas anarquistas, pero no se qué hace en esta ciudad acorralada.

La llama del quinqué llena la habitación de sombras que se mueven, dentro de pocos minutos volveremos a disfrazarnos con nuestras ropas y nos iremos caminando por Alcalá hasta el edificio del Fenix donde está la emisora, bajaremos a ese sótano maloliente y húmedo a prestar nuestras voces a la causa. Quiero pensar que no hay guerra y que esta cama tan estrecha está dentro de un tren que corre al sur, al amanecer llegaremos a Granada como una pareja de novios que necesita otra ciudad para abrirse del todo el uno sobre el otro y mientras caminamos por las calles empinadas del Sacromonte te pido que me cuentes un cuento, el cuento de un niño gitano que nació aquí y ahora está durmiendo en Praga, una casa pequeña de la calle Vodni soñando con el aire caliente de abril que seca la ropa tendida y despierta las claveleras plantadas en grandes latas oxidadas de aceitunas.

El tiempo pasa muy rápido cuando nos escondemos en el deseo. Nos vestimos en silencio, en la oscuridad recién compartida.

Miro como se viste ese hombre de piel morena que acabo de amar. Me pregunto por qué confía tanto en él Miaja, cómo sonará su voz al otro lado de un aparato de radio.

Es difícil amasar las palabras hasta nombrar los sonidos de aquella tarde de tormenta caliente sobrela selva en la que Teodoro va meciendo sus pensamientos sobre un montón de periódicos atrasados. Tu amigo ha ido con Gonçalvez al Inauni a pescar algo para la cena. Valentín ha borrado en pocos años todo aquello, nunca habla de Argelès, ni de la guerra, nadie diría que no salió de Jara hasta los veinticinco años y sin embargo nunca se perdió por las calles de Londres y ahora parece todo un garimpeiro mestizo caminado descalzo por el suelo de la selva, cazando tapires con una antigua escopeta del veinte o pescando extraños peces con Gonçalvez usando como cebo ranas de colores, saltamontes de forma de hoja seca o polillas grandes como un gorrión.

Yo también conozco el rumor de la selva, el grito de las araras, el chillido de los tucanes, el delicado murmullo del vuelo de los colibríes, los sonidos que nunca asocio a ningún animal conocido y que a veces parecen nombrarme a lo lejos, Sara, Sara, Sara.

Y en ese instante, cuando una cucaracha de alas rubias rebusca algo para comer entre los periódicos atrasados que hablan de la muerte de Manuel Chaves, Teodoro se acaba de dormir y entre sueños cruza Madrid junto a Olga Havel camino de Transradio, acaricia su nuca y ella se vuelve un segundo para sonreír y decirle con los ojos que la lleve lejos, a una ciudad caliente y silenciosa donde las muchachas se cubren con ligeros vestidos estampados de flores y los hombres tienen la tez dorada y los ojos oscuros, donde huele a aceitunas negras aliñadas con cascara de naranja, ajo machacado y orégano fresco, a vino seco y frío compartido a pequeños sorbos y a sudor limpio que enfría la piel y deja sal apetitosa en cualquier beso.

Pero Teodoro aún no sabe leer en sus silencios.

Olga aparca el Balilla junto a una farola que está doblada por la mano explosiva de un obús que cayó cerca hace una semana. El edificio del Fénix parecía abandonado, con la mayoría de los cristales rotos y la fachada salpicada de pequeñas incrustaciones de metralla.

Entramos guiados por una bombilla mortecina que brillaba solitaria dentro de una ostentosa araña de cristal. Una voz lejana nos dio el alto y el chasquido preciso del cerrojo de un Mauser se repitió en la sala con eco, el miliciano de guardia reconoció a Olga y nos dio paso desde la penumbra.

Recorremos pasillos y bajamos escaleras casi a oscuras, hay puertas cerradas con la llave puesta y puertas abiertas donde puedo adivinar archivadores, estanterías con cajas hasta el techo, sillas apiladas en equilibrios frágiles. Huele a cloaca y alguien ha querido disimular inútilmente el olor dulzón y pestilente con esencia de eucalipto. Pero vence el olor de los desechos. Pasamos junto a un retrete sin puerta donde suena el siseo de una cisterna estropeada, siento asco al tocar las paredes húmedas, de algunas grietas sale una sustancia viscosa, una gelatina amarillenta que parece pus.

Cuando llegamos a los dos cuartos donde está instalada la emisora, el olor a eucalipto se acentúa pero no acaba de disfrazar del todo el olor a letrina. En el cuarto más grande nos esperan Barea y su mujer Ilsa, apenas hechas las presentaciones nos hacen gestos a través del espejo, ya va a comenzar el programa.

Tras el boletín para América que hacen un Colombiano llamado Elipio y Armando un locutor portugués con cara de vampiro anémico le

sigue el programa de Arturo, "una voz anónima de Madrid". El estudio es un cuartucho forrado de mantas cuarteras para silenciar el eco y el micro cuelga del techo sujeto por unas cuerdas, en el gramófono suena el chelo de tu amigo Pau Casals.

Teodoro se despierta. La lluvia ha cesado y te preguntas dónde estarán los discos de Pau y el gramófono que has comprado en Río Branco. El tendero te miró asombrado cuando le preguntaste si no tendría en su almacén algo de música, el viejo Afonso, compadre de Gonçalvez te guiña su ojo blanco.

—Me mordió una hormiga cuando era joven y buscaba oro con el compadre, ya ve que tontería, pensé, una hormiga pequeñita pero por poco me mata, Yanim, el indio que nos guiaba me escupió el zumo de una liana para salvarme el pellejo, pero el ojo se quedo seco como una castaña.

Me lleva a la trastienda y me mira con una sonrisa cómplice como si le hubiera pedido alguna mercancía prohibida, los rayos de luz se cuelan entre los tablones mal ajustados de las paredes. El viejo rebusca dentro de un gran cajón de latas de conserva de guayaba y saca un maravilloso gramófono portátil antiguo.

—Cuando lo del oro, también llegó la fiebre de la música, los pocos afortunados que encontraban un filón en el barro lo primero que hacían cuando llegaban a la ciudad era darse un baño de sales en el hotel Olimpia, comprarse un traje, un gramófono y llenar la casa de sinfonías y de putas. De aquellos buenos tiempos aún quedan por aquí unos cuantos aficionados.

El tendero se acerca a una estantería que esta cubierta por una sábana y descubre con cuidado su contenido.

—Aquí guardo las mercancías más caras de mi tienda, tengo las cuatro patas del mueble dentro unas latas llenas de insecticida y después lo cubro con esta sábana embebida en naftalina porque a los bichos les encanta el cartón de la funda de los discos y la seda de los sostenes y las bragas de encaje.

En las baldas superiores se amontonan primorosamente ordenadas docenas de cajitas planas que guardan ropa interior. El viejo Afonso abre con delicadeza una de ellas y me muestra un primoroso sostén de color rojo.

—Los placeres refinados entran por los oídos y por los ojos y los placeres primitivos por la boca. De su país tengo a Albéniz, Falla, Granados, Casals, como ve estoy a la última, mi tienda tiene todo lo que un hombre puede desear para estar como en casa metido en el infierno de la selva.

Solo pudiste comprar el gramófono y cuatro discos del amigo Pau. Cuando bajas a la canoa donde Gonçalvez y Valentín ordenan los bultos para el viaje los dos se ríen de tu compra.

Los insectos y la humedad no entienden de música pero esta tarde salen para ti unos cuantos rayos de sol entre los nubarrones que hacen brillar todo el bosque. Sacas el aparato de su caja impermeable y le das cuerda con cuidado, con todo el mimo del mundo ajustas un disco y el chelo de Pau se extiende por la selva.

Ya no estás allí, estas en Londres, bebes cerveza oscura y tibia en un tugurio de españoles llamado el Astrolabio y Manuel Chaves con su acento dulce de sevillano te convence para que le escribas tus crónicas de vencido. Estás paseando por las veredas del Capricho haciendo puntería con las piñas caídas en el suelo, Miaja falla siempre y tu aciertas el tiro sin querer, aunque no apuntes, como si tu mano supiera siempre la posición exacta para que la bala llegue donde deseas y es la primera vez que empuñas un arma. Estás en aquel sótano de la emisora, la voz incógnita de Madrid que es Barea acaba de contar el cuento de unos niños que corren donde caen las bombas para coger las espoletas todavía calientes y las coleccionan como si fueran cromos, trofeos de un juego de azar macabro porque el que pierde se queda sin casa o sin vida. Estás sobre los canchos de la Alameda Pozas a finales del verano, pronto te irás a Madrid y ya no volverás a Jara, ni siquiera los veranos, el perro de Valentín se acerca a la Poza grande para beber y una cosa grande y sin forma le atrapa por la cabeza, hay un remolino de agua y estás paralizado por el terror mientras la honda de tu amigo zumba cada vez más fuerte. Estás encima de un cuerpo blanco y suave, dentro de los ojos azules, temblando de placer y cuando te deshaces, ella lee la certeza de tu corazón y susurra tus propios pensamientos,
—¡Vámonos al sur, lejos, aquí todo está perdido—.

Entonces regresas de tu memoria. Los últimos rayos de sol se esconden entre las copas de las inmensas castañeiras. Tus dos amigos suben por la senda del igarapé con un pez feo y enorme colgado de un palo que sujetan entre los dos. Valentín saluda con la mano y grita

—¡Teodoro un Surubí!

Se ha acabado la cuerda del gramófono y piensas que Manuel tenía razón, solo tú puedes escribir como huelen los sueños y los fantasmas de la memoria.

IX

*Dijiste: –cuando te decidas a escribir de nosotros
fíate de tus recuerdos.
- No digas tonterías –repliqué— de memoria nadie
puede seguir el hilo del tiempo.*

NO HAY NOCHE MÁS OSCURA QUE LA QUE ACECHA DETRAS DE LAS VENTANILLAS DE UN VUELO TRANSOCEÁNICO, los pasajeros van apagando las luces e intentan dormir arropados en una manta acrílica, encajando el pequeño almohadón como una cuña maestra en el lugar del cuello o la cabeza desde el que se construirá con dificultad el frágil inicio del sueño. Ignoran que debajo hay un mar espeso y negro, encima no hay nada, el vacío de las estrellas entre ambos, nosotros, arrebujados en un sillón dentro de un gran tubo de aluminio con alas apoyado en el viento y en el ruido.

Me he arropado con mi manta de alpaca y os veo a través de la ventanilla azul del portátil. Ahora la azafata es amable, ya no cree que sea una pobre indita asustada sino una mujer extraña que teclea en un ordenador y le pide un Habana de siete años para beber con vosotros y olvidar la oscuridad que me acecha desde la ventanilla.

Aquellos meses que trabajamos juntos en Madrid fui atesorando en pequeñas casetes todos nuestros programas, todas las historias que me contabas. Ahora creo que gravaba tu voz por los mismos motivos de quién corta leña al final del verano para poder encender la chimenea los días más fríos del invierno. Tú te reías entonces y me dejabas hacer.

Cuando llegué por primera vez a Guatemala las cintas fueron parte de mi equipaje aunque nunca volví a escucharlas, no las saqué siquiera de la mochila sospechando que el tiempo secaría más la leña y luego ardería con

más calor, sin sospechar que el tiempo la llenaría de carcoma, la convertiría en serrín masticado que apenas puede encenderse. Pero no quiero contar aquí nuestra historia, no es tiempo, no importa.

Sólo después, tras el asesinato de tu mujer, de nuestro reencuentro, de los días que pasamos juntos en tu casa junto al Tietar, después de hablar con Evaristo, Dimitri y Heliodoro, de conocer por fin a un anciano llamado Teodoro, el verdadero autor de la novela que publicaste con tu nombre, después de regresar a mi casa de la calle Magdalena y dejarte allí perdido con la obstinación del vencido al que dejaron vivo, de quién cree que no hay mayor humillación que la cobardía, ni mayor ruindad que la de dejarse mecer por un río sin hacer nada más que lanzar la caña y fumar despacio respirando el humo sin usura, volví a escuchar esas voz, tu voz de entonces, a poner muchas veces al cintas hasta aprenderme las historia de memoria y a leer todos esos documentos que alguien, tal vez Teodoro o Dimitri me enviaron en una caja grande, cuidadosamente ordenados, tejiendo una trama secreta que no comprendí. Comencé a tomar notas en mis cuadernos, escribiría un gran reportaje periodístico de exiliados y aventureros, no sospechaba que todo sería destruido y tendría que seguir de memoria el hilo del tiempo.

La azafata trae tu vaso de ron añejo y por unos segundos cierras los ojos con fuerza. Podría ser todo un cuento más que inventaron otros, tu cansancio, el zumbido embrutecedor de las turbinas, la cara de amabilidad siniestra de la azafata rubia, era se una vez, hace mucho tiempo, en un lugar, una mujer menuda, indita va a salvar la piel al amor de su vida pero no llegará a tiempo y etcétera.

Ya no me quedan fuerzas, me bebo el Habana de un trago, saco del bolsillo la maldita carta y me vuelvo a preguntar por enésima vez como pude pasar por alto su olor y confundirla con publicidad Dentro del sobre se esconde una hoja arrancada de un libro de Buffon que describe a los felinos donde Teodoro escribió: *“vuelve por él, llévatelo lejos. Aún tienes tiempo”*. Me acerco a la nariz la carta del viejo y aspiro el olor ácido y picante de un brebaje sagrado que conozco bien.

Cuando recibí la caja de documentos busqué en ellos la lógica de su orden o su sentido y encontré con engañosa facilidad el hilo de una historia de buenos y malos a la que sería fácil prorrogar un final feliz. Pensaba publicar el texto con mi nombre y daros una sorpresa. Imaginaba la sonrisa de Teodoro cuando recibiera un paquete desde España con un libro hecho de sus palabras y tus ojos de asombro mal disimulado cuando me vieras de vuelta en la puerta de tu casa.

Pero aparecieron ellos en mi vida, los ellos que masacraban a los campesinos que intentaba salvar inútilmente mi marido desde la embajada,

los ellos que habían secuestrado a Rigoberta y que hacían desaparecer de vez en cuanto algún amigo con la acusación de estar colaborando con la guerrilla.

Esa tarde había acompañado a Ignacio al trabajo y al volver a casa había ocurrido el típico registro policial que ya habían sufrido muchos cooperantes, el colchón rajado, los muebles destrozados a patadas, la ropa revuelta por el suelo, los libros deshojados, el ordenador reventado contra la pared y el nauseabundo olor de las defecaciones esparcidas por el dormitorio y la cocina cuyo significado sabía muy bien: “*sois mierda, largaos antes que sea tarde*”. Faltaban los archivadores, la caja con todos los documentos, los casetes con tus historias, mis cuadernos de notas, todo.

Llena de furia salí corriendo para la comisaría de la calle Esfinge donde el famoso Venancio Cordero hacía y deshacía en sus dominios y ya había sido denunciado varias veces por amenazar a los cooperantes que trabajaban en su distrito. Entré en su despacho ante la mirada atónita del vigilante de puerta.

—Creo que hace un rato que han estado sus hombres en mi casa así que les rogaría que me devolvieran lo que se llevaron.

El comisario se levantó muy despacio de la butaca y se plantó frente a mí, tenía pinta de oficinista normal con cara de bonachón detrás de sus gafas redondas y su bigote bien recortado así que no vi el bofetón que me lanzó para atrás como un resorte y caí de espaldas contra un archivador de hierro.

—Vaya, así que la indita valiente tiene el descaro de venir a pedirme el material subversivo a mis narices.

Me lanzó una patada que pude esquivar a tiempo y dio contra el archivador haciendo el ruido de un trueno.

—Abre las piernas so puta que te voy a meter la punta de la bota hasta donde te gusta.

En ese momento, avisados por el ruido, entraron por la puerta corriendo y con las armas amartilladas varios uniformados pensando que alguien acababa de atentar contra su jefe. Uno de los policías, el más joven me miraba con ojos espantados, vivía frente a mi casa, su mujer había venido varias veces a mi casa recién llegada yo a la calle Magdalena para enseñarme a hacer tortillas de maíz.

—Mi comisario en jefe que la señorita es española, yo la conozco.

Saqué el pasaporte y el tipo me lo quitó de un manotazo y se fue despacio a sentar detrás del escritorio.

—Así que la señorita Sara Sánchez ha venido de la madre patria para enseñarnos buenas costumbres. Usted perdona, pero es que en su barrio se esconden muchos subversivos que ayudan a la guerrilla y mi deber es extraer de la boca sana de la ciudad esas muelas cariadas con la limpieza de un dentista aunque a veces haga un poco de sangre. ¿Y dice que la han

robado en su casa?, Eso lo mejor es que presente una denuncia, ya sabe que aquí hay muy mala gente y la policía está para ayudarla en todo lo que necesite, pero tenga cuidado con quién anda, aquí es muy peligroso enredarse con subversivos.

Sobre el mismo archivador en el que me golpeé estaban la caja con los documentos y mis cuadernos.

Ignacio movió el tema en la embajada pero no consiguió nada, no era conveniente. Venancio Cordero había sido en los sesenta uno de los organizadores de la Mano Blanca, Movimiento Anticomunista Nacional Organizado, un grupo paramilitar cuyo gracioso nombre venía de que anunciaba los crímenes pintando una mano blanca en las casa de sus futuras víctimas, tenía el gran prestigio entre la gente de gobierno de haber acabado con casi todos los efectivos guerrilleros de entonces, unas trescientas subversivos en seis años de campaña aunque fueron exterminados además ocho mil guatemaltecos. Lo primero era admirado y respetado en silencio por el gobierno, lo segundo daba mala imagen a la actual política de reconciliación nacional y por eso nadie quería remover demasiado aquel antiguo asunto de la Mano Blanca por la denuncia de un pequeño altercado con una cooperante.

Tras la rabia y el miedo, me dejé llevar por la amnesia voluntaria del trabajo, del agotamiento diario, de largas conversaciones con mi marido sobre el futuro político de su país, el fin de la guerrilla, la paz negociada entre los carniceros y los exterminadores para que la gente pudiera respirar en paz por fin, después de tantos años. Ahora el secuestro de Rigoberta amenazaba el delicado proceso y solo el gesto de su liberación inminente podía disolver esa amenaza.

En la embajada me propusieron seguir haciendo lo que había comenzado a hacer en Madrid unas semanas antes, trabajar de periodista, de guionista y locutora en una radio de la ciudad, sería un programa educativo financiado por el Instituto de Cooperación para dar a conocer a los oyentes, en su mayoría mujeres indígenas conectadas a grupos de autoayuda, la realidad integral de los países del mundo. Un poco de historia, unas dosis de geografía, una pizca de sociología y un mucho de miscelánea. Yo sería la encargada de explicar con palabras sencillas el significado de la revolución Francesa, la movida madrileña, que pintaba la reina Isabel II en el tinglado parlamentario de Gran Bretaña, quién era la señorita Mercedes Benz o que significaba para los portugueses un clavel dentro del cañó de un fusil. El trabajo sería de nuevo el mas eficaz medio para olvidar ayudado por las caricias de Ignacio, el sonido de la lluvia sobre el tejado, un vaso de ron de madrugada y dejar que su estela de calor me limpie la nausea y la sed.

Ninguna voz puede salvar el mundo, no hay historia por maravillosa que se invente que pueda deshacer la realidad de ahora mismo, el grito de dolor cuando al torturado le meten los electrodos por los oídos, no ya para que hable y confiese una y mil veces nombres de otros culpables y los crímenes que no ha cometido, si no porque sí, encienden el soplete y le dan lentas pasadas por los genitales, ahora ya no grita, le han llenado la boca de inmundicias y solo se oye la risa del torturador y el sonido de la piel al quemarse, en ese último instante antes de desvanecerse, el cerebro busca algo a lo que aferrarse, una imagen feliz, un rostro querido, una voz que le cuente una historia, pero no hay nada, solo la certeza del terror absoluto que anidará para siempre en su cerebro si no le matan. He leído en los archivos de Ignacio docenas de descripciones de torturas y sé que ahora mismo, mientras escribo todo esto y apuro el último sorbo de ron añejo alguien grita hacia adentro y desea morir antes de comenzar a decir nombres y que su cuerpo se convierta en una pulpa sin forma, ya para siempre sin sueños limpios.

En las carpetas de los torturados más recientes, esas que no se han llevado a la Comisión contra la Tortura en América Latina está el testimonio de pesadilla de un soldado desertor que participó en las torturas a los cabecillas de las manifestaciones de campesinos en Fray Bartolomé de las Casas y que cuenta con todo detalle la historia de un viejo guerrillero al que han capturado herido. Se han empleado a fondo todos los expertos del escuadrón pero no han conseguido sacarle nada, le han arrancado las uñas con las tenacillas, le han metido la picana en la boca y en los oídos, le han quemado los pies con cigarrillos pero el anciano, que según el testimonio del soldado debe tener más de ochenta años, solo ha dicho su nombre. El sanitario que controla el trabajo advierte que el subversivo está en las últimas así que le dan un respiro. El desertor se queda de guardia en la caseta, el torturado le mira con los ojos nublados y le dice:

—Mira hijo, mira, está hermoso el río al medio día con toda la ribera llena de ropa blanca tendida al sol, mira como ondean las sábanas con la brisa, parecen mil banderas de paz.

El soldado confiesa que se acercó al viejo y le golpeo en la sien con la culata para que no sufriera más.

Miro la fotografía que tengo pinchada en la pared, la memoria me engaña, los recuerdos me traicionan. No pude recuperar la caja de Dimitri llena de papeles, solo tengo vuestras voces, palabras de desconocidos, el gesto decidido de una Sara que no soy yo revolviendo los recuerdos en el caldero mágico, inventando fábulas, mezclando las vidas de los otros, imaginando todo otra vez desde el principio, pero esta vez es distinto, no soy la narradora omnisciente, ni la periodista arrogante, no hay lógica, ni

historias lineales. Pronuncio vuestros nombres en voz alta sobre el ruido del avión para que suenen y me cuenten por donde sigue el hilo de esta historia, arrastro la red en la ciénaga de los olvidados y lavo con cuidado los trozos del pasado que aparecen prendidos y brillan al sol como joyas antiguas cuando los nombro.

Ven, te digo, siéntate a mi lado con la botella de Habana cerca, que te voy a contar un cuento esta tarde. A veces unas pocas palabras nos protegen y abrigan contra el frío, nos refrescan la garganta los días de calima, disuelven el dolor y la tristeza, hasta el dolor atroz que llevó a la muerte a Valentín por el camino lento de la tortura. Ahora sé que las filas de alambres donde tienden la ropa las lavanderas, los cientos de sábanas blancas secándose al sol en la orilla del Manzanares hace mucho tiempo que son un cuento precioso para un anciano que hace con esa imagen un muro inviolable donde no puede entrar nadie a robar su sonrisa. Tú me has traído hasta aquí, si tú, el niño que acecha con su honda a la Lagarta en la Alameda de las Pozas, el amigo de Teodoro que le salvará la vida en un claro de la selva, el hombre que se resiste a morir despacio en una casa hermosa y se fue lejos, al norte a morir en una guerra que no era la suya. Él, ahora mismo, te mira y te pide que no olvides, te dice: —Vuelve a escribirlo todo, escucha el croar de las ranas en la charca donde me acecha el monstruo, oye el tiritar de los hombres en la playa de Argelès, siente como me borran de la tierra de un culatazo que ya no siento, sin haberme borrado la sonrisa.

Valentín Quintas se lame los labios secos y se acerca muy despacio a las rendijas que hay entre los tablones del ventanuco, suena una ráfaga y al mismo tiempo siente un escozor en el cuello porque varias astillas se le han clavado en la piel, se las quita a tientas, sin dejar de mirar por los agujeros a varios soldados parapetados tras un camión volcado que aún ronronea y echa humo por el escape. Valentín Quintas o Ataulfo Ochoa que es lo que pone en su pasaporte de falso brasileño, sabe que esta vez le han jodido y se siente de pronto descompuesto, con náuseas, aterrado por una escena que le parece irreal.

—¡Ríndanse!. —ha gritado alguien desde detrás del camión—
Ríndanse o les reventamos.

Los otros fugitivos miran al viejo y descubren que su cara de miedo se parece a las suyas, el sabor cobrizo de la muerte, la parálisis que provoca su certeza. Hace calor y algo le molesta en el muslo a Valentín, descubre de pronto que es su talismán, su piedra de la suerte, su proyectil de honda envenenado que le ha seguido por los años, las ciudades, los exilios, las huidas.

— ¡Ríndanse guevones o hacemos fuego!

Has visto el mortero, la metralleta pesada americana que atravesará las paredes de madera de la casa como si fueran de merengue. Sacas el saquito del bolsillo y deslizas la piedra hasta tu mano, te gustaría decirles a esos indios sucios con los que viniste a luchar, te gustaría gritarles que te llamas Valentín Quintas y que ahora en un pueblo llamado Jara, muy lejos de esa selva, los chopos están amarillos y las uvas en sazón, que esa piedra redonda que tienes en tu mano puede matar un monstruo con solo rozarle un poco. Pero sigues en silencio. Los chicharrones siguen cantando con rabia, hay uno muy cerca, quizás sobre el tejado de cinc y hojas de palma de la casa.

—Ataulfo, hermano, salud.

Sonríes a quien tienes al lado, del que no sabes ni el nombre, solo leíste en un periódico que un grupo de indios peleaba por su poco de selva contra una gran empresa ganadera y te fuiste para allá sin pensarlo mucho, igual que aquellos Brigadistas. El rebelde que está a tu lado tiene los ojos dulces de indio puro y unos dientes grandes y blancos de adolescente. Ya no eres Valentín Quintas, no naciste en Jara, solo eres un viejo renegrado, un esclavo brasileño, un indio renegado que defiende su selva del progreso como Chico Mendes, eso decía el periódico. Eres Ataulfo Ochoa, siempre te gustó el nombre desde que se lo escuchaste a Don Emilio en la Escuela de Jara, en tu documentación falsa pone que has nacido en Río Branco el 10 de agosto de 1911, casado, sin hijos, en la foto en blanco y negro de tu pasaporte pareces un paliducho turista francés pero tus rasgos son los mismos. Al menos el Capitán del ejército que sigue registrando tu cuerpo no duda, solo evita mancharse con la sangre, intenta abrirte la mano y como no lo consigue extiende tu brazo le pisa y te da un culatazo en los nudillos con su fusil.

—Parece una piedra —dice en portugués a los otros soldados—. Están todos muertos estos indios cabrones.

Los disparos han sonado rápidamente y el chaval que apuntaba a la casucha con la metralleta pesada sudando nervioso ha mantenido apretado el gatillo atenazado por el miedo hasta que se acabó la munición. Los cuerpos se desnudan y se amontonan cerca de los camiones.

—Estaba buena la india. —Dice un soldado pellizcando la teta de un cadáver de mujer antes de balancearlo en vilo para cargarlo al camión.

Entonces alguien descubre que sigues vivo, el proyectil solo te rozó la cabeza.

—Le interrogaremos cuando se despierte —ordena el capitán.

Cuando vuelves en sí ves tu cuerpo reseco y delgado sobre el somier oxidado de un pequeño catre, la sonrisa del capitán sosteniendo la picana con un guante de goma. Vamos a conversar Usted y yo ancianito. Entonces

te vas lejos, ves el Manzanares desde el puente de Segovia, hay algunas mujeres lavando aunque es muy temprano, te aflojas la cartuchera de tu uniforme de miliciano y respiras el aire fresco de la mañana.

No has olvidado las palabras precisas que leíste de uno de los soldados que declaró en el juicio. *"Llevamos al viejo a la escuela del pueblo, allí le interrogaron con la picana y yo lo mate de un golpe para que no sufriera aprovechando que me nos dejaron solos. El viejo deliraba, decía que estaba bonito el río lleno de ropa limpia"*.

No has olvidado las palabras de Teodoro hablando de la estúpida muerte de su último amigo de la infancia.

—Era feliz en nuestra selva, disfrutaba como un niño saliendo a pescar y a cazar con Gonçalvez. Con setenta años Valentín estaba sano como una roca, la selva le rejuvenecía. No lo entiendo —recuerda Teodoro mirando a una cigüeña negra volando sobre el Tietar— Muchas veces habíamos leído en los diarios esos atropellos que se cometían con los indios en todas partes. La única diferencia era que esta vez la revuelta comenzó cerca nuestra hacienda a dos días río arriba en motora.

Una semana después bajaste con Gonçalvez a Río Branco porque hasta allí habían llevado los soldados los cuerpos acribillados.

—Siéntese ahí profesor, ¿quiere un trago?. Si, la cosa se escapó de las manos, llegamos tarde, los hacendados calentaron la cabeza de los soldaditos, les pagaron, solo recuperamos un camión lleno de cadáveres desnudos. Al menos las familias podrán enterrar a sus muertos.

Miras el cajón cuadrado de madera y la caja pequeña de cartón, como de zapatos que hay encima, lees el nombre y miras al funcionario, vas a decir algo pero callas, abres con suavidad la caja de zapatos donde hay un nombre que no te dice nada, un nombre rimbombante con un apellido que puede ser gallego o portugués, pero no recuerdas a nadie del pasado que se llamara así, Ataulfo Ochoa. Entonces ves el objeto sobre su pasaporte, el libro sobre animales, las cartas franqueadas listas para el correo.

—Era su piedra mágica —dices al funcionario— nunca se desprendía de ella, la llevaba siempre en el bolsillo y a veces, por la noche, junto al fuego, contaba historias sobre animales fabulosos, monstruos, secretos. Ese librito antiguo era mío, no tiene nada de particular, es un simple libro de zoología que una vez compré en una librería de viejo en Londres, tuve uno igual de niño. Ya le digo, no es nada especial, un libro de animales de un erudito francés llamado Buffon. El resto son cartas sin mandar a una tal Marina Jinesta de Barcelona.

El funcionario judicial te deja solo y te sientas en un banco de la escuela donde han llevado las cajas con los cuerpos. Te parece que en cualquier momento entrará en el aula el maestro don Emilio retorciéndose

las guías de su bigote, con los quevedos colgando de una cinta y algunas migas de pan aún prendidas de la pechera de su chaleco de lana, el crucifijo de madera y latón, la pizarra verdosa, los bancos de madera sin barnizar con la tapa de pupitre que puede levantarse, el agujero para el tintero, la dureza del banco de listones paralelos, el atlas troceado a colores de América del Sur. Si, en cualquier momento entrará en el cuarto Don Emilio y todos nos levantaremos de los asientos y diremos a coro: —buenos días tenga Usted—. Y él, sin decir todavía una palabra, se acercará a la pizarra y con un trozo de yeso escribirá la fecha del día. Jara, 23 de abril de 1919, pero en la pizarra medio borrada no está el nombre de un pueblecito perdido de Cáceres sino el nombre de Río Branco y la fecha es 23 de abril de 1977. Acaricias la piedra entre tus dedos, está suave y sigue teniendo el mismo color de siempre, *"si después de tocarla te metes los dedos en la boca o de hurgas la nariz te mueres de repente"*. Un niño ha dejado sobre el pupitre su cuaderno y lo abres por la primera hoja que es igual a la hoja de tu primer cuaderno de dictado: *"El Yacaré es pariente del caimán, el cocodrilo y el gavial"*.

El ruido de la música, los gritos de la gente en día de fiesta, los petardos, las risas se filtran por las paredes de madera de la escuela. Entonces, con la lentitud con la que sube la marea te llega el miedo en oleadas, un miedo revestido de asombro, la simple evidencia de estar ya solo. Ya solo quedáis Iker, Heliodoro, Dimitri, Evaristo y tú, los demás han muerto llevándose con ellos su memoria, que ya no existe nadie que recuerde Argelés, nadie puede escribir como sonaban las bombas y los aviones sobre Madrid aquel noviembre o como huele la sangre seca vertida entre los escombros de Cuatro Caminos. Estás tan aterrado que te has derrumbado de nuevo en el pupitre sudando, enfermo, estás llorando en estertores, agitando mucho el pecho como si la asfixia del llanto fuera un lugar de paz totalmente vacío de recuerdos, pero allí está él, Valentín, un chaval con el pelo rizado que te saluda con la mano desde el horizonte y tu aceleras el paso por el dudoso camino de cabras que atraviesa el barbecho en dirección a la Alameda de las Pozas.

—¿Has traído los alfileres y el hilo?.

— Si.

También le traes un libro de animales que ya has leído en el que alguien habla de felinos salvajes.

—Cuando salga la Lagarta tienes que acertarla entre los ojos para que muera.

Ahora tienes en tu mano la piedra mágica del Leandro el indiano loco y en tu memoria las hojas amarillas de los chopos, el olor de la charca, el abrazo feroz frente al mar y las alambradas de Argelés y su voz apagándose como un eco entre tus brazos aquel día.

—¡Que soy yo, Valentín Quintas!.

Sientes una mano pequeña en tu hombro.

—¿Está bien compañero?.

Es un niño indio que te mira como si supiera lo que sientes.

—Ese es mi cuaderno de dictado y esa piedra que tienes en la caja, el una piedra mágica para ahuyentar a los yacarés cuando duermes junto al río, mi padre tenía una.

No hubo noche más oscura que esa primera noche en la empecé de nuevo a escribir sobre vosotros. Me dolía el vientre como si tuviera un alambre de espino enroscado en los ovarios, tenía la fiebre enredada en las sienes, me sentía indefensa, humillada y vacía en un país por primera vez extraño, lleno de fosas comunes, torturadores apacibles y gobiernos que hacían borrón y cuenta nueva en el emborronado libro de la historia Guatemalteca, la guerrilla había dejado las armas, los asesinos deberían seguir en sus puestos de funcionarios obedientes y todos debíamos felicitarnos por que esa transición fuera "*a la española*", como decía Ignacio, "*igual que la tortilla de patatas*".

Pero había algún desaprensivo con ideas propias que quería seguir ejerciendo su voluntad a machetazos en lugar de tomarse la molestia de organizar un pucherazo en las elecciones o untar de dinerito al contrincante y que había secuestrado a Rigoberta justo una semana antes de los acuerdos definitivos de paz y el cruce de acusaciones mutuas entre gobierno y la oposición comenzaba a ser una espiral cada vez más veloz e imprevisible, el descubrimiento de más fosas llenas de mujeres y niños a la orilla del pantano de Chixoy junto a Río Negro, la aniquilación de un grupo de exguerrilleros cerca de la frontera, los registros ilegales en las residencias de los cooperantes alemanes y españoles hacía temer lo peor, un nuevo golpe de estado, la vuelta de la guerrilla a la selva, la reaparición de los escuadrones.

Ignacio me abraza, acaricia mi frente, se levanta de madrugada, me trae un vaso de agua fresca y un analgésico y más tarde, cuando el dolor solo es ya un latido en el fondo de mi cuerpo y la fiebre ha remitido intenta con ternura penetrarme y me susurra al oído las palabras precisas que me gusta escuchar, me voy humedeciendo despacio, sus labios hablando dentro de los míos me llevan lejos, limpian la tristeza de mis ojos, sus manos largas de hombre grande van abriendo mis piernas, rozando los muslos en esos lugares donde el placer llega directo a mi cabeza, hasta que dice en voz muy baja:

—Olvida las cintas, tus cuadernos, esa caja de papeles viejos, los objetos no son importantes, escribe de otra cosa.

Separo su cabeza con mis manos y le miro a los ojos soñolientos y apacibles, desde muy lejos comienza a girar una estaca llena de alambre de espino que me muerde en el vientre y me arrancan pedazos, gira y gira cada vez más deprisa y llega hasta mis labios una oleada de furia y dolor, creo que es mi voz o tal vez otras voces quienes gritan.

—¡Olvidar!, ¡ese es vuestro deporte favorito diplomáticos de mierda!.

Las lágrimas salen de un pozo muy profundo, las siento frías corriendo por mi cara y mi pecho. Me levanto de la cama despacio, solo tengo ganas de salir corriendo e irme lejos.

- Olvidar, ¿quieres que olvide?.

Y mi marido, atónito, responde.

—Si, olvidar el pasado cuando además ese pasado no es tuyo, es de otros, no es nuestro.

Cojo la manta pequeña de lana de alpaca, esta que me abriga ahora mismo en el avión y me hoy a la otra habitación, comienza a amanecer en la calle Magdalena y los colores chillones de las casas ahora parecen suaves, enciendo el ordenador, miro estas pocas fotografías que no se llevaron, no tengo nada más a lo que agarrarme para traer de nuevo vuestras vidas a mi piel. Con la única certeza de no querer olvidar comencé a escribir esta historia que siento ahora mía.

Desde el registro muchas noches tienes pesadillas pero no con Venancio Cordero, Mano Blanca, torturador competente y meticoloso, que tendría que haber sido nombrado ministro de gobernación y sufre el ostracismo y el destierro de la gloria en una aburrida comisaría de distrito obligado a rellenar formularios cuando hay detenciones y a interrogar a los subversivos solo con palabras. No sueñas con su bigote flácido y su cara de niño reviejo sino con un pueblo pequeño donde te llevó tu madre con trece meses para que te criase Nemesia y Santos, casi una aldea de casa blanqueadas y calles tortuosas que no ha cambiado en treinta años, sueñas con la luz mortecina de las bombillas que apenas iluminan las calles en invierno, con el olor de Santos cuando llega de la tierra y trae en el tractor melones, berenjenas, tomates grandes, pimientos de un verde casi fosforescente. Contemplas a ese hombre lavarse con cuidado sus manos duras y deformadas para después ponerse a leer "La Forja", el primer libro que has podido regalarle por su cumpleaños con tu primer sueldo. Es un hombre silencioso, nunca sale al bar como el resto de jornaleros, siempre en casa con los suyos. Vas a preguntarle si le gusta ese libro que has buscado tanto, pero su silueta se desvanece y solo queda en el aire un olor a humedad, moho, tristeza, frío. El mismo que percibes cuando comienzas a

temblar las mañanas de febrero minutos antes de levantarte para ir a la escuela, aunque durante la noche, debajo de cuatro mantas, has fabricado con tu pequeño cuerpo una burbuja tibia y confortable desde la que sueñas con otra vida, imaginas que eres igual que tus amigas, que tienes padres de verdad que conducen coches y comen calamares y refrescos los domingos después de misa en el bar de Braulio. Deseas una vida donde nadie puede llamarte inclusera, ni india; tu madre a veces te llama por teléfono o viene a verte y tú dejas el juego y sales corriendo calles arriba hasta perder el aliento porque temes que si no llegas a tiempo la comunicación se corte o ella se marche después de dejar a Nemesia alguna ropa para la niña, ropa usada de unas primas que no conoces. Y con esa sensación del frío de los inviernos en Valdimiel y la angustia de la carrera frenética para ver a una mujer que es tu madre pero de la que nunca recibirás una caricia, un beso cálido, un abrazo palpitante y largo, tan solo reproches y abandono, te despiertas y abrazas a Ignacio que se mueve incómodo porque hace calor y tu cuerpo arde.

Se levanta molesto y va a la nevera por un poco de té frío para bajarte la fiebre.

—¿Porqué dejaste aquello tan pronto?, Ya sabes lo que es este país. Tenías que haberte quedado unos meses, yo me habría reunido contigo en poco tiempo. ¿Porqué has vuelto? —te pregunta, aunque presientes que ha querido preguntar otra cosa— ¿Porqué dejaste a aquel tipo al que sin embargo parece que has robado la voz?, ¿Porqué le nombras en sueños?. ¿Aún le quieres?

Antes de contestar pienso en aquellos meses que vivimos juntos antes que comenzaran los reproches y te fueras a Nueva York. Pienso en tus dedos calientes entrelazando los míos camino de cualquier parte, dentro del último metro, escondidos en el asiento de un taxi cruzando la madrugada de Madrid a toda velocidad, sin parar nunca,

—Son los cinco minutos del vacío. —Dice el taxista cincuentón de barba descuidada y puro apagado y rechupado en la comisura que nos mira a través del espejo con ojos sin brillo, como si estuviera ciego y solo necesitase la memoria para cruzar la ciudad.

El tiempo del vacío era cierto, aquella madrugada de miércoles el taxi se saltó todos los semáforos en rojo, en ámbar, los ceda el paso, el stop, atravesó Madrid con el mismo gesto que se corta un queso tierno con un cuchillo grande y afilado y no vimos a nadie, ni automóvil, ni transeúnte, nada.

Cuando llegamos a mi casa dice el taxista:

—No es nada, paseo gratis.

Suena el despertador a las seis de la mañana, tú lo apagas y sales de la cama rápida como quién ya pierde el autobús y te oigo trajinar en la

cocina, haciendo tortillas de queso y jamón o esos buñuelos con chocolate que traes a la cama cubiertos con una servilleta. A veces no te escapabas de la cama y cuando te incorporas para apagar el pitido del reloj salgo del sueño escaso, braceo entre el algodón de la pereza hasta agarraste las caderas y me abrazo a tu cintura, te muerdo la carne breve de los costados para que desayunemos los últimos pedazos de sueño mojados en el chocolate espeso del deseo ahora que el sexo escuece y da más gusto.

Era feliz cuando se encendía la luz roja del estudio en la radio. Justo se rasca la melena mientras baja la regleta de la música. Comienzas a fingir que lees esos folios que ha sacado de la cartera donde no hay nada escrito. Cuando acabamos de grabar vamos al Parque del Capricho, nos colamos en la Casa de la Vieja para ver los autómatas inmóviles, subimos hasta el lago, caminamos por las veredas medio perdidas y descubrimos los respiraderos del Búnker sin saber entonces que aquel lugar cerrado a las visitas sería años después el pretexto del reencuentro.

Desde esos recuerdos las preguntas de Ignacio suenan lejos, ya no duelen, cierro los ojos, me rindo a la fiebre, vuelvo al pasado, a los días compartidos. Te susurro al oído: dame para beber un zumo de palabras y yo haré que fermente en mi memoria, destilaré para ti ese vino que emborracha con una sola copa. Déjame que cierre los ojos, que me abandone al cansancio sobre ti con las piernas abiertas y tu respiración en el oído, cuéntame como suena el río cuando crece en noviembre, dime que el amor no nos saldrá siempre como ahora, que habrá días aburridos y largos y estaremos distantes, unidos solo por una mirada a tiempo, el mimo que pones en hacerme un bocadillo, una caricia en el muslo entre sueños, descúbreme el secreto de tu voz, de qué pozo profundo sacas esas historias que cuentas en la radio y nunca traes escritas.

Hace una semana que has venido a mi casa con tus pocos libros y tus siete camisas, con las cañas de pescar y dos macetas, en la una intentas que crezca una pequeña planta de bambú, en la otra, sin rastro de vida, me dices que has plantado cañamones de una maría especial que te lleva por el aire y te limpia el alma de tristeza. Hace unos pocos días que viniste a quedarte y desde el primer día intentas llenar de vida mi cocina y mi cuerpo, mi cocina es difícil, mi cuerpo fácil. Vienes todos los días con un regalo nuevo, una sartenes de hierro colado que parecen armas fenicias rescatadas intactas de un naufragio, unas tablas de madera de olivo para cortar embutidos y un juego de cuchillos japoneses, una chocolatera de cobre, un manojito de cucharones y pinchos de madera tallada, una olla que parece un artilugio extraterrestre. Llenas mi nevera de alimentos donde hasta ahora solo almacenaba yogures y fiambres resecos, los armarios atesoran conservas, sobre la encimera hay dos fruteros lujurioso llenos de naranjas, peras de

agua, chirimoyas y granadas que desgranas con paciencia ante mis ojos — Así me enseñó mi abuela—. Vienes todos los días a despertarme con besos en los hombros y mordiscos suaves en el cuello, me desperezo oliendo a tostadas y a café recién hecho, has escondido mi cafetera americana de filtros de papel y ahora usas la tuya, una exprés italiana que hace el café más rico de la tierra, También has escondido o cambiado el despertar espeso del compañero ocasional que se ducha deprisa y corre hacia el trabajo después de dejarte un beso viscoso de disculpa por el beso lento y caliente que sabe a mermelada de melocotón y a mantequilla salada. Tu pelo revuelto que todavía huele a sueño compartido y a mí porque ayer estuviste buceando entre mis piernas y todavía tienes algas y marea en tu barba. Nombras ríos que no conozco y tus labios se llenan de riberas frondosas, de helechos y sauces, zarzamoras y ortigas, de corrientes profundas y aguas claras, arenales limpios donde los galápagos se adormecen al sol y las cigüeñas negras cazan ranas y culebras, ríos llenos de peces color acero, musgo, cobre viejo, animales sabios que cruzan las pozas más profundas y cazan saltamontes pegando grandes saltos fuera del agua. Nombras ríos y sin darte cuenta te nombras en ellos a ti mismo.

—¿Porque le dejaste en realidad?. —pregunta con un asomo de celos Ignacio— Se vive mejor en Madrid, siempre me has dicho que allí fuiste feliz.

Es tan fácil defenderse con preguntas.

Te hubiera gustado describir a Ignacio como se derrumba el mundo cuando el amor desaparece. Amontonamos los defectos, buscamos ese primer reproche que le dará en el centro, una bala de cañón disparada a bocajarro que solo le hará pestañear aunque por dentro lo destruya todo convirtiendo en espuma sucia la ternura.

Él no tuvo ningún argumento en su defensa, se sabía y disfrutaba siendo un espectador anónimo del mundo, un hombre pasivo y pacífico que se siente cómodo dentro de las palabras gente, pueblo, masa. Él no quería tener más horizonte o ambición que esas dos horas de radio y esa búsqueda dominguera de ríos para pescar.

—Es cierto, no quiero ni puedo cambiar nada, ¿es ese un pecado terrible?, ¿Una tara insuperable para ti Sara?.

Si, si lo es para ti, ciudadana responsable, defensora de oprimidos, vocal de la asociación de vecinos del barrio, representante sindical en la emisora, feminista desde las vísceras y el pensamiento, organizadora de manifestaciones, redactora de comunicados y pancartas, comprometida siempre con tu idea del mundo, uno mejor y justo, sin engaños y sin trampas, sin explotación, ni violencia, ni muertes por el bien común de los pocos.

—¿Es que no tienes más ambición que salir a pescar por ahí? —le preguntas sabiendo de ante mano la respuesta, conociendo que tus palabras y tu mirada se conjugan con la voluntad de fabricarle un poco de dolor.

—Pues no.

Sabes que podría haber dicho que sí, que tiene ambiciones pequeñas e inmediatas, conseguir el punto justo de magia entre el bacalao y la salsa, deslizarse por las palabras e inventar historias que emocionan por unos minutos, tocarte la piel despacio, respirar la niebla fría en el momento justo en que salta un pez que rompe el reflejo del milano negro planeando muy bajo. Ambiciones torpes y posibles que no mueven montañas pero que le mueven a él lo suficiente para vivir sin la amarga sospecha del provenir.

—Podrías escribir otra novela como aquella,

Y cuando él te vuelve a repetir una vez más que no sabe escribir, que es aburrido amontonar más y más palabras muertas sobre un montón de hojas y que aquella novela no la escribió él sino tal vez su padre, le cortas, te levantas, escapas a compromisos urgentes, sales rabiosa a la calle, deseas pensar que en realidad es un tipo pequeño, prescindible, cobarde.

—Y cambia de música que me vas a levantar dolor de cabeza con tanto chirrido de violonchelo a todas horas.

Te hubiera gustado explicar a Ignacio que no sabes muy bien porqué has regresado, porqué te sentiste libre entonces cuando tu ex consiguió la beca para ir un año a Nueva York.

Te hubiera gustado quedarte allí más días escuchando a oscuras, escondida, arropada por la inmensa biblioteca de Dimitri, volver a trabajar en la radio ahora que Justi era director de programación, encender la chimenea, devolver al pescador al río de tu corazón. Fue muy fácil la excusa del regreso, del trabajo pendiente, del compromiso con la causa y no sabes, no puedes o no quieres explicárselo ahora a tu marido.

Te levantas de la cama y enciendes el ordenador para seguir escribiendo. Ignacio se arropa hasta la cabeza y murmura un reproche más que no entiendes. Faltan pocos minutos para que amanezca y la habitación, iluminada tan solo por la luz azulada y fantasmal del monitor, te parece distinta, siente que te has colado en la casa de otra mujer, en la vida de una extraña que no duda de sus intereses o sus afectos, que se siente emocionada de vivir y participar en la delicada trama de un proceso de paz, en el final de una guerra civil que lleva décadas cavando fosas, ametrallando aldeas, desterrando cuerpos, llenado de horror los sueños. Esa mujer que eras tú hace tan poco tiempo y ahora te parece un personaje más de un cuento sórdido y patético.

Comienzas a pulsar con suavidad las teclas, sin hacer apenas ruido. Deseas describir este momento antes de llegar aquí, a tu casa de la calle Magdalena, abrazada a un hombre al que no amas, sino allí en el año treinta

y nueve, esperando el amanecer con la angustiada sensación de haber traicionado a los tuyos, en una ciudad desconocida que se llama Madrid, dentro de la piel traslúcida de una joven brigadista que conduce un Balilla por las calles oscuras, evitando los escombros y los controles de identidad. Deseando también irse lejos con un hombre a que acaba de conocer.

Nunca imaginé que fuera tan fácil ir tan lejos, ser un hombre, moverme con los dedos por mil novecientos treinta y tantos, ser aquel Teodoro que pide el favor a Miaja de cubrir con papel oficial su traición.

La sala de mapas parece una pequeña capilla de madrugada, cuando no queda nadie y solo hay encendido un pequeño flexo que hace brillar la calva del general, solo se oye el rasgueo delicado de su pluma escribiendo símbolos y haciendo rayas sobre el plano.

Se quita las gafas para mirarte sin decir nada.

—Te quiero pedir un favor José, necesito que escribas a mi familia una nota oficial en la que informes de mi muerte.

Miaja entrecierra los ojos, por una vez no sabe que se propone su amigo, por un segundo duda y desconfía ante la inmensa crueldad de la petición, baja por unos minutos la cabeza y se concentra de nuevo en el mapa, busca la calle de la Princesa y marca un punto con un lápiz rojo justo en lugar donde esta misma mañana ha caído un obús del setenta y cinco que ha destrozado a un transeúnte en cuyo abrigo había un carnet de biblioteca con el nombre de Teodoro Sánchez da Costa, Cuando al medio día José Cazorla ha llamado a Miaja por teléfono para comunicarte la noticia has dado un tremendo puñetazo en la mesa y a más de un comandante se le ha atragantado el café en la sala de mapas por el exabrupto que has pronunciado cuando el jefe del Comité de Seguridad afirma además que...

—...Se han encontrado en su chaqueta documentos comprometedores que confirman la militancia de su querido protegido en la CNT y que podía ser un agente de los Servicios Secretos de Guerra que manda el fantoche de Salgado.

Pero eres zorro viejo y sabes que bicho malo nunca muere y menos destripado como una cucaracha por las ruinas de una casa bombardeada. Llamaste a Olga Havel desde el teléfono del despacho.

—Camarada, donde demonios está Teodoro.

—Aquí mi general, estamos preparando el programa de la noche.

Por eso ahora Miaja deja caer el lapicero sobre la mesa y te mira como un traidor peor que el descrito por Cazorla.

—¡Qué demonios de mierda es esto que me pides Sánchez!.

El General te mira con los labios fruncidos y los pequeños ojos fijos, sin pestañear, esperando tu mentira.

—Necesito cambiar de identidad, que no me identifique nadie en Transradio, ni a través de las ondas, además ahora mi familia está en zona rebelde y podría sufrir represalias.

No es fácil imaginar la traición meditada y terrible de Teodoro a su mujer y a su hijo, la carta escueta y sin firmar en papel de la Universidad que llega a las manos de Angela: "*lamentamos comunicarle que el profesor Teodoro Sánchez da Costa a fallecido en uno de los bombardeos*". No es fácil borrar todo un pasado feliz y apacible. Ahora estás en la habitación pequeña de un hotel en una ciudad sitiada y a tu lado sientes la respiración de una mujer joven que te ha amado toda la tarde hasta quedarse dormida. Tú también cierras los ojos un instante para imaginar la historia que contarás esta noche por la radio ahora que ya no eres tú, si no otro, un extraño al que también tienes que inventar una historia, una vida, un nombre al que tienes que llenar los rincones de la memoria con recuerdos.

—¡Está bien!, ¡Prefiero que no me cuente más!, Cualquier día le van a fusilar por traidor y no me va a gustar nada firmar esa orden. Espere un momento.

Miaja desaparece unos minutos y tú te asomas al mapa de Madrid lleno de rayas y dibujos como quién se asoma a su propio abismo, no sabes leer los signos pero tienes de pronto la certeza de que queda poco tiempo.

Cuando vuelve el general a la sala le acompaña otro hombre cuyo rostro te resulta conocido. Te pide que le sigas y te despides del Miaja con un gesto al que él no responde, quiere olvidar la inexplicable traición a tu sangre y volver a la guerra pulcra de los mapas.

—Confío en Usted Sánchez y haré lo que me pide aunque sea un crimen.

La puerta de la sala se cierra de golpe y la voz tu amigo se pierde en el pasillo, el hombrecillo camina delante de ti, cojea un poco de la pierna izquierda y se le nota el bulto de la pistola debajo de la chaqueta de cuero negro.

—Es un buen tipo el General.

El individuo garraspea con fuerza, escupe cuando el último centinela nos abre el portón blindado del búnker y termina la frase.

—Pero está solo. Cada día más solo.

Señala con la mano un coche grande y oscuro. Cuando estás cerca te das cuenta que es un Hispano—Suiza que todavía conserva la figura de un grácil pájaro en el momento de batir las alas sobre el tapón del radiador, pero alguien a tenido la idea de pintarla de negro para que no brille. En lugar de una garza la estatuilla parece un ave de mal agüero. Hasta los cristales están pintados de negro y solo cuando abres la puerta del automóvil te encuentras con la cara sonriente de tu amigo Manuel Salgado director del

periódico "Frente Libertario" y ahora Jefe de los Servicios Especiales del Ministerio de la Guerra.

—Profesor, hace tiempo que no nos envía un artículo al periódico —dice a modo de saludo— así que ahora le ha metido el cabrón de Miaja a cazar polillas en esa radio que lleva el loco de Barea y encima me cuentan que te acabas de morir esta mañana de mala manera. El fantoche de Barahona me quería llevar incluso a que viera el cadáver, decía que eras un agente mío y un faccioso traidor de la quinta columna. Esos cabrones nos quieren liar, no se conforman con putear a Melchor Rodríguez porque comete lo que ellos llaman "*excesos humanísticos*" en las cárceles y ahora quieren jodernos con esta historia de espías baratos, estoy seguro que lo que quiere es meternos a todos en una checa a apretarnos las tuercas con una llave del nueve.

El miliciano cojo abre la puerta y entra, el automóvil arranca y enfilamos sin luces el camino hacia la pequeña plazoleta del jardín donde una serie de esfinges sedentes parecen fieras vivas que en cualquier momento saltarán asustadas y se perderán en el pequeño bosque del Capricho.

—Pero tú profesor que pintas en todo esto, no eres ni Tirio ni Troyano aunque te lleves bien con todo el mundo. Tanto si ganan los facciosos como si ganan los comunistas tu siempre serás un sospechoso, un enemigo al que habrá que depurar o fusilar según convenga. O las dos cosas, ¿verdad Eva?. Evaristo es de su tierra, un paisano que maneja los explosivos como nadie, su padre vivía de cazar alimañas. Mas o menos lo que hacemos ahora todos nosotros.

Me deja el coche a unos cientos de metros del edificio del Fénix, me escolta el paisano hasta la emisora, ha desenfundado el pistolón, amartilla el arma con cuidado antes de meterse la mano en el bolsillo sin soltarla.

—Ayer escuché su radio y me gustó su historia, yo también pescaba en el pueblo, pero con alumbre, macarraque, cal, torbisco, coca de Valencia, también echábamos el trasmallo a las bogas y ponía cuerdas con pez muerto a las anguilas, las cogía gordas como el brazo, estaban riquísimas con tomate. El compañero Manuel dice que eres también de Jara, pero no caigo.

Le cuentas que eres el hijo del arriero o el mantero como le llamaban muchos en Jara, pero te fuiste muy niño del pueblo y has vuelto poco, solo algunos días de verano, visitas breves para ver a los padres. Te casaste con una amiga de la infancia que era de un pueblo cercano pero vivíais en Madrid, en la Calle Ruiz, en pleno barrio de Maravillas.

—Pero ahora que ya está muerto no podrá volver. Se ha convertido en un fantasma —dice con sorna—. En unos días tendremos su nueva documentación.

Te acompaña hasta el sótano y se marcha como una sombra, sin despedirse. Entre el olor a desagüe, a moho negro, a humo frío, distingues otro olor suave y casi imperceptible al que te intentas agarrar mientras atraviesas el pasillo. Estás confuso, pronto tendrás una nueva identidad y manos anónimas llevarán una pequeña hoja de papel hasta tu mujer en la que dice que has muerto. Ella conservará muchos años ese frágil papel en uno de los pocos libros que no venderá de tu biblioteca.

Has olvidado la historia que vas a contar, por un segundo sientes que podrías volver atrás todavía, escapar de Madrid y llegar hasta Jara, abrazar a Ramona y a tu hijo y esperar allí el final de la guerra.

Olga se asoma desde la habitación contigua al estudio y susurra —
¿Donde estabas?. Ya ha comenzado Arturo.

Muchos años después, cansado de habitar ciudades siempre extrañas y de huir de guerras que nunca fueron tuyas, adormecido por los truenos de la tormenta tropical ya lejana, la música de Casals en el gramófono de cuerda y los ruidos mágicos de la selva, la tristeza de un periódico atrasado sobre el que se pasea una cucaracha rubia de grandes alas translúcidas, retiras la mosquitera y te bajas de la hamaca para ver más cerca el extraño pez que ha pescado Valentín. Sobre la mesa de la cocina al animal parece de otro mundo, tiene la piel blanquecina cubierta de manchas oscuras como un ocelote, la cabeza desproporcionada, los ojillos diminutos, la boca inmensa algo aplastada y con unos bigotes largos que todavía se mueven. Tu amigo separa con un golpe de machete la cabeza del cuerpo.

—Este bicho se parece al cabrón del periódico —dice Valentín—.

Recoges el diario "la Nación" del suelo y les ves, atrapado por la instantánea en el momento mismo de empinarse para salir en la foto, el bigote fino y lacio escurriéndose por las comisuras, los ojos pequeños y miopes detrás de unas gafas de montura de alambre, la mueca de su boca desproporcionada, a medio abrir, que quiere parecer una sonrisa y es idéntica a la boca del surubí que ha pescado Valentín.

Vuelves a leer el pie de foto: *"de izquierda a derecha el Generalísimo Franco, el gobernador civil de Cáceres y su secretario personal, la Condesa de Montemayor y el Alcalde de la citada ciudad en la inauguración de una casa de reposo para excombatientes"*.

—Siempre supe que era él —os repetirá después Evaristo Losar muchas veces— una madrugada me escondí en la portería y estuve a punto de pegarle un tiro a la salida con la automática, no tenía pruebas pero el individuo me daba mala espina, antes le había registrado el gabán que casi nunca se quitaba de encima y le descubrí en un bolsillo interior una de esas pistolitas de dos tiros que se pueden esconder en la manga y solo matan si disparas muy cerca del cuerpo. Un sujeto que lleva un arma de esas no podía ser trigo limpio. También os advirtió Hugo Corto el brigadista que

venía a veces a la radio a contar historias de magia. Tenía que haberle pegado un tiro entonces pero tú le tenías simpatía.

No puedes dudar aunque quisieras que es Angel Edelman, uno de los locutores para América a quienes todos llamaban el Chileno porque emigró a América, a la Argentina o a Chile. Ahí está, sonriendo al mundo como un surubí, ilustre secretario personal de un carnicero y flamante alcalde de Jara.

Al principio creí que sería imposible tomar su voz y narrar como sabe el beso de una mujer a la que se desea por encima de toda razón. En mis cuadernos había escrito de otra forma los acontecimientos, quise imaginar a Teodoro como un hombre solo, sin más compromiso que sus ideales y su voluntad de ser útil a la causa de la República.

Ahora no puedo. El viejo me cuenta que lo primero que olvida es el sabor de los besos de Olga, después el olor de su piel, las formas precisas del cuerpo, su textura, más tarde se olvida como sonaba su voz y después las palabras hasta quedar todo reducido a una pelota dura y correosa hecha de pedazos sin forma donde has pinchado su nombre.

—¿Luchar por ideales?. Solo conocí a tres o cuatro amigos que lucharon sin otro motivo que un futuro imaginario y feliz, revolución y anarquía. Los demás tenían alguna razón oscura y pequeña, personal y sucia aunque sus gestos fueran nobles y heroicos. Esos idealistas, Iker, Evaristo y compañía entonces temían más a los estalinistas que al Franquito y sus secuaces.

Teodoro se sienta en la escalera. Le digo que se quite el sombrero de paja para hacerle una fotografía, mientras enfoco le digo que sonría y que ponga la mano sobre el pecho desnudo y perfecto de la esfinge.

—Podría decirte que lo hice todo por amor. Ahora con más de noventa años esta palabra suena como un insulto. Ya no se muy bien lo que puede significar, deseo sexual, autoengaño, ganas de romper con el espanto de tanta muerte. El amor no es nada, un pretexto burdo para escribir sonetos rimados y medidos, telenovelas, libros de psicopatología.

Camináis hasta el muro que circunda el Capricho y os subís a un montón de ladrillos apilados para ver el otro lado.

Teodoro ve, como si fuera hoy mismo, que Olga está muerta ahí delante, a unos metros del muro, aún se puede adivinar el pequeño socavón que hizo la bomba ahora cubierto de hierba y amapolas. Ella está ahí delante, desnuda y abierta entre los brazos de un legionario también destrozado por la granada y tú estás detrás de un muro infinito de tiempo,

detrás de tu cuerpo viejo y enfermo, detrás de muchas traiciones y rendiciones que te han permitido seguir viviendo. Te defiendes pensando que al menos nunca fabricaste una fábula imposible imaginando lo que pudo ser, la reconstrucción minuciosa de un pasado a su lado, cómo serían sus ojos envejecidos o ese gesto cansado que tienen todas las viejas cuando se duermen.

—¿Dónde ocurrió?. —te pregunto—.

—No se, no lo recuerdo —me mientes—.

No pudiste olvidar donde ocurrió todo, en qué lugar del mundo sucedió aquello que solo tú y Miaja contemplasteis. Sucede cada día en tu memoria, en un lugar de tu fantasía donde las imágenes se convertían en pesadillas y despertar en Argelés aterido de frío era una delicia.

—Esas cosas nunca se olvidan —le replicas—.

No la puedes engañar, no puedes engañar tampoco a este cabrón que te ha llamado por primera vez abuelo a la entrada del parque y ya sabe lo que se siente cuando la mujer que amas está muerta ahí delante, con el cuerpo hendido y la piel que tocabas y lamías buscando su sabor está helada, llena de barro y sangre negra.

Si, a veces solo es necesario un segundo para reconstruir una vida entera imaginaria y feliz.

—¿Y has vuelto a ver a Angel Edelman?, Fue durante muchos años alcalde y vive en una dehesa que linda con la finca de tu amigo Dimitri —te digo mientras arranco el coche.

X

Dijiste: —la guerra fue también un tiempo y un lugar de aventuras. Pero los aventureros son una mierda. No hay nada peor que un aventurero, son criminales inconscientes que no saben sentir la vida si el peligro no les acaricia a ellos o a quienes tienen cerca.

MUCHOS AÑOS DESPUÉS descubrió Jan Král que casi siempre el azar tiene una inquietante eficiencia. Comprendió con una terrible nitidez que no había diferencias entre servir a Canaris o a Orlov, que nacionalsocialismo y estalinismo eran formas hermanas de definir el mundo. Fue el mismo día en el que ejecutaron al Almirante y en el que descubrió por azar que un antiguo agente del PNV que trabajaba ahora para los americanos estaba escarbando en su pasado. No podía saber hasta donde llegaría, pero tenía la certeza de que ser o haber sido un eficaz informante para Beria o para Heydrich era el pasaporte perfecto para que cualquiera le pegase tres tiros. No había matices, Jan acababa de tomarse un caldo con su chorrito justo de jerez en Lhardy y cuando salió a la calle, dio un duro al pedigüeño apostado en la puerta con sus tres hijos abrigados con una manta sucia, los niños estaban descalzos, era febrero y sabía muy bien que en Madrid había ahora gente que se moría literalmente de hambre y de frío. Cuando miró a los ojos al harapiento al darle la moneda le reconoció de inmediato, era el joven miliciano que hacía muchas tardes guardia en la puerta de Transradio.

Él le reconoció también,
—Gracias camarada —musitó—.

Aquella era esa idea de un mundo mejor por la que había luchado, hambre, humillación y silencio para la gente, caldo con jerez y un atisbo de mala conciencia para los héroes invulnerables.

Se merecía los tres tiros hace mucho tiempo pensó. Pero no por traidor o por asesino, sino por imbécil, por haber vivido la guerra como un juego excitante en el que las piezas no eran fichas de marfil en un limpio tablero si no personas.

Realmente había que morir, se dijo con ironía para sí. Y comenzó a preparar su desaparición. Seleccionó los documentos adecuados, un roído pasaporte Checo, una falsa carta de amor, un auténtico salvoconducto firmado por el mismo Miaja, dos fotos arrugadas en las que posa, casi irreconocible con sus dos amigos anarquistas, un par de billetes de peseta.

No le fue difícil entrar en el depósito con la excusa de reconocer a un familiar y elegir entre los más de diez cadáveres de hombres llegados esa mañana que nadie había reclamado uno que tenía más o menos su edad, su estatura, su color de pelo. El vigilante le dejó solo y pudo romper con facilidad un trozo de forro de la raída chaqueta y colar ahí los documentos que había preparado.

—No, ese no es mi tío —le dijo al encargado— he visto además que tiene papeles en la chaqueta.

—¿Ah sí?. Se sorprendió el funcionario que solía registrar minuciosamente a los cadáveres buscando el dinero.

Jan Král. Causa de la muerte: Tisis.

Eso estaba escrito en la ficha que llegó a una remota mesa de despacho de una ciudad norteamericana semanas después. Un papel que se sumó a otros muchos de una carpeta y que el funcionario no guardó en el archivador en el que ponía "*history*" sino en otro que estaba bajo la ventana y cuyo rótulo indicaba "*talks*".

Cuando Ján llegó a Buenos Aires era ya un comerciante inglés con ganas de invertir en tierras la pequeña fortuna en diamantes que tenía cosida al abrigo. Soñaba criar ganado y ver pasar la vida sin otras noticias del mundo que los chismorreos de las mujerucas del remoto poblado donde compró "Hacienda Alianza".

Ján Creía que había muerto y renacido a otra vida posible. En principio había sido muy fácil hacer borrón y cuenta nueva. Quiso suicidarse en Madrid pero había descubierto horrorizado que había un abismo inmenso entre arriesgar la vida en los frentes de guerra y decidir el día y la hora de la muerte, nunca tendría la valentía del suicida.

Los primeros años se propuso olvidarlo todo, recurrir a la dulce amnesia voluntaria. Más tarde, ante la imposibilidad de vaciar la memoria, decidió recurrir a la socorrida y eficaz coartada de reescribir en su memoria una interpretación de la historia a la medida.

Logró creerse la mentira de que él era entonces joven, romántico, impulsivo, deseaba un próspero mundo mejor y fue engañado. El mundo era así, no se podía ser neutral, había buenas intenciones pero malos caminos. En realidad él nunca había sido nazi o bolchevique, lo hizo todo por ganas de aventuras y lo pasado pasado, se había equivocado o le habían engañado, lo reconocía, pero había cambiado él y también el mundo y ahora era un hombre nuevo, un prospero y pacífico ganadero con mujer e hijo que salía a cabalgar al amanecer para reconocer los límites de su inmensa finca y cazar alguna liebre o venado para la cena.

Reescribir la historia le sirvió, dejó de tener miedo a que cualquier día llegara un extranjero con orden de matarle y a ver los ojos de los muertos en los sueños.

Eso sirvió a muchos.

He descubierto que se puede contar el pasado según convenga.

Yo, ahora mismo, tampoco tengo aquí la coartada de la caja de los documentos que demostraban las mentiras de Jan.

No es difícil escribir la historia para que no muestre que fuimos asesinos o culpables de infamias criminales. Fue fácil para muchos contar y escribir la historia de tal forma que ahora parezca que este presente amable fue fruto o consecuencia de ese pasado violento, que lo abominable fue necesario y hasta imprescindible, que la gente cambia y que ese abuelito simpático que ríe con sus nietos no fue en realidad un torturador, un fanático, un monstruo si no un soldado necesario o un patriota, como se dice ahora.

Hoy la historia protege a Jan.

Yo sé que él será el último en desaparecer de aquel tiempo, el último en convertirse en recuerdo maldecido mil veces por todos sus amigos. Rescatado del cieno del olvido en el último momento para ser el ejecutor cruel de un monstruo.

He estado con Jan muchas veces en estas palabras, pero ahí, en su vida de tranquilo hacendado, aún no puedo entrar. Eso debe ser también el horror, una forma de desmemoria. Una y otra vez lo intento pero no puedo hablar con su voz, entrar en su cuerpo, fabular su presente. No habrá para él un hueco caliente en mis palabras.

Ahora vive, lo sé, pero no aquí, ni en ningún otro lugar de ficción, solo puede vivir en su realidad, en la soledad inmensa de su hacienda olvidado, maldito.

Lo primero que hace Jan después de una ducha tibia es salir a cabalgar una hora con la finca y respirar hondo los aromas que la Pampa ofrece en el mes de Octubre, hablar con los pastores que encuentra sobre cualquier cosa, la última riada, las vacas que han parido, el puma que ronda la quebrada del Duende, el calor a punto de llegar. Después se reúne con el mayoral, a eso de las nueve, en el recodo hondo del arroyo Culebro donde suele pescar truchas en primavera. Pedro Inés lleva de mayoral más de veinte años con el señor Pavel, es fácil descubrir que se admiran pero nadie diría a simple vista que Pedro ronda los cuarenta años y el señor acaba de cumplir setenta y cinco. El gaucho tiene la tez morena, apergaminada, cruzada con mil arrugas que se esconden y aparecen entre su rala barba blanca y protege su calvicie con sombrero de grueso fieltro engrasado, el propietario en cambio sigue tendiendo el gesto de pálido adolescente con los cabellos tupidos cortados a cepillo y sus arrugas son finas, solo se le dibujan cuando encara el pequeño rifle del veintidós apuntando a una libre o cuando se enfada con Juana, su ama, por no tener encendida la chimenea de la biblioteca por la mañana.

Pero hoy no se ha duchado, ni ha cabalgado hasta el arroyo, El amo Pavel ha dormido mal, ha tenido pesadillas que no recuerda bien, solo se le ha quedado en sus retinas grises la imagen nítida de aquel cartel de propaganda pegado a un muro de una calle de Madrid, la caricatura de un simio bestial con una corona diminuta en la cabeza, una oreja grande y la mano del mono haciendo el gesto de escuchar con atención. Sobre el pecho del animal en unas letras blancas cruzadas puede leerse:

“¡CUIDADO AL HABLAR! La bestia acecha CNT FAI”.

Sesenta años separan la imagen última de la pesadilla con la primera vez que Jan leyó el cartel sobre la fachada del número 8 de la calle Ruiz y sin embargo puede jurar que es el mismo escalofrío el que recorre su columna vertebral, el mismo miedo desconocido. Entonces no se llamaba Pavel Májek como está escrito en su pasaporte argentino, ni Antonín Ziska como podía en el pasaporte francés del cuarenta y uno, ni era el Josef Rákosi de los salvoconductos y distinciones Alemanas, ni tampoco era aquel joven rubio y elegante sentado en el café Fabry de la plaza Vieja de Praga al saludan afectuosamente un par de tipos raros, con acento alemán, vestidos con trajes baratos una calurosa tarde de agosto.

Apenas recuerda nada de esos nombres, le ha costado muchos años olvidar esos tiempos para que ahora recuerde con tanta facilidad como le grita su camarada Bruno desde el portal de enfrente a ese número 8 de la calle Ruiz.

—¡Vamos Jan, venga teniente que ya a empezado la fiesta!.

Solo se paró unos segundos frente a ese cartel que le aludía, él era “la bestia” tan odiada aunque no se pareciera a un mono coronado con una mueca ávida de oír información valiosa para los fascistas si no más bien a un galán de cine de mirada clara y risa fácil, de cabello pajizo y cuerpo atlético que tanto parecía gustar a las madrileñas y aún más con su chaquetón “Windcheater” de cuero, sus botas de campo “Brogran” sobrantes del ejército americano, la boina negra con la estrella de la República, las dos barras doradas de su grado, la funda de cuero brillante sobre el vientre ligeramente ladeada hacia la izquierda en la que guarda la Luger automática que aún conserva en uso en el cajón cerrado del escritorio y el olor a loción de tomillo que tanto echa de menos cuando se afeita hoy.

Ayer llegó la moto del correo y Pavel recibió un pequeño paquete con franqueo brasileño, destacan los dos sellos coloristas de la fauna selvática sobre el fondo ocre del papel de embalar encerado. El anciano fue a la biblioteca para abrir el correo, se sentó frente al fuego en su sillón de lectura y cortó las cuerdecillas de bramante con el cortaplumas suizo que siempre llevaba en el bolsillo. Era un libro viejo: *“La Solidaridad de los Pueblos con la República Española”* un panfleto firmado por la Academia de Ciencias de la URSS y el Instituto del Movimiento Obrero Internacional, editado por Progreso y traducido al español en 1974, cerró el volumen y leyó la contraportada, como no, —un texto de la bruja Pasionaria—, susurró en checo para sí mismo esbozando una imperceptible sonrisa mientras lee: *“lo abandonaron todo: cariño, patria, hogar, fortuna, madre, mujer, hermanos, hijos y vinieron a nosotros a decirnos: ¡Aquí estamos!, vuestra causa, la causa de España, es nuestra misma causa, es la causa común de toda la humanidad avanzada y progresiva. Dolores Ibarruri”* y siguió leyendo las palabras del cabrón retórico de Luigi Longo: *“En las páginas de este libro revive el impulso de solidaridad con que los trabajadores y demócratas de todos los países acudieron en ayuda de la España republicana, agredida por las fuerzas unidas de los generales rebeldes, del nazismo alemán y del fascismo italiano”* y por último las frases concienciadoras de alguna lumbrera del Comité Soviético de Veteranos: *“los veteranos de las Brigadas Internacionales de veintiún países que han escrito este libro esperan que será acogido benévolamente y leído con interés por las viejas y las nuevas generaciones, por quienes extraen enseñanzas del pasado para luchar por un futuro mejor”*.

—¡Vamos Jan, venga teniente que ya ha empezado la fiesta!

Cruzas la calle a la carrera y subes con Bruno las escaleras, la puerta derecha del primer piso está abierta, suena música americana en algún gramófono, algunas parejas bailan en el salón de la casa y en otras habitaciones vacías y abiertas, tu camarada ha sacado del algún lugar dos

vasos pequeños y una botella de ojen, brindas con él, se acercan unas camaradas muy jóvenes y os toman del brazo para sacaros a bailar, la chica huele a rosas silvestres, tiene los cabellos castaños y rizados, acercas tu cara a su cabeza, aspiras fuerte el olor y sientes como tu pene se vuelve duro, levantas la cabeza, sonrías cuando ella suelta un pequeño grito de sorpresa antes de abrazarte un poco más fuerte, pero ya no atiendes a tu cuerpo, vas mirando las caras de los otros, caras conocidas y también desconocidas, oficiales del batallón Marsella, piensas —estos franceses siempre tan puteros—, del Edgar André, —a los alemanes se les empina solo con pensar en el mito de Carmen— y también del tuyo, el Thomas Mazaryk, —los checos los primeros en aprender a hablar español sobre todo para ligar más, no para entender mejor las ordenes en el frente—.

Hay una pareja asomada al pequeño balcón que no conoces y sin embargo te llama mucho la atención aunque todavía no sabes porqué, fuerzas el paso de baile para acercarte a ellos, solo son dos siluetas oscuras, la de una mujer alta vestida de brigadista y un hombre con pinta de oficinista. Te acercas más, pero no lo suficiente para descubrir la identidad de la mujer, entonces suenan las sirenas antiaéreas, todo el mundo va saliendo de la casa con rapidez pero sin gestos de temor, como si aquella sirena fuera solo la campanilla del camarero que invita a pasar al salón para comer. Mientras bajas las escaleras ella se vuelve y te reconoce, te saluda con la mano y grita:

—¡Vamos al refugio del número trece!.

Pavel arroja el libro al otro sillón gemelo, se siente indispuerto, nervioso, rabioso, le tiembra la mano izquierda agarrada al apoyabrazos. Tranquilo, no hay nadie, hay que serenarse, respira hondo. Mira el fuego, se agarra una mano con la otra y logra eliminar el estúpido temblor. No es más que un libro, algún camarada que conoce su pasado glorioso de brigadista y le envía un regalo. Pero no se engaña, ninguno de los de entonces sabe que el teniente Jan Král ahora es Pavel Májek Sedlák, entonces descubre el pequeño papel amarillo intercalado en alguna página que sobresale apenas unos milímetros y coge de nuevo el libro, lo abre por la página marcada y sus manos vuelven a temblar como si estuviera a punto de abrir un cofre lleno de serpientes o de recuerdos. En la página trescientos setenta y dos hay una pequeña fotografía, “*un grupo de voluntarios yugoslavos en el Hospital de Benicasim*” dice el pie de foto. Ahí estás tú, que no eres yugoslavos, en medio del grupo de ocho convalecientes, con veinte años sonrías hacia la cámara y muestras el antebrazo herido recién vendado esa misma mañana, una flecha roja dibujada con trazo impreciso va de tu cabeza hasta el margen izquierdo del libro en el que están escritos con lápiz varios nombres con letra irregular y diminuta:

Jan Král
Antonín Ziska
Josef Rákosi
Pavel Májek

En el número 13 de la calle Ruiz hay una farmacia con el cierre ya echado, estás solo, tus camaradas van a la boca de metro más cercana, tocas a la puerta, ya se oye con claridad el zumbido de los aviones, parecían Messerschmitt con el motor a todo gas, volviste a golpear la puerta de metal, esta vez con el puño.

—Ya sería mala suerte que algún piloto acojonado por los nuevos Polikarpov soltase las bombas donde no debía y me fueran a caer encima — pensaste—.

—¡Voy! —se oyó de pronto tras la puerta—.

El viejo boticario entreabrió el cierre y tú le empujaste con el hombro tirando al pobre hombre por el suelo.

—Soy amigo de Olga Havel camarada.

El farmacéutico se levantó nervioso con tu ayuda.

—Perdone, es que a veces hay gentuza que aprovecha las alarmas aéreas para entrar a robar con el pretexto de buscar refugio.

En la rebotica, detrás de unas estanterías repletas de cajas blancas había una gran escalera de caracol labrada en granito más propia del Castillo de Praga que de una casona en medio de Madrid. Como a unos seis u ocho metros de profundidad se habría una gran sala con dos bóvedas nervadas apoyadas en unas columnas de piedra. No olía a humedad o a miseria como otros refugios si no a una mezcla de alcanfor y eucalipto muy agradable. Jan tardó unos segundos en acostumbrarse a la luz tenue de las bombillas. En la sala unas quince o veinte personas están sentadas alrededor de unas mesas hablando animadamente y bebiendo alguna clase de infusión caliente.

—¡Jan, estamos aquí, al fondo! —gritó Olga—

La mujer avanzó unos pasos hasta encontrarse contigo en medio de la sala y os abrazasteis como si fuerais dos viejos amantes.

El señor Pavel llama a voces al ama. Juana entra en la biblioteca despacio, sobre una pequeña bandeja de carey trae un vaso de aguardiente de ciruelas y una aspirina, la deja sobre el escritorio y se marcha sin expresar ni una emoción, ni un gesto en su cara de austriaca sesentona. Pavel se levanta de su sillón de lectura preferido pero al acercarse al escritorio tropieza con el borde de la piel de antílope que le sirve de alfombra y cae por el suelo. Entonces sonrío, casi parece que va a estallar en una carcajada de loca euforia, sabe que sus manos no tiemblan, que su corazón late tranquilo, que su cuerpo casi centenario a respondido por

instinto como cuando tenía veinte años y ha sabido rodar por la alfombra en lugar de caer a plomo y romperse algún hueso de forma estúpida, ha sido igual que cuando se escuchaba el silbido del mortero y había que echarse a tierra, saltar hasta cualquier montón de escombros o dejarse caer en la trinchera más próxima. El anciano se levanta y al sentarse de nuevo ante el aguardiente y la pastilla cotidiana ya no eres Pavel Májek sino el teniente Jan Král y vas saldar por fin una maldita cuenta pendiente con la historia. Pero el odio y la furia que te revuelven la memoria no te quita la sonrisa, ni el pulso firme para sacar la Luger del cajón y apuntar al libro que descansa en precario equilibrio sobre el brazo del sillón, en un instante, a la vez que el estampido seco de la vieja automática el libro sale disparado por lo alto hasta caer muy cerca de la chimenea recién encendida, se irá quemando poco a poco, como si Jan deseara torturar sus páginas para que el dolor del fuego le obligue a nombrar quién ha sido el fantasma que le envió hasta allí como mensajero de la muerte.

—Teodoro, te presento a Jan, el mejor guitarrista flamenco de Praga después de Jacinto Heredia y el mejor cazador de Praga.

Su mano cálida te hace descubrir que la tuya está helada. Olga habla y vosotros apenas asentís simulando interés.

—Jan fue compañero mío durante muchos años en las clases de guitarra y de español que nos daba un gitano, si, no te asombres, un auténtico gitano andaluz que vivía en nuestra misma calle, pero no preguntes como llegó hasta allí porque nunca quiso contárnoslo —mintió Olga—.

Jan sonríe a Teodoro. Por la respuesta de sus ojos sabes que le has caído simpático a pesar de que ahora todavía se siente un poco celoso.

—Jan fue mi primer novio, era un encanto, uno de esos novios que te miran muchas horas en silencio, te regalan flores y pasteles y te agarran la mano camino de casa, tendríamos unos doce años, ¿no Jan?.

Asientes con la cabeza, el corazón retumba en alguna parte de tus sienes mientras van volviendo en oleadas esa pasión ciega y dulce que tuviste por esa adolescente alta con la que apenas cruzabas unas palabras de regreso a casa, Ella era la razón secreta por la que no faltaste nunca a las clases de guitarra.

Junto a Olga y Teodoro hay otros dos milicianos que hablan entre ellos en voz baja, anarquistas a juzgar por sus uniformes y las gorras que están sobre la mesa. Esos dos hombres llegarán a convertirse en tus mejores amigos, uno es Iker Elorza, un oscuro cenetista madrileño que por su aspecto es lo menos parecido a un anarquista y lo menos aproximado al típico madrileño, rubio como tú, alto y fuerte, solo su nariz demasiado grande y la cicatriz reciente de su frente, todavía rosada y violácea afean sus rasgos. El otro de llama Evaristo Losar y tiene tez morena, la baba muy

cerrada y las arrugas de su cara y sus manos delatan su condición de hombre curtido, de campesino.

Al principio los clasificaste como la típica pareja de opuestos a los que la guerra a unido pero que en otro momento o en otro lugar el mundo los hubiera separado en los dos extremos más distantes de la sociedad. Pero te equivocaste. A pesar de que Evaristo fuera más bien hombre de pocas palabras y de trato algo brusco e Iker fuera un hombre de mundo y hablara a la perfección varios idiomas entre los dos había una lealtad y una admiración simétrica, rocosa, total, que tardaste mucho tiempo en comprender. Pero entonces, sentado en la mesa de aquel sótano parecido a una catacumba, junto Olga y Teodoro, los dos tipos te parecieron vulgares milicianos, guardaespaldas oscuros y violentos. Apenas pudiste disimular tu desagrado cuando Olga se sentó entre ellos y les beso los labios con cariño, sentiste repugnancia, no estabas viendo a la camarada Olga Havel, si no a la adolescente de trenzas doradas que huele a lavanda y te coge de la mano camino de casa, a la niña que te besa en las mejillas jurándote amor con timidez. Te dieron ganas de sacar la pistola vaciar el cargador en sus caras pero les tendiste la mano y gritaste —¡Salud compañeros!— con la mejor de tus sonrisas.

Ahora no puedes olvidar que uno de ellos te salvó la vida dos veces, la una en las paredes agujereadas de un pequeño despacho en la ciudad Universitaria el mismo día que acabaron con Buenaventura Durruti, la otra los días confusos antes del golpe de Casado en los pasillos oscuros de un edificio abandonado. Tampoco podrás olvidar su mirada de hace unos meses, cuando se presentó aquí en tu finca y sacó una pistola,

—He venido a matarte, te he perseguido durante muchos años preguntándome quién serías y después, cuando supe que eras tú, preguntándome por qué nos traicionaste, porque hiciste matar a Olga, porque acabaste con todos aquellos inocentes en los Pirineos.

En los cajones de la memoria hay nanas y abismos siniestros, días de fríos glaciares y noches suaves como mareas tropicales. Sólo la memoria es capaz de leer el susurro sincero de nuestro propio libro de la vida. De muchos años vividos a veces no queda casi nada, de unos pocos días o unos instantes guardamos las ascuas suficientes para calentar décadas de vida. En los cajones de mi memoria hay un rincón acogedor y limpio para Evaristo Losar, un rincón al que me acerco cuando el frío o el terror me paralizan los dedos y no puedo ni escribir.

Había pasado un mes desde la muerte de Olga Cepeda, una semana del retorno de tu abuelo Teodoro a su escondrijo brasileño y yo había decidido volver a Guatemala y olvidarme de ti, cuando sonó el timbre de la puerta, abrí y me encontré con un viejo que había visto algunas veces en tu casa o paseando con Dimitri, un anciano vestido de adolescente, deportivas de colorines, vaqueros rotos, camiseta gris bajo un jersey con cuello de pico, pelo largo, barba de tres días, nada que objetar si el extraño hubiera tenido quince años, pero en un hombre que no llegaba a uno sesenta de altura, con la cara cruzada de arrugas y el pelo blanco me pareció un gnomo, un loco. Solo cuando escuché su voz y le miré a los ojos descubrí que no era un loco o un pobre viejo perdido por el barrio.

—No tenga miedo señorita, soy Eva, ¿no me recuerda de Jara?.

Y ahora es Evaristo quién coge mi mano con sus dedos duros de soldado, de guerrillero, de furtivo, de sabio, es él quién me muestra el Tietar en plena crecida, el agua hace remolinos, es espesa, turbia, fría. Las dos barcazas que hacen el servicio entre las fértiles vegas de Jara y la carretera a Navalmoral están bien amarradas a los postes de hierro en los que la maroma guía de las barcazas está tensa y silba con el viento como una inmensa cuerda de guitarra. Blas y Santos, los dos barqueros almuerzan dentro de la casilla refugio, un buen trabajo para dos de los malditos que estuvieron también en Filipinas como el padre de Teodoro, el mantero que regularmente cruza el río todas las semanas con sus mulas murcianas para vender la mercancía por las Comarcas limítrofes. Los barqueros jamás hablan del infierno de Filipinas, ahora comparten el queso fresco de cabra y el chorizo de jabalí con Evaristo el zorrero y discuten con pasión sobre la mejor forma de cebar las cuerdas para las anguilas. El argumento de Blas son las lombrices de tierra.

—Las más gordas y oscuras son las mejores, bien ensartadas en un anzuelo grande atado a tres o cuatro metros de bramante, así he cogido yo anguilas de dos y tres kilos aquí mismo —se jacta Blas—.

Pero Santos niega y reniega.

—No hay nada como un trozo de tocino seco cortado en una fina loncha alargada y estrecha que se ensarta en un anzuelo pequeño, así se cogen las más gordas y no corres el peligro de que se te coman las lombrices los pececillos y las salamandras.

Evaristo come y escucha, toma nota de todo en su cabeza pero no se pronuncia, sabe que la lombriz meruca no es un buen cebo para las anguilas pero nunca las ha pescado con tocinete, piensa que tendrá que probar una noche de estas.

Los discutidores quieren que el zorrero sea el juez de la disputa pero él no quiere tomar partido por ninguno de sus amigos. Algo de su instinto de furtivo le dice que no es bueno tomar partido si no tener una opinión propia

y callarla, hacerse el ignorante, ofrecer el silencio antes que el orgullo y la arrogancia estéril de presumir de su ciencia. Para Evarsito el cebo ideal con el que coge cada noche quince o veinte anguilas de buen tamaño es el que le ha desvelado a su hijo Eva esta mañana ahora que ha cumplido ocho años y tienen edad suficiente para acompañarle al anochecer a tirar las cuerdas al río o a esperar al jabalí del maizal o a tender el trasmallo o poner los lazos a los zorros y los conejos. Hay que coger peces pequeños por la mañana, cachuelos y bogas son los mejores y ensartarlos en ristra por los ojos para tenderlos al sol. Dejas que se sequen bien todo el día y después, por la tarde, cebas con ellos anzuelos medianos que se lanzan con bramante nuevo y encerado en las zonas más quietas del río. De cada cien anzuelos caen a veces hasta veinte anguilas, también pica algún buen barbo, en los demás suelen engancharse galápagos, culebras de agua, alguna rata incauta.

Evaristo se mantiene en silencio.

Suena de pronto la campanilla ronca de oxido del embarcadero.

Santos eructa y se levanta a asomarse al ventanuco. Fuera llueve con rabia, el río da miedo, solo un loco se atrevería a cruzarlo.

También se levantan el Zorrero y Blas, contemplan atónitos el carromato pintado de colores de los gitanos, los húngaros, los titiriteros que ayer vio acampados cerca de las Charca de las Pozas.

Santos ha salido envuelto en su capote embreado y gesticula hacia los gitanos, les grita, pero su voz se pierde bajo la lluvia torrencial. Es imposible cruzar, lo prohíbe la razón y el reglamento, con la corriente es seguro que se rompería la maroma o se volcaría la barcaza en cuanto saliera de la protección relativa del recodo.

Vuelve Santos a la casilla.

—¡Estos piojosos de húngaros!, A ver si escampa y vienen la pareja de Civiles y los corren a culatazos de aquí.

Entonces comienza a chirriar la polea libre que une la barca con la cuerda guía.

—¡Estos cabrones me van a buscar la ruina! —grita Santos—.

Salen corriendo los tres hacia el embarcadero pero ya es tarde, el carromato y sus ocupantes se balancean sobre la barcaza que avanza lentamente hacia ellos. Blas y Santos les gritan e insultan pero los dos gitanos que tiran de la cuerda impulsora le dan la espalda, no escuchan, no quieren oír, solo desean llegar al otro lado, salir de la comarca, perderse en otro camino, por otros pueblos donde sean mejor tratados y haya habitantes amables que admiren su arte, la cabra equilibrista, la mula sabia, el mono recoge monedas vestido con traje y corbatín.

Solo el Zorrero adivina, sabe lo que va a pasar unos segundos después, en cuanto la barcaza llegue al centro del río y ya no pueda aguantar más la sogas o la estabilidad precaria de la balsa en medio de la fuerte corriente.

Años después, otro día de lluvia torrencial contará a su hijo por qué tomó partido, porque no pudo quedarse quieto y saltó sobre la otra barca y tiró con todas sus fuerzas de la cuerda. Su hijo se va a la guerra, a defender ideas que a él le parecen estúpidas y descabelladas pero no se opone, tal vez por eso le cuenta ahora aquella historia de la crecida, del carromato de los gitanos hundiéndose en los remolinos. La barcaza no aguantó más y se volcó, del carro ya solo se ve el techo de loneta pintada de rojo, las cabezas de las mulas relinchando aterradas antes de hundirse también. Evaristo el Zorrero nada como una nutria y bucea como una galápago pero es suicida desnudarse y tirarse al agua detrás del carromato, bracear en la oscuridad absoluta del agua turbia y helada palpando las tinieblas con los dedos, volver a subir a la superficie para tomar varias bocanadas de aire antes de volver a hundirse y bucear muy hondo hasta que de pronto toca algo, una cabellera que agarra con fuerza y que le lleva más y más hondo hasta que casi no aguanta.

—Ya me sentía muerto.

Le contará a su hijo Eva que no fue él quién logró salvarse y salvar también a aquel hombre de tez oscura y ojos verdes si no la propia cola del remolino la que les sacó del fondo, como si les hubiera escupido un gran monstruo.

El río hace un amplio arco media legua más abajo y la propia corriente les llevará a la orilla, a una playa que ha fabricado la riada donde antes se extendía una vega en la que plantan pimienta en verano.

El gitano no llora, solo tiritita y mira con los ojos perdidos los remolinos cambiantes del río.

Ha dejado de llover.

Los dos caminan deprisa y en silencio por la carretera.

Jacinto pasará la noche en casa del Zorrero, su mujer les prepara sopa caliente de cachuelas, una sopa de pan, pimentón y cominos con trozos de hígado de cerdo. El furtivo le prestará su mejor ropa y los duros que le pagaron por la venta de unas pieles de tejón y zorro hace unas semanas.

Jacinto saldrá de Jara al amanecer, casi a escondidas, todavía sin asumir lo ocurrido, su terrible presente, un hombre solo, sin familia, sin memoria, sin razones para vivir.

Cuando pasa cerca de la alameda de las Pozas no se acuerda del cocodrilo que se escapó ayer, cuando cruza el río los barqueros no le reconocen. Evaristo le ha dado un papel con una dirección.

—Tienes que irte lejos, muy lejos para que dolor no te encuentre, no sepa donde estás —le dice antes de despedirle con un abrazo.

Esto le cuenta el viejo furtivo a su hijo el día que se va a la guerra.

—Al final tomó partido —me dice— tomo partido muchas veces, más tarde, ayudó a muchos con los bichos que cazaba hasta que le llevaron preso, por ser mi padre.

Estas son las primeras palabras con las que quiero recordar a Eva, aquel anciano vestido de adolescente que se presentó en mi casa uno días antes de mi regreso a Guatemala para contarme la última parte de esta historia que empezaron ellos y hoy es nuestra. Él me habló de otra forma de Teodoro y de Olga Havel, del general Miaja, del compañero Mera, de Jan y esos oscuros días en aquel Madrid sitiado.

—Mi padre era zorrero, trampero, furtivo, trasmallero, —dice Eva— se ganaba la vida con esas artes antiguas que la mayoría de la gente ya ha olvidado y tengo que agradecer a su ciencia y sus consejos que no muriera de hambre muchas veces. Pero mi juventud o mi infancia importan poco, me vine a Madrid en el treinta y seis pero ya había estado aquí muchas veces con los compañeros de la Confederación. Culpa de un maestro de escuela que nos leía a escondidas a Anselmo Lorenzo, a Lafargue, a Ferrer, y a Kropotkin. Le aseguro que no era difícil hacerse anarquista en aquella Extremadura de los años treinta, pero yo no importo, importa Usted y su amigo el que sigue estando en peligro aunque a él le importe tres pitos el lince. Teodoro también piensa que ya está todo arreglado y se ha marchado feliz a su selva. Así es él, siempre ha sido así, un poco tonto para ser tan leído, un poco ingenuo para haber vivido tantos peligros.

Evaristo atiza el fuego con la pinza y acerca sus manos un poco más al calor.

—Desconozco porqué Manuel Salgado era tan Amigo de Teodoro, sabía que era profesor y que colaboraba con artículos en el periódico “Frente Libertario”, yo había leído algunos suyos sobre Ferrer y la Escuela Moderna pero desde luego la primera impresión que me causó cuando lo tuve delante fue de cierto desprecio, incluso de repugnancia. Imagínate un tipo que abandona a su mujer y a su hijo en un pueblo tomado por los fascistas y que se hace pasar por muerto.

Cojo uno de mis cuadernos para tomar algunas notas aunque tengo la grabadora encendida.

—Yo había ido al cuartel de Miaja con las pruebas de la colaboración de la embajada de Turquía con los rebeldes, íbamos a informar que la asaltaríamos esa noche por la fuerza sin más contemplaciones de inmunidad diplomática ni historias. Miaja cerraba y abría los ojos, entre incrédulo y rabioso, las pruebas eran irrefutables, él sabía que el trabajo de Manuel Salgado como Jefe de los Servicios Especiales del Ministerio de la Guerra estaba siempre apoyado en pruebas objetivas, no en rumores, denuncias anónimas o las excusas que utilizaban los comunistas para cepillarse a cualquiera en sus checas. Además estaba también aquel asunto de la

emisora de radio de Barea en la que existían fundadas sospechas que era usada por un quintacolumnista que pasaba información importante de alguna forma que aún no sabíamos. Así estaban las cosas, tantos años perseguidos por la Guardia Civil y ahora nosotros nos habíamos convertido en policías. Salgado salió de la sala de mapas enfurecido, Miaja le había rogado que no asaltaran la legación hasta una semana después. Esperamos unos minutos a que Miaja nos firmara unos papeles. Entonces entró Teodoro, tenía toda la pinta de un señorito andaluz, moreno de tez, delgado y alto, vestido con un traje de buen corte y un abrigo gris de paño de Béjar, sería el típico transeúnte al que paras por la calle y le pides los papeles porque atufa a fascista. Pero Olga Havel, una de las traductoras de las Brigadas Internacionales, el Propio General Miaja y nuestro camarada Salgado nos pedirían después, en diferentes momentos y por diferentes motivos que nos convirtiéramos en su sombra, que su trabajo era secreto y vital, así que por turnos y en ocasiones los dos, Iker Elorza y yo fuimos sus guardaespaldas durante esos últimos meses hasta la caída de Madrid, fuimos juntos a Praga recién ocupada por los nazis, le ayudamos a llegar a Barcelona, cruzamos juntos Port Bou y compartimos la infamia y la miseria de los campos franceses.

Evaristo vuelve a remover los leños y se calla durante unos minutos.

—Y sobre todo nos hicimos amigos, nunca hemos perdido el contacto entre nosotros todos estos años.

El viejo me ha pedido un trago, mira mis maletas y luego me mira a los ojos interrogándome en silencio.

—Parece una broma que ahora me haya convertido en el guardaespaldas de su nieto, que los mismos enemigos de entonces intenten todavía aniquilarnos, que todavía quede una última batalla pendiente. Incluso le aseguro que su amiga Olga se parecía mucho a aquella otra Olga Havel, simpática, amable, cariñosa, fuerte, una vez le encañonó los huevos a un miliciano de la Columna de Hierro delante del propio Buenaventura porque le había tocado el culo. —Perdona camarada, se me ha escapado la mano sin querer— balbuceó aquel tiarrón curtido en todos los frentes, pero yo creo que más que por la pistola en sus partes se acojonó de la mirada furiosa de Olga. Hicimos buenas migas los cuatro enseguida, estaba claro que Iker, Olga y yo sabíamos muy bien de que iba aquella guerra, a que abismo nos estábamos acercando, pero Teodoro no, creía que era cuestión de días la intervención por fin de los ingleses y los franceses, creía en aquel tinglado de República que todos, incluidos nosotros, nos queríamos cargar desde el principio. Pero sobre todo fueron aquellas historias que contaba por la radio, aquellos cuentos que me traían el aroma de mi río al amanecer, el sonido de las cigüeñas en celo, machando ajo que se dice, el color turquesa de los lagartos, los gestos precisos y sabios de mi padre preparando los lazos para los conejos. Varios días contó las andanzas de Evaristo el

Zorrero, si mi padre le hubiera escuchado habría afirmado en silencio con la cabeza porque cada palabra, cada una de las escenas que evocaban sus frases eran, parecía como si se hubiera metido en mi propia memoria y estuviera leyendo mi cerebro, describiendo ante mis ojos lo que yo había vivido o lo que mi padre me había contado en cierta ocasión y yo había olvidado. No sabría explicar porqué también a aquella mujer checoslovaca, a Olga, su amante, le gustaban tanto como a mí aquellas historias.

Mientras miras al viejo Eva sentado junto al fuego hablando de aquel tiempo que siempre creíste tan remoto, vuelves a traer ante ti a Jan Král o tendrías que decir tal vez Pavel Májek y a Iker Elorza frente a frente en la entrada de su casa de Finca Alianza encañonándose ambos con sus armas. Pero no puedes imaginar el cuerpo inerte, envejecido, vencido al fin de ese Iker que te describe Evaristo. Solo guardas en tu memoria la imagen de aquel joven anarquista madrileño que ha sido oficial con Vicente Rojo antes de la guerra y que ha conocido a Teodoro en la Universidad siendo un alumno aplicado, casi tan experto como el profesor en la tragedia griega, también ha leído a Muller, Dwelshauvers, Bergson, Taine, Freud y lo que los últimos psicólogos creen saber de la memoria y el inconsciente. El padre de Iker tenía la extraña profesión de peletero y él tuvo el privilegio de recorrer con él desde la adolescencia las ciudades más perdidas de Europa. Ha ido a Joensuu al norte Finlandia a comprar pieles de zorro, allí el invierno congela el propio orín según cae al suelo, a Tomsk donde los soviets han montado una eficiente industria de cría de visones, a Estambul para pujar en el mercado por las mejores partidas de pieles de astracán, incluso has acompañado a su padre Dawson Creeke en Canadá para comprar castor y después hicisteis un largo viaje hasta Manaos para comprar pieles de anaconda y de nutria gigante. Iker ya es un hombre de mundo aunque acabe de cumplir los treinta, su padre Sebastián Elorza Breña, masón, librepensador, amante de la poesía y del oporto ha sabido huir a Londres a tiempo en cuanto empezó la guerra, pero se siente orgulloso de su hijo. No en vano en su juventud acompañó nada menos que a Anselmo Lorenzo a Londres en el setenta y uno a la conferencia de la A.I.T. y allí conoció a Carlos Marx en persona aquel maldito año de la Comuna de París y sus quince mil muertos por la represión. Un año después coincidió la escisión entre marxistas y bakuninistas en la I Internacional con la muerte de su padre, el abuelo de Iker y se vio obligado a la carga de convertirse de la noche a la mañana en pequeño empresario, con tres oficiales cortadores, dos sastres, cinco aprendices, un contable y en tutor de sus dos hermanos pequeños ya que su madre había muerto también de fiebres en el último parto. Todavía su padre en el ochenta y seis, ya convertido en gran burgués, financiará en secreto los folletos de Anselmo “Acracia o República y “Fuera política”, justo el mismo año en el que nace

el infausto Alfonso XIII, el mismo año que comienza desde América la campaña universal por las ocho horas y se firma la abolición de la esclavitud en Cuba. En sus talleres hace ya mucho tiempo que se trabaja esa jornada y se reparte entre todos la mitad de los beneficios, pero en secreto y bajo juramento, si se supiera sus queridos amigos del casino le quemarían el taller. En mil novecientos tres, justo el año en que los Wright fabrican su aeroplano financiará la aventura de la Editorial de la Escuela Moderna del viejo compañero Anselmo y de Ferrer y por último, seis años después, el año de la semana trágica, del fusilamiento del pobre Ferrer, ayudará a Lorenzo en su destierro en Alcañiz.

Pero su hijo Iker, nunca sabrá nada de esto, sabe que ha dado un disgusto a su padre al ingresar en la academia militar y que su madre desde Londres sufrirá pesadillas e insomnio con solo sospechar como suenan las granadas y las balas que su hijo evita en la trinchera mientras espera con la pistola en la mano la orden de avance de Mera.

Así me lo describe Evaristo.

Así completo yo su biografía. Los documentos que me envió Dimitri también me hablarán de él, pero ya es otro Iker aunque conserva el chaquetón de cuero forrado que le hicieron los trabajadores del taller de su padre, ya no cuenta chistes ni adoctrina con frases escogidas a sus camaradas, su risa fácil se ha convertido en una mueca severa, se escapará de Argelés a los pocos días y después, durante la guerra mundial forma parte de una partida francesa de Maquis encargada de pasar pilotos aliados y familias judías por los Pirineos junto a un antiguo brigadista amigo llamado Jan. Escapará de la Gestapo de milagro, buscará refugio en Londres, volverá a los Pirineos al acabar la guerra engañado con la esperanza de una invasión aliada, será capaz de atravesar España para reencontrarse con un amigo guerrillero poco antes de la toma de Mesas de Ibor y volverá a Francia no sin antes pasar por Madrid, entrar en la peletería de su padre, otra vez son las marquesas, los estraperlistas y los nuevos gerifaltes quienes se hacen los abrigos en Casa Elorza, todos los dependientes son nuevos, solo está de los de antes Ramón, el oficial cortador quién le trata como a un cliente más y le ofrece a probarse un soberbio abrigo de cuero negro forrado y un kifi a juego en auténtico fieltro, en un susurro Ramón le confirmará que ahora los talleres ya no son de la familia, los ha confiscado un pariente lejano a quién Iker ni siquiera conoce, pero que sabe lucir como nadie los correaes de falangista y los habanos. Cuando sale de la tienda y atraviesa la ciudad a pie hasta la estación del Norte, va descubriendo que Madrid en nada se parece a la ciudad de su infancia, solo los mendigos y los ojos huidizos o de abierto terror con que le miran algunos transeúntes le recuerdan que aún hay peligro, un peligro que él mismo encarna cuando descubre, al cruzarse con

un policía que le saluda, que va disfrazado de policía secreta con ese abrigo y ese sombrero siniestro.

—Poco se de su vida después.

Me dice Evaristo mientras acerca sus manos al fuego de la chimenea y siente un escalofrío.

—Volvimos a estar en contacto en los setenta, me escribió una larga carta contándome sus andanzas. Sé que durante muchos años, por encargo de Mera, buscó el rastro de un traidor, un topo como se dice ahora, que pasaba información a Burgos sobre los preparativos del golpe de Casado y de los puntos más sensibles de la rendición, alguien que de alguna forma también intervino en la muerte de Olga. Lo último que supe de él es que se fue a la Argentina, me llamó por teléfono desde el mismo aeropuerto. —Compañero, por fin se quién es el traidor, te llamaré desde allí, incluso quiero subir a Brasil a hacer una visita al profesor—. Pero no he vuelto a saber de él, desapareció. Escribí semanas después a nuestra gente de la Hermandad, pero su pista se pierde en la Pampa.

—¿Y eso de “La Hermandad” —te pregunto—.

—No es nada, otra vieja historia.

—¿Qué era, otro grupúsculo anarquista, una secta masónica, una peña de amigos o algo por el estilo?.

—Tal vez algo por el estilo —ríe—. Solo era una estrategia para protegernos en unos tiempos cada vez más difíciles para gente como nosotros, era una especie de pacto de ayuda mutua en caso de peligro. Como decís vosotros: los amigos de mis amigos son mis amigos, más o menos.

La Hermandad, esa palabra escrita de pasada en el artículo que escribiste sobre los exiliados en Nueva York no era nada hasta que la escuché por casualidad otra vez por televisión en un documental de la 2 sobre el Estalinismo en la Guerra Civil.

Indagué y logré hablar con uno de los periodistas que habían estado investigando el asesinato de Andreu Nin a manos de la GPU. En un momento del reportaje se muestran documentos, informes de agentes, ordenes de Beria sobre la llamada “operación Nicolai” que tenía como objetivo eliminar al POUM. La cámara enfoca un segundo diversos documentos y en medio de un montón de palabras ininteligibles escritas en ruso leo una palabra en mayúsculas y entrecomillada “*La HERMANDAD*”.

Eva apura el vino y me pide que apague la grabadora.

—Nació en los tiempos heroicos de las primeras acciones anarquistas en Andalucía y Extremadura, cuando ser y ejercer de anarquista empezó a tener graves consecuencias, entonces si alguien estaba amenazado pedía

ayuda a un amigo íntimo y ese amigo hacía lo que estaba en su mano para evitar que le hicieran daño a él o a los suyos. Era cuestión de salvarle el pellejo, la vida y eso estaba siempre por encima de cualquier diferencia ideológica fuera la que fuera. Luego la red se extendió y lo que comenzó siendo un pequeño grupo de allegados y amigos en cuatro o cinco provincias del sur acabó extendiéndose por muchos países.

—¿Pero cómo sabíais quién era o quién no era de la Hermandad?

—le pregunto—, ¿teníais alguna señal, alguna contraseña, algún gesto?.

—Nada de eso, las cosas entre nosotros eran más sencillas, bastaba que un amigo te diera el nombre de otro si ibas a viajar a otra ciudad y cuando ibas a su casa porque necesitabas alojamiento, o comida o unos reales para seguir el camino o cualquier cosa necesaria, decías “soy hermano de fulano”.

—¿Y nadie se hizo pasar por “hermano” para infiltrarse en vuestras organizaciones?.

—Nadie —afirma con rotundidad el viejo—.

—Además ser hermano no implicaba estar afiliado a una organización en concreto, bastaba con ser anarquista o haber sido anarquista y haber sido introducido en el pacto por algún amigo íntimo. Yo tenía hermanos que acabaron en el PSOE, en el POUM, en Esquerra, en la UGT y en otros partidos o sindicatos que nada tenían de anarquistas. Lo curioso es que esa red de ayuda ni siquiera tenía nombre, eso de “*La Hermandad*” supongo que viene de las siglas UHP porque entre nosotros nunca la llamamos de ninguna forma. Pero ya es agua pasada niña, ahora que vivimos en una democracia monárquica burguesa nadie viene a nuestra casa a pegarnos un tiro por pensar diferente, La Hermandad ya no existe, no tiene razón de ser.

—¿Y porqué crees tú que Stalin estaba interesado en la gente de la Hermandad?.

Entonces Evaristo deja de sonreír.

—¿Stalin?, No me consta que persiguiera en particular a la gente que estaba en el pacto, ni creo que supiera nada de ella, si persiguió a los troskistas, a los anarquistas o a la gente del POUM, por ejemplo, que no eran ni lo uno ni lo otro, era porque no seguían sus consignas, eran traidores, no porque pertenecieran a La Hermandad.

—Pues hay un documento recién desenterrado de las catacumbas del KGB que habla de ella, lo he visto en la televisión —le digo—.

Sólo Orlov sabía el verdadero alcance del caso Nikolai aunque cuando escuchó por primera vez el asunto de *la Hermandad* lo tomó a

broma, una paranoia más de Beria. Él sabía hacer bien su trabajo, acabar con el POUM le pareció desde el principio cosa fácil, aunque le incomodaran las prisas repentinas que le habían entrado a Stalin y la especial manía que parecía tener hacia el tal Nin en persona.

Pero bastante antes de que llegara la orden de acabar con el cabecilla del POUM comenzó a tener la sospecha de que *La Hermandad* podía ser realmente peligrosa, no sabía qué era exactamente, ni cual era su importancia política ni hasta donde llegaba su influencia. Unos pocos troskistas y brigadistas torturados o amenazados le habían confesado que tan solo era un grupo de amigos que se ayudaban en caso de apuro.

Ahora tenía pruebas de que Nin pertenecía a *La Hermandad* desde sus tiempos de cenetista, sabía que gracias a ella cruzó toda Europa y había podido regresar sano y salvo de Moscú a Barcelona.

Semanas antes Orlov había mandado un cifrado a la Central de la NKVD:

“Teniendo en cuenta que, en este caso (Falange Española), la mayoría de los implicados ha confesado, ha causado una seria impresión en los círculos militares y gubernamentales, que el caso está bien documentado y argumentado gracias a la total confesión de los acusados, he decidido utilizar la importancia y la indiscutibilidad del caso para implicar a la dirección del POUM. Hemos redactado el documento anexo, que revela la colaboración de la dirección del POUM con la organización Falange Española y, a través de ella, con Franco y con Alemania. Cifraremos el contenido de este documento con el código secreto de Franco que tenemos a nuestra disposición y lo escribiremos (con tinta simpática) detrás del plano de la situación de nuestros puntos de fuego en la Casa de Campo, interceptado a la organización”.

Pero la respuesta inmediata fue toda una sorpresa para el veterano agente: *“Dejar asunto POUM a autoridades españolas prioridad para Xvied (nombre clave de Orlov) investigación sobre La Hermandad”*

Sólo un mes antes, en su vida había oído hablar de la contrarrevolucionaria Hermandad y de pronto, lo que imaginó que era un cuento de hadas inventado por algún fanático del PSUC o del PCE o la invención del algún burócrata estreñado de Moscú, le estallaba delante de los ojos en forma de certeza.

Nin podía haberse inventado cualquier cosa, haber dado algunos datos y nombres, haber firmado los papeles y así poder morir con rapidez y sin dolor. Pero no dijo nada, aguantó la tortura y aquella palabra inocua se fue convirtiendo en amenaza cuando día tras día le exigían datos y resultados desde Moscú.

Leva Lazarevitx Feldvin Alias Orlov ahora se llama William Goldin, vendedor y tranquilo ciudadano estadounidense que riega las petunias en el jardín trasero de su casa mientras recuerda los gritos que pegaba Andreu Nin cuando le despellejaban. Le exaspera su negativa a firmar los documentos que permitirán acusar al POUM de emboscados de los fascistas, le asombra la dignidad del siempre delicado y enfermizo Nin acusándoles a ellos de asesinos y estalinistas rabiosos con un hilillo de voz. Los tipos de la Brigada Especial de la Comisaría General de Investigación y Vigilancia se emplearon a fondo, no le golpearon para que estuviera lúcido en todo momento, no les interesaba tener entre manos a un guiñapo sanguinolento y medio inconsciente, se dedicaron primero a arrancarle las uñas con unas tenacillas y después a desollarle como a un cerdo, los gritos que pegaba el pobre hombre les dejaba medio sordos, los de la Brigada le exigían los nombres y los escondrijos de sus cómplices y Andreu nombraba a Zinoviev, Kamenev, Smirnov y a todos los héroes de la revolución que había ejecutado Stalin. En un descanso entró Orlov y le preguntó en ruso:

—Salud camarada, ¿me puede decir quienes pertenecen a La Hermandad?.

Entonces la mueca de infinito dolor de Andreu Nin desapareció por un segundo de su cara y esbozó una sonrisa que estalló en una carcajada de loco antes de musitar:

—Nadie puede acabar con La Hermandad, ni siquiera el cabrón de Stalin.

Orlov dejó que le mataran los españoles cuando tuvo la certeza de que era imposible doblegar su voluntad. Era el primero, pensó con cierta inquietud. Enterraron el cuerpo en una fosa que ya habían hecho los de la brigada a medio camino entre Alcalá y Perales de Tajuña, un agujero profundo junto a una linde en la que había un granado, lo recuerda muy bien.

A primeros de julio del treinta y ocho le ordenaron con urgencia presentarse en París: “ *La llamada no tenía ningún sentido operativo y leí bien claro que se estaba preparando una trampa para cogerme y yo me sentía inocente. La purga del aparato que se está realizando también quiere sacrificarme. Sabía que mi destino estaba fijado y que me esperaba la muerte. Todo esto pese a haber arriesgado mi vida por el partido y la causa*”. Pocos meses después el recuerdo del pobre Nin se convirtió en un seguro de vida de él y el resto de su familia que permanecía en la URSS. Bastó escribir a Iejov “*Tengo las fotografías y los nombres auténticos de los que participaron en el caso Nikolai.*” Para que su busca y captura mundial ordenada por Stalin quedase paralizada de momento.

En los documentos que había leído sobre Nin podía deducirse fácilmente que había sido un tipo importante en el Soviet, un individuo considerado con gente tan dispar como Lenin o Bujarin, Trosky y Zinoviev, no era un traidor cualquiera, además había trabajado para la Internacional Comunista realizando misiones en Francia, Italia, Alemania... Pero desde el veintiséis comienza a ser una de las voces de la Oposición de izquierda escribiendo textos sobre el peligro de la burocratización, el derecho a pensar y hablar libremente o la democracia obrera y luego se descubrieron todas aquellas traiciones y hubo que deportar mucha gente a Siberia.

A Orlov le constaba que Nin fue avisado, pero se atrevió a organizar la ayuda a Trosky. Aún no entendía por qué Stalin no le eliminó entonces. Orlov recuerda bien aquellos días de sangre e infamia al servicio del Padrecito mientras riega sus petunias rojas, sus matas de menta y el pequeño limonero que acaba de plantar.

A veces sueña con Nin, pero siente el sueño como quien ve una vieja y aburrida película, Andreu vuelve a pegar berridos mientras le quitan la piel con las tenazas. Ojalá hubiera sido la simple eliminación de una organización Troskista, pero no, aquella vez era el mismísimo Stalin quién estaba empeñado en saber qué era exactamente y quienes pertenecían a la misteriosa Hermandad y hasta donde llegaba su contaminación dentro de los partidos comunistas de Europa, la misma simple idea de la “ayuda mutua” amenazaba de raíz el concepto ideal del “bien común socialista”.

Ahora, años después va atando cabos, tal vez la ausencia de información sobre la Hermandad comenzara a levantar sospechas en Moscú, sobre todo por que él siempre había sido un eficaz y diligente informador y el repentino silencio sobre el tema le contaminó con la sospecha de que tal vez él mismo pertenecía a la maldita conjura.

—¿Porqué no quieres que grave todo esto? —le pregunto a Eva—.

—Manías de viejo —me responde— Nin Era muy amigo de Iker Elorza y en cuanto desapareció y comenzó la campaña de infamias sobre el POUM, Iker sabía que Orlov y otras personas del PCE estaban detrás de la desaparición y movimos a nuestra gente para intentar saber donde le tenían escondido y rescatarlo. Iker quería hacer lo mismo con Orlov, secuestrarle y pedir un intercambio, pero el ruso desapareció sin dejar rastro y nunca supimos los nombres de los españoles que participaron en el asesinato.

—¿Y cómo sabéis que el nieto de Teodoro está en peligro? —pregunto a Evaristo—.

El anciano mira al fuego en silencio y el silencio se va alargando, se mezcla con las llamas de la chimenea, con el sonido de su respiración fatigada y de mi angustia. Eva mira el fuego y tiembla.

—Es involuntario, hay algo en mi cabeza que dice a mi cuerpo que tiemble cada vez que estoy ante una chimenea, tal vez tantos días de frío que pasamos, durante tantos meses, tantos años. Nosotros, digamos que gente de la “Hermandad”, hemos sido los ángeles de la guarda de su familia, primero de la mujer de Teodoro y de su hijo, durante la postguerra nos encargamos que no pasaran miserias, ni hambre, que su hijo tuviera recursos para estudiar en Madrid y convertirse en un hombre libre y después, cuando su nieto regresó al pueblo y se hizo la casa al pie del Tietar y comenzó todo el lío del lince decidimos, los pocos que quedábamos, seguir protegiéndole. Además se parece tanto a su abuelo.

—Si, pero ¿de quién le protegéis?.

Cojo ahora la voz de Evaristo, la de Orlov, Iker, Dimitri, la del propio Teodoro para reconstruir aquel tiempo.

Evaristo no me respondió aquella tarde.

Tampoco yo he descubierto porqué Teodoro quiso seguir en Madrid y unir su vida a la de la ciudad sitiada, convertirse en espía, perseguir a quintacolumnistas que en otro tiempo habían sido sus compañeros de Universidad, viajar a Praga a comprar armas. Solo tengo el encuentro con Olga Havel, las cartas de esa mujer nunca enviadas a Jacinto a Praga, pero no se nada de su oscura transformación en agente más o menos libre del SIM, más o menos fiel a Miaja, más o menos afín a los anarquistas de Salgado. Ni sé porqué todos ellos, vosotros, le protegisteis cuando por menos se ejecutó a tantos. Hasta los siniestros asesinos de la NKVD de Orlov impidieron que cierto comisario comunista le metiera en una checa.

Sigo sin entender como Miaja se prestó a la farsa de su muerte, porqué Salgado le fabricó una perfecta identidad falsa, porqué Gustavo Durán le regaló una pistola con la que disparó en el pasillo oscuro de Transradio a Angel Edelman y porqué, pudiendo hacerlo, no quiso matarle.

—Teodoro podía haber regresado a Jara al principio de la guerra cuando envió a su mujer al pueblo. El hijo del mantero no tenía enemigos, incluso el cura del pueblo era su amigo, Teodoro era una extraña mezcla entre republicano ilustrado y católico humanitarista. Ahora recuerdo a Tomás Sánchez, el alcalde del Frente Popular, el padre de su mujer Ramona, terrateniente de la CEDA, a Luís Cabrera, falangista y poetaastro oficial de Jara a Julio Enríquez de la CNT. Creo que entonces todos le hubieran protegido, no tenía enemigos, no se significo en las elecciones. Para unos hubiera sido un candidato dialogante de la CEDA, ideal para

romper la imagen señoritinga de la coalición, para otros se hubieras convertido en el típico candidato ilustre del Frente Popular, ideal para acabar con el temor revolucionario que tenían algunos —me cuenta Evaristo—.

Teodoro estaba en aquel tiempo enfrascado en la redacción final de un primer diccionario Griego—Castellano y apenas salía de la Biblioteca de la Facultad. Solo rompió su neutralidad, una semana después de la victoria del Frente Popular, cuando fue cenar con Manuel Chaves y con Salgado a Lardy.

—¡Por la República! —brindó Chaves—.

—¡Por la Revolución! —grito Salgado—.

—¡Por vosotros amigos! —dijo Teodoro— ¡Por la gente libre que no usa las palabras para imponer silencio, por la República y la Revolución!.

—Si Teodoro hubiera regresado al pueblo —prosigue Evaristo—nadie se habría extrañado, un catedrático de psicología, un experto en Eurípides que vivía más en los libros que en la realidad, seguro que después de la guerra los fascistas no le habrían depurado. Pero Teodoro no regresó, se quedó en Madrid, se hizo espía, borró su pasado con su falsa muerte, ahora caigo en que ya entonces era un exiliado, un fugitivo mucho antes del fin de la guerra.

Evaristo deja de nuevo hablar al silencio durante muchos minutos, sigue temblando ante el fuego y hablando sin mirarme.

—Incluso quiero creer que si se hubiera quedado en Madrid tras su caída gente de la Quinta Columna que él conocía como García Bellido o Dionisio Pizarro que estuvieron y creyeron también en las propuestas de rendición de Casado como la mejor forma de no prolongar después de la guerra el dolor y la muerte, le habrían protegido evitando su fusilamiento. Pero fue hasta el último momento un republicano leal trabajando en aquel oficio que a todos nos daba cierta repugnancia, amenazado por los obuses de las siete de la tarde cuando a esa hora iba a la radio, saboreando el estofado de perro, siempre bajo la amenaza de esa ofensiva final tan anunciada, el tiro de un emboscado, el odio de cualquiera con carnet del Partido y después, camino ya de la frontera con Francia, huyendo con la gente de a pie en vez de aprovechar los aviones del Gobierno o los barcos fletados por los partidos, sufriendo el hielo, los vuelos rasantes de los aviones ametrallando por gusto a la gente, la humillación de los gendarmes, la miseria de los campos de concentración la aventura incierta de un exilio en el peor lugar del mundo, perseguido,apestado.

XI

Dijiste: —Imagínate, vinieron de todas partes a luchar contra el fascismo. Ponte en su lugar por un momento. Murieron a miles. Los que quedaron no dejaron ya nunca de ser Brigadistas, viejos locos, ilusos.

JACINTO HEREDIA TOCA LA GUITARRA EN LA COCINA mirando la pequeña fotografía de un carromato coloreada a mano. Recuerda el sol tibio sobre los tejados verdes de la ciudad, el brillo del agua mansa del Moldava, las pocas palabras de Checo que ha ido aprendiendo en la pensión donde se alojó hace ya un mes.

Ella se paró frente a su sombrero para escucharle y se apoyó en el muro del puente. Recuerda que la barra de pan que asomaba de la bolsa de tela azul era del mismo color que la trenza de su pelo. Guarda en su memoria la intensidad de sus ojos azules, el vestido blanco con flores verdes y amarillas en el que está escrito que la primavera avanza por Praga haciendo hermosas a las mujeres, los jardines, las miradas, la cita regular y silenciosa en la que se han convertido sus encuentros junto al puente de Carlos, un gitano que huye y una adolescente dorada. Jacinto toca entonces su guitarra con la parte del alma que aún tienen intacta, canta por lo bajo, solo para ella, para la mujer que sonrío y una tarde, esa tarde, cuando termina de tocar y recoger las monedas que los transeúntes han dejado en su sombrero le coge de la mano y le invita a cenar a su casa balbuceando unas pocas palabras en español que a Jacinto le suenan como la lluvia de madrugada cuando era niño y la lona del carro y el calor de los cuerpos le hacían sentirse seguro.

Cuando al día siguiente deja la pensión de Sergi, el viejo anarquista le da la mano y le dice lo mismo que aquella mañana, no hace tanto, dos o tres meses, en que golpeó la puerta de la pensión y le entregó al dueño el papel amarillento que le dio el Zorrero al despedirse junto al Tietar.

—Salud hermano, Praga es una ciudad amable con los viajeros y los artistas y aquí siempre tendrás una cama y un plato de sopa si lo necesitas. Buena suerte.

Han pasado veinte años desde entonces y hace un año que murió su mujer. Todas las tardes, cuando se marchan los alumnos de guitarra toca una hora frente a su retrato y la diminuta fotografía del “Circus Magníficus” y llora despacio, después de tantos años ha vuelto a recordar como se llora cuando se pierde esa parte de nosotros que habita en otros cuerpos. También llora cuando recibe las cartas de Olga Havel desde Madrid con las transcripciones de los cuentos que Teodoro lee por la radio o cuando por la noche, ya dormido, sueña con un río turbio que le arrastra al fondo.

Esa tarde cuando deja de tocar y acaba de guardar la guitarra en su funda suena la campanilla de la puerta, dos tipos que se identifican como policías le piden sus documentos, registran la casa, preguntan por Olga Havel, encuentran sus cartas, pisan su guitarra, atemorizan al viejo con amenazas.

—Olga es una peligrosa revolucionaria huida a España— afirma el más joven que no puede ocultar un extraño acento que Jacinto identifica como alemán. Para el viejo gitano Olga es una niña que se calienta las manos entre las suyas antes de comenzar la clase, es una mujer hermosa que le besa en los labios antes de despedirse.

—Voy a tu tierra a luchar por la libertad, a sentir como suenan en otras bocas todas esas palabras que me has enseñado estos años, a dejar que el sol enrojezca mi piel y me caliente los dedos con la ternura de los españoles.

Cuando pasa el peligro de los aviones y todos salen de nuevo a la calle, Jan Pavel se despide de Olga y de sus amigos con la mejor de sus sonrisas, de nuevo está delante del cartel de la CNT que alerta sobre los espías, los quintacolumnistas, los emboscados que pasan información a los rebeldes, pero Jan domina su miedo.

Esa misma tarde, saboreando un excelente café en la embajada soviética frente a Alexander, mientras le cuenta con detalle el casual encuentro del día con su antigua camarada de clases de guitarra y castellano y le pasa a Orlov el papelito acostumbrado con los nombres de los brigadistas dudosos, no puede evitar el temor cuando el ogro se atusa los lacios y escasos cabellos de su calva y le pide más detalles de la camarada Olga Havel, cuándo la conoció, dónde vivía en Praga, quienes son sus

amigos en el Partido. El siempre ingenioso, audaz y seguro jefe de contraespionaje ruso se muestra más cortante de lo habitual, más nervioso. El perfecto inglés en el que habla pierde su barniz cuando sospecha o intuye que Jan no le cuenta todo.

—¡No me joda Jan!, El padrecito está rabioso con el descubrimiento de que nuestros borbarderos SB y nuestros cazas son una mierda en comparación con la aviación alemana, por mucho que los pilotos republicanos sean heroicos. Mucha maniobrabilidad y mucho cuento de la propaganda pero los alemanes son más veloces y tienen ametralladoras más potentes. A Stalin le han estado maquillando el asunto hasta ahora y ahora no hay explicación para el fracaso, así que ahora está rabioso y se va a cepillar a todo el que haya ido presumiendo de soldadito victorioso.

Orlov acabó de un sorbo su taza de café y dejó de susurrar en español para volver al inglés.

—Por esto que le he contado podría ser fusilado por derrotismo, yo mismo me tendría que mandar fusilar.

Alexander esboza una mínima sonrisa ante su pésimo chiste.

—Van a rodar cabezas pero no quiero que sean las de mi gente, el Gran Jefe quiere los nombres de todos los agentes de Hitler que hay en las Brigadas y nosotros le vamos a dar una lista bien larga.

Jan y Orlov siempre se han tratado con frialdad, casi con desconfianza, pero ambos se aprecian en secreto. Jan cree que el ogro, como suelen llamarle algunos de la embajada es un jefe eficaz y práctico que solo piensa en el trabajo bien hecho, en seguir las órdenes del ministro o del mismo Stalin sin sombra de duda. Orlov admira el valor de Jan, la meticulosidad y claridad de sus informes, los argumentos y datos que adjunta en las listas de brigadistas sospechosos y, por encima de todo, su simpatía natural, ese don de gentes que hace que nadie pueda decir nada que aquel joven y entusiasta comunista checo.

Solo muchos años después, durante un tedioso viaje en autobús a Cleveland, el viejo Aleksandr ojea distraído una revista de caza que se ha dejado en su asiento algún pasajero, uno de los reportajes hablan de las fabulosas cacerías de ciervos en la Pampa. A Orlov nunca le han gustado las armas, ni eso de perseguir un animal y descerrarle un tiro con precisión, le parece algo infantil, primitivo, no encuentra ninguna gracia en eso de posar junto a la cornamenta de una pobre bestia o frente a docenas de liebres y pájaros muertos amontonados en el suelo, le parece patética la pose de los yanquis, sus caras satisfechas compartiendo la gloria con sus rifles de mil dólares. Odia esa forma de escribir, las palabras de entusiasmo por la cantidad y calidad de los animales asesinados. Va a cerrar la revista cuando se fija en una de las últimas fotografías, en ella el grupo de cazadores posa

ante la mansión de su anfitrión argentino. El viejo espía invulnerable que fue capaz de huir sin dejar rastro en el momento que el que supo que las hienas del OGPU iban a asesinarlo como a tantos camaradas héroes de la Unión Soviética, el viejo artista que es capaz de seguir desinformando a los chicos del FBI cada vez que vienen a interrogarle con nuevos métodos y nuevas estrategias que él ya empleaba treinta años antes, el valiente soldado condecorado con la Orden de Lenin y de la Bandera Roja está a punto de romper a llorar de rabia, de miedo, de furia mirando esa fotografía tomada un año antes frente a la casona de la “Finca Alianza”. Su mujer María Vladislavovna siente que la caricia de las manos de su marido sobre las suyas se vuelve arañazo y mira asustada la mueca de dolor, el temor de sus ojos.

En las tediosas sesiones de interrogatorio con los chicos del FBI una vez le preguntaron por su relación con Jan Král, confidente de Abewhr, había dicho el policía. Orlov siguió fumando sin mostrar ni un ápice de sorpresa aunque sintió un profundo escalofrío por toda la espalda.

Jan Král era un joven inquieto y culto, con veinte años domina como un nativo el inglés y el alemán como su padre Herman y el checo y el francés de su madre Andrea, ha estudiado ingeniería para seguir la tradición familiar y en solo un año de trabajo en la factoría de motores ha duplicado las ventas de varios modelos, ha mejorado las escobillas de un motor eléctrico haciendo que sea más fiable y duradero. Le gusta la poesía y la filosofía, cree que este siglo veinte será una época de esplendor y progreso inimaginable, que el hombre dominará la naturaleza, utilizará el avión para ir al trabajo, vencerá las enfermedades y se construirá una gran asociación de naciones regida por los hombres más sabios del mundo, una especie de gobierno mundial benefactor. Jan cree saber de sexo todo lo necesario a decir de su novia Erica con la que piensa casarse pero su gran pasión no son los motores eléctricos, ni la poesía de Hölderlin, ni las suaves curvas de Erica y el olor dulce de su sexo, su gran pasión son las montañas heladas de Francia donde se esconden los rebecos, los bosques espesos de Austria en los que retumba el grito de celo de los urogallos, la espesura de los montes Rumanos en los que acecha el oso pardo, los suaves trigales manchegos donde cantan las perdices rojas, el sonido de la escarcha bajo las botas, el sol creciendo entre los robles, el aliento helado del amanecer sobre su rostro recién afeitado, el olor de los pinos, el latido el perro cuando reencuentra el rastro de la pieza, el cansancio que se va acumulando en las piernas después de todo el día caminando y el olor delicioso a pólvora quemada tras el estampido.

Los domingos sale en automóvil a los bosques cercanos de Praga tras los ciervos o los faisanes, cuando tiene que viajar con su padre a otros

países para cerrar ventas o contactar con proveedores nunca olvida su pareja de escopetas Purdey que su progenitor le regaló al terminar la ingeniería, ni su pequeño Remington de caja larga con su nombre grabado en plata que le regaló el abuelo Oscar poco antes de morir. Su padre en cambio aborrece la caza pero ha descubierto que en las cacerías se hacen mejores tratos y se pactan acuerdos comerciales muchos más beneficiosos para la empresa que en los despachos y salones y en las cacerías su hijo Jan es el héroe, con catorce años en su primera gran batida mató un espléndido venado de veinticinco puntas con un diminuto rifle del veintidós.

El barón Alfred von Beumelburg que ha presenciado el lance porque comparte puesto con el muchacho afirmaba que Jan le había preguntado un segundo antes de disparar donde quería que colocara la bala si en el corazón o las cervicales de la res, el anciano Barón afirmó que el corazón era el punto más adecuado e inmediatamente sonó el pequeño estampido de la carabina y se desplomó el inmenso ciervo a unos cien metros. Al terminar la cacería fue el mismo barón quien desvisceró al animal con su cuchillo de hoja damasquinada y ya con el corazón en la mano lo paseó entre todos los cazadores para que admirasen el pequeño agujero que atravesaba los dos ventrículos. El Barón Alfred obsequió al niño con el mismo cuchillo de montería con el que había sacado el corazón al venado y le entregó también con gran ceremonia su rifle máspreciado, un grandioso Holland&Holland con grabados en las pletinas de elefantes amenazadores chapados en oro y una frase en latín cincelada en el guardamanos *"iam mens praetrepidans avet vagari, iam laeti studio pedes vigescunt."* El arma era todo un Rolls Royce de las carabinas de caza mayor que el Barón había utilizado en sus safaris por Asia y Africa para abatir grandes antílopes, elefantes, osos, búfalos cafre, tigres de Bengala.

Desde entonces el Barón invita a pasar una semana a Jan en su finca en los Sudetes. Von Beumelburg, a pesar e su obesidad y de la gota que le martiriza de vez en cuando, es un sabio cazador y un delicioso narrador que contará junto al fuego a Jan toda su vida y todos los secretos que conoce del noble arte de la caza. A veces el amanecer les sorprende aún junto a las cenizas apagadas de la chimenea de la biblioteca, la frasca de coñac vacía y los ojos de Jan muy abiertos, escuchando con delectación los miles de lances y de aventuras que el viejo ha vivido, parece presenciar allí mismo la carga del búfalo, el rugido de la fiera, la furia de un elefante herido.

Jan no sabe exactamente porqué le es tan fácil meter la bala en el lugar que sea aunque la pieza esté demasiado lejos, la niebla impida la visibilidad, el calibre no sea el adecuado, su puntería es casi mágica, el animal se derrumba casi siempre tras el disparo. Para Jan ese don que tanto admiran sus amigos no significa demasiado. Él prefiere el rececho o el aguardo antes que las grandes batidas que son más un acto social que una forma de caza, él prefiere perder el día entero por los bosques o las

montañas rastreando la pieza solo o en compañía de algún guía o quedarse inmóvil horas y horas escondido en un puesto soportando los calambres y el temblor del frío esperando a que pase por el sendero ese inmenso jabalí de doscientos kilos que según afirman los campesinos todas las noches arrasa los campos de patatas. Allí está su arrogante cabeza canosa, en el salón de trofeos del palacio junto a los leones, tigres, leopardos, antílopes, venados y cabras monteses que mató el Barón.

A los catorce años se atrevió a disparar el Holland&Holland rompiéndose con el brutal retroceso la clavícula. Aquel día lloró furioso más que por el dolor de la fractura por la rabia de ver la traición de su cuerpo. A los diecinueve volvió a sacar el rifle del armero ante la invitación del viejo de terminar con un monstruoso jabalí de casi trescientos kilos. Von Beumelburg no dijo nada cuando vio al Jan abrigado con su grueso chaquetón de lana cruda sin desengrasar, su gorro de piel de visón y su exagerado rifle salir del coche, había viajado toda la noche desde Praga. Le acompañaría Herman el nieto más querido de von Beumelburg recién llegado de Berlín. Herman Beumelburg heredará sin duda en título del Barón, no su padre Hans que es demasiado aficionado a los licores, la cocaína, las piernas suaves de las bailarinas, los sexos carnosos de las francesas, las vulvas estrechas de las inglesas, los coños calientes de las españolas como para preocuparse por su futuro, su futuro es la copa que sostiene con delicadeza, el gemido compartido con su última amante, los besos llenos de ternura con lo que recorre un cuerpo mientras suena la música de un violonchelista español en el gramófono, su padre odia el campo, las cacerías, los fantoches disfrazados que están cerrando todos los garitos de Berlín, por eso ahora vive en Londres y se pegará un tiro en la boca unos años después mientras caen las primeras bombas alemanas sobre la ciudad que ama.

Herman ha heredado la pasión del abuelo por la caza, los espacios abiertos, la naturaleza, la fuerza, el instinto, la mítica de la nobleza. Junto a su amigo Jan ha cazado palomas en Inglaterra, urogallos en Inverness y Angus, Faisanes en Hungría al norte de Budapest, entre bosques frondosos cubiertos de nieve; ha recechado IbeX en Austria, abatido gansos en Islandia, enormes jabalíes en Rumania, se han perdido juntos varios días en los impenetrables bosques de los Alpes Transilvanos, Pitetsi, Timisoara, Suceava son nombres grabados en las placas de sus mejores trofeos; han perseguido juntos los mejores corzos de las Landas, de Bretaña, de Burdeos y el año pasado se fueron juntos a España para cazar rebecos en los Pirineos y unos cientos de perdices por los campos manchegos.

Él, como casi todos los jóvenes nobles alemanes, se ha apuntado al partido Nacional Socialista y entrega generosas cantidades de dinero a Hitler para que Alemania se convierta de nuevo en la gran nación guía del mundo hacia el progreso y la paz mundial. *"Iam mens praetrepidans avet*

vagari, iam laeti studio pedes vigescunt". "Ya mi corazón, impaciente, ansía viajar, ya mis piernas, alborozadas, recobran sus fuerzas".

Fue la noche del aguardo a un viejo jabalí de casi trescientos kilos que arrasaba los campos de patatas cuando Jan entendió el significado oculto de esos versos de Catulo que tanto trabajo dieron a los ebanistas ingleses.

Herman y Jan se han colocado en los puestos del sendero norte, ambos saben que la fiera entrará desde el bosque, que la brisa sopla hacia el sur, la inclinación inicial del terreno obligará al jabalí a bajar por el estrecho sendero que está apenas a veinte metros de cada uno de los puestos,

Pero nada fue así.

El sabio del bosque entró por detrás cruzando los huertos y husmeó desde bien lejos a los dos cazadores. En lugar de huir a la espesura siguió despacio por el borde del cultivo donde la tierra blanda silenciaba sus pisadas, cuando estaba tan solo a un par de metros del cazador erizó todas las cerdas de su lomo y dio un fuerte bufido, Herman se volvió de golpe, no pudo reprimir un grito de espanto y se le cayó el rifle de las manos disparándose por el golpe. Entonces Jan se volvió apuntando hacia la penumbra que envolvía el puesto de su amigo, no podía disparar, no veía nada. Gritó su nombre pero no respondió, salió corriendo entonces en dirección al puesto de Herman con el arma preparada.

Cuando llegó, su amigo estaba recostado sobre el suelo con la mirada perdida, inmóvil, mudo, sobre el suelo blando junto a él vio marcadas las pezuñas del jabalí.

Herman no le contó nunca lo ocurrido pero dejó de cazar desde esa noche.

Horas después, cuando el viejo barón se fue a la cama y se quedaron ambos frente a la chimenea de la sala de trofeos saboreando un licor de ciruelas, Herman le contó el gran plan, la necesidad del espacio vital, de un gobierno fuerte, de una futura guerra purificadora contra los débiles y los inferiores que habían invadido Europa sin que se dieran cuenta, judíos, comunistas, anarquistas están destruyendo el mundo, pronto comenzarían una guerra en la que sería necesaria gente como ellos, cazadores de fieras.

A Jan las palabras de su amigo le sonaron a broma, su cabeza estaba en otro lugar.

—¿Qué pasó con el jabalí Herman?.

El joven noble se levanto del sillón, apuró la copa y con una sonrisa afirmó:

—Me dijo que era el espíritu de Europa y que debía cuidar de la pureza de los fuertes.

Y soltó una sonora carcajada que acabó en una mueca de angustia apenas disimulada.

Unas semanas después Jan se presentó de nuevo en la finca del barón, el viejo Alfred esta otra vez enfermo en la cama, amodorrado en el durmevela de la tarde se asusta al ver al muchacho con su pelliza de lana, su gorro de piel oscura y el Holland apoyado en el hombro.

—¿Qué pasó en el bosque? —pregunta en anciano— Herman no ha querido contarnos nada y los aparceros dicen que el jabalí sigue arruinado las patatas.

—No pasó nada, fallamos el tiro.

El Barón vuelve al sueño, a sus pesadillas de joven cazador blanco detrás de los elefantes, a la certeza de que es él también es un elefante de grandes colmillos que busca ya el cementerio secreto de los de su estirpe.

Esa mañana su amigo Herman le ha propuesto a Jan unirse al Partido Nacional Socialista, sin duda su padre estaría encantado pero a él todo eso de las naciones, las fronteras, las patrias le suena a engaño, patraña, cuentos para niños. Ha recorrido casi todos los países de Europa cazando y sabe que los bosques, los riscos helados, el campo abierto, la escarcha de las riberas de los ríos siempre es la misma, no hay fronteras ni límites para los animales ni para los hombres que los cazan. En la oscuridad de un aguardo, tras la fatiga de un rececho, cuando se mira el horizonte mientras el sol cae despacio, hablar de fronteras y patrias es un insulto a la inteligencia, una infamia para el corazón de los hombres libres como él o como el viejo Barón.

Pero no le ha dicho que no a Herman. Le aburren las horas de oficina, los viajes de trabajo, los encuentros sexuales con Erica, la guerra puede ser el pretexto de grandes aventuras.

Jan deja de pensar en todo eso cuando se sube las solapas del chaquetón y mete dos cartuchos en el rifle. Esta vez no espera que el gran jabalí entre por el sendero del bosque, ni cruzando los huertos, intuye que el animal vendrá directo a él desde cualquier lugar, no importa cual y por eso el cazador cierra los ojos hacia la oscuridad absoluta, buscando al miedo, no lo encuentra, se deja hipnotizar por esa nada interior, opaca y limpia que tantas veces ha sentido las noches oscuras y nubladas con los ojos cerrados, una nada por la que van penetrando los sonidos del campo, crujidos, roces, susurros, percibiendo el bosque de otra forma. Abre los ojos, se encara muy despacio el arma, escucha con claridad el caminar seguro de un animal grande, el gruñido sordo, el bufido desafiante del jabalí cuando ha venteado el peligro, pero Jan no logra verlo, va girando con extrema lentitud la cabeza escudriñando las sombras, las siluetas difusas, el mínimo movimiento que delate su presencia hasta que le ve de pronto a su izquierda a unos pocos metros, la bestia hace rechinar sus defensas, el muchacho desmonta con el pulgar el seguro y acaricia el gatillo, apoya la mejilla sobre la culata, apunta justo al morro donde sale el vapor condensado de su respiración, en su vida ha visto un jabalí tan grande, tan canoso, tan armado,

es un monstruo, no puede entender como se ha acercado tanto, porque no ha huido al olerle, a qué espera para atacar.

Durante toda su vida, después de haber cazado a cientos de animales, de haber condenado a la muerte y la tortura a muchos hombres sin el más mínimo titubeo, se preguntará por qué levantó el rifle, porqué no disparó y dejó que el animal siguiera su camino hacia el campo de patatas o porqué la bestia no aprovechó su debilidad para rajarle.

—Ahora, si volviera a ocurrir no dudaría —se miente— apretaría sin dudar los dos gatillos del Holland y me sentaría encima de su cuerpo a fumar un habano.

Voy inventando, descubriendo, escribiendo sobre Jan, un hilo entre otros hilos. Es fácil seguir el camino de Teodoro de Madrid a Port Bou, de Argelés a Londres y de allí a ese pequeño pueblo brasileño del que apenas salió en cuarenta años, puedo tomar de la mano a Olga Havel y acompañarla hasta sus clases de guitarra, sentirla crecer y viajar al sur de Europa buscando el olor de sus sueños, o a Iker arriesgando la vida en las trincheras, persiguiendo espías por Madrid, luchando en Francia, buscando con paciencia a los traidores, era fácil la primera vez que escribí sobre ellos en mis cuadernos acompañarles por el pasado y no preguntarles por qué, creyendo que la historia solo es un cuento predecible y lógico, razonable y narrable, pero ahora, al escribir, al recordar de nuevo sus vidas sólo desde mi memoria, sin pruebas ni documentos, sus voces se mezclan y yo soy sus gestos, su intimidad, su olor, su dolor de mujeres y hombres vencidos y no me sirven las palabras lógicas que buscan a manotazos la realidad en el baúl oscuro del pasado, solo encuentro el calor de las certezas aquí, en la chimenea encendida de la fantasía en la que cada trozo de madera que arde llena mi habitación de la luz y la pasión con la que todos ellos vivieron aquel tiempo.

Por eso ahora siento la madrugada fría y húmeda agazapada junto al río Vltava esperando que Jacinto Heredia abra la puerta, los dos hombres que la golpean llevan las pistolas amartilladas, los sombreros calados, los abrigos negros de piel con las solapas subidas. Veo los ojos de miedo del viejo gitano cuando abre por fin la puerta, la sangre oscura brotando de su cara, el automóvil de la Gestapo saliendo a toda velocidad de la calle Vodni, curzando el Barrio Bajo, alejándose de la ciudad hacia una casona grande rodeada de un maravilloso jardín versallesco aunque el gitano no llegará a oler la fragancia de la rosaleta amarilla ni sentirá nunca la sobrecogedora belleza de los atardeceres a la orilla del lago, confuso, torturado, enloquecido, encerrado en un diminuto cuarto del sótano durante muchas semanas solo podrá oler la sopa de carne y el pan de centeno que le traen

por las mañanas, el cubo de las heces que le retiran por la tarde, o eso cree él porque el tiempo no existe, el día y la noche solo es la pequeña bombilla que se enciende y se apaga dictando el paso del sueño a la pesadilla.

Me duelen sus lágrimas en silencio, las costras de la cara, las cicatrices de su miedo, el temblor de sus dedos heridos, la certeza de que nunca más volverá a acariciar su guitarra, ni volverá a su casa, ni sonreirá ante la fotografía de su mujer y el dulce recuerdo de su olor cuando gemía debajo de su cuerpo moreno.

Nadie le habla. Sus carceleros invisibles pronuncian en alemán palabras que no entiende. Se pasa las horas paseando alrededor del camastro, después de muchos días aterrado e inmóvil ha encontrado una forma de no dejarse morir, simplemente imagina que está lejos, que el sol está alto y hace mucho calor camino del siguiente pueblo en el que darán la función, el galgo se refugia bajo el carro, las mujeres cantan dentro y tú caminas junto a las mulas mientras el horizonte se desvanece fundido entre los espejismos que provoca el suelo recalentado. Es muy fácil, ya no hueles tu propia mierda, la humedad lechosa del sótano, la comida reseca del plato que nunca limpian sino la resina de las jaras, el tomillo en flor, el vino de la bota que limpia el polvo de los labios.

Cuando Jan sale de la embajada soviética zumban en el cielo una escuadrilla de Policarpov, pero él no mira a los aviones como hacen los transeúntes, se cala la gorra y camina deprimida.

Orlov abre la ventana, comienza a hacer calor en Madrid y observa la figura de su agente, le hubiera gustado decirle que se iba, aquel cable recibido días antes en los que se le proponía presentarse en Amberes el 14 de julio y tener una reunión en un barco fondeado, el ofrecimiento del automóvil de la embajada soviética en Francia para el traslado y que el cónsul estuviera presente en la entrevista era la típica típica trampa en la que solo caería un ingenuo. Orlov sabe que el aséptico cablegrama significa el destierro o el fusilamiento a manos del criminal Douglas y lo que era peor, la infamia para su hijita de catorce años, ahora enferma y de su mujer, quedarían en la calle, malditas por ser la familia de un “enemigo del pueblo”.

Si, le hubiera gustado contar al joven camarada Jan que anduviera con ojo los próximos días cuando él desaparezca sin dejar rastro de Madrid. Pero no lo hizo. En su oficio no existe la debilidad, ni la camaradería, ni la sinceridad, ni la lealtad a los amigos, sabía que el checo tenía recursos suficientes para no cometer una imprudencia y acabar torturado en cualquier oficina de la OGPU.

Tal vez por casualidad o por ese sexto sentido que parece tener, Jan se vuelve antes de desaparecer por la esquina, descubre a Alexander asomado al ventanal y alza el brazo como despedida.

Jamás se volverán a ver en persona.

El brigadista pide un licor en un café muy próximo a Chicote, es un pequeño local en el que sin embargo entra el sol a raudales y hay una camarera guapa que además se llama Carmela detrás de la barra de cinc que le tiene guardada una botella de licor de ciruelas sólo para él.

El camarada con el que habla es polaco, pero cumple con el prototipo de español del sur por el color de su piel, su cabello negro y rizado y la forma que tienen de piroppear a la camarada camarera cuando les vuelve la espalda. Jan apura el vaso de un trago antes de bajar el tono de su voz y hablar despacio para que su enlace pueda memorizar sus palabras:

—Jacinto Heredia, Vodní, Praga, contacto, Olga Havel, traductora de Miaja.

El polaco tararea también en voz baja una canción, tal vez por que la melodía le recuerda a una antigua canción polaca o por que sabe que la letra no es cierta:

*Puente de los Franceses,
mamita mía nadie te pasa,
porque los madrileños
qué bien te guardan,
Madrid que bien resistes,
mamita mía los bombardeos,
de las bombas se ríen
los madrileños.*

Esa misma noche está el mensaje en manos de Heydrich “el carnicero” y la orden de apresar al maestro guitarrista dos horas después en el oído de Herman Beumelburg compañero de caza de Jan y mano izquierda de Konrad Henlein.

El 28 de octubre de 1918, mientras el padre de Herman se emborracha con vino de Zenosky y tristeza, su madre ha tomado al chico de la mano y sale a la calle a celebrar con los vecinos el nacimiento de Checoslovaquia aunque todavía la nación es apenas un nombre, a pesar de que los alemanes de los Sudetes protestan e intentaban en vano unirse a Austria. Eslovaquia todavía no estaba incluida en el recién dibujado mapa de la República y los polacos querían los territorios donde estaban las minas de carbón de Teschen. Al final de la I Guerra Mundial con la inminente rendición de Alemania, el lío de líneas y fronteras que tenían las potencias

de la Entente y un poco de astucia Edvard Benes, Ministro de Asuntos Exteriores, consiguió que Eslovaquia fuera también de la República al igual que los Sudetes y la zona minera del antiguo ducado de Teschen a pesar del rechinar de dientes de alemanes, húngaros y polacos. Al terminar el gran teatro del tratado e Versalles, cuando las potencias dejaron escritos en elegantes documentos los castigos a Alemania y en bellos mapas las cicatrices de las fronteras, los Checoslovacos a la fuerza comenzaron a revelarse en todo el país. En particular los alemanes de los Sudetes habían tomado la palabra al presidente americano Wilson y ese mismo día ya habían proclamado el territorio “provincia autónoma del estado Alemán de Austria”, pero la proclamación fue reprimida por el ejercito Checo.

Herman comenzó a los pocos meses a participar en una red clandestina independentista, a financiar con el dinero de su asignación a un grupo de alemanes encabezados por un profesor de instituto llamado Konrad Henlein. Las cosas iban mal para muchos, había casi un millón de desempleados, la mayoría alemanes, fruto del “Viernes Negro” del veintinueve. Por el contrario los negocios de la Familia de Jan Král van contracorriente y la pequeña fábrica artesanal de motores eléctricos se está convirtiendo en una importante factoría con representantes y comerciales en casi todas las ciudades importantes de Europa. En 1933 Henlein fundó el SHF –Sudetendutsche Heinattfront— Partido Nacionalista Alemán de los Sudetes. Y dos años después el partido tomó parte en las elecciones y su cabecilla pasó a ser el portavoz de la minoría alemana.

Ahora, salvo en el color de sus cabellos, Jan Piensa que Olga Havel se parece mucho a Hedy Kiesler cuando nada desnuda en la piscina en la película “Extasis” de Gustav Machaty, Jan la conoció en Praga porque su marido, un magnate de la industria del armamento que según dicen ha intentado comprar y destruir todas las copias de la película, es un buen cliente de su padre. La belleza de la actriz en persona, aunque impresionante, no tiene la sensualidad y la pasión de su carne mojada en blanco y negro. Hedy se hace llamar ahora Lamarr y se ha ido a los Estados Unidos porque es judía, además los nazis han censurado Extasis. Jan tiene una copia que suele ver de cuando en cuando en la sala de cine de la fábrica. Jan Hace algunos años que no pasea por esa parte de Praga en la que iba de niño a clases de guitarra y de español pero siempre que recuerda a Olga un escalofrío de placer y pudor desconocido le recorre la espalda.

Leí y releí muchas veces el dossier que envió Iker Elorza a Dimitri poco antes de desaparecer en Argentina pero nada me explica porqué Jan se afilió al partido filonazi de Henlein en el que militaba su amigo y a la vez,

deduzco que en las mismas semanas, se hizo miembro del Partido Comunista de Checoslovaquia.

Deseo imaginar que dudaba, que se encontró con Olga y volvieron a vivir un amor adolescente y se dejó llevar igual que se dejó llevar por las raíces familiares, la amistad con Herman, la fidelidad a su padre y sus románticas ideas de autodeterminación, la ventaja económica de aliarse con una Alemania fuerte. Pero sé que no. Tengo la certeza de que Jan desde el principio decidió participar en un doble juego de intrigas y traiciones como si fuera una nueva y monstruosa forma de caza, un buen pretexto para alejarse de la fábrica y vivir una aventura auténtica que no acababa con tiro a la pieza y sus colmillos engarzados en plata sobre la chimenea.

No pasó mucho tiempo para que Heinlein hiciera buenas migas con Hitler y el partido pasó de las ideas independentistas más o menos difusas a demandar la inclusión de los Sudetes en el Reich.

Jan ya llevaba en Madrid más de dos años cuando Chamberlain, Daladier, Musolini y Hitler firmaron el pacto de Munich y los territorios pasaron a manos de Alemania, sus compatriotas brigadistas decían que en Madrid también se luchaba por Praga, pero él ya hace mucho tiempo que tenía esa certeza. Sabía con todo detalle el plan nazi: la proclamación del Estado Soberano de Eslovaquia, el protectorado de Bohemia y Moravia marionetas todas del Reich y supo incluso las fechas para entrar por fin en Praga y “limpiar la ciudad de cobardes, comunistas y canallas” como le confesó su amigo Herman. Lo que le sorprendió fue que el mismísimo Orlov repitiera días después las mismas palabras. También los rusos conocían perfectamente los planes de Reinhard Heydrich.

—¿Y no va ha hacer nada? —Titubeó Jan—.

—Nuestra gente ya está a salvo —susurró lacónico Orlov apurando el Brandy—.

Ambos sabían que dentro de las palabras “nuestra gente” no se incluía a miles de comunistas de a pie, intelectuales, profesores y artistas de la izquierda liberal que serían deportados a los campos de Dachau y Oranienburg.

XII

Dijiste: —La mayoría no volvió y los que lo hicieron ya siempre fueron extraños, extranjeros que no reconocían las calles ni las miradas huidizas de la gente. Exiliados para siempre en todos los países.

SIENTO UN EXTRAÑO CARIÑO POR IKER ELORZA. Él fue el único que no volvió a Jara, el único que persiguió al monstruo por décadas y países, el único que miró a los ojos a Rudolf.

Volvió en el sesenta y cuatro, una visita a la ciudad de solo unas horas que recordará irreal. Coger un avión el Londres, bajar en Barajas, tomar un taxi hasta el Retiro, sentarse en un barco a leer el ABC sin mirar por encima de las letras las flores blancas de los castaños de indias, el aroma embriagante de las breves primaveras de Madrid. Al poco llegó Rojo con dos niños.

—¡Abuelo, abuelo!, Yo quiero la espada grande —gritaba el más pequeño de apenas cuatro o cinco años—.

El anciano acabó de atar con bramante las guardas de las espadas de madera y sacó un pequeño cortaplumas para dejar romas las puntas. Los pequeños comenzaron a luchar con su torpe esgrima de niños.

—Cuanto tiempo General —exclamé sin mirarle—

El viejo, que hasta entonces apenas había notado mi presencia, me miró intrigado. Solo tardó unos segundos en reconocirme. Intentó levantarse pero se lo impedí sujetándole el hombro con la mano.

—Si General, querido General, a mi también me gustaría abrazarle, pero esa ciudad de los demonios no es segura para un fugitivo como yo.

—¡Abuelo, abuelo!, soy el pirata Barbanegra —gritaba el más pequeño—.

—Quique, habíamos quedado que Barbanegra era tu primo y que tu serías Morgan.

—¡No! —gritaba el pequeño arrastrando una espada mucho más grande que él— yo soy Barbanegra el sanguinario, ¿Y tú quién eres? —me preguntó el niño apuntándome con la punta de la espada al corazón—.

—Yo soy Jhon Silver el Largo.

—¡No! —gritó con todas sus fuerzas— ¡qué Jhon Silver el largo es mi abuelito!.

—De acuerdo, entonces seré Sir Francis Drake.

—¿Y quien es ese abuelo? —preguntó—.

—Más tarde te lo cuento, ahora déjanos hablar un rato a los mayores.

El pequeño se dio media vuelta y salió corriendo a voz en grito y con la espada en alto.

—¡Malandrín, colgaré tu cabeza en lo alto del mástil de la vela mayor!.

Pero unos metros antes de alcanzar al otro niño, tropezó y calló cuan largo era, se levantó sorprendido y al ver las rozaduras sangrantes de sus rodillas vino corriendo y llorando a buscar cobijo en los brazos de su abuelo.

—¿Qué tal le tratan por aquí General?.

—Muy bien, ya ves, no me han fusilado, y tú, ¿por qué has vuelto?.

—No he vuelto. Solo estoy aquí.

—Le agradezco aquello que hizo en Caballs —dice Rojo— no me he olvidado. Es curioso, no he olvidado casi nada, recuerdo caras, nombres, voces, olores, como si fuera ayer cuando sucedió todo. Hace unos años un historiador alemán me hizo una serie de entrevistas para su tesis doctoral sobre la participación alemana en la batalla del Ebro y le conté aquello del tiro de escopeta de su amigo Jan y el Messer derribado, se me quedó mirando con cara de idiota, —¡pues no consta, no consta!—, repetía una y otra vez, —sería en otra batalla General, en los archivos de la Legión Cóndor no consta—. Sin embargo yo lo recordaba como si fuera ahora. El tiro lejano, la parábola del caza cayendo con una estela de humo negro, la explosión, los aplausos.

—Yo lo vi General, el maldito avión por poco nos fríe pero el checo le pegó un tiro con una bala para elefantes. Precisamente de él he venido a hablarle o mejor a que Usted me cuente, ¿qué sabía de él?.

—Imagino que no mucho más de lo que sabes tú.

Las calles de Madrid tras los cristales del taxi te parecieron las de cualquier ciudad de Europa, automóviles, gente caminando deprisa, tiendas, ruido, edificios nuevos, un parque lleno de niños y viejos al sol. Nunca le contaste nadie que volviste a Madrid, que habías estado con Rojo en el Retiro, que descubriste en el General los ojos de los derrotados, la voz del

vencido, el cuerpo de un viejo moribundo o quizá fuera tu voz, tus ojos y tu cuerpo el que estabas contemplando en los ojos de Vicente Rojo.

A la una cogiste un taxi de vuelta a Barajas.

—¿Me da ese abrazo ahora? —preguntó Rojo—.

—¿Es que no sabe que aún le vigilan? —le respondí mientras alzaba la mano para parar el coche—.

—¿Volverá algún día?.

—No General —afirmándolo con una franqueza que entonces me sorprendió—. Esté ya no es mi país, ni mi gente.

—¿Todavía tiene ganas de matar?.

—No, son las cuentas pendientes de otros las que intento saldar, para mí ellos ganaron, no hay vuelta, ni venganza, pero di mi palabra a unos viejos amigos que ya no están.

—Le encontrará, le matará y qué —repuso Rojo—.

—¡Los piratas somos así! —gritó entonces su pequeño nieto.

—Los piratas somos así —repetí—.

Cuando Iker Elorza descubre a lo lejos la silueta inconfundible de su camarada Evaristo Losar siente un escalofrío violento, un trallazo de angustia, de tristeza, de miedo. Después de tantos años y tantas amenazas burladas todavía hay recuerdos que le producen terror. Imágenes del pasado que vuelven de pronto con su carga de veneno y aniquilación.

El viejo anarquista pide otra pinta de cerveza negra mientras espera a que esa silueta que se aproxima bajo la lluvia fina de Londres desde el fondo de la avenida comience a tener rostro, una cara que no ve desde hace veinte años pero que podría reconocer en un segundo entre miles.

Van a dar las dos de la tarde en el reloj del Red Wild Boar y sonrío al constatar la puntualidad exquisita de Eva, como también ha sonreído al pedir la primera pinta y descubrir que no le conoce su teniente Anselmo Díaz el dueño del local que sirve bebidas con desgana sin apartar los ojos de un periódico español o al descubrir medio escondida entre la típica decoración del pub una pequeña fotografía manchada en la que un grupo de jóvenes soldados saludan a la cámara con el puño apoyado en la sien. Ahí esta Iker junto al teniente, son los únicos del grupo que no sonrían, el teniente estaría preocupado por la inminente ofensiva del Ebro, pero a él lo que le quitaba el sueño entonces tiene mucho que ver con la extraña reunión a la que han sido convocados ambos.

Cuando Eva abre la puerta también reconoce a Iker en un segundo, pero reprime con dolor las ganas de gritar, de palmearle la espalda y abrazarle con fuerza durante mucho tiempo, llorando con ganas, como solo saben llorar los hombres que han sentido muchas veces a la muerte, que la han visto en los ojos secos de los cuerpos de los amigos, en el olor de la

carne rígida de los camaradas y la piel cenicienta de las amantes enterradas bajo los escombros de las bombas.

Se sienta frente a Iker y le tiende la mano con gesto de desgana, como dos contables que comparten al salir del trabajo una cerveza o dos vecinos que se reúnen aburridos en el bar para hablar de fútbol. Pero los ojos de los dos hombres brillan, dicen cosas que no necesitan traducirse a palabras. Otro anciano que hasta el momento estaba acodado en la barra saboreando despacio un pura malta sin hielo se sienta junto a ellos, tiene la piel bronceada de un marinero y el cuerpo de un adicto al gimnasio, viste ropa deportiva de calidad, pero las manchas de sus manos y las arrugas en torno a sus ojos, sus gafas gruesas y los irregulares mechones grises que salpican su calva denuncian la edad imposible de disimular. Dimitri ni siquiera les estrecha la mano aunque siente por Iker la gratitud infinita de quien le debe la vida. Hace un gesto imperceptible y dos jovencitos que charlan de caballos en voz alta en una esquina del pub, pagan su cuenta y salen a la calle, Eva los ve apostarse en ambas esquinas de la avenida resguardados de la lluvia bajo los toldillos de los escaparates de una tienda de trajes a medida y otra de artículos deportivos con carteles de rebajas, parecen dos enamorados a la espera de una cita que se retrasa.

—Cuanto tiempo —susurra el judío—.

—A mí me parece ayer cuando caminábamos de noche bajo la nieve buscando el maldito paso —evoca Iker—.

Un rebaño de sarríos salió de un bosquecillo cercano y corrieron en estampida ladera arriba. Jan, que iba abriendo la cordada se encaró el Mauser y tocó el gatillo en el momento en el que el macho más grande se paraba sobre unos riscos antes de desaparecer al otro lado. Al grupo de huidos se les encogió el corazón pensando que el inminente estampido alertaría a todas las patrullas de la frontera, solo uno de los fugitivos, el piloto americano murmuró algo al oído del Checo:

—Demasiado lejos para disparar bajo la nevada.

—No para mí —musitó Jan en checo si que le oyera el yanqui—.

Dimitri también recuerda la puntería de Jan el cazador, su habilidad y su instinto para encontrar los pasos más seguros en plena ventisca.

El jefe de los servicios secretos israelíes en el Reino Unido pide otro malta de las tierras altas y saca del bolsillo de su cazadora una pequeña carpeta con fotografías desgastadas, visados antiguos con el sello de Vichy, un recorte de periódico francés reciente que informa del macabro descubrimiento de varios cementerios clandestinos en los Pirineos, los cuerpos conservados por el hielo, apenas enterrados superficialmente parecían recién muertos. Otro recorte de una revista española alude al terrible hallazgo y relata con poca precisión la historia de los “pasadores” de

fugitivos a través de las montañas, desde la Francia ocupada hasta los consulados belga, inglés o americano en Barcelona, varias fotografías ilustran el artículo, entre ellas la imagen borrosa de su amigo Paco Ponzán. Dimitri apura el licor antes de ir ordenando ante los ojos de los dos viejos libertarios las pequeñas fotografías forenses de las caras de los cadáveres, seis niños, cuatro mujeres, tres hombres y dos ancianos les miran con los ojos entreabiertos y los dientes asomando entre los labios congelados, momificados. Evaristo reconoce a los dos viejos y a la mujer, él besó aquellos labios y paseó los dedos por su cuerpo tibio en el hotel París de Toulouse y conversó varias noches con los simpáticos ancianos, industriales judíos de Lyon que habían malvendido sus negocios y llevaban una pequeña fortuna en diamantes escondida en los forros de los abrigos, — El peor sitio para guardar joyas, será el primer lugar donde mirará la policía si les trincan—. Y les explicó con gestos como introducirse las joyas en el recto convenientemente protegidas por dos profilácticos.

—Se han descubierto muchos más cementerios —musita Dimitri— pero hemos evitado que salga la noticia. No convenía alertar a los criminales, pero sabemos que este grupo le llevaron ustedes hasta la frontera Española, me consta que hasta allí llegaron sin problemas y conocemos los nombres de los dos pasadores que continuaron la travesía, siempre pensé que habrían sido asesinados por cualquier patrulla, una casualidad o una filtración, ahora ya da igual, incluso sospechamos un tiempo de esos dos pasadores pero como tampoco aparecieron jamás nos olvidamos.

El judío hace una pausa y apura el whisky,

—Me parece que han pasado miles de años. ¿Os acordáis del campo de Argelés?, Yo de vez en cuando aún sueño con su olor a podrido y con el frío.

Los tres hombres sonrían a la vez, como si estuvieran recordando de pronto una fiesta lejana, un suceso agradable de los que la memoria mitifica y se nombra siempre en las reuniones de viejos camaradas.

—Pero entre los cuerpos encontrados en este grupo hace unos meses no estaban los de los pasadores y mandé a mis chicos a remover un poco el pasado, a indagar en toda esa inmensa mierda de papeles que aún se guardan en los archivos para aburrir a los historiadores. Uno era Jan Král, amigo de ustedes y el otro un tal Alex Sanz Mauss.

Evaristo no lee la escueta ficha que le pasa Dimitri, quiere volver allí, al aroma a jabón de las sábanas limpias del Hotel París, a la piel transparente de Luise, a sus pezones rosados y su voz de mujer fuerte.

Iker comienza a leer la nota pero también se va lejos, al refugio antiaéreo improvisado de la farmacia de la calle Ruiz en la que Olga les presenta a aquel brigadista simpático que les tiende la mano. En el dossier hay muy poco que él no sepa, Hijo de buena familia, ingeniero, políglota,

con buenos contactos entre la aristocracia checa filo alemana, comunista ilustrado, amigo personal de Alexander Orlov, apasionado de la caza, distinguido y condecorado a título póstumo por su labor heroica en la resistencia en el grupo de Ponzán o de la “cadena Pat O’leary” como la llaman los libros de historia.

Y después, resucitado Antonín Ziska, exoficial polaco según un pasaporte francés y antes Josef Rákosy, Cruz de Hierro con Hojas de Roble, espía de Canarias o de Heydrich el cerebro de la policía secreta Alemana en Praga, exterminador de judíos y apasionado de Chopin. La ficha omite el nimio dato del asesinato masivo de todos los habitantes de dos pequeños pueblos cercanos a Praga, Lidice y Lezaky en los que se degolló a los hombres, se envió a todas las mujeres a los campos de exterminio y los niños desaparecieron sin dejar rastro, entre ellos los dos gemelos recién nacidos de Dimitri y su mujer Selma, solo porque alguien, un joven comunista de cabellos dorados y sonrisa de ángel, tras ser torturado, confesó haber oído en uno de esos pueblos rumores de una conspiración para acabar con Heydrich el carnicero.

Eva no puede leer la ficha de los traidores. Mira fijamente a Dimitri y comienza hablar de aquellos planes que habían hecho para después de la guerra, abrir un restaurante de cocina francesa en Santiago de Chile junto a Luise, ir a la playa en diciembre, recorrer en motocicleta la Patagonia, ella solo tenía veinticinco años, solo pasamos juntos aquella semana escondidos en el hotel de Toulouse sintiendo que era posible una vida mejor, un mundo mejor, no podía imaginar el coraje de aquella mujer, la tranquilidad con la que encañonó a aquel gendarme preguntón que nos exigía los papeles muy cerca del hotel la única tarde que se nos ocurrió salir a dar una vuelta desobedeciendo las órdenes de Ponzán. Dimitri Snizek asiente en silencio y pone sobre la mesa la ficha del otro individuo, del tal Alex Sanz Mauss, un sencillo ganadero de Andorra, que servía de pasador a sueldo, un sueldo cada vez exigente, hasta la desaparición de aquel grupo de refugiados y de él mismo. Dejó viuda y tres hijos, aunque veinte años después de la liberación de París un primo segundo cree reconocerlo en un burdel de Amsterdam, ese pariente indaga y descubre la verdadera identidad de ese apacible hombre de negocios Belga de nombre André Bleriot, casado y con un hijo, propietario de varios almacenes de electrodomésticos, ese primo de nombre Luis Prieto Sanz hijo de otro pasador ejecutado en París por la Gestapo y amigo personal de Ponzán nunca dirá nada a la familia, solo mandará una escueta carta a la atención de un tal Dimitri Snizek, que vive en el 10 de Old Church Street en Chelsea, la dirección que leyó en el remite de una carta que su madre guardaba entre otras en las que el citado desconocido juraba descubrir al traidor que había delatado a su padre y afirmaba que le seguiría enviado anualmente los miles de libras que prometió a su padre Luis mientras siguiera necesitándolas. *“el traidor vive*

en...” escribió con letra firme Luis Prieto Sanz, recién licenciado en ingeniería en cuanto llegó de su viaje de novios por los Países Bajos. Una semana después André Bleriot aparecía muerto dentro de un flamante congelador, en su mano cerrada la policía encontró el casquillo de un calibre ya en desuso.

—Pero Jan Král sigue vivo en algún lugar —les dice el General Dimitri— sé que algunos de vosotros también tenéis cuentas pendientes. Yo me he pasado la vida persiguiendo a todos esos monstruos que se convirtieron en gente respetable y no queda casi nadie en mi lista, incluso creo que ya he perdido la capacidad de odiar, además en unas semanas me obligan a retirarme, tendré una jubilación dorada en cualquier lugar del mundo, Estoy pensando en ir a tu tierra, a un pueblo Cáceres que se llama Cuacos de Yuste cerca del tuyo Eva. Londres es demasiado frío y húmedo para mis huesos, el invierno me recuerda demasiado la playa de Argelés.

Es posible que Iker Elorza diera casi toda la vida que le queda por respirar el aire fresco de Cuacos en Septiembre, el olor a pimentón de los molinos, de los castaños granados de erizos todavía verdes, de las matas de roble y las zarzamoras maduras.

Es posible que Evaristo diera su vida entera por tener entre las manos el cuello de Jan y poder matarle despacio para contarle, mientras le asfixia lentamente, los planes felices que tenía con Luise cuando se encontraran de nuevo en Chile.

Dimitri se despide sin un gesto, deja sobre la mesa las carpetas, las fotos, las fichas policiales.

—Vengan a verme en cuanto puedan a Cuacos, parece que el General Franco está en las últimas y sé de buena tinta que las cosas van a cambiar mucho más rápido de lo que imaginan.

Al día siguiente comienza Septiembre, Iker y Evaristo pasean despacio por Kensington Gardens, pasan junto a la estatua de Peter Pan, se sientan en un banco junto al lago Serpentine igual que el último día que estuvieron con Teodoro hace muchos años y les contó la historia del niño sin sombra, sin futuro, siempre joven en el país de Nunca Jamás que creó J.M. Barrie.

—Eso ha sido el mundo para todos nosotros, el lugar de Nunca Jamás, la tierra en la que no tenemos sombra —dijo entonces Teodoro—.

Aquella tarde de mayo el calor suave de la primavera adelantada les embriagaba a todos.

—Jan me salvó la vida más de una vez, siempre me pareció un soldado modelo, un tipo sincero y abierto a pesar de que fuera comunista —afirma Iker—.

—Yo en cambio nunca le tragué —replica su amigo— demasiado ilustrado, demasiado burgués, demasiado guapo, demasiado valiente.

—Si, pero hubo muchos tipos como él entonces. ¿Te acuerdas de aquel catalán manco, “Pierre” le llamaban, aquel hombre cruzó la frontera decenas de veces y no necesitó nunca de nadie, siempre solo, le daba igual que cayeran chuzos de punta o la nevada fuera tan espesa que no se viera a un palmo, solo llevaba su pistolita y una mochila pequeña.

Eva se acuerda bien de Pere Seus, siempre tranquilo, siempre apacible, como si cruzar el Pirineo fuera dar un paseo por el parque y pudiera quedar con puntualidad absoluta a tomar un café con leche en el bar de enfrente. Llegó a ser agente secreto de los servicios franceses de información, los franchutes le llamaban Zeus porque nada parecía detenerle. Luise llegó hasta el hotel gracias a los buenos oficios de Pere y le contó mientras se desnudaba que la pequeña mochila de cazador que siempre llevaba el pasador contenía lo mejor de su armamento: trozos de tocino fresco adobados con estricnina, polvo de tabaco, lonchas de jamón mechadas de virutas de hojalata, con todo aquello podía permitirse el lujo de jugar al escondite con los perros de las patrullas alemanas y caminar por los senderos más rectos y rápidos burlando el peligro.

Comienza a llover de nuevo sobre Londres, Iker y su compañero odian la lluvia, demasiadas días con la ropa mojada en los frentes, en la carretera a Port Bou, en las playas de los campos de concentración franceses, en el paso del pico de Dorria o de Puigmal. Caminan aprisa hasta un café en la esquina con Phillimore Gardens, se quitan las chaquetas y piden un café con leche, la joven camarera sonrío mientras regresa a la barra al ver a los dos hombretones con las manos atenazando las tazas de café hirviendo como si estuvieran ateridos de frío.

Tomo la voz de Iker Elorza, una voz que imagine grave y seca.

Recibí una llamada de Evaristo el día veinticuatro por la noche y me encontré con él de nuevo en el Red Wild Boar. Pedimos unas pintas de cerveza y nos sentamos en la misma mesa en la que semanas atrás nos habíamos reunido con Dimitri.

—He comprado dos billetes para París, vamos a despedirnos de Mera —fue lo primero que dije a mi compañero—.

Estuvimos después mucho tiempo en silencio, como si necesitáramos algún punto sólido desde el que comenzar a desgranar los recuerdos. Cipriano había muerto esa tarde y con él una parte de aquella vida palpitante que compartimos y que ahora ya solo era frágil memoria, historia por contar, palabras desgastadas.

—Cada vez quedamos menos viejo, no va a quedar nadie para contarlo.

—¿Y a quién le va a interesar el cuento? —le respondo— ¿a quién le importará el pasado de todos nosotros?, Ese tiempo remoto, ese lugar cada vez más borroso que ha sido nuestra vida. Ya nos han convertido en personajes como han hecho con Cipriano, en tipos de ficción que llenarán algunos libros de historia o unos cuantos programas de televisión. No te pienses que cuando palme Franco cambiarán mucho las cosas, ya viste lo que pasó después de nuestra guerra, antes de Hitler o después de Hitler, los héroes se convierten en criminales y los criminales en héroes según convenga, así que tú y yo estamos mejor aquí, escondidos en el comfortable olvido de cualquier ciudad. Muchos de los nuestros han vuelto o están deseando volver en cuanto muera Franquito, pero nosotros a donde vamos a volver, ¿a Madrid?, ¿a Jara?, no nos espera nadie y seremos un estorbo para todos, un par de viejos babosos que se dedican a contar las gloriosas batallitas que perdieron.

—Yo si quiero volver —me dice Evaristo— Heliodoro hace años que me ofreció su casa si alguna vez quería regresar y pienso hacerlo cuando se aclaren las cosas, no quiero morirme como Mera, ni como Arturo, ni como Chaves, ni como tantos, quiero morirme al sol, contando batallitas y comiendo morcilla de calabaza asada junto a Dimitri en ese pueblo donde murió un emperador o en el mío, en Jara.

—Yo no —le digo—, yo solo quiero cazar a Jan, lo demás no me importa demasiado. Voy a cumplir setenta años y mi futuro no existe.

Pedimos otra pinta y brindamos por Mera, por su memoria, su vida generosa, su cara de palo, el dios que lo batanó. Brindamos por el eficiente albañil de Tetuán de las Victorias, el actor que conocí en los Ateneos Libertarios representando el alcalde de Zalamea, el miliciano valiente, el teniente coronel del VI cuerpo del ejército que luchó como nadie, el hombre sincero e ingenuo que con la guerra perdida creía que era posible una rendición con condiciones, el vencido orgulloso que resiste tres años en el campo de concentración de Morand, el acusado en el consejo de guerra del cuarenta y tres, el condenado a muerte, el albañil exiliado y jubilado que me recibe en su casa de la avenida Juan Jaurés de París con casi ochenta años a su espalda, ya enfermo, me abraza fuerte durante largo rato y saca un buen Burdeos y una aceitunas rellenas de anchoa.

—Que sé que eras de buen diente. Estoy escribiendo mis memorias —me dice—. Se han dicho tantas mentiras, ha sido tanta la infamia y el olvido que hay que hacer algo, aunque un libro no sea casi nada, ya sabes que yo nunca he sido mucho de libros, eso tú que eras un niño pera, un tipo leído, habrías llegado a ministro seguro con los fascistas. Pero te he llamado por algo más importante, me queda poco para palmarla, tantas veces habría

tenido que morir que ahora que es de verdad me hace un poco de gracia si no fuera por el dolor que me está jodiendo.

El anciano se levanta de la mesa y saca de un cajón unas fotos recortadas de libros, de periódicos o revistas, reconozco a casi todos.

—Es una vieja cuenta que me ha ido royendo las entrañas poco a poco, puede que incluso solo sea una obsesión de viejo choco, no sé. He leído casi todo lo que se ha escrito sobre aquellos días finales de Madrid, sabíamos que no tenía sentido una resistencia numantina, la guerra estaba siendo demasiado brutal para acabarla también de una forma tan inútil y tan estéril. Sospechábamos que Negrín quería entregar todo el poder a los comunistas y encima estaban los rumores de que los comunistas tenían setecientas toneladas de dinamita para volar la capital cuando entrara Franco, algo demencial si era cierto. Yo había mantenido una reunión con Negrín pocos días antes en Alcohete estando presente también Casado. Les expuse mis sospechas sobre las intenciones de los comunistas de hacerse con el poder y dar la sensación de que el PC resistía hasta el último momento mientras todos los demás sólo queríamos rendirnos. Pero no quiero aburrirte, para mí en ese momento solo había tres alternativas, la primera la que ya había expuesto meses antes Casado, crear una línea en el río Segura y concentrar allí una selección de los más preparados, no más de ochenta mil hombres poniendo a su disposición todo el material disponible, la otra era la de romper todos los frentes y crear grandes guerrillas escondiendo armas y pertrechos en puntos estratégicos, creo que tu esa conocías muy bien, y la tercera era que el Gobierno parlamentara directamente con el enemigo. Conseguir una rendición respetable para salvar el mayor número posible de vidas. Ya sabes lo que hizo Negrín.

Cipriano volvió a llenar los vasos de vino.

—No te quiero contar los detalles del golpe de Segismundo Casado que tú también viviste, a su manera a mí también me la jugó aunque siempre he pensado que de buena fe. Lo que quiero contarte es que años después, hablando con unos y con otros de esos días, primero en el campo de Morand, después en la cárcel o ya en el exilio, leyendo los libros que iban publicándose sobre la guerra tanto por gente de los nuestros como por comunistas y por fascistas comencé a tener una sospecha terrible, una duda que fue haciéndose con los años más y más grande y que muchos datos en apariencia nimios, algunos testimonios indirectos y varios hechos inexplicables en los que al parecer nadie había reparado, me fueron convenciendo de que Franco conocía punto por punto lo que se decidía en el Estado Mayor, en el Gobierno incluso dentro de la propia CNT.

Bebemos otro vaso en silencio.

—La sospecha me ha envenenado la sangre durante muchos años, siempre dudé de los comunistas, del cabrón de Negrín, de mi propia gente, incluso de ti y de los tuyos que siempre estuvisteis en todos los fregados,

pero te confieso que no sé quién pudo ser el traidor, la gente del SIM destapó a muchos quintacolumnistas pero te aseguro que el espía no era de aquellos, tuvo que ser alguien del más alto rango, una persona que inspirara confianza en todos y que debía tener precisos conocimientos militares. Durante un tiempo llegué a la conclusión de que era Jan, aquel amigo vuestro, pero después supe que había muerto pasando pilotos aliados por los Pirineos.

Los ojos de Mera me miran desde un cansancio infinito, las tres arrugas profundas de cada mejilla, que ya tenía entonces con sus treinta y tantos años, se marcan aún más profundas, esa mirada por la que los milicianos acerrojaban el Mauser y salían detrás de él de la trinchera gritando como salvajes, esa mirada del hombre sencillo y sincero cuya palabra creyeron siempre incluso los militares fascistas cuando el consejo de guerra ahora tiene el brillo blando de los ancianos.

—Yo ya he cumplido con los míos, mi gente sigue ahí, en todos los rincones del mundo luchando por la justicia y la libertad, pero me queda esta sombra incrustada en el corazón, es posible que aun viva un miserable por el que murieron muchos hombres, muertes evitables, hombres y mujeres valientes aniquilados inútilmente.

Mera rebusca en el bolsillo de su chaqueta y saca por fin un pañuelo primorosamente planchado para limpiarse los labios.

—Siempre supe que no había muertes útiles, siempre dije que teníamos que haber evitado la masacre, la guerra tenía que haber sido evitada a toda costa, pero había tantos que deseaban la aniquilación.

Me suenan sus palabras, me recuerdan otras voces de otros hombres que ahora ya no existen, tipos que nunca creyeron en la guerra aunque organizaran con cuidado las posiciones sobre un mapa de campaña o encendieran la mecha de las granadas caseras o apuntaran con cuidado la pistola a la cabeza del camarada que huye en la penumbra del pasillo de la radio.

—Es su última misión, me dice en un susurro áspero, llévese mis papeles, busque al traidor y asesínelo. No le pido que haga justicia, dudo que matar al anciano que encuentre tenga algo que vez con esa palabra que tantos desprestigiamos.

Un día muy frío de finales de Octubre del setenta y cinco mucha gente se agolpa en los alrededores del cementerio de Boulogne—Billancour. Llevo gafas negras para que nadie me reconozca. Ha venido gente de toda Francia, de Bélgica, de Inglaterra, de España, gente del gobierno de la República en el exilio, cámaras de televisión. No quiero encontrarme ni hablar con nadie. Llevan a hombros el ataúd de Mera varios camaradas tan viejos como yo, sobre la caja, la bandera roja y negra, hay voces que gritan

sobre el silencio, vítores a la CNT, al movimiento libertario, a los héroes antifascistas. Estoy apoyado sobre el tronco de un gran árbol rodeado de gente y siendo de pronto alguien que me toma del brazo.

—Uno de los pocos tipos que respetará la historia —reconozco la voz de Dimitri, pero no me vuelvo. Entonces grita— ¡Viva la España invicta, independiente y libre!

Y el aliento de mi amigo apátrida va rebotando en los corazones y en las voces de la gente, en un eco que parece no agotarse.

—Mañana me voy por fin para España —me dice al oído antes de desaparecer—. Me he comprado una casona solariega y un poco de tierra en Jara y la voy a llenar de libros, de geranios y de frambuesas, ahora me llamo Gunter Böll y soy un apacible jubilado alemán, ¿no te parece un buen chiste?.

Cuando me vuelvo ya no está Dimitri, veo su silueta alejarse entre los árboles, intuyo que cuando él muera o cuando yo muera no habrá canciones, ni vítores, ni gente emocionada hablando de nosotros, de lo que hicimos o dejamos de hacer, de nuestras pequeñas heroicidades o nuestras grandes traiciones, nada, un cuerpo con identidad falsa donado a la ciencia para que los estudiantes de medicina rebusquen en las tripas el bazo o disequen con cuidado la arteria femoral. Se preguntarán el porqué de tantas cicatrices, la bala del hombro, los trozos de metralla desperdigados por la pierna derecha, los cortes de los brazos cuando quisimos por las bravas saltar los alambres de espino de Argelés y los Senegaleses nos lo impidieron ensartándonos con las bayonetas como a jabalíes acosados.

Pero a quién le importa, será un alivio no parasitar la memoria de nadie, no llenar de tristeza ningún sueño, que nadie pueda recordar nuestra voz a través de cualquier fotografía.

De vuelta a Londres, Evaristo me ha ofrecido su casa para quedarme cuanto quiera. Él quiere volver a España, a Jara con Dimitri y Heliodoro. Volver a hablar su idioma, a dormir la siesta en un canchal bajo la sombra de los robles y los castaños mientras chillan los mirlos, los arrendajos, los abejarucos, los rabilargos. Prepara el equipaje mínimo, unas camisas, unos pantalones, el viejo impermeable de algodón encerado que le compró Barea en Farlows y poco más. Dejará aquí sus libros, su colección de carteles, sus insignias, los papeles franceses, ingleses, holandeses y norteamericanos que dicen que fue un héroe en algún tiempo remoto, cuando apenas sabía leerlos. Duda si llevarse o no las pistolas, la Malincher austríaca que le regaló Jan y la Astra automática con su funda de madera que puede convertirse en culatín, ambas limpias, cargadas, dispuestas, esos trozos de hierro que le salvaron tantas veces el pellejo, que nunca le traicionaron.

—Deberían estar en un museo —me dice— creo que ya no voy a necesitarlas en España, quédatelas tú.

Me deja la casa, todos los objetos de su vida de exiliado triste. Evaristo Losar tiene ya sus documentos falsos, el pasaje de avión, un puñado de billetes verdosos y grandes en los que pone que el banco de España pagará mil pesetas a su portador, los ahorros de toda una vida de dependiente en una tienda de artículos de caza y pesca en Pall Mall. Solo le queda recibir la carta de Heliodoro o de Dimitri, pero ya no está aquí, ya no es un tranquilo jubilado inglés que da de comer a las ardillas cerca de Serpentine los días que no llueve sino un anciano español asustado que volverá a un país desconocido.

Un día lluvioso de principios de diciembre descubro que ya no está, hace días que murió el enemigo, torturado por los médicos, después de una agonía que supongo terrible, los fascistas todavía se niegan a creer que Franco ha muerto mucho antes de que dejara de respirar. Ellos también perdieron aunque los más listos, los más ricos tienen la certeza de que seguirán mandando durante muchos años bajo la sombra brillante y honrosa del dinero. Me alegra que Eva no se haya despedido, solo una nota breve debajo de unas llaves: *“te encargo que disfrutes despacio de mi bodega”*. Durante toda su vida fue atesorando vinos de los lugares en los que estuvo luchando: Somontano, Cariñena, Requena, Almansa, Toro, Orusco, Ribera de Duero, Rioja, Valdepeñas, leo las etiquetas en voz alta, mastico las palabras y siento en la lengua el sabor rico de unas sílabas que casi había olvidado, me parece estar cantando, recitando palabras preciosas de un idioma remoto y perdido. Durante estos años compró todo lo que se publicó sobre la guerra en Ruedo Ibérico, Losada, Aguilar, Ariel, San Martín, Plaza y Janés, Ayuso, Grijalbo, Planeta, Espasa, Progreso y otras editoriales inglesas, estadounidenses, francesas, checas, alemanas. Una excelente biblioteca y una espléndida bodega que ocupan dos habitaciones enteras de su casa, perfectamente aislada y climatizada por él mismo que hubiera sido la delicia de cualquier anciano que quisiera ser feliz los últimos años de su vida. Pero no para él, no para el joven cazador, alimañero, anarquista, miliciano, espía, prisionero, héroe, guerrillero, dependiente de tienda, jubilado que ha soñado cada noche de su vida con el olor de las castañas asadas, los buñuelos de viento rellenos de crema, los churros calientes, los bulevares de Madrid, el sudor de las dependientas de vuelta del trabajo, cansadas pero llenas de risa de regreso en tranvía a los Cuatro Caminos. Tiene la imaginación llena de los campos de jaras, el ruido de los torrentes, el sabor de las cerezas y las truchas fritas, el perfume caliente del verano que viene de las encinas y el tomillo, el poleo y la lavanda casi seca, el ruido de las ranas y los grillos, el aroma fuerte del pimentón recién molido y el cuchicheo suave de las mujeres haciendo ganchillo en los patios frescos a la hora de la siesta. Todo lo que dejó en el pueblo y sin embargo siente tan íntimo, tan suyo, tan necesario.

Durante días he regado sus petunias y los geranios del invernadero y he bajado a pasear por el Physic Garden como el burgués apacible que pude ser. Algunos de los vecinos de Glebe Place me saludan como si me conocieran de toda la vida, todo es tranquilo y limpio en esta zona de Chelsea y solo la botella de vino que abro cada atardecer, los libros de Eva, los informes de Dimitri y las fotografías de Mera me abren el túnel de la pesadilla por el que voy caminando despacio, reacio, como si temiera caerme y no recordar el camino de regreso. A veces solo el sabor del vino, su calor en mi estómago es la mano amiga que me saca de los abismos a los que regreso. Persigo a Jan por las páginas de los libros y me encuentro siempre con muchos otros camaradas a los que ya había olvidado, converso con amigos y enemigos cuando ya la botella del día se acaba y estoy a punto de encontrar la clave de la traición. Durante las mañanas paseo por Londres, leo los diarios, disuelvo la resaca con café italiano y madalenas con moras. Siento que no sería difícil olvidar, solo un pequeño clic en mi cerebro, un interruptor diminuto con el que podría apagarse con facilidad la furia de la venganza ahora que todos somos viejos y estamos muriendo de enfermedades propias de los viejos, amnesia, reconciliación nacional, olvido y paz, reescritura aséptica de la historia. No sé por qué no dejo que el tiempo acabe de esconder la pestilencia de los muertos, de nuestro fracaso, de vencedores cansados y vencidos descoloridos, patéticos transeúntes de ciudades reconstruidas o pueblos extraños. Los hijos de los vencedores los echarán a patadas de sus poltronas, rechazarán su estúpida verborrea, yugos y flechas y a nosotros nos olvidaran los nuestros hartos de tanta hiel y tanta tristeza acumulada.

Aquí estoy, acercándome cada día más a un fantasma que va tomando cuerpo. Recuerdo su voz, veo sus ojos en esa fotografía junto a Teodoro y Olga Havel, vestido de uniforme, su cuerpo fuerte en esa otra junto a Gustavo Durán y Miaja, en la estática sonrisa que tiene su pasaporte francés cuando ya se llama Antonín Ziska y está a punto de asesinar a un grupo entero de fugitivos en el Pirineo, ese mismo grupo cuyos cadáveres momificados han descubierto su infamia después de tantos años y que me siguen mirando aunque cierre la carpeta de Dimitri y ponga sobre ella el grueso libro de Bollotten. Me resisto a creer que sea él quién estrecha con las dos manos la mano blanca de Heydrich, es una fotografía demasiado borrosa o demasiado infame para ser cierta.

Ayer abrí la única botella de jerez que tenía mi amigo, un Palo Cortado cuya finura y aroma me recordó el olor del sueño de una mujer de la que he olvidado el nombre, su sabor aterciopelado y su cuerpo alcohólico me lleva de pronto a una pequeña taberna de la calle Echegaray en Madrid en la que tomé él último jerez acompañado de aceitunas y mojama arropado por el abrigo de cuero negro de “Casa Elorza” la antigua tienda de mi padre.

Entonces el sabor del vino y las salazones en la boca me limpiaron la fatiga de tantas noches sin dormir escuchando el crujido de la helada, me aliviaron la desolación y la certeza de que Madrid era ya otra ciudad diferente y que el futuro ya nunca sería nuestro. Cuando tomé el tren en la estación del Norte, todavía con el regusto del vino en la boca recordé el nombre de aquella mujer como ahora mismo lo recuerdo, Rosa Laviña, he leído su nombre en uno de los libros, la enfermera dulce y siempre risueña que conocí por primera vez en Argelés y que años después nos acogió en su casa de Montauban. Hubiera vivido con ella el resto de mi vida en cualquier parte. Su padre Martí Laviña había sido librero en Palafrugell y le había hablado algunas veces a su hija de mi padre el viejo Sebastián Elorza Breña en cuyos talleres de peletería siempre encontraron refugio perseguidos anarquistas, su casa era el principal centro de distribución de publicaciones libertarias. Estuvimos en casa de Rosa y de su compañero Pedro alrededor de una semana; la madrugada antes de partir me despertó el gemido de su hija Diana que estaba enferma con gripe, entré en su habitación, di a la niña un poco de agua y se durmió al instante, entonces entró Rosa en la habitación, tocó la frente de su hija que estaba ya por fin fresca, se acercó a mí y me besó con levedad en los labios agradecida por mi gesto y yo la besé de nuevo a ella con todo el deseo acumulado, se separó de mi despacio, — ¡no seas tonto!—, perdonando mi instinto, sin más reproche que su sonrisa. Meses después murió su compañero pero yo no lo supe, si lo hubiera sabido, habría regresado a Montauban para cortejarla y vivir con ella el resto de mi vida. Bebo despacio el Jerez y a cada trago imagino esa vida posible junto a Rosa Laviña, ya no soy un fantasma sino un hombre corriente que lucha por un mundo mejor, ya no soy un verdugo solitario sino un amante paciente, un librero bondadoso que cree que las palabras impresas pueden conseguir la justicia y la libertad.

Estoy borracho, demasiado borracho de pasados futuros probables cuando veo entre los papeles revueltos sobre la mesa del escritorio un sobre sin abrir con sello yanqui, lo abro con el abrecartas descomunal de Evaristo, la bayoneta de un Mexicanski, desdoble el papel y leo en ruso:

“para los amigos con memoria de La Hermandad”.

Aparto el folio y descubro la página de una revista americana de caza, bebo la última copa de vino que mi cuerpo acepta y me sobreviene una arcada, vomito en la papelera y el olor ácido me limpia el cerebro de estúpidas ilusiones amorosas, leo la página impresa, el estúpido relato de una cacería de ciervos en Argentina escrito con el estilo vanidoso y descriptivo del típico norteamericano con una indigestión cerebral de Hemingway con fotos abundantes para ilustrar la masacre y poder presumir ante los vecinos de las cuernas del venado, la peligrosidad del pobre puma abatido o la furia del anciano jabalí reventado con una bala Weatherby. En la última foto, la más pequeña del reportaje, los cinco cazadores posan junto

al anfitrión y dueño de la Estancia Alianza, el señor Pavel Májek. Vomito de nuevo por el pasillo camino del retrete, me lavo la cara con agua helada y me miro al espejo, veo a un hombre con el rostro mucho más viejo que el de Jan en la revista. Un tipo en quién no me reconozco y que me mira con desprecio desde detrás el cristal.

XII

Dijiste: —Entonces ser comunista era otra cosa. Pocos descubrieron el meticuloso plan absolutista de Stalin. Tú seguro que hubieras sido una buena comunista, tan trabajadora, tan meticulosa, tan leal. Yo no, soy demasiado vago, infiel, incrédulo de las grandes causas.

VUELVO A PRAGA, a un día de otoño del año treinta y siete.

Jan se chocó con Olga a la entrada de los locales del Partido Comunista Checo, ella tardó en reconocerle y estuvo a punto de pegarle un puñetazo cuando aquel desconocido alto, rubio y risueño le abrazó para besarla. Solo entonces, al estar muy cerca, el olor del muchacho le trajo su nombre, el sabor de un tiempo ya remoto de primeras caricias infantiles y paseos adolescentes por el puente de Carlos tomados de la mano. Entonces ella le devolvió el beso más fuerte.

—¿Y que hace aquí un burguesito ilustrado como tú, camarada?.

—Quiero ir a España a luchar contra el fascismo —afirmó Jan sin perder la sonrisa—.

Olga entró con él en las oficinas, movió sus influencias y así pudo evitar Jan los filtros que utilizaba el partido para detectar confidentes o soplones. Unas semanas antes la policía había registrado los locales del Secretariado del PCCh y detenido a varios funcionarios sospechosos de organizar la salida de los voluntarios hacia España. Ahora las rutas seguras eran más complicadas y los pretextos de ir a trabajar a Francia, visitar la Exposición Universal de París o hacer un viaje de negocios eran miradas con lupa por las autoridades, pero Jan tenía la excusa perfecta de su trabajo en la fábrica familiar, el conocimiento de muchos funcionarios de fronteras y la simpatía natural de sus gestos. Así se lo hizo saber al silencioso y puntilloso responsable del Partido.

—¿Sabe disparar un arma? —le preguntó el comunista—.

—Soy cazador. He cazado todo tipo de animales en muchos lugares del mundo, supongo que los fascistas no son diferentes a un bicho cualquiera.

Jan logró que el interrogador esbozara una sonrisa.

—De acuerdo camarada.

Entonces el funcionario pide a Jan que le acompañe arriba para formalizar un último asunto, Olga hace intención de acompañarles pero el hombrecillo se lo impide con un gesto.

—Quedamos en el café de enfrente —le grita Olga cuando ya se ha cerrado la puerta—.

No hay duda por los informes de Dimitri de que fue en ese momento cuando le ficharon los del NKVD.

Olga ya iba irse del café harta de esperar cuando se encontró de nuevo en el umbral de la puerta con su amor de adolescencia.

Me duele imaginar detalles del encuentro.

Fueron a cenar a un restaurante francés favorito de Jan donde le gustaba saborear un buen faisán a la normanda y unos caracoles borgoña con un buen tinto de Beujolais o quizá a esa tabernita austríaca llena siempre de gente en la que se comía un humilde y rico Gulasch, un delicioso lucio relleno y un strudel de reinetas y mantequilla que Olga Havel siempre pedía de postre. Después de contarse sus vidas desde ese último día en el que Jan dejó de asistir a las clases de guitarra y español de Jacinto, se fueron a buscar esa desnudez que descubrieron con catorce años.

Pero no hay despertar juntos, ni desayuno de besos, bollos de mantequilla y café compartido, no hay deseo al sol sobre el deseo recordado en la noche. Cuando él despierta, Olga ya no está, ella ha quedado muy temprano para desayunar en su querida casa de la calle Vodni. Jacinto Heredia se ha levantado aún más temprano para hacer un buen chocolate y unos churros crujientes que casi le hacen llorar al morder el primero y recordar España.

Olga besa en los labios al viejo cuando se despiden.

—Que mi tierra te quiera, niña —dice el gitano cuando ella ya no puede oírle y corre calle abajo para llegar a tiempo a los locales del Partido donde ha quedado con otros voluntarios para conocer los últimos detalles del viaje a Madrid.

Un escalofrío largo y lento llama a las puertas de la fiebre. Pido otro ronquito y busco las pastillas en el bolso. Esta vez no quiero que la fiebre me humille, no quiero que el delirio me traiga todas las voces sin conocer sus nombres.

No pude contar a Evaristo el encuentro entre Iker Elorza y Jan que descubrí después, no pude pedirte que vinieras conmigo igual que no pude escribir a Teodoro para contarle la verdad de las últimas traiciones que fui desenterrando entre los papeles de Dimitri.

Ahora mi cuerpo quiere rendirse, acunarse en el ronquido de las turbinas del avión, caer en el abrazo helado de la fiebre, dejarse llevar por la inmovilidad, los temblores involuntarios, los ojos entrecerrados, las manos quietas sin ganas de seguir desentrañando un tiempo remoto. Pero está aquí Olga, me toca con sus manos blancas y largas, mira las ruinas de los edificios de la Universidad, habla en mi oído, las trincheras abandonadas, las nubes de humo que levanta la artillería de vez en cuando, sus ojos grises y grandes se pierden entre los árboles del fondo, la destrucción embriaga a los hombres como un licor amargo al que se acostumbran hasta parecerles dulce y suave. Miaja grita a los soldados, dice que les admira, que defienden la libertad del mundo, que son héroes que recordarán generaciones de españoles, pero Olga teme que no, su corazón le dice que el olvido es veloz como las balas, que el polvo seco del tiempo ocultará deprisa los cadáveres, los gestos heroicos, el dolor de todos estos hombres y mujeres que van y vienen por la trinchera con la naturalidad monótona de una costumbre como quien va a la oficina o al taller por unas horas. Al General no le importa subirse a una escalera y asomar medio cuerpo fuera del socavón, cualquier bala perdida, cualquier tirador avisado podría acertar al viejo, eso los saben todos. Miaja quiere demostrar que él es uno más, no un privilegiado mandamás miope que se pasa el día con la nariz pegada a los mapas, reunido, hablando por teléfono con la gente del Gobierno si no un soldado que también arriesga la vida paseando por la ciudad, hablando con los milicianos, mirando sin prismáticos por encima de los parapetos.

Olga le admira, le recuerda también a Jacinto Heredia. Los dos saben que no tienen futuro, que los días del porvenir serán de otros y sin embargo quieren enseñar que el mundo puede ser mejor, un lugar más habitable y hermoso en el que suena una guitarra furiosa y libre desde una calle de Praga, en el que hay hombres de rasgos extraños que hablan lenguas incomprensibles que han venido a Madrid para defender una delicada idea de libertad.

Olga toma de la mano a Teodoro y se apartan un poco del grupo, le pregunta si ha escrito ya el guión de la noche.

—Ya sabes que no necesito escribir —le responde antes de besarla—.

Pero Olga le pide siempre que se los escriba.

—Son un recuerdo para cuando seamos viejos y nos falle la memoria —le dice—.

Ella, por la noche, cuando él duerme en el camastro del hotel después del amor, escribe una copia de la historia para enviársela a su querido Jacinto.

Solo el amor nos cura la fiebre, la certeza del dolor, las ganas de dejarnos llevar por la inercia estéril de los días, solo la caricia de sus palabras en la memoria protege mis ojos de la desolación, de tanto sufrimiento olvidado. Ellos buscaron durante muchos años la pueril compensación a tanta muerte pero no encontraron nada, a los vencidos los arrastra la vida hasta cualquier desagüe de la historia hasta acabar en el rincón de los etiquetados como ingenuos, estalinistas, engañados, ilusos, anarquistas, resentidos, revolucionarios, chusma, héroes, definiciones que les ahogarán despacio, cansados, mudos para proponer una historia alternativa y un futuro posible que ahora ni siquiera pueden soñar.

—Solo tu deseo me mantiene aquí —le dijo Olga esa noche tras la visita a las trincheras con Miaja—.

Solo tu deseo y mi deseo de ti, ahora, evita que la fiebre me aniquile y siga aquí, flotando en este abismo oscuro, escribo yo.

Olga Havel iba a ser la heroína de mi historia, así era en las primeras páginas que escribí sobre ella en unos cuadernos que ya no existen, la mujer fuerte y limpia que viene de tan lejos a defender el mundo, la eficiente traductora del General que suaviza con sus gestos la comunicación con algunos jefes brigadistas, la amante que arriesga su vida por un hombre del que apenas conoce más que su traición terrible y su magia para cortar historias por la radio.

Pero aquel segundo encuentro con Jan en la calle, a la salida de la emisora que presencié Evaristo va llenado de ponzoña el fondo de sus ojos, de mis ojos.

—Yo salía a la calle nada más acabar la locución Arturo y Teodoro —recuerda Evaristo— me sentaba en las escaleras de mármol que subían a los pisos superiores abandonados y entrecerraba los ojos presenciando todavía lo que sus palabras me recordaban. Entonces escuché las voces, los susurros rotos por alguna palabra gritada. Se pusieron muy cerca de mi guarida. Podía ver en la penumbra sus gestos, las manos de Olga agitándose en el aire y después amortillando su arma.

—No te atreverás —dijo Jan— ya sabes donde irá después esa bala.

La mujer guarda la pistola y comienza a hablar en su idioma en un tono muy bajo, él se acerca, le acaricia con los dedos la mejilla y le habla también en Checo.

—Supuse que era una vulgar rencilla amorosa, una discusión entre antiguos amantes. Solo pude entender un nombre que repitieron ambos varias veces: Herman Beumelburg. Salieron a la calle y se fueron los dos juntos en la motocicleta de Jan. A los pocos minutos salieron los demás. Iker y yo llevamos primero a Barea al edificio de la Telefónica y después acercamos a Teodoro al hotel. Iker desapareció como siempre a esas horas y yo bajé a la bodega del hotel donde habían instalado el bar un piano blanco en medio de la sala en el que en ese momento estaba tocando Juanín Dalmau, al teniente de artillería se le daban mejor las teclas de marfil y las blusas de las muchachas que los cálculos de trayectoria de los obuses, pero era un tipo muy divertido que se llevaba bien con todo el mundo y era capaz de animar la noche cantando canciones cubanas aunque la vibración de las explosiones no siguieran el compás. Le había visto arriesgar varias veces el pellejo en el frente pero siempre que volvía a Madrid traía viandas y botellas de ron que nadie sabía de donde sacaba. La gente de abastos quiso meterle un puro, apretarle las teclas para que confesara de donde robaba aquello pero al final llegaron a un acuerdo.

—De donde sacas el ron Juanín —le pregunté un día—.

—Me lo envía mi mamá de casa —me respondió—.

Después supimos que era verdad y que trabajaba de informante para los yanquis, pero no nos importó, al final en el Ebro sus cañoncitos de 37 mm daban bastante bien en el blanco y creo que después de la guerra dio trabajo a muchos españoles en las plantaciones de su familia en Cuba.

Cuando se cansó de tocar aquel piano le sustituyó un ruso que se dedicó a tocar polonesas, parecía una escena de una película de Buñuel, aquel tipo de uniforme tocando a Chopin en un piano de cola blanco dentro de un sótano lleno de gente de todos los países mientras se sentían las vibraciones de las bombas cayendo sobre la Gran Vía.

—Te invito a unos roncitos Eva.

Estuvimos tomando ron hasta que el ruso aburrió a la concurrencia con su repertorio de Chopin y sus himnos revolucionarios y pidió la vuelta de Dalmau.

—Oye camarada, ¿te suena el nombre de Herman Beumelburg?.

Su tez morena y brillante adquirió de pronto un tono ceniciento.

El cubano tocó media docena de canciones y volvió a mi lado.

—Vamos fuera Evaristo.

—Nos va a pegar un tiro algún cabrón.

—No sea cagón Eva.

Juanín Dalmau me cogió del brazo y poco menos que me sacó en volandas del hotel. La noche estaba fría, hacía un viento despacible que traía polvo y olor a explosivo.

—¿Porqué me preguntas por ese nombre?.

—No, por nada, lo he escuchado hace un rato y pensé que era algún brigadista.

—¿A quién se le has oído?.

El simpático cubano parecía de pronto un comisario de checa con malas pulgas.

—No me jodas Juanín, ha sido en un bar, por ahí.

—Pues ya puedes decir a los tuyos que corten los huevos a quién haya nombrado a Beumelburg.

Entonces el cubano se alejó sin despedirse, apretó el paso y no pude seguirle por la herida de la pierna. Me dejó con la mosca tras la oreja.

Al día siguiente se lo pregunté al mismo Jan.

—Hemos interceptado una carta de un quintacolumnista en la que se cita a un tal Beumelburg, ¿no será algún brigadista de los tuyos?.

Jan se puso serio.

—Ese es el nombre de un fascista de mi tierra, un asesino sin escrúpulos al que me gustaría pegar un tiro en la boca, además creemos que hay gente suya entre dentro de las brigadas pero no sabemos quienes pueden ser.

Jan me sonrió y me paso el brazo por el hombro.

—Si no os importa me gustaría echar una ojeada a esa carta.

—Vosotros los comunistas siempre queriendo ahorraros el trabajo, búscate la vida camarada, pregunta a la gentuza de tu amigo Orlov porque yo no te voy a dar ni un trozo de papel higiénico.

Jan soltó una carcajada y me invitó a un vaso de un licor asqueroso que le pusieron en un bar al lado de Chicote.

—Está bien amigo, cada uno a lo suyo.

Jacinto escucha pasos a lo lejos, voces, ruido de puertas que se abren pero ya no está allí, sueña, hace muchos días que en el delirio partió de viaje por los caminos polvorientos y calientes, embarrados y helados de España. Se para ante las flores de las jaras, observa el delicado equilibrio aéreo de una abeja que se posa en el centro amarillento de la flor, el chillido de los abejarucos que anidan en el terraplén, el elegante vuelo de los milanos negros. A veces coge su guitarra y canta mientras la cena de la familia se hace al rescoldo de la hoguera, el delicioso olor de la liebre que atrapó por la tarde el galgo guisada con judiones y con tomate, el pan tostándose sobre una piedra caliente, el vaso de vino de pitarra que descansa en el suelo.

Herman Beumelburg entra en el cuartucho maloliente.

—Lleva así varios días señor, no atiende a nada, no responde a los golpes, se pasa horas y horas moviendo los dedos como si estuviera tocando la guitarra.

—¿Y eso que es? —pregunta Herman apuntando hacia el plato de cinc con restos reseco de comida que descansa en el suelo—.

—Es la comida señor, responde el más joven de los torturadores.

—¡Esto es una mierda! —gritó de pronto el checo— le quiero limpio, aseado y bien comido en una de las habitaciones de arriba, obligadle a comer si es preciso, me da igual si está loco o se le cae la baba pero le quiero vivo y bien vivo.

Los dos alemanes se miran entre sí algo confusos todavía.

—¡Sí señor! —dicen con repugnancia con solo imaginar que tienen que meter en la bañera a aquel gitano roñoso—.

Herman sube al salón de trofeos, la chimenea recién encendida todavía no ha calentado la sala y los pálidos rayos de sol de la mañana iluminan las cabezas de ciervos, jabalíes y antílopes que decoran las paredes. Sobre una piel de oso hay un sillón bajo de cuero negro, el sillón favorito de su abuelo el Barón Alfred en el que ahora esta sentado Konrad Henlein.

—¿Y bien? —pregunta apenas Herman cierra la puerta—.

—Buenas noticias, nuestro contacto afirma que podremos sacar a la tal Olga Havel lo que se nos antoje.

—Estupendo —susurra el filonazi— nuestros amigos alemanes se van a tener que quitar el sombrero.

—Solo ha habido un pequeño problema que ya he arreglado.

—¿Cuál? —pregunta Konrad sabiendo de ante mano que su eficiente mano derecha nunca le ha fallado—.

—Nada, los dos alemanes que nos mandó Heydrich por poco se cargan al viejo, le habían encerrado en una de las carboneras.

—No me cuentes más —le interrumpió Henlein— ayer hablé con el encargado de negocios de la embajada y hoy mismo sabremos lo que quiere Franco. Heydrich me ha dado libertad absoluta, solo quiere que le enviemos copia de todo lo que entreguemos al General.

El nazi cambió de tema

—He leído las placas de algunos de estos trofeos y he descubierto que son suyos.

—Si, pero hace algún tiempo que dejé de cazar —dijo Herman percibiendo su jefe una sombra de duda en su tono—. Las obligaciones del partido no dejan mucho tiempo para las aficiones —intentó zanjar Herman—.

—Todo lo contrario querido amigo, la caza en estos tiempos es importante, nuestros amigos alemanes me han invitado a una cacería en

Bulgaria para dentro de dos semanas y espero que vaya usted en mi lugar, haga amigos, diviértase, desconecte un poco de la tensión del trabajo que ya vendrán tiempos peores. Creo que se trata de una cacería de osos y de lobos y que asistirá el mismo Heydrich, llévele Usted personalmente las copias de los primeros informes, eso será muy positivo para su carrera política, se lo aseguro.

Herman se despidió de su jefe y salió de la tétrica sala. Le sudaban las manos y le siguieron sudando ya en el coche mientras conducía a toda velocidad en dirección a la casa de su abuelo en la ciudad.

Horas después Jacinto Heredia parece más joven, todavía está ausente, escuchando el adormecedor chirrido de las ruedas del carromato camino de un pueblo Cáceres llamado Jara, con los ojos cerrados a ratos deja que el mono le despioje y que las mulas sigan el camino sin tocar las riendas. Pero el sueño se interrumpe y se ve de pronto sobre la cama, recién afeitando, vestido con un elegante traje azul del anciano Barón. Antes le han hecho comer un sabroso goulash de buey con patatas, cebolla y abundante paprika que le ha recordado un remoto sabor familiar, le ha forzado a beber un par de copas de buen vino de Borgoña, el calor de la estufa de la pequeña pero acogedora habitación abuhardillada envuelve al viejo gitano.

—Venga, ¡una sonrisa!

Grita el alemán mientras ajusta el objetivo de la máquina de fotos. El otro carcelero se sienta junto a Jacinto y le da unos pellizcos en las mejillas. El viejo sonrío en el momento en que suena el clic mientras el alemán sujeta ante la Leica el Völkischer Beobachter, el periódico del partido Nazi. Las nubes dejan por unos minutos que sol entre por la ventana del techo de la habitación, el gitano trepa por el rallo de sol para volver a su querido carromato, un lagarto ocelado cruza el camino de tierra que sube las cuestas de Torreseca y un chiquillo se apea del carro gritando y enarbolando un palo que termina en un arpón de hierro parecido a una banderilla, a los pocos minutos regresa el gitanillo con el pinchalagartos atravesando el abdomen del animal, lo deja en el suelo y el lagarto corre por el camino arrastrando el palo, con la boca abierta, furioso y agonizante.

—¡Mátale ya!, No le hagas sufrir —le grita Jacinto—.

El gitanillo aplasta entonces la cabeza del reptil con una piedra. El muchacho cazaré una docena antes de acampar a las afueras de Jara. Lagartos entomatados cenarán todos esa noche.

El Barón Alfred von Beumelburg ha caído enfermo, otro ataque de gota que soporta en silencio bebiendo infusión de adormidera y leyendo a Buffon.

Hace ya tiempo que el anciano Barón no sale de su casa de Praga, ya no lee los periódicos, no recibe a los pocos amigos que aún le quedan vivos, pero es feliz pesar de los ataques de artritis, se siente ya fuera del mundo, fuera del tiempo. Por las mañanas dicta un par de horas al escribiente sus memorias de gran cazador y por las tardes se encierra en la biblioteca a releer los libros que le llenaron de placer en su juventud o se pasa horas y horas limpiando sus rifles y escopetas, abillantando con aceite inglés sus hermosas maderas de raíz de nogal, limpiando los aceros de los Mauser, Holland&Holland, Mannlincher, cualquier brizna de polvo, cualquier sospecha de herrumbre.

—Su nieto ha llegado —le anuncia Klaus su fiel mayordomo—.

Herman se sirve un Oporto de la licorera y se sienta junto al anciano en silencio, espera a que salga el escribiente, apura la copa, clava los ojos en la forma enorme de su abuelo hundido en el sillón con los pies en alto sobre un taburete y un rifle exprés descansando sobre sus muslos.

—¿Se puede vencer al miedo? —balbucea Herman—.

El anciano realiza entonces un movimiento rapidísimo cerrando la bascula del arma en la que hay dos cartuchos del 500 Nitro Exprés, se encara el arma y apunta a los ojos de su nieto, el dedo atenaza el gatillo y suena el click del percutor en lugar del estruendo de la detonación.

—El miedo, el miedo no es un elefante herido cargando contra uno cuando el arma ha fallado —musita el Barón— ni los fantasmas que se inventa uno viendo los ojos de las hienas y aguantando un ataque de malaria. El miedo es un amigo, un cómplice, un camarada fiel —afirma ahora Alfred con voz firme y áspera—. Fíate siempre de tu miedo, es lo único que no te traiciona, que no te falla, que no sale huyendo cuando las cosas se ponen feas.

El anciano se levanta trabajosamente, con el rifle de bastón se acerca al armero para dejarlo y después se va apoyando en las estanterías con los ojos muy abiertos y brillantes y la mandíbula tensa por el dolor.

—El único miedo que de verdad paraliza es el que te entra el día que descubres que tu cuerpo ya no te sirve, cuando no obedece a tu voluntad y día tras día se va convirtiendo en un objeto inútil, pero incluso ese miedo también nos sirve.

Cuando el Barón llega por fin al sillón y se derrumba entre sus brazos lanza un resoplido de alivio.

—¿Me sirves una buena copa de Coñac?.

Su nieto le obedece.

—Cuando yo muera quiero dejar algunas de mis armas a tu amigo, sé que a ti no te importará mucho, nunca has apreciado demasiado las armas más que como meras herramientas.

—Es cierto abuelo, para mí será un placer hacérselas llegar a Jan.

Herman se despide del viejo, aún le sudan las manos mientras conduce el Bugatti a bastante velocidad por las callejuelas de Praga.

El Barón Alfred von Beumelburg se levanta de nuevo del sillón y vuelve al armero, coge el exprés, se apoya los cañones en la zona del corazón y aprieta el segundo gatillo el que no tiene la aguja percutora rota. El proyectil de bronce macizo le atraviesa el cuerpo y se empotra en un grueso atlas. Vivirá todavía unos segundos.

—Así mueren los antílopes, los osos, los búfalos pero no los elefantes. ¿Dónde está el miedo? —Susurra el cazador agonizante entre los brazos y las lágrimas de su fiel mayordomo Klaus—.

Tengo entre mis dedos la fotografía de Jacinto Heredia sentado en la cama sonriente junto a un joven, contrasta su tez oscura junto a la palidez del muchacho, el papel está quemado en una punta por un trozo de metralla pero puede leerse perfectamente en el anverso de la imagen:

“Querida Olga, estoy bien, con mis nuevos amigos, sigue los consejos de Jan y continua mandándome cartas si te es posible. Un beso de tu profesor.”

Nadie puede sentir el pulso asesino que hay detrás de las insípidas palabras, la herida insufrible, enloquecedora que atormenta a Olga cuando recibe una carta con el mismo remitente de siempre pero ya con letra diferente. Una foto que irá llenado de veneno la sangre de cuantos la toquen, revoloteará por el campo tras la explosión de la granada que mató a Olga, llenará de pesadumbre los ojos de Miaja, acompañará a Teodoro durante muchos años, dormirá junto a otros documentos infames en archivo privado de Dimitri, pasará a las manos de Iker Elorza en el café Red Wild Beoar y después a las de Evaristo.

—Yo conocí a ese hombre cuando era niño, mi padre le salvó de morir ahogado en el Tietar, pero no logro entender que tiene que ver ese gitano con todo esto. —me dice Evaristo cuando se cae la foto de la carpeta desgastada que me entrega—.

Olga Havel llama a Miaja y le dice que está enferma. El General quiere enviar a su médico personal, pero ella pretexta que ya a mandado llamar a uno de las Brigadas.

Por la tarde llaman a la puerta de su habitación. Teme que sea Teodoro o el mismo Miaja. Cuando abre se encuentra con otra persona.

—Estabamos en la sala de mapas con Miaja esa mañana que recibió la llamada de Olga, lo recuerdo perfectamente porque acababa de producirse una inmensa bronca entre Melchor Rodríguez y Lister, esa noche habían intentando sacar a algunos presos de la cárcel para darles el paseo y

nuestra gente tuvo que echar mano de las pistolas para impedirlo —dice Eva—.

—Vete haber que le pasa a esa muchacha y ocúpate de lo que necesite —me ordenó el general—.

—Cogí una motocicleta y me acerqué a su hotel. Cuando llegué a la habitación la puerta estaba entreabierta, Olga estaba echada boca abajo sobre la cama, vestida ya con el uniforme. Entonces se volvió. Nunca olvidaré tampoco su mueca de rabia, sus ojos azules enrojecidos y su pistola dispuesta a disparar. La camarada desamartilló con cuidado el arma y la dejó sobre la mesilla, se levantó de la cama y se abrazó a mi sollozando en absoluto silencio. No sé cuantos minutos estuvimos así, yo sentía su olor a lavanda y a mujer y una ternura inmensa que nunca había sentido.

—Gracia camarada —me dijo cuando soltó el abrazo—. Ya estoy bien, esta maldita guerra nos está jodiendo.

Después de lo que ocurrió más tarde, siempre tuve la certeza de que alguien más visitó a Olga esa mañana, también recuerdo que esa foto estaba sobre el escritorio pero entonces no caí quién era aquel viejo que sonreía junto al muchacho rubio.

Puedo imaginar a Jan agazapado en la bajada de las escaleras viendo a través de la puerta entreabierta los dos cuerpos abrazados, unos segundos antes y Evaristo les hubiera sorprendido, entonces toda la operación se habría complicado, tendría que haber matado al anarquista e intentar seguir coaccionado a Olga desde una posición bastante más difícil o tendría que haber asesinado a los dos simulando un crimen pasional pero cualquier solución para salvar el pellejo hubiera sido ya un desastre para el plan de espionaje y tendría que iniciar otros trabajos sin duda más arriesgados y de más difícil justificación ante los ojos de Heydrich.

Baja despacio las escaleras y sale del hotel con los primeros informes de Olga en el bolsillo de la cazadora. Aún no sabe el gran valor de los papeles pero yo sí puedo imaginar el horror de Olga por su traición, su insomnio febril buscando alguna forma de cambiar los planes de la ofensiva, de convencer a Rojo y a Miaja de que aquella estrategia estaba equivocada. Quisiera llamar a Teodoro, esconderse en su cuerpo, contarle el chantaje y la traición, pero no puede, no quiere, la sonrisa de Jacinto vestido con un traje que no le pertenece y la mirada perdida de quién ha sido torturado en lo más íntimo son su infancia, la ternura dulce que la ha hecho fuerte. Su razón, su cerebro de militante la dicta que no se puede cambiar a un viejo por miles de jóvenes soldados que van a morir, Jacinto se inmolaría sin dudarle si supiera lo que ocurre pero su memoria de niña esconde sus manos menudas entre las grandes manos morenas de Jacinto y se niegan a verle muerto, a no verle nunca, a no poder contarle lo que siente aquí, habitando su tierra y amando un hombre moreno como él que sabe contar

historias como aquellas que él también contaba después de la clase de guitarra.

Unas horas después, desnudo sobre la cama, aturdido por la botella de ron que se ha bebido junto a Juanín Dalmau, bajo la luz de la linterna, Jan abre la pequeña carpeta que le ha entregado Olga, tarda en entender, no da crédito, casi se le escapa un grito de sorpresa: cartas de Vicente Rojo a Negrín sobre la necesidad de tomar la iniciativa y salvar la siderurgia de guerra de Sagunto y Valencia, listados del material de guerra que había logrado traspasar la frontera francesa entre marzo y junio, la organización del ejército y en detalle el listado de los cuerpos, sus divisiones y jefes, Lister, Tagüeña, Etelvino Vega, las baterías antiaéreas que sería desplazadas, las unidades de tanques y los nombres de sus jefes, los batallones de pontoneros imprescindibles para cruzar el río, los objetivos señalados, el tramo de río entre Mequinez y Amposta en el que se ejecutará la maniobra, planos, mapas, órdenes de puño y letra del General Vicente Rojo y sobre todo la posible fecha del 24 o 25 de Julio como inicio de las operaciones escrita con lápiz sobre uno de los planos.

Los alemanes no se lo van a creer, pensarán que es alguna maniobra de contrainformación del SIM y tal vez eso es lo que Olga espera que crean, piensa Jan, pero él sabe que los alemanes le consideran un héroe y tomarán por cierta toda la documentación tras un mínimo contraste.

Jan saca la botella de licor de ciruelas del cajón de la mesilla y bebe un último trago. Se viste aprisa, se asegura que la pistola esta cargada y la recámara llena, sabe que en unas horas se va a mover mucha gente por ahí, en Praga, en Berlín, en Madrid. Llama por teléfono a su contacto reunirse con el gente de Canarias en Madrid.

—Algo gordo se avecina —le dice el polaco tararareando la misma canción de siempre *mamita mía nadie le pasa*—.

Se levanta y le dice que espere cinco minutos, sale del bar y Jan se pone a mirar a la camarera guapa que se llama Carmela y que a esas horas tiene una sombra de ojeras que la hace aún más deseable a la luz de las velas que iluminan el local. No ha pasado ni un minuto cuando vuelve el brigadista polaco.

—Debes tener mucha influencia camarada porque este pájaro es el jefe del nido.

Le susurra el nombre en clave del contacto, el lugar y la hora de reunión.

—Dentro de media hora en la calle Pelayo, número cuarenta y tres.

No tiene mucho tiempo, sale el bar, se abrocha la cazadora a pesar de que hace calor, saca la pistola de su funda, la amartilla, pone el seguro y se la guarda en el bolsillo sin soltarla. Camina deprisa, sonriendo, cuando llega a la calle se da cuenta de que el número cuarenta y tres es una zona

muy oscura en la que solo ve el tenue resplandor de un cigarro, sin dejar de caminar, de apuntar a la sombra con la Luger, susurra el nombre y el otro hombre saca una mano del abrigo para recibir la carpeta.

—Hay información suficiente para acabar la guerra en poco tiempo.

—Ya veremos —dice el alemán— el General Franco tiene la cabeza muy dura.

Entonces se miran a la cara y Jan cree reconocer a alguien pero el otro ya se ha dado la vuelta y se pierde en la primera esquina de la calle.

Al día siguiente Jan Kral movió sus hilos para quedar asignado a la 3 división del XV ejercito mandado por Tagüeña dispuesto a participar en la primera línea de la ofensiva.

—No lo entiendo, nunca lo entenderé —dice Evaristo— porqué ir a una batalla en la que casi seguro vas a morir y vas a ver morir a muchos de tus compañeros gracias a tu traición.

Eva manosea una y otra vez los papeles amarillos, los planos del frente anotados por el general Rojo en las que unos dedos desconocidos fueron marcando con un lápiz las siete contraofensivas franquistas.

Olga no sabe, no sabrá nunca que el día en que entrega a Jan los documentos de la ofensiva del Ebro Jacinto Heredia ya no existe.

Ha sido tan fácil.

Vino a visitarle Herman al que todos respetan y un tal Rudolf que incluso le ha tendido la mano al presentarse. Le ha traído mermelada de arándanos y galletas de nata y ha vuelto a ordenar a los guardianes que le traten a cuerpo de rey, pero el ayudante de Heinlein ha cometido un desliz:

—Recuerdos de Jan desde España —le dice al marcharse—.

Cuando se cierra la puerta de la habitación y la voz de Herman se mezcla con la del otro hombre mientras se van alejando, el viejo alcanza a escuchar:

—Olga Havel (...)

Y de pronto intuye, comprende, descubre que él es la delicada pieza de un engranaje siniestro, el rehén necesario de alguna abominable trama.

Jacinto cierra los ojos para encontrarse con la imagen de su mujer, para sentir el calor de los caminos dentro del carronato, el sabor de los lagartos con tomate, el sonido de sus dedos sobre la guitarra, los ojos asombrados de una niña a la que ama, recuerda la asfixia, el remolino frío del Tietar crecido, el agua turbia que lo arrastra al abismo, pero esta vez se deja llevar, cree tocar el limo suave y helado del fondo y abre los ojos para morir, para mirar otra vez el gesto de una Olga de diez años empeñada en aprender su idioma.

Ha sido fácil, solo ha tenido que dejar de respirar, aguantar el aliento con la voluntad inquebrantable de quién siempre se supo vencido.

—Nunca supe quién era ese Rudolf —me dice Evaristo— pero él si nos conocía muy bien a todos nosotros.

En las carpetas de Dimitri había un informe extenso y minucioso de un tal Rudolf, un nombre sin apellidos, sin cara, sin biografía, tal vez un agente doble por dinero, un alemán práctico, un superviviente, un siniestro traidor o un narrador más, espectador curioso de una guerra que parecía desde Berlín un juego, una simulación inocua con siluetas de recortable, figuras de plomo con las que juegan los niños sobre la alfombra turca del salón a la luz de la chimenea, mientras los adultos se divierten soñando que son los hermosos hijos de Apolo, bailan un vals y beben aguardiente de manzana.

En cambio de Von Richthofen solo tenía su nombre escrito con pálida tinta azul detrás de una fotografía aérea de un río en la que se ven con claridad muchas barcas a la sombra de los árboles como si fuera la romería acuática de algún pueblo en el día de su patrón benefactor o de su virgen de madera, manto bordado y mirada fósil.

Rudolf, amigo y agente del Almirante Canaris, microfilma los documentos y mandará una copia a Von Richthofen, el 24 de Junio ya le habían llegado informes al cuartel general de Franco sobre la acumulación de pertrechos y soldados cerca del Ebro, el desplazamiento de las brigadas internacionales en la zona de Falset y el envío de barcas y artillería Otros informes del SIM franquista reforzaban esas noticias y las completaban con la localización de las divisiones de Lister y del Campesino.

A Canaris le inquieta la enorme ventaja que para Franco puede representar toda esa información, no conviene ahora para Alemania que la guerra se acabe rápido si no mantener la tensión, prolongarla, dosificar la ayuda militar bien medida para que la República no gane la guerra pero tampoco que Franco arrase para seguir cambiando su gratitud por Wolframio y jugosas ventajas económicas para el Reich, aunque los mandos alemanes en España pidan más cantidad de material y más hombres.

—No te preocupes, Franco es un militar inepto, le interesan otras cosas antes que ganar la guerra —le dice Canaris a Rudolf mientras saborean una taza de café en una terraza de Alexanderplatz—.

—Los que se suben por las paredes son la gente de Richthofen y Von Thoma. Cuando nuestros mandos hablan de guerra relámpago Franco se piensa que tienen que ver con el uso de las tormentas en combate o algún aparato del diablo que lanza rayos y centellas a voluntad.

Canaris se termina el café, sonrío y pide otra taza al camarero.

—Eso me pareció a mí también cuando lo visité en Salamanca por orden del general Von Blomberg para investigar las razones del fracaso en

la toma de Madrid. Las tácticas de combate terrestres y aéreo no son las más adecuadas para tener éxito, sobre todo eso de dispersar la aviación, le dijo con cara de perro el general Hugo Sperle y Franco le miraba perplejo, como si no entendiera lo que le estábamos sugiriendo y el traductor nos miraba aterrado, temiendo que al final de la reunión le fuera a fusilar por decir en castellano palabras tan francas y directas. Sé que Franco no sabrá utilizar estos informes, son demasiado complicados, demasiado espléndidos. Ya quisiera yo tener a ese General Rojo cuando empiece el baile en Francia, me quito el sombrero ante él —dice Canaris antes de levantarse— y felicita de mi parte al agente que los ha conseguido. Se merece una medalla.

Von Richthofen también ha hecho sus deberes y esa mañana ordena a uno de sus mejores pilotos que fotografíe la zona con un flamante y rápido Messerschmitt 109.

Las fotografías tomadas a muy baja altura no dejan lugar a dudas, tropas, tanques, artillería y cientos de barcas de todas clases apenas camufladas entre los árboles de la orilla y la nítida fotografía de un hermoso puente hecho de bidones y tablas cerca de Amposta.

Por la tarde hay una copia de las fotos sobre la mesa de Franco. Yagüe traga saliva, protesta, presenta también los informes y testimonios de algunos prisioneros republicanos capturados por la zona y convenientemente torturados que ha enviado el Coronel Campos Guereta jefe de la 50 División del Cuerpo del Ejército Marroquí.

—Es un viejo que chochea —dice Franco del Coronel— no hay que hacerle mucho caso y estos alemanes siempre presumiendo de aparatos, de maquinitas, de fotos, además no me fío de estos documentos, hasta puede que sean una estratagema del cabrón de Rojo.

A Yagüe le dan ganas de sacar la pistola y pegarle un tiro en medio del bigote pero se da la vuelta, sale del Palacio de la Isla y camina de prisa por las calles de Burgos sin quitar los ojos del suelo, sin mirar los estandartes, las banderas, los inmensos retratos del Caudillo con los que están adornando las calles para homenajear en el segundo aniversario del Alzamiento Nacional al invicto, infalible y astuto militar que según todas las noticias iba a finalizar la guerra de forma inminente, pero Yagüe solo repite entre dientes una palabra, una especie de letanía susurrada sin tono:

—Imbécil, imbécil, imbécil.

Todos se agachan instintivamente cuando de pronto les sorprende el rugido del Messer, todos menos Jan que hace una visera con la mano para ver mejor el aparato. Aquí debe de estar, imaginé yo, una diminuta mota dentro de la foto aérea del río, comiendo el rancho con los hombres que van a morir por su voluntad, con los que sin embargo va a compartir la trinchera y el riesgo durante muchos días y noches a lo largo del verano.

Dos días antes en Madrid Jan ha tenido una apasionada discusión con Kotov, jefe de los grupos de sabotaje del NKVD y ahora sucesor del desaparecido Orlov, sabe que sus minuciosos informes sobre simpatizantes troskistas en las Brigadas Internacionales son agua pasada, ya no van a servirle de mérito exculpatorio. Como colaborador de Orlov está bajo sospecha y no le han hecho desaparecer ya porque Kotov le conoce y no duda un ápice de su lealtad.

—Hay que presionar en la Sociedad de Naciones para que las potencias entren en guerra de una vez con Alemania, solo así España puede tener alguna esperanza

Kotov afirma en silencio.

—Te sienta bien la comida española —bromea Jan después de la tensión del interrogatorio— estás engordando.

Las ojeras de su jefe se estiran y aparece un ligero brillo en sus pupilas.

—Demasiada tortilla de patatas con cebolla —afirma sonriendo—por ciento, preguntó casi en voz baja, ¿no sabrá dónde se ha escondido el amigo Alexandr.

—Si lo supiera ya le abría pegado un tiro —afirma tajante el checo—

Esa tarde Kotov codifica un mensaje para Beria eximiendo a Jan de cualquier sospecha y manda copia a Carlos Contreras. El simpático y alegre italiano ya había ordenado a su gente que se cargaran a Jan y tuvo que hacer muchas llamadas esa noche para evitar su muerte.

—Es como Mussolini pero en rojo, debe ser su hermano secreto. Solía bromear Jan sobre el Comandante Carlos, organizador del 5º Regimiento, ante sus amigos anarquistas.

—Ahora sé que el hijo puta de Vidali alias Comandante Carlos, habría acabado con Jan con sus propias manos y lentamente si llega a escuchar el comentario —me dice Evaristo acercado sus dedos aún más a mi chimenea— nos hubiera ahorrado muchos muertos. Yo le vigilaba entonces por mi cuenta.. Después de reunirse con el jefe de los servicios secretos rusos fue a un bar de la Red de San Luis y estuvo hablando mucho tiempo con otro Brigadista Polaco que yo conocía de vista, de los combates más duros de la Ciudad Universitaria. Esperé escondido en un portal de en frente. Hubiera dado cualquier cosa por saber que hablaron.

—Me han dicho que le van a dar una medalla, una Cruz de Hierro de esas tan bonitas —dice el Polaco— pero el jefe no quiere que te expongas, te ordena que sigas cortejando a la doncella, no entiende porque quieres ir al Ebro a que te vuele los sesos una bala alemana o te corten los huevos un moro piojoso.

Jan apura el aguardiente antes de mentir.

—Los rusos me siguen el rastro y me conviene alejarme unos meses de Madrid, consígueme un contacto por allí y os diré hasta cuando se cambia los calzoncillos Lister.

El enlace polaco, Rudolf, Canaris, su amigo Herman, Heinlein y Heydrich se tragan el anzuelo.

—Entonces Dimitri Snizek —prosigue Evaristo— un brigadista judío y también checo como Jan, que colaboraba con nosotros aunque era comunista estaba convencido que Transradio se utilizaba para mandar información a los fascistas, pero mis sospechas sobre Jan le parecieron prejuicios de clase.

—Eva, a ti todos los burgueses te parecen traidores.

—¡Ah!, ¿Y no lo son?.

—Cuando tienen el carnet del Partido y se juegan el pellejo por el pueblo no.

Evaristo me habla de ese desconocido, de un viejo lobo estepario que me enviará su vida entera de cazador de monstruos metida en una caja llena de papeles, me va contando la vida de un extraño que me va a regalar su biblioteca, el lugar que la contiene, su memoria. Pero aún no lo sé y no sabré nunca que ha visto en mí para que me nombre heredera de sus propiedades y de sus pesadillas.

—El Dimi llegó a General en la Guerra Mundial y después alguien me dijo que se había ido a Palestina a inventar Israel, No lo he volví a ver hasta que nos encontramos aquí, en Jara —miente Eva—, nos hicimos muy amigos en Madrid. Siempre que teníamos un rato me pedía que le contara cosas de mi tierra, que se cultivaba, como era el clima, que arboles crecían, de que color eran los ojos de las mujeres. También él escuchaba siempre los cuentos de Barea y de Teodoro y decía que cuando ganáramos la guerra se compraría una finca en Jara y plantaría cerezos y frambuesas. Frambuesas, a mí esa palabra me sonaba a una mujer atractiva y caliente, en mi vida la había oído y cada vez que la nombraba me imaginaba a una chica desnuda dormida con los labios pintados de rojo fuerte. Pero ya ve a lo que se ha dedicado todos estos años.

Evaristo recoge sus fotografías y los pocos documentos que le envió Iker Elorza antes de desaparecer y me los deja sobre el escritorio antes de marcharse.

—Tal vez le sirvan para escribir una buena historia o para descubrir que olvidar el pasado puede traer algunas complicaciones.

Eva deja apartada encima del ordenador esta fotografía aérea del Ebro. Ahora sé que no fue casual. Él creía que yo sabía lo suficiente para tirar del hilo, que me tomaría el mínimo trabajo de indagar un poco más, no

demasiado, pero si lo suficiente para descubrir que algo de verdad siniestro regresaba de ese pasado más remoto para amenazar nuestras vidas y sobre todo la vida del irresponsable, egoísta y voluble hombre al que una vez había amado.

Evaristo y su gente nos habían protegido desde el principio pero entonces, arrogante y necia, creía que todas aquellas advertencias eran solo paranoias de viejos chalados.

Ahora deseo pensar que sigue allí, entre las sombras, protegiendo al nieto de su amigo Teodoro con su piel acorazada de viejo rinoceronte, de leal camarada, de soldado anarquista, de astuto policía republicano, pero su piel solo es un pergamino frágil, un temblor impotente frente a mi chimenea que se va deshaciendo en mi memoria.

XIII

Me dijiste: —Aquella guerra ya no me interesa. Creo que ya no interesa a nadie.

HOY ME FÍO DE MI MEMORIA, de los pedazos de historia recordada, imaginada o mentida que tengo escritos en este portátil, de lo leído durante muchas noches en mi casa de la calle Magdalena, de las voces de Evaristo y Dimitri.

Tiemblo, pero la fiebre ya ha pasado, vivimos en otro milenio y me sorprende no estar en el Madrid del treinta y nueve acompañando a Teodoro a la radio la noche antes de la muerte de Olga o en el cuarenta y tres, en una choza de madera y suelo de bambú sintiendo que tal vez la música de Casals que sale del gramófono no ahuyente al jaguar, o en cualquier otro tiempo u otro lugar que habitaron estos nombres con los que hablo, a los que encierro o protejo en esta cajita de plástico que sostengo entre los dedos.

No sé mucho de aquellos últimos días antes de la caída de Madrid, tampoco recuerdo bien los últimos días que pasé con él en Madrid antes de que se fuera a Nueva York.

Me contaron que Teodoro descubrió misteriosamente al traidor de la radio, que su amante murió el amanecer del día siguiente, que esa misma noche Iker Elorza y Evaristo fueron al frente del Ebro para interrogar a Jan sospechando que era responsable de la muerte de Olga Havel y que después tu abuelo pasó una noche en la embajada de Finlandia, como tras tantas llena de refugiados y quintacolumnistas y que la legación fue asaltada al día siguiente por la gente de Carrillo y Koltstov y entre los papeles de Eva hay una lista de armas y su precio en libras escrito a mano sobre papel de cartas de un hotel de Praga.

—¿Y este documento?. Le pregunté a Evaristo el último día que pasó en mi casa sin separarse de la chimenea—.

—Nada —miente— se traspapeló de otras carpetas cuando estuve en los archivos del sindicato, una de tantas compras de armamento fracasadas que intentó hacer la Comisión de Compra de Armas de Araquistáin o cualquier otra, no te sirve para nada.

Sin embargo recuerdo otros documentos de la caja de Dimitri que probaban un plan de la CNT para acumular armamento en puntos estratégicos del país y poder seguir así la guerra aunque se rompieran los frentes y venciera al fin Franco.

En mis cuadernos, después de unir el puzzle de documentos, había escrito que poco después del altercado de la embajada, los cuatro habían hecho un viaje de una semana a Praga para comprar armas. —Imagínate que historia, dos anarquistas, un profesor y un brigadista comunista encargados de comprar armamento ligero para la CNT sin que el gobierno de la República supiera nada y por lo visto tuvieron éxito, compraron armas nuevas a buen precio y las armas llegaron a España.

No me fue difícil interpretar los documentos que lo demostraban, solo me falta la lista de lo que compraron.

—Menuda novela de intriga tenemos aquí.

—Escríbela —dijo mi marido—.

Ahora estoy segura que si te hubiera contado esta historia hubieras podido escribir una buena novela de aventuras. Entonces creí que no escribías por dejadez y vaguería, nunca me tragué aquella historia de que la novela que publicaste la habías encontrado en un cajón del despacho de su padre y que tú no era el autor.

Aquella misma tarde en la que Teodoro se enteró de la muerte en Londres de Chaves Nogales comenzó a escribir la historia que le había prometido al periodista. Gonçalvez había pescado un enorme surubí y lo estaba pelando en la mesa de la cocina. Valentín llega excitado, dice que ha visto un jaguar rondando la casa esta mañana y comienza revisar la escopeta y la bolsa de caucho con las balas.

Abro la ventana y coloco el altavoz del gramófono hacia fuera,

—La música amansa a las fieras —le digo—.

El garinpeiro corta de un tajo con el machete la cabeza del pez en el momento en el que comienzo a escribir en una vieja Olivetti, entre la música y el ruido de mis dedos aporreando las teclas, el jaguar no volverá a aparecer hasta mucho después, justo el mismo día en que acabé de escribir esa historia, la fábula de un gitano perdido en las tierras del norte, el cuento

de una muchacha huida a los campos del España, la odisea de un hombre que huye de sí mismo al exilio, a la selva en la que los jaguares escuchan entre la maleza el sonido frágil de una máquina de escribir al ritmo de la lluvia, al compás del violonchelo de Casals que se mezcla con el susurro tenso de las enredaderas, los tucanes, las arararas, el Inauni.

Escribo para que Manuel Chaves regrese de la muerte y me invite a un habano de los que le envía Belmonte, para que mi mujer no lllore más por un fantasma, para que los amigos regresen a su tierra un día de marzo cualquiera, para que Olga se acune entre mis brazos cuando las bombas dejan de caer por unas horas y susurre en mis oídos las palabras de un idioma que en su voz me suena extraño:

—Zarza, manteca, oropéndola, sangre.

Suenan a magia, secreto, sortilegio, parecen en su voz recién salidas del latir de los pueblos.

Valentín va leyendo estas palabras despacio, tan despacio como yo las escribo, salé a acechar al jaguar, va a pescar al río con Gonçalvez peces con ojos humanos, se sigue asombrando de la lluvia torrencial, de las hormigas gigantes, del color de los pájaros que caza, del sabor a pollo de los caimanes y yo me asombro de su facilidad para olvidar aquel tiempo y vivir feliz, libre y en paz en medio de la selva.

Teodoro también creyó al principio de su exilio que era suficiente con enterrar la memoria bajo montañas de basura, considerar una certeza que ahora era otro hombre más ruin, más cobarde y también más libre y que el pasado era solo una nebulosa de nombres confusos y sucesos absurdos que se habían disuelto como la hojarasca empapada de la floresta. Sin embargo bastó escribir una sola palabra en la máquina para que la enredadera de aquellos últimos días en Madrid creciera por el tronco de la castañeira más alta, convertida en una liana de ayahuasca que se me enreda en los ojos y en los dedos y le llena los sueños de voces.

Valentín se ha olvidado del jaguar y a veces le interrumpe para aclarar un hecho, para contradecir un párrafo, para contarle sucesos decisivos de la guerra que Teodoro parecía haber olvidado.

Había mañanas en las que Olga venía a recogerme y salíamos a pasear por Madrid como dos desocupados. Le entusiasma leer los nombres de las calles: Fuencarral, Montera, Jardines, Mesonero, Chinchilla, Bordadores, Desengaño, Tudescos, mirar los portales, los balcones, las fachadas, observar las caras de la gente que pasa a nuestro lado. Me toma del brazo con fuerza y sonrío, yo soy feliz oliendo su pelo corto, rozando

con los dedos su cara fría, soy feliz y hay casas desmoronadas, mujeres sucias que rebuscan entre los escombros, hombres disfrazados de soldado que caminan deprisa con la carabina al hombro y los ojos llenos de miedo, soy feliz dentro de una ciudad desolada, rabiosa, agonizante, calle del Tesoro, Espíritu Santo, Corredera Alta, tararea las canciones de los milicianos, me besa con deseo en medio de la calle, su sonrisa sobre mi boca, su respiración segura sobre la mía entrecortada cuando de nuevo se siente lejos la vibración sorda de los obuses cayendo sobre lugares que una vez ha nombrado, sobre la carne de personas que una vez saludamos.

—Teodoro eres un hijo de puta. —me dirá Miaja esa tarde mientras paseamos casi a oscuras por los estrechos senderos del parque del Capricho—. Hay gente del gobierno que quiere echaros de la emisora esta misma noche, pero a Rojo y a mí nos gustan vuestras historias. Ese maldito Barea y tu nos engatusáis con vuestras fábulas pero alguien desde esa emisora envía información en clave a los fascistas delante de nuestras narices, a lo mejor es él o tu mismo el cabrón quitacolumnista y como os descubra os parto la crisma.

—Creo que ya sé quién puede ser el espía.

—¿Creo? —grita Miaja— aquí no creemos en nada, los creyentes tienen demasiado éxito en otros lugares pero no en mi casa, yo quiero hechos, datos, pruebas, estoy hasta los cojones de acusaciones, denuncias, delaciones, mentiras y creencias, quiero pruebas irrefutables para fusilar traidores con toda justicia, no palabritas.

—De acuerdo José —le miento— esta noche, al final de la emisión tendré la prueba que pides.

Entonces no sabía que el azar convertiría mis palabras en verdad, la casualidad a veces es una mano poderosa que nos coloca frente a nuestros deseos. Si, esa misma noche se delataría él mismo ante los ojos asombrados de todos y al día siguiente yo me convertiría en otro hombre.

En la puerta del Capricho me espera Olga con el Balilla, sale del coche, me toma de la mano y me lleva hasta la Casita de la Vieja, abre la puerta y enciende un cabo de vela que hay en el suelo, nos tiramos sobre el corchón que algún centinela usa para aliviar sus guardias. Nos miramos a los ojos en ese justo instante en el que el deseo se desborda.

—Vámonos lejos —gime—.

Reconoce en mis ojos su propio placer, no le importa la risa, el gesto de locura, la respiración animal, la violencia medida de las caderas, el grito que se escapa lento hasta acabar convertido en cascada que retumba en la garganta, el deseo de lamer lo más profundo, dejar que la piel lo piense todo.

—Vámonos lejos, mañana, al sur, ya no puedo soportar nuestra risa junto al dolor de tantos —dices—. Vámonos, tu y yo. Esta ya no es nuestra guerra.

—Nos iremos pronto —le digo— en cuanto descubra quién es el locutor de la quinta columna que hay en la radio, nos iremos a México o a Brasil y olvidaremos todo esto, seremos otros, tendremos un futuro.

Entran en la habitación de la emisora abrazados y serios y se sientan en silencio junto a Barea e Ilsa. El Polaco, amigo de Jan y Evaristo se han marchado hace un momento a un pequeño café que hay frente al Fenix en donde una de las camareras guarda al checo una botellas de un licor de ciruelas que sabe a demonios.

—¿Qué tal con Miaja? —pregunta Barea—.

—Ya sabes —le dije—, el cuento de siempre.

Teodoro no quiere que Arturo sepa lo del informador, no quiere preocuparle con más problemas, sabe que la radio es para su compañero en único momento de paz, el único lugar en la que se puede quitar su máscara de hombre duro, de censor de prensa inflexible y mostrar sus ojos de niño grande, de fabulador encantado, de hombre noble.

Cuando os encontrasteis años después en Londres te ofreció su casa para vivir, la posibilidad de un trabajo en la BBC, el calor de su simpatía.

En el locutorio está leyendo el noticiario para América Angel Edelman, “el Chileno”, agradece el pueblo Mexicano su solidaridad y su ayuda desinteresada antes de pasar a enviar algunos mensajes de brigadistas Chilenos, Mexicanos, Venezolanos, Argentinos, son cartas breves: “*estoy bien*”, “*me acuerdo mucho de vosotros*”, “*venceremos al fascismo*” que alguien recibe al otro lado del charco con alivio ante la certeza de que el padre, el hijo, el amigo aún sigue vivo.

Barea y Teodoro se preparan para entrar, el uno ordena sus notas, el otro cierra los ojos por un momento.

Arturo admira esa capacidad del profesor para narrar en voz alta una historia de memoria como si la estuviera leyendo en un papel. Esta vez Olga se saca de su chaqueta unas cuartillas dobladas y se las pasa a Teodoro.

—Anda, esta vez lee esto.

—Vaya profesor, por fin unas palabras tuyas van a quedar escritas para siempre y no en el aire —bromea Barea—.

Pero ni Ilsa ni Olga sonríen. Mientras suena la música de cierre de las emisiones para América Latina entran todos en la salita, dentro se queda también el Chileno al que le gusta mucho escuchar los cuentos de Barea. Esta vez cuenta la historia de un gato grande y tricolor que se pasea siempre por los tejados de Tetuán, tejados reventados por las bombas muchas veces, pero el gato siempre se salva, siempre vuelve al tejado para cazar palomas y gorriones, para ronronear al sol, la gente cree que es porque tiene siete vidas

pero Arturo dice al final del cuento que es porque con su fino oído escucha antes que nadie el silbido de la bomba y sabe apartarse a tiempo. Cuenta que hay gente en el barrio que cuando vienen los aviones no se meten en los refugios si no que siguen al gato porque saben que donde está él nunca hay peligro.

El técnico de sonido pone un disco y suena el Chelo de Casals, Teodoro siempre comienza su historia con esa música, hace un gesto para comenzar y alza los papeles que va a leer, está casi de espaldas a la cristalera del control y todos los que están allí pueden ver que las cuartillas están en blanco, no hay nada escrito.

—Es solo una broma que Olga quiere gastar a Barea —piensa Iker—.

—...el río Tietar baja crecido esa mañana...—comienza Teodoro—.

Entonces, de pronto, Angel Edelman da un grito, se levanta de golpe de su silla y mira hacia el profesor con ojos de terror, no entiendo que coño le importa al Chileno que esa mañana el Tietar ese crecido, pienso en broma. El hombre saca una pequeña pistola de alguna parte, apunta a la cabeza del profesor y dispara antes de salir del locutorio y correr por los pasillos hacia la salida, Teodoro ha inclinado instintivamente la cabeza y los proyectiles han atravesado el cristal y se han incrustado en uno de los amplificadores que echa chispas y parece que está a punto de incendiarse, las personas que están conmigo en el control gritan, se echan al suelo, tropiezo con un cuerpo tendido al intentar perseguir al traidor y cuando logro salir al pasillo veo a Teodoro apuntando con un arma a Angel que trata de incorporarse del suelo, ha debido resbalar y caer, es un tipo obeso poco ágil, alzo mi pistola para disparar pero el profesor está delante, es arriesgado hace fuego a través del escaso hueco que me deja su cuerpo, entonces grito.

—¡Dispara!.

El sonido de mi voz llena todos los huecos del sótano, pero él no dispara y Edelman logra levantarse y desaparecer corriendo por la esquina que da a las escaleras de subida justo en el mismo instante en el que suenan las detonaciones del arma de Teodoro. Corro por el pasillo con mi pistola pero también resbalo como un torpe sobre el suelo viscoso, cuando logro incorporarme, correr escaleras arriba y salir a la calle no le veo, parece imposible que el gordo se haya esfumado, corro por instinto hacia una dirección pero ya no está, maldigo mi suerte, grito con toda la fuerza de mis pulmones.

—¡Edelman, traidor, cabrón, te encontraré!.

A mis gritos sale la gente del café, corren calle abajo El Polaco y Evaristo.

—¿Era el Chileno? —pregunta Eva sin aliento cuando llega cojeando a donde estoy—. ¡Lo sabía!, tenía cara de fascista, le tenía que haber pegado cuatro tiros la otra noche —grita Eva—.

La gente de la emisora ha salido a la puerta del edificio detrás de mí, miran para todas partes esperando ver en alguna esquina el cadáver tendido del Chileno.

—Vámonos a hablar con Manuel Salgado antes de que se entere todo el mundo y venga la gente de Cazorla.

Ahora, después de tantos años —le explica Iker a Evaristo pocos días antes de que se separen para siempre— me parece que en ese momento tuve la intuición, la certeza de que la guerra estaba perdida, parecía de pronto como si cualquiera de nosotros pudiera ser un fascista emboscado y esa sospecha fue envenenando muchas relaciones, muchas confianzas hasta entonces ciegas. Salimos a toda velocidad hacia la redacción del “Frente Libertario” donde estaba Salgado. Cuando bajamos a su despacho ya se había enterado del desastre.

—A ver Iker, cuéntame tu versión porque acabo de hablar con el hijo puta de Barahona y según su versión lo que tendría que hacer ahora mismo sería fusilarlos a todos.

Le cuento los hechos, el extraño pánico de Angel Edelman cuando comenzaba Teodoro su historia, los tiros, la huida, su desaparición en la oscuridad.

—Ayer descubrí que era él —nos interrumpe Olga—.

Su voz suena cansada, como si una pesadumbre inmensa se opusiera a sus palabras. Dejó sobre la mesa de Salgado una carpeta con guiones de todos los programas de Transradio.

—Tenía la certeza de que en esos papeles estaba la prueba y los estudié todos, incluso los cuentos de Barea y las transcripciones de los cuentos de Teodoro.

Estaba amaneciendo cuando fuimos al búnker de Miaja para contarle a él también el altercado. Olga no quiso entrar, se quedó fuera en los jardines.

—Necesito estar un rato sola —me dice—.

—¿Porqué no le mató? —pregunta Miaja a Teodoro—, nunca fallaste un tiro a diez metros,

Pretextó la oscuridad del pasillo, no llevar las gafas, la conmoción de descubrir que aquel amigo era el informador, pero Miaja niega con la cabeza, no cree una palabra.

—Tu deber era haberlo matado.

—Con poca convicción le dice que su deber era descubrirlo, aportar las pruebas, mostrar la acusación con hechos.

—¡No me toques los cojones Teodoro!, tu deber era haberle metido una bala por el culo a ese traidor que huía, no entiendo tus escrúpulos, me dan ganas de enviarte a primera línea para que se te quiten los remilgos.

Entonces escuchamos la explosión sorda y cercana, los gritos y los tiros de los centinelas.

Los papeles de Dimitri no explicaban porqué murió Olga ese amanecer. Quiero imaginar que fue solo el azar, un grupo de fascistas, una patrulla de soldados que se pierden y van a dar de bruces con el mismísimo refugio de Miaja. Intento describir el encuentro de esos legionarios con la miliciana sola que pasea algo alejada de las tapias del parque, el absurdo intento de aliviar el deseo en ese momento aprovechando que el golpe ha dejado a la mujer inconsciente, el forcejeo de ella cuando vuelve en sí y le asfixia ese olor, esa lengua que la llena la boca, la casualidad de sus dedos en la argolla de la granada. O tal vez no fue así y hay alguien que conoce este vacío que no sé como llenar. Tal vez ese Edelman que ahora es un terrateniente respetable del que nadie quiere recordar su pasado. Imaginé su loca huida por las calles de Madrid cuando escapa de Transradio, incluso él ha olvidado la suerte que tuvo de llegar a la embajada sin que ninguno de los grupos de milicianos y de policías que durante horas le buscaron le atraparan.

Llamó primero a su contacto en caso de peligro, solo un nombre y un número de teléfono memorizado, ha entrado en una casa de la calle Barbieri y cuando la mujer le reconoce y abre la puerta, Angel la derriba de un empujón y corre por el largo pasillo hasta el teléfono.

—Quiero hablar con Rudolf. Yo soy. Yo soy Edelman, me han descubierto, ¿qué hago?.

Es posible que unos días antes Edelman el traidor y Olga se encontraran.

—Así que eres tú dice ella —dejando sobre la barra del bar uno de sus guiones—.

—Él niega pero después sonrío mientras se acaba el Coñac.

—Fíjate, estamos en Gaylord, somos la vanguardia del Partido, nuestros camaradas van y vienen decidiendo destinos sin saber que ellos, como nosotros, solo son marionetas. Por cierto, ¿quién es el tal Jacinto?, debe ser alguien muy importante, ¿acaso tu amante?. No, no me lo digas, no es el lugar ni el momento. Me parece que de ahora en adelante tu y yo vamos a ser mejores camaradas.

—Sé que Olga Havel no es una traidora —dice Evaristo a Iker—.

Él asiente a pesar de las pruebas, los documentos recuperados de sus ropas después de la explosión, los encontrados tras el registro de su habitación.

—Vamos a tapar el asunto —dice el miliciano—, el General está también de acuerdo, no conviene que sepan nada de esto los comunistas de Barahona. Para todos hoy ha muerto heroicamente una luchadora por la

libertad y contra el fascismo a manos de unos miserables, pero Manuel Salgado nos ha ordenado que investiguemos hasta el final, nos vamos a jugar la guerra en el Ebro. Si alguno de la emisora tiene algo que ver en todo esto os voy a pegar cuatro tiros en el mismo momento que lo sepa.

Veo las lagrimas de Iker ya desbordadas sin disimulo, se da la vuelta y camina aprisa hacia el palacio de los Duques de Osuna.

—Cuentan algunas malas lenguas en el Abwehr que estuvo en Madrid en noviembre del dieciséis con Mata Hari.

—Ya sabes lo que pienso de las mujeres en el servicio, cuantas menos mejor —corta secamente Canaris—.

Rudolf se da cuenta que ha molestado a su jefe. ¿Luego puede ser verdad?, Piensa para sí.

—Franco se emperrea de nuevo en intentar acabar con la ofensiva de Rojo a base de masivos bombarderos artilleros y aéreos que no hacen demasiada mella en las posiciones Republicanas, sus generales se muerden las uñas y nuestros soldados se aburren tirando bombas sobre los mismos sitios todas las mañanas, ¡estamos perdiendo el tiempo! —exclama Rudolf—.

—Estupendo —afirma suavemente Canaris en español—.

—Encima —prosigue Rudolf— ahora tenemos al Caudillo más preocupado de nuestras andanzas en Austria y Checoslovaquia que de su ineptitud en el Ebro, teme que si estalla por fin una guerra en Europa la República se aliara con Francia, Inglaterra, Rusia y quien se apunte y el apoyo militar de estas potencias cambiará el mapa de la guerra y le obligará a pactar un acuerdo y a exiliarse.

—Es cosa hecha lo de los Sudetes —afirma Canaris— y en cuanto a las potencias no hay problema, nadie va a mover un dedo por los Sudetes ni por España, pero todo esto es secreto, nos interesa que Franco tenga miedo.

—El doctor Negrín ha propuesto en la Sociedad de Naciones retirar a todos los voluntarios internacionales y Franco teme que se le obligue a que él haga lo mismo.

—Nos interesa su temor.

Rudolf saborea despacio el habano y busca con la mirada en la pista de baile a su mujer que se abraza demasiado a Herman von Beumelburg.

—Hemos perdido a uno de nuestros contactos en las Brigadas, el que nos consiguió los detalles de la batalla del Ebro, por lo visto tenía a los rusos cerca por el lío de la desaparición de Orlov y decidió poner tierra por medio.

—¿No teme que su mujer seduzca a los jovencuelos?, —bromea Canaris—.

No cuando está trabajando, piensa Rudolf antes de proseguir como si no hubiera escuchado la ironía del Almirante.

—¿Sabe donde se ha ido a refugiarse nuestro valioso agente?, a una trinchera de la sierra de Caballs en el Ebro.

Canaris deja de mirar entonces los sedosos y traslúcidos vestidos de las señoras y vuelve la mirada hacia su ayudante.

—No temas, no creo que se haya pasado al enemigo, querrá ver en primera fila los resultados de su trabajo.

—¿Jugándose el pellejo debajo de nuestros aviones? —pregunta Canaris—, ese chico debe de estar loco. ¿Y me dijo que era un amigo de la infancia de Herman?.

—Sobre todo de su abuelo, el anciano barón Alfred, el famoso cazador africano que se pegó un tiro hace unos días.

—Si —murmura Canaris volviendo de nuevo sus ojos hacia la zona de baile— lo leí en la prensa: “*un viejo paquidermo enfermo que supo encontrar la senda secreta hacía el cementerio de los elefantes*” decía el obituario. Bueno, si sobrevive al desastre del Ebro le traeremos de vuelta a casa, le daremos una medalla y le enviaremos a Moscú.

—¿Cuándo será el pacto?. —Pregunta Rudolf cambiando de conversación y volviendo al alemán—.

—A finales de septiembre en Munich, Italia, Gran Bretaña y Francia están dispuestas a ceder a las demandas de Hitler o quizá tengan más miedo de los soviets que de nuestro Führer. Pero a Franco ni una palabra, déjele que sude un rato.

Habían cruzado media España para interrogar a un hombre valiente o a un loco, un repugnante traidor o solo un héroe de tantos.

Vuelvo a tomar la voz grave y seca de Iker, a imaginar ese viaje al infierno del Ebro o al de sus sospechas.

—Viajo junto a Eva al frente del Ebro. Con las primeras lluvias de octubre las carreteras están echas un lodazal intransitable. Vamos con las armas preparadas. A cada control, en cada pueblo en el que nos obligan a parar, los hombres asustados que nos apuntan y que leen con dificultad los salvoconductos creen que somos los otros, el enemigo, un par de fascistas disfrazados o de desertores o de tipos del gobierno que huyen o de fantasmas. Apenas hablamos. Anochece y seguimos el camino a la luz

mortecina de los faros sucios. Durante muchos kilómetros cruzamos pueblos deshabitados en los que nadie nos da el alto, en los que no hay luces encendidas, ni atisbo de vida, pueblos por los que pasará la guerra arrasando a cualquiera que sepa pensar, da igual el color, el motivo, el pretexto. Veinte años después pasaré otra vez por la misma carretera y los mismos pueblos también a oscuras, sin ni siquiera perros que ladren al ruido insultante de un motor atravesando las calles de madrugada.

Escoltamos un par camiones con piezas de artillería para Dalmau el cubano al que solo le quedan unos pocos cañones y unos pocos hombres escondidos en la Sierra de Caballs, soportando cada día toneladas de bombas. Los Fascistas ya van por la sexta o la séptima contraofensiva y apenas han conseguido arrancar unos pocos metros cada vez.

Llevamos también un paquete para Jan que nos ha entregado un brigadista polaco. —*Es la herencia de un familiar que ha muerto*—miente—. No hemos resistido la tentación de abrir la maleta y descubrir que se trata de una vulgar escopeta de caza, una caja de cartuchos y una nota escrita en checo.

Evaristo cree que la guerra ya está perdida, yo todavía pienso que el general Rojo guarda otro golpe magistral, otra estrategia secreta que bajará de nuevo los pantalones al Caudillo y hará por fin que la historia o el tiempo se pongan de nuestra parte y Francia e Inglaterra se enfrenten de una vez al monstruo fascista.

Pero mientras dura el viaje la guerra no existe, solo es verdad la carretera adivinada bajo la lluvia, el crujido de las ballestas de los camiones cuando las ruedas se meten en los agujeros, el cadáver de una mujer que de alguna forma amábamos todos cubierta ahora de infamia.

Cuando llegamos por fin al puesto de mando de Rojo sobre la Venta de Camposines el General ordena enseguida la distribución del envío.

Dalmau, el cubano ligón y risueño había aprendido rápido a apuntar con sus cañoncitos del treinta y siete. Rojo le ha dado por muerto más de una vez, sobre todo cuando en la quinta contraofensiva franquista ocupaba la cota 496 y durante días, sin interrupción los obuses de la artillería y las bombas de la aviación convirtieron el pequeño monte en un paisaje lunar en el que había desaparecido cualquier atisbo de vegetación. Lo que había sido un bosquecillo de maleza quedó convertido en un desierto la noche en la que Dalmau y cinco de sus artilleros decidieron escapar a otra posición. Habían sobrevivido haciendo pozos y túneles en los que se ocultaban como topos cuando arreciaban los bombardeos y de los que salían solo para apuntar a los tanques que se aproximaban con un par de cañones Puska-Maklen tan certeros que eran el asombro de Rojo.

Pedimos al general llevar con nuestra gente las piezas para los cañones y los obuses a Dalmau y accedió con un gesto antes volver sobre sus mapas preparando ya la retirada.

Comienza a llover de nuevo y la noche es muy oscura, las mulas en fila, los hombres agarrados a sus colas y delante un brigadista de piel oscura que parece saberse el camino con los ojos cerrados y lleva cuando puede suministros y comida a la gente de las cotas más inaccesibles. La lluvia torrencial silencia cualquier ruido, los relinchos de los animales cuando resbalan por la pendiente, la caída de alguna de las cajas, los juramentos de los hombres que han perdido ya la noción del tiempo y la distancia y caminan sin rumbo asiendo las crines de las mulas como el único cabo que les salva de los abismos que imaginan.

—Joder que el guía es un moro, que me fijé en él cuando llegamos a la Venta —dice inquieto Evaristo—.

—Y que cojones te importa el color de su jeta —le abronco—.

Llegamos a la posición de Dalmau pocos minutos antes del amanecer. Ha dejado de llover y ya se ve algo pero no hay ni rastro de los soldados en la posición.

—¡Dalmau Putón! —grita el moro—.

—¡Horda salvaje! —grita la inconfundible voz de Juanín desde algún lugar invisible—.

Los soldados van saliendo de los escondrijos, una extrañas cuevas que han excavado entre las piedras y los desniveles. Nos abrazamos todos pero no da tiempo a más, alguien grita.

—¡Ya vienen los aviones!.

Y salimos en estampida para los escondrijos dejando las seis mulas solas cargadas con la suficiente munición para hacernos volar a todos.. Pero los Heinkel pasar rasantes y descargan sus bombas en otra cota cercana, salimos de nuevo a descargar las mulas y el moro sale corriendo con las caballerías en cuanto están todas las cajas en tierra.

—Adiós pito corto —dice el moro—.

—Hasta luego horda salvaje y ebria de sensualidad —le grita Dalmau parafraseando a la Pasionaria—.

Llega el siguiente grupo de aviones y corremos con las cajas hasta la entrada de una de las cuevas. La tierra es esponjosa y la lluvia la ha convertido en una espesa pasta en la que las bombas suenan huecas y a veces no explotan, se quedan clavadas, casi totalmente enterradas en los charcos de lodo. Los defensores han construido una serie de trincheras y estrechas cuevas de entrada diminutas en las que hay que meterse casi arrastrándose, desde algunas de ellas se dominan a la perfección los pequeños valles por los que comienzan a correr los tanques con la infantería detrás. En cuanto pasan los aviones sacan un poco los cañones de las cuevas y apuntan con cuidado.

—Tápate los oídos y cierra los ojos —grita el cubano—

Y al instante parece como si se fuera a hundir la tierra del estruendo. Trozos de tierra desprendiéndose de las paredes del cubículo, humo picante y un doloso zumbido en los oídos que no desaparecerá en muchos días.

—Te dije que te taparas los oídos coño, disparamos así para que sea más difícil que nos detecten.

Cuando se aclara el humo veo abajo un tanque incendiado, pero vuelven los aviones sembrando de bombas el cerro una y otra vez. Para la gente de Dalmau todo esto parece ser una rutina, pasada de aviones y bombardeo, intento de avance de los tanques y la infantería, vuelta a sacar la punta de los cañones, apuntar, disparar, nueva pasada de los aviones y obuses de artillería intentando aniquilarnos, así una hora, dos, tres cuatro horas. Deben ser las doce cuando todo se para, no vienen más aviones, los tanques se retiran. —La hora de comer—, dice alguien y los soldados comienzan a abrir las cajas de comida que hemos traído.

—Cojones, esto es una escopeta como las que usaban los señoritos de mi pueblo para asesinar venados —afirma quién ha abierto la caja para Jan por error—.

—No es una escopeta camarada —le corrige Dalmau quitándole el arma de las manos— es un rifle exprés de lujo, Holland&Holland, inglés con grabados en oro, este chisme vale una fortuna, pero solo sirve para cazar elefantes y no tanques, ni Chirris, ni Pavas, ni Messer.

Nos han caído encima docenas de bombas durante toda la tarde, ya no escuchamos las voces de los otros, solo un zumbido agudo y lejano y el estruendo opaco de las granadas cuando explotan, la vibración suave de los aviones cuando hacen el picado sobre nuestra posición. No nos hablamos porque no podemos oírnos, estamos sordos, solo los gestos y los ojos nos sirven para decirnos cosas, abrir de nuevo el agujero por donde sacamos los cañones, limpiar sus mecanismos, cargar, apuntar, disparar, esconder de nuevo las piezas, aguantar la rutinaria pasada de los aviones, Dalmau se encarga de apuntar con una de las piezas y logra un acierto de cada cinco tiros para asombro de Rojo y maldición de los fascistas. A mi solo me asombra que sigamos vivos, que ninguna de los cientos de bombas que caen por todas partes haya entrado por pura ley de la probabilidad por alguno de los agujeros y nos reviente a todos.

Está apunto de ponerse el sol y Juanín grita a uno de los soldados que recorra las posiciones y averigüe cuantos cañones quedan en uso para mañana. Entonces aparece Jan cubierto de barro de la cabeza a los pies, con algunas heridas en la cara y en las manos pero sonriente como siempre.

—Nos han caído cerca una granada y se ha cargado el cañón —dice a Dalmau—.

No nos reconoce, tenemos todos el mismo color pardo, la misma costra de polvo húmedo.

—Hola Jan, veo que aún no estás muerto.

Nos abrazamos y le entrego la maleta.

—Te he traído de Madrid un regalo de tu amigo Hector el polaco para que te distraigas un poco y nos caces unos conejos para la cena.

Abre con cuidado la maleta de buena piel de avestruz y bisagras de bronce y no puede reprimir el asombro cuando descubre el arma. Toma la nota y lee en voz alta y en castellano: “ *el viejo se ha ido al infierno, estará feliz cazando monstruos en la oscuridad, dejó sus libros y sus armas para ti y yo respeto y acepto con gusto su decisión. Firmado: el Jabalí Sabio.* ”

Vuelve de pronto el chirrido de los aviones, el temblor de las primeras bombas, escucho perfectamente el silbido agudo que se acerca y el estruendo del mundo derrumbándose sobre nuestras cabezas, doy brazadas en la tierra caliente con los ojos cerrados, siento que nado dentro de la lava de un volcán, el calor me asfixia, me quema la cara y las manos, cuando logro salir a la luz descubro que el azar ha hecho por fin su trabajo y ya no hay cueva, ni hombres, ni cañones, solo un amasijo de cuerpos rotos, trozos de chatarra y barro caliente. Como muertos vivientes que regresan de sus tumbas van saliendo los soldados que aún están vivos de debajo de la tierra, Dalmau se arrastra por el barro con una de sus manos destrozada, otros se van tocando todo el cuerpo buscando las heridas que no sienten, que no duelen, Evaristo grita algo que nadie puede oír y Jan, de rodillas, intenta sacar el maletín de debajo de unos cascotes humeantes. Entonces vemos contra el sol la silueta del avión que hace un giro amplio para volver sobre sus pasos aunque los demás Messerschmitt ya se retiran.

Imagino al piloto joven, arrogante, hermoso, embriagado de la precisión de su máquina flotando sobre el horizonte naranja, casi rojo. La voz de su jefe de escuadrilla.

—Felicidades Franz, la cota está por fin despejada.

La respuesta embriagada el piloto.

—Voy a dar una última pasada para ver el trabajo y dar gusto al dedo.

—De acuerdo, nosotros ya nos vamos a casa, vamos abriendo el vino para festejarlo.

No hay lugar para esconderse, el piloto nos va a aniquilar con sus ametralladoras, todos estamos pegados al suelo tenemos la certeza de que para el piloto somos un sencillo e inerme blanco inmóvil. No sabemos que no puede vernos, que para él somos pedazos de roca tapizando un suelo ocre iluminado en oblicuo por los últimos rayos de sol que dejan escapar las nubes.

Unos instantes antes de que el avión nos pase por encima veo a un miliciano que se levanta, quita de las manos la maleta a Jan, saca el rifle, mete dos cartuchos y apunta al aparato, solo espero el momento en el que

suenen las ametralladoras del Messerschmitt y el soldado caiga destrozado pero el avión pasa sin haber disparado, veo entonces salir el fogonazo del rifle y al soldado caer de espaldas.

—Hay resistencia —grita el alemán por la radio en el momento en que siente en el timón de cola la vibración que le indica que le han alcanzado—.

—Déjalo para mañana Franz, por hoy ya les dimos su ración.

Le ordena el jefe de escuadrilla.

Pero le piloto no hace caso, gira varias veces el timón a derecha e izquierda, arriba y abajo para asegurarse de que el alcance no es grave.

Nos acercamos corriendo al soldado que se ríe mirando al cielo con el labio partido sangrando copiosamente, puedo leer sus labios lo que grita una y otra vez.

—¡Le he dado a ese cabrón nazi!.

El avión de la vuelta otra vez en el horizontes, esta vez un giro corto, un navajazo rápido sobre el sol antes de volver en picado hacia nosotros, ahora sí vemos los fogonazos blancos de sus ametralladoras, las salpicaduras de tierra que se acercan y Jan en pie con el Holland&Holland encarado, recuerda que el barón nunca había querido reparar el muelle del segundo tiro, que el cartucho de la recámara es tan inútil como un cigarrillo húmedo, *"iam mens praetrepidans avet vagari, iam laeti studio pedes vigescunt. "Ya mi corazón, impaciente, ansía viajar, ya mis piernas, alborozadas, recobran sus fuerzas"* recuerda al viejo barón, el gran cazador del que ha aprendido los secretos de los bosques, como seguir el rastro de los búfalos por los herbazales, donde apuntar cuando carga el león y no hay más lugar para trepar que el propio miedo, el miedo es la más fabulosa de las armas con las que cuenta el cazador, susurra Von Beumelburg al oído asombrado de un adolescente que bebe por primera vez licor de ciruelas. En ese segundo antes de apretar el segundo gatillo Jan se fía de su miedo, se apoya en él para apuntar el rifle, sabe que ningún cazador regalaría jamás un arma rota. La ráfaga está a punto de llegar, imagino la mueca rabiosa del piloto alemán atenazando el timón con el botón del disparo presionado con fuerza y Jan pensando por un instante "hay que apuntar al piloto" pero en otro instante rectifica y piensa no, "al motor". Esta vez escucho levemente el estruendo del expés haciendo eco en el valle a pesar de mis oídos reventados, la desaparición instantánea de la hilera de balas que se aproximaba, el brusco cambio de rumbo del avión, el chorro de humo negro y espeso que sale del costado del aparato mientras se aleja y va perdiendo altura en una lenta parábola hasta chocar contra el suelo y explotar en una llamarada parecida al color del sol.

Jan abre la bascula, saltan las dos vainas metálicas humeantes, se agacha a recoger una de ellas, le tiemblan las manos mientras mira de cerca la nítida marca que ha dejado la aguja en el pistón.

—Olga ha muerto, —le grito en ese momento sin oír apenas mis propias palabras. Ni una mueca, ni un gesto, sopla el cañón del exprés y murmura algo en checo que no logro escuchar.

Todos gritan, le abrazan, el alza el rifle y da un grito largo y fuerte que retumba en los valles ya en penumbra. No grita el soldado valiente sino el cazador bestial, no vocea su victoria el brigadista sino el depredador. ¿cómo iba a ser el héroe un repugnante espía?.

—Jan nos salvó el pellejo —me cuenta Evaristo mientras va ordenando los papeles que me ha traído— aunque te parezca increíble abatió un Messerschmitt con un rifle de caza ante nuestros ojos el día antes de la retirada del Ebro.

Él siempre recordará aquel instante como el mejor tiro de su vida.

XIV

Decías: —Si el olvido es el desierto, la memoria es un páramo, una estepa en la que aquí y allá crece un poco de hierba rala, un arbusto casi seco, un poco de musgo, porque la memoria sólo es eso, un vasto y árido territorio en el que solo los recuerdos tienen vida, pero los recuerdos no son libros en los que se fijaron los hechos para siempre, sino un espacio cambiante en el que salen arbustos, hierbajos o musgo según las estaciones o los años.

POR ESO YO INTENTO LO IMPOSIBLE, convertir la memoria, esa estepa, en una selva frondosa gracias a vuestras voces. Lucho contra el desierto, el silencio, la devastación, el vacío, contra los que quieren llenar la estepa con una única especie de árboles, un único musgo, una única voz, monocultivo estéril con apariencia de bosque para engañar a todos y decir: así es, así ha sido siempre el horizonte de la historia. Nuestra historia.

Seguro que tú negarías todo esto.

—Ahí tienes el milagro de las culturas orales —dirías—.

Pero ya apenas existen las culturas de las voces, ya no hay tribus, lo digo yo que soy la última de una estirpe de la que apenas guardo su nombre y dos fotografías, la de mi abuelo Anumi, la de mi padre Yanim. Diría Teodoro que ya todos bebieron del río Leteo.

Miaja llamó a Teodoro unos días después de la muerte de Olga. En el despacho está tu amigo Manuel Salgado y otra persona con uniforme que no conoces todavía.

—Le presento al Teniente Dimitri Snizek.

El Viejo General va recogiendo los papeles de su mesa y te habla sin mirarte.

—Mira profesor, vamos al grano, quiero que pidas refugio en la embajada de Finlandia y que te infiltres en la quintacolumna que allí se esconde. Snizek te dará los detalles.

—No puedo hacer eso General, mi mujer podría saber que estoy vivo.

—Ya qué más da Teodoro, ¿no crees incluso que lo mejor que podría hacer ahora después de todo esto es pasarte de verdad al otro lado?, podrías volver a tu casa de Extremadura, volver con tu mujer y con tu hijo. ¿Tú qué pintas ya en este desastre?, Barahona te tiene ganas y con razón, cualquier día te trincan por ahí y te dan un paseo, ¿a que tengo razón Manuel?.

Pero Salgado no dice nada, Desde la muerte de Olga y el desastre del Ebro, ha ordenado a sus hombres que no te dejen nunca solo. Cuando Miaja se va a su reunión con Rojo, el joven teniente me dice para romper el silencio que él también es de Praga.

—Como su amiga Havel, bueno, yo soy de un pueblo cercano. También como ella soy comunista pero mis ideas no son una religión, no sigo ciegamente las consignas, en eso estoy con su amigo Salgado, la gente tiene que pensar por sí misma, decidir, actuar, bueno, todo eso cuando no haya guerra, porque la guerra lo cambia todo. Pero quiero decirle antes de nada que en lo que ha dicho Miaja estamos de acuerdo también nosotros, entenderemos que no vuelva y le facilitaremos las cosas si decide pasarse al otro lado.

Iker, Evaristo, Dimitri y también Jan, ahora inseparables me acompañaron hasta una calle próxima, ellos pensaban que mi objetivo era hacer creer que me quería pasar al otro bando y obtener las pruebas que necesitaban para asaltar “legalmente” la embajada, además sospechaban que Edelman se había escondido allí.

Sólo Dimitri sabía que lo fundamental era intentar contactar con un militar cuyo nombre clave era “Dionisos” para conocer en un primer tanteo las posibilidades reales de un acuerdo de paz con Franco.

Distrajeron a los agentes del SIM apostados cerca que vigilaban la legación disparando unos tiros al aire y yo me acerqué caminado hasta la verja que se abrió antes de nombrar la contraseña que Snizek me había dicho.

Acompañé uno de los vigilantes por el jardín hasta un portón que había en las traseras del edificio.

—Le están esperando. —dijo el individuo y se agachó para destapar lo que parecía ser la entrada exterior de una carbonera o de un almacén de alimentos.

Bajé las escaleras despacio, tocando la pared rugosa, temiendo tropezar y caer, al final de los escalones una tenue claridad iluminaba una de las esquinas de la habitación, lo demás eran sombras confusas, contornos de cajas apiladas, estanterías medio vacías, sacos alineados contra la pared.

—Buenas noches profesor —dijo una voz que procedía del mismo lugar que la claridad—.

—¿Por fin ha descubierto que los rojos no son tampoco su bando?.

—Así es —afirmé en voz alta, pero el emboscado continuó hablando casi con susurros.

—Siempre hay tiempo para reconocer los errores, luego será más difícil, tal vez imposible.

Entonces reconocí la voz al tiempo que se exponía delante de la claridad la silueta baja y rechoncha de su poseedor.

—Yo soy “Dionisos” —afirmó Dionisio Pizarro antes de dar otra calada a su perenne cigarrillo ensartado en una boquilla de baquelita—. Dionisio había sido también profesor de latín y griego, traductor y actualizador de no pocas obras de teatro clásico, había frecuentado el círculo del Ateneo de Azaña donde yo le conocí y nos hicimos amigos casi de inmediato por esa afinidad difícil de explicar, casi química que se tiene con unas pocas personas, él se había ido de profesor a Nueva York meses antes de comenzar la guerra. Era una persona siempre amable, muy sociable y divertida, un erudito en muchos y dispares temas, que yo supiera, la arqueología, la aeronáutica, las tribus indias, la gastronomía o la botánica eran cuestiones que dominaba tan bien como la Guerra de las Galias, pero intentaba disimular su precoz sapiencia utilizando la jerga del Madrid más popular y contando chistes verdes si sospechaba que entre los tertulianos había alguno que se escandalizaba por esos inocentes juegos de palabras.

Pero ahora, iluminado apenas por un quinqué oculto, sin poder ver sus ojos, ni su gesto, hablándome con esa voz susurrada y seca no me parecía aquel joven amigo con el que había discutido tantas noches sobre mi traducción de Medea, sobre el amor, la vida, el progreso, el futuro de España.

—Sé a que has venido —afirmó con cierto asomo de pesadumbre—, te han ordenado que te infiltres y delates a los que estamos aquí refugiados, quieren asaltar a tiros esta embajada y necesitan esa vez una excusa y sé que también ha venido para descubrir si aún es posible un pacto, un trato entre hombres de honor, un, ¿cómo lo llamaríamos?, ¿Armisticio?. Profesor, si supieran todo esto mis amigos de ahí arriba le degollarían ahora mismo. Si profesor, casi nada de lo que ocurre en el cuartel de Miaja se me escapa pero esta vez me sorprendió y me asombró que precisamente Usted se hubiera convertido en un vulgar espía.

—También me ha sorprendido que tu seas Dionisos —le respondí—.

—¿Se acuerda de aquella discusión profesor?, estábamos en casa de su amigo Chaves, fue él mismo el que comenzó el debate al levantar la copa de vino y citar a Baco. —¡Mejor Dionisos!—, exclamó Usted y no sé como acabamos ya de amanecida alimentando la borrachera con unos churros con chocolate y discutiendo a voz en grito entre los partidarios de Dionisos y los de Apolo, el placer contra el poder, el instinto contra la ciencia, el diálogo contra la guerra o lo que es lo mismo, las palabras frente a la acción. Casi como ahora —afirmó Dionisio antes de soltar una carcajada que sonó como una explosión dentro del almacén oscuro— No tema profesor, nadie puede oírnos, pero venga, pase por aquí.

Seguí su sombra por otras pequeñas habitaciones medio vacías conectadas por un pasillo amplio en el que había empotradas en la pared estanterías de madera llenas de carpetas y legajos. Entramos en una sala más amplia en la que había sillas y mesas amontonadas con cierto orden. Dionisio subió la mecha del quinqué y nos sentamos frente a frente en unas sillas y una mesa en la que dejó la lampara y unos papeles que llevaba en la mano.

Se inclinó hacia el suelo para recoger una botella de vino y dos vasos de cristal tallado.

—Usted y yo somos del mismo bando profesor, siempre lo seremos aunque ahora yo esté aquí con los Nacionales y usted ahí con la República, solo hay una diferencia, digamos de perspectiva. Siguiendo con los amigos Apolo y Dionisos, digamos que hay que estar en la calle con Apolo y en casa con el otro, debemos convertirnos en apolíneos si queremos luego, más adelante, seguir siendo dionisiacos. Pero no me responda profesor, no diga nada, no quiero discutir con usted, no es el momento, ni el lugar, ni el tiempo. Quiero proponerle algo, soy su amigo, me parece una persona valiosa para el país y no voy a dejar que los bestias de ahí arriba le maten.

Dionisio sirvió el vino en los vasos, las tallas del cristal hacían brillar la bebida como si una luz propia e interior iluminara la mesa.

—Te pido que te pases a nuestro bando de verdad, más que nada por una cuestión de supervivencia, no por ideología, podrás salir de Madrid, encontrarte con tu familia, tener un futuro. Tienes amigos que están en este bando y que te protegerán si ahora te pasas. Yo también creo que el fascismo es una mierda y me consta que Franco es un manipulador sin escrúpulos además de un militar inepto, pero da igual, va a ganar esta guerra y se que la vida va a ser muy difícil para los vencidos, seréis unos apestados, no solo aquí, en cualquier país, unos bolcheviques estalinistas a los que van a fusilar, a torturar y a encarcelar de por vida. No te pido que traiciones a tus amigos, solo que olvides, que regreses a tu pueblo con los tuyos y esperes a que acabe todo.

—¿Y qué quedará de todo nuestro mundo cuando ganéis? —le pregunté como respuesta— ¿Será posible pensar, escribir o actuar con libertad, decidir el futuro?.

—¿Acaso ahora lo es? —Me gritó— ¿acaso ahora es posible y fácil?, ¿Lo ha sido nunca en algún lugar del mundo?. Las utopías están muy bien en los discursos, en las polémicas de café, en la universidad, en los libros, pero en la realidad las utopías son caricaturas, patrañas, prisiones terribles cuando por desgracia se hacen realidad, ni siquiera en los Estados Unidos es posible pensar, escribir o actuar con esa libertad que nombras, pero sí con otras libertades igualmente deseadas. Aquí también habrá libertad cuando ganen los Nacionales, libertad para los vencedores pero no para los traidores y me gustaría que usted estuviera aquí, a este lado del abismo.

Dionisio apuró el vaso y se sirvió otro.

—Has traicionado a tu gente, a tu propio hijo por un poco de sexo con una extraña que hasta es posible que trabajase para nosotros, tienes por amigos a unos asesinos anarquistas y comunistas que no dudan en aniquilar a gente inocente y encima sabes que vais a perder, Usted no es tonto, nunca se ha creído las patrañas esas del amigo Stalin, Se de buena tiente que él no va mover los hilos para salvar a la República, todas las armas, todos los asesores, toda la fraternidad soviética o internacional la está pagando es Estado Español peseta a peseta.

Tomé el vaso de vino y bebí un poco antes de contarle el motivo de mi visita.

—Queda el otro asunto, hay republicanos que quisieran saber si es posible acabar la guerra con alguna clase de acuerdo, gente que podría convencer a los más revolucionarios de que lo mejor para todos es acordar un alto el fuego y sentarse a negociar la paz, estos republicanos patriotas querían saber si hay gente que piensa igual entre los rebeldes. Alguien les ha dado a entender que tras el nombre de “Dionisos” se esconde un grupo de militares y civiles abiertos a esa idea.

—Me decepciona Usted querido amigo, no sé porqué tenía la esperanza de que venía para quedarse con nosotros, que había aceptado la orden de Miaja solo para poder entrar con facilidad en la embajada. Claro que hay gente entre los nuestros a los que les gustaría negociar una paz honrosa para ambos bandos, además hay rumores de que Hitler después de invadir Checoslovaquia irá por Polonia y eso rompería la neutralidad de las potencias que harían un bloque común contra los fascismos y entonces el armisticio sería menos ventajoso para nosotros, pero quien manda, el Generalísimo Franco, ordenará fusilar sin titubeos a cualquiera que le vaya con esa historia, solo acepta la rendición sin condiciones, en la nueva España no hay sitio para los comunistas ni para los anarquistas, ni para nadie que se le ponga.

Dionisio se sirvió otro vaso y se levantó de la silla.

—No le entiendo Teodoro, está solo, si por una remota posibilidad ganaran los Rojos sabe que no pasaría mucho tiempo sin que le encerraran o le pegaran un tiro, tendría que irse, exiliarse, en cambio ahora es posible que le acojamos, que rehaga su vida y retome su brillante carrera universitaria cuando acabe la guerra, habrá mucha gente dentro de la Universidad que le protegerá, haríamos la vista gorda sobre estos años de infamia. “*Odi et amo, quare id faciam, fortasse requiris? Nescio, sed fieri sentio et excrucior*” “*Odio y amo, ¿Por qué es así, me preguntas?, No lo sé, pero siento que es así y me atormento*”. Catulo sabía que odiar y amar son inseparables y que esta dualidad causa dolor pero se equivocaba, nosotros podemos odiar y amar a la vez y dormir en paz, sin remordimientos, es sano para el alma odiar y amar.

Dionisio volvió a llenar su vaso y se lo bebido de un solo trago.

—Ahí tiene la lista —dijo mientras empujaba hacia mí los papeles que estaban encima de la mesa—, ahí están los nombres en clave y los nombres verdaderos de las personas que integran la quinta columna de esta embajada, seguramente conoce a muchos de ellos, algunos han sido compañeros y hasta alumnos suyos, entrégeselas a sus amigos con ellas y esos otros documentos que demuestran la participación de esta embajada en actividades contra la República podrán asaltar la legación mañana mismo. En cuanto a la posibilidad de un armisticio olvídese y no crea a nadie de los nuestros sobre esa promesa, “Dionisos” no existe, solo soy yo.

—Se levantó y me indicó con un gesto que le acompañara, tomé los papeles de la mesa y me los metí en el bolsillo de la chaqueta. Cuando llegamos a la primera habitación donde nos habíamos encontrado el portón estaba abierto, la claridad lechosa del amanecer se colaba por el agujero. Dionisio me acompañó hasta la verja, no había nadie fuera, ni nadie en la calle, ni un ruido, ni un movimiento, ni una persona. Me tendió la mano antes de salir.

—Cuídese profesor, si alguna vez me necesita cuente conmigo sean cuales sean las circunstancias.

No le respondí, salí de aquel lugar y comencé a caminar esperando que me diera el alto la gente del SIM, pero nadie me detuvo, nadie vigilaba la embajada en ese momento. Seguí caminando durante mucho tiempo con aquellas listas en el bolsillo. Me senté en un banco de una plazoleta y eché un vistazo a los nombres. Dionisio no había traicionado a su gente, solo había querido demostrarme que yo también podía haber sido uno de esos nombres y que iba a traicionar una vez más aquello que amaba y que odiaba, si entregaba la lista mandarían a la muerte a esas personas, si no la entregaba estaría traicionado a Miaja, a la República, a todos los amigos que estaban muriendo en Madrid cada día.

—La guerra no terminó —afirma Evaristo mirando el fuego de mi chimenea— *“En el día de hoy, cautivo y desarmado el Ejército rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado.”*—recita como una letanía— ni acabamos vencidos ni desarmados, seguimos luchando en Estalingrado, en París, en Berlín, en Arán. En la memoria sí, allí fue donde nos venció y nos desarmó el tiempo, el olvido, la desidia de los nuestros. Creyó Franco que con aquel parte de guerra había acabado por fin con nosotros el muy cretino. Además de la ayuda de los nazis y el gesto de Pilatos de las demás naciones tuvo suerte el muy cretino, mucha suerte, desde el principio. Pero nosotros seguimos luchando durante muchos años más.

—Cuando entramos en el puerto de Marsella Dimitri Snizek les esperaba en el muelle de atraque junto a un gendarme amigo. Nos había hecho reservas en tres hoteles próximos, pero antes tomamos un trago en uno de los muchos pequeños bares del puerto.

Me cuesta imaginar a esos cinco hombres tomando un Pastís frente al puerto, atravesando Europa en trenes de primera, Francia, Suiza, Austria, Checoslovaquia, habitando otro mundo de pulcras ciudades, puntuales ferrocarriles, cuidados campos de cultivo y bosques interminables, dormitando en el vagón, convertidos de pronto, gracias a una documentación minuciosa preparada por la gente de Iker y de Dimitri en respetables comerciantes de vinos y tabacos. Madrid debió ser desde allí por primera vez un recuerdo extraño, un paisaje remoto e inverosímil de escombros y bombas, trincheras y hambre. No imaginaron entonces que algunas de esas ciudades también serían Madrid, que estaría Madrid en las caras de la gente aterrada, en la mueca de los muertos y los olores de la guerra en estas otras calles y campos ahora apacibles y civilizados.

Llegaron a Praga una tarde de frío y de sol. Las cúpulas verdes, las calles burguesas y las luces de los escaparates les sobrecogieron a todos por su belleza, también a Iker aunque ya hubiera estado otras veces con su padre y a Dimitri y Jan, aunque hubiera sido durante muchos años su hogar. Praga era una espléndida ciudad para vivir o para morir de viejo tranquilamente. Ahora es un delicado rincón del mundo recién tomado por los nazis que van atravesando ellos, un judío, un comunista, dos anarquistas y un profesor de griego convertidos en compradores de armas, en traficantes aficionados, como tantos otros mandados antes por la República a comprar desesperadamente armas anticuadas, defectuosas, sin munición pagadas con

oro a diez veces su valor y que casi nunca llegaban a la frontera o que cuando llegan nunca pasan.

Solo que a ellos nadie les manda y nadie va a estafarles. Iker y Eva saben demasiado bien lo que ha costado ese dinero, tantos, años, sangre, sacrificios, el fondo de lucha que lleva acumulándose veinte años, al principio debajo de las losetas de granito de cierta casa de campo en Jerez de la Frontera, después en un pozo seco de las afueras de Getafe y ahora allí, no muy lejos de Praga, en el vientre suntuoso y pulcro de un banco suizo, convertido en un trozo de papel color marfil que guarda Iker en su chaqueta donde hay sólo unos pocos números y nombres. Ese dinero ha dado de comer a muchas familias anarquistas durante huelgas duras, interminables, desesperadas y ahora va a servir para comprar unos miles de fusiles e intentar la última apuesta, la última locura que les queda.

Iker no pudo dormir la noche antes de iniciar el viaje, se vistió y salió a la calle. En el portal estaba Eva junto al coche, fumando con delectación ese horrible tabaco ruso que conseguía Jan de vez en cuando.

—¿No hay sueño amigo?.

—Vamos a ver a Rojo, —le corta Iker—.

—¿A Rojo?, estará frito, durmiendo, a estas horas duermen hasta los pacos de la Quinta.

Él sabía que Rojo no dormía, estaría allí, como siempre, noche tras noche, embebido en sus croquis, sus anotaciones y sus mapas, ese mundo de papel y muerte entre dos flexos siempre encendidos.

—Y ahora que tripa se os ha roto a vosotros —dice a modo de saludo—.

—Buenas noches General.

Iker tenía miedo de nuevo después de tanto tiempo, no a meterse en esa boca del lobo que era Praga si no a ser engañado, a derrochar ese dinero precioso, el único, el último, porque él no era experto en armas aunque lo pareciera, ni Teodoro, ni Eva, de Jan no se fiaba demasiado, ni creía que Dimitri supiera mucho más que él, a parte de conocer por encima las marcas de los fabricantes, los modelos, los marcajes, la apariencia exterior de un fusil nuevo, la proporción de cartuchos por fusil que entregaba el vendedor.

Iba a romper el juramento que había hecho a los compañeros de la Hermandad y también eso le pesaba aunque supiera que, por una vez, era necesario.

—¿Me guarda un secreto General?.

Rojo se quita las gafas, apaga las lámparas y se deja caer en un sillón, Iker también se sienta, se miran largo rato en la penumbra y es Rojo quién rompe el silencio.

—Ayer lo creía, ahora tengo la certeza que todavía tenemos posibilidades de ganar esta guerra.

—Pues creo que eres el único General porque los demás estamos ya pensando a donde ir.

—Todavía hay tiempo, esa es nuestra arma, el tiempo.

—De eso quiero hablarle. Traiciono a mi gente pero necesito decirle que nos vamos unos cuantos a Praga a comprar armas por nuestra cuenta, sé cómo traerlas hasta la frontera, cómo pasarlas y cómo llevarlas a donde se necesiten, pero le confieso que no sé exactamente que comprar y no puedo preguntar eso a nadie.

Rojo no dice nada, se levanta, enciende una de las lámparas y arranca una hoja del cuaderno, toma una pluma, dibuja varias rallas verticales y comienza a escribir despacio, clase de arma, marca, cantidad. De vez en cuando se levanta y consulta unas notas, algún libro.

Nunca olvidaré ese inicio de sonrisa abortada por una mueca antes de doblar la pequeña hoja.

—Compre esto, pero infórmeme cuando este dentro y suerte, debería llevarse a ese tipo de las brigadas, aunque sea comunista, ese Jan, es cazador y sabe muy bien cuando un estriado está inservible o cuando un cerrojo de fusil está roto o viejo.

—Siempre soñé con estar aquí —murmura Teodoro echado en la cama sin haberse quitado ni siguiera el abrigo mientras Evaristo abre y cierra una y otra vez el grifo del agua caliente riéndose como un niño que juega por fin que el juguete de sus sueños—.

—Nada de ir a la embajada, ni hablar con españoles o con desconocidos —les había advertido Dimitri—.

Pero Teodoro salió esa noche a la calle, a pasear por la ciudad de su amante muerta, descubrir el decorado de su infancia, las calles, las casa, los lugares que ella nombraba, la Plaza de la Ciudad Vieja y su reloj astronómico con sus apóstoles, la torre de la Pólvora, la Sinagoga y el Cementerio Viejo. Estremecido por el frío o por el agujijón de la flaqueza, ha descubierto qué pronto se borran los recuerdos. Tal vez sea ese el engaño del viaje, ha venido a buscar una calle, un portal, el abrazo de ese desconocido tan familiar del que ella le habló tantas veces, beberán vino, llorarán juntos, se contarán cada uno al otro la parte de Olga que poseen.

Cuando Teodoro llega a la calle Vodni se le acelera el corazón, va leyendo los números de los portales como una cuenta atrás hasta que llega a la casa de dos plantas en la que vive el guitarrista, no hay duda, lo anuncia bien claro la placa de latón pulido:

Jacinto Heredia, profesor de guitarra española.

Va a llamar pero descubre que la puerta está abierta, duda, mira a un lado y a otro de la calle antes de empujarla, hay luz al fondo, papeles revueltos por el suelo, su pie choca con algo que suena a hueco y deja sobre el aire un breve timbre metálico, sabe que es una guitarra rota, pisa cristales

que se rompen aún más bajo las suelas de sus botas, entonces siente miedo, tiene de pronto la certeza de no estar solo, de estar siendo vigilado, acechado por alguien desde el fondo del pasillo, se da la vuelta lentamente, se inventa una excusa que recita mentalmente en francés mientras camina despacio hasta la puerta. Ya en la calle, al mirar hacia la derecha ve a una pareja que se aleja y un individuo joven, parado en la primera esquina que ni siquiera le mira cuando sale y que está intentando encender su pipa. Cuando Teodoro comienza a caminar a buen paso un automóvil emboca la calle y el leve chirrido de los neumáticos contra los adoquines le paraliza, el conductor no entiende, toca por un segundo la bocina, Teodoro de un salto sale del centro y se pega a la pared lleno de pánico. ni el conductor, ni el fumador que espera, ni la pareja que se aleja le persiguen, no pasa nada, nadie le ha visto entrar ni salir de la casa de Jacinto, pero no importa, no es un tranquilo comerciante de vinos y tabacos a la espera de hacer negocios, ni la ciudad es ya el lugar en el que un viejo gitano apátrida enseña palabras en español a niña rubia, una adolescente hermosa, una joven que confiesa emocionada por fin su viaje, me voy a tu tierra, a luchar con tus palabras. Ahora solo es una ciudad extraña y amenazante que se va acostumbrando al miedo de las desapariciones, los encarcelamientos, los torturados y él es solo un pobre profesor de griego, republicano de nadie, con amigos comunistas, anarquistas y socialistas que ha venido a Praga a intentar comprar armas en compañía de gente desesperada y peligrosa.

Llega a la plaza donde se encuentra el hotel casi corriendo y entra en un café que está justo al lado, pide en Francés una copa de Slivovice. Tarda en darse cuenta de que Dimitri está a su lado saboreando otro aguardiente.

—Te han seguido pero son de los nuestros.

Ha dicho nuestros. Ellos, nosotros, republicanos, fascistas, rojos, nacionales, pero faltan los otros, esos otros de la tierra de en medio que te irás encontrando por toda Europa, por medio mundo, “emigrantes forzosos” os llamará alguien pocos años después en una radio en medio de la selva. Juanito Valderrama acaba de cantar "el emigrante" mientras Valentín tiembla de frío con su primera malaria y tu te sobrecoges por esa voz que llega de tan lejos para nombraros. Si, los nuestros, antifascistas de todas las naciones que no podrán volver a sus países ni ser anónimos y dignos ciudadanos sino apestados, sospechosos de estalinismo para siempre, perdedores de una guerra que evocarán como los mejores años de sus vidas.

—¿Quieres otro slivovice?. Entiéndelo profesor, a estas alturas no me fío de mi sombra, ya ha habido demasiados inocentes políticos jugando a traficantes de armas y esta compra ha costado más de veinte años de sangre a vuestra gente como para que se esfume por la curiosidad de un profesor de griego.

—Vaya, yo pensaba que era usted del Partido y que la gente como Iker o Evaristo eran el enemigo.

Pero Snizek no se inmuta por la pueril puya. Sonríe, pide otro licor y echa una ojeada a la calle a través de la cristalera.

—Hoy ya el único enemigo es el futuro, a estas alturas ya solo soy un judío perdido que apenas confía en sus amigos. No sabes nada de mí y es posible que después de este viaje no nos volvamos a ver, la guerra ya no está en su España sino en todos esos paisajes hermosos que vimos esta semana desde el tren, en esta ciudad y en todas las ciudades de nuestra torturada Europa. Yo ya no volveré a Madrid me quedaré aquí a luchar ahora por los míos, por la gente de mi sangre, por todos esos judíos que acaban de descubrir que no son polacos, ni alemanes, ni checos, ni franceses si no solo sucios judíos, pobres judíos que van a aniquilar sin que nadie mueva un dedo por salvarlos igual que ha pasado con vosotros.

Teodoro se acordará muchas veces de esas últimas palabras a solas con Dimitri, del sabor del aguardiente, del vacío de encontrarse que una ciudad que había creído amar sin conocerla y en la que solo siente miedo.

—Dentro de muchos años —dice Dimitri— si sobrevivo a ese futuro que imagino, juro que iré a su pueblo, me compraré una casa y un poco de tierra en ese lugar del que tantas veces ha hablado por la radio y plantaré cerezos y frambuesas y me acordaré de tí, del joven profesor que nunca había creído en eso del “nosotros” y ahora, cuando todo está ya más que perdido, se ha hecho de los nuestros.

Quedamos en reunirnos la mañana siguiente en el Café Arco, junto a la estación en la esquina de las calles Hybernská y Dlázdená, es un café grande con muchos espejos y mucha gente, allí nadie se fijará en nosotros, el famoso “Café de los Arconautas” en donde se reunían Kafka, Werfel y Bauman. Huele a buenos puros y buenos alcoholes, Oímos hablar en alemán, en checo, en francés. No acercamos a la mesa en la que esta Dimitri con el vendedor. Imaginaba un tipo adusto, gris o malcarado, algo así como un mafioso de las películas de James Cagey, sin embargo quién teníamos frente a nosotros era un gigantón pelirrojo de risotada fácil que no pasaría desapercibido en ningún sitio. Nos saludó efusivamente como si fuéramos grandes amigos, pidió al camarero una botella de Jerez y nos llenó a todos generosamente las copas.

—El Palo Cortado tiene el aroma del sexo fresco de las adolescentes —afirmó muy serio el traficante—.,

—Eso el Fino, pero no el Palo, el palo huele a sexo de recién casada —le contradijo con idéntica seriedad Evaristo—.

El tipo miró a nuestro amigo de hito a hito y tras unos segundos de silencio y una nueva risotada afirmo casi gritando y en un castellano perfecto.

—iene razón el camarada, se nota que entiende de vinos y chochos.

Mientras Evaristo y el traficante filosofaban de sabores Iker y Dimitri revisaban el pedido: Browning semiautomáticos, Mauser nuevos, morteros y granadas alemanas, pistolas Walter, explosivos, todo material alemán nuevo, probado, de primera calidad, aseguraba el vendedor. Después, si el primer pedido llegaba a su destino vendrían las ametralladoras antiaéreas, los cañones de montaña, las ametralladoras de posición.

—¿Mil cartuchos por fusil?.

Jan puso suavemente su mano sobre la del traficante y los dos hombres si miraron un instante a los ojos, la cara del comerciante se puso roja, carraspeó y anotó un cero más.

—Uno se confunde con estas cosas —se defendió el checo—.

—Señor —dijo Iker— nosotros no somos los palurdos de la Embajada Española, ya sabe que nosotros los anarquistas somos hombres de palabra pero con malas pulgas. Usted tendrá su dinero en su cuenta y nosotros nuestros camiones todas las semanas.

—Tienen mi palabra y perdonen el lapsus, ahora brindemos por los buenos negocios y por que dure su guerra.

—Me parece que ese brindis tiene que hacerlo cuando vende armas a los fascistas, con nosotros el brindis tiene que ser diferente

—susurró Eva visiblemente molesto por la estupidez del traficante—.

—Entonces por la victoria gritó sin titubear el ganster.

Hace frío en Berlín esa semana y el Contralmirante agradece el café caliente y la buena calefacción que hay en el edificio del Abwehr. Rudolf le ha llamado a casa de madrugada así que no ha dormido mucho, sin embargo hoy está de buen humor, hace varios días que no tiene noticias de su antiguo subordinado Heydrich y su maldita policía queriendo meter sus afiladas narices en el ejército. Reinhardt hace bien su trabajo, tuvo el mejor maestro, pero en muchos asuntos Canaris le sigue estando unos pasos por delante. La inmensa máquina de buscar y ordenar información que ha creado cada día funciona mejor, más rápido, más eficaz, es un delicado engranaje de miles de personas inteligentes analizando la realidad y produciendo informes objetivos no como la Gestapo, demasiado dada al "porque sí", al "tenemos razones para suponer" al puño de hierro y la sangre de los informantes salpicando las paredes. Rudolf ni siquiera le da los buenos días.

—Gente de "La Hermandad" tiene dinero para comprar en Praga todo esto y le pasa a Canaris la lista, esa misma lista que redactó hace una semana el General Rojo pero escrita a máquina y en buen papel alemán color crema. Suerte que han ido a nuestro mercader porque el cabrón de Heydrich a sembrado la ciudad de falsos vendedores. Nuestro hombre dice además que cuentan con una red que puede llevar con éxito las armas hasta los Pirineos.

—¿Está seguro que la SD no sabe nada? —pregunta el Almirante—.

—Yo juraría que no —miente Rudolf— los compradores parecen gente experta.

—Entonces informe a nuestro mercader que venda lo que pidan, material de primera y a precio de mercado.

Rudolf se sorprende y no puede disimularlo pero no pregunta a su jefe y sale del despacho, pero antes de cerrar la puerta Canaris le ordena:

—Tráigame las carpetas de esos hombres, quisiera conocer quienes son los que tienen los huevos de meterse en la boca el lobo y ser capaces de comprar todas esas armas para España.

Iker memorizó la lista que escribió Rojo pero la dejó metida entre las páginas de uno de los pocos libros de Evaristo, de este libro. Recuerdo la lista minuciosa y detallada de esas armas, el pequeño papel que Olga Cepeda sacó de un libro viejo una de las noches que nos reunimos frente a la chimenea.

—¡Imagínate! —gritaba Olga— la CNT haciendo la compra en el supermercado de Praga recién tomada por los nazis y paseando un camión de armas todas las semanas por las carreteras de media Europa. Eso sí que es una buena historia, mejor que el rollo de las cigüeñas que has venido a escribir.

—Nunca llegaron, afirmaste tú— o si llegaron sería una partida más de chatarra, armas inservibles, de calibres raros y sin munición.

Cogiste el papel de las manos de Olga, lo arrugaste en una bolita y lo arrojaste el fuego.

—Todas esas historias son humo. Es que a Olga le gustan demasiado las batallitas que a veces le cuenta un viejo furtivo que a veces se deja caer por aquí. Se llama Evaristo. También a él le puedes hacer un reportaje. Está más en peligro de extinción que las cigüeñas de Edelman.

—Sí llegaron— te contará Evatristo días después, cuando Olga ya no existe y tú buscas en mi piel un lugar para perderte y no ver como tu mundo se ha derrumbado.

Eva aún se emociona, percibo en sus palabras esa fascinación infantil que sintió la primera vez que vio Praga. El primer camión llegó a su destino, cualquiera que fuese el escondrijo final, armas nuevas, alemanas, austríacas y finlandesas con munición extra, explosivos de mano, pistolas, ametralladoras.

—Pero los otros seis un mes después no, sabemos que nuestra gente de Francia cumplió hasta la frontera, que los pasadores llevaron la carga en recuas de mulas durante casi un mes, pero desapareció todo el segundo pedido, cosa de magia —recuerda Eva— piensa que era el cargamento de seis camiones bien escondido en la gran bodega de una masía cerca de Estartit, vigilado día y noche por ocho de nuestros mejores hombres y de un día para otro desaparecen los hombres y todas las cajas. Iker Elorza cuando llegó a la casona y bajó a la bodega se puso a llorar, yo solo tenía ganas de matar a alguien, a los vigilantes de la carga por ejemplo, traidores, vendidos, cabrones. —¡Imposible! —decía Iker, limpiándose con rabia las lágrimas— eran la mejor gente, los habrán liquidado, fuera hay huellas de camión, alguien habrá visto algo, dispersa a tu gente por todas las carreteras, pregunta por esos camiones, ¡joder!, que no son tres pistolas y cuatro cajas de cartuchos sino cientos de armas y cajas de munición. Estarán en algún lugar.

Nunca aparecieron, esa fue la obsesión de Iker hasta el final de la guerra y después, lo que le mantuvo vivo y furioso en el campo de Argelés. Los vigilantes si aparecieron, dos meses después, estaban degollados en el fondo de un pozo seco a unos pocos cientos de metros de la masía.

Tres semanas después tuvimos que cruzar la frontera.

XV

Dijiste: —Ahora sé que Teodoro también deseaba a su manera encontrar el camino de regreso a su memoria. No buscaba la verdad o la realidad que había detrás de su pasado. Él despreciaba a todos aquellos que siempre hablaron o escribieron entonando la palabra verdad y realidad como estandarte, aquellos tipos que durante medio siglo no se cansaron de escribir una historia fabulosa e imaginaria que hicieron creer a los demás a toque de gatillo, tortura, cárcel, hambre y obligado olvido. Se inventaron así una patria monstruosa.

HACE TIEMPO QUE DEJÉ ATRÁS los documentos minuciosos de Dimitri, las Cartas no enviadas de Olga Havel, mis cuadernos perdidos, las cintas magnetofónicas con la voz de Evaristo, el informe policial sobre el asesinato de Olga que me envió su padre.

Ya solo escribo de memoria, pero no me engaño. También todo esto es fábula, cuento, invención imaginaria. Me he quedado solo con las voces, los ojos, los nombres de todos aquellos que de una u otra forma me han protegido hasta ahora, esos que me han hecho entender que la verdad siempre se esconde y sabe ponerse a salvo de los asesinos para aparecer luego en cualquier parte, frágil, azarosa, incomprensible.

Quiero pensar que Teodoro escribió su historia y la envió a tu padre para que no la aniquilara la podredumbre de la selva, no sólo de la humedad y los termites si no también del embrutecimiento, la vejez o las intenciones terapéuticas del olvido. Dimitri atesoró todos esos libros que ahora son míos porque necesitaba un país al que amar que no encontró en ningún sitio, Olga escribía largas cartas a un gitano apátrida y le contaba las historias que

Teodoro y Barea leían por la radio con la ilusión de seguir alimentando la posibilidad de un mundo mejor con el que soñó siempre su viejo profesor y ahora, flotando a diez mil metros, yo escribo para ti porque si eres mi lector sé que estarás vivo, no serás un personaje más en la retorcida trama de las historias falsas. No quiero que a ti te borren de la vida, quiero rescatarte de la realidad siniestra, de las verdades absolutas, proponerte un futuro probable, ofrecerte otro poco de tiempo para que sigas cuidando tus naranjos, el río, el lince de Olga, incluso para que sigas defendiendo tu íntima voluntad de negarte a escribir lo que nombras.

Dimitri Snizek es un viejo jubilado al que todos llaman en Jara “el Alemán”. Hace diez o quince años compró una pequeña dehesa y comenzó a cultivar cerezas y frambuesas, su extraño acento y las escasas ocasiones en las que se deja ver por el pueblo han ido tejiendo en torno a él inquietantes leyendas.

Pocos saben que Heliodoro y Evaristo le visitan de vez en cuando y se emborrachan juntos con buenos vinos.

—¿Tu sabías lo del lince? —le pregunta Eva y sin esperar una palabra de Dimitri él mismo se responde—. ¡Claro!, Para qué preguntarte. Ahora sumo dos mas dos, ya sé porqué construiste tantos majanos en la linde de la finca del Chileno.

—Si, pero no se pasó a mis tierras, viene muy de vez en cuando a cazar algún gazapo pero tiene la querencia en las quebradas que dan a la garganta —dice Dimitri—.

—Yo creo que ya no —responde Eva— Heliodoro le ha echado de sus dominios, supongo que también sabes que el cabrón de Edelman quiere cargárselo.

Dimitri afirma con un gesto antes de apurar la copa de aguardiente. Angel Edelman tampoco sabe quién es su lejano vecino aunque ha indagado en el pueblo y ha intentado más de una vez hacerle una visita de buena vecindad, solo sabe que se llama Gunter Böll, industrial jubilado de origen alemán. Su gente del Mossad le preparó con todo detalle la nueva identidad.

—Me retiro a un pueblo cerca de Cuacos de Yuste así que espero perderos de vista para siempre.

Pero nadie deja de trabajar para el Servicio y menos él, una verdadera enciclopedia viviente al que todavía consultan asuntos sus jefes aunque los ordenadores del Mossad sean los mejor nutridos de información del mundo.

El anciano Dimitri, Gunter para los demás, con su cara de boxeador y su reluciente calva parece más joven que sus amigos.

—Esto del lince nos va a traer problemas —sentencia Eva—.

—No lo creo, ya nos cuidaremos nosotros de que el bicho esté tranquilo ¿verdad Helio?

Y Heliodoro afirma y bebe despacio su copa.

Le debo la vida —murmura—.

Dimitri empezó siendo un ilusionado y joven comunista checo que llegó a España para luchar contra el fascismo hasta que alguien le envía unos documentos que todavía guarda en sus archivos, unos papeles que demuestran que el padrecito Stalin está asesinando a muchos buenos comunistas gracias a unas listas que le ha pasado nada menos que Heydrich. Contactó entonces con los chicos del MI5 que también trabajaban en España fichando a brigadistas ingleses aunque poco después estuvo a punto de mandarlos a tomar por saco cuando los ingleses retuvieron a miles de excombatientes checos en Gran Bretaña porque querían ir a liberar su amada Praga.

—¿Sabéis que hay gente que paga millones por matar animales protegidos? —les pregunta Dimitri.

—Todavía si se comieran —afirma Eva— bueno, en mis tiempos mozos había gente que comía carne de lince y decía que era muy suave y muy fina. Yo una vez lo probé y me pareció bastante sosa.

—A este no le toca un pelo ni la madre que le parió —zanja Heliodoro—.

Trabajando para el SOE inglés preparará el atentado contra el carnicero de Praga, su odiado Heydrich cara de rata, siempre tan repeinado y con esos ojillos diminutos de estudiante aplicado. Demasiado tarde descubrirá los verdaderos fines que persigue Edward Benes y el resto del gobierno Checoslovaco exiliado en Londres con el atentado. Reinhard Heydrich trata con mano de hierro a los judíos y con mano de terciopelo a los obreros de los que depende la industria armamentística convirtiendo el protectorado en un paraíso laboral. Dimitri no sospechaba al principio que con el asesinato de Heydrich y la previsible represión nazi lo que se pretenden es que la población no se acostumbre a los alemanes porque así peligra la todavía delicada identidad nacional Checoslovaca. Matando al Vice Reichsprotector la carnicería en venganza que realizarán los nazis y el odio hacia los alemanes no se olvidará jamás.

—Es más, acabo de recibir información de que nuestro lince tiene un precio.

—No me jodas Dimitri —protesta Evaristo— nadie sabe que existe el animal, nadie lo ha visto a parte de nosotros.

—Alguien más lo sabe —replica el judío— y sabe además como ganarse un buen dinero.

Se llamó “Operación Antropoide” y Snizek lamentará el resto de su vida no haberse dado cuenta de la locura de sangre que traería como consecuencia la eliminación de Heydrich. Tres mil judíos gaseados, diez mil checos torturados, mil trescientos asesinados entre ellos toda la familia de Dimitri, su abuelo Nicolás, tu madre, sus hijos, su mujer, sus primos y sobrinos, todos vivían en Lídice donde él se había refugiado tras saltar en paracaídas.

—¿No habrá sido Edelman? —pregunta Heliodoro—.

—No lo creo —dice Dimitri— él no tiene las luces ni los contactos para anunciarse en los lugares en los que se subastan esas cacerías.

Saltó de noche desde un avión inglés muy cerca e Praga junto a dos suboficiales checos llamados Kubis y Gabcik, la resistencia les llevó a lugar seguro hasta recibir la orden de Benes. Dimitri tuvo tiempo de estar cerca de su casa durante muchas semanas hasta que llegó por fin la orden. Le esperarían en la carretera por la que pasaba El Carnicero camino del aeródromo en uno de tantos viajes regulares a Berlín.

El Mercedes tomó la curva despacio Gabick apunto la ametralladora pero el arma se encasquilló así que Jan Kubis y Dimitri Snicek lanzaron dos granadas al coche. Hitler en persona ordenó la masacre en represalia. Heydrich no murió al instante y el dolor de la metralla le estuvo corroyendo durante varios días. Alguien cercano al rey Jorge estuvo haciendo gestiones para conseguir penicilina para El Carnicero. Alguien delató por la recompensa el lugar donde el comando estaba escondido y cogieron a Kubis y a Gabick pero Dimitri pudo escapar.

Heliodoro llena las copas.

—No entiendo que gusto encuentran en matar a un Lince.

—Eso que nos lo explique Eva que es el más cazador.

Pero Evaristo comienza a sentirse borracho.

—Eso depende del mito, se quiere cazar el mito, la leyenda, lo que hay de humano en un lobo cerval.

Los amigos se despiden, acuerdan verse pronto y trazar un plan para salvar al gato. Cuando Snizek los deja en la puerta tiene la certeza que esos dos ancianos que se tambalean camino del coche son los únicos amigos que le quedan en el mundo o acaso los únicos que tuvo nunca.

Dimitri logró volver a Londres un mes después y conoció el previsible desastre que habían provocado. Snizek, ahora Gunter Böll, solo

se siente en paz cuando sube a una de las torretas de madera que ha mandado construir en puntos estratégicos de la finca para observar las aves, el nido que la cigüeña negra rehace todos los años junto al arroyo Culebro, las peleas aéreas entre una pareja de rabilargos y un pobre milano, el vuelo de las torcaces en invierno y de las tórtolas en verano y ahora, en la torreta que da al charco la Vena se pasa las horas del atardecer acechando a la familia de nutrias y también a ese lince viejo que sus amigos han espantado de los dominios del Chileno.

Cuando vuelve a la casa y repasa los correos electrónicos recibidos vuelve la pesadumbre, el cansancio, el sabor a cobre en la boca como aquel día en Madrid que apretó el gatillo de una pistola por primera vez y tuvo la absoluta certeza de haber matado a un hombre, como la mañana que soltó la argolla de la granada que lanzó contra el coche de Heydrich o cuando pocos años después, siendo miembro de la Haganah, la organización secreta que luchaba contra el poder colonial inglés en Palestina, ametralló a aquellos pobres soldados, o como el día en que envió a uno de sus mejores hombres del Mossad, Peter Malkin a que capturara a Heichman que luego fue juzgado y ahorcado como criminal de guerra en Israel. Demasiados años matando por causas e ideas, haciendo justicia con las armas. Siempre le pareció justo el asesinato del tirano y del monstruo pero tarde descubrió que la tiranía y la monstruosidad de hacer morir a miles de inocentes no anida a veces solo en un hombre si no en muchedumbres anónimas y pacíficas que los nutren y amparan.

Solo pasear entre los frambuesales y los cerezos, solo observando durante largas tardes a los animales de su pequeño trozo de mundo Dimitri toca la ilusión del olvido, la amnesia momentánea que produce la belleza.

Cuando se sienta en su despacho y conecta la videoconferencia, cierra los ojos y vuelve por un segundo a aquella trinchera de la Ciudad Universitaria en la que conoció a sus amigos.

En la pantalla aparece de pronto la cara de Dimas, su último ayudante, un joven de apenas treinta años o un veterano que lleva doce en el Mossad A él debe el nombre de Gunter por Grass y Böll por Henrich. Un guiño literario, dijo excusándose entonces.

—Hola jefe, mal asunto lo de tu bicho, cuarenta mil dólares pagan por cazar ese gato, si quiere les dejo que achicharren el de mi mujer que me tiene la casa llena de pelos y encima se orina en el sofá, va a ser motivo de divorcio.

—Al grano Dimas, hazme un resumen y después me mandas los documentos.

—Pues la oferta viene de Argentina y la central de pujas está en Suiza, pero la gente que está detrás subasta de todo, menudos pájaros, armas, mujeres, niños, órganos, drogas, secretos, arte, lo siento jefe, pero

esto se escapa de madre, he tenido que seguir los trámites y mandar el informe a los de arriba.

—No me hables de la basura de siempre, yo solo quiero saber si hay compradores para el lince, quiénes son, dónde están, cuándo tienen previsto venir a cazar al animal y porqué demonios la oferta sale de Argentina y no del pueblo en el vivo.

—Estamos en ello señor, pero todavía nada, sabemos que esta central de compras suiza es experta en vender gatos grandes, jaguares, tigres, panteras de las nieves y lince, por lo visto no es la primera vez, ya se han vendido otros lince españoles. Le envié todos los ficheros ahora. Joder jefe, genio y figura, ¿no se había retirado al campo a olvidarse de todas estas basuras?.

—Hasta mañana Dimas, os envié unas cajas de frambuesas para que las repartas entre los chicos.

Cuando apaga el terminal sube a la biblioteca, es un amplio torreón circular donde guarda su único tesoro, libros sobre España en todos los idiomas, de todos los temas imaginables. Siente que este lugar su patria. Después de la aniquilación de su gente en Lídice buscó otra tierra a la que amar y durante muchos años creyó en Palestina, en Israel, al fin y al cabo ha estado defendiendo casi toda su vida esa patria aunque demasiado pronto descubrió que no había patrias para gentes como él y que en todas partes sería y se sentiría un extraño. Entonces, al principio sin ser consciente, descubrió que su única patria era aquella, una patria de palabras, una España escrita en los libros. En todos los viajes, a todas las ciudades que ha visitado siempre tuvo un rato para entrar en alguna librería y comprar algunos libros sobre aquel lugar al que llegó a luchar contra el fascismo, le daba igual el tema o el autor, los libros que se fueron acumulando hasta llenar totalmente su apartamento de Londres, después sus casas de Tel Aviv y ahora tapizan los muros del torreón donde pasa las noches de insomnio leyendo.

Dimitri se levantó antes el amanecer y bajo hasta la garganta con al esperanza de ver al lince. Ante sus ojos un azor salió de entre los robles en pos de una oropéndola que esquivó a su enemigo con facilidad, las nutrias jóvenes jugaban a perseguirse en los arenales de la orilla después de atiborrarse de cangrejos y algún gazapo esperaba calentarse con los primeros rayos del sol. Una pareja de azulones se levantaron asustados y giraron a pocos metros de sus ojos antes de enfilar garganta abajo.

—Nada, ni rastro del lince. Como se haya metido en la finca del Chileno va listo.

Antes de volver a la casa echó una lenta y última ojeada a los jarales y tomillares de la linde y descubrió que alguien ocupaba el desvencijado puesto de reclamo de perdiz, quién fuera llevaba puesta ropa de camuflaje y

apenas podían distinguirse siquiera sus contornos tras la penumbra que hacía la pared de piedra de la casilla. Dimitri dejó los prismáticos en el suelo de la torreta y sacó de la mochila el anteojo de rececho, abrió el trípode y colocó el objetivo en treinta aumentos, entonces respiró aliviado.

—Esa chiquilla —murmuró para sí— se va a meter en un buen lío si la pilla Edelman.

Vio con claridad cómo Olga Cepeda sacaba por la tronera el teleobjetivo de la cámara así que volvió a coger los prismáticos para poder ver que estaba fotografiando la bióloga. Ahí estaba por fin el lubricán, el gato clavo, el lince agazapado tras la sombra de un madroño a punto de saltar sobre un gazapo que atrapó en un segundo después de una corta carrera y un salto en el que el animal parecía volar, después, con el conejo en la boca se perdió entre las jaras. Pasó una media hora hasta que la bióloga salió del escondrijo, se quitó la ropa mimética, cruzó el torrente sin preocuparse por tener que meter los pies en el agua del deshielo y comenzó a subir por un sendero de cabras que llegaba hasta su finca.

Dimitri saborea un café doble hirviendo mientras revisa los ficheros que le enviaron anoche.

—Otra vez los mal nacidos de los suizos haciendo de tapadera para esconder la mierda —dice en voz alta—.

Pero no hay nadie en casa que escuche sus palabras, la cocinera se ha ido a comprar al pueblo y el guarda estará haciendo su ronda por los campos de frutales. Los programas revientan los códigos de encriptación en un segundo y puede leer el correo de la oferta que hace un tal Rodolfo desde Argentina, dice:

“Lince Ibérico, Lynx Pardinus, Iberian Lynx, 30.000 dólares americanos. Animal totalmente salvaje en finca vigilada, sin problemas con las autoridades, primera preparación de piel y cráneo y envío incluido en el precio”.

Revisa otros ficheros que le ha enviado su antiguo ayudante: el informe que ha tenido que remitir a los jefes, las fichas de los posibles nombres que están detrás de la web de subastas, estadísticas de precios y venta ilegal de animales protegidos, legislación internacional CITES, listado de autoridades responsables de protección de la naturaleza en España, listado de las direcciones de correo que han pujado por el gato y su origen nacional posible.

—¡Vaya! —exclama— parece que el bicho es apreciado, diez clientes en un mes.

Entonces entra en la web de subastas, vulnera la contraseña de acceso y se hace pasar por uno de los cazadores haciendo rebotar la señal en los sitios acostumbrados para que nadie pueda rastrear el origen y escribe:

“Muy interesado en el trofeo, necesitaría saber la zona de caza para aprovechar un viaje de negocios de una semana que debo hacer a España”.

El viejo espía sale al jardín, le hace feliz arrodillarse entre las matas de geranios de todos los colores para cortar las flores secas o las hojas que amarillean mientras el sol le calienta la espalda. Nadie diría que tiene noventa y tres años. Después de un rato de trabajo baja a los campos de frambuesas y camina entre los arbustos cuajados de frutos y se sienta un rato en el manantial que mantiene siempre llena una de las charcas que utiliza para regar. Allí plató varias hileras de castaños en las que siempre entran los jabalíes en la otoñada a comer sus frutos caídos y de cuando en cuando hace un aguardo Heliodoro o Evaristo o los dos juntos y cazan alguno para hacer unos chorizos.

Cuando llegó a Jara y compró la finca fue a la carpintería que ahora llevaba el nieto de Heliodoro a encargarse de los suelos de madera de la casa y allí se encontró a su viejo camarada dormitando en una silla, acunado por el chirrido de las sierras. Nunca habían perdido del todo el contacto y de año en año se habían escrito y discutido de todo lo que ocurría en el mundo. Fueron las palabras de Heliodoro las que le hicieron decidirse por la Vera como lugar de retiro. “La Vera es un lugar hermoso de verdad, un paraíso, la tierra es fértil y el clima suave, además está a punto de morir el Criminalísimo y en cuanto esto ocurra tendremos que organizar por fin una Tercera República”, le había escrito Helio en una carta. Dimitri tenía buenos informes y sabía con certeza que no habría en España ninguna República pero aún recordaba las descripciones que hacía Teodoro por el radio de las gargantas y las tierras Jara y eso fue suficiente para elegir España en lugar de Canadá o Costa Rica, lugares en los que alguna vez pensó para olvidarse de todo e intentar morir en paz.

Dos años después regresó Evaristo del exilio y los tres antiguos camaradas a los que el tiempo y la historia les había llevado por vidas tan distintas se convirtieron en amigos inseparables.

Cuando entra en la casona tras el paseo, la cocinera ya ha vuelto del mercado y le tiene preparado su almuerzo favorito, un par de huevos y pimientos fritos casi nadando en aceite de oliva en los que Dimitri moja con delectación buenos trozos de pan y una copa grande de vino de pitarra de sus propias viñas. Se lleva la bandeja al despacho y antes de comenzar el festín se acerca al ordenador y vuelve a entrar en la web de subastas de animales, pincha en la pequeña fotografía del lince, teclea el código de acceso y lee la contestación a la pregunta que ha hecho pocas horas antes:

“Excelente lugar, Sierra Morena, a menos de tres horas en coche desde la capital”.

Entonces el grito retumba en toda la casa y la cocinera sale aterrada de la despensa.

—¿Ocurre algo? —pregunta al empujar la puerta de la habitación y ver al viejo aporreando el teclado—.

—No, nada —musita sin mirarla—.

Cuando vuelve a conectarse por videoconferencia con su antiguo ayudante su voz vuelve a retumbar por toda la casa.

—¡Dimas imbécil!, ¿Es que no os habéis dado cuenta de que el gato que venden no es de Extremadura si no de Andalucía?, ¡Eso quiere decir que el Lince de aquí ya ha sido vendido y el cazador debe haber llegado ya!.

—Lo siento jefe, me pongo ahora mismo a trabajar.

Pero Dimitri sabe que ni la mejor red de inteligencia del mundo podrá detener la cacería, los ordenadores y programas de rastreo de Dimas van a analizar miles de nombres, listas de embarque de todo los viajeros que llegaron a Barajas, todas las visitas a la Web de subastas, todas las bases de datos de todas las policías el mundo para nada porque quizás es ese mismo instante el cazador ya esté apuntando con su rifle al lince y un segundo después el gran gato se haya convertido en un trofeo.

Dimitri coge el teléfono mientras busca el número de la embajada de Israel en Brasil en su vieja agenda y habla con un tal Pablo Domingues mientras saca las llaves del bolsillo y abre el cajoncito de la derecha, saca la Jericho, la caja de balas y va llenado el cargador con rutinaria velocidad.

—Hola Pablito, si mucho tiempo, oye quiero que uno de tus chicos lleve un mensaje urgente.

Medía hora después una lancha rápida sale de Boca do Acre, remonta el río Purus y después el Igarapé Inauni. Comienza a llover cuando la embarcación dobla el recodo donde se supone deben estar las casas de la aldea, en el pequeño embarcadero un viejo totalmente desnudo levanta la caña de pescar y contempla la inesperada visita.

—¿Es usted Teodoro Sánchez? —el anciano afirma con la cabeza.

—Tengo un mensaje de La Hermandad.

Y el visitante grita las breves palabras del mensaje, piensa que el viejo debe estar zumbado o sordo porque en su cara no lee ningún gesto, unos segundos después dice algo que el visitante interpreta como un “entendido”, da gas con el puño al fueraborda y deja a Teodoro de nuevo solo.

El anciano pescador recoge el sedal y se deja caer desde el entablado. El agua está fría y turbia por las lluvias pero el hombre se deja llevar por la

suave corriente unos metros hasta llegar al talud que da al antiguo camino que sube a la facenda. Su cuerpo no teme los dientes de las pirañas, ni los agujones de las rayas o las descargas de las anguilas eléctricas, solo teme salir del agua y tener que repetir las palabras que ha escuchado, hacer una maleta con sus trajes de falso indiano. Volver.

No quisiste ir a México o Buenos Aires donde tus amigos te hubieran ofrecido un exilio cómodo, ni los consejos de Casals o la oferta de Cernuda y de Ramón Sender para trabajar de profesor a los Estados Unidos. Tuviste que elegir este lugar perdido en medio de la selva junto a un pequeño río que no viene en los mapas.

Acababas de recibir dos ofertas de trabajo de lujo para un exiliado no adscrito a ningún partido, la posibilidad de ser profesor de Griego en la Universidad de Buenos Aires y otra oferta de tu amigo Sender para ir a Nueva York, pero entró Valentín en la habitación del hotelucho con aquel papel lleno de sellos y unos planos amarillentos, los ojos brillantes de ilusión y vino, la fiebre de haber encontrado un lugar en el mundo.

—He comprado tres mil acres de tierra y una concesión para extraer oro, ¿por qué no te vienes conmigo?.

No lo pensaste, dejaste la oferta de la universidad y la carta de Ramón en la mesilla de aquel hotel, tampoco tenías allí nada ni nadie que te atase más que un montón de exiliados todavía metidos en peleas ideológicas o por el reparto del patrimonio del Estado sacado de España. Ordenaste tus cinco camisas, tres pantalones y un impermeable caro que te había regalado Chaves, dos o tres libros, varios cuadernos de notas. En Boca do Acre os encontrasteis con el desconocido socio de Valentín, un tal Gonçalvez que ya tenía cargada las canoas con todo lo necesario para instalaros y mientras ellos hacían las compras de última hora bajaste a la orilla del río Acre. Debían ser las nueve de la mañana pero el sol ya quemaba la piel, varios botos rosados salían a respirar a pocos metros del muelle donde estaban las embarcaciones, la corriente del río arrastraba arboles enteros y almadías de maleza sobre las aguas terrosas, casi podías tocar los delfines con la mano y no pudiste resistir la tentación de meter los pies en esa agua que parecía espesa como sopa de tapioca, los delfines se acercaron y tocaron tus pies con sus morros. Entonces tuviste la certeza de que aquellos ríos turbios, la floresta impenetrable, el sol violento que te quemaba la cara, las lluvias torrenciales que llegaban cada tarde serían tu hogar. No importaba que tu cuerpo hubiera estado hasta entonces acostumbrado a las sombras confortables de las bibliotecas, ni que la piel de tus manos fuera suave y tus saberes inútiles en el Amazonas porque ya no eras tú, ya no eras el oscuro profesor de griego, el exiliado con privilegios, el traidor a un hijo que has abandonado, el hombre perseguido por el recuerdo imborrable de una miliciana que vino del frío para amarte, ya no eres el tipo agotado por el viaje y el calor que mira con asombro a los botos rosados si no el niño aquel

que leía a Buffon y soñaba con las aventuras que contaba el tío Leandro, el chico que espera ansioso los libros que le trae su padre debajo de las mantas, libros de animales y ciudades remotas que lees por la noche cuando todos duermen a la luz amarilla de una lámpara de petróleo y que luego cuentas a tu amigo Valentín como si fueras tú quién caminas por las Montañas de la Luna, la polvorienta ruta a Tombuncú, el secreto camino hacia Eldorado.

—Nos vamos ya —grita Valentín desde arriba—.

Aquel treinteañero que aparenta tener casi cincuenta es el mismo muchacho que escuchaba en silencio tus historias y te enseñaba a pescar grandes barbos en el Tietar, a cazar torcaces, a acechar al monstruo que os espera con hambre bajo el agua cenagosa de la Alameda de las Pozas.

Cuando Gonçalvez arranca el ensordecedor motor y el larguísimo eje de la hélice se sumerge en el agua empujando a la barca río arriba descubres que el dolor ya no es insostenible, que los inmensos árboles que cubren las orillas y esa maleza asfixiante que borra los caminos volviendo locos a los hombres te hace sentir la seguridad de los paisajes familiares, de haber estado antes allí, de haber sido antes, en algún lugar de tus recuerdos de niño, tu casa.

Cuatro años después, olvidada la falsa mina de oro, desbrozadas las sendas que van a las castañeiras y las heveas de cuyos frutos y savia vivís, acabada por fin la casa que os protege del jaguar que ronda el ganado, te levantas de la hamaca y pisas los periódicos atrasados en los que has leído que ha muerto Manuel Chaves y te sientas frente a la Olivetti que te ha traído Gonçalvez. Le debes a tu amigo muerto esa historia, deseas volver después de estos cuatro años de trabajando de seringueiro al territorio limpio de las palabras escritas. Pero ahora ya todo es distinto, son las mismas palabras las no te dejan tejer esa historia con la lógica lineal del tiempo y tu memoria, hasta entonces cartesiana, se niega a seguir la trama que le impones, esa historia de espías y traiciones, de armas, ciudades peligrosas y soldados a la fuerza se rebela contra tu voluntad y son las voces de otros quienes la explican a pedazos. Te sorprende que sin embargo a Valentín esa fragmentación caótica de sucesos y voces, de tiempos e historias, le parezca perfecta.

—Así fue, así era esa maldita guerra —repetía después de leer lo que llevabas escrito—.

A ti sin embargo te desesperaba que Olga fuera cada vez más un personaje huidizo y borroso, a cada página más extraña y ajena a tu memoria o que el oscuro anarquista llamado Iker, el ingenuo miliciano Evaristo, el brigadista Hans, el cascarrabias de Miaja, el taciturno General Rojo o aquel descomunal cocodrilo que visteis de niños en una charca a las afueras del pueblo fueran las voces de la trama.

Rompes los folios a pesar de las protestas de Valentín y de Gonçalvez y una tarde, para olvidarte de aquella repentina obligación, coges la escopeta del veinte y la bolsa de caucho con un puñado de cartuchos y te vas por la trocha alta siguiendo el arroyo, atraviesas los cañaverales espinosos, los primeros grupos de heveas y te sumerges en el bosque siguiendo los gritos de los monos.

Tus amigos te estuvieron buscando hasta bien entrada la noche pero el jaguar les rugía cerca y perdieron tu rastro de machetazos cerca de las cascadas.

A los dos días te dieron por perdido, a los cuatro por muerto. No sabías orientarte en el bosque, ni que comer o como protegerte de los animales. Volviste a la casa seis días después, afiebrado, hambriento y herido pero tranquilo. Dormiste dos días enteros y te despertaste con el mismo apetito que la onza que rondaba la casa. Después de acabar con el guiso de pecarí que había hecho Valentín, con una gran ensalada de papaya y casi medias botella de cachaza te fuiste a bañar al arroyo y después volviste a escribir aquella historia. Ahora las voces eran como las lianas de la selva y no te importaba el caos en el que la memoria y la imaginación convertían a tus recuerdos.

Aquellas escapadas se acabaron convirtiendo en costumbre, a veces acompañado de Gonçalvez o de Valentín, la mayoría de las veces solo.

La floresta, que era para casi todos los hombres el peor de los infiernos, el lugar de la locura y la aniquilación, para ti eran un lugar de paz, el único territorio si palabras. Salir a cazar era el pretexto, muchas veces no disparaste sobre el anta desprevenida a la que habías seguido el rastro durante días o sobre la gran anaconda cuya grasa y cuero vendíais a buen precio. Te da igual tu piel herida y picada por los insectos porque eres el niño que lee a Buffon, Lamarck, Alejandro de Humboldt o Darwin, el chiquillo que se deja hipnotizar por el aleteo de las inmensas mariposas azules, el vuelo inmóvil de los colibríes o los ojos fluorescentes de los yacarés y cuando vuelves a la casa a seguir escribiendo sobre aquella guerra que arrasó tu país y tu vida ya no te importa que tu voz enmudezca mientras hablan otras voces o que Olga Havel se convierta en la mirada de una mujer que ya no conoces.

Tardaste un año en escribir aquella historia que debías a Manuel Chaves y fue justamente en tu última escapada al bosque, antes de terminar de escribirla, cuando te encontraste con Yanim recogiendo las grandes nueces de las castañeiras con un niño que no llegaba a tener cinco años. Estaban desnudos y el anciano empuñaba una escopeta de un solo cañón tan destartada como la tuya. Esa noche compartisteis el fuego y la carne salada que llevabas. Cuando el niño se durmió, el anciano indio comenzó a

hablarte en una mezcla de portugués y español que le costaba trabajo pronunciar.

—He visto muchas veces tu rastro en el monte, haces mucho ruido y caminas muy rápido y eso es malo para la caza, la mayoría de las antas y los puercos de monte ya te conocen y se apartan de tu camino antes que los veas. Pero ahora no vamos a hablar de caza si no del mundo. Me han dicho que sabes dibujar en papeles las historias que otros cuentan, así que te voy a contar la mía para que no se pudra como la hojarasca que pisamos, para que un día pueda vivir en ella mi hijo y no las escolopendras y los gusanos. Voy a morir pronto y quiero que guardes en tu cabeza a mi pueblo.

Yanin y su hijo se quedaron en la hacienda. El jaguar dejó de rondar al ganado durante unos meses y yo seguí escribiendo nuestra historia. Al atardecer, antes de encender las lámparas de petróleo y que el aire se llenara de mil insectos extraños, leía a Valentín, a Gonçalvez y a Yanin las páginas escritas y luego ellos discutían durante horas sobre aquellas palabras ante mi silencio y mi asombro. ¿cómo podía un campesino extremeño, un indio y un seringueiro loco discutir sobre la guerra de España?, ¿sobre la decisión de Olga Havel de traicionar a sus camaradas y sus ideales a cambio del dudoso intento de salvar la vida de un viejo guitarrista gitano prisionero en Praga?, ¿sobre la conducta de aquel joven profesor que abandona a su mujer y a su pequeño hijo por una extranjera desconocida?, ¿sobre aquella demencial decisión de esconder miles de armas en la retaguardia franquista para seguir la guerra?, ¿sobre la existencia o inexistencia de un gigantesco saurio acechando a dos niños bajo el agua de una pequeña charca?.

Yanín comenzó a contarme la historia de su pueblo desde el principio de la memoria:

—...antes, un antes tan lejano que la memoria ha olvidado los nombres de la gente, nosotros los hombres nos vestíamos con las pieles de animales extraños de pelo espeso y vivíamos en una tierra cubierta siempre de agua sólida como la roca....

Compré un magnetófono AEG de rollos de cinta en la tienda de Afonso.

—Lo último de lo último, tecnología alemana, se lo he cambiado a un garimpeiro nazi por unos sacos de víveres —decía el comerciante—.

Y grabé en más de veinte rollos de cinta toda la historia y el saber de un pueblo del que solo quedaba un anciano y un niño. A veces en portugués, en castellano y en su propia lengua su voz pasó por generaciones y generaciones hasta el último día, el momento en el que los dos últimos supervivientes de las enfermedades y las balas que les trajeron los buscadores de oro, los traficantes de madera y los caucheros, se encontraron

contigo, con las huellas de un cazador incauto al que acechaba cada vez más cerca un jaguar hambriento.

Esa noche Yanín bebió zumo de liana y habló con la fiera para que no me devorara. El animal aceptó no comerse al cazador, se alimentaría a cambio de la vieja carne del indio cuando este terminase de contarle la historia de su pueblo al extranjero.

Hacía tres años que había terminado la Guerra Mundial y los precios del caucho comenzaron a caer. Yo terminé de escribir nuestra historia y Yanín desapareció en la selva dejándonos a su hijo.

—Tienes que publicar tu libro —dice una y otra vez Valentín—. Nadie va a recuperar nuestra memoria y los franquistas contarán al mundo que ellos eran los buenos y nosotros una panda de anarquistas locos y estalinistas sanguinarios.

Estábamos pescando en el embarcadero como todas las tardes para coger unos siluros para cenar.

—No te muevas —susurra de pronto Valentín mientras saca el rifle de su funda de caucho y apunta a mis pies—.

Entonces miro debajo y veo la enorme cabeza de un monstruo de ojos de macho cabrío y dientes amarillos. El Yacaré dio un rabotazo tras el tiro y se hundió dejando tras sí una nube de sangre.

—La lagarta nos persigue —grita Valentín—.

Aquella noche le volvieron las fiebres de la malaria.

—Ha vuelto el Jaguar —dice Gonçalvez mientras destripa los peces—.

A la mañana siguiente hice dos paquetes que llevé río abajo hasta el despacho de correos de la tienda de Afonso. En uno iban las veinte cintas magnetofónicas y una breve nota: "*Querido Heliodoro esta es la historia del pueblo Nauaú, últimos mohicanos del río Purus cuídala tú del olvido*". En el otro paquete metí el rimerero de folios mecanografiados protegidos en una bolsa de caucho ahumado que Yaním había fabricado antes de marcharse y escribí un nombre y una dirección como quien nombra un lugar inverosímil, fantástico, inexistente: Ramón Sánchez, Jara, Cáceres, España. Mi hijo, mi pueblo, mi país. Después cogí el rifle de Valentín y salí a cazar al Jaguar.

—¡La frontera!, ¡ya está ahí la frontera! —grita Valentín en el delirio de la fiebre—.

Demasiadas fronteras.

Más que huir habíamos sido empujados de un lugar a otro.

En cuanto nos acostumbrábamos a los idiomas, los vientos o las comidas, en cuanto comenzábamos de nuevo a encontrarnos amigos o hacerlos nuevos teníamos que marcharnos otra vez. Nos empujaron de

París, de Londres, de Puerto Rico, de Nueva York, de México. Solo en la selva encontramos nuestro sitio, aquí perdidos, comidos por los bichos y las plantas nos sentimos en paz, protegidos, sin más excusa que vivir, sin tener que dar cuentas ni explicar quienes éramos ni de donde veníamos. Aquí necesité recordar como se pesca, volví a ser el niño que baja al río con su amigo de entonces.

Los dos niños se sientan sobre el tronco deforme de un chopo que se inclina hacia el agua y permite pescar a varios metros de la orilla, el agua es tan transparente que pueden verse como en un acuario a los peces apostados en diferentes niveles, nadando despacio río arriba y río abajo en busca de comida. Valentín mete con cuidado la mano en la lata y saca un saltamontes pardo y otro verde.

—Elige —me dice—.

Cojo el oscuro por detrás de la cabeza porque no soporto que me muerdan los insectos. Valentín me acepta esas pequeñas cobardías que en otros amigos merecería el más profundo de sus desprecios. Él se deja morder por las hormigas agitando un palo dentro del hormiguero y poniendo después su mano encima, por las lagartijas que cogemos en las tapias de los huertos y hasta por los lagartos de cabeza azul que atrapamos en la garganta con un trozo de caña y un lazo corredizo. Los animales cuando muerden se ciegan en su venganza y Valentín los deja libres pero ellos siguen aferrados con sus dientecillos de sierra al dedo menudo y calloso de mi amigo, aunque este haga remolinos el aire con el brazo no se sueltan.

Ensarto el saltamontes con cuidado en el caparazón que une la cabeza con el cuerpo, así el cebo no se muere y puede durar mucho tiempo agitándose sobre la superficie del agua, intentando volar en busca de una repentina libertad que no tendrá nunca. Los peces suben sin miedo a por el estúpido bicho que se les ofrece sin sospechar la trampa, cuando alguno atrapa el saltamontes hay que dejar unos segundos que se lo coma bien antes de pegar el tirón y engancharlo. A pesar de la mueca de dolor que le produce la malaria, quieres recordar la expresión feliz de Valentín entonces, la superficie del río es ahora un espejo perfecto donde se repiten los árboles, las garzas, los milanos planeando, las estribaciones de Gredos aún nevadas, la vida que te asombra, la huida de un pato cuando nos ve, la libélula roja que se posa en la punta de tu caña por un instante y parece hecha de metal y fuego, el salto de los peces rompiendo la quietud, los galápagos soñolientos tomando el sol en la orilla. Recuerdo ese preciso lugar, el olor del río, el sol que comienza a calentarme tímidamente la espalda, una palabra que se me escapa en voz alta que me identifica como un ser extraño, distinto, humano y único entre el murmullo de ruidos del campo. Me asombra mi cuerpo tan sabio, más sabio que yo, mis manos morenas sosteniendo el peso de la caña, haciendo el ángulo preciso entre el

hilo y el puntero, el sabor acuoso y verde de los barbos que matamos de un mordisco en la cabeza antes de lanzarlos a la orilla. Aquel día subió del fondo un barbo enorme, pudisteis ver con claridad como subía y se iba haciendo cada vez más grande hasta nadar justo detrás del saltamontes verde de Valentín con el lomo casi fuera del agua, pero no mordió el engaño, ladeó su cuerpo antes de hundirse y vimos como su ojo amarillo nos miraba con desprecio.

Ahora tus manos son nervudas y están manchadas, muchas veces, cuando bajáis a pescar, deseas imaginar que el pez que tira de la caña y sigue sacando hilo del carrete es el mismo animal de entonces y que Valentín Quintas achina los ojos para intentar ver el remolino a lo lejos antes que el pez saque su cuerpo de oro viejo del agua en un salto formidable y rompa el hilo que le une a su voluntad.

—¡La frontera, ya está ahí la frontera!

Se ha desgastado su sonrisa en el papel fotográfico, pero no en su memoria. Ella tal vez no sabrá nunca que gracias a su gesto y su leve sonrisa Valentín desea sobrevivir, vencer la fiebre, volver a la vida.

—Hans haznos una foto que quiero enviársela a un amigo de Praga, —dice Olga—.

Ahí está la foto, encima del escritorio de jacarandá que te fabricó Gonçavez, ella y tú sonriendo felices junto a una de las esfinges de piedra de la entrada del Capricho, ambos con boina, abrazados, Olga con un chaleco largo y sin mangas de piel y tú con una cazadora de paño pardo. Olga nunca tuvo esa foto entre sus dedos pero tú, treinta años después, recibiste un sobre con remitente mexicano de un tal Juan Guzmán, dentro del sobre está esa foto y detrás unas pocas palabras del viejo barbudo Hans:

“Me ha costado mucho encontrarte, tú no lo sabes, pero ella me pidió que hiciera está foto para ti, un abrazo. Juan Guzmán”.

Hans Gutmann, aquel jovenzuelo que llegó como brigadista desde Berlín donde trabaja de iluminador, se casó con una española y se exilió en México, había sido uno de los mejores fotoperiodistas de la Guerra Civil y luego lo fue de toda la vida cultural mexicana. Teodoro sabe que Valentín Quintas también guarda una foto de Juan, es la fotografía de una mujer de la que Valentín se enamoró hace más de veinte años aunque nunca la vio en persona.

—Eso es amor y lo demás historias —se burla Gonçavez—.

La fotografía está recortada de una revista de las Juventudes Comunistas y aunque la ha cuidado y protegido durante todos estos años el papel ha aguantado mal la humedad de la selva y apenas se ve ya el rostro de la mujer.

—¿Porqué te gusta esa hembra si puede saberse? —le pincha Gonçalvez— ¿no prefieres estas mozas? —le dice enseñándole las mujeres desnudas de una revista pornográfica—.

Valentín se enfada y sale a dar una vuelta con la escopeta ahora que se ha ido la fiebre.

—A ver si cae algún pajarraco —murmura—.

En Brunete, en Guadalajara, en Pandols, en la carretera que bombardean los fascistas camino de Port Bou, en el campo de concentración de Argelés o aquella noche que se le volcó la canoa en medio del río crecido lleno de pirañas, caimanes, remolinos y troncos a la deriva. Valentín, el niño sabio que engaña a las torcaces y a los barbos, que solo cree en lo que puede ver y tocar con sus dedos pequeños y callosos y que se atreve decir a Don Emilio el cura:

—Yo a Usted le respeto porque da a mi madre un duro del cepillo pero todo lo que cuenta de dios es mentira, dios no existe, es un invento de los curas para vivir del cuento.

El joven cura se queda mudo frente a los veinte niños de la escuela y no dice nada.

El Valentín valiente y seguro de la ponzoña en la que está embebida la piedra que le ha regalado el tío Leandro para que pueda acabar con la Lagarta, el joven miliciano siempre armado hasta los dientes que es capaz de pegar un balazo a un fascista a trescientos metros y lanza las granadas con una honda de cabrero y que nunca, ni siquiera cuando se pudría de fiebre en Argelés creyó que la guerra estaba perdida, es el mismo muchacho enamorado de una imagen, de una sonrisa, de una mujer desconocida que recortó de una revista al principio de la guerra.

—Debe ser comunista, pero no me importa —afirma—.

Valentín no sabe que la mujer se llama Marina Jinesta y que hace calor en Barcelona esa tarde de Julio del treinta y seis sobre la terraza del Hotel Colón en la que Hans hace la foto apenas unos días después del levantamiento. A Hans también le gustó Marina, su melena corta revuelta por la brisa el mar, su camisa de hombre remangada, sus pantalones de peto, el mosquetón al hombro y sobre todo su gesto de orgullo seguro sobre los tejados de la ciudad, de miliciana armada y dispuesta a luchar junto a los camaradas contra el fascismo y contra la opresión que sobre las mujeres imponen los Estados, las iglesias y la Historia.

Escribiste a Hans al día siguiente de recibir tu fotografía. “*Querido amigo, ¿podría enviarme la copia de una foto que usted hizo a una miliciana en la terraza del Hotel Colón?*”.

Le cuentas la historia de Valentín, su extraño amor platónico que le ha salvado la vida cuando estaba ya todo perdido y solo la mirada de esa mujer le ha salvado de pegarse un tiro muchas veces. Un mes después

Valentín Quintas recibirá un sobre con franqueo mejicano y dentro una fotografía grande y brillante en buen papel Kodak de Marina Jinesta con una dedicatoria que tal vez ha escrito la mujer de Hans:

*“Para mi desconocido amigo Valentín.
Un beso de Marina”.*

Valentín nunca te preguntará nada del envío, no necesita porqués, no quiere saber cómo ha llegado esa imagen desde tan lejos hasta una casa perdida en medio de la selva amazónica, no lo necesita. A veces sueña, fantasea con volver a Barcelona y buscarla solo para saber que existe, que es verdad su piel y su mirada orgullosa.

—Es comunista, seguro, pero no me importa.

XVI

Me dijiste: Estos viejos perdieron primero la libertad, más tarde también la esperanza, luego el lugar que les correspondía en la historia, después la memoria que guarda en el corazón los pueblos y por último aquella que conservaron durante tantos años ellos mismos.

NUNCA HABÍA QUERIDO SABER DEMASIADO DE ESA GUERRA, era bastante difícil intentar entender como se habían liado los españoles a matarse unos a otros con tanta saña.

Para mí eran historias siempre remotas y confusas. Además sesenta años me parecía un espacio de tiempo infinito, suficiente para convertir todo aquello en libros de texto, pasado fasciculable, batallitas tediosas.

En cambio a Olga y a ti te apasionaban esas historia. Entonces suponía que lo que os atraía y emocionaba era el enfoque mítico, heroico, aventurero de la cuestión; el halo literario y hasta cinematográfico de la guerra civil era lo suficientemente atractivo y emocionante para vosotros como para que os pasarais la noche discutiendo fechas, nombres, ofensivas o razones encima de una vieja fotografía, un libro recién publicado o unos roídos papeles que habían aparecido de no sé dónde.

Siempre creí que nada tenía que ver con nosotros ese desastre, se habían muerto los protagonistas, las víctimas y los verdugos, habían desaparecido hacía mucho tiempo las causas de unos y otros para matarse y los únicos fascistas o bolcheviques, rojos o azules que había debían estar momificados en algún asilo o en un museo que nadie visitaba.

Sin embargo ahora estoy allí, emboscada en la Cota 496 de la sierra de Cabals y tiemblo como tiemblan las paredes de la trinchera en la que se esconden los milicianos, y estoy en la habitación 42 de un hotel de Madrid en el que Teodoro y Olga jadean de placer poco antes de los bombardeos,

en el Búnker del Parque del Capricho mientras Miaja y Rojo discuten sobre la existencia de un espía, en el confortable despacho del Almirante Canaris mientras decide la conveniencia de vender armas a unos locos que han llegado a Praga con el dinero ahorrado con sangre y sufrimiento por miles de anarquistas durante diez años, estoy frente al mar en Argelés con los huesos helados, perdida en una selva que reconozco escuchando el golpeteo de una máquina de escribir sobre el rugido del jaguar. Y estoy, muchos años después, viviendo con otros nombres, Olga, Jan, Dimitri, Rudolf, Iker, Evaristo, Orlov, Yanín, Teodoro, Valentín en otros tiempos, en otros lugares, latiendo con el corazón de esos vencidos a los que el olvido había convertido en silencio.

Y ahora vuelvo allí, otra vez a Londres, a una ciudad acogedora y húmeda en la que dos amigos comparten otra vez un poco de alcohol y odio.

— Toda una vida en busca del traidor o los traidores —murmura Iker—.

— Yo me rindo —afirma Dimitri con sorna—. Estoy cansado y me voy a retirar pronto a tu tierra ahora que Franco está en las últimas.

El 10 de Old Church Street en Chelsea es una bonita casa burguesa llena de cuadros y libros sobre España, dos viejos amigos saborean un buen Brandy de Jerez y comparten el silencio frente a la chimenea encendida.

— Estuve a finales de los sesenta en Nueva York a hacer una visita a dos viejos camaradas, adivina a quién.

— ¿Por ejemplo al cabrón de Alexander y al infeliz de Maurín?— responde el judío—.

— Vaya, funciona bien tu maldito Mosad. A Orlov le pegué un susto de muerte, pensó que había ido allí para matarle o algo por el estilo, creía que se presentarían los chicos de Hoover de un momento a otro para detenerme, sabía que le tenían vigilado todo el día, maldito leninista, se creía que a mí me las daría con queso como a los inocentes del FBI con aquella farsa de su “sincera deserción”. Había quedado con él en una librería de la Octava Avenida, al principio no me reconoció, me había presentado como el director de una editorial interesada en publicar su libro sobre Stalin. No vengo a matarte cabrón, le digo en español, solo quiero saber quién era Rudolf, tu amiguito alemán de aquellos gloriosos tiempos de la Comisión de Comercio.

Alemania había reconocido a la URSS como gobierno legal y los soviéticos se dedicaron a organizar tinglados comerciales violando varias cláusulas del Tratado de Versalles y de paso hacer espionaje industrial a

gran escala y robar patentes gracias a los simpatizantes y militantes comunistas que había en las grandes empresas alemanas como la Farben, la Krupp o Siemens y ahí estaba el bueno de Alexander, antes de venir a España, organizando el cotarro bajo la batuta de Stalin. Pero Orlov tenía un contacto en la burocracia exterior alemana que le evitaba problemas molestos con la policía, un tipo cuyo único nombre conocido es Rudolf.

—Para mi no sería nadie pero después de tantos años de perseguir fantasmas sé que este fue uno de los artífices del tratado Ribbentrop—Molotov, de la organización del espionaje alemán dentro de las Brigadas Internacionales y de las facilidades que tuvimos cuando fuimos a comprar aquellas armas a Praga, armas que como tú sabes desaparecieron sin dejar rastro al llegar a Cataluña y fueron a parar a manos de Franco.

—¿Y qué te contó Orlov?.

—Nada que yo no supiera, salvo el apellido, que Rudolf era un joven alto, fuerte, guapo, culto, políglota y simpático, que después se convirtió en el más estrecho colaborador del Almirante Canaris pero también íntimo de Ribbentrop por su perfecto conocimiento de la cultura y el idioma ruso, asiduo además a las fiestas de Goebbels, con apenas treinta años ya hacía alta política al participar en la redacción del borrador del Tratado de Amistad Germano Soviético y de sus cláusulas secretas. Confesó que había perdido totalmente el contacto con Rudolf cuando huyó de España y que le creía muerto.

—Seguro que Orlov no sabía nada más —afirma Dimitri—. ¿Y cual era su apellido?.

—Beumelburg.

Dimitri se atraganta con el Brandy,

—¿Era pariente del Barón Alfred von Beumelburg o de su miserable nieto Herman, mano derecha del asesino Konrad Henlein?.

—No —rechaza Iker— he investigado toda la genealogía de esa familia y no hay en ella ningún Rudolf, no tienen nada que ver.

—¿Y si se hubiera cambiado el nombre?, ¿y si Rudolf fuera solo un nombre de guerra, una simple máscara?. ¿Tienes alguna fotografía?. —pregunta tembloroso el judío—.

—No, no he podido conseguir ninguna.

Iker no aparta la mirada del fuego, no ve la palidez mortal de su camarada, sus ojos enrojecidos, su mandíbula temblando de infinita tristeza y furia.

—Le pregunté a Orlov por los nombres de los que mataron a Andreu Nin. Afirmó que esos nombres formaban parte de su seguro de vida y del de su familia que permanecía en la URSS. ¿Y lo que le ocurrió a Olga Havel?. —Está en el paquete, no puedo hablar de esas cosas porque el padrecito Stalin podría eliminarme aunque lleve muerto desde el cincuenta y tres— me respondió. Entonces apareció su mujer Maria Vladislavna. ¿Ocurre algo cariño?, ¿este es tu editor?. Si, quiere publicar mi libro en Gran Bretaña. Cuando se alejó su mujer y guardespaldas le digo: —me gustó la Historia Secreta e los Crímenes de Stalin aunque eché a faltar bastantes de los que tú cometiste en España.

—Maldito Orlov —y Dimitri recuerda de memoria— Orlov Aleksandr Mijailovich o Schwend Lyova o Nikolaev Lev Leonidovich o Nikolsky Lev Lazarevich o Berg Igor o Feldbin Leiba Lazarevich su verdadero nombre. Bien que se la jugó a Stalin a los del FBI y a los de MI5. No dio ni un nombre de los espías soviéticos que aún trabajaban en EEUU, todavía le dieron palmaditas en la espalda los de la Comisión de Seguridad Interior del Senado Yanqui y seguro que fue él quién captó a los famosos Berg, Donald Macklein y Kim Philby en sus buenos tiempos de pescador de niñatos idealistas en Cambridge y Oxford.

—¿Y vosotros porque no le cazasteis? —pregunta Iker—.

—Porque sus escritos todavía sirven como manuales del espía perfecto en nuestras escuelas, era una celebridad y bastante teníamos con perseguir a los criminales nazis que todavía andaban por el mundo.

—Meses después completé todas las piezas del puzzle y ahora se donde vive uno de los traidores gracias al cabrón de Orlov que mandó el recorte de una revista a Evaristo. Así que dentro de unos días iré a ajustarle las cuentas.

—¿Y porqué no nos lo dejas a nosotros?, tu ya estás viejo para andar por ahí matando a gente. Mis chicos pueden hacer el trabajo. ¿En donde se encuentra el bicho? —pregunta Dimitri—.

—En el sur de Argentina —responde Iker—, Tiene una gran finca ganadera y vive como un rey.

—¡Puf!, lagarto, lagarto como dicen en tu tierra, mal sitio para meter las narices, te lo digo en serio, déjalo en manos de mi gente, la Pampa está llena de criminales nazis, sabrán quién eres en cuanto pises un aeropuerto. Hay

gente con la imaginación calenturienta en el Mossad que incluso creen que Hitler no murió en Berlín y que sigue vivo escondido en una remota hacienda de la Patagonia.

—No amigo, es algo personal.

—Te entiendo, ¿quieres otro Brandy?.

Por fin un nombre. Rudolf Beumelburg. Dimitri pasará la pista a los amigos ingleses, franceses y yanquis que le deben favores, moviliza a su gente y en un año no hay nada, ni una sola pista. Pero para Snizek eso ya es algo, la voluntad de haber hecho desaparecer todos los rastros de alguien que existe indica que ese fantasma todavía es importante.

Escuchas gruñir al gato, esa mañana has salido sin los perros y te has pateado todas las sendas alrededor de la hacienda en busca de huellas pero no has encontrado ninguna reciente. Te sientes aliviado, el jaguar ha desaparecido, ya no tendrás que matarlo ni él tendrá que matarme a ti, piensas.

Comienza a llover con fuerza así que buscas un lugar adecuado, extiendes la lona, atas debajo la hamaca y te tumbas un rato a descansar con el rifle entre las piernas.

Es en esos momentos cuando Teodoro se siente en paz, los mosquitos dejan de molestar y el ruido de la lluvia sobre la selva y la lona le arrullan, se adormece, su cabeza se vacía de recuerdos, se siente en paz. Ha escrito su vida hasta allí, hasta ese momento en el que ha salido a cazar al maldito gato y cuando acabe de llover ya no vivirá entre la bruma oscura de la memoria si no en el presente, en un hogar en medio de la selva en el que unos hombres perseguidos por las historia se sienten otra vez libres.

Un profesor de griego con su pelo negro lleno de canas, medio desnudo se arropa con los flecos de la hamaca y acaricia el acero de un arma, imagina la sorpresa de su hijo cuando reciba el paquete con su historia, sueña con la tierra caliente y seca de Jara antes de que lleguen las primeras tormentas de agosto, el olor de las mulas de su padre cuando las quita el aparejo y las cepilla con puñados de paja, el sabor del vino resinoso de Miconos y aquella puesta de sol sobre el Partenón, el frío de Argelés, de París, de Londres, el sabor de los habanos que le ofrece Manuel Chaves, la mirada Olga que se va desvaneciendo en su memoria, las calles de Nueva York, los aplausos tras su conferencia sobre Medea en la Universidad de

Ciudad de México, el chelo de Pau Casals nombrando el mundo en su primera casa de San Juan de Puerto Rico y su vocecita: —¡Hombre de dios y que va a hacer Usted en la selva!, su sitio está aquí en la civilización, con gente como Usted tenemos que construir un mundo nuevo en el que los hombres puedan entenderse con palabras y con música—.

La lluvia ha parado, comienza a salir el sol y Teodoro se sobresalta, ha escuchado el ronroneo el jaguar muy cerca y luego un rugido sordo, muy despacio aprieta el gatillo y levanta el martillo del percutor para que no suene el clic metálico, se asoma centímetro a centímetro con el arma encarada y le ve allí mismo, apenas a doce metros, la lluvia ha borrado el olor, piensa, el jaguar no me ve, no me huele, no sabe que un hombre le apunta con su arma entre los ojos, entonces el animal se da cuenta la extraña forma de la lona y la hamaca, sus ojos dan con los ojos del hombre y siente pánico y furia, dudando entre huir o abalanzarse contra la hamaca. Pero tú no aprietas el gatillo, te desencaras el arma y silbas aquella música de Pau, entonces suena a lo lejos la voz de Gonçalvez llamándote y el jaguar dan un salto y sale corriendo, desaparece, ya es solo una sombra de color en tus nuevos recuerdos.

Respondes al grito de tu compañero, apuntas al cielo y disparas. Has matado antes varios jaguares, nutrias, anacondas, antas, tigrillos, onzas, jaguarundíes y sin embargo a este no has podido dispararle. Gonçalvez llega corriendo tras el tiro y te encuentra.

—¿A que has tirado?.

—A un Jaguar enorme que me miraba como lo hacía el condenado Yanín cuando discutíamos sobre la guerra —y te ríes del desconcierto de tu amigo— lo mismo era la reencarnación de Anumi.

—Tienes visita, ha llegado a la facenda un tal Iker Elorza —dice el caboclo con el aliento aún entrecortado—.

—Vaya profesor, nadie diría que te ibas a convertir en un verdadero hombre de la selva —dice Iker a modo de saludo— Pero tienes buen aspecto a pesar de que en este lugar no viven ni los demonios con tanto bicho y tanta agua.

Los dos amigos se abrazan mientras Valentín busca y rebusca por las habitaciones unas botellas de cachaza.

—¿Y que hacías por ahí metido en el bosque con la que estaba cayendo?.

—Acechando a un gato viejo que se nos estaba comiendo las pocas vacas que tenemos —le responde Valentín—.

Miras a Iker, su pelo totalmente blanco cortado a cepillo, su corpachón fuerte, sus ojos demasiado brillantes y tristes detrás de unas gafas que entonces no usaba.

Se quedará varios días con vosotros, saldrá con la canoa a cazar capivaras y Valentín le enseñará a pescar pirañas, pacúes, dorados, surubíes. Hablaréis del destino del mundo, de los amigos que ya no existen y de los otros exiliados perdidos aquí y allá. La noche antes de marcharse te contará el motivo de su viaje después de terminar la última botella de ron dominicano que él os ha traído de regalo.

—Se donde vive Jan Kral y tengo pruebas de que él estaba implicado en la muerte de Olga Havel y en la desaparición de la partida de armas que compramos juntos en Praga, ¿te acuerdas?.

Snizek no sabe como persuadir a su amigo para que no vaya a Argentina, no puede decirle que después de la famosa captura del amable ciudadano Ricardo Klement el 11 de mayo de 1960, en su preciosa casa de la calle Garibaldi, juzgado después en Israel con su verdadero nombre de Adolf Eichmann responsable de la eliminación sistemática de seis millones de personas; ya no es fácil entrar en Argentina. No puede contarle que desde entonces han desaparecido más de diez agentes del Mossad y que desde altas instancias de la República Argentina hay una abierta hostilidad hacia cualquiera que meta las narices en los archivos de la Dirección de Migraciones sacado la basura del pasado.

En uno de los edificios del Mossad había una habitación llena hasta el techo de dossiers y en la puerta una humorística palabra en hebreo “*gordito*”, nombre en clave de Juan Domingo Perón. Eran miles de documentos que probaban la dulce existencia en suelo Argentino de cientos de alemanes, desde simples filonazis a criminales de guerra y monstruos. “Monstruos” era el nombre que utilizaba su gente para referirse a los que la simple etiqueta de criminal de guerra era una acepción suave como Eichmann, Gerhard Bohne, encargado del programa de eutanasia del Reich, Erich Priebke jefe de la Gestapo en Roma, Ante Pavelic jefe de la Ustasha croata, Klaus Barbie llamado “el carnicero de Lyons” o Josef Mengele que con el nombre de Gregor solía visitar a Perón en su finca de las afueras de Buenos Aires y entretener a los asistentes a la tertulia relatando maravillosos avances científicos.

Dimitri no quiere dar esos detalles dolorosos que pertenecen a la historia de la infamia como la conducta del director de Migraciones Santiago Peralta y de su sucesor Pablo Diana dedicados a impedir la entrada a Argentina de judíos y comunistas españoles mientras que daban todas las facilidades a los alemanes nazis. Se dedicaron a atemorizar con expulsiones o amenazas de expulsión a cientos de exiliados mientras que a la vez admitían con todos los honores a esos criminales de guerra.

A Perón hombre práctico además de idealista, le fascinaba el valor que podría tener para el país y su desarrollo industrial y social contar con miles de técnicos, científicos, intelectuales y hombres de negocios con grandes fortunas puestas a buen recaudo en Suiza. Por ejemplo gracias uno de ellos llamado Kurt Tank y a su equipo de mecánicos pudo fabricar en Córdoba el primer avión de combate a reacción totalmente metálico el "Pulqui II" y situar a la Argentina entre las cinco naciones que contaban con este tipo de tecnología.

Hace ya mucho tiempo que Perón y sus secuaces se pudren como también han muerto plácidamente muchos de aquellos asesinos reciclados en dignos ciudadanos. Alguien cercano al actual presidente peronista Carlos Menem ha ordenado la quema de todos los documentos referidos a la inmigración de criminales nazis que acumulaban polvo y olvido en los sótanos de la Dirección de Migraciones y los nuevos jefes de Dimitri están más preocupados en perseguir a los terroristas Palestinos que a los viejos nazis a pesar de que hace solo unos años dinamitaron la embajada de Israel en Buenos Aires en el trigésimo aniversario del ahorcamiento de Eichmann, casualidades.

Por eso cuando dos meses después recibe la carpeta que Iker Elorza le envía desde Buenos Aires intuye que algo le ha ocurrido a su camarada. Desobedeciendo a sus jefes Dimitri envía a su mejor hombre a indagar pero no encuentra nada, solo la copia de un contrato de alquiler de un automóvil que además fue devuelto en la fecha convenida.

También tuve yo ese contrato entre los dedos con la firma inequívoca de Iker Elorza junto al resto de documentos, fotografías, anotaciones, fotocopias, testimonios que había ido atesorando Iker a lo largo de toda su vida y que le llevaron hasta un paraje remoto de la Pampa para encontrarse cincuenta años después con un fantasma. Pero ya no tengo nada, se lo llevó todo la gentuza de Venancio Cordero, solo poseo el rastro leve de la memoria y la telaraña frágil de la imaginación a la que agarro cuando me fallan los nombres y los hechos. Pero me gustaría ser ahora un nombre en tu voz y no los dedos que escriben el tuyo y el de los otros en la memoria digital de este portátil. Quisiera haber enviado esa caja que me mandó Dimitri a tu casa de Jara, eres tú quién tenías que estar escribiendo todo

esto, quisiera volver a ser la niña que se refugia en tu cuerpo cuando me despierto de madrugada y a mi deseo le vale todo, la mujer que todavía te desprecia por tu vida rutinaria y tus cobardías de hombre corriente.

Yo también quisiera ser ahora un nombre entre otros nombres que dependen de tu voz para volver de las simas de la historia. Quiero pensar que existo en otra parte además de en la cueva confusa de este cacharro, que de verdad estoy aquí, ocupando el asiento cincuenta y dos de la fila nueve de este avión lleno de turistas dormidos disfrazados de viajeros intrépidos y de inmigrantes asustados disfrazados de turistas de paso. Quiero saber que esta voz no es la de la Sara que tú nombras entre sueños si no la de una mujer asustada que sujeta el ordenador sobre las rodillas y aprieta estas pequeñas teclas como quien bracea en este mar helado que hoy es mi vida.

Pido un café caliente a la vikinga y se le escapa una sonrisa, da igual que sea falsa, que agradezco. Bebo la pócima despacio mientras leo. Si, os metisteis en esa guerra que creíais remota, pensabais que solo quedaban de ella archivos llenos de polvo y de desorden, cascotes de bombas oxidadas por el campo, piezas de museo, búnkers llenos de pintadas que dicen “*vivan los quintos del noventa y cinco*”, libros de historia hereditos, falsos, gruesos, sensacionalistas, macabros, tristes, agotadores. Pero no, la furia y la pólvora seca seguía allí, agazapada, dispuesta a segar la voz de cualquier vencido confiado, preparada y a punto para ajustar otra vez las cuentas y los cuentos, acechando a la suave marea de los recuerdos con su voz de escoria y arenga.

Pero yo no creí las advertencias de Dimitri y solo cuando nuestra Olga era un cadáver frío junto al Tietar comencé a tomar en serio el valor de la memoria. Igual que Teodoro cuando abraza el cuerpo deshecho de Olga Havel y descubre que él no es un espectador si no un personaje que también está dentro de una guerra planeada para aniquilar a media España. Por eso ahora yo, soy ella, y ella se estira bajo el edredón con la sorpresa de estar de nuevo en Madrid, sola, con el equipaje de Guatemala aún por deshacer y la angustia de volver otra vez a la comodidad amable de una redacción en donde el mundo es un texto o una imagen de agencia sobre la pantalla, la voz agradable de los locutores, las portadas de los periódicos del día apilados en orden en el quiosco de la esquina. Aquella historia de lince y de viejos emboscados se había convertido en un curioso reportaje misceláneo del que el productor estaba pensando hacer una buena secuela para la televisión pero para ti no era sólo una relación de nombres y sucesos, causas y efectos, noticia y anécdota envuelto en el tono justo de denuncia periodística si no un encuentro incómodo con un tipo al que habías amado y creías haber olvidado.

Te duchaste con el agua muy caliente y comenzaste a cantar a coro con la voz ronca y desgana del músico desconocido que gritaba en la radio. Te paraste a desayunar en un barucho lejos de la emisoras donde no te conocen todavía y subiste despacio los dos pisos de escaleras hasta llegar a la redacción. La gente te saluda sin mirarte y te sientas en tu mesa vacía, recién estrenada en la que solo están las tres carpetas con las transcripciones de las entrevistas y los guiones del programa y en medio de la mesa un papel con palabras medio entintadas, alguien tendría que cambiar el cartucho de la impresora, una escueta noticia regional de relleno, una mujer asesinada con la cabeza aplastada y el cuerpo desnudo que cuando estaba caliente y respiraba se llamaba Olga Cepeda.

Por eso ahora Tienes un escalofrío, el mismo frío que siente Iker Elorza el amanecer cuando conduce por una estrecha carretera hasta llegar a un cruce en el que un arco de piedra sujeta un tablón de buen nogal americano en el que está grabado el nombre de la estancia: “Finca Alianza” y te tiemblan las manos igual que le tiembla las manos a él cuando para el coche y rebusca en su bolsa de viaje la pistola Astra que le ha entregado un viejo camarada de la Hermandad al que ha visto en Buenos Aires, otra reliquia de aquella guerra interminable que el anarquista amigo ha sabido mantener a punto “por si las moscas” le dijo antes de abrazar a aquel hombre de mirada acuosa y desolada y gesto duro al que no veía desde el treinta y nueve. Cuando enciende de nuevo el motor y enfila el carril la luz del alba es ya una claridad lechosa que le permite conducir con las luces apagadas y es igual que esa primera luz que ves a través de la ventanilla del avión y tu eres él, Iker Elorza, una sombra de la historia y superviviente del horror de un siglo que va a desaparecer de tu narración como si nunca hubiera existido, invisible y anónimo como todos los héroes verdaderos.

XVII

Dijiste:—Olga tenía más interés en entrevistar a todos esos viejos exiliados que en irse a la selva detrás de Yaguarundí. Ella decía: hay que aprender a escucharlos sin preguntas, ya les queda poco tiempo, son los últimos. Después solo nos quedará la letra muerta de la historia.

—¿ESTÁ BIEN EL VINO SEÑOR GUILLERMO?.

—Perfecto —le dice Canaris arrastrando la erre—.

Después de comer le espera el Generalísimo en la Capitanía General.

—Perfecto —dice para sí mismo paladeando el vino aunque su enlace del SINFE entienda otra cosa—.

Entonces el almirante cruza unas pocas palabras con el jefe del Habwehr en España.

—¿Le ha informado ya nuestro muchacho de donde están el resto de las armas?.

Canaris entrecierra los ojos concentrado en el sabor del vino que le limpia la salazón untuosa que le ha dejado en el paladar las tapas de jamón que les ha ofrecido el cantinero.

—No Almirante —responde con un atisbo de duda o de temor que el viejo zorro no capta— todavía no —añade—.

Teme enfrentarse a los ojos soñolientos de Canaris, a su gesto bonachón de abuelo condescendiente. “*la cara no es el espejo el alma*” como dicen los españoles. Piensa. La cara del Almirante solo es una máscara perfecta que esconde una identidad que le atemoriza con solo imaginarla.

—No es el momento —se justifica—.

No quiere decirle que Jan, su más valioso informante entre los Republicanos ha desaparecido después de enviarle un sucinto y extraño mensaje:

"am mens praetrepidans avet vagari, iam laeti studio pedes vigescunt."

Un mensaje que no ha sabido descifrar o entender. Teme que el Almirante monte en cólera, le llame inepto y le mande de vuelta a Berlín para que se le pudra el cerebro escuchando y escribiendo mensajes cifrados. Además a Canaris le encanta España, disfruta como un chiquillo del sol conduciendo a toda velocidad el Mercedes—Benz 230 Cabriolet por las sinuosas carreteras, parándose en cualquier pueblo y en cualquier venta para paladear un vaso de vino y un poco de queso o jamón.

Cuando por la tarde se entrevista con el General Franco, después de tratar junto a Von Richthofen el tema del wolframio, los nuevos suministros y otras menudencias; aprovechando que los otros alemanes se alejan se queda por un momento a solas con el Caudillo.

Franco le vuelve a preguntar por, utilizando sus palabras:

—Este maldito forúnculo que nos está saliendo en el culo, esos canallas que le están desbaratando mis planes de “tierra limpia”, esa gentuza a la que llaman “los niños de la noche” o algo así y que me están revolviendo la retaguardia pacificada con sus sabotajes y sus explosiones. Guillermo —le pide a Canaris— necesito una vez más su ayuda, no podemos consentir que esos rojos se burlen de nuestro ejercito y del honor que es combatir con lealtad, cara a cara, no podemos consentir que nos sigan volando puentes y trenes. Mi gente se está ocupando con absoluta eficacia de los marxistas que se esconden como cucarachas en los pueblos conquistados y con ellos hacemos un buen escarmiento. Pero los otros, ¡los otros!.

La vocecita de Franco parece que va a quebrarse en un suspiro. Entonces hace una pausa, toma aire despacio y se vuelve para elevar los ojos hacia los de Canaris antes de proseguir.

—Supongo que usted conoce lo que ocurrió en España con Napoleón. Imagine lo que podría ocurrir si estos rojos mal nacidos deciden hacer una guerra de guerrillas a gran escala. Los generales de Napoleón menospreciaron a los españoles y ya sabe, eso fue el comienzo del fin del Imperio. Luego el invierno ruso remató el desastre pero fueron gente como el Empecinado, el cura Merino, Renovales, Porlier, Espoz y Mina quién expulsó a los franceses, a todo un ejercito regular y bien pertrechado de doscientos cincuenta mil hombres o más.

—Nos estamos ocupando de ello General —le corta Canaris—.

—Muchas gracias Almirante. Ya sabe que yo no olvido las deudas. Por cierto —dice Franco intentando olvidar por un momento el tema— Aquí tiene la foto dedicada que me pidió.

Dos días después Hilhelm está de vuelta en Berlín.

—Vaya con Franquito.

Murmura en español mientras coloca la fotografía dedicada. “*A mi querido amigo Guillermo*”.

—Será un inepto como militar, pero no tiene un pelo de tonto como político.

Deja el retrato sobre una de las librerías junto a otra fotografía, quizá la más querida, allí está él con veinte años menos, todavía sin canas rodeado de sus hombres del submarino UB—128 después de haber hundido tres barcos ingleses. Aquellos tipos si que eran unos valientes con cojones, como dicen en España, metidos durante días en un cascarón de acero que chirriaba como un demonio bajo la presión del toneladas agua, aguantando el asfixiante olor del fuel, el ácido de las baterías, del sudor, de la comida recalentada mientras sonaban sobre nuestras cabezas el zumbido amenazador de los destructores. Rudolf le interrumpe en sus recuerdo.

—Buenos días señor. Acabo de recibir este cable de España, no parecen ser buenas noticias.

Canaris se quita el abrigo y se sienta detrás de su gran mesa de roble, saca del maletín una botella de Montilla Moriles que ha traído para su ayudante.

—El General Franco nos ha regalado una caja de vino, seguro que luego no las cobra en cajas de munición —ironiza—.

Toma el papel y lee en voz alta traduciendo directamente del latín unas palabras que sabe de memoria:

”Ya mi corazón, impaciente, ansía viajar, ya mis piernas, alborozadas, recobran sus fuerzas”.

Y antes de esta frase:

Jan Kal quiere dejar de trabajar para nosotros. Transcribo su mensaje en espera de que Berlín pueda descodificarlo.

Rudolf espera algún exabrupto de su jefe seguido de la lacónica orden de costumbre de enviar la palabra “sueño” de vuelta al remitente para que el agente sea eliminado, sin embargo el viejo sonrío, saca otra botella de Jerez de su maletín y pide a su ayudante que le alcance dos copas del mueble bar. Después de beber un pequeño sorbo le ordena:

—No haga nada, dejémosle libre a ver donde nos lleva.

Y cuando Rudolf abandona el despacho el Almirante se acerca otra vez a su amada fotografía en la que está rodeado por todos sus marineros y recita en voz alto y de memoria los primeros y los últimos versos de Catulo:

*Ya la Primavera trae el clima templado,
ya la furia del cielo invernal*

*calla ante la agradable brisa del céfiro...
¡Adiós, dulce compañía de amigos;
juntos partiremos lejos de la patria,
diferentes caminos nos devuelven separados!.*

Si, aquel joven checo se merece vivir por ahora, aunque solo sea por la valiosa información que les ha pasado hasta ahora o por haber leído a Catulo y atreverse a despedirse con uno de sus versos.

Pero no opina igual Rudolf que comienza a simpatizar dentro de las esferas del poder con Heydrich cara de águila. Cuando se ve unos días después con Herman Von Beumelburg no tiene que hacer demasiados esfuerzos para plantar en el corazón de su antiguo amigo de la infancia la fértil semilla del odio contra Jan.

No quiero saber ni inventar porqué un joven como Jan Kral decidió ser un delator al servicio de los rusos o un espía alemán o las dos cosas a la vez o porqué decidió marchar al frente del Ebro cuando sabía que aquello sería una carnicería, pero si necesito imaginar porque decidió de pronto romper con los asesinos del NKVD y del Abwehr y convertirse en un amigo leal de dos anarquistas que estaban a punto de perder la guerra y la vida.

Deseo escribir, imaginar que tarde descubre que no hay aventura en el crimen, demasiados camaradas muertos, gente que no le conocía y que la ha salvado la piel entre aquellos peñascos pelados de Cabals, camaradas y compañeros auténticos que le miraban con admiración,

—Fíjate este tío que se viene desde el quinto coño para luchar con nosotros contra el fascismo.

Extraños convertidos en amigos de verdad, por encima de las palabras y de las ideas. Aquellas pocas cajas de armas escondidas en la bodega de una casona abandonada en medio de Gredos ya no son el primer polvorín clandestino para comenzar esa guerra de guerrillas que teme Franco si no la prueba de que todavía tienen esperanza en otros ciudadanos también lejanos y extraños como él, la convicción de otros pueblos, otros hombres presionarán a sus gobiernos para que luchen contra el fascismo nazi invasor que ya ha pisoteado Checoslovaquia y contra el fascismo de Franco que arrasa España.

Jan imagina muy bien como quedó el cuerpo de aquella niña a la que amaba en secreto cuando ambos eran alumnos de guitarra, la muchacha saludable y guapa con la que se encuentra en la puerta de la sede del Partido Comunista Checo, la mujer que desea matarle cuando él le pide los papeles

de la ofensiva del Ebro a cambio de la vida de aquel viejo gitano que les preparaba chocolate y buñuelos.

Ha visto a hombres locos de miedo que se pegan un tiro en la mano esperando que sean retirados del frente a los que sin embargo niegan los comisarios la baja hasta que no les llega la fiebre y la gangrena, heridos en el pecho que se van asfixiando con su propia sangre mientras burbujas rosadas salen por la herida, amigos sin un trozo de cabeza que hablaban y reían sin parar ante el horror absoluto de sus compañeros hasta que caían fulminados de repente, soldados sin cara, sin ojos, que apenas respiraban penosamente entre el amasijo de carne rota y sangre en que se había convertido su rostro, monstruos a los que habría sido mejor pegar un tiro en la misma trinchera y no cargar con su dolor durante horas hasta que llegaban al hospital de campaña a veces con las heridas llenas de insectos y gusanos o aquel soldado que el mismo ayudó a bajar en el Ebro con una bomba de mortero clavada en la espalda del que todos se alejaban temiendo que en cualquier momento la granada estallara.

De todo aquello él era también culpable. Creo que por eso hizo aquella locura suicida de encararse el rifle de caza y disparar al avión de la Legión Cóndor que baja en picado a aniquilarlos, morir allí con sus amigos en aquella cota arrasada de la que nadie recogería el cadáver, morir como un héroe en un brutal lance de caza contra una máquina ensordecedora que se acerca como la carga de los elefantes que le contaba el viejo Barón. Apretó con suavidad el gatillo mientras tocaba con la yema de los dedos el verso grabado en la madera y recodó el verso de Catulo un segundo antes del tiro, dos segundos después de que el caza comenzara a dejar una estela de humo negro antes de estrellarse.

*”Ya mi corazón, impaciente, ansía viajar,
ya mis piernas, alborozadas, recobran sus fuerzas”.*

—Necesitaremos el plano detallado de los lugares en los que se esconderán las armas.

Jan sonrío y le pasa a su contacto ese último mensaje, ese verso de Catulo escrito a máquina y el polaco se escabulle deprisa hacia la embajada, aliviado por la brevedad del encuentro, no se fía de ese Checo loco que se ha ido a luchar al Ebro a sabiendas de que aquello sería una escabechina en la que se iba a jugar su propia cabeza y aún se fía menos después de ver que ha sobrevivido sin un rasguño y que ahora se dedica a traficar con armas junto a una panda de anarquistas descontrolados.

—Desde que atravesaron las armas los Pirineos, gente de la Hermandad que pertenecía al XIV Cuerpo de Ejército nos guiaron

atravesando toda España —me cuenta Evaristo—. Parece mentira, más de veinte mulas cargadas y no tener ni un solo encuentro ni con tropas de la República ni con los fascistas. Tanto Iker Elorza como Jan tenían muy buenos contactos con la gente del Coronel Domingo Hungría. Se ha escrito poco sobre la gente del XIV Cuerpo, eran gente diferente, independiente, decidida y muy suya, nada que ver con lo que contó aquel Hemingway, sobre todo porque los guerrilleros no querían saber nada de corresponsales ni de glorias porque para conservar el pellejo necesitan ser anónimos. Entre los guerrilleros había gente de ideas muy distintas, anarquistas, socialistas, comunistas, republicanos de derechas, hasta gente apolítica, todos mezclados pero con una lealtad entre ellos a sangre y fuego. Esa era una de las razones de su éxito. Franco los temía pero el gobierno de la República no supo o no quiso abrir un nuevo frente en la retaguardia.

Cuando llegamos a Gredos, yo les hablaba en voz baja a las mulas, apenas un susurro, derecha, izquierda, a la fuente del Viso, por la vereda de las Monteses, parar, adelante, y los animales me obedecían a la primera, sin dudar ni una orden. Hicimos la ruta de noche, sin luna, por quebradas y pasos que nos hubieran aterrado si hubiéramos visto los abismos que atravesábamos. En un terreno plagado de centinelas y tropas no vimos ni un alma, pero estaban ahí, detrás de cualquier cancho, en esos puntos apenas iluminados de los pueblos de valle. Fue la última noche antes de llegar cuando Jan vio al lince, estaba amaneciendo y nos metimos en un bosquecillo de robles para pasar el día y en ladera de enfrente que los rayos de sol comenzaban a iluminar y a calentar, el gran gato jugaba con el cuerpo inerte de un conejo. Se encaró la pequeña carabina Finlandesa que llevaba en bandolera, apuntó al gato y apretó el gatillo. La recámara estaba vacía pero el clic del percutor hizo palidecer Iker, el lince nos detectó y desapareció en la espesura en un segundo.

—Ese animal es hermoso como un tigre —musitó Jan—.

—Y por la piel se pagan unos buenos duros y la carne con patatas no está mal —le digo yo—.

Apenas quedaban unos pocos kilómetros para llegar al sitio que habían preparado muchos meses antes para esconder las armas. Yo para entonces ya no me fiaba de nadie, sólo de Iker y de amigo del pueblo llamado Heliodoro Cercas que había sido guardaespaldas de Melchor Rodríguez. Los tres nos encargaríamos de descargar las mulas y poner a buen recaudo las armas. Mientras Jan y Teodoro nos esperarían arriba. Al anochecer bajamos por el Collado de las Yeguas hasta la casona medio en ruinas de mi tía Eulalia, el edificio no era gran cosa pero tenía una inmensa bodega con una de las entradas escondida dentro de un gran zarzal y la otra era una trampilla tapada con una losa en una esquina de la antigua despensa.

Todo el suelo de la bodega estaba entablado y era ideal para alejar las cajas de la humedad. Habíamos traído además dos bidones de grasa para armas y telas parafinadas para cubrir la munición. Tardamos toda la noche en descargar el material, bajarlo y acomodarlo. Ya comenzaba a amanecer cuando tapamos de nuevo la entrada con las zarzas que habíamos cortado y volvimos a subir al collado. Allí dejamos libres a las mulas y volvimos a Madrid caminando siempre de noche por las trochas de Gredos que solo unos pocos cabreros conocían.

Heliodoro está sordo, usa un aparato antiguo que tiene un receptor grande como un paquete de tabaco del que sale un cable gris que llega hasta el auricular.

—Aleman, de lo mejor —afirma— me lo trajo hace treinta años un pariente que emigró a Frankfurt y funciona como el primer día. He probado esos chismes japoneses en miniatura pero no son lo mismo.

Tienes que hablar con Heliodoro me dice Evaristo, él sabe algo que no ha querido contarnos, fue la última persona que habló con su amiga Olga Cepeda. Y aquí estoy, en la pequeña solana de la casona que en la que esta su carpintería, a lo lejos suenan las sierras que ahora maneja su nieto y huele a bosque, a pinos recién cortados rezumando resina.

—Yo no fui como estos que siguieron luchando y empalmaron nuestra guerra con la mundial y luego con el maquis. Cuando estaba ya todo perdido decidí regresar a mi tierra a esperar a ver que pasaba. Me aterrorizaba más la idea de vivir en un país extraño que me pegaran un tiro en el pueblo. Yo no me contagié de la ingenuidad de Mera ni creí que nos tratarían con respeto, aunque nunca imaginé la saña metódica de los fusilamientos, las torturas, el robo y la humillación a las familias de los vencidos. Si hubiera sabido que el futuro sería ese no hubiera dudado en salir corriendo al país más remoto del mundo. Una noche pedí permiso a mi jefe, a Melchor Rodríguez que le habían nombrado alcalde y salí de Madrid pocos días antes de su caída.

—No seas loco, vete de España como tus amigos, no regreses a Jara porque os van a cazar en el monte como a conejos y te van a pegar cuatro tiros en la plaza del pueblo.

Pero no le hice caso. Para un furtivo es fácil evitar los puestos de control, sortear las trincheras y las columnas de soldado. Tardé en llegar a Jara una semana entera a campo traviesa, caminando siempre de noche a la luz de la luna. Solo tenía comida para dos días así que el tercero, cerca de

Talavera de la Reina puse unos lazos a los conejos cerca del río Alberche, esa noche comí conejo crudo. Ya amaneciendo me hice una cama en la arena del río a la sombra de una mata de sauces muy tupida y allí pase todo el día con la pistola preparada, durmiendo a ratos. Por la tarde me descubrió el perro de un cabrero, supongo que por el husmo del conejo que me había comido, abrí la navaja y le agarré el hocico para que no ladrara, ya iba a cortarle el pescuezo cuando me descubrió el pastor.

—No haga usted eso señor, el animal no tiene culpa.

Solté al perro que se escondió gimiendo detrás de su amo y me preparé para pegarle una puñalada al hombre.

—¿Quiere un poco de queso? —me preguntó sin muestra de miedo—

Entonces me dejé caer sobre la arena mirando al agua.

—Dicen que por aquí ya se ha acabado la guerra, pero yo no me lo creo, todos los días me encuentro gente muerta por el campo, paseados, a veces gente que yo conocía, buenas personas, también me encuentro de vez en cuando gente como Usted, huidos a los que se les pone enseguida ojos de alimaña. Yo no entiendo nada.

El pastor me pasa medio queso de cabra en aceite, su bota de vino, un trozo de tasajo y un buen pedazo de pan tierno.

—Coma usted lo que quiera que tendrá camino que andar —se levanta y se da la vuelta— con Dios —murmura—.

Sé que no me va a delatar aunque mi lógica de policía me dice que me aleje de allí lo antes posible, pero no me muevo, solo me meto aún más en la mata de sauces y me pongo a devorar los alimentos como una alimaña hambrienta. Tardé dos semanas en alcanzar mi casa. Llegué de madrugada. Me escabullí por las tapias de los corrales aprovechando el corte de luz pero temiendo que algún perro comenzase a ladrar o que me topara con algún vecino sentado al fresco, fui saltando una a una las tapias bajas que separaban los corrales, eran muros de adobe y pensaba que en cualquier momento alguno se derrumbaría por mi peso, pero no ocurrió nada. Cuando llegué al huerto de mi casa me recosté sobre el poyo de piedra bajo el naranjo en el que mi madre se sentaba a hacer ganchillo cuando hacía buen tiempo. Estaba agotado y sucio, convertido ya en una alimaña más como había dicho el cabrero. La escalera de madera estaba puesta como siempre para subir al secadero, así que crucé a gatas el patio. Había un luz tenue en la ventana de la alcoba, me asomé muy despacio para ver quién había dentro, reconocí a mi madre, al médico del pueblo y a alguien sobre la cama arropado con la manta de piel, se alumbraban con dos palmatorias y un quinqué de petróleo, la escena me recordó un cuadro tétrico de un pintor famoso que había visto en algún sitio. Subí por las escaleras del secadero y me eché sobre un montón de arpilleras de empaquetar algodón, entraba fresco por el ventanal y el lugar olía intensamente a higos pasos, melones de

invierno, ajos, cebollas y pimientos secos colgados en ristras de las paredes. Me sentí protegido, como si los años pasados lejos de mi casa hubieran sido solo un extraño sueño, me sentí feliz, con la plenitud de poder habitar de nuevo los olores placenteros de mi vida. Devoré unos cuantos higos y me quedé profundamente dormido.

Alguien susurraba al oído mi nombre y me acariciaba la cabeza, antes de salir siquiera del sueño y de abrir los ojos ya estaba encima de aquel cuerpo encañonándole la cabeza con la pistola, cuando abrí los párpados y descubrí en la mirada de aquella mujer el espanto más profundo me derrumbé otra vez sobre los sacos. No veía a mi madre desde hacía más de cuatro años. Se levantó del suelo y comenzó a hablar despacio como cuando era un niño de pocos años y tenía que darme instrucciones para hacer unos recados: —vas a la casa de Antonia a por una docena de mantecados y con el dinero que te sobre te acercas a la carnicería de Pedro a por dos cabezas de cordero y se las llevas a Sebas el panadero para que las hornee con el rescoldo...

—Escúchame condenado —dice madre— cava un agujero grande y hondo junto al naranjo en el que quepa una persona, después te lavas bien en la pila y te pones estas ropas de tu hermano.

—Si madre —baluceé confuso—.

—El médico se ha ido y tu hermano que regresó ayer de América acaba de morir de fiebres hace cinco minutos, Así que tú serás él, sois mellizos y os parecéis mucho.

En un instante pasé de ser un huido, un delincuente a ser un convaleciente, un indiano de vuelta, un ciudadano respetable con papeles.

—Cada tres o cuatro días vienen los falangistas y registran la casa porque dicen que escondo huidos, pero lo hacen por jodernos, nos quemaron el almacén del algodón y la casilla de los huertos porque dicen que soy roja, a tu padre le tienen preso en la cárcel de Plasencia, condenado a muerte desde hace cinco meses —lamenta madre—.

Cavé durante casi toda la noche, la tierra estaba dura y mi cuerpo débil pero hice un agujero de más de un metro de profundidad y metro y medio largo, faltaba una hora para el amanecer cuando me desnudé y me metí en la pila del patio para quitarme la mugre, el agua estaba helada y no podía controlar la tiritera, mientras mi madre había vestido a mi hermano con mis ropas y me trajo las suyas.

—Ahora póntelas y ayúdame a traer a tu hermano.

Dejamos caer el cuerpo en el agujero, su rostro seguía siendo más o menos mi rostro aunque cuando entré en la habitación la mueca de su boca y las profundas ojeras oscuras me parecieron los de un perfecto extraño. Solo cuando al amanecer, metido en la cama, me trajo mi madre un espejo para peinarme descubrí que yo tenía ahora su misma mueca e idénticas ojeras

negras. Me dormí con el sol ya alto. Ella se ocupó de tapar el agujero y plantó sobre la tumba unas matas de fresas. Me despertó el tacto de una mano fría sobre la frente y la voz ronca y remotamente familiar del médico.

—Señora está peor que ayer, le ha subido aún más la fiebre, es una malaria grave, debe ponerse en lo peor.

Yo seguí con los ojos cerrados escuchando el hipo de dolor de mi madre y su llanto apenas contenido, esperando que en cualquier momento Don Nemesio descubriera el engaño pero nadie descubrió el cambio, jamás hablé con mi madre de esa noche, incluyo años después, ya muy anciana era frecuente que me preguntara:

—¡Hay hijo!, ¿Cuándo sabremos algo de tu hermano el huido?—.

Mi hermano había marchado a Venezuela diez años antes para trabajar en la finca de un primo segundo de mi madre, pero se cansó pronto de pastorear las vacas por el páramo y se dedicó a cazar capivaras y anacondas en el pantanal, por la piel y el sebo de las culebras le daban un buen dinero, luego comenzó a poner trampas a los pájaros para cogerlos vivos porque según decía en sus cartas, los loros, tucanes, colibríes y pájaros de colores se los compraba un americano a muy buen precio tanto vivos como muertos, así que cada año le enviaba un buen dinero a mi madre. Un año dejamos de recibir cartas y dinero, meses después alguien envió un paquete desde Salamanca con su última carta, al parecer mi hermano había comprado una concesión minera en Brasil, en una provincia llamada Mato Grosso y esperaba hacerse rico en poco tiempo y como prueba nos enviaba en un saquito de cuero de anaconda una pequeñas piedras verdes opacas que nuestro padre creyéndolas sin valor lanzó por la ventana al patio y se las comieron las gallinas. No volvieron a saber nada de mi hermano hasta que llegó desde Lisboa en un gran Aiga descapotable, un Oldsmobile convertible la tarde anterior, delirando de fiebre. No trajo equipaje, solo un par de trajes caros y una carpeta con mapas dibujados a mano, el pasaporte, diversos documentos oficiales que mi madre analfabeta no entendió y tres piedras verdes, transparentes en el bolsillo de la camisa que descubrí yo mismo, la mañana en la que desperté convertido en él.

—Son tres esmeralda y valen una fortuna —le dije a mi madre— con ellas sacaremos a padre de la cárcel y no pasaremos hambre en mucho tiempo, guárdelas en lugar seguro madre.

Tardé varias semanas en sanar de la fiebre producida por el agotamiento y lo poco que comíamos esos últimos días antes de la caída de Madrid. Cuando salí el primer día a la calle vestido con un elegante traje claro de lino y un sombrero Panamá, delgado por la calentura pero moreno por la vida de los últimos meses, siempre a la intemperie, todos los vecinos pensaron que era otro. Me había convertido en mi hermano, el que se había

ido a hacer las Américas poco antes de la guerra y que había vuelto con un enorme Aiga y seguro que rico. Ya no era el hijo rebelde que se había ido a Madrid a luchar contra los fascistas, seguro que muerto o huido a Francia, especulaban los vecinos.

Heliodoro deja de hablar y comienza a toser.

—Es el maldito caldo de gallina —protesta— aunque el médico se empeñe en decirme que también es el serrín que he respirado durante muchos años, yo sé que el serrín es bueno, te hace esputar y te limpia las miserias de dentro, pero el tabaco es un veneno y más la mierda de tabaco que fumamos ahora.

—¿Pero y las armas que escondisteis? —le interrumpo—.

—Si, claro, las armas, allí siguen en la sierra, preparadas. Mi padre me había enseñado los caminos que subían a Gredos. Mi hermano y yo le habíamos acompañado muchas veces a por un cabrito de montés cuando era Navidad. A principios de siglo, por 1909 el Rey Alfonso XIII había declarado la zona del Circo de Gredos Coto Real de caza mayor, en aquel entonces, según mi padre, había allí arriba muchos más lobos que cabras. Unos años después las cabras comenzaron a abundar y aunque los guardas del coto eran muy buenos mi padre siempre conseguía burlarlos cazar un cabrito y salir de la sierra sin que nadie lo supiera.

Incluso cuando comenzó a organizar cacerías el Rey y su gente, llamaban al Zorrero, a mi padre para que hiciera de guía o de postor y era muy respetado a pesar de sus ideas ácratas. Él, por su oficio de alimañero era quien mejor conocía las sendas y las trochas de la sierra. Un día nos pilló una ventisca bajando la portilla Jaranda y mi padre nos llevó hasta una pequeña cueva que por lo estrecho de la entrada parecía una lobera, sacó del zurrón el carburo, lo encendió con la yesca y nos dijo:

—Esta cobacha me la enseñó mi padre y a él el suyo. Antes de que los Reyes y su puta madre vinieran a atronar la sierra con sus rifles nosotros cazábamos las cabras con un palo afilado en la lumbre. ¡Mirad el techo!.

Durante toda la tormenta, temblando de frío igual que el cabritillo que traíamos amarrado, mi hermano y yo miramos como hipnotizados los dibujos rojos que había pintados en las paredes y el techo de la pequeña cueva, grupos de hombres con lanzas y arcos cazando grandes cabras y toros que parecían moverse cuando el viento soplaba la llama blanca del carburo y la voz ronca de mi padre nos contaba la historia imaginada de aquellos antepasados remotos, cazadores como él.

La puesta de sol iluminaba la cara del viejo. Llevaba ya un rato con los ojos cerrados, mirando hacia dentro.

—Nunca intenté contactar con los huidos, bueno, solo una vez y por poco me trincan. Había contactado con un correo de Navalmorral para

reunirme con el maquis de Quincoces que andaba por la comarca de los Ibores, pero le delataron y yo me libre de caer en un manos de las contrapartidas por un lince como el que protegía su amiga Olga. — Heliodoro se queda un rato en silencio antes de proseguir—. Todos los que me conocían me suponían muerto en Madrid. Yo ya era el hijo indiano del viejo Zorrero que había regresado enfermo de malaria de Brasil, taciturno, de pocas palabras, siempre solitario, que pasaba más horas en la pequeña casilla que había construido en la finca que en la casa del pueblo. Pero una noche de febrero de ventisca y luna nueva, cogí la mula y me acerqué hasta la casona donde habíamos escondido las armas diez años antes, selecciono una caja de munición y otra de ametralladoras y las escondí en el tocón hueco de un gran castaño que yo sabía que la agrupación guerrillera utilizaba como estafeta. “*Salud y Anarquía*” escribí sobre la caja de madera de las armas. Hacía mucho tiempo que para mí aquellos hombres habían dejado de ser comunistas a las ordenes de Stalin, solo eran fugitivos, pobres alimañas. Pero dos días después, como era por desgracia tan frecuente, alguien delató a la partida y la Guardia Civil acabó con los tres guerrilleros que habían cogido las armas. Las autoridades no dijeron nada, pero los minuciosos registros que hicieron por las casas de la sierra me indicaba que estaban sorprendidos que los maquis, siempre tan mal armados y con escasa munición, tuvieran en su poder una caja con dos mil cartuchos y cinco armas nuevas, todavía con la grasa de fábrica.

A comienzos de los cincuenta ya no quedaba ni un guerrillero en la sierra, la mayoría habían sido cazados por los Guardias Civiles, las contrapartidas o las delaciones de los desertores. Mi padre había salido de la cárcel gracias a la esmeralda que di a Edelman que se había convertido en la mano derecha del Gobernador Civil y le acaban de nombrar alcalde de Jara pero el viejo no volvió a decir una palabra, le habían arrancado los dientes, se orinaba encima y solía llorar sin motivo, al año de estar libre se nos escapó de casa con la escopeta y se pegó un postazo en la cabeza.

Yo me olvidé de mí mismo, Convertí en mía la identidad falsa que todos creyeron. Me dediqué a trabajar la tierra que había comprado con la otra piedra de mi hermano plantando algodón, pimiento y tabaco, pasando el día en el huerto o en el río pescando barbos. Un día me llamó el alcalde a su despacho del ayuntamiento.

—¿Sabéis algo de tu hermano?.

—Murió —le digo—.

—Siento de verdad lo de tu padre —responde— Bien sabes que hice todo lo posible por sacarle de la cárcel, pero es que pensaban que el hombre sabía donde se escondían los huidos y creo que se pasaron un poco al preguntarle. De sobra sabes que se merecía la paliza, al fin y al cabo toda la vida ha sido un furtivo que ni respetaba vedas ni leyes. Bueno, a pesar de esos antecedentes me han dicho que te conoces la sierra como la palma de

tu mano porque desde niños os llevaba vuestro a Gredos a enseñaros el oficio.

—Así es —le respondo intentando contener mi furia—.

—Pues el caso es que vamos a celebrar una cacería de cabras monteses y vendrá mucha gente importante, hasta puede que venga el Generalísimo, no te digo más.

La sangre se me subía a la cabeza, me temblaban las manos pero el alcalde no se dio cuenta de nada.

—Entonces cuento contigo. Además se os pagará unos buenos duros por el trabajo, no te creas.

Era la demostración final de que la sierra estaba limpia por fin de rojos, de huidos, de alimañas. Días antes además llegaron más Guardias Civiles a los pueblos y metieron en la cárcel de nuevo a los pocos antiguos republicanos que quedaban vivos.

Nos reunieron a todos los postores y guardas de la Reserva en un pueblo de Ávila para darnos las instrucciones pertinentes y explicarnos donde estarían los puestos y por donde entrarían los batidores. No lo pensé mucho. Volví a subir de noche con la mula a la casona de la tía Eulalia y entré en la bodega. Me costó tiempo encontrar la caja de los seis Mosín Nagant con sus visores PU de cuatro aumentos perfectamente ajustados, cogí uno y le limpié con cuidado la grasa, busqué los cartuchos de su calibre y llené un peine de cinco. Sólo faltaba probar que estaba a tiro y esconderlo en la sierra. Bajé hasta la garganta con la seguridad que lo encajonado del terreno y el ruido del torrente crecido por la lluvia silenciaría bastante los tiros. Ya amanecía cuando apunté a un arrendajo curioso que estaba a unos cien metros. Llevaba muchos años sin pegar un tiro pero el rifle me resultaba familiar y poner el pájaro en la cruz el visor no fue difícil. La explosión retumbó en el valle y el animal se convirtió en una nube de plumas que caían lentamente hacia el agua. Escondí el arma envuelta en una lona en un zarzal espeso y salí de allí a todo galope. Varios días después la subí a Gredos y la escondí en aquella pequeña cueva llena de pinturas rupestres en la que cuando éramos niños nos habíamos refugiado de una tormenta con nuestro padre.

Heliodoro ha bajado el tono de su voz, casi habla en susurros. Sé que él no oye ahora sus palabras, pero se escucha por dentro, se oye en mis ojos atentos y asombrados. Quisiera preguntarle muchas cosas, pero no abro los labios. Helio es muy callado, me previene Evaristo, no quiere hablar nunca del pasado, no le gusta contar las batallitas como a otros viejos, solo le gusta hablar de maderas y de jabalíes. Pero tú tienes algo, niña, lo sé por mí, tienes esa magia de quien sabe escuchar y por eso te hablamos todos como si fueras una vieja compañera de la Hermandad.

—El día de la cacería —prosigue Helio— estaba todo muy tranquilo. Esperamos con los mulos donde se acaba el carril hasta que subieron los automóviles con los cazadores, según iban llegando los acomodábamos en las mulas e iniciábamos el camino hacia los puestos siguiendo las ordenes del Guarda Mayor de la Reserva, Los cazadores eran todos ministros, gerifaltes del régimen, marqueses y condes, pero yo no atendí a caras ni a gestos, hice mi trabajo y cuando las mulas ya no podían seguir continuamos a pie en silencio por una senda hasta la zona que tenía que cubrir, una vez que deje a cada cual con sus secretarios en los puestos me escabullí.

Nadie había dicho donde estaría el Generalísimo, pero cualquiera que conociera esa parte de la sierra a batir sabía que el mejor puesto estaba en la Vaguada Ancha, por allí era seguro que pasaría una buena piara de machos en cuando comenzara el ojeo y allí habría colocado el guarda mayor a Franco.

Corrí con toda mi alma por los riscos hasta donde había escondido el arma y corrí de vuelta estando a punto de despeñarme varias veces y comencé a acercarme por detrás de donde imaginaba que estaría. Era una posibilidad remota, seguramente me descubrirían antes siguiera de poder aproximarme lo suficiente a Franco con el arma pero no me importaba, recordaba todos los nombres y las caras de los amigos muertos, desaparecidos, encarcelados. Volvía a ser Heliodoro Cercas y no su hermano mellizo. Me asomé entre la grieta de una peña y vi que apenas tapadas había tres personas en el lado derecho de la Vaguada. Monté el cerrojo del Mosin y apunté a una de las figuras que se recortaba claramente sobre unos canchos a unos ciento cincuenta metros de mi escondrijo. Ahí estaba el hombrecillo regordete empuñando su arma, con sus botas de media caña, los pantalones bombachos, la chaqueta abrochada con el pañuelo claro asomando del bolsillo, la corbata a juego bien anudada y un salakov que le hacía aún más visible y ridículo. El carnicero de media España con su bigotillo y sus mofletes bonachones se encaró el rifle en el momento en el que una piara de cabras aparecía por la quebrada. Apunté al pico del pañuelo bien planchado que asomaba del bolsillo, a su corazón de hiena.

Helio mira a un punto impreciso del fondo del valle, desde la solana se ve una curva del río donde una vez estuvo la barcaza que lo cruzaba. Luego se mira las manos llenas de cicatrices, nervudas, viejas pero hermosas, sanas, sin rastro de deformaciones a pesar de los fríos y humedades que han vivido a lo largo de los años.

—Estas manos eran las mismas que empuñaban el fusil, que no temblaban, sin embargo no pude disparar a la alimaña, no sé porqué no apreté el gatillo. Me escabullí en cuanto comenzó el tiroteo a las monteses y volví a esconder el rifle en la cueva. Todavía debe estar allí, oculto en un hueco largo que había en el fondo, envuelto en un trozo de lona con las

balas ya herrumbrosas, una de ellas en la recámara, preparada. Las fotos de la cacería salieron unos días después en los diarios, te las puedo enseñar, aún las conservo. El Generalísimo sonríe subido a una piedra, con los pies juntos y el gran salakov cubriéndole los ojos, delante de él hay quince o veinte grandes machos de cabra montés con los cuerpos y los cuernos ordenados como para pasar revista. Está sonriendo, orgulloso de los resultados de la matanza, ignorante una vez más de su suerte. En ese momento acabé de convertirme en mi hermano, era yo el que estaba enterrado en el corral bajo la sombra de la higuera y no mi hermano mellizo, el aventurero que descubrió una mina de esmeraldas y volvió al pueblo para demostrar a los suyos que iba ser rico, era yo el hermano que regresa enfermo con tres pequeñas piedras verdes y una carpetas llenas de mapas que mi madre utilizó para encender la estufa. Ya no era Heliodoro Cercas que no hubiera dudado en meter una bala a aquel cabrón si no Manuel Cercas que reniega de su pasado alimañero, del mote de Zorrero como nos llaman en el pueblo y solo quiere olvidar, ver como crece el tabaco y escuchar como se lleva el río la memoria.

Yo también me quedo mirando al Tietar igual que si mirase la vida entera de este viejo anarquista, falso indiano, guarda, carpintero que me pasa su petaca de picadura y el librillo de papel para que me lée un cigarrillo.

—No se lo he contado a nadie, me da vergüenza. Sé que hay miles de hombres que hubieran dado su vida por haber tenido esa oportunidad aquel día. Cada dos años solían organizar una cacería de cabras para Franco como la de aquel día, pero yo nunca volvía subir a Gredos de postor por más que el alcalde me amenazara con despedirme de mi trabajo como guarda forestal y me acusara de desafecto.

Le había jurado guardar el secreto a Helio, hasta ahora. Entiendo que hacerse pasar su hermano no fue una forma de sobrevivir si no una forma de suicidio, aunque su cuerpo siguiera siendo su cuerpo, su corazón estaba enterrado bajo la higuera del corral.

Tampoco sabes tú, tal vez no sepas nunca esta extraña historia de suplantaciones salvadoras, de cómo esas dos esmeraldas dieron de comer a tantos en el pueblo, también a tu abuela y a su hijo, tu padre, también Heliodoro te protegía por ese extraño pacto de la Hermandad y cuidaron primero del hijo de Teodoro igual que ahora quieren protegerte a ti su incauto nieto. Pero hoy quiero contártelo como a mí me lo contaron. Quiero que sepas que fueron ellos los que también nos hicieron posibles, incluso ese hombre enterrado bajo la gran higuera del corral al que cubrieron las fresas y el olvido. Necesito que vivas, que no te dejes matar, necesito que esos viejos luchadores hayan sido más lúcidos y rápidos que yo y que te

estén protegiendo ahora contra esa bala que te busca. Tienes que saber que la primera piedra verde la malvendieron a un joyero de Plasencia y el dinero sirvió para cambiar voluntades, para comprar muchos kilos de aceite, harina, azúcar y café de estraperlo y comprar unas hectáreas de tierra junto al río y construir luego una carpintería. Heliodoro descubrió al poco tiempo en una foto del periódico donde había ido a parar la segunda esmeralda que había dado a Edelman para que sacara a su padre de la cárcel. Allí estaba, atenazada al gordo anular de la mujer del Gobernador Civil de la provincia, lo único que hizo el joyero fue engarzarla en bruto y sin tallar a un anillo de oro blanco.

—La tercera no la vendimos nunca, está bien guardada —me dice Heliodoro— por si alguna vez la necesitamos, nunca se sabe.

XVIII

Dijiste:—Muchas veces recuerdo aquellos días que vivimos juntos. ¿Debería haber cambiado?, ¿ser más consecuente, más militante, más activo para que no me despreciases?. Yo no quiero cambiar el mundo. Si acaso solo que ese lince siga vivo, pero no por mí. Sigo siendo indolente y egoísta, igual que entonces.

TE HAS DORMIDO CASI UNA HORA. Soñaste que el ruido de las turbinas es el sonido de un torrente crecido después de la tormenta, que él hoy no salió a pescar, que se fue de viaje por unos días y no podrán encontrarlo, que los viejos locos de la Hermandad han descubierto al cazador, al asesino de Olga, que llegarás a tiempo y podrás llamarle imbécil, morderle el cuello, dejar que lea en voz alta lo que has escrito durante tantos días de fiebre y después le pedirás que te haga un zumo de palabras para abrigarte el miedo.

También aquí necesitas usar sus palabras, disfrazarte de él, recordar o inventar su voz arrogante, sus silencios de horas.

—Creo en héroes y en dragones —me dices—. Mira esa fotografía, estoy solo, tengo doce años y sonrío al futuro porque he logrado coger un puñado de grandes truchas y soy sin dudar el niño más feliz de la tierra. Mira el desván, escucha como se cuela el viento de octubre entre las tejas, atiende al ritmo secreto de una carcoma escondida en un baúl, aspira con suavidad ese olor familiar a muebles viejos, libros húmedos, peras de invierno puestas a madurar sobre una estera.

Rebuscas en el desván los libros, los papeles, las cartas de un desconocido del que siempre te hablaba la abuela y nunca tu padre. Te

llevas los pocos objetos que ella conservó de él dentro de una caja de cartón mientras Olga te espera dentro del coche mal aparcado en la plaza Mayor, plaza de la República, plaza del Generalísimo, plaza de la Constitución.

Echas una última ojeada al desván antes de que derriben la casa. Sabes muy bien que es ahí, sobre esa multitud de trastos sin nombre, en esas lámparas de araña con los cristales arrancados, en ese sillón donde te gustaba subirte a leer las novelas deshechas de Felipe Trigo, en los sables llenos de oxido del bisabuelo Ramón, la bacinilla de porcelana, los baúles llenos de fantasmas y pequeños ratones que crían entre los trapos donde puedes sentir, leer, soñar la vida de los otros y también de tu infancia.

Mañana ya no habrá casa, ni corral, ni desván donde hace mucho tiempo se escondió otro para descubrir los instintos en libros prohibidos, guardar el estraperlo, masturbarse con unas fotos antiguas de la Chelito y de Josephine Baker que tu encontraste años después debajo del forro del cajón de una cómoda destartada. Allí, junto a una oxidada bañera de cinc y el pequeño baúl forrado de tela roja, había una caña de pescar inglesa de bambú refundido de tres tramos con los empalmes de latón dorado, las anillas de porcelana y la empuñadura de corcho viejo y picado por muchos años de uso, era una hermosa caña de cuatro metros guardada en una roída funda de loneta medio desecha por las polillas y las inclemencias de muchos años de abandono. También la salvaste de los traperos y la demolición junto a todos los papeles de Teodoro que su falsa viuda había guardado en una caja de madera. —Era su caña, le gustaba pescar como ti— te había dicho una vez tu abuela.

Sueño que piensas que nosotros tenemos un desván propio y abandonado. Tan jóvenes y ya con un desván repleto de cacharros, de besos viejos, marcos de fotos sin las fotografías, sombras, arañas, rayos de sol que rajan la penumbra como látigos. Si, somos nosotros, ¿ya no te acuerdas?. Podemos entrar a saco o de puntillas, destrozar el cuarto, hacer crujir nuestros muebles carcomidos y los trajes con polilla o pasar levemente los dedos por el polvo y apreciar lo embellecido por el tiempo, podemos olvidar a golpes lo que fuimos o ir destilando poco a poco licor de la memoria. Yo no podía soportar tu falta de ambición, tu dejadez, tu indolencia, ese dejarte llevar por el tiempo acomodado en tus rutinas y sobre todo ese empeño tuyo en no escribir aquellas historias que contabas con tanta facilidad en la radio. Soñabas ya entonces con una casa de madera junto al Tietar en la que plantar naranjos, cocinar para los amigos y salir a pescar todos los días.

—Estúpido sueño de ex-hippy pequeño burgués de segunda división —te dije—.

—No, solo un simple sueño —te defendiste—.

Me pareciste entonces un pobre hombre sin ilusión, sin ganas de sorpresa, aventura, novedad, pasión. Puedo sacar las podredumbres, cada

uno de tus gestos indolentes, enumerar humillaciones y cobardías pero también airear ahora que vivo de nuevo en nuestra ciudad y en tu memoria, a qué huele septiembre debajo de los sauces, la piel de Olga temblando debajo de ti, el salto de aquel pez en medio del río y el corazón latiendo cuando después lo tuviste entre los dedos.

Entramos en ese desván que guarda nuestros trastos y buscamos la mecedora que escondimos debajo de una colcha de Damasco a salvo de las arañas y el polvo y nos subimos a ella para amarnos en el desván encantado de los cuerpos. Me contaste que ahora ya no hay rincón, ni casa grande, ni desván, nada se parece a tu memoria de niño de pueblo pero tienes aún aquella caña todavía viva y útil, flexible y ligera como hace ochenta años cuando tu abuelo la compró por veinte duros. Me confiesas que a veces, los días de primavera, cuando aún no hace demasiado calor y la escarcha ya no volverá hasta noviembre llevas la caña al río, las armas con el primer carretera que tuviste, un lento Segarra de pic-up abierto que llenas de sedal nuevo y lanzas un aparejo ligero en medio de la corriente mansa, donde sabes que los grandes barbos suben acechando pececillos y un bocado de cola de cangrejo o un delicioso saltón verde de ribera que esconde un anzuelo del doce hace olvidar las precauciones al pez más sabio. Dejas que pesque sola con el seguro puesto y el freno muy flojo apoyada en una horquilla de chopo seco, te tumbas en la arena a mirar los caballitos del diablo que se posan en la punta, el sol te calienta el cuerpo y entibia el alma del bambú de la vieja caña que podía haber desaparecido para siempre cuando demolieron la casona para hacer un edificio de pisos y sin embargo está aquí cimbreándose llena de vida, burlándose de los grandes peces, silbando como una flauta dulce al cortar el aire de la tarde.

Érase una vez, hace mucho tiempo. En un lugar, así comenzaba siempre tu padre los cuentos que te escribía en trozos de papel, folios a medio usar, dibujos emborronados donde tú aprendiste a leer con historias inquietantes de seres que se perdían el camino hacia el castillo entre la nieve, en bosques oscuros, juglares sin rabel que vagaban cantando por las aldeas, amantes que se buscaban a través de generaciones porque alguien, un ogro o un mago cualquiera, había escrito en un libro que aquel era su destino. Aprendiste a convivir con lo que había detrás de las palabras, asombrado por la existencia de animales míticos y fabulosos que permanecían dormidos en el fondo de los pantanos miles de años hasta que un pescador les despertaba, aprendiste a leer en cientos de cuentos que tu padre escribía unas veces a mano con letra grande y elegante para que te fuera fácil la lectura y otras veces con la letra homogénea y negrísima de su

máquina de escribir. *Érase una vez...* y tu imaginabas un hecho extraordinario, único, inaudito que seguramente no se volvería a repetirse jamás en toda la historia del mundo y si por un milagro se repetía sería sin duda por algún oscuro conjuro. *Hace mucho tiempo...* y el tiempo era una inmensidad que se perdía en los últimos rastros de la memoria de los más viejos pero la historia se había conservado gracias a la voluntad titánica de cientos de hombres y mujeres, hacía tanto tiempo que los personajes, sus nombres, sus ropajes, su forma de caminar había ido cambiando, perdiéndose, adaptándose a cada civilización, idioma o narrador pero conservando el latir último, el sentido íntimo de la historia atravesando intacta días, meses, años, vidas, guerras, desastres hasta llegar a ti, a ese papel que tu padre volvía a recuperar de su papelera para escribirte el cuento. *En un lugar...* si, aquel era un lugar formidable, un sitio preciso que sin duda aún existía sobre la tierra y si querías, si lo deseabas lo suficiente, cuando crecieras y fueras un hombre podrías emprender su búsqueda y encontrarlo tal vez intacto, exacto en todo a la descripción de la fábula o quizás ya muy cambiado, lleno de arboles enormes donde se suponía que existía una pradera o con llanuras desérticas de matorros arrasados por el fuego donde en aquella historia se describía minuciosamente la fragancia indefinible de la selva. *Érase una vez, hace mucho tiempo, en un lugar había alguien,* siempre había alguien, un animal, un niño, un juglar, una mujer hermosa, un guerrero, un monstruo, un caminante... y ahora ese alguien eres tú abrazando a una mujer con el pelo muy corto que duerme sobre tu vientre, respira fuerte, se mueve a veces un poco, acomodando mejor su cuerpo al descanso. Lleva así varias horas soñando con cosas que nunca podrás describir, perdida entre los laberintos de su vida pasada o futura o imaginada. Te gustaría despertarla y volver a entrar en su cuerpo cuando aún no ha recuperado la plenitud de la vigilia, ir despertándole poco a poco, diluyendo las neblinas del sueño con ese deseo que os convierte en bestias furiosas que gimen y se aprietan, te gustaría despertarla y buscar entre sus dientes ese sabor a sueño que conoces, esa primera mirada que no te mira a ti si no a un lugar donde *érase una vez, hace mucho tiempo, en un lejano lugar...*

Y es Olga la que despierta sobresaltada y trepa de tu vientre hasta tus labios y te besa buscando en tu saliva el sabor del silencio persistente y a veces hostil que se acumula en tu boca. Tú no lo sabes todavía pero ella te dirá desde su voz dormilona que le cuentes un cuento, si, un cuento, tú la mirarás las arruguitas de los ojos, sus labios pequeños de niña triste, tomarás aire y dirás con la sencillez y la belleza de lo perdurable: *Érase una vez, hace mucho tiempo, en un lugar...* y el lugar se poblará de seres, de jardines, de lagos, de paisajes tormentosos, de ciudades lejanas ya desaparecidas, de perros parlanchines, piratas, flautas mágicas y amores

imposibles pero sobre todo ese lugar, érase una vez, hace mucho tiempo se llenará de aquellos papeles arrugados, tachados, rotos donde las palabras de tu padre te fueron descubriendo y describiendo la catarata tumultuosa de la memoria, donde aprendiste a leer solo, sobre una soledad que se fue haciendo grande y comfortable según fuiste creciendo hasta que te fuiste de Jara a Madrid, hasta que tu padre murió y descubriste que era su voz la que hacía posible la fantasía y no sus palabras escritas en unos trozos de papel.

Y hoy soy yo la que escribo era sé una vez, hace mucho tiempo, en un lugar, un hombre joven mira por el pequeño resquicio de una casamata el cuerpo muerto de una mujer desnuda y muy blanca, a su lado otro hombre mucho más viejo llamado José Miaja Menart musita entre dientes los peores insultos del mundo, están solos durante unos segundos, es la primera vez que la soledad tiene forma, una forma concreta, precisa, atroz, la soledad tiene la forma de una mujer que se llama también Olga Havel y ya no existe, es un cuerpo sucio más perdido entre cientos y cientos de cuerpos destrozados que permanecerán en la memoria de los vencidos y les acompañarán toda la vida hasta convertirse en un cuento, un cuento terrible y muy remoto, un cuento que sale de la voz de los que volvieron y sientan a sus nietos en las rodillas para decirlos érase una vez, hace mucho tiempo, en un lugar...y la madre del pequeño reprenderá al viejo Heliodoro que por un instante volvía a tener los ojos brillantes de la emoción, le dirá que no cuente eso al pequeño, que no es bueno, que sin duda luego tendrá pesadillas y ella tendrá que levantarse a las tres de la mañana para convencer al niño que las historias del abuelo solo son eso, historias, mentiras, fantasías de viejo chocho. Erase una vez una novela que se vendía bien ante la sorpresa del editor seguramente porque algunos profesores de literatura de los institutos de España habían hecho de “el Cementerio de los Elefantes” obra de lectura obligatoria aunque los chavales, por supuesto, se aburriesen como ostras con aquella fábula de viejos exiliados imbéciles se habían matado por cuatro tonterías. Érase una vez un tipo que había encontrado la novela en un cajón del escritorio de su padre al que creía odiar por su miserable forma de pensar, por su juventud falangista, su tibio antifranquismo y su cómoda militancia en un partido absurdo llamado Unión de Centro Democrático hasta que el partido se desmoronó en la nada y él volvió a sus clases de historia contemporánea que antes habían sido de formación social y política y sus formales cartas a un hijo que está lejos. Pero ya no le desprecias, solo te acuerdas de un hombre moreno con gafas gruesas que te escribía cuentos para dormir.

Érase una vez, hace mucho tiempo, en un lugar una mujer desnuda que corre por el campo perseguida por un monstruo hasta el barranco, quiere llegar al río, sabe que si llega al agua estará a salvo, nadará sin ruido hasta la otra orilla y podrá llegar a la casa de madera donde estás tú y

Nasser, podréis coger el coche a toda prisa y sin parar hasta llegar al cuartel de la guardia civil y denunciar que van a cazar a su lince, quizá al último lince de España. Pero no hay cuento, solo un cuerpo aterido de frío que se parará un segundo antes de rodear al zarzal que le impide llegar al río y una bala que da justo en el blanco. El cazador cuando llega hasta donde está el cuerpo, toma una piedra enorme entre las manos que arroja con todas sus fuerzas sobre la cabeza de Olga Cepeda. Desde la otra orilla Evaristo entrecierra los ojos para ver mejor la silueta blanca que corre hacia el río, las pisadas del cazador que espantan a los jabalíes del maizal, ¡cago en dios en su boca! —exclama—, pero el tiro de rifle le hace olvidarse de las reses y se acurruca más en su puesto, la luna llena es para el anciano furtivo como aquellos focos del campo de Argelés que alumbran con su luz lechosa los cuerpos de los camaradas, hace daño la luz cuando ve con nitidez la piedra alzada por el hombre, el cazador, el monstruo y escucha el crujir de los huesos.

Quieres soñar que el zumbido monótono de los motores puede ser el murmullo casi imperceptible cuando se estrecha el cauce en el barranco, dejáis que la barca vaya corriente abajo hasta ese lugar donde el río es estrecho y los grandes peces se concentran. Él ata el bote a las ramas bajas de un sauce pero no se apresura a montar las cañas, mira a la orilla derecha donde la maleza de hortigas, helechos y zarzas invaden la orilla.

—Ese es el lugar donde encontraron el cuerpo y no sabremos nunca cómo fue o porqué —te dice—.

Intuyes que te miente, que si sabe.

—Espero no volver nunca a este país —dices tú— vente conmigo a Guatemala, allí hay ríos grandes con peces inmensos.

Él niega con la cabeza y mira un punto fijo entre la maleza.

—Tal vez vuelva a la radio, a Madrid o quizá escriba algo de todo esto como si fuera una novela, Olga, igual que tú, quería que escribiera.

La orilla del río allí es salvaje y hermosa, el Tietar casi parece un río del trópico.

—Recuerdo el día que te fuiste durante una semana a Guatemala por primera vez hace no sé cuantos años, poco antes del golpe de Estado de Serrano, descubrí que la distancia no se deshace con la facilidad con que se compra un billete de avión en vacaciones. Aquella mañana, camino del trabajo un poco más temprano de lo habitual presentía que yo también acumulaba lejanía sin moverme de allí. A lo mejor ahora hasta estamos más cerca, me dijiste. Pero sabíamos que la cercanía es una intimidad de roces y de olores, de palabras sueltas e intrascendentes, de días cotidianos y

cervezas a medias. Ese mismo día que te fuiste saqué la carpeta azul de entre los papeles de mi padre y volví a releer aquella historia que había leído solo una vez varios años atrás cuando murió él. Sentado en el sillón de madera repujada del despacho como un espía ansioso de retener todas las informaciones descubiertas al enemigo. Pero aquella noche no fue así. Me tiré en la cama, puse un disco, saque la botella de Tío Cuervo y me dispuse a leer "el Cementerio de los Elefantes" como si hubiera comprado el libro por la tarde y mañana fuera sábado. Era una historia más sobre la guerra con su dosis de traición y de pasión, de riesgo y aventura, dudé que todo aquello lo hubiera escrito mi padre porque si era así, si detrás de las trescientas paginas estaban sus ojos y su piel era el mayor traidor y el mayor cabrón que había conocido nunca.

—Tú te fuiste después a Nueva York y no volviste —te digo—.

Entonces no sabía que la fantasía era una tierra segura, un arma efectiva, un lugar posible donde vivir. Había descubierto pronto las traiciones que te humillaban, los temores ridículos que te enmudecían, las intimas cobardías que no podías ni siquiera nombrar. Descubrí que eras un hombrecillo más disfrazado de algo, escondido detrás de un montón de gestos y palabras que eran de otros. Entonces no sentí que fuera tan valiosa tu ternura violenta, esa forma que tenías de mimar mi cuerpo con tus guisos y tu tacto o descubrirme los recodos del río donde nos amábamos sin asustar a las bestias. También éramos animales desnudos acechando a los peces, dejando que el sol nos reviviera del baño y del deseo satisfecho. Pensaba entonces que derrochar el tiempo era fácil, igual que agonizar de placer, reír hasta tener agujetas o llorar con todas esas historias contadas junto al fuego después de beber un par de vasos de ron. Entonces creía que solo era un cuento la pasión de Olga y Teodoro, la maldad de un tal Orlov, la lealtad de Dimitri o la desaparición de Iker. Tal vez eras un hombrecillo saciado de ti mismo que disfrutaba del privilegio de saber contar cuentos y satisfacer a las amantes o quizá un hombre solo que necesitaba fabular la vida para soportarla y que ponía igual delicadeza y cariño en amarme que en lanzar una imitación de efémera sobre una esquina sombría del Tietar.

Cuando habitamos los placeres cotidianos acabamos por olvidar que todos son escasos, breves, extraordinarios, nos engañamos pensando que podemos salir y entrar de las vidas de quienes nos quieren y contemplar inmunes como pasan los días. Hasta que hay un momento en el que todo se rompe y no hay cola que pegue los pedazos, ni mapa de regreso que nos indique como volver a esa patria caliente del abrazo. Lo descubrí aquella la tarde en la que me robaron todos los cuadernos y la caja de cartón llena de documentos que me había enviado Dimitri o tú o quizá Olga. O tal vez

antes, cuando te fuiste a Nueva York y me sentí aliviada por no haber tenido que decirte que te fuera de mi casa.

Te parece que el avión está parado en la oscuridad y que no tendrás ya tiempo suficiente para evitar su muerte. Se malgastan esas horas que faltan para llegar a Madrid, lo que dura el viaje en automóvil desde la ciudad a Jara, esos minutos de carrera sofocada por la orilla buscando tu barca.

Escribes más rápido igual que Serezade intentando que tus palabras inventen un poco más de tiempo.

Ahora mismo quisiera estar metida en tu cama el primer amanecer compartido aunque el olor de Olga sigue llenando la casa.

—Ese es el sonido de un cuco, de un par de mirlos jóvenes, de los jilgueros que hacen todos los años el nido en las acacias, de una banda de rabilargos jóvenes, de un autillo antes de irse a dormir.

Has abierto el ventanal para que escuche como suena la vida, siento el frío húmedo del Tietar y escondo los hombros bajo el edredón, vuelves de la cocina con café recién hecho y un plato de pastelillos de hojaldre y miel, pareces otro ahora, con el pelo mojado de agua fría, sin gafas, vestido con unos pantalones desteñidos de color tierra y una gruesa camisa de franela a cuadros verdes. Me sonríes, me besas y me das a probar un hojaldre que se desmorona entre mis dientes inundando mi paladar con su sabor a miel de romero, piñones crudos, tal vez un toque de canela.

—Los hizo Nasser ayer —me dices—.

Viniste a buscarme la tarde anterior a la emisora.

—Mañana voy a pescar y hay que estar en el río al amanecer.

Tenía trabajo y me negué con esa excusa, pero me arrepentí en dos segundos y te alcancé justo a tiempo, ya arrancabas el coche, bajaste la ventanilla.

—¿Te vienes entonces?.

Me quede dormida a los pocos kilómetros de salir de Madrid y me desperté con el traqueteo del carril que conducía a la casa.

—Este era mi sueño, el único que siempre tuve, ya lo sabes.

No aspirabas a ninguna otra cosa, no deseabas más ni perseguías otro futuro que vivir allí junto a tu río, leer tirado en la hamaca brasileña que habías colgado en el porche, enfrascarte en discusiones interminables con Nasser o Evaristo sobre la forma más gustosa de adobar un pescado o los ingredientes más atractivos de un engodo o salir con la barca al amanecer buscando ese pez inmenso que solo estaba en vuestra imaginación. Y tu sueño fue también volver a la piel de Olga y meterte en sus obsesiones de lince y encinas, descoloridos papeles de una guerra civil remota, viejas vidas que aún palpitaban esperando que alguien las salvase del miedo. El

mismo miedo que sientes cuando no quieres nombrarla porque todo te recuerda a ella.

Junto al ventanal de la habitación se ve el río y tus naranjos, bajo ella hay un baúl grande del que sacas un vaquero viejo y otra camisa gruesa de cuadros amarillos y azules, supongo que de Olga. Me visto debajo de la manta como una niña frágil que teme al frío Bajamos las escaleras en silencio para no despertar a Nasser el bulto que respira profundamente junto a la chimenea.

Empujas la barca y montas de un salto mientras se separa despacio de la orilla, nos sentamos el uno frente al otro y me das una funda de tela oscura con la vieja caña de bambú de Teodoro.

Flotábamos río abajo, sin otro ruido que los sonidos del campo y tus palabras susurradas nombrando todo igual que si me presentaras uno a uno a tus más íntimos amigos, el sauce vencido, la garza, el milano madrugador, la culebra que atraviesa la corriente, la niebla pegada al agua embelleciendo el amanecer dentro de mis ojos.

Quiero habitar el frío de aquella mañana en la que intento en vano atar el anzuelo mientras tú lanzas con fuerza el aparejo hacia un remanso poco profundo con la rivera poblada de carrizos y juncos, en pocos segundos se comba la caña que tienes entre tus manos y el sedal corta la superficie hacia el centro del río, era un pez hermoso, dorado y gris con grandes escamas irisadas y el cuerpo duro que luchó con fuerza para librarse del anzuelo durante muchos minutos hasta quedar agotado junto a la barca, le desanzuelaste con delicadeza sin sacarlo del agua y su cuerpo desapareció en un instante. Con él tu tristeza, por unos momentos, tu tristeza de hombre solo.

Ahora sé que tu traición era pequeña y ridícula, un plagio inofensivo que habías convertido en un acto abominable, ni siquiera te creí al principio, pensé que era una estratagema para que no te pidiera nadie que escribieras otra historia, otra novela, el público de la sala se rió sin ganas como si hubieras contado un chiste típico de escritor que lanza su falsa modestia en cuento puede.

—Antes de nada tengo que decir que yo no he escrito esta novela.

Cuando aquella misma noche sacaste el rimero de holandesas de Teodoro con su letra pequeña de Olivetti antigua me hiciste dudar.

—No entiendo porque mi padre guardó todo esto en un cajón sin abrir siquiera el paquete, encontré el lacre y los cordeles intactos, parecía un paquete recién llegado, con el papel marrón de embalar algo rozado.

¿Cuánto llevaba en el cajón del escritorio, diez, veinte, treinta años?. Durante un tiempo tu amigo Javier Alabert te dio la lata sobre la necesidad de publicar pronto una segunda novela.

—La primera es el descubrimiento pero la segunda consagra.

A él también le contaste el cuento de que habías encontrado los papeles en el escritorio de tu padre.

—Bueno, pues rebusca bien en los cajones y encuentra otra.

Nadie te creía. Olga que fue la primera persona que leyó las páginas que llevaste contigo a Nueva York y te incitó a publicarlos. Así era ella, demasiado decidida y transparente para este tiempo sucio y cobarde. Tal vez tu única traición imperdonable haya sido no haber amado a esa mujer lo suficiente para embarcarte con ella en sus batallas y en su cuerpo, tu única dejadez es no haber descubierto el peligro a tiempo y habértela llevado lejos, porque ahora creo que tú sabías algo, conocías un secreto amenazante, una sospecha que no tuviste en cuenta y que ahora ya no puedes admitir.

Tal vez Dimitri o Eva te advirtieron del peligro, quizás ya conocías aquella historia inverosímil de traficantes de animales y cazadores de lince o que Olga te hubiera contado sus sospechas. Pero rechazó la sospecha, no te imagino tan ruin o tan irresponsable, Solo sé que ahora tu vida está en peligro y yo estoy aquí, lejos, rabiosa y triste, recordando tus pequeños gestos de hombre bueno, de traidor ficticio, de amigo leal, os veo ahora discutir por un pez que solo ha visto Nasser y al que tú llamarás Sombra, convirtiendo su pesca en un mito, una pequeña obsesión que os sirve para atizar la chimenea las noches aún frías de Abril, bebiendo té con miel y cardamomo, discusiones interminables sobre que especie será o cual debería ser el cebo más adecuado para atraparlo o que sedal tendría la suficiente fineza para engañarlo y la resistencia precisa para resistir sus dientes o su tirón o si los anzuelos mejores para enganchar a los grandes barbos que comenzaban a remontar el río para la freza era un acero japonés corto y curvado del número ocho o un fino anzuelo italiano del diez. No os dabais cuenta que el olor del cardamomo, vuestras palabras crepitando como brasas, el olor del puré frío de garbanzos que Nasser ha hecho, el guiso de liebre con níscalos que se calienta en la cocina, el autillo de todas las noches sonando cerca, el vaso de ron que Olga agita, la música, el rasgueo dulce y bronco, sostenido y cortante del chelo que tocó hace mucho tiempo ese tipo calvo, bajito y con gafas que nos mira a todos con seriedad excesiva desde la portada de la funda del disco, todo eso podría llamarse plenitud, felicidad, nosotros.

No recordareis como yo recuerdo ahora la certeza precisa de que el tiempo entero era nuestro, la sensación placentera de no necesitar, no añorar, no querer nada más que otro sorbo de té, otra risa, otra palabra enroscada en vuestros argumentos que se van deshaciendo porque da igual un anzuelo japonés o italiano porque solo importa la intuición o el sueño del pescador para ver a Sombra, el pez gigante, nadar en la penumbra de una poza.

Nadie podría haber descubierto en la peor pesadilla que la noche era tan frágil como un cristal de hielo y que Olga ya no estaría con nosotros la noche siguiente.

Tengo frío, dejo de escribir. Vuelvo a tomar conciencia que estoy a diez mil metros sobre la nada, perdida en este entramado de voces. Quisiera saberlo todo y entenderlo todo, narradora omnisciente de vuestras vidas, quisiera tener todas vuestras palabras almacenadas aquí, en un diario perfecto, prisioneras en un fichero de mi portátil, cuidadosamente ordenadas, manipulables y legibles, pero solo tengo fragmentos de los hechos, retazos de recuerdos, trozos de emociones confusas que ya no sé a quienes pertenecen, si a mi o a vosotros.

Te hago culpable de esta trama llena de trampas y de agujeros, de este indescifrable jeroglífico cuya solución quiero creer que me dará la clave de este viaje, el sentido de esta escritura.

Intento alejar el frío invocando ese amor dulce de los cuerpos en silencio y del mundo al margen, el amor dulce que sabe a sudor recién nacido, a semen caliente, a grito, al gusto de mi sexo en tu saliva o la palabra exacta que me hace abrirme entera.

Releo lo que he escrito de esos días de reencuentro, de como nos amamos sobre la barca, escondidos bajo un saco de dormir inmenso de plumón, medio sofocados por nuestro propio calor para que no nos devoren los mosquitos, siento que estoy húmeda, mi vagina se llena de jugo, estoy sobre ti, respirando despacio, con la sensación de que estamos flotando a la deriva en medio de la corriente y que quizás una catarata, un abismo de espuma y vacío nos acecha cerca, pero no hay catarata, la barca esta bien amarrada a una rama baja de chopo y la corriente solo nos acuna, siento mi propia humedad sobre tu cuerpo, mojando, antes de gritar sacas la cabeza fuera del saco y tu gemido se convierte en aullido, en un grito salvaje desatado por el orgasmo, prolongado por el deseo de gritar, de agarrarte con la voz a esa sima escarpada en la que te agitas unos segundos más, unos minutos antes de dejarte caer y que tu cuerpo desmadejado se precipite al vacío y quedes inmóvil. Grito yo también, que he llegado más arriba y estoy agarrada a una higuera salvaje que crece casi en lo alto del acantilado, te veo caer y antes de que llegues abajo aflojo los dedos, las ramas resbalan por mis manos y caigo más aprisa que tú, llego a tu lado en el vacío, cojo tu mano como esos paracaidistas que unos segundos antes de abrir el paracaídas juegan a flotar juntos en el cielo y cuando llego a ti grito dentro de tu boca, mi voz corretea en tu interior, en el laberinto de tu propia conciencia, duplicándose en ecos, rebotando en todas las paredes hasta llegar a un lugar fresco y suave donde me espera tu mirada, unos ojos agotados de tanta tristeza.

Soy yo, he recorrido el mundo para ti, los siglos y las selvas, la tempestad siniestra del azar y todos los tiempos conocidos para encontrarte aquí, debajo de las estrellas del verano y de los mosquitos, cayendo juntos por el acantilado altísimo del deseo, escondidos de nuestros nombres debajo de un saco de plumas habitable como un vientre, sintiendo como el balanceo de la corriente sobre el costado de la barca prolonga el orgasmo sin que pongamos nosotros más voluntad o fuerzas que las de permanecer pegados, dentro el uno del otro, respirando en nuestras bocas entreabiertas, escuchando el rumor agudo de los grillos, el chillido apenas perceptible de los murciélagos limpiando nuestra noche de insectos amenazantes, el aullido aflautado e intermitente de un autillo no muy lejos, el chapoteo repentino de un pez grande que salta fuera del agua.

—Soy yo —te digo— temiendo que nombres a Olga.

Ahora, cuando leo todo esto, el espacio que me separa de ti me parece infinito, me estoy haciendo vieja en este vuelo que me parece ya que dura años. Si cuando llegue a tu casa todavía estás entero te taparé la boca con la mano y te empujare corriendo y tropezando hasta la barca que amarras a un manojo de juncos y nos revolcaremos juntos bajo el sol, abandonados a la corriente, sin miedo ya a ninguna catarata.

Entonces, te diré que diez años antes, cuando trabajábamos juntos en la radio y compartíamos el tiempo y una casa, amaba tus guisos, tu cuerpo, tu voz por encima de todo sonando dentro de mi cabeza a través de los auriculares, pero el resto, y digo resto, como si pudiéramos cortar de las personas lo jugoso y abandonar lo áspero, el desperdicio que nos parece basura o que simplemente no sabemos disfrutar, el resto, digo, y sobre todo tu firme voluntad de no implicarte, de no tomar partido por nada más que por tus ríos o por tu fantasía, de no escribir nada más, fui odiándolo poco a poco hasta convertirte en un extraño al que quizá odie.

No sé si recordarás que un día sublimé pedazos de mis luchas y militancias personales y escribí algunos cuentos considerando la literatura como otra arma más para luchar contra la infamia y la injusticia del mundo y te los di a leer una tarde propicia, tenía la absurda seguridad de que los leerías en la radio por mí, pero no lo hiciste.

—Todo esto ya lo cuentan los periódicos cada día. A mí esto no me interesa, son homilías.

Aquella frase me dolió, todavía me escuece cuando lo recuerdo, Me había pasado muchas horas buscando la forma más precisa y hermosa para contarle. Te tiré los papeles a la cara y salí huyendo de la casa como una niña herida con tus palabras sonando en mis oídos:

—No quiero nada de una realidad que duele por si misma, Para eso no hacen falta palabras, basta con una simple imagen oportuna escupida por el televisor en dos segundos.

Tú estabas muy bien, muy cómodo fuera de todo, dentro de tus historias de animales parlantes, pescadores vencidos, peces sabios, selvas impenetrables, caimanes, monstruos, fuentes de la eterna juventud, guerras antiguas, estabas muy bien en tu mundo imaginario, pasado, remoto, mágico sin querer mancharte con nada del presente, no quieres nombrar la adolescente muerta en el túnel del metro que cruzas cada día con la jeringuilla clavada en la ingle, ni a la vieja de enfrente que han devorado sus gatos cuando ha muerto y no había nadie a quien preocupara su ausencia, ni a la mujer triste que veo cada semana en la peluquería acicalando un cuerpo cada vez más decrépito y cansado que ya nadie lame, ni besa con pasión, que solo conoce los golpes del hombre que ama, ni al amigo Abdul que ayer apalearon de muerte unos cuantos adolescentes que se rapan y que son buenos chicos en el colegio, ni al futbolista viejo que ahora era el portero de la finca de enfrente y que se ahorcó en el hueco de la escalera con una carta en el bolsillo que sonaba a culebrón y a certeza "ya nadie me quiere", no deseas saber nada de mi barrio, de la gente de lejos, de ese país llamado Guatemala al que deseaba escapar, de las cosas que se pueden cambiar para mejor con la voluntad y la imaginación de todos.

Recuerdo ahora aquella última noche en mi casa de Madrid, después de ir a Barajas a llevar a Teodoro. Tú no quisiste acompañarle y despedirle. Cuando el avión comenzó a correr por la pista dejé de mirar por el ventanal y sin pasar por casa fui al centro a hacer unas gestiones, al Ministerio de Exteriores, comprar un billete de avión, algunos regalos. Cuando llego a casa deben ser ya las nueve o las diez. Has encendido la chimenea, acercado el viejo sillón de mi abuelo Aurelio, ahora tapizado por una tela india de muchos colores que compré en un mercado de Areita, has ordenado en las estanterías los libros que estaban en montones por el suelo esperando con su paciencia inerte a que yo tuviera valor para perder unas horas en su inútil clasificación, desde muy lejos, casi mezclándose con el rumor del tráfico y el ruido de la calle, suena la música de Bill Douglas, una canción suave cuyos versos escribió hace más de dos siglos Robert Burns y que habla de verdes valles, aguas cristalinas, el fluir suave y dulce del río Afton acunando con su rumor a Mary igual que ahora te acuna a ti, dormido sobre el sillón junto al fuego con un libro pequeño abierto sobre el pecho, ese libro que quise comprar a un viejo librero mestizo que ponía todos los sábados su puesto en el mercado sobre una manta entre otro puesto de cacharros de cocina que te hubiera entusiasmado y otro de semillas y legumbres,

—Se lo regalo, aquí se va a pudrir o me lo va a comprar un turista gringo y me va a joder vendérselo por tres dólares.

Es un libro de zoología de un tal Buffón que no he llegado a leer nunca, pero que aprecio como si fuera un fetiche, un talismán que protege la casa del abandono y la ruina, es el único libro antiguo que poseo y que habla de animales, el único que alguien me ha regalado a cambio de una extraña promesa que juré cumplir.

—Señorita tiene que jurarme que no lo venderá nunca, regáleselo cuando sea viejita como yo a otra persona que sepa protegerlo de la lluvia.

Tienes apoyadas las piernas en uno de los taburetes de patas de chopo y asiento de enea. Me siento sin hacer ruido sobre la alfombra para mirarte, pareces tan en paz contigo mismo. Nada nubla tu gesto de hombre dormido, sé que la cena está lista, huele a guiso recién hecho, a comida apetecible para una hambrienta. No te he dicho aún que yo también me voy mañana, no sé porque siento que ahora eres el hombre ideal para compartir la memoria, la cocina y la cama, la vida entera. Siempre lo fuiste, pero es hoy cuando me doy cuenta, mientras la chimenea que yo nunca he sabido encender bien va calentando la habitación, limpiando de los rincones del frío pegajoso que tienen todas casas que no se habitan, la penumbra triste de los espacios que no he sabido hacer míos.

Sin saber por qué recuerdo ahora las palabras de una de esas cartas que me leíste y que Olga Havel nunca mandó al viejo guitarrista:

“ni hombres ricos, ni heroicos, ni valientes y atractivos saciados de sí mismos con misiones por cumplir e ideales que perseguir, conozco a todos ellos y solo saben amar con impaciencia y técnica, con gestos vistosos y alardes que provoquen admiración o aprecio, buenos compañeros para presentar a la familia o hacerse fotos para acumular en un álbum donde inventar después apasionantes recuerdos. Al final solo sé amar hasta volverme loca de deseo a un hombre sin ambición, sin ideales de mundo o metas que alcanzar, un hombre tranquilo que se duerme sobre mi regazo de cualquier forma, que nunca miente un gemido de placer, que se sabe limitado y cobarde, tramposo y ruin en ocasiones, pero que puede dar su vida en un momento por algo que ama, sin que nadie sepa, ni el mismo, que ese gesto le redime de todas las traiciones y le devuelve la dignidad y el orgullo de ser hombre en un mundo de hienas y chacales”.

Un hombre como tú, con la única ambición cotidiana de salir a los ríos a pescar y hacerme guisos donde mojar trozos de pan, vivir un día más, quedarte dormido frente a la chimenea, jugar con nuestros cuerpos como si fueran alimentos deliciosos, perseguir al asesino atroz de nuestra Olga, abrazar a tu abuelo esta tarde como a un hermano que se va lejos solo por

unos días aunque esta vez sabes que es para siempre, a un anciano traidor que también te abandona a tu suerte como yo.

Si tuviera otra vida desearía compartirla entera contigo, no te reprocharía ya que no muevas un dedo para cambiar el mundo, que no utilices tu talento para escribir historias perdurables, que quieras vivir una existencia sin sorpresas ni aventuras, apegado a tus libros y a los ríos, a los amigos de siempre y los huevos rotos con patatas y virutas de jamón, que te aburra viajar lejos y quieras tener hijos a quienes contar cuentos para dormir y enseñar a lanzar el señuelo muy lejos, allí donde un pez enorme siempre les ganará la partida.

No sé si te das cuenta que todos los que te quieren te van dejando atrás, que no hay sitio para gente como tú en este mundo de mierda. De repente tengo ganas de que estés aquí y no dentro de tu sueño tranquilo, coloco otro leño sobre el fuego y me siento sobre tus piernas desnudas, besó tus labios secos, tus ojos cerrados, tu aliento de hombre solo, acostumbrado al silencio. Abres los ojos y me besas pero rompes el beso separándome la cara de tu cara con tus manos secas y calientes, miro tus ojos aún enrojecidos por unas lágrimas que no he podido recoger, tienes la voz cansada y ronca de sediento o de fiebre.

—Teodoro me ha dicho que Angel Edelman quizás sepa quién mató a Olga. Mañana regreso a Jara, ¿tu también te marchas mañana, verdad? — me preguntas—.

Sí, entonces no sabía que la fantasía era una tierra segura igual que aquella casa recién calentada y tu mirada de hombre cansado que ahora deseo.

XIX

Dijiste: —Cuarenta años. A nosotros nos parece imposible. ¿Cómo había estado gobernando este país durante tanto tiempo un tipo como aquel?. Ahora creemos que el franquismo ha desaparecido, pero aún queda ese olor pestilente en algunos gestos, en algunos sitios, en algunas palabras.

—REGRESÉ A UN PAÍS QUE NUNCA FUÉ EL MIO, —me dice Teodoro— a una ciudad ya extraña. No sentí ninguna sorpresa al descubrir en una librería de Barajas el libro que yo mismo tejí con mis recuerdos y que otro autor firmaba como suyo, el mismo tipo al que iban a matar si yo no regresaba.

—¡Le traigo un mensaje de su amigo Dimitri Snizek! —gritó el joven sin apagar el motor del fuera borda— su nieto está en serio peligro y le necesita la Hermandad.

Levanté la caña y le miré sin decir nada.

—¿Me ha entendido? —gritó el agente—.

Afirmé con la cabeza.

—Dos días después estaba en el aeropuerto de Río Branco comprando un billete y dos horas más tarde emprendí un viaje de regreso que me había jurado no hacer nunca. Tal vez porque los hijos de los hijos son a veces tan parecidos a nosotros que necesitamos mirarlos de cerca, dejarnos engañar por los acertijos de la genética y se nos cae la baba cuando detrás de un gesto, la forma de unas manos, la expresión fugaz que acentúa una palabra es idéntica otra que una vez fue nuestra. El veneno de las semejanzas es dulce y no tiene antídotos. Pero ahora creo que hay fantasmas que nos empujan de nuevo a todas las batallas que una vez dejamos pendientes. Todavía me estremezco cuando recuerdo esa primera tarde pescando juntos en el Tietar o cuando Evaristo, Heliodoro y Dimitri me

cuentan el peligro que le acecha y como a muerto esa mujer que tenía el mismo nombre que Olga Havel.

Y tu me cuentas también aquel primer encuentro con tu abuelo.

—Teodoro resucitó una tarde de viento a finales de octubre. Recordaba de él un retrato antiguo desde el que parecía sonreírme y algunas fotos pequeñas y amarillas de un viaje a París becado por la Junta de Ampliación de Estudios.

Resucitó —escribo yo— con la naturalidad de quién regresa de una muerte lejanísima y de un olvido borroso, como quién vuelve de un paseo por el viento de septiembre y se da cuenta que el verano ya solo es una parra cargada de uvas y unas cuantas avispas bebiendo el azúcar de los racimos, pero el verano se ha convertido en un ese retrato antiguo foto y el paseo, sin darnos cuenta, duró más de cuarenta años.

—Había cogido de la higuera una docena de higos para merendar — prosigues— a Olga también le gustaba sentarse bajo la parra a comer esos higos fríos de pulpa roja. Pero Olga ya no está. Encontraron su cuerpo en un barranco. Teodoro abrió la puerta de hierro cuyo chirrido sonaba como un clarín y me sonrió como en el retrato de joven que presidía el salón de la abuela. Se sentó a mi lado en el poyo de piedra y sin decirnos nada, sin mirarnos, nos fuimos comiendo los higos del plato de porcelana. Estaba tan delgado como yo siempre lo imaginé, su lejano pelo negro ahora era muy blanco pero seguía siendo abundante y su piel estaba muy morena. Llevaba un traje color paja como de indiano antiguo y del bolsillo izquierdo sobresalía el libro. Los tabacales que mirábamos juntos estaban muy altos y las avispas comenzaban a subir hacia las uvas.

Así me contaste vuestro encuentro, así lo escribo yo, utilizando tus palabras y llenado con las mías y las de otros el resto de su vida de profesor, espía, traidor, seringueiro, exiliado.

No era su primer viaje de vuelta. Ya había regresado a Madrid varios años antes en secreto, para esparcir las cenizas de su amiga Frida Knight sobre la hierba descuidada del Parque del Oeste mientras los últimos supervivientes de las Brigadas Internacionales cantaban versos remotos como rezos antiguos de una fe ya extinguida.

Al día siguiente volviste a tu selva sin darte ni una vuelta breve por la ciudad.

Esta vez cogiste el autobús hasta Jara después de haber llamado a Dimitri por teléfono.

—Ya estoy aquí.

—Bien. Han llamado a Evaristo para interrogarle, él encontró el cadáver de la mujer de tu nieto y parece que vio algo. Te espero en el cuartel del pueblo a las cuatro.

El cansancio del vuelo transoceánico, el traqueteo monótono del autobús y el intento de lectura del libro te ha hecho dormir todo el viaje. Cuando te despiertas el conductor agita con suavidad tu hombro.

—Hemos llegado Señor, el autobús se queda aquí, esto es Jara.

Bajas a un pueblo desconocido de calles asfaltadas y casas de arquitectura dispar. Es medio día y hace calor a pesar de haber comenzado Octubre.

—Hasta mis octubres eran diferentes, llenos de lluvia lenta y niebla entre los olivos —piensas—.

Preguntas a un niño que juega absorto con una maquina, sin dejar de pulsar los botones te dice que el cuartel está al final de la carretera.

Sorprendes al Guardia de puerta en plena faena, tiene una gran servilleta de cuadros azules anudada al cuello y está acabando de comer los últimos trozos del pollo en salsa que tiene en su tartera.

Así, a contraluz, ocupando toda la puerta demasiado baja para tu altura, con el sombrero de paja calado y tu traje casi blanco, tu silueta le debe haber parecido al joven un fantasma. El guardia se quita la servilleta de un golpe y está a punto de cuadrarse mientras un poco de salsa amarilla y grasienta le escurre por la barbilla sin darse cuenta.

—Buenas tardes, me gustaría saber si todavía está aquí el Señor Evaristo Losar.

El guardia balbucea una afirmación todavía no repuesto del susto, le has debido parecer el espectro de un viejo coronel del cuerpo que viene a castigarle por sus libertades gastronómicas estando de guardia. Llama por el interfono a un superior después de cerrar la tartera y tapanla con la servilleta. Evaporado el fantasma del duque de Ahumada ahora le pareces al guardia un extranjero extraño, un sudaca con toda la pinta de traficante de coca. Cuando llega el sargento Juan y te saluda con amabilidad invitándote a pasar al despacho contiguo, el joven Guardia Civil se encoge de hombro y destapa de nuevo la tartera dispuesto a acabar las migajas frías del guiso.

—Han asesinado a una mujer junto al río y su amigo al parecer se encontraba casualmente cerca de allí. Él descubrió el cadáver pero no está detenido, solo le llamamos para interrogarle pero dice que no pudo ver ni oír nada. Ya están terminando de mecanografías su declaración, en cuanto la firme saldrá.

Hace calor, los tabacales que aún quedan por cortar están amarillentos. Te quitas el sombrero y sientes por primera vez desde que saliste de tu casa que te estorba la ropa, te aprieta, hace muchos años que no te ponías una chaqueta, una corbata, unos zapatos cerrados.

—¿Dónde estará el profesor de griego que se sentía desnudo si andaba descalzo por la habitación?.

—¿Eres tú?.

Te asombra descubrir que la voz de tu amigo apenas ha cambiado o tal vez la memoria te engaña y deseas creer que la voz de Eva es la misma que la del joven miliciano que cojea en la oscuridad por los pasillos de la emisora porque aún no se ha curado una herida de metralla.

—Cuanto tiempo compañero.

No puedes evitar que te tiemble la voz, una emoción antigua que te nubla los ojos.

Un todoterreno para en ese momento frente a la puerta y se asoma por la ventanilla la calva perfecta de Dimitri y su voz acostumbrada a ordenar.

—¡Venga, subid!

De pronto te parece que no ha pasado el tiempo, que vais por las calles del Madrid del treinta y nueve el día después que a muerto Olga Havel y todo vuestro mundo se derrumba.

Desde una de las ventanas del cuartel el sargento que te ha recibido anota algo en una libreta gruesa de tapas rojas.

—Le aplastaron la cabeza con una piedra enorme.

Enorme, esa palabra te dijo su padre por teléfono, una piedra enorme sobre su cabeza borrando hasta la música a la que todos tenemos derecho antes de morir como decía su admirado Thomas Bernhart. Hace frío y te subes el cuello del abrigo viejo, el abrigo gris de lana de Béjar que te regaló la abuela, una de las pocas cosas que aún conservaba de Teodoro. Te has escondido en el abrigo como el niño con miedo que se esconde debajo de la cama o en el fondo de un armario en la habitación menos frecuentada de la casa hasta que descubre que el monstruo está allí, debajo de la cama, en el fondo del armario acechando con sus ojos de sangre y sus garras de hiena hasta que salta a tu garganta y te dice que tú eres el monstruo, la alimaña que se esconde inválida y vieja, que ya no eres niño, ni hay oscuridad que pueda protegerte.

Caminas por la calle Mayor hacia "la Madriguera" donde estarán todos y alguien leerá algo sobre ella, sobre su sonrisa de dulce y sus ojos de ondina, sobre sus traducciones limpias que a veces nos leía para comprobar que las palabras cambiadas a otro idioma seguían teniendo latidos en las sílabas, su gusto por escarbar en la memoria de los viejos y en salvar el paisaje del último lince. Tu podrías hablar de sus pezones rosados, sus grandes tetas, sus manos sabias que te hacen gemir como un loco pero nadie hablará de la piedra enorme reventando su cabeza sin música.

Su padre te llamó desde el mismo barranco, mientras el juez ordenaba levantar el cadáver miraba el amanecer derrumbado en el suelo bajo una pequeña encina llena de bellotas muy verdes.

Fuiste nadando desde debajo del sueño y braceaste por la cama cubierta de periódicos atrasados hasta despertarte, la perra pequeña gruñía debajo de la cama al zumbido del móvil y lograste encontrarlo sin dar la luz, dudando si aquello no sería otra parte del sueño.

—Estoy aquí con el juez —te dice Juan—.

Casi ha amanecido en el barranco, una cigüeña negra planea río abajo y un cábaro se oye a través del teléfono pero lo que importa es que hay un cuerpo desnudo entre las zarzas, una mujer joven aún sin identificar con la cabeza aplastada y un tatuaje en la espalda tú conoces mejor que su padre, el dibujo de los ojos de un gato.

Sales del sueño a la realidad y desearías volver a la dulce pesadilla, esa en la que te van arrancando las uñas una a una pero estás inmóvil y mudo, el hombre con mueca de tipo agradable te echa gotas de ácido en los ojos mientras te pregunta ¿donde está?. Pero no puedes volver, ese mal sueño sería más dulce que la voz triste y soñolienta de su padre intentando recordar como se llora.

—Tu sabes como tratarle mejor que yo —te decía siempre Olga— el hombre te quiere, ¡vaya pareja!, un admirador de Durruti y un Guardia Civil.

Enciendes por fin la luz y te ves rodeado de hojas de periódico revueltas, sudoroso, helado, vacío, lleno de miedo.

Comienza a llover sobre Madrid pero no quieres llegar al Café, no quieres abrazar y besar como saludo triste a los amigos, ni escuchar palabras, ni exorcizar recuerdos. No quieres ver a su padre y que te pregunte en silencio ¿porqué? como si fuera el interrogador de la pesadilla.

Das un rodeo para no llegar aún a La Madriguera y deseas volver por esas mismas calles, un año antes, cuando te encontraste por casualidad con Olga. Hacía tanto tiempo que no os veáis que la memoria había destilado cieno de los recuerdos, hojarasca rota las imágenes, vendas sucias las palabras y ceniza húmeda el olor añadido al recuerdo de la piel. Lo que más te asombró del reencuentro no fue el cruce de biografías mínimas y convencionales:

—¿Qué tal? —preguntas como un gilipollas—.

—Ya ves, como siempre, liada, ¿y tú?.

—Bien. Tienes el culo igual de bonito.

—Tú también.

Te asombró como el cieno de la memoria se volvía poco a poco chocolate caliente recién hecho, aroma amargo y sabor dulce que después del beberlo pide agua fresca para limpiar la garganta.

La ves alejarse y todavía muerdes sus palabras y su beso de saludo como de simples conocidos.

—¡Vaya!, veo que te acuerda de mí.

Como si hubieran pasado decenas de años y tuviéramos ya un alzheimer avanzado, como ancianos que confunden hasta la fecha de sus nacimientos después de haber vivido tantas calamidades y guerras.

—¿Tan imbécil, amnésico, idiota, promiscuo me recuerdas tú?.

Se perdía ya por aquella calleja donde los raíles del tranvía aparecían unos metros antes de hundirse para siempre al llegar a la calle Toledo. Saliste corriendo entonces para proponer una cerveza y un poco más de tiempo compartido.

Ambos estabais de paso por Madrid. Tú por unas horas y ella por unos pocos días así que te invitó a cenar en su hotel frente al Retiro

—A cenar y a dormir, para qué vamos a estas alturas a jugar con fuego —te dice con un guiño—.

Fue una cena apetecible y un placer rico, amor repetido ya sin exceso pero con la glotonería de quién se acaba la bandeja de pasteles de crema para que no los reseque el tiempo y cuando a las seis de la tarde comenzaba a amanecer ella encendió la luz de la mesilla y te miró de frente.

—Cabrón de mierda —Y te besó con los ojos abiertos—.

Hay ruidos, músicas, olores e imágenes que se acercan con un salto a tu cabeza y te ponen delante un espejo de agua, una puerta cerrada, un pozo de tiempo donde al asomarnos podemos ver, oler y oír todo lo dado por perdido, aquellos recuerdos que intentamos borrar del papel con una hojilla de afeitar hasta no dejar rastro, lo que fuimos y somos todavía, lo que hicimos y ya no haremos nunca, no por falta de ganas o porque el cuerpo ya no pueda atesorarlo, sino porque te falta todo, el río, la piel de Olga en el amanecer, recién descubierta, el pez enorme que se os escapó de las manos ya vencido, la telaraña exacta que atravesaba el camino y no os atrevisteis a romper, el relámpago que late detrás de los ojos de los hombres a punto de crecer y olvidan el placer de oír una tormenta de septiembre, el crujir de un olor a buñuelos empapados de miel, el primer dolor que causamos a otro y sentimos nosotros como un calambre repentino y desconcertante, como el picotazo del primer alacrán que crió la memoria, la hoguera a punto de apagarse, el rumor del desván cuando aún existían seres misteriosos y terribles detrás de los baúles, los montones de sacos y los libros apilados del abuelo Teodoro.

—Tus ojos son un pozo de tiempo—le dices—.

—Y tus labios siguen diciendo tonterías en cuanto los dejas sueltos —responde ella— por eso y porque te sigue dando miedo escribir las chorradas que dices.

—También.

Su carne esta más caliente que la tuya. No eres capaz de verla ahora tendida entre las zarzas, disfrazada del pálido morado de la muerte, con la sangre gomosa y seca apelmazando la tierra bajo su cabeza destrozada.

—¿En que estaba metida esta vez?, la pregunta de su padre te hacía cómplice, culpable de un delito aún indefinible.

Os despedisteis como lo hacen los matrimonios aburridos, el beso breve detrás del desayuno apresurado con la radio algodondando el silencio y la conversación de monosílabos. Quizás el brillo de vuestros ojos delatase el derroche de las horas pasadas, el vino de más y el deseo de menos.

—Dentro de un rato me voy a Jara.

—¿En qué andas?, Pásame la miel.

—Traduciendo un libracó de Bernhard para ganar algo de dinero, regando los geranios de mi padre, pescando peces enormes como me enseñaste y buscando un Lince. ¿y tú sigues haciéndote pajas con esas historias de la guerra civil como en Nueva York?.

—No, ya no, pero me sigue gustando tu lengua de salamandra venenosa y tu culo de sirena.

—Las sirenas no tienen culo y las salamandras no tienen veneno en la lengua, palabra de bióloga.

Te dejó con un hasta luego colgado de un beso leve con sabor a café.

—¿Sabes algo?, tienes que saber algo —repite su padre—.

La segunda oleada de complicidad acusatoria te arrancó del dulce sueño de las uñas arrancadas y los ojos corroídos lentamente por el ácido para dibujarte el nítido paisaje donde estaba su cadáver. Buscaste en las papilas de tu lengua el recuerdo de su sabor, el olor de su respiración tranquila, la consistencia gustosa de sus labios y solo encontraste el sabor a saliva rancia de los tuyos.

Habías llegado al café, empujaste la puerta de “La Madriguera” con rabia, el local estaba lleno de gente a la que saludar con la pesadumbre de los gestos forzados, te diste la vuelta para salir y chocas sin querer conmigo. Te dejas abrazar, respiras entre mi pelo sollozando. Te sueltas y vas a decirme algo pero ves a su padre disfrazado de paisano con los ojos secos de quién la muerte perdonó más de dos veces y los labios duros atenazando un cigarrillo apagado.

Cuando te abrazas a él te das cuenta que aquel ya no es Juan, no es el padre destrozado que viene al homenaje de su hija si no el cuerpo reseco del viejo Guardia Civil dispuesto a cazar al monstruo.

Venía con él otro hombre joven.

—La nueva generación —dijo él al presentarnos—.

Una generación que ya tenía algunas canas en las sienes y pequeñas arrugas en los ojos. Su mano estaba helada y dura, entrenada para el saludo y el tiro. Pensaste

—¿Podemos hablar?.

Y sin esperar la respuesta Juan se dio la vuelta buscando entre sus recuerdos el camino más corto para llegar al bar Miranda. Entramos en la tasca y nos sentamos en la mesa del fondo. Comienza a hablarte despacio, mirando la gran cabeza de toro disecada que preside el local, con los puños apretados sobre la mesa y una mueca en los labios que no reconoces.

—La tarde anterior bajé a pescar unas tencas a la charca del Alemán, ya sabes, la pequeña laguna al fondo del barranco que tiene el agua siempre transparente y las orillas llenas de corujas y berros que tanto te gustan.

Hablaba sin mirarnos, dejando los ojos perdidos en el rojo opaco del vino, saboreando esas palabras sólo porque nombraban un antes del dolor, un pasado dichoso en el que los juncos y las lentejas de agua llenaban la orilla y uno podía sentir el tiempo resbalando por las hojas espinosas de las encinas y meciendo las jaras al compás de la vida. Hablaba conjurando en cada palabra un trozo de dolor, apoyando los dedos en la voz para evitar el temblor del odio, de la herida llena de cucarachas y lombrices de las fotos que guardaba en la carpeta.

—El camino es difícil, la trocha es más una sospecha que una senda pero merece la pena el esfuerzo. Tú la conoces también. Dejé el coche en casa del Alemán. Me invitó a cenar con la condición de coger unos berros tiernos para la ensalada. Llegué cansado a la charca después de haber estado toda la noche de guardia así que preparé los aparejos, cebé los anzuelos, lancé las cañas al centro y me recosté donde siempre, sobre el roble seco. Llevaría dormido una hora más o menos cuando me despertó el sonido del cascabel de una de las cañas.

Juan sonrió y por un segundo vi detrás de sus pupilas el corazón del pescador, el latido tenso que produce en las sienes una caña cimbreada, la emoción de empuñarla y tirar con fuerza hasta sentir el pez al otro lado del sedal.

—No sé aún porqué no salí disparado hacia la caña, abrí los ojos lentamente y le vi allí, inmóvil, con el agua goteando de sus bigotes y las orejas tías hacia mí. Nos miramos mucho tiempo, yo creo que fascinados el uno por el otro, reconociéndonos, no sé, su pelaje manchado resaltaba en la pradera de juncos, a veces agachaba la cabeza y pegaba unos lametazos al agua sin dejar de mirarme. Te juro que si hubiera comenzado a hablar como los animales de los cuentos no me hubiera extrañado, creía que estaban extinguidos en la comarca, sabía que era casi un sueño tener a uno de ellos a tres metros, frente a frente, imposible que no desapareciese al

instante en cuanto yo moviera un pelo pero no se fue cuando me incorporé un poco sino que pareció relajarse y dio unos pasos por la orilla antes de volver a quedar inmóvil de nuevo, parecía tan humano y a la vez tan animal, tan fiero y tan inteligente.

Su compañero miraba las paredes de la tasca, las fotos de toreros con dedicatorias borrosas, la cabeza disecada, los recortes de prensa enmarcados y amarillos de humo, por un momento estaba desnudo de su caparazón de guardia imperturbable y se le veía el cuerpo de provinciano turista asombrado por todo.

—Entonces volvió a sonar el cascabel de la caña y desapareció de mi vista en dos saltos, salí corriendo tras él pero no pude verlo aunque las jaras en ese barranco son muy ralas. ¿Pero sabes lo extraño de esto?, ¿Sabes porqué te cuento esta absurda historia de Samaniego?. Porque cuando mi hija regresó al pueblo después de tanto tiempo ¿sabes lo que me dijo?: —he venido a defender al último lince—. El lince ¿entiendes?, el que yo vi la tarde antes que encontrasen su cadáver, el mismo lince porque no hay más, no hay ninguno, nadie ha visto un lince en Jara desde hace años.

Se derrumbó sobre la mesa entre sollozos y fue su compañero quién te entregó la carpeta marrón donde estaba el informe forense y las fotos de su cuerpo desde todos los ángulos y planos posibles. La desnudez aséptica y extraña, el amasijo de pelo y carne aplastada, sus pechos inmóviles por los que corren las hormigas, el tatuaje que siempre mordías para arrancarle un gemido de dolor o el comienzo de la risa, sus manos ahora rígidas, agarrando el vacío.

Dos días antes esas manos recorrían tu cuerpo y tus palabras te pinchaban para que volvieras a escribir.

—Me asusta acumular recuerdos y sentirme pesado como un buque fantasma.

—Lo que te da miedo es descubrir que tus recuerdos no pesan porque no tienes nada que recordar.

—Me aterra el tiempo que se pierde si acumulas palabras.

—Creo que te da miedo admitir que no sabes hacerlo.

—Escribir es traer lo muerto y adherirlo a una piel para que no respire.

—Tu temor es basura, amnesia intencionada.

—No, prefiero la voz, vivir entre las voces me conforta.

—Si, pero acunar las palabras en papeles es tener la leñera llena, la hoguera encendida, el frío siempre fuera de casa. ¿O es que ya no te acuerdas de lo que nos contaron todos aquellos viejos exiliados en Nueva York?.

Entonces vuelves al silencio como era tu costumbre y ella se levanta a odiarte un poco y a beber agua. Imaginas que estás agazapado en el canto de un grillo, metes tu cuerpo debajo de sus élitros y te dejas llevar por su rasgueo por encima de los sauces, resbalando por la superficie del río, montado en el murciélago que pasa y te mojas los ojos con el agua batida de la torrentera. Entonces sientes su cuerpo que se mete en la cama montado en el aullido del autillo, provocando el rumor ronco y telúrico de las grandes piedras que se mueven en el fondo del río desequilibradas por la corriente, aumentando el batir siseante de las hojas de los chopos acariciándose en lo alto. Junta sus rodillas con la tuyas, la frente con tu frente, el brote tierno del sexo con la corteza rugosa de tu deseo y después el gemido largo se mezcla con el grillo, el murciélago, el torrente, el autillo, la corriente profunda, la brizna de brisa. La madera de la casa cruje con el frescor de la noche y vuestros huesos crujen con el fragor de la sangre que juega otra vez a reventar el silencio.

—Lo mejor del tiempo es que nos envejece —dices— así cuando nos encontramos los cuerpos son otros y no recuerdas ya donde está el llamador o el postigo, las ventanas que dan al noroeste, la esquina de piel que nos hace vulnerables, la tecla desafinada, la cuerda que no deja de vibrar cuando se pulsa, la fuente de gelatina de fresa, la casita de chocolate donde las golosinas nunca se acaban.

No recuerdas muy bien como era la música aquella de Casals que te gustaba tanto. Los cuerpos que son más viejos no son más sabios pero si más jugosos y su sabor es el mismo que recordamos, por eso ahora metes la lengua por sus labios deseando llegar hasta donde nace el sabor, recorres la suave rugosidad de su vagina mientras ella desea abrirse un poco más, luego cierra las piernas y te tapa los oídos con sus muslos y piensas que no hay razón para dejar de beber. Pero el sabor ya no está, es un musgo negro y seco escondido entre las piernas dobladas de las fotos, es el zumbido que se irá perdiendo cuando pasen los años y otros grillos te dejen viajar sobre sus cuerpos de azabache blando. Dime que música te llevaste contigo para que pueda guardarla entre mis discos y ponerla de noche cuando sea viejo y no exista el futuro.

El guardia joven recogió las fotos de encima de la mesa y su padre con los ojos ya secos y una media sonrisa de loco te agarró la mano.

—¿Me ayudarás a descubrir porqué?, ¿me ayudarás a matarle?.

—Vamos Juan, no digas eso.

Entonces interviene el otro guardia.

—Por cierto, ¿quién es el sudamericano?. Si hombre, el viejales ese que va disfrazado de cacique de culebrón. Dice que es periodista y que te conoce.

Te encoges de hombros.

Más tarde Juan te propone volver con él a Jara y no encuentras una excusa para negarte. Durante el viaje te contará su secreto, su culpa abominable, la razón por la que tuvo que volverse del Norte.

—Sueño con el lince —te confiesa— le veo allí, escondido entre los robles jóvenes mirando como tomamos café refugiados un momento en el Patrol. Apenas llevábamos tres meses en Ordicia, era un traslado más o menos forzado, ya sabes, los años del plomo como los llaman ahora. Tomás Legazpi siempre trae un termo de buen café y yo una pequeña caja con pastas de mantequilla que me hace Elisa. Por unos minutos la guardia es dulce, de todas formas nunca pasa nadie a esas horas del amanecer por la carreterucha. Legazpi es de Badajoz, atlético, educado, simpático, recién salido de la academia, le gusta leer poesía y es ingeniero técnico de algo que nunca ha querido explicarme, paso bien los controles con él porque también le gusta pescar y nos pasamos las horas hablando de ríos y peces aunque el pesca a mosca seca y siente cierto desprecio por los que usamos cebo como señuelo, adivino que más bien es asco lo que sentiría si tuviera que ensartar una lombriz o una larva lechosa de mosca verde en su anzuelo para tentar a una trucha hermosa. Al poco de conocernos me contó lo de las balas y comencé a descubrir que debajo de esa máscara de normalidad era un tipo despreciable, él no había venido al País Vasco a regañadientes u obligado, si no deseando el destino más que cualquier otra cosa en el mundo, estaba allí para hacer méritos. Por lo visto el truco de las balas era algo común en el cuartel pero yo nunca quise indagar o preguntar a otro compañero si él también cargaba dum-dum emponzoñadas. El método era simple y fácil, bastaba hacer un par de cortes en forma de cruz en el proyectil con una pequeña sierra para metales, la bala al entrar en el cuerpo se rompe en muchos pedazos y el destrozo es terrible; envenenar las balas imaginaba que era un invento de Legazpi: —Se cogen unas cuantas boñigas de caballo se sumergen en agua tibia y dejas pasar unas horas y cueles el liquido con un filtro de papel de cafetera después en un tarro de mermelada vacía echas un dedo de ese mejunje y tres de caldo de carne con un poco de yema de huevo para que coman bien y se reproduzcan a todo trapo las bacterias, colocas el frasco cerca de un radiador para que esté templado el caldo de cultivo, así lo dejas dos días y al tercero filtras de nuevo la mezcla y con esa nata amarillenta que queda pegada al papel untas con un pincelito la punta de la bala y dejas que se seque unas horas, después das por encima un poco de goma arábica y ya está listo el caramelo, aunque la bala solo hiera al terrorista morirá con una infección de caballo, y nunca mejor dicho—. Pero él me confesó que no era suya la idea. —El truco lo he leído en una novela de Fernando Arrabal que se llama “la Torre herida por el Rayo”—. Tomas Legazpi bebe un sorbito de café y toma una pasta de la caja, salgo del coche para ajustarme el chaleco antibalas, ya ha amanecido y el sol se asoma entre

los brotes de roble disolviendo la niebla. Allí estaba el lince mirándome, igual que el día de la laguna, avisándome de algo. Pero han tenido que pasar diez años desde aquel control de carreteras para descubrirlo. Escuchamos la vibración de un coche acercándose despacio y el lince desapareció, hice un gesto a Legazpi para que saliera, estábamos apostados justo detrás de una curva muy pronunciada y los coches no descubrían nuestra presencia hasta que no estaban casi encima de la señal de plástico que indicaba el control y las cadenas de púas atravesadas en la carretera, Legazpi les dio el alto sin dejar de apuntar al conductor con la escopeta, era una pareja de jóvenes en un Golf GTI con aspecto de venir de juega, de fiesta, pero mi compañero les aplico todo el ritual: —A ver, por favor, saquen la documentación de coche, el permiso de conducir y salgan del coche—. Después seguiría el cacheo, el registro del maletero, la comprobación por radio de las identidades... los chicos parecían aguantar el tipo con paciencia, acostumbrados ya a las manías autoritarias de "las fuerzas de ocupación extranjeras", el tío no dejaba de mirarme, quizá porque yo no llevaba el pasamontañas puesto o porque mis ojos no se correspondían con la expresión de fanatismo y miedo que decían que teníamos todos los Guardias Civiles que trabajábamos en Euskadi, el "Síndrome del Norte" y todo eso contra lo que los psicólogos del cuerpo nos prevenían explicándonos técnicas de autocontrol y relajación que no servían para nada. Yo nunca tuve miedo aunque no sabría decir porqué. Entonces ocurrió, los dos chicos ya estaban dentro del coche y yo había quitado las cadenas de pinchos del asfalto cuando Legazpi debió descubrir algo, sonó una detonación seca y mi compañero se desplomó de rodillas y luego calló de frente. Nunca olvidaré el pequeño surtidor de sangre saliendo de su sien y los ojos tranquilos del joven apuntando a mi cabeza como quien apunta a una aburrida diana de papel en un entrenamiento de tiro, sin pasión, sin tensión, con los dos ojos abiertos; veo su brazo recto, el color asalmonado de su jersey y la voz en sordina de ella gritando: —¡tira de una puta vez!—. Solo cuando apretó el gatillo suavemente y después con fuerza, como resistiéndose a creer su mala suerte, descompuso el gesto y cerró los ojos unos segundos, yo ya les tenía encañonados con el subfusil, a cinco metros una sola ráfaga hubiera bastado para acribillarles a los dos, solo un segundo, veo los ojos de terror de ella intentando agacharse, esconder la cabeza bajo el salpicadero y el gesto del joven sereno y tranquilo de nuevo, casi aliviado de tener la certeza absoluta de que todo se ha acabado, de que esta vez van a ser ellos y no nosotros los cadáveres heroicos. Toqué el gatillo pero no pude apretar, con la conciencia perfectamente lúcida descubrí lo que nunca hubiera sospechado, que no sabía matar, que nunca podría apretar el gatillo del arma y ver delante del chorro de fuego de la metralleta como los cuerpos se retuercen, se llenan de sangre, se van deshaciendo como peles de paja sucios y grotescos hasta quedar inmóviles en posiciones extrañas, con los ojos abiertos mirando la

nada. El coche arrancó despacio y solo cuando desapareció en la siguiente curva apreté el gatillo y el eco de la ráfaga retumbó en el valle. Fue difícil convencer a los jefes de la historia que inventé. Me mandaron al poco tiempo a otro destino y luego a otro y mi mujer no entendía porque nunca me llegaban los ascensos.

Durante estos años he seguido las andanzas de ese etarra a quién no maté, un amigo que trabaja en la unidad de antiterrorista me ha ido enviando datos que yo fui completando con los recortes de periódico que hablaban de él, de sus crímenes horribles, de los coches cargados de explosivos y metralla, de los tiros en la nuca, las minas lapa que dejan sin piernas a compañeros, de cartas bomba que amputan dedos y dejan ciegos a empleados de correos, tengo un álbum extraño y macabro lleno de fotos y dossiers que hablan de él, la vida de sus padres resumida en medio folio, fotos de su caserío, las notas de la escuela, las fotocopias de unas cartas de amor adolescente, sus gustos culinarios y luego la lista minuciosa de sus proezas criminales, varias fotografías antiguas de carnet de identidad con diferentes retratos robot, con barba, con bigote, con flequillo, sin pelo, con gatas o sin ellas, de rubio o de moreno, imágenes clónicas en las que veo unos ojos que no cambian, solo cambiaron entonces, el día que el dossier pone: "*asesinato del guardia civil Tomás Legazpi, 17 de abril de 1987*". Hace un par de años pidió a la cúpula de ETA el retiro, estaba quemado, demasiados carteles por todas partes. Tengo la respuesta confirmando su deseo, una carta escrita con impresora cuyo lenguaje y contenido podría ser igual que la de un ministerio que da el beneplácito de una jubilación anticipada a un funcionario obediente con muchos años de servicio, conozco su nueva identidad, el país donde reside, puedo adivinar lo que ahora mismo hace, es simpático y amable, los clientes de su restaurante le aprecian mucho porque hace como nadie los pimientos rellenos de bacalao y la lubina a la sal, se ha emparejado con una mujer de allí y esperan un hijo.

Juan deja de mirar la carretera y me mira a los ojos. Veo en el fondo de los suyos el brillo de la locura.

—Todas las noches tengo la misma pesadilla. Sueño con ese maldito lince viene junto a mi cama como aquel día en la charca del Alemán y me dice con un gruñido el nombre del asesino antes de desaparecer entre las jaras.

XX

Dijiste:—Muchos volvieron antes o después de la muerte de Franco. Una vida entera esperando, con las maletas dispuestas, habitando la precariedad del viajero, sin hacer planes demasiado firmes, contemplando como cambiaba el mundo y su país se les iba deshaciendo en la memoria.

—HEMOS VUELTO.

Dimitri habla solo mirando desde la torreta con los prismáticos al lince.

—Han pasado más de quinientos años abuelo Moshé, pero no importa, aquí estamos otra vez, por fin en casa.

Mientras baja del mirador y se acerca a la garganta para meter las manos en el agua helada va pensando en como proteger a esa mujer que tanto se parece a la Olga Havel que él conoció, al nieto de Teodoro, al maldito gato.

Un escalofrío le recorre la espalda y se siente de pronto, por un segundo, débil, viejo, aterrado. Por primera vez en su vida, después de haber sobrevivido a tantas guerras siente miedo de no poder seguir, de haber pasado por alto algún detalle importante, de no tenerlo todo bajo control. No, ya no es el mismo de antes. Ahora siente escalofríos inexplicables aún estando al sol y bien abrigado, le tiembla el pulso cuando dispara contra las latas que bailan en el suelo y teme fallar, descubrir que alguno de los blancos no salta tras la detonación, que ya no es el mismo, solo un anciano cansado cada día más decrepito.

Por eso ha hecho avistar a Teodoro para que vuelva a reunirse con ellos.

—De nuevo la Hermandad junta. Los últimos.

Aunque falta Iker Elorza.

—Maldito cabezota.

Sabe que Teodoro ya no es el inexperto e ingenuo profesor de griego enamorado de una brigadista que él conoció en el Madrid del treinta y ocho sino un veterano hombre de selva que caza jaguares y duerme sin miedo entre las alimañas.

Pero no, ya no son la Hermandad, solo son cuatro ancianos casi centenarios, náufragos de un siglo que ya ha pasado, supervivientes en un mundo en el que ya no saben defenderse.

—¡No!, ¡todavía no estamos muertos!.

Él aún es Dimitri Snizek, General retirado del Mossad, Teniente de las Brigadas Internacionales, Capitán del ejército libre de Checoslovaquia, agente de la Haganah, no es el inocente y apacible industrial jubilado Gunter Böll que cultiva cerezas y frambuesas para distraer sus últimos años de vida.

Por la noche Snizek recibió por fin la llamada de su agente Dimas y pensó que aún había tiempo.

—¡Por fin jefe!. Sabemos de donde y quién es el comprador del bicho. Luego le envió el informe completo por e-mail. El lince se pagó a través de una empresa Argentina de la provincia de La Pampa que está en la ciudad de Puelches. La empresa se llama Ganaderías Gran Salitral. Los cinco socios de la empresa tienen permiso de armas y son cazadores, pero sabemos que ninguno se ha movido de la región en la última semana. La cuenta desde la que se ha transferido el precio es dinero B, la suele utilizarla empresa para pagar sus sobornos y sus favores. Lo extraño jefe es que el precio pagado es exactamente el mismo que el de salida en la subasta, hemos rastreado subastas anteriores y el precio final de compra suele ser un treinta o cuarenta por ciento superior al de salida, ¿por qué será jefe?.

—No me preguntes lo que ya sabes Dimas, que ya no estás en la escuela.

—¿Entonces debo suponer que solo es una señal?, ¿Qué el pago solo es un “enterado”? Por cierto, muy buenas las frambuesas jefe y saludos de los chicos. A ver si voy con la familia en vacaciones a hacerle una visita.

Pero esa noche ya es tarde.

El cazador aguarda en su puesto con el rifle a punto encima de un pequeño barranco que hace de embudo a una gran mancha de jaras en las que sus cámaras automáticas han fotografiado al lince. Desde el otro lado han soltado a tres perros para que batan el monte.

Olga, que está escondida observando al lince enfoca con su visor nocturno hacia aquel alto en el que ha escuchado un ligero roce no tarda en

descubrir al hombre armado. No se lo piensa mucho, sale de su escondite para asustar al gato y alejarle del peligro.

Y yo, mientras ocurre todo, la llamada de Dimas, el acecho del cazador, la tragedia a punto de consumarse, estoy conduciendo a toda velocidad de vuelta a Madrid. He acabado el artículo de las cigüeñas, tengo buenas fotos, sé que debo alejarme de ti, no volver a verte, eres feliz con tu sueño, tus naranjos, tu río, tus peces, tu mujer. Como periodista me parecen interesantes las vidas de esos viejos que he conocido, de ese Gunter o Dimitri o como diablos se llame que parece que se ha escapado de una novela de Le Carré o esa leyenda de alijos de armas escondidos en la sierra de la que me habló Helio. Hay material para escribir algún buen reportaje.

No sé aún que la historia será otra, que van a matar a Olga en unos segundos, que voy a volver a Jara al día siguiente, que todo tu paraíso se ha derrumbado, que tu Abuelo está atravesando ahora mismo el océano. No sé que este cuento será mi propia fábula, la de una mujer cansada, pequeña y cobarde que en su desesperación por salvarte se miente pensando que las palabras escritas pueden inventar la realidad, la de cuatro soldados casi centenarios que van a enfrentarse otra vez a un enemigo al que no vencieron sesenta años antes, la de dos mujeres que comparten la belleza, las ganas de cambiar el mundo, el nombre y el dolor que su recuerdo produce en los que las amaron.

Estoy muy cansada, deseo apagar el ordenador, pedir otro ron a la azafata y poder olvidarme de vosotros con la misma facilidad con la que se puede borrar ahora mismo todo lo que he escrito. Tan fácil, puedo pulsar dos teclas y ya está, no existís. Ya lo hicieron otros muchos antes que yo y no pasó nada, los borraron de la historia, olvidaron sus vidas, los eliminaron no sólo de esa Historia en mayúsculas que se escribe en los libros prestigiosos si no también en la otra, en la escrita en la memoria de carne de la gente corriente, como tú decías. Si lo hiciera ni siquiera seríais fantasmas que pudieran incomodar el sueño de los que os conocieron y aún viven o de los que oyeron hablar de vosotros. He descubierto tantas veces esa inmensa forma invisible de traición. Pero yo no soy tan valiente, necesito que existáis, quiero saber donde está Iker Elorza, qué descubrió Teodoro entre los papeles que se vuelan alrededor del cuerpo sin vida de Olga Havel, porqué Dimitri me envió a mi aquella caja llena de documentos, que siente Evaristo cuando te vigila de lejos para protegerte, porqué el lince, un lince, el último lince de esta tierra parece que es un duende que os visita para miraos con tristeza de fiera enjaulada como a hermanos, como si vosotros fuerais también los últimos de una especie a punto de extinguirse.

Este ordenador que tengo encendido mientras vuelo hacia ti, es mi pequeña y maravillosa máquina del tiempo, vuestras palabras me acercan a

vosotros, me hacéis perder una y otra vez el hilo de la historia para demostrarme que nunca hay hilo, solo voces que se cruzan, ecos que me gritan que sois verdad, que estáis ahí, que luchareis para que no os nieguen vuestro lugar en el mundo. Escribo, sueño, imagino, quiero creer que le devuelves a Teodoro en lo que has escrito, en las páginas que le has enviado junto al cráneo del cocodrilo que encontraste, su infancia entera de monstruos y aventuras y la promesa de descubrir quién hay detrás de la muerte de Olga, de la tuya y la suya, de Olga Cepeda, de Olga Havel.

Estoy esperando en la gran biblioteca. Dimitri me ha llamado esta mañana a la redacción y he sentido bajo sus palabras y su suave acento una sombra de exigencia inflexible:

—No debe irse ahora, debe volver y ayudar a descubrir porqué han asesinado a su amiga.

Ya he decidido volverme a Guatemala, esa misma mañana he hablado con mi jefa y con Ignacio. Yo también me he convertido en una exiliada que se me siente extraña en su antiguo país.

Te excusas nada más llegar.

—Siento haberla hecho esperar señorita. He estado en Yuste a hacer una visita a un viejo amigo.

Me estrechas la mano, te presentas, sirves un poco de licor en dos grandes copas.

No podía sospechar que habías ido a Yuste a visitar la falsa tumba del monstruo.

Dimitri conoce bien el lugar, deja aparcado el coche bajo los robles al otro lado de la carretera. Sobre el muro hecho de trozos bastos de granito hay una piedra oscura en la que se lee:

DEUTSCHER SOLDATENFRIEDHOF.
CUACOS DE YUSTE
CEMENTERIO MILITAR ALEMÁN

Es un sencillo cementerio de lápidas en forma de cruz clavadas en la tierra hechas de la misma piedra oscura, ordenadas en varias filas entre olivos centenarios. Nada que ver con los cementerios españoles —piensa Dimitri— llenos de nichos, lápidas de mármol, cruces blancas, estatuillas de cristos, fotografías del difunto, angelotes, frases rimbombantes.

Dimitri lee en voz alta y en perfecto alemán:

“En este cementerio de soldados descansan 28 soldados de la Primera Guerra Mundial y 154 de la Segunda Guerra Mundial. Pertenecieron a tripulaciones de aviones que cayeron sobre España, submarinos y otros navíos de la armada hundidos. Algunos de ellos murieron en hospitales españoles a causa de sus heridas. Sus tumbas estaban repartidas por toda España, allí donde el mar los arrojó a tierra, donde cayeron sus aviones o donde murieron. El Volksbund en los años 1980-1988 los reunió en esta última morada inaugurada en presencia del embajador de la República Federal Alemana en un acto conmemorativo hispano-alemán el 1 de junio de 1988. Recordad a los muertos con profundo respeto y humildad”

Snizek, casi sin darse cuenta susurra aquellas palabras sagradas en ladino que le enseñó siendo muy niño su abuelo:

—Que la Tierra os abrigue y no os olviden quienes os quieren”.

El viejo sonrío, precisamente él, que odia las religiones y se siente profundamente ateo, balbuciendo ahora oraciones judías ante la tumba de algún nazi cabrón. Pero sabe que no, que casi todos los muertos eran chiquillos de apenas veinte años. Pocos nazis hay aquí debajo de los olivos. Tal vez solo ese que ha venido a buscar. Ahí está su cruz, la prueba:

Rudolf Beumelburg
2-2-1910 + 9-5-1945

—¡Maldita sea! —grita en voz alta—.

Había leído hacía unas semanas un documento de tantos que le enviaba Dimas con rutinaria eficiencia. Dimitri era una enciclopedia viva que el Mossad tenía que seguir utilizando. También él, antes de retirarse había dado instrucciones claras sobre los temas específicos en los que deseaba seguir siendo informado. De unos años a esta parte, tras el desmoronamiento del bloque soviético se habían ido desclasificando miles de documentos de la NKVD y del KGB, muchos expertos de los servicios de información más o menos disimulados escarbaban con avidez entre millones de papeles ordenados de una forma incomprensible. El Mossad tenía dedicados a la tarea a muchos historiadores de diversas nacionalidades que en la mayoría de los casos ni siquiera sabían que trabajaban para el Estado de Israel. No sospechaban que la jugosa beca de la que disfrutaban para pasar unos meses en Moscú revolviendo papeles polvorientos salían de las oscuras cuentas del Servicio.

La ficha en ruso decía:

BIO: Rodolfo Fernández de Segovia, alias. Nombre verdadero Rudolf Beumelburg. Nacido el 2 de Febrero de 1910 en Berlín. Hijo del capitán de

artillería Franz Beumelburg y de la aristócrata checa Natalia Tichá. Licenciado en ingeniería y en ciencias químicas. Teniente de navío, agente del Abhwer en Madrid. Agente de la Gestapo en Madrid a las órdenes de Paul Winzer. Dado por muerto en 1945. Resucitado con el nombre español antes citado. Posible residencia en Argentina o en España. Desaparecido.

CLASIFICACIÓN: criminal de guerra no ejecutable. PRIORIDAD: ser arrestado e interrogado.

CARGOS: Suplantación de un soldado checo miembro del Partido de nombre desconocido. Falsificación de historiales políticos de Brigadistas leales durante la Guerra Civil Española. Responsable causal directo de cincuenta ejecuciones llevadas a cabo por agentes de la NKVD.

Y sobre el sucinto documento, escrito a mano, a lápiz pero sellado pro la NKVD hay otras palabras:

Muerto el 5 de septiembre de 1945, anexo certificado de defunción. Enterrado en Yuste. Pendiente verificación.

Verificación. Una lápida, un nombre, dos fechas, conocía bien esa apariencia de eficiencia con la que maquillaban los soviéticos sus chapuzas. Agua pasada. El funcionario de turno pensaría aliviado que al fin y al cabo las ejecuciones de leales comunistas gracias a las pruebas falsas aportadas por el tal Rodolfo le habían ahorrado al Estado unos miles de rublos, hubieran sido eliminados con toda seguridad a su regreso a la madre patria por Stalin, eran sospechosos de estar contaminados de ¿republicanismo?, ¿troskismo?, ¿anarquismo?, ¿amor por la libertad?, ¿gusto por el sol y el vino manchego?, eso si habían sobrevivido a la guerra. Pero alguien se tomó la molestia, pedir una copia de un certificado de defunción de un heroico nazi a un burócrata franquista no era fácil, además las palabras: *Enterrado en Yuste. Pendiente de verificación*, habían sido escritas algunos años después de aquellas que aclaraban la fecha de su muerte. Le resultaban familiares los apellidos, en otro lugar, por otro asunto, que ahora no recordaba.

Pero tenías que volver, habías quedado conmigo, la joven periodista amiga de Olga que estaba haciendo un reportaje sobre unos nidos de cigüeña negra.

Me dices:

—Yo soy de esta tierra, señorita. Soy de un pueblo cercano del que mi familia olvidó su nombre. Ahora que estoy aquí, con noventa y dos años recién cumplidos, después de haber leído tanto de este país que siempre me pareció tan extraño, de acumular unos miles de libros sobre esta tierra, sé

que mi llegada a España en el treinta y seis no fue una casualidad si no el impulso inconsciente de conocer nuestra antigua patria.

Dimitri se pasea por la biblioteca mientras yo estoy hundida en su sillón de lectura con una gran copa de balón entre las manos en la que me ha servido un coñac de cincuenta años.

—Saboréelo bien señorita porque este licor es historia, es un buen Luis XIII de Rémy Martin.

Lleva unos vaqueros, un grueso jersey de lana oscura de cuello alto y unas botas de monte, tiene la espalda recta, la mirada azul y brillante tras las gafas, solo la voz le tiembla.

—He querido donar la biblioteca al pueblo pero en el Ayuntamiento la idea no les ha entusiasmado. Será porque soy el forastero, el alemán, el judío. Peor para ellos.. ¿no conocerá a alguien a quién interese leer veinte mil volúmenes sobre España?. ¿los quiere?.

Se deja caer en el otro sillón gemelo que está más cerca de la chimenea y toma la copa entre sus grandes y nervudas manos.

Dimitri no pudo olvidar aquellas historias murmuradas en un idioma extraño que le enseñaba el abuelo Moshé. La descripción minuciosa que hacía de la casa grande con solana al sur en la que se secan los higos y las uvas, el patio lleno de macetas con claveles y geranios, el sonido del río igual que la risa de las mozas, el sabor de la miel sobre el pan tostado a las brasas y después una huida que no ha acabado desde entonces: Orán, Constantinopla, Sofía, Praga, una huida por siglos y ciudades que su abuelo nombra con palabras extrañas y esa llave negra que guarda como si fuera de oro en un desgastado paño de terciopelo rojo. —Es la llave de nuestra casa, por si algún día volvemos—. Eso decía el abuelo y el abuelo de su abuelo, evocando siempre las tostadas, el río, la solana, los geranios, España. — Recuerda siempre que tenemos casa en España, somos españoles—. ¿Demonios de viejo!, pensaba entonces. Solo después de la ejecución de Heydrich, cuando su pueblo entero fue arrasado hasta los cimientos en venganza, cuando el dolor le hacía a Dimitri desear el suicidio volvieron a sus labios esas palabras en ladino que no había convocado:

*“Tengo una casa donde el sol llena la rivera de flores,
igual que el rubor de tu piel mi amada,
tengo una casa grande allí donde la nieve no muerde los labios
y los higos maduran dulces en septiembre”*

—Si, Señorita Sara, yo también soy en cierto modo un español del éxodo. Hay quién dice que llegamos en el año 587 antes de Cristo tras la primera dispersión que hizo Nabuconodosor II Rey de Babilonia, éramos más españoles que todos aquellos cretinos que nos expulsaron. Después de

tantos años no se me han olvidado las palabras en Ladino que me enseñó mi abuelo.

Entonces no sabía casi nada de Dimitri Snizek, otro anciano más amigo de Teodoro, antiguo brigadista o algo así, era irónico que en el pueblo le tomaran por nazi, precisamente él que se había pasado toda la vida persiguiendo a los asesinos de su familia.

Entonces no supe por qué me ofreció su biblioteca, porque vivía en Jara, hasta qué punto era importante su voz en esta historia.

Entiendo ahora la inquietud de Dimitri envenenado por la certeza de que Olga y el nieto de su amigo Teodoro están en peligro. Al principio era una amenaza difusa, sin nombre, sin sentido, sus chicos del Mossad daban palos de ciego pero su intuición le grita que el lince es un pretexto, algo oscuro viene desde lejos atravesando en tiempo y la historia, un nombre, un rostro que le mira con arrogancia y se burla de su vida entera malgastada por dedicarse a perseguir monstruos, un desconocido que se ríe del esfuerzo y del sacrificio de tantos buenos chicos que solo han conseguido migajas. Hasta llegaron a dudar después del rotundo éxito de la caza de Heichman, tal vez fuera de verdad un doble el que secuestraron y llevaron a juzgar a Israel y el auténtico monstruo siguiera libre.

Esa tarde, compartiendo su licor y su tiempo, mientras me contaba con datos y pruebas cómo tras la guerra civil muchos nazis, verdaderos monstruos pudieron vivir cómodamente en España gracias al dinero y las riquezas expoliadas a su gente y gracias a la protección de los franquistas, o cuando me describía su inmensa desilusión ante la tibieza del Ayuntamiento cuando les ofreció regalarles la biblioteca, sentí hacia él la complicidad de quién reconoce a un igual, una parte de mí también guardaba la sangre de una tribu extinguida, una vida sin familia, una parte de mí quería a ese hombre que era capaz de embaucarme con su voz temblorosa y sus historias de espanto.

—Tu amigo es un buen chico. No te puedes imaginar lo mucho que se parece a su abuelo Teodoro.

Yo también soy ahora algo oscuro que viene desde lejos atravesando el tiempo y la historia, desentrañando las voces, reuniendo en mi memoria con el engrudo de la imaginación aquellos cuatro kilos de papeles que me envió Dimitri a mi casa de la calle Magdalena y que ahora descansan en el archivador oxidado de la policía o en algún basurero, perdidos para siempre después de haber sido buscados, ordenados, atesorados con mimo durante sesenta años.

Deseo creer que si los hubieras leído y estudiado como yo durante esas dos semanas dejarías de tener esas ideas absurdas de que las palabras escritas son siempre más frágiles que las que se dicen y recuerdan. En eso al

menos se equivocaba Snizek, en eso no te pareces a tu abuelo. Él sí creía que los papeles, tan frágiles y delicados, son más duraderos que la carne. Él sí pensaba que había cosas que era necesario decir, contar, escribir para que no las destruyera el fuego del olvido.

Iker Elorza atraviesa los huertos llenos de frutales y para el coche frente a la casa. Ahí está Jan Kràl o Antonín Ziska o Josef Rákosi o Pavel Májek esperándole vestido con las botas altas de salir al campo, una vieja cazadora de aviador y un sombrero gaucho. Iker no saca de inmediato la pistola que lleva en uno de los bolsillos del abrigo si no que abraza fuerte a aquel viejo compañero al que salvó la vida en la Ciudad Universitaria cuando le empujó hacia un agujero encenagado un segundo antes de que explotase una granada y Jan no tiene miedo del anciano al que salvó de morir ametrallado por un Messer en el Ebro.

—Eres un cabrón traidor y he venido a matarte —le dice Iker al oído con los ojos nublados por las lágrimas—.

—Te estaba esperando. Te he estado esperando durante muchos años —responde Jan al separarse—.

Iker se limpia los ojos y los clava en las pupilas grises de su compañero. Entonces saca el arma amartillada y apunta a la cabeza de su amigo a la vez que Jan saca despacio su Luger y alza el brazo hasta apuntarle al corazón.

Tanto tiempo deseando encontrarte frente a frente con Jan y apretar por fin el gatillo y ahora no puedes. Ya no es Jan si no un anciano al que le tiembla la mandíbula y le lagrimean los ojos sin poder evitarlo, un viejo igual que tú que apunta con una pistola antigua hacia una sombra en el pasado, tal vez su propia sombra.

Jan baja la pistola y le da la espalda a Iker.

—Dispárame o entra en casa a tomar un mate caliente. Yo tengo frío.

Así los veo, frente a frente un amanecer de mucha niebla en el que el sol no puede romper la tenue claridad lechosa.

—Quién buscas era un agente de Paul Winzer. —dice Jan mientras alcanza a su amigo una gran taza de humeante —Supongo que sabes que el agregado de la policía de la embajada y luego jefe de la Gestapo en Madrid contaba con una buena red de informantes desde antes del estallido de la guerra. Bueno, no tan buena porque lo cierto es que no se enteró del golpe de estado que preparaban los africanistas ayudados por la derecha más rancia y nosotros en cambio sí. Luego, durante la guerra, infiltró a varios agentes entre las filas de los Brigadistas. Yo también estaba infiltrado pero a las órdenes de Canaris, no de Himmler y también, durante un tiempo, como

agente doble, a las órdenes de tu odiado Orlov. Pero no busques otra explicación que la de ser un imbécil con ganas de aventura y emociones fuertes, aunque en aquel entonces estaba ideológicamente más cerca de Hilhelm que de Alexandr. Sé que había un agente del Abhwer llamado Rudolf que también era espía para la Gestapo. Nos encontramos varias veces en Madrid, la última vez para entregarle las órdenes de la ofensiva del Ebro. Descubrí que era un agente de Himmler porque siendo uno de los colaboradores más estrechos de Canaris, cuando en el cuarenta y cinco falló el atentado contra Hitler y ahorcaron a más de doscientos implicados, Canaris incluido, al tal Rudolf no le tocaron. Un año antes regresé a Madrid, ya era un proscrito perseguido a la vez por la Gestapo y por mis antiguos camaradas de la NKVD, había muchas posibilidades que la gente de Winzer detectara mi presencia y me mataran, en Madrid conocía a un alto ejecutivo de Skoda que debía favores a mi familia y había prometido prestarme ayuda para salir de Europa. Habíamos quedado en encontrarnos en L'Hardy pero no se presentó, salí del lugar con alivio porque en media hora que había estado en el local había podido reconocer a dos alemanes de la embajada y en la salida me reconoció a mí un antiguo combatiente republicano que ahora, envejecido y descalzo, vestido con harapos pedía limosna a la puerta del restaurante. Caminaba hacia la Puerta del Sol cuando alguien me tomó del brazo y me advirtió:

—Si deseas seguir viviendo no mires, sigue caminando.

Noté que introducía algo en el bolsillo del abrigo antes de darse la vuelta.

—Siga caminando y no se detenga hasta la plaza de la Ópera.

Siempre he sospechado que aquel tipo era Rudolf. En el paquete había un pasaporte inglés en regla, salvoconductos para salir del país, un pasaje de barco a Buenos Aires y un pequeño saquito con diamantes. Quiero pensar que no me entregó a su jefe por los viejos tiempos o porque yo de alguna forma le comprometía.

—Claro que recuerdo a Paul Winzer —responde Iker— su gentuza en comunicación con la policía franquista y la Gestapo en Francia habían capturado y repatriado a Zugazagoitia, a Compays, a Peiró y a otros muchos republicanos que fueron fusilados, asesinados tras juicios de patraña. Yo le vi en Madrid después de la guerra.

Entonces Iker no había perdido por completo la esperanza, aún creía que las cosas iban a cambiar, tenía la certeza de que los aliados ganarían la guerra y con un poco de suerte irían también por Franco. En el cuarenta y tres Iker, Jan y otros republicanos expertos en moverse por la montaña llevaban varios meses dedicados a pasar por los Pirineos a pilotos aliados y a judíos perseguidos, jugando al gato y al ratón con la policía de frontera Francesa y Española y la Gestapo. Fue entonces cuando desaparecieron sin

dejar rastro aquel grupo de judíos de Lyon que guiaba precisamente Jan y un francés llamado Alex Sanz Maus. Poco después la policía capturó a casi todos los pasadores y los pocos que escaparon huyeron a Londres. Al acabar la Guerra Mundial Iker Elorza bajó hasta Madrid sin otro motivo que volver a las calles en las que había luchado unos años antes e intentar visitar su casa y la tienda de su padre. Fue al salir de la tienda cuando sus ojos se encontraron con los de Paul Winzer y su esposa Lieselotte. Había escudriñado muchas veces los ojillos miopes y la mueca minúscula de su boca en las fotografías que tenía la Resistencia. Le habían asegurado los ingleses que aquel tipo había muerto de un disparo en el sur de Francia. Al final de la guerra los Aliados presionaban a Franco para que fueran entregados los nazis refugiados en el país y Winzer huyó en avión pero los aliados obligaron al aparato a aterrizar en Francia. Sin embargo Iker le había visto paseando tranquilamente por las calles de Madrid con su mujer. Cuando Regresó a Londres se puso en contacto con un conocido que trabajaba para la OSS para denunciar al criminal. —Te habrás equivocado, en su expediente consta que fue tiroteado y muerto en Francia y que el suceso fue presenciado por dos testigos, te abras equivocado, todos los alemanes se parecen.

—Si —dice Jan—, es posible que siguiera vivo. Los aliados dejaron en paz a muchos nazis a cambio de información, de secretos tecnológicos o atómicos. Yo logré llegar a Argentina, compré estas tierras e intenté olvidarme de todo. Nadie conoce aquí mi pasado, yo también creía haber olvidado hasta que recibí tu libro. Si, es cierto que presioné a Olga Havel para que espicara a Miaja para nosotros, pero cuando me dio los documentos del Estado Mayor sobre la ofensiva del Ebro hubo algunos documentos que no entregué para que pareciera que las fuerzas que se estaban preparando eran mucho menores de lo que en realidad serían y después pedí ir a esa ofensiva, a primera línea para luchar con vosotros y rompí el contacto con los alemanes. Tal vez también fuera a la batalla por afán de aventura, pero lo que viví aquellos días me cambió para siempre.

Le miras atizar el fuego de la cocina y arrimar la tetera al fuego para el mate. No se ha quitado la vieja cazadora ni el sombrero. Habla despacio, sin pesar, casi aliviado de compartir el amanecer con alguien de entonces.

—Fueron los mejores años de mi vida. He vivido hasta hoy de los recuerdos. Nunca tuve amigos más leales que vosotros malditos anarquistas.

No han cambiado sus ojos, son los mismos de aquel brigadista arrogante al que saludas por primera vez bajo la luz oscilante de un carburo en el refugio de la calle Ruiz, el mismo que bebe aguardiente de ciruelas en el pequeño bar que está cerca de Chicote o en el café del Arco en Praga en el que comprasteis aquellas armas para organizar una guerra de guerrillas

contra Franco, el mismo que apunta con viejo rifle de caza a un avión que baja en picado para ametrallaros, el mismo que atraviesa los pasos del Pirineo cegados por la nieve sin atarse la cuerda, pisando fuerte el suelo para que los demás le atravesemos sin peligro, el que se encara el Mosin cuando se ven los rebecos, el traidor que envía a sus camaradas a las checas de Orlov, el traidor que entrega información a los Alemanes y a Franco. El compañero que viniste a matar, a asesinar por ser un monstruo abominable al que ni siquiera movían los ideales fascistas si no el puro peligro, la pura aventura de una maldita guerra. Tu amigo.

—Yo no tuve nada que ver con la muerte de Olga —te dice— aunque estuviera celoso de Teodoro, a pesar de contarle que nuestro maestro de guitarra estaba en manos de los chicos de Heidrych y así poder coaccionarla hasta el punto de estar dispuesta a traicionarnos a todos. No hay mayor infamia que aquella. El viejo gitano nos contaba tantas cosas de España que acabamos amando vuestra tierra remota, él fue el culpable de que fuéramos a tu tierra, luchar contra el fascismo era casi un pretexto, la excusa perfecta para conocer España, ese país de lagartos, sol, flores de jara, cerezas, caminos de polvo de los que tantas veces nos habló Jacinto. Yo también seguía amando a aquella mujer, igual que Teodoro, igual que tú y tu amigo Evaristo porque ella era de verdad, creía de verdad en una República de hombres y mujeres libres, una patria justa, una España que caminaba por fin hacia el progreso, precisamente ella, una joven checa de cabello oscuro y piel blanquísima que hablaba español con un acento extraño y nos abroncaba por fumar o por no habernos afeitado. Ella era para todos nosotros el alma de la España que soñábamos, aquello por lo que merecía la pena luchar, Olga conocía los secretos de esta tierra, los había descubierto de niña entre las manos duras de un viejo fugitivo y después en el cuerpo de Teodoro, en sus cuentos por la radio, en vuestro anarquismo práctico. No, yo no sé quién mató a los refugiados judíos que llevamos a España, nosotros les dejamos en manos de otros pasadores ya en territorio español. Te ayudaré a Buscar a Rudolf. Conozco aquí a otros hacendados, son unos venerables hijos de puta que siguen reuniéndose para celebrar el cumpleaños de Hitler y no les importa hablar de su pasado de gloria cuando están entre camaradas y no hay extraños delante.

Te ofrece un mate y se vuelve hacia el fuero para no mirarte.

—Puedes matarme ahora, ya he vivido más años de los que hubiera deseado. Mejor así que morir agotado de respirar, inmóvil en la cama mientras sientes que tu cuerpo se deshace.

Sacas la pistola del bolsillo y la dejas sobre la mesa junto a la Luger.

—Me hubiera gustado tener una casa como esta —dice Iker— y un horizonte al que mirar cada mañana, una memoria como la tuya en la que el olvido fuera fácil y que otro me ahorrara el terror de tener que suicidarme.

Todos han vuelto o piensan volver pronto a España, a Jara, a ese pueblo de Evaristo y de Teodoro en el que siempre ocurrían las historias que contaba por la radio. Todos van a volver menos tú y Teodoro, él también a logrado vivir a su modo en una casa confortable con un horizonte propio al que mirar. Estuve con él hace apenas una semana, todavía tiene familia en España, un nieto, pero él no volverá nunca. Si le vieras ahora viviendo en medio de la selva.

Cuando Iker Elorza sale de Finca Alianza y acelera el coche sueña con ir también a vivir a Jara estos últimos años que le quedan, calentarse otra vez al sol de España, ¿porqué no?, tal vez escribir un libro sobre como persiguió a un traidor, comprobar allí que de alguna forma, al final, ellos han sido los vencedores de aquella guerra y da igual la infamia y el olvido que sufre el anarquismo. Sonríe, después de tantos años sonríe con ganas pensando en la cara que pondrán sus compañeros cuando le vean aparecer en el pueblo. Nadie hubiera dado un duro entonces por aquel grupo de milicianos derrotados y miserables que caminan agotados por la carretera de Port Bou hacia la frontera.

—Pero seguimos vivos, viejos pero vivos, hemos sobrevivido a todo y además nuestras ideas son las ideas de la gente corriente, ideas que los jóvenes consideran derechos de siempre, ideas justas, cotidianas.

En cambio Franco, el tipejo que acaba de morir, tiene la certeza de que será recordado como una extraña criatura, un pequeño monstruo fatuo de voz atiplada que los españoles ya desprecian, dentro de poco harán chistes y le enterrarán muy hondo en el olvido. Los que vengan después, ese nieto de Teodoro, no podrán creerse que aquel individuo, sus pocas ideas y sus compinches pudieran haber mandado en España tanto tiempo.

Hay mucha niebla. Iker tiene que pegar un frenazo para no chocarse con la vaca muerta que hay en medio del camino. Se baja del coche todavía sin entender. No oye los tiros, solo siente el dolor, solo escucha una música de guitarra remota y familiar, una voz que canta a lo lejos, la de Olga Havel de niña:

*“los toritos vienen,
los toritos van,
los toritos vienen por el arenal”*

Jan si escucha a lo lejos los dos tiros en el silencio del amanecer y sale corriendo de su casa y no para de correr esos dos kilómetros que separan la puerta de la hacienda del cuerpo ya sin vida de su amigo. Se derrumba junto a él sin aliento, le abraza y su grito recorre la llanura como el aullido ronco del aguará.

XXI

Me dijiste: —ese lince no es sólo un gato grande, es una forma de mirar el mundo, de contemplar el campo no como un paisaje o un jardín si no como nuestra única casa. Eso me enseñó Olga.

EL CAZADOR LIMPIA A CONCIENCIA SU REMINGTON, ajusta el visor y apunta hacia la pared izquierda, su preferida, decorada con los trofeos de los felinos. El resto de animales, del elefante al búfalo, los antílopes, los jabalíes, los venados, los osos, le parecen animales previsibles, de costumbres fijas y tiro fácil, en cambio los felinos son casi humanos, aparecen de pronto sobre el cebo sin saber por donde llegaron, te miran a los ojos, desafiantes y un segundo antes de que te encares el arma desaparecen. Los felinos son de verdad las fieras, los únicos animales que los hombres primitivos temían.

Con apenas catorce años ya cazaba los pumas que atacaban a los terneros en la cerca que lindaba con el bosquecillo de ombúes, solo, sin su padre, encaramado a un chañar o un algarrobo con una vieja carabina de palanca del treinta aguardaba horas y horas hasta que aparecía el gato. Una vez un viejo puma herido se fingió muerto y al empujarle con el pie para voltearlo se revolvió y le hirió seriamente en la pierna. Su primer jaguar le cazó en el norte del país, los otros dos en las selvas de Brasil, Fue duro correr entre espinos tras los perros durante horas hasta que el animal agotado se aculó entre las raíces de un árbol y pudieron dispararle. El único tigre en cambio fue demasiado fácil, los guardas colocaron un carnero en una hondonada del río Amur y a la media hora apareció la gran fiera que sin mayores preámbulos ni desconfianzas se aproximó al cebo, lo mató de un zarpazo y comenzó a devorarlo allí mismo. Era un hermoso tigre de casi

trescientos kilos, fue más difícil y caro transportar la piel y la cabezota desde la India hasta Argentina que el soborno a los guardas forestales.

En la pared, clasificados por regiones del mundo tiene Leopardos, Güepardos, gatos dorados, patinegros, andinos, monteses, servales, caracales, chivíes, marguays, un yaguarundí, varios lince canadienses, rojos, boreales, cuatro leones, una pantera nebulosa y su última pieza, su adquisición más preciosa cuya cabeza aún no adorna el lugar de honor que le tiene reservado, la gran señora, la Irbis o pantera o leopardo de las nieves. Casi tres meses pateando barro helado en Mongolia y dos dedos del pie amputados, el animal se dejó ver poco antes de que se desatase la peor ventisca de la temporada, se perdieron luego hasta los guías. Encontraron al animal agazapado en un saliente a unos veinte metros, fue un tiro limpio en la base del cuello, el viento rugía unos minutos después igual que la pantera, uno de los guías perdió pie en un paso y se despeñó, el otro aterrado no paraba de repetir que la pantera estaba maldita y que debíamos enterrar su piel en la nieve para que la tormenta se apaciguara. Tuvo que apuntarle con el rifle para que continuara andando.

Pero también hay otro hueco en la pared que espera llenar en pocos días, en este caso no tendrá que dormir en pestilentes gers ni comer sebo y leche fermentada, será tratado a cuerpo de rey por un hacendado español, invitado de honor de un viejo amigo de su padre de los tiempos gloriosos de la guerra española.

Veinte años antes, recién cumplidos los dieciocho, su padre le había regalado este pequeño Remington. Cómo olvidarlo. Aquella noche su padre le llamó a su despacho.

El Señor Rodolfo, como así le llaman sus empleados sostiene entre las manos una foto. Una ampliación borrosa y en blanco y negro de un hombre de unos sesenta años que abre la puerta de un taxi. Hasta hace pocos días Rudolf apenas era una sombra, nadie, un hombre con suerte que ha caminado entre los cristales rotos de la historia sin cortarse, sin hacerse un rasguño. Sólo Dimitri me habló de él y en aquella caja de papeles que me envió a Guatemala recuerdo vagamente una breve ficha de la antigua NKWD, la foto de un nombre grabado en una cruz de granito oscuro entre olivos y sin embargo ahora, sin saber de donde viene, escucho su voz agazapada en el barro más sucio de mi imaginación. Si, hubo muchos traidores, muchas sombras, muchos Rudolf que salieron indemnes de la guerra, monstruos escondidos en sus nuevas vidas de hombres de negocios respetables, aburridos hacendados, ciudadanos amables y cordiales de muchos países de América del Sur. Las primeras veces que hablé con Eva estaba seguro que el tal Jan había sido el traidor, estaba claro que Iker Elorza había descubierto de alguna forma su paradero y había ido a por él para matarle pero en la última entrevista ya dudaba.

—Si —dice Evaristo— tal vez Jan, un cabrón, aún le veo en pie, apuntando su rifle de caza contra el Messer. Habla con Dimitri, yo ya no tengo nada que contarte, él sabe más que yo de esa infamia, se ha pasado cuarenta años acumulando pruebas, desenterrando historias, persiguiendo a esos tipejos, monstruos los llama él, venerables abuelos sin memoria que habían sido antes ejecutores precisos, criminales minuciosos, torturadores científicos, seres humanos que fueron capaces de hacer todo aquello que ni siquiera podrías nunca imaginar porque hoy es innombrable, el horror. Pregunta a Dimitri, él confía en ti, pequeña, dice que tú eres también como nosotros una especie en peligro de extinción, la última de una stirpe.

Pero hoy, cuando toca escribir otra vez de Jan, mientras cartografió este mapa, según voy anotando minuciosamente los lugares de esta geografía del mundo, trazando las rutas, los caminos, los nombres, se va formando en el plano un lugar en blanco, un espacio vacío, un pozo de tiempo, un abismo lleno de silencio en el que el cartógrafo desea no indagar, la trampa más fácil de los cartógrafos antiguos sería llenarlo con un adorno, una filigrana, tal vez una pequeña rosa de los vientos, el dibujo de una mitológica serpiente de mar o una ballena que le permita disimular allí su incompetencia o su temor. Aquí no tengo pruebas, ni intuiciones, ni voces de otros murmurando su verdadero nombre, sus rasgos, su olor, solo el recuerdo de aquella ficha amarillenta. Rudolf, solo un nombre sobre una lápida gris entre los olivos de Yuste, una sombra que se escabulle camino de la embajada por las calles del Madrid del treinta y ocho, el joven agente de Canaris que apenas disimula su asombro cuando le comunican que Hitler ha sufrido un atentado, que no se inmuta cuando detienen al Almirante, ni cuando van cayendo uno a uno los nombres de los oficiales que aparecen en las notas de Canaris, ni cuando ahorcan despacio al jefe del Abwehr, ni cuando tiene la certeza de que la guerra ya está perdida y pronto llegarán los americanos o los rusos a Berlín. Entonces decide volver a España. Vivirá un tiempo en las afueras de Madrid, en una pequeña finca que ha comprado cerca de un pueblo llamado El Berrueco gracias a los diamantes y otras baratijas que confiscó a unos judíos de Praga y que un buen amigo Español se encargó de guardarle por si llegaban malos tiempos. Hasta aquí los datos de Dimitri. Pero algo o alguien le hizo huir de nuevo, tal vez descubrió que le buscaban los yanquis o los rusos o un fantasma. Ese mismo fantasma que hace dos días ha fotografiado un eficiente funcionario argentino al salir del aeropuerto, el mismísimo ministro del interior le ha enviado una copia con premura, los favores con favores se pagan.

Hace ya muchos años que eres Don Rodolfo Casares, nacido en Paraguay, ganadero, empresario, amigo personal de Emilio Massera, de Lopez Rega y otros gerifaltes de la Triple A y ahora la historia volvía a

nombrarte, volvías a llamarte Rudolf Beumelburg, nacido en algún pueblo de los Sudetes, espía, nazi, amigo personal de Canaris al que traicionaste por Heydrich “cara de rata”.

Cuando su hijo entra en el despacho, Rudolf no se anda con rodeos.

—Este tipo vendrá hoy o mañana a matarme.

Es un chico despierto, inteligente, resuelto, acaba de dejar los estudios y ha comenzado a trabajar en la hacienda y a llevar algunos negocios de su padre. Para él no es ningún secreto su pasado como teniente en el ejército alemán, su participación en la guerra de España y luego en el frente del Este. Para él su padre es un héroe.

—Mírale bien, hijo, es un anarquista peligroso que lleva toda la vida persiguiéndome. Se avecinan tiempos difíciles aquí en nuestra tierra, tiempo de decisiones, de defender lo nuestro, los subversivos, los anarquistas cada día tienen más cancha, tarde o temprano, como siempre, los militares tendremos que defender esta nueva patria que es Argentina con las palabras y los hechos, si yo muero, espero que seas digno.

El joven no entiende gran cosa, solo intuye y cree ciegamente en su padre, por eso le acompaña esa madrugada en la camioneta. Cien kilómetros de carriles sin marcas ni señales hasta llegar a oscuras a la entrada de piedra de una hacienda en la que está grabado en un tablón de roble el nombre “Finca Alianza”. Esconden el vehículo tras una pequeña ondulación y aguardan agazapados sobre la loma, amanecerá en apenas media hora, un ñacurutú grita a lo lejos, siente frío, su padre le dice que prepare el rifle, entonces escucha el sonido de un coche que se acerca, atraviesa el portal y sigue camino hacia la estancia que se ve a lo lejos detrás de los primeros campos de frutales. Solo ha sido un segundo en el visor de su rifle, la silueta de un hombre de pelo blanco inclinado hacia el volante y la voz de su padre.

—Es él, es el maldito Elorza.

Comienza a amanecer y la niebla sube del arroyo, cuando el coche está lejos Rudolf coge la camioneta, vuelve al camino y descarga la ternera muerta en medio, los minutos pasan largos.

—Sólo espero que se lo cargue ese cabrón renegado de Jan y nos ahorre el trabajo.

Una hora después las luces del pequeño utilitario atraviesan apenas la niebla, el frenazo hace derrapar el coche, el hombre se baja y la voz de su padre en el oído.

—¡Dispara ahora!, ¡Dispara!

Veinte años han pasado desde entonces, no sintió nada, fue igual que disparar al blanco.

En el aeropuerto de Barajas le esperaba un taxi para llevarlo hasta la finca de Edelman.

—Es un buen y viejo amigo que me debe favores —le dice su padre— creo que hace ya casi veinte años que no estamos en contacto, pero hicimos buenos negocios juntos en los años cincuenta con la exportación de carne, entrégale esta carta de mi parte. Ya es casualidad que el venda la caza y tu estés tan interesado en ese trofeo. Buena suerte.

El sobre estaba abierto y, aburrido durante el vuelo, el cazador leyó la misiva:

Querido Angel: Espero que la salud y los negocios vayan bien a pesar de los cambios terribles que se produjeron en tu amado país tras la muerte de nuestro recordado Generalísimo. Yo vivo en paz y con cierta tranquilidad mis últimos años a pesar de la crisis que vivimos acá, gracias a mis inversiones en México y a mis ahorros, no puedo quejarme. Cuídame al chico, la caza para él es más que una afición, una pasión, un veneno. Ya me comentaste por teléfono que ese gato te está dando problemas, espero que mi hijo te lo solucione, ya intentó cazar uno otras dos veces en el sur de España pero no pudo ser, como dicen allí a la tercera va la vencida. Me dijiste que ahora viven en tu pueblo tranquilamente aquellos mal nacidos anarquistas contra los que luchamos en la Gloriosa Cruzada, eso es la maldita democracia. Por aquí vino uno hace ya varios años a visitar nada menos que a mi antiguo camarada Jan el maldito renegado, pero no fue él si no yo quién le dijo que dejase de molestar para siempre, tu me entiendes.

Un abrazo fuerte de tu camarada.

Rudolf.

Un veneno.

Edelman se siente afortunado, va a complacer a un viejo amigo de aquellos tiempos que fueron los mejores, cuando se sentían y eran los dueños del mundo, recién acabada la Cruzada, a punto de comenzar la Segunda Gran Guerra que limpiaría por fin el mundo de indeseables, cuando eran jóvenes, fuertes, casi inmortales.

Mas esos tiempos han pasado, los historiadores marxistas y los judíos se han encargado de tergiversar la verdad, piensa Edelman. Pero ahora importa el presente y los camaradas se ayudarán una vez más, él ofreciendo al hijo de Rudolf la posibilidad de cazar un lince y el joven eliminando a una alimaña que le está produciendo dolores de cabeza con solo pensar en ella.

El cazador no quiere descansar del viaje así que ambos se montan en el todo terreno y se dan una vuelta por los carriles de la dehesa, discuten sobre los lugares más adecuados para preparar los guardos, la necesidad o

no de colocar algún conejo vivo como cebo, el peligro de que la Guardia Civil pueda molestarle.

—Nada —replica Edelman— por eso no te preocupes, aquí cuando entran avisan con un día de antelación, pero quien nos esta jodiendo es una niñaata ecologista que se me mete en la finca por la noche para hacer fotos al gato, como la trinque le vamos a dar una manta de hostias que no va a conocer ni su padre, pero la delincuente entra por el río, por una finca que linda y que es propiedad de un alemán jubilado, encima corren rumores por el pueblo de que es judío, no, si al final siempre tienen que estar envenenado las relaciones de la buena gente que les acoge.

El cazador habla poco, está más preocupado por estudiar a fondo el terreno, descubrir alguna huella fresca, tal vez una piedra de lince o los rastros de alguna comida reciente. Ha estudiado a conciencia todos los libros que ha encontrado sobre el gato, sabe de memoria cual son sus costumbres, sus hábitos, sus debilidades. Si, sería ideal colocar algunos conejos atados en dos o tres lugares, en su equipaje se ha traído varias cámaras automáticas que disparan la foto en cuanto algo pasa delante del objetivo así podrá estar seguro de que quién devora los gazapos es el lince y no una zorra, una gineta, un gato montés o un búho.

El cazador sueña con el momento en el que tendrá la mirada del lince en el visor de su rifle, esa emoción que hace que su corazón se le salga por la boca y tenga que respirar despacio y controlar su pulso antes de apretar el gatillo. Quiere hacer las cosas despacio, a conciencia, no hay prisa, ni peligro, desea disfrutar de cada momento de campo, de este primer paseo de inspección y de los que le seguirán por la tarde y de la tensión de mañana al revelar las fotos con sus propias manos e ir viendo como la magia de la química hace aparecer poco a poco en el positivo un silueta, un fantasma, un sueño, un lince sorprendido cuando se estaba acercando a un extraño gazapo que no huye ante su presencia.

Un veneno delicioso. El último gato que le faltaba a su colección, un auténtico y salvaje lince ibérico de barbas blancas y pinceles negros en las orejas, el último de su estirpe, el cazador sabe que en cinco o diez años se habrán extinguido y ya nadie podrá cazar jamás uno libre y salvaje como aquel.

—Cazar no es matar —murmura Evaristo lleno de rabia—.

El furtivo, también es como el gato el último de una estirpe que vivió de la caza como antes lo había hecho su Bisabuelo Esteban, el abuelo Ramón, su padre, él. Una arroba de carne de venado por media de harina y

dos quesos, seis perdices por un traje de pana casi nuevo, un barril de truchas en escabeche para el médico que siempre hay que estar a bien con el matasanos. Tiempos duros de mucha hambre, pero no para los suyos, en casa siempre hubo un poco de tocino, una buena hogaza, unas buenas ristras de tasajos empimentados de montés o jabalí colgando en el desván.

Pero ya no, sus tiempos de cazador profesional están muy lejos, toda una vida de apátrida en Londres sin haber tocado un arma le han convertido en un anciano gentelman.

—Ahora cazo para engañar al insomnio, para salir del pueblo y escuchar los ruidos del campo, sentir como el corazón aún se me sale del pecho cuando escucho los bufidos de un guarro, cazo con la esperanza de que alguna noche me muera de repente que no me encuentren y que me coman los buitres y las hormigas.

—No me jodas Eva, —dice Dimitri— cazar es matar tarde o temprano y ahora tenemos a un tipo que ha pagado unos miles de dólares por matar a un lince, para tener la cabeza o el pellejo de un bicho disecado junto a los otros despojos de su colección de carroñas. Va a venir, si no ha venido ya alguien desde Argentina para matar a nuestro gato y nosotros vamos a impedirselo.

Cazar no es matar, si lo sabrá él, que ha cazado y matado tanto, reses cuando era furtivo y personas en la guerra, cazar es otra cosa, un instinto extraño que le hormiguea por todo el cuerpo, una forma de oler el campo, de mirar, de sentir. Pero no va a discutir ahora con Dimitri. Él no sabe que otros furtivos, gente también de la Hermandad como Heliodoro salvó del hambre a la mujer de Teodoro, a su hijo y a otros muchos desgraciados durante la posguerra.

Al principio, cuando Heliodoro estaba en Madrid fue su propio padre a pesar de que ya estaba bastante viejo para andar trampeando y metiéndose en el río para manear truchas. Nunca trabajó el viejo tanto como entonces para ayudar a las familias de los desaparecidos, los paseados, los presos cuyo único crimen era haberse significado a favor de la República. El Zorrero pone lazos a los conejos y a los jabalíes, roba aceitunas, hojea nidos de rapaces y ata los picos de las crías para que no se coma los pájaros que el luego coge de los nidos, recolecta cañamones, castañas, madroños, cardillos, tallillos, moras, criadillas de tierra, niscalos, galapiernos, amanitas, espárragos, caracoles, pone el trasmallo a los peces, envenena las lagunas con torvisco y piedra lumbre. Caza nutrias, ginetas, zorros y lince para vender luego las pieles hasta que los falangistas le pegaron una paliza y le metieron en la cárcel por ser el padre de un anarquista.

A la abuela y al padre de tu amigo, entonces un niño de teta, no le faltó que comer. El último invierno de la guerra el chiquillo cogió la gripe, era cinco o seis de enero y el Zorrero llevó de madrugada dos grandes cajas

de naranjas a casa de Ramona, “*de parte de los Reyes Magos*”, podía leerse sobre un trozo de papel clavado en la caja. Si, Dimitri es muy sabio y ama el campo pero no como Eva o Heliodoro lo aman, como quiere el campo aquel que ha logrado vivir de sus frutos y de sus bichos en los tiempos más duros de la historia de España. No, par Dimitri el campo es sobre todo un lugar vacío de hombres y por tanto de maldad.

Olga cuidaba de aquel gato grande que casi era un fantasma, unas pocas fotografías mal enfocadas, unas huellas de las que sacaba moldes y miraba una y otra vez como si detrás de aquellos pegotes blancos pudiera leerse algún misterio fabuloso.

Me contaste que aquellos días no daba explicaciones, se marchaba al campo con su equipo fotográfico y su red de camuflaje. Igual podía volver a las cuatro de la mañana o al día siguiente sin haber visto al lince. Se derrumbaba en la cama o se quedaba dormida sobre el teclado del ordenador mientras anotaba los datos del aguardo. Otras veces, muy pocas, cuando volvía se le escapaba una media sonrisa con los buenos días y se encerraba el baño a revelar los carretes.

—Hoy lo he visto.

Poco más nos contaba. Así era su vida, gatear entre las zarzas y las jaras, desmenuzar las heces del lince con los dedos e ir separando huesecillos y pelos que clasificaba como si fueran joyas, quedarse dormida en la casilla derruida junto a la garganta como otro animal salvaje de la dehesa.

—Cómo no amarla —me dices— ella protege el mundo, hace que amanezca igual, que casi nada cambie, gracias a ella los mitos y las leyendas eran todavía animales reales. Cómo no amarla derrumbada sobre la cama, los ojos entrecerrados, la respiración profunda de quien no teme nada o más tarde cuando nos ve llegar a Nasser y a mí del río de intentar pescar aquel pez enorme que mi amigo jura haber visto varias veces.

—Vaya dos inocentes, ahí va a estar el pez, seguro que era un palo medio hundido, os lo digo yo, palabra de bióloga.

Y se burla de ti que te conoce desde que teníais quince años cuando te llevabas la caña esos días de junio en la que le enseñarle a pescar a los arenales escondidos del Tietar y a buscaros mutuamente los huecos del deseo.

Así era Olga. Todas las mujeres que se llaman Olga de tu vida, Olga Havel, rubia, delgada, alta, de labios finos y mirada transparente; Olga Cepeda, morena, llega de formas, de labios rizados y mirada oscura; casi idénticas, con esa misma voluntad de hacer mejor el mundo o de creer en las grandes palabras.

Hoy es dura la ironía del azar. Abuelo y nieto han perdido a la misma mujer casi de la misma forma y soy yo ahora quien recuerda a las dos, quien las ve tan seguras y tan valientes, no como yo, siempre dudando, siempre asustada, con temor a perder lo poco que poseo.

Olga Cepeda salió esa tarde como otras tantas en busca de su gato. Preparó las cámaras, el visor nocturno, el cubreolor, la malla de camuflaje. Estaba preocupada porque hacía una semana que no había logrado ver al lince. Tú estabas entusiasmado con aquella cabeza gigante de cocodrilo que habías desenterrado en medio de la huerta y por intentar pescar el pez fabuloso que juraba y perjuraba haber visto Nasser en un recodo del Tietar. Te inquietaba también aquel asunto de tu abuelo, la sospecha o intuición de que tal vez no hubiera muerto bajo los escombros de una casa bombardeada y que hubiera sido él y no tu padre quién había escrito la historia que habías publicado con tu nombre. La vida entonces te parecía dulce, tranquila, suave, te sentías muy seguro en tu perfecto mundo de naranjos, ríos y amigos alrededor de la chimenea bebiendo té moro o vino de pitarra, asando unas castañas o unas morcillas de calabaza.

—No quiero saber nada de Madrid ni del resto del mundo —me habías dicho con arrogancia—.

Tenías en tu mano un horizonte, una casa de madera, el amor de tu adolescencia y una novela de éxito.

—Nunca he soñado con tener tanto —me confiesas—.

Pero luego, muy pocos días después de nuestro reencuentro, se borró tu idílica línea del horizonte con el asesinato de Olga y la aparición de tu abuelo.

Me llamaste a Madrid.

—Tengo que pasar unos días, tres o cuatro, una semana como máximo, necesito alejarme de Jara —balbuceaste al teléfono—.

Los amigos habíamos acordado reunirnos en el bar La Madriguera. Brindar por Olga, hacer ruido en los medios de comunicación sobre su trabajo, los linceos en peligro, llorar juntos, asumir que ella ya no estaba aunque aún nos pareciera imposible.

Entonces no podía ni imaginar que tú también estabas en peligro, que detrás de ti estaba la sombra de una extraña venganza atravesando décadas, fronteras, generaciones, un espectro sin nombre que había estado esperando más de sesenta años para saltar sobre ti. Ni sabía que cinco viejos vencidos, supervivientes de la historia, casi centenarios, últimos miembros de La Hermandad se habían vuelto a reunir para defender un último sueño y también tu vida, Tú ignorabas el delicado mecanismo de relojería que de alguna forma habías puesto en marcha cuando decidiste publicar aquel rimero de páginas que encontraste en el escritorio de tu padre.

A mí entonces solo me importaba que estábamos de nuevo juntos, que tu cuerpo era dulce y no echaba de menos mi casa de la Calle Magdalena ni el paisaje de los volcanes de Guatemala. No sabía que solo unas semanas después volvería atravesar el Atlántico de nuevo sola con la memoria llena de nombres, que todos vosotros vendríais a visitarme dentro de una caja de cartón entre los papeles, recortes, fotografías, recuerdos que fuisteis acumulando durante vuestras vidas. Nada os pedí, no sé qué visteis en mí para que me elegierais. Siempre me sentí libre de raíces, de compromisos o herencias. Soy la última de un pueblo extinguido,

—Quiero contarte un secreto —me dice mi madre cuando acabo de cumplir quince años— tu padre se llamaba Yanin y fue el último superviviente del orgulloso pueblo de los *Nauaú*.

Lejos de vivir la pesadumbre de ser la última siempre me sentí libre de fidelidades y lealtades, feliz de no tener más patria que mi voluntad ni más familia que mis pocos amigos. No os interrogué, nada quería saber de vuestro pasado y sin embargo todos me fuisteis convocando y llenando de palabras. No entiendo porque un viejo exiliado judío me cuenta, rodeado de los miles de libros sobre España de su inmensa biblioteca torreón, que un puñado de anarquistas fueron a compara armas a Praga, porque un antiguo alimañero me confiesa como siguió a Olga Havel durante esos últimos días de la Guerra o porque un seringueiro que una vez fue profesor de Griego en el Madrid de antes de la guerra me confiesa su traición. Pero mis preguntas sin respuesta o mi propia vida no son parte de esta historia, aún no sé quién te amenaza, no sé si el cazador ha matado al lince, no sé si este maldito avión llegará a tiempo.

Comenzaba abril y Olga había estado las últimas semanas buscando la madriguera, pero solo encontraba el rastro del macho solitario que ha fotografiado tantas veces.

—¡No puedo creer que sea el último!, No me creo los estudios de Alejandro Rodríguez ni de Delibes de Castro —te dice—. ¡Tiene que haber más!, He escuchado el celo del macho este invierno.

Estaba desolada, agotada de tantos días y noches perdida por el monte buscando a la hembra, negándose a creer que el viejo macho fuera el último lince de Jara, colocando trampas fotográficas en todos los pasos, negándose a creer que hubiera llegado tarde.

Tampoco sabía que además de ella había otro cazador al acecho que también había dado con el rastro del macho y esperaba con ansiedad el momento de ver la piel moteada en el visor de su rifle.

—Olga llegaba a casa de mal humor —me dices— se encerraba en el despacho a estudiar las muestras y analizar una y otra vez el mapa

topográfico de la zona, había conseguido fotos aéreas tridimensionales y se pasaba la noche pegada al visor estereoscópico o a los mapas informáticos militares que le había conseguido su padre, escrutaba y meditaba sobre cada mata, cada zarzal, cada mancha de jaras, tocón de alcornoque o grupo de piedras en los que después hacía los aguardos para encontrarse luego con zorras, nutrias, tejones, conejos, ginetas.

No te hacía caso y se reía de tu arqueología.

—¿Así que has encontrado el cráneo de un dragón en el jardín?, ¡joder tío!, Ya no sabes que inventar. No hay cocodrilos en Extremadura.

Dos días antes de su muerte, Olga apareció muy temprano en la cocina, se bebió el tazón de té que le quitó a Nasser de las manos y se desnudó delante de la chimenea, tenía el cuerpo arañado y cubierto de espinas por todas partes.

—Me he caído en un zarzal.

Se reía como loca aunque gritaba de dolor a cada intento vuestro de quitarle las espinas. No se había caído. En medio de un zarzal de casi cien metros cuadrados había descubierto un tocón de alcornoque hueco, cuando consiguió llegar arrastrándose por antiguos pasos de jabalíes asomó su linterna por arriba y vio a dos cachorros que gruñeron al sentirse agredidos por la intensidad de la luz. Allí estaban por fin los últimos hijos del lince, en el mejor lugar del mundo, protegidos, rodeado de zarzas espesas y de madrigueras de conejos llenas de gazapos. Volvió sobre sus pasos con el corazón en un puño, sin preocuparse ahora los arañazos, solo de haber dejado su rastro a pesar de haber usado el cubreolor.

Se apostó en lo alto de una encina sobre una pequeña loma a unos doscientos metros del zarzal y aunque solo dominaba las entradas del sur tuvo suerte, una hora después aparecía la hembra.

—Pero todo esto no se lo contó a nadie, lo supe después cuando su padre llevó a revelar el carrete de su cámara y me enseñó la foto del gran zarzal, del alcornoque, de los dos cachorros de fiera recién nacidos en el fondo del hueco.

Le curaste las heridas y aquella tarde le amaste igual que los días de sol sobre la arena de vuestra adolescencia, con instinto desbordado y sed de carne.

—No supe entonces que ese deseo nacía de los cuerpos diminutos de dos pequeños gatos, de su seguridad, de tener ahora la certeza de que la vida seguía siendo tozuda y sabia. Esos cachorros eran sus hijos suyos y del lince, de su instinto, de sus sueños.

Enseñaste las fotografías a Eva y en pocos días encontró el zarzal con el alcornoque en medio pero no os dijo nada. También se arrastró por la vieja gatera del jabalí y enseguida vio el rastro de sangre seca sobre las

hojas y sintió el olor aceitoso de la podredumbre cerca. Allí estaba el cuerpo de la hembra muerta al pie del árbol con un tiro en el cuello, con los ojos abiertos aún acuosos porque la maleza había impedido que se acercaran los milanos y las urracas a picar el cadáver. Eva metió con temor el brazo en el hueco del árbol y tocó los cuerpecillos suaves, tiesos y fríos de los cachorros.

—Cazar no es matar —murmura Eva sin aliento cruzando los jarales hasta llegar al carril donde ha dejado el coche—. Cazar no es matar a una hembra con crías, se ha ido a morir junto al tocón.

Estaba anocheciendo, ninguno se había terminado la copa de vino que sirvió Dimitri. Sólo Teodoro la apura y vuelve a servirse un poco más de tinto. Ha estado hablando demasiado, relatando a sus viejos compañeros como es la selva, porque aquel infierno húmedo y agobiante es su hogar, cómo se acostumbró a los diluvios y a los insectos, a la harina de mandioca y la carne de tapir. Entonces llegó Evaristo descompuesto, sin voz, sin aliento.

—He encontrado muerta a la hembra y a los cachorros.

—Eso quiere decir que el asesino de esa chiquilla aún está por el campo, tiene tanta arrogancia y tantas ganas de cazar al lince que no le importa el riesgo de seguir por aquí —afirma Dimitri—.

—Se siente bien protegido, seguro que tiene algo que ver el hijo puta de Edelman —dice Heliodoro—.

La Hermandad, sesenta años después, cuatro cuerpos agotados con los huesos frágiles y la memoria llena de sombras.

—Se va a acordar de mí ese cabrón de Edelman —sigue rumiando Eva— tenía que haberle matado en el treinta y nueve, en cuanto me olí que era un traidor.

XXII

Me dijiste:—Durante toda su vida muchos vencidos guardaron el secreto de esos años. Tal era su terror. Pensaban que la maldición de ser Republicanos aniquilaría a sus hijos o a los hijos de sus hijos si era invocada.

POR LAS TARDES VENÍA TU ABUELO A VERTE. Dais largos paseos junto al río, os montáis en la barca y le llevas río abajo. No puedo imaginar de qué habláis tantas horas, al fin y al cabo os separan setenta años, una generación entera, abandonó a tu padre en un país en guerra y ahora quién regresa es un anciano centenario, un extraño absoluto.

Te lo he preguntado sin rodeos.

—¿De qué habláis?.

No respondes, buscas un pretexto para cambiar de conversación o irte de la casa.

—De Olga —dices cuando sales— del río, de los peces.

Por las mañanas se pasea por el pueblo como un aparecido junto a Heliodoro Cercas, Dimitri Snizec y Evaristo Losar. Cuatro venerables ancianos que caminan sin embargo muy rápidos, como si tuvieran prisa de llegar algún sitio y cuando llegan al puente de la garganta de Jara se dan media vuelta y así una y otra vez, parece que los sujeta el aire, que se sostienen sobre un invisible equilibrio frágil que va a romperse, que caerán en cualquier momento al asfalto si se paran y se romperán todos los huesos. Pero solo uno de ellos se apoya en un bastón y cojea, los demás andan muy erguidos, diría que con arrogancia, creo que todos superan los noventa años. Hace mucho tiempo que saben que cada minuto de sus vidas es ya un regalo.

Me gustaría haber sido invisible y caminar a su lado escuchando. Entonces no sabía que eran tus guardaespaldas, que te vigilaban, que seguían tus pasos y rastreaban el territorio del presente buscando al asesino de Olga Havel y de Olga Cepeda, que los retorcidos hilos del tiempo y el

azar se habían confabulado para que tu abuelo y tu sufrierais ese terror absoluto que se siente cuando la persona que amas desaparece con violencia.

Recuerdo vuestras voces, agazapada en el hueco de la escalera de caracol de la biblioteca de Dimitri, palabras que suben a veces como las olas de la marea, voces extrañas que no parecen las de cuatro ancianos achacosos sino las de unos jóvenes milicianos sin miedo que planean un último golpe desesperado y audaz, que no aceptan la derrota, que seguirán luchando a pesar de los años, tal vez derrotados, si, pero nunca vencidos.

Me ha llamado Dimitri esa tarde pretextando contarme remotas historias de espías y después me ha dejado allí para que curioseé cuando quiera en la biblioteca y en un montón de papeles que tiene desperdigados sobre la mesa.

—Como si fuera tuya —se excusa mientras baja— tengo cosas pendientes con mis amigos pero luego subiré y continuamos hablando.

Ahora descubro que su propósito es otro, que me ha dejado allí para que les escuche. Está anocheciendo y apenas puedo leer ya, no quiero encender una lámpara, ni hacer ningún ruido, me siento en un rincón, en la alfombra con una fotografía entre las manos de cinco jóvenes soldados, los mismos a los que escucho como planean, discuten, deciden, hablan de armas, de monstruos, de muerte.

—Yo la seguí esa noche —confiesa Evaristo Losar—.

Olga Havel, la última noche de su vida salió con sigilo de la habitación para no despertar a Teodoro y se vistió en la escalera, llevaba consigo la carpeta de cartón azul que escondía bajo el fondo del cajón de la mesa y la Star Sindicalista que le ha regalado Eva.

No la imagino, la veo, camino junto a ella deprisa por la calle Libertad, sigue por San Marcos, dobla la esquina con Barbieri y sigue hasta Gravina, se asegura que no le sigue nadie, que solo son sus pasos los que suenan sobre los adoquines, aguarda en las esquinas y mira a ambos lados antes de seguir, entonces entra por la Calle Pelayo y se cuela en el portal entreabierto del número cuarenta y tres, empuja la puerta y entra en la oscuridad, da unos pasos despacio, tocando las paredes familiares hasta llegar a la escalera de madera, saca con cuidado la pistola y la amartilla, empuja entonces la pequeña puerta bajo las escaleras que da a la minúscula portería y busca a tientas la palmatoria que hay encima de la mesa. Cuando la enciende y se sienta en una silla de enea muy baja, veo que tiene los ojos muy abiertos, guarda el arma en el bolsillo del chaquetón y coloca sus manos juntas sobre la mesa. Ni un ruido en la calle, ni un crujido en la casa.

Deseo pensar que Olga no tiene miedo, nunca tuvo miedo, su madre siendo niña se empeñaba en leerle cuentos de aparecidos, dragones, hombres del saco, barba azules. Creía que una niña sin miedo siempre correría peligro. —Mamá la oscuridad sólo es la ausencia de luz, un monstruo solo es un mito, un invento de la imaginación— afirma la niña con convicción. Su madre olvidó pronto aquella pedagogía del temor que creía tan necesaria. Una tarde la niña, después de la clase de guitarra, pregunta a Jacinto, —maestro, háblame del miedo—. El gitano le mira sorprendido, esta niña, y en un segundo responde, —el miedo niña, el susto, el espanto, el horror es no saber que pasará después y también saberlo, imaginarlo, descubrir que es el dolor, la tristeza, el cansancio. El miedo, niña, es que los otros, los que quieres, se vayan de pronto, el miedo es que los demás, los que quedan te miren siempre como si fueras una alimaña. El miedo es un camino que se borra bajo el barro, la lluvia en invierno, el frío que no alejan las mantas ni el fuego y la certeza de saber que será así siempre hasta que mueras y que lo mismo sentirán tus hijos y los hijos de tus hijos agazapados en un carronato que va a ninguna parte—. Olga escucha en su memoria la voz ronca aquel viejo y ahora, mientras pasan lentísimos los minutos, cierra los ojos para borrar la penumbra y vuelve a cuando era niña y el maestro de guitarra le contaba su vida con unas pocas palabras en un idioma que apenas entiende.

Estoy ahora junto a ella esperando, oliendo la humedad rancia del cuartucho abandonado, sintiendo su cansancio y su miedo. Olga, la valiente Olga Havel que ha atravesado media Europa con documentación falsa, burlando a la policía de las fronteras de varios países junto otros cinco militantes comunistas para luchar contra el fascismo en España. La chiquilla que durante toda su vida ha escuchado las historias de Jacinto, ha leído todos los libros que pudo encontrar sobre España hasta saber más del país que cualquier español de los que se encontrará en Madrid. Olga Havel ha dejado la seguridad de su ciudad, de su idioma, de su gente para convertirse en esa fugitiva asustada que ve pasar ciudades tras los cristales de los trenes, la niña que sueña con la tierra caliente de palabras duras que pronuncia un gitano guitarrista, la adolescente que imagina un mundo mejor en el que ya no son necesarios los cuentos de miedo, la joven comunista que desea la igualdad, la justicia, la revolución, una mujer fuerte y decidida que intuye que en España se está jugando algo más que la legitimidad de un gobierno republicano y democrático.

Pero ahora duda de sí misma, de su lealtad al partido y de la misma lealtad del partido hacia esos militantes que se juegan la vida en el frente, duda de las grandes palabras que llenan la boca de sus dirigentes. Y tiene miedo, el miedo, niña, es un camino que se borra bajo el barro. Por eso ahora está ahí, aguardando a su contacto para entregarle por última vez

información sobre la situación de las tropas en el Ebro. Y Jacinto Heredia le dice al oído, en la memoria más íntima y secreta, déjame morir niña, yo ya no tengo miedo, déjame, sálvate tu niña no permitas que los monstruos te lleven a ti también al fondo del cieno.

Hace dos días Olga ha viajado hasta Valencia y luego a Barcelona. Pau Casals ofrece su último concierto en el Liceu allí están Azaña y Negrín y también asiste el General Rojo. Ayer hablaron por teléfono. Todo se desmorona. Las Brigadas Internacionales han sido retiradas del frente, los procesos contra el POUM envenenan a los republicanos y el acuerdo de Munich hace que Rojo tenga cada vez menos esperanzas en que explote por fin una guerra general contra el fascismo en Europa. Olga Havel ha buscado la excusa apropiada y la gente del partido le ha conseguido a la miliciana un pase para el acto, pero la música de Glück, Dvorack y Haydn no llega a sus oídos, está sentada en una esquina oscura de uno de los palcos rodeada de gente desconocida, está lejos, en una calle de Praga en la que un viejo gitano acaba de describir el miedo, después el maestro para romper el maleficio, rasga la guitarra fuerte, canta unas complillas, sonrío con toda su alma a esa chiquilla que quiere como a una hija.

Después de los aplausos, Pau Casals vuelve a sentarse tras el chelo y dice muy bajo, como hablando para sí mismo.

-Así suenan los pájaros cuando cantan a la libertad y a la paz.

Nadie aplaude ya, el aire se llena poco a poco de esa música y Olga vuelve de lejos, abre los ojos, se pone en pie para mirar al músico de sesenta y dos años que acaricia el chelo con los ojos cerrados, como siempre que toca esa pieza aunque esta vez está llorando porque los pájaros que cantan en sus cuerdas ya saben que no habrá paz ni libertad y ella también llora en pie igual que otros pocos espectadores que miran Pau con los ojos brillantes y el puño cerrado en la sien. Entre el final de la pieza y el comienzo de los aplausos hay un breve silencio sobrecogido, el de la certeza de que esa música va a ser el sonido más hermoso que guardarán muchos del final de la guerra, que el horror ahuyentará los pájaros y desperdigará por todas las esquinas del mundo a los asistentes de aquel memorable concierto.

De madrugada el automóvil de Rojo sin escoltas y ocupado solo por su chofer de confianza y él mismo para unos segundos en la esquina de la calle Valencia con el Paseo de Gracia para recoger a Olga.

—He estado pasando información al enemigo —dice la miliciana en cuanto el coche se pone en marcha—.

—Lo sé —responde el General—.

Sin saber porqué no le sorprenden las palabras que escucha.

—A principios del mes que viene los fascistas lanzarán la ofensiva decisiva, nosotros no tenemos ni armas ni hombres para preparar otra ofensiva seria en el Levante o en Extremadura que les distraiga así que solo nos queda de nuevo la certeza de que somos mejores soldados. Me ha emocionado hoy Casals —añade el general—. Ojalá pudiera haber sido esa la música final de esta guerra. Necesitamos distraer a Franco para que nuestros soldados y el material que nos queda puedan salir del Ebro. Entregue esto a su contacto alemán y buena suerte.

Olga coge la carpeta azul que le entrega Vicente Rojo, el Renault se detiene de nuevo.

—Si, Casals es uno de esos miles de hombres buenos que no se merecen este desastre —dice Rojo a modo de despedida—.

Ambos se miran a los ojos antes que el coche arranque, Los ojillos miopes y cansados de Rojo, sus labios finos esbozan una sonrisa.

—Y no se preocupe, nunca traicionó a su querida República.

Suenan unos pasos en la entrada y un susurro de Rudolf rompe el silencio.

—Le he traído una carta de su amigo el gitano —anuncia a modo de saludo el espía—.

Olga aprieta la empuñadura de la pistola que lleva en la chaqueta, reprime el deseo de apuntar el arma y matar a la alimaña pero saca las manos de los bolsillos, se levanta de la silla y empuja la carpeta hacia el alemán antes de salir de la habitación son decir nada.

—Tenga, se le olvida la carta señorita.

Toma el pequeño papel de las manos del monstruo pero antes ha apagado la vela con los dedos para no mirarle a los ojos.

Rudolf confía que la miliciana no sé de cuenta que quién a escrito esa carta ya no es Jacinto sino los aplicados dedos falsificadores de una de las secciones más eficaces del Abwehr.

La muchacha camina de nuevo por las calles de Chueca pero no puedo saber que piensa, ni a donde va. Ya no la veo, se pierde para siempre en la oscuridad de esa noche, vuelve a ser solo un nombre, el rostro algo borroso de una fotografía, apenas un poco de luz en la memoria de un viejo anarquista que la nombra en el salón de la casona una y otra vez.

—Ella quería irse —oigo que dice Eva— escuché algunas de vuestras conversaciones detrás de la puerta, pero tú, Teodoro, no querías marcharte, decías que la República aún no estaba perdida, que abandonar ahora era traicionar a tu gente. Tu gente. ¿Quién era ya tu gente si no nosotros tres?. Si, os escuchaba a veces detrás de la puerta, os espiaba con la misma vergüenza que un adolescente escucha por primera vez los gemidos de los padres. Hubiera sido lo mejor, Podíais haber salido de

España, aún había tiempo, pero al día siguiente ya fue tarde. Durante toda mi vida he pensado que la muerte de Olga estaba relacionada con la traición de Jan Kral o aquel extraño personaje que Dimitri llama Rudolf, Pero no vi salir a nadie del portal aunque estuve apostado en una esquina de la calle hasta el amanecer. Pero no fue así, la muerte de Olga fue solo mala suerte, pura y maldita casualidad, al menos eso pienso desde hace unas pocas semanas.

Entonces Eva saca de una bolsa de tela un libro y lo abre por una página en la que aparece subrayado un párrafo.

—Olga Havel fue esa mañana al Capricho contigo Teodoro a ver vuestro amigo Miaja, quién sabe si para decirle que os ibais. Salió de los muros del parque igual que había hecho muchas veces antes, le gustaba tener un horizonte, mirar lejos. Toma, lee este párrafo.

Teodoro cierra las tapas para saber quien es el autor y cual es el título, descubre con sorpresa que se trata de Ricardo del Venado, un prolífico apologista del franquismo y uno de sus tantos títulos sobre la Guerra Civil.

—No digas nada y lee. Ya te digo, a veces es el azar quién decide nuestra vida.

Teodoro comienza a leer el párrafo en voz alta:

—*“Un pequeño grupo de quintacolumnistas comandados por el antiguo Caballero Legionario Domingo Feroso había decidido pasar a la acción de forma decisiva, era necesario ayudar sin dilación a los heroicos liberadores que estaban dando su sangre por España en el Ebro y decidieron hacer prisionero o en su defecto ejecutar a José Miaja Menart en su mismo Cuartel General del Parque del Capricho el día veintidós de Octubre, Lo sorprendente de este caso es que habían conseguido incluso uniformes Nacionales para que el asalto fuera un golpe de efecto importante pero fueron sorprendidos por milicianos al pie del muro. Se produjo un intercambio de disparos y murieron varios patriotas sin poder llevar a buen término su misión”.*

Os quedáis entonces los cuatro en silencio durante largo rato.

—¡No creo en el azar! —grita de pronto Dimitri— no hay azar en la historia. Me resisto a creer en esa casualidad precisa que hace a Olga salir de los muros del parque justo en el momento en el que una panda de fanáticos buscan la gloria.

—¿Y porqué no? —replica Evaristo en voz baja— nos hemos pasado la vida entera persiguiendo la cadena de causas y efectos que nos llevó a perder la guerra y a perder a Olga. No te digo que Rudolf no existiera, es más, sabemos que hubo muchos Rudolf en aquellos días, pero imagina por un momento que Teodoro y Olga no hubieran ido esa mañana al parque del Capricho.

Vuelve el silencio, un silencio largo de minutos que me envuelve en una oscuridad más espesa que la noche. Un silencio que comienza a llenar años, que se extiende como una melaza oscura y pestilente sobre la memoria de los viejos.

—¡No! —grita por fin Dimitri— Olga era una espía que había que eliminar. Los checos del Partido habían dejado de confiar en ella, demasiado amiga de los anarquistas, tengo documentos, pruebas y los nazis se habían cargado a un familiar suyo en Praga que era a quien utilizaban para coaccionarla. Era cuestión de tiempo.

—¡Ya! —duda Eva— igual podría decir de ti o de Teodoro o de mí, carne de cañón. ¿Cuántas veces hasta estado a punto de morir?, ¿Cuántas te has salvado por azar, casualidad, suerte?. No puedo dejar de pensar en Iker Elorza, él tenía que estar aquí hoy con nosotros. —prosigue el viejo— Iker había hecho amistad con muchos brigadistas, uno de ellos que iba por libre y había hecho buenas migas con la gente de Mera se llamaba Hugo Corto, ¿os acordáis?. A todo el mundo le hacía gracia su apellido porque era el más alto de los milicianos que iban con él, vino varias noches a leer sus historias junto Barea y Teodoro.

—Si, lo recuerdo muy bien —responde Teodoro—. Eran historias extrañas que hablaban de brebajes estupefacientes, islas tropicales, puertas mágicas que permitían viajar al pasado o al futuro. A Arturo le entusiasmaban las historias de Corto y su estampa de marino larguirucho, algo perdido de estar tierra adentro con su gorrita de marinero y su pendiente de veterano navegante a vela por el Cabo de las Tormentas como contó una noche llenándonos a todos los ojos de salitre, de miedo y de tempestad.

—La última vez que le vimos Iker y yo, fue en el Ebro, subido en las peñas de Cabals aguantando los bombardeos mientras nos retirábamos de la posición de Juanín Dalmau después hubiera sido destruida. Nos contaron unos chavales de la quinta del biberón que Hugo Corto se había quedado defendiendo la retirada de los suyos con un Lee Enfield, treinta cartuchos y seis Laffites, sonreía como un loco, no estaba herido, era muy joven, hubiera podido salvarse y seguir su vida en cualquier otro sitio, era un tío listo, con recursos, con mucho mundo a sus espaldas, pero se quedó allí hasta que sus compañeros salvaron un estrecho sendero desguarnecido y batido por los tiradores fascistas, no les dejó asomar las narices, tenían una puntería prodigiosa, según el miliciano que nos lo contó nunca le habían visto fallar un tiro. Pero lo que siempre intrigó a Iker fue la advertencia que nos hizo Corto la última noche que leyó sus cuentos, pocos días antes de la muerte de Olga: —No os fiéis del argentino, huele mal, huele a rata de sentina—. Después de la guerra sé que Iker Elorza siempre buscó el nombre de Hugo Corto en los libros, en las listas y documentos que atesoraban las asociaciones de brigadistas y los historiadores amigos, no encontró nada, ni

una mención, ni entre los vivos ni entre los muertos. —Buen tipo el Corto, uno de los nuestros— pensaba Iker —pero ¿cómo sabía que Edelman era el traidor?, ¿Por qué se quedó en aquel erial cuando ya estaba perdida la batalla del Ebro y la guerra cuando hubiera podido salir de allí con un poco de suerte?—. Sonreía, nos dijo, ¡yo me quedo!. Ninguno de los chavales que salieron corriendo a su orden dijo nada, ni una despedida, ni una palabra, no había nada que decir, pero en los ojos de aquellos soldados de menos de veinte años, de esos chiquillos que se escabullían entre las peñas quedó grabada a fuego y para siempre la sonrisa de Corto, sus ojos pequeños, su gorrilla calada, su pendiente de pirata, sabían que gracias a él nadie llamó muerto o herido en aquel pasillo pelado de más de cincuenta metros que pasaron corriendo uno tras otro, oían los tiros regulares de Hugo y sabían que cada estampido era un enemigo muerto y uno de ellos vivos. Todos contarían años después a sus hijos y a sus nietos la gesta de aquel hombre extraño, un marinero de Malta que les salvó el pellejo, la vida, el futuro.

Hace pocos años, cuando Iker ya había desaparecido, pude saber por fin qué había sido de Hugo. Yo siempre había creído ciertas historias escuchadas en una tabernucha de Londres en la que solían reunirse antiguos brigadistas ingleses. En una me contaron que un tal Corto vivía muy bien en un palacete de la Habana vieja alquilando su barco y sus servicios a turistas americanos para pescar marlines y organizar parrandas con putas adolescentes; en otra un brigadista que ahora trabajaba de cocinero en un carguero llamado Winip que hacía la ruta a Calcuta se jactaba de haber compartido dos botellas de ginebra y una tortilla de patatas con un español que regentaba un restaurante en Fort Dauphin y que había peleado como él en Brunete, en Guadalajara y en el Ebro, llevaba siempre una gorra de marinero y un aro de oro en la oreja izquierda. Pero Iker siempre dudó de aquellas fábulas, el Corto que conocimos en Madrid no tenía tragaderas para acabar de chulo trabajando para yanquis borrachos de rosáceas carnes achicharradas por el trópico, ni de empresario de la restauración de la tortilla de patatas.

Pocos meses antes de ocurrir todo esto del lince, recibí la visita de uno de los nietos de esos hombres que pudieron escapar de aquella vaguada tras la Cota 632, pertenecía a una asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica y estaba entrevistando y a los soldados supervivientes de aquella última masacre de la sexta contraofensiva, al terminar la entrevista me acordé de Corto y le pregunté al joven historiador, si sabía algo de un tal Hugo Corto. El chaval me miró asombrado, como si la pregunta la hubiera hecho un espectro, un fantasma que le producía a la vez temor y respeto.

—¿Conoció Usted a Corto?—. Yo le conté en detalle nuestro primer encuentro en Madrid con el Brigadista, el respeto que le tenía Mera, las hipnotizantes historias que escuchamos de sus labios en Transradio, el extraño acento de su voz, su temeridad suicida inexplicable en la retirada,

los rumores que le situaban en la Habana o en Madagascar. El joven apagó la grabadora y me miró a los ojos como solo se mira a aquellos con los que se va a compartir un secreto asombroso. —No hay ninguna referencia sobre ese miliciano, ha pasado por la historia como una sombra, no he leído ni escuchado a nadie que le hubiera conocido salvo tres personas y ahora Usted. Yo pensaba que era un mito aunque mi abuelo y otros dos compañeros suyos que también estuvieron con él en la sierra de Cabals resistiendo en la última y decisiva ofensiva fascista me contaron la misma historia heroica de un extraño brigadista que les cubrió las espaldas y gracia a él pidieron salir con vida de aquella carnicería. Pero hace un año murió mi abuelo, la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica comenzaba a sonar con fuerza en los medios de comunicación, se comenzaban a abrir las fosas infames de los paseados de la guerra civil, a enterrarlos con nombre y a honrar la memoria de aquellos españoles con orgullo y sin miedo por fin. Así que mi abuelo, ya sin el terror que le había atenazado toda su vida, antes de morir, me pidió que buscara el cuerpo de aquel olvidado y me dio indicaciones bastante precisas del lugar en el que debían hallarse los restos. —Cuando lo encuentres entiérralo allí mismo, es lo justo por que allí decidió morir, pero quiero que le lleves esto, no lo abras, es una cuenta pendiente entre nosotros, los quince soldaditos de la quinta del biberón que le debemos la vida—. Mi abuelo me entregó un paquete bien embalado que debía contener algo bastante sólido de uno o dos kilos de peso. Conozco la zona bastante bien y esta primavera con la ayuda de un mapa en el que tenemos apuntados con precisión las cotas y los frentes busqué el lugar, encontré con relativa facilidad la trinchera desde la que batían los rebeldes el paso y pude deducir cual debía haber sido el sendero pelado por el que tuvieron que correr los soldados pero tardé varias horas en encontrar el pequeño parapeto de piedra que ocupaban ellos porque un espino bastante frondoso ocultaba ahora la zona. Faltaba apenas una hora para anochecer y comenzaba a levantarse un viento fresco desde el Ebro. Aparté con un palo las ramas del espino y descubrí entonces los restos de aquel hombre, me parecía increíble que aún conservase la posición de tumbado con las piernas abiertas, un herrumbroso rifle inglés entre las manos apuntando todavía en dirección a la fortificación enemiga y una gorra de lona oscura sobre la calavera, Deduje que por allí no logró pasar ni un fascista, seguramente le habrían matado a tiros desde las cotas más altas que había a su derecha pero nadie tocó el cuerpo, ni lo encontraron después. Era verdad la fábula heroica del brigadista, allí estaba igual que el día que lo dejó mi abuelo, me parecía increíble. Excavé con la pala desmontable un agujero al pie del espino y metí con respeto sus huesos, su gorrita de marinero y el paquete que me había entregado mi abuelo, recogí el rifle y apunté con cuidado en el mapa el lugar del enterramiento. Un experto en

armas de nuestra asociación restauró en Lee-Enfield y ahora está en un museo en Gandesa. —¿Y abriste el paquete?— le pregunté yo.

—Si, lo abrí allí mismo antes de enterrar a Hugo Corto—. —Demonios, ¿y que contenía?—. —Cómics. —¿Cómics, que es eso de Cómics?— le grité. —Tebeos, una colección de tebeos muy leída entre la gente de nuestra generación que cuenta las aventuras de un personaje llamado Corto Maltés cuyo autor, Hugo Pratt, le hace morir en la Guerra Civil Española y junto a los libros una hoja de papel firmada por los quince hombres que lograron sobrevivir al final de la guerra y a la locura de la posguerra, pudieron seguir viviendo, tener hijos, esperanza y morir en paz sin olvidar jamás a aquel extraño jovencuelo que les sonreía mientras ellos se alejaban corriendo de la muerte.

—Un tipo listo el Corto —dice Teodoro— hablaba bien el portugués, el francés, el inglés y contaba esas historias espeluznantes de aparecidos, de elixires que te transportaban a otro tiempo, de barcos fantasma.

—Había leído a Anselmo Lorenzo y era capaz de citarlo memoria, a Iker le tenía hipnotizado. En Madrid, después de hablar por la radio, nos íbamos al bar de enfrente a tomar un orujo y discutir si después de la guerra sería aún posible luchar por una sociedad en anarquía. El joven —prosigue Evaristo— no quiso hablar más del Corto y encendió otra vez la grabadora para seguir la entrevista. —¿Pero Ustedes porqué fueron al Ebro?, Por lo que me ha contado estaban trabajando en esos días para alguno de los servicios de información republicanos buscando quintacolumnistas o algo así—. —Bueno, eso sería muy largo de contar, íbamos a interrogar a un brigadista sospechoso de pasar los detalles de la ofensiva del Ebro— Le conté.

Pero a mí no se me olvidó la noche en que Hugo el marinero nos advirtió del argentino: —No os fiéis del gaucho, atufa a rata de sentina, de esas que te muerden de noche en cuanto te descuidas—.

Estoy sentada sobre una alfombra gruesa con la espalda apoyada en una librería, los ojos cerrados, las voces de los viejos mezclándose en mi memoria, nombres a los que yo pongo rostro, imagino sus vidas, Orlov, Edelman, Jan, Rudolf, Iker, Olga. Quiénes sois. Qué tenéis que ver con nosotros, con el lince, conmigo.

Rudolf.

—Quién es Rudolf —dice Evaristo Losar—.

—Nunca lo supimos —le responde Dimitri—. Siempre hemos pensado que era uno más de los eficientes espías Alemanes en España durante nuestra guerra. Canaris y algunos de sus más estrechos colaboradores se oponían en secreto al régimen nazi, tal vez por eso pudimos comprar las armas en Praga y traer a España aquel primer

cargamento sin problemas. De alguna forma el azar hizo que yo le devolviera el favor al almirante cuando liquidamos a Heydrich. Cara de Rata estaba tras la pista de las maquinaciones del Abwehr para destituir a Hitler y al eliminarlo cortamos por un tiempo esas pesquisas. En Noviembre del cuarenta y tres, después de una reunión a gritos con Hitler, Canaris hizo un último viaje a España. Esa vez uno de mis agentes pudo seguirle, lleva con él varias maletas con documentos comprometedores, se dice que sus diarios y papeles que demostraban su oposición a los nazis ya desde el treinta y ocho. Dejó esas maletas a una persona de su absoluta confianza que estaba en Madrid.

—Rudolf —murmura Heliodoro Cercas—.

—Sí, Rudolf, el topo de Himmler en el Abwehr. Poco después el almirante fue destituido, todos los servicios de inteligencia pasaron a las manos de las SS de Himmler, esto era febrero y en Julio del cuarenta y cuatro falló el atentado contra Hitler. El almirante sabía que tenía los días contados, pero hasta ese momento no comenzó a sospechar que sus preciosas maletas no estaban ya en Madrid si no en Berlín. Le arrestaron por orden de Himmler y le ahorcaron unos meses después, muy poco antes de la caída del Reich.

—¿Crees entonces que Rudolf era también el contacto de Olga y de Jan en Madrid? —pregunta Teodoro—.

—Si, Edelman también era un traidor quintacolumnista pero de poca monta. No solo eso, Rudolf tuvo siempre buenos amigos en la policía franquista y eso le salvó la vida en Berlín. Solo unos pocos agentes de la NKVD soviética sospechaban su existencia, en cuanto cayó la ciudad fueron tras él pero supo escabullirse. A quién si pillamos en Berlín fue a Herman Beumelburg un viejo amigo de Jan y los americanos a su jefe Konrad Henlein el líder nazi de los alemanes de los Sudetes que fue financiado y alentado por Hitler y Goebbels para revolver mi país. En Checoslovaquia teníamos unas de las industrias de guerra más modernas del mundo, casi un millón de soldados preparados y las montañas de los Sudetes llenas de fortificaciones eran inexpugnables, pero la propaganda victimista de los alemanes, de ese cabrón de Henlein y la cobardía de los ingleses hizo que mi país fuese ocupado casi sin tiros en marzo del treinta y nueve. Ya sabéis.

Dimitri guarda silencio antes de proseguir.

—Toda mi familia fue asesinada, todos mis vecinos, todos mis conocidos. Miles de personas. Cuando me enteré que a Henlein le tenían los yanquis fui a verlos, tenía buenos amigos y me dejaron a solas con aquel monstruo. Solo le pregunté una cosa nada más entrar en la celda, ¿dónde está Rudolf?. ¡Soy inocente, soy inocente!. Gritaba sin mirarme a la cara. Dieron la noticia que se había suicidado en la celda. Le maté con mis manos, le estrangulé mientras le miraba a los ojos.

Después otra vez el silencio. Ya es noche cerrada cuando todos se van y Dimitri vuelve a subir a la biblioteca. Estoy entumecida y me tiende la mano para ayudarme a levantarme de la alfombra.

—¿Qué piensa ahora del pasado —me pregunta sin esperar mi respuesta—. No es lo mismo leer un libro que escuchar a los protagonistas de la historia, ¿verdad?. Se puede leer sobre miles de muertos, sobre crímenes horribles y saborear a la vez un buen licor junto a la chimenea pero cuando se ha abrazado y sentido de cerca el aliento de esos muertos o cuando a quién se tiene enfrente es al asesino o al testigo de esos hechos abominables, entonces la cosa cambia, sentimos miedo, náuseas, estupor, angustia. Perdóneme por el mal rato que ha pasado, pero quería que supiese qué se siente cuando se escucha a los protagonistas escondida como una espía y deseaba que descubriera que aún hay monstruos vivos acechándonos. Ese Rudolf que todos nombramos y que seguramente se haya muerto de viejo. O yo mismo.

El anciano se agacha y enciende una chimenea ya preparada con piñas secas y leña de encina.

—Acérquese al fuego señorita, intuyo que a Usted le interesa mucho más esta historia de lo que ahora cree, a lo mejor comienza a descubrir que no vino a escribir unos artículos sobre nidos de cigüeñas en peligro de extinción o lince fantasma. Me gustaría que echara un vistazo a todos esos papeles que tengo sobre la mesa y en esos archivadores del suelo o mejor que se los lleve a su casa, tal vez encuentre en ellos lo que yo no he sabido descubrir en todos estos años, yo ya estoy cansado. A mí ya solo me importa ese maldito lince, será un capricho, una excentricidad de viejo chocho, pero Usted debería leer esos documentos y escribir una novela sobre todos nosotros. Mire este papel por ejemplo.

Dimitri coge al azar un papel amarillento de encima de la gran mesa de lectura. Se acerca a la luz y se coloca sobre su nariz de boxeador jubilado unos modernos quevedos con la montura de pasta de color granate.

—Convenio de colaboración entre la Policía Española y la Policía Alemana firmada por el ministro de Orden Público general Severiano Martínez Anido y el Reichsführer SS Heinrich Himmler con fecha de 31 de junio de 1938 que en el apartado “h” dice que ambas *policías “se harán directa y sistemáticamente, por el medio más rápido, entrega de comunistas, anarquistas y afiliados a otras tendencias peligrosas para el Estado sin intervención diplomática alguna. Esta prescripción será aplicable a los individuos de nacionalidad alemana que hubiesen cometido delitos en Alemania”*. Es decir, gracias a este convenio todos los prisioneros de las Brigadas Internacionales alemanes fueron entregados a la Gestapo y liquidados y después de la guerra todos los alemanes desafectos a los nazis que vivían en España fueron igualmente extraditados. Infiltrado entre nuestros brigadistas hubo un tal Rudolf del que ha oído hablar antes.

Dimitri deja el documento sobre la mesa y se sienta en una mecedora junto al fuego, cierra los ojos por un segundo para después mirar fijamente los míos a través de esas extrañas gafas.

—Ya supongo que a usted todo esto le suena a historia rancia, batallitas del abuelo, pero créame si le digo que su amiga está muerta por culpa de ese Rudolf.

XXIII

Me dijiste: —Hoy sus ideas están vivas y el franquismo ni siquiera tiene el valor de un fósil. Habían ocupado la gran Historia con sus arengas y gestas y despreciaron la memoria pequeña, parcial, íntima. Hoy, esa está viva y la otra muerta.

JUAN, EL PADRE DE OLGA ha lanzado muchos anzuelos al agua, antiguos amigos, compañeros de promoción que han sabido prosperar y ahora son altos cargos en el Ministerio del Interior, alguna sabandija que le debe favores, contactos que aún mantiene con la Interpol, hasta un hijo de puta de la CIA al que ayudó una vez hace diez años. El tío parecía un niño grande, afable, gordito, admirador de Hemingway y aficionado a los toros, fue fácil, le ayudó a buscar a un tal Frank Ripley. Juan le localizó con una docena de llamadas, el americano cuarentón vivía tranquilamente como un prejubilado en una de esas clónicas urbanizaciones de Torre vieja. Le acompañó hasta Alicante y durante el viaje encontraron el auténtico tema de conversación que les unió, la pesca.

—Tienes que venir de vacaciones con la familia al delta de California, al río Sacramento, puedes sacar unos Black Bass de dieciocho libras.

Te enseñó fotos, discutisteis de señuelos, técnicas, manías de pescadores.

—Tienes que venir Juan, estás invitado.

Llegasteis a casa del tal Frank y antes de entrar al jardín llamaste a tu jefe.

—Carta blanca, déjale hacer, son cosas de los yanquis, tú no te metas en nada —te advirtió—.

Se te heló la sonrisa cuando el simpático americano pescador sacó una pistolita como de juguete a la que roscó un diminuto silenciador. En cuanto el tal Ripley abrió la puerta sonó el bufido del arma y se le abrió un

pequeño agujero rojo en la frente del que comenzó a brotar la sangre. Ni una palabra, ni un gesto.

—Como te decía, la mejor época para pescar es Abril, pero si tienes las vacaciones en Junio tampoco es mala época, tengo una casa al pie del río, nada lujoso, un refugio de pesca, pero es confortable, ya verás como lo pasáis bien.

Juan nunca ha visto matar a nadie con tan rutinaria eficiencia, con tan poca emoción. Y cuando hace unos días ha llamado al simpático hijo de puta le ha vuelto a repetir la cantinela del viaje de pesca.

—Venga, que de este año no pase, se están cogiendo muy buenos ejemplares. Mándame lo que tengas y ya te diré algo en un par de días.

Justo han pasado cuarenta y ocho horas cuando recibe un sobre amarillo con remitente de la Embajada Americana. Un sobre que yo tuve en mis manos, dentro solo había una pequeña tarjeta de cartón y dos fotografías.

*Rodolfo Casares — Rodolfo Fernández,
Presidente de Ganaderías Gran Salitral,
Calle Sarmiento 1102, Rosario.
Coleccionista de trofeos de caza,
Ha viajado a España en el vuelo 3455
de Aerolíneas Argentinas hace dos semanas.*

A lápiz con letras mayúsculas:

*Es tu tipo, no tengo dudas,
¿Te espero entonces para Junio?,
Buena pesca.*

Las dos fotografías parecen de dos personas diferentes, en la más antigua en blanco y negro un joven soldado recibe una condecoración, en la segunda dos ancianos de aire distinguido se dan la mano.

Esa Mañana el padre de Olga se fue a pescar contigo.

—Deberías irte a Madrid con esa periodista amiga tuya —te dice Juan mientras ensarta con delicadeza una cola de cangrejo al anzuelo— No te preocupes, pillaré a ese cabrón, palabra de Guardia Civil.

Juan balancea el plomo de fondo sobre su cabeza antes de inclinar la caña hacia atrás y lanzar con todas sus fuerzas hasta el centro del río, coloca la caña sobre la horquilla que ha pinchado en la arena y tensa con cuidado el hilo dando varias vueltas a la manivela del carrete.

—No sé en qué líos andabais metidos, aún no me puedo creer que por un lince se pueda asesinar, pero me da igual el motivo, no quiero saberlo, solo quiero saber quién es y donde está.

El padre de Olga baja casi todas las tardes a pescar, pero yo sé que viene a protegerte, cuando está de guardia o hace su ruta de vigilancia siempre se para unos minutos en el puente del río y enfoca con los prismáticos la cabaña hasta que te ve leyendo sobre la hamaca o quitando las malas hierbas del huerto, si no estás en la casa apunta hacia los pocos recodos del río que se ven desde el puente hasta que descubre la barca. Hoy ha llegado al amanecer con un cubo lleno de cangrejos, habéis desayunado juntos sobre la mesa del porche un plato de buñuelos y dos tazones de chocolate espeso y amargo.

—Olga siempre me hablaba de tu chocolate y tus famosos buñuelos.

Esta vez habeis bajado caminando hasta el barranco y os apostais a la sombra de dos grandes sauces. El lugar es una buena zona para pescar barbos porque el río se estrecha y todos tienen que pasar por el corte profundo que hace el cauce muy cerca de la orilla, pero yo sé que Juan ha escogido ese sitio porque tenéis cubiertas las espaldas y en esa zona la orilla de enfrente es una maraña espesa de zarzas desde la que nadie puede descubriros. El padre de Olga baja en su mochila el subfusil, envuelto en un jersey.

—Tendías que irte de aquí, a Madrid por una temporada.

Juan te mira con ojos acuosos, le deslumbra el sol y se cala el sombrero hasta las cejas. Después, poco antes de marcharos te enseña las dos fotografías.

—¿Los conoces?.

—No —le dices—.

Tu no lo sabes, pero el guardia ha lanzado la caña muy lejos, ha atravesado el mar y el tiempo, ha preparado un señuelo envenenado que esa noche viajará en avión hasta el otro lado del mundo, hasta una ciudad argentina que se llama Rosario.

A Karra Abásolo le gusta tomarse un Rioja y unas almejas al vapor en la terraza de Terencio mientras lee el correo y el periódico español. Nunca imaginó que la felicidad era sencilla y próxima, que bastaba una copa llena de vino fresco y un pequeño plato de almejas humeantes, el calor sofocante de Rosario, un grupo de amigos que te quieren y una mujer de piel morena que espera un hijo y te muerde los labios cada noche con deseo.

No quiere saber nada de los suyos, cuando recibe una carta de Santo Domingo pide otro vino y así puede leer con la alegría alcohólica y el sopor

suficiente las noticias, los progresos, las consignas de siempre sobre la lucha de liberación. Nunca contesta.

Quiero que entiendan que ya estoy retirado, jubilado, que ya soy otro. Algún día tendré que tomarme la molestia de hacer un breve viaje a la República Dominicana y decir a las claras que corten el rollo, que Karra Abásolo ya no existe y que no intenten trucos sucios ni hostias de presiones porque me conozco todas las patrañas y todas las trampas y alguien puede acabar con un tiro detrás de la oreja si me quieren encontrar, he cumplido mi oficio siempre bien y ya no puedo seguir de ejecutor eficiente por ahí, no es bueno ni para la organización ni para mí porque cualquier día me trincan y se acabo la leyenda de Karra que tanto sabéis explotar entre los cachorros de Jarrai.

Sabe que le dejarán en paz porque además no tendrán que pagar su jubilación anticipada, el restaurante es un buen negocio y está ganando dinero.

Terencio se acerca con el vino y un plato de camarones grandes y rojos.

—Aquí te traigo este soborno para que cuando me arruines el negocio me des trabajo en tu restaurante.

No hay competencia, el agasajo es mutuo y es frecuente que Karra y su mujer coman en la terraza del restaurante de Terencio y que Terencio y su señora cenan en "el Riojano". Antes de mancharse los dedos con el marisco abre el sobre certificado que ha recibido desde España, nunca recibe nada directo desde allí, todo el correo familiar viene vía México o Santo Domingo. Un rayo de sol se cuele por una rendija del techo de cañas y se refleja en las fotografías deslumbrándole unos segundos, después siente un repentino escalofrío de miedo, una extraña clase de terror que durante muchos años le ha ido creciendo dentro. En la fotografía un hombre con el pelo entrecano todavía joven sonríe a la cámara, va vestido de pescador con botas de agua altas y chaleco con bolsillos y pasa el brazo por los hombros morenos de una niña que tiene en una mano una caña de pescar y en la otra un gran pez que sostiene a duras penas, la otra fotografía es un cuerpo desnudo tomado desde arriba, un cuerpo de formas generosas y bellas que se parece mucho al cuerpo redondeado de su compañera si no fuera porque este tiene un color blanco casi gris de los cuerpos desangrados y donde debería estar la cabeza hay una enorme piedra redondeada, la tercera fotografía ha sido recortada de alguna revista y es de un anciano de aire distinguido al que no conoce junto a Cesar Marqués Buendía, alcalde de Rosario y candidato a presidente con todas las posibilidades de éxito al que conoce de sobra porque ha venido varias veces a cenar al restaurante, sobre su cara sonriente, debajo de su calva brillante hay solo tres palabras escritas.

Karra Abásolo vuelve a mirar la primera foto, no entiende nada, no desea entender nada aunque haya comprendido el mensaje a la primera, es el mismo lenguaje críptico que utilizaba la cúpula cuando había que liquidar a alguien con rapidez y no había tiempo de explicaciones. Es él quién le escribe, quién le ordena ahora que mate, un fantasma que ha ido devorándole los ideales igual que devoran los marrajos el trozo grande de carne que cuelga de la barca de pesca para que acudan.

Primero pensaste que era un cobarde, nada hay más despreciable que un enemigo cobarde, cuando apretaste el gatillo por segunda vez descubriste que el arma estaba encasquillada y tuviste la certeza que aquel Guardia Civil con cara de tonto bonachón os iba a freír vaciando el cargador entero de la metralleta, pero no lo hizo y bajó el arma sin dejar de mirarte a los ojos mientras Nekane gritaba histérica, ¡vamos, arranca!. En aquel tiempo la muerte era solo el sonido eficiente de tu arma, la cabeza de los ejecutados salpicando de sangre el suelo, algo divertido, fácil, necesario. Después ya no fue tan divertido, ni tan fácil y muchas veces era innecesario. La primera muerte por que sí fue la de aquel madelmán encapuchado que os pidió todos los papeles en un rutinario control de carretera una mañana fría de abril de hace más de diez años, tenáis los papeles en regla, el coche era legal y veníais de una fiesta, quizás si te hubiera hecho soplar para ver los niveles de alcohol, pero no, prefería pedir uno a uno los papeles con parsimonia y os hizo salir del coche para cachearos, pero tú relajado, seguro, controlando, el otro guardia tenía cara de sueño, estaba tranquilo y no os apuntaba directamente con el subfusil como suelen hacer en todos los controles, no, el tipo me miraba con sus ojos grandes y redondos de padre de familia que fuma en pipa y nunca dice una palabras más alta que otra aunque llegue su hija con malas notas o le fuese el hijo que ha dejado preñada a la vecinita del quinto. No sé, fue un pronto, un instinto que me gritaba al oído que aquel chico del pasamontañas tan seguro detrás del chaleco antibalas y la escopeta de postas era un cabrón, un verdadero hijo puta que os soltaría dos cartuchazos al menor gesto raro. Pero no se lo esperaba, siempre tenías la Beretta amartillada pegada con cinta debajo del volante solo tenía que correr el seguro con el pulgar y apuntarle a la cara ahora que estaba tan cerca que casi podías sentir su aliento, no se lo esperaba, vi sus ojos de asombro y su cuerpo rígido antes del fogonazo, no pudo reaccionar ni levantar un palmo el cañón de la escopeta. El otro era más fácil así que le apunté casi despacio sabiendo que aquel tiro era infallible pero el guardia no hizo ni un gesto de defensa, como si hubiera adivinado que la pistola se había atascado con un trozo de cinta aislante y que era imposible que la segunda bala hubiera entrado en la recámara, el también apuntó despacio a nuestras cabezas con los dos ojos bien abiertos calculando con cuidado el ángulo preciso de la trayectoria. No disparó. Fueron dos segundos, tres,

cuatro hasta que comprendí que no tiraría y arranqué el coche a toda velocidad. Cuando después de que pasamos la curva y escuchamos los tiros ni siquiera agache la cabeza instintivamente como mi compañera de comando. Luego pensé que el tipo era un cobarde y que había tenido suerte. Solo muchos años después comencé a entender lo que había agazapado detrás de los ojos de aquel guardia civil. Los mismos ojos que sonrían a la cámara orgulloso de su hija, de esa niña pequeña de ojos almendrados que sostiene un pez, un barbo de tres o cuatro kilos y que frunce los labios por el esfuerzo.

Una vez Karra tampoco disparó, tenía que hacer labores de limpieza y acabar con un cabrón que tenía todos los boletos para que le tocara el premio, traficante de coca, confidente de los zipayos y encima concejal de HB en un pueblo cercano a Mondragón, una vergüenza para todos los vascos y encima el tío lo ponía fácil, vivía en un caserío a las afueras del pueblo y le gustaba tomar el sol en cuanto salían dos rayos juntos entre las nubes. Me aposté a cien metros y no llevaba ni dos minutos escondido cuando apareció el traficante, barrigón, calvo, con un reloj grande de oro que casi me deslumbraba a través de visor telescópico y una ridícula toallita blanca que apenas le tapaba las vergüenzas, estuve a punto de tirarle a los huevos en lugar de meterle la bala entre las cejas, pero no lo hice y cuando media hora después comenzó a nublarse y el traidor se metió en la casa sentí algo extraño y me volvió a la cabeza la expresión de aquel guardia al que ya no recordé como un cobarde. Había un placer en matar pero también había un extraño y oscuro placer en dejar vivir pudiendo haber matado. El Concejal no duró muchos días, Nekane le puso dos bombas lapas debajo del todoterreno y del cabrón solo quedo entera la cabeza, salió por la tele, pero yo no había sido y una año después cuando puse un trocito de papel en el electrodo que iba a la batería del coche bomba que había armado Nekane tuve la certeza de que había que retirarse de la circulación aunque para dejar un buen recuerdo a la cúpula aceptase ejecutar al general Villamedia, pero a mi estilo, lo puse claro desde el principio, nada de cartas bomba que fallan más que una escopeta de feria o ametrallamientos al tuntún en medio de la calle como si fuera una del oeste, nada de coches bomba atiborrados de cajas de tornillos que dejan la calle hecha una mierda, Tenemos que ejecutar con inteligencia, corriendo cierto riesgo pero demostrando que somos valientes, que es una guerra y que no nos tiembla el pulso ni la mirada cuando apretamos en gatillo.

Pero todas esas cosas están envueltas ahora en la bruma de lo inverosímil, Terencio se acerca con otro Rioja y yo le brindo una sonrisa de afecto antes de mancharme las manos con los camarones.

—¿Malas noticias?.

—¿Pero hay alguna noticia que no sea mala?.

El viejo Terencio se ríe y le invito a sentarse para compartir el plato. Comienza a hacer calor debajo del toldo, ese calor rotundo y sólido que tanto le gusta porque parece una sauna, te afloja los músculos, te llena la cara de sudor y es tan placentero de limpiar con un baño de mar. Ahora este maldito cabrón viene a removerme las tripas a gritarme en la cara que él no olvidará nunca, estará siempre ahí diciendo que vivo por él, que ahora debería ser un joven héroe asesinado por la causa en un estúpido control de carreteras, un cadáver cuya fotografía sale en las manifestaciones y se cita a veces en las conversaciones que hablan de caídos por Euskadi pero que en verdad hacer mucho tiempo que se pudrió metido en una caja cubierta por una bandera de bonitos colores.

A venido un fantasma a decirle que su cuerpo fuerte de cuarentón saludable, su piel morena, el sabor dulce y salado del jugo de los camarones que se le escapa por la comisura y el olor goloso de su mujer que no hay un segundo que no deje de excitarle, los amigos que vienen desde lejos a comer bacalao a "El Riojano", el agua del mar limpiándole los poros de tristeza, son suyos, de su dedo que no se movió ni un milímetro del gatillo y ahora le dice lo que siempre decían los camaradas: "matar es un acto terrible pero necesario".

Miro otra vez las fotografías, aprovechando que Terencio se levanta a atender a otros clientes, esa niña de hombros dorados que desafía a la cámara con la mirada y se siente importante con su pez enorme y su padre al lado, ese cuerpo lleno de redondeces excitantes manchado de barro, vacío de sangre que parece una estatua griega recién desenterrada a la que falta la cabeza, esos ojos tranquilos y apacibles de un señor cualquiera que sonrío orgulloso de su Higo y mira sin miedo al tiempo, parece que conoce su futuro y desea llegar a ser un guardia jubilado que sale cada mañana al río a pescar y atesora todas las fotografías que su hija le envía de lugares remotos como joyas preciosas.

Cuando Karra Abásolo, alias "Mefisto" se levanta de la mesa el calor le sofoca y siente las piernas de plomo líquido, impotentes para sostener su corpachón de hombre de caserío, aprieta los dientes, cierra los ojos para que pase la nube negra que los ciega y da otro paso.

—Ese cabrón —murmura— debió matarme entonces.

Después de comer, las señoras se retiran a echarse una siesta. Karra y Terencio apuran juntos unos carajitos de café y ron quemado.

—¿Conoces quién está con nuestro alcalde Cesar Marqués?.

—Claro —replica Terencio— es un empresario llamado Rodolfo Fernández hace años venía por mi restaurante, pero ya debe estar muy mayor, era un señor distinguido y muy amable de origen alemán, creo.

Te ha resultado más fácil comprar un arma y dar con la dirección de aquel tipo que inventarte unas excusas que decir a tu mujer.

—Estaré dos días fuera, me tengo que acercar a la hacienda de un nuevo proveedor de carne para firmar el precio.

Buena excusa para acercarte lo suficiente al viejo pero no para ella, que te mira en silencio meter en un pequeño bolso una muda, el cepillo de dientes y ese sobre que recibiste hace dos días.

Rudolf Beumelburg, Rodolfo Casares, Rodolfo Fernández, venerable empresario, buen padre. El monstruo ha atravesado indemne la historia del siglo, no hay justicia. solo en las pueriles películas yankees, en las mediocres novelas moralistas el bien vence al mal, la realidad no escrita demuestra siempre lo contrario.

Algo ha cambiado en mí. Ya no creo en el relativismo ético de que no hay bien ni mal si no interpretaciones, puntos de vista, enfoques, opiniones. Ya me da igual lo que sea el bien, la justicia, la ley. Te importan una mierda las grandes palabras porque has descubierto que el mal existe, tienen nombre, identidad, rostro. Millones de muertos por la voluntad de unos pocos, pueblos extinguidos, arrasados por una fantasía, por una idea o una forma de ver el mundo e imponerla a sangre y fuego.

—El monstruo —dice Dimitri antes de entregarte un documento notarial en el que dice que te da su memoria, sus libros, su casa, sus sueños. Lo guardas en una de los archivadores sin saber que es un trozo de tu futuro, pensado que es un legajo más de una obsesión de viejo—. Monstruos, así llamábamos a los que definir como criminales sería un eufemismo bondadoso. Los niños creen que hay monstruos, el mal absoluto, el terror total, de adultos creemos haber borrado esas pesadillas, humanizamos al monstruo, le llamamos criminal, loco, víctima de sí mismo, hacemos leyes y cárceles para protegernos o para protegerles a ellos de sí mismos, pero nos engañamos. Los monstruos siempre están fuera, libres, caminan por la calle, sonrían, son amables, son queridos, civilizados. Nadie los descubre.

No has vuelto a ver a Dimitri desde entonces, ni siquiera te despediste y cuando leíste la copia de su testamento pensaste que era una broma. Pero quisieras creer, pensar, imaginar, escribir ahora que el monstruo ya no os persigue, ni os acecha, que Olga fue quizás la última víctima.

Dimitri ha visto como cientos, miles de monstruos se han puesto a salvo de la historia, han borrado sus huellas, han sido protegidos por gobiernos a cambio de indefinibles pactos, tratos, valiosos secretos. Solo unos pocos fueron atrapados por sus chicos, casi por azar. Venganza, justicia, asesinatos de Estado, Dimitri ha matado muchas veces, ha asesinado, pero no le importa el nombre que le puedan poner otros a matar monstruos.

Rudolf Beumelburg, Rodolfo Casares, Rodolfo Fernández.

Quiero recordar ahora su cara de joven guapo recién condecorado, de venerable anciano benefactor, escribir que Dimas llamó a su antiguo jefe exultante.

—Buenas noches jefe, ya le tenemos. No me pregunte cómo porque como se enteren los de arriba me van a poner a patrullar Gaza. Le envió la ficha encriptada por e-mail.

Veo, escribo, leo como Dimitri tiembla igual que un niño, llora de forma convulsa cuando imprime las hojas que le ha enviado Dimas y ve por fin los ojos de ese hombre y recuerda. Él conoció una vez a un miliciano risueño, simpático y valiente con esos ojos, un brigadista de origen alemán que luchó con Heliodoro y con Fritz, Georg, Paul, Karl, Willy Drumm, camaradas alemanes del batallón Edgar André, muertos casi todos tras un muro de la Ciudad Universitaria los primeros días de noviembre del treinta y seis, cuando Madrid estaba perdida, cuando solo la voluntad de un pueblo valiente y de un puñado de jovencitos inexpertos que llegaron de lejos a defender la República contra el fascismo salvaron la ciudad. Recuerdas su voz, su mirada, le ves sosteniendo la cinta de la ametralladora, compartiendo una botella de aguardiente que ha sacado Heliodoro poco antes de amanecer.

Als vor Madrid sie standen schon,
Stand auch das André Bataillon
Und schlug sie überm Fluß.
So hielten wir
der Feind vom Land,
Mit Spanien Brüdern hand in hand.
Gewehr bereit zum schuß!.

Erais treinta y cinco en esa posición, los recuerdas a todos cantando orgullosos antes que arrasaran el parapeto a morterazos, solo quedasteis Heliodoro, Willy Drumm, él y tú. La última vez que le viste iba para el Cerro de los Angeles, el Cerro Rojo, allí desapareció como tantos. Habías olvidado su nombre, sus ojos, su voz de tenor bien afinada.

Stand auch das André Bataillon!.

Ahora volvía de la muerte convertido en uno de los verdugos de Stalin o de los espías del Abwehr, la exigua documentación buscada durante años con usura de una sombra tenía por fin identidad. Dimitri siente un dolor agudo en las sienes pero su memoria enumera datos, claves, hechos, su posible traslado del batallón Edgar André a algún puesto de confianza con Orlov, su desaparición poco antes de la del jefe de la NKVD tal vez refugiado en la embajada Alemana o en cualquier otra, su facilidad para cruzar las líneas y volver a Berlín y para volver de nuevo a Madrid como un fantasma transparente y convertirse en el enlace de Olga. Después, su inteligencia para acercarse a Himmler y alejarse de Canaris a tiempo cuando el almirante tuvo una bronca con Hitler discutiendo sobre la cuestión judía, su astucia para borrar su pasado, atesorar unos puñados de diamantes y escapar a Madrid al final de la guerra mundial, su muerte fingida ocupando con su nombre la tumba de otro soldado en Yuste. Si, los monstruos siempre nos son familiares, buenos vecinos, afables ciudadanos, camaradas.

Dimitri se tumba en la alfombra aguantando la náusea, siente que de un momento a otro esos miles de libros que le rodean en círculo de desmoronarán sobre él asfixiándole. Cierra los ojos con fuerza, intenta aclarar sus ojos llenos de lágrimas, hace tal vez sesenta años que no llora, más que la vida entera de muchos de sus hombres y las lágrimas le escuecen como si fueran ácido, le corroen la memoria, le impiden respirar. Pero se levanta y baja de la torre agarrándose con fuerza a la barandilla de forja, se derrumba en el sillón del despacho, toma el teléfono y teclea unos números sin abrir los ojos.

Teodoro acaba de llegar hace dos días a su facenda, arrecia la tormenta y la lluvia calla todos los ruidos del bosque menos el grito de dos araras que están posadas en la castañeira más alta y cercana a la casa, está desnudo, tumbado en la hamaca imaginando otra vida posible, si no hubiera fingido su muerte, si hubiera dejado Madrid y hubiera vuelto al pueblo con su mujer y su hijo, pero no puede, no sabe.

Agradece que el ruido de una fueraborda subiendo por el Inauni le interrumpa esos sueños imposibles, en pocos minutos tiene delante al mismo joven que hace unas semanas se acercó a decirle que debía volver a Jara, está empapado hasta los huesos a pesar del impermeable. Le dices que pase, que hay café recién hecho en la cocina, el joven murmura un agradecimiento y entra dentro, Cuando sale se sienta en las escaleras con un gran tazón humeante que agarra con las dos manos para calentarse.

—Está bueno, muy bueno este café.

Pero solo da unos sorbos y lo deja en el suelo, también deja allí un sobre dentro de una bolsa de plástico transparente.

—Bueno, gracias por el refrigerio.

Solo mucho tiempo después de que deja de oírse el zumbido de la barca te levantas de la hamaca, recoges el sobre y lo abres con rapidez, con temor.

Hace una hora que acabas de volver de la selva, saliste ayer con la vieja escopeta de Valentín y cuatro cartuchos, comenzaba a llover entonces, deseabas perderte como esa primera vez, quieres sentir como la selva te va deshaciendo tus gestos de hombre, hiriendo despacio, susurrando que no eres liana, ni fiera, ni insecto; bebiste un poco de ayahuasca bien fermentada y te agazapaste en un antiguo puesto medio deshecho al pie del igarapé acechando al jaguar amarillo y suave del futuro. Con la mirada perdida en el agua turbia del río no sientes como te va empapando la lluvia que atraviesa el techo del refugio hasta que aparece una gran anta por la otra orilla, levanta la cabeza y mueve el hocico olfateando el posible peligro, no ve como bajas el arma y le apuntas, no ve tus ojos de fiera, tus dedos de enredadera tensando la voluntad de matar. El tapir se deja caer en el agua y nada derecho a tu puesto con su nariz de medio elefante fuera del agua, sale del río apenas a tres metros de donde estás escondido, la lluvia ha limpiado tu olor, la ayahuasca te lava entonces el instinto y te quedas inmóvil observando los ojillos confiados de la bestia que emprende un trotecillo por la arena y después desaparece en la maleza. Entonces sientes que has vuelto a casa. Estás en paz.

Abres la bolsa y lees las pocas palabras de Dimitri, sientes su urgencia, la grieta de su reproche, su orden de capitán de brigada.

“Sé que Iker te dijo donde estaba Jan Krål y no sé porqué le encubriste, pero eso ya no importa. Búscales, dile que el asesino de Olga Havel y de Olga Cepeda, Rudolf, es Rodolfo Fernández. Tal vez ya sea tarde”.

Entonces tu cuerpo de anciano enfermo, desnudo y agotado salta de la hamaca, te pones el pantalón desgarrado y sucio y rebuscas entre los papeles del escritorio el cartoncito azul que te dejó Iker sin decirte nada y que descubriste muchas semanas después de que se marchara a cumplir su venganza. Sales corriendo hacia el embarcadero y te montas en la barca de un salto, lianas tus músculos, fieras tus nervios, las orillas pasan deprisa, salta la embarcación sobre los troncos medio hundidos, atravíasas los bajíos de limo como sobre un cuchillo, el rugido del motor a todo gas asusta a los tucanes y en media hora adelantas la barca del mensajero que navega sorteando con prudencia y a medio gas las almandías de rama. A cada segundo tu barca va a volcar, el motor va a reventar pero sigues, corres río abajo casi con los ojos cerrados, sin sentir los goterones de la tormenta, ni el frío, ni las ramas que a veces te golpean la cara y llenan la canoa de arañas y

de hormigas. Tardas solo tres horas llegar Río Branco, dejas medio encallada la motora en el embarcadero de la tienda de Afonso, subes corriendo los resbaladizos escalones de madera y coges el teléfono sin ver la cara de sorpresa de los compradores que hay en la tienda ante la aparición de un anciano empapado, medio desnudo, cubierto de sangre que marca el número con las manos temblorosas, sentado en el suelo, que pregunta por un tal Jan y repite, grita su nombre una y otra vez, atravesando medio continente, remontando el río de la memoria, escuchando por fin la voz nítida de Jan a pesar de las interferencias de la tormenta.

No recuerdo sus voces, nunca vi a Jan, no quiero escribir lo que se dijeron en esos minutos, cuales fueron las palabras que se intercambian esos dos ancianos después de sesenta años. Me duele cualquier posibilidad, me espanta el misterio del joven brigadista que traiciona por afán de aventuras, los motivos del joven profesor que traiciona a su familia por una amante, dos viejos que han sobrevivido a sí mismos aunque se haya derrumbado su mundo mil veces y mil veces la muerte haya sembrado su memoria, su paisaje, sus ojos.

No me importa no poder, no querer imaginar esas pocas palabras que se intercambian en solo dos minutos antes que la tormenta corte la comunicación, ya no importa, está todo dicho, una vida, dos vidas enteras nombradas en solo unos puñados de palabras, da igual cuales. Imagínalas.

Y como en una carrera de relevos Jan Kral saca del cajón de la mesilla de noche el arma que llevaba Iker, comprueba el cargador de la “Brovin” que un anarquista sin nombre ocultó en el ligero equipaje del exilio hasta Buenos Aires. Arrancas el coche y sales de los límites tu Finca Alianza, pasas junto al gran Ombú bajo el que enterraste a Iker Elorza, pero no giras la cabeza, no hay tiempo, coges el carril medio perdido de los pajonales, cruza un peludo delante al que casi atropellas, corres por carriles polvorientos sin señales, ni indicaciones durante varias horas hasta que enfilas un carril recto de varios kilómetros.

—Vengo a ver al señor —le dices al gaucho que vigila el portón—
dígale que soy Jan Kral.

El portero pregunta por el walki y después abre la verja y te deja pasar.

XXIV

Me dijiste:— Fue un verdadero genocidio. Miedo, infinita desolación, terror. Quisieron exterminar todo lo que oliese a República y no dejaron mucho.

ESTOY SOLA, no tengo otra patria que un montón de letras apretadas dentro de una caja mágica, una manta grande de lana de alpaca, un vaso de plástico lleno de ron y los pies fríos, no puedo compartir la ilusión progresista de mi compañero Ignacio por el futuro, ni la pasión fanática por los ríos de mi querido tramposo. No quiero habitar otra vez la casa violada de la calle Magdalena, ni escuchar la nana de los grillos en tu cabaña del río.

Deseo estar sola, tal vez vivir en Madrid, levantarme de la cama desmadejada, con los ojos hinchados y no tener que limpiarme el sueño ni decir palabras amables a otro cuerpo. Deseo encender la chimenea de mi casa y leer despacio lo que he escrito dejando que las palabras me calienten la piel.

Voy a salvarte y a dejarte mi querido pescador, siempre tendré la cocina preparada para que me hagas buñuelos cuando vengas de visita y yo te pediré que tengas una caña lista, con hilo nuevo y anzuelos afilados para pescar juntos los barbos en abril, yo te cubriré con mi manta de alpaca cuando duermas agotado junto a mi chimenea y tu llevarás en la barca el saco doble de plumón de ganso para escondernos del frío y de los mosquitos en aquel recodo manso donde amarras el bote y me describes como sabe mi cuerpo.

Pero los días cotidianos, los días que envejecen, los que nos hacen egoístas y silenciosos los quiero para mí, para engañar al tiempo escribiendo, pasear despacio por la ciudad, aprender a guisar, ir al cine, acariciar el gato, escribir cartas a los amigos que están lejos, tal vez trabajar en la radio de Justi como antes, preparando guiones, documentando

informes, leyendo todas las noticias de agencia como quien lee cada día la página de una enciclopedia antigua llena de vocablos que nombran cosas remotas que ya no existen.

Esos días cotidianos que a veces escuecen como arañazos y otras veces saben a café recién hecho y bollos de mantequilla los quiero para mi sola. Sé que no dirás nada esta vez, no suplicarás mi presencia necesaria como mi marido Ignacio, ni me engañarás diciendo que me quieres porque tú y yo sabemos que el amor es otra cosa. Me dejarás marchar o tú te irás río abajo para que la despedida no sea un beso si no un saludo lejano con la mano apenas visible, me gustará saber que desde lejos no ves que te nombro como se nombra los sueños que nos derriten y nos hacen perder toda vergüenza. Mi pescador de palabras, imaginaré tus ojos brillantes al amanecer cuando te dejas llevar por la corriente y haces ese primer lance en el que concentras toda la emoción, la habilidad y las ganas de romper con el leve chapoteo del señuelo la superficie neblinosa del agua allí donde acecha un pez gigante que no existe. O tal vez sí. Pronto desearás ir a aquel Igarapé donde Teodoro tiene su casa y los peces que pesques si serán gigantes dorados, enormes siluros, surubíes atigrados, anguilas eléctricas, quizás solo allí, en ese arroyo de aguas rojizas y lechosas que crecen al compás de las tormentas tropicales descubras el sentido íntimo que tiene engañar a los peces.

Ahora, cuando quedan solo media hora para llegar a Madrid, quiero escribir las últimas páginas de esta historia, esas que ni Teodoro, ni Evaristo, ni Dimitri, ni tú ni nadie me contasteis. Tal vez para engañarme y creer que todo esto solo es una fábula, quizás porque necesito saber que no estás muerto o porque deseo creer lo que tú decías, que las palabras pueden cambiar la realidad a veces, cuando son mágicas y se pronuncian en un orden determinado, con un tono adecuado, en el momento propicio. Tu me enseñaste a adivinar que hay detrás de las letras o las voces, imaginar el mundo que se esconde al otro lado, debajo del silencio, que no es la voz o la palabra escrita si no la memoria del que escucha o del lector la que nos hace vivir.

Un abejorro negro y grande viene todas las tardes a libar las buganvillas, es igual a los otros pero tiene un zumbido más grave y un vuelo lento, sin prisas, imaginas que ya es viejo, ha aprendido a saborear cada flor y alimentarse del néctar con delicadeza. Nasser se cachondea y te contradice, para él el abejorro es un joven insecto que vuela y chupa las flores para disimular porque a lo que viene todas las tardes de verdad es a colocarse con el humo de vuestra marihuana. Te pasas los días pescando

con la barca por el río y las tardes columpiándote en la hamaca de colores pensando en abejorros drogadictos de polen y de instintos, escribiendo sobre Olga, sobre el lince, sobre un abuelo que no existía y ya no te importa si te pegan un tiro como a Olga. Escribo relatos de pesca para un futuro programa de radio, tengo para cenar un barbo asado con salsa de limón, hago buñuelos para desayunar con el pote de barro de mi abuela, fumo porros compartidos con los abejorros, los mosquitos, algún amigo y te espera aquí, escondido.

Te espero, aunque sé que ya no volverás. Te espero con la certeza de los jugadores, esa fe malsana en el azar y en las casualidades, Te espero porque me gusta inventarme tu regreso, suponer que descubres los enigmas, que lees todos esos papeles de Dimitri y de Juan que yo dije que te enviaran y que escribes con ellos y para ellos una novela, imaginaré que te ríes o que me odias de verdad por dejar en tus manos la existencia de tanto silencio y tanta memoria atesorada, Imagino que adivinas mi retorcida voluntad y publicas esta historia allí, con tu nombre u otro nombre cualquiera, da igual. No existe propiedad en las palabras, ni autor individual de la memoria, a Teodoro le gustará y a mí también encontrar sin querer el título rebuscando en el estante de novedades de cualquier librería aquí o allá y que el nombre no sea el mío si no el tuyo.

Te espero desde este exilio cobarde y voluntario de este pueblo pequeño pero es que Madrid es demasiado grande, allí no puedo salir a pescar al río caminando ni sentirme perdido en un recodo del Tietar donde el agua es más fresca y se esconden los peces más grandes. La tarde que me vine a esta casa pasé por la calle Toledo esquina con Calatrava y vi como estaban asfaltando ese último tramo de traviesas de tranvía que habían sobrevivido tantos años ignoradas y olvidadas, a salvo del sentido del progreso de todos los alcaldes y recordé nuestros pasos sobre ellas hace ya tantos años, cuando aún no sabía que en ese mismo lugar Olga Havel y mi abuelo Teodoro suben al tranvía y se besan creyendo aún que el futuro es posible.

Recuerda que es hermoso acariciar cuando el amor no sale igual que imaginamos y se nos derraman los gemidos por la prisa y la blanda humedad del parque que nos acoge en su colchón de penumbra sin que nos demos cuenta, sin poder esperar, sin saber como. Hablaremos sin redondear el sentido de las frases en el tiempo, ¿sabes...? Y entonces dejaremos que el silencio nos vaya acomodando a la espera de palabras por venir, tendremos otra vez la certeza de no saber quienes son nuestros cuerpos, esos dos volúmenes extraños recorridos de venas y de nervios, de genes, de calor, recubiertos de una piel que nos fascina.

Nunca aprenderé el camino fácil, los trucos adecuados, las técnicas precisas del amor, olvidaré esos pequeños descubrimientos que inventa la costumbre cuando el deseo ya no empuja suficiente. No viviré en tu casa ni te leeré cuando escribes mirando la pantalla por encima de mi hombro, ni iremos juntos a las fiestas como consortes que quieren mezclar las amistades, el amor y el trabajo, el nombre en el buzón o los acuerdos tácitos en las conversaciones.

Es hermoso no ser coleccionista, desconocer el origen de una risa, las causas que han provocado tu tristeza en un momento, los lugares pasados donde quisieras regresar acompañada; sentir que hoy, sin querer, por azar o por no sé, nuestros sexos se enredan y rebuscan y que mañana no será así, tal vez te duelan los ovarios o yo esté cansado de caminar por Madrid o nos sobre con mirar la chimenea y no decirnos nada, pero antes del sueño vamos a recordar que somos ellos y nosotros, que hay que sobrevivir y vivir a veces con el tiempo absoluto en nuestros dedos. Es hermoso pensar que solo el azar puede traerte tomándote de la mano hasta esta casa, imagino que llegas esta noche y que mañana prepararé buñuelos y cogeré higos frescos para desayunar, que me llamas cabrón por mi manía de jugar a las cartas con el tiempo y creer que el destino al final si se disculpa.

Toco por última vez esta hermosa cabeza blanca de Cocodrilo que está sobre mi mesa, su tacto de fósil parece aún caliente, me fascina la exageración útil de sus dientes tan largos y redondos, pienso en el azar de haberlo encontrado y no saber nada de su vida ni cómo llegó semejante monstruo a una charca seca de un pueblo de Cáceres. imagino la cara de Teodoro, el gesto que pondrá cuando reciba mi paquete con esta calavera dentro. Parecen los restos de un dragón, de un ser de otro mundo ya extinguido, Imagino también la emoción indescriptible de mi padre al descubrir que su padre no había muerto debajo de una casa derrumbada por las bombas y entenderle de pronto, lentamente, según van pasando los meses del verano, conocer el día que me hizo hasta en los más mínimos detalles, su imagen del amor, las fantasías de su vida o el color de los seres y visiones terribles que fabricaba el tumor en su cabeza y que yo nunca vi frente a su cama.

Es hermoso también suponer que no vuelves, que se han perdido los documentos que te enviaron y ya no existe ni la lagarta, ni una guerra sangrienta, ni un río lleno de ropa blanca al sol y lavanderas de rodillas con los dedos morados por el frío y cortados por la sosa del jabón, que nadie podrá leer que una vez hubo un viejo traidor superviviente, una joven mujer blanca y fuerte leyendo por la radio un cuento de batalla y ternura o sonriendo encima de un tranvía de la calle Toledo o destrozada y desnuda.

Si, podría olvidarlo todo, recuperar Madrid en su amnésica modernidad acristalada y pulcra, su río de automóviles de la Castellana, los bares de marcha, los cafés tranquilos y aparentes, el tripi que nos pone y el cuerpo de la rubia entre los brazos al lado de la barra, su lengua en mi oreja, la música que borra las palabras, mis dedos en sus ingles y dos preservativos preparados, el orden cotidiano de la gente yendo y viendo a sus trabajos hastiados de sí mismos, de sus hijos parásitos o esquivos, la emoción compartida del cine, un trabajo dinámico y bien retribuido que nos rellena el ego de paja y apariencia, un duplex con terraza al parque del Oeste cuando cumpla los cuarenta y esa lista de objetos miserables que nos han enseñado a desear. Si, es probable que ya no existan ellos, Teodoro, Evaristo, Dimitri, Heliodoro, que la caja llena de papeles que te envió Dimitri se perdiera y ya nunca sepas cuanta cantidad de vida llenaba entonces aquel tiempo ni escribirás nada sobre el latir de aquellos días. Así de simple y fácil, Ya no están las palabras que eran capaces de construir intimidades, pintar aventuras, recomponer pasados, emocionar a muchos perfectos desconocidos que también tuvieron un abuelo, como yo, un viejo héroe o un traidor, republicano o franquista, es lo mismo, un viejo que ya está muerto o delira en un asilo de las afueras de cualquier ciudad de España. Un anciano que una vez, no hace tanto, fue joven, estuvo vivo, amó, mató y pensó que nadie le olvidaría.

El abejorro negro que visita todas las tardes las buganvillas, la risa fácil de Nasser que viene de tarde en tarde a compartir mi hachís, mi conversación, la tristeza, la ausencia que nos dejó Olga, el olor de unos buñuelos, Madrid, simplemente, seguirán existiendo imperturbables aunque nunca escribas nada de todos ellos. Da igual ahora la traición cuando todos los traicionados están muertos, lejos, perdidos en la charca podrida de la historia.

Desde la terraza de la hacienda se ve la selva, la manigua, el bosque. Teodoro se quita las gafas y deja de leer para mirar la línea verde de las lomas de Mapareu, el anciano se quita el sombrero de paja blanca y estira las piernas sobre el banco de madera de castaño donde las tiene apoyadas, se levanta un momento para colocar en el tocadiscos nuevo que compró en Madrid el disco de Casals. Gonçalvez trajina en la cocina preparando la cena y tu relees en la terraza la última página de aquella historia que escribiste hace treinta años, en el mes de agosto de mil novecientos sesenta y cinco y enviaste a tu hijo, a un hombre moreno que nunca conociste y que recibió con asombro un paquete desde Brasil, ese niño que no tuvo en su memoria ninguna imagen tuya por remota que fuese y que leyó aquella

novela sin interrupciones una noche febril de octubre para después esconderla dentro de una carpeta de cartón en el último rincón del escritorio.

Ahora sabes porqué lo hiciste, donde estaba el misterio de aquel agosto frenético en el que quisiste cazar al jaguar. Ahora sabes que no olvidarán nunca el vacío infinito de los vencidos, el olor a muerte y frío del campo de Argelés, el sentido íntimo de las traiciones que nos hacen sobrevivir, el calor de un cuerpo de mujer recién amado, las caras, los nombres, el gesto de todos los amigos que se fueron quedando en el camino y que sabían que los guardarías entre palabras escritas como si fuera la tierra más sagrada del mundo como hace tanto juraste a Manuel Chaves. — Escribe todo eso, escribe de ellos, de nosotros, de ti —te había exigido—. Ahora sabes que lo hiciste por un desconocido que nació el mismo año que escribiste aquella historia que tú habías titulado “el Cementerio de los Elefantes” y muchos años después descubriría tu escrito y lo publicaría con su nombre y otro título sin saber que su plagio te haría regresar de nuevo a la ciudad que amaste.

Hoy te alegra saber el momento exacto de tu muerte, te hace feliz saber que tu última traición sólo se llevará tu vida, pero no tu voluntad, no quieres que tu cuerpo por fin quepa en la horma humillante de una simple palabra, no quieres que los médicos del hospital de Río Branco rebusquen entre tus sesos un pequeño tumor, eres demasiado viejo para luchar por una vida que ya no te pertenece desde hace mucho tiempo, por una memoria que ya está en otro lugar, en otro cuerpo, a salvo.

Ayer preparaste tu mismo el extracto de curare y la dosis adecuada de ayahuasca para tu último viaje y antes de subir con la motora hasta la hacienda has llamado a Sara, a Heliodoro y a Dimitri, otra pequeña traición para que la vida de los que amas no se demore en lejanías, para que esta vez las palabras no se confundan de autor o de sentido. Gonçalvez te pregunta desde la cocina si te apetece un poco de queso de cabra y le gritas que sí, que el olor te recuerda un pueblo pequeño de Cáceres donde todas las casas tienen la fecha de su construcción grabadas en la piedra. En la tienda de Afonso recogiste una caja grande que alguien a mandado hasta ese lugar perdido del mundo desde Jara. Tu amigo sale de la cocina cojeando y limpiándose las manos al mandil, un mandil que has comprado en el aeropuerto de Barajas, con un eslogan que ninguno de los dos ha sabido descifrar, "De Madrid al cielo".

—¿Porqué no has abierto aún la caja?.

—Me lo envía mi nieto, sí, el mismo cabrón que publicó nuestra historia con su nombre.

Gonçalvez saca una navaja multiusos del bolsillo que tú le has traído de regalo y arranca con rapidez los clavitos que sujetan la tapa del cajón. Sobre una superficie de virutas de corcho sintético hay una carta. Tu amigo

nervioso como un niño, sumerge su mano en aquella nieve falsa y toca algo duro, una forma alargada y rugosa que pesa lo suficiente para que el viejo no pueda sacarla de entre el poliestireno con una sola mano, así que mete la otra y saca a luz de la tarde un objeto misterioso y pesado, los rayos suaves del trópico iluminan la blancura marfileña de un enorme cráneo de caimán o de cocodrilo, miran aquel objeto con sorpresa. Parece la cabeza de un monstruo, de un ser de fantasía que habita en las pesadillas de los niños, o una pieza robada de algún museo de ciencias naturales, tiene la belleza inmóvil de un toten sagrado y familiar, de una escultura trabajada más por las manos sabias de un hombre que por los dedos milenarios de la naturaleza. Teodoro desdobra los folios y lee en voz alta:

"Querido abuelo, córtame una buena vara de bambú, seguramente vaya a tu casa en diciembre y quiero tener una buena caña para pescar esos peces gigantes de los que hablabas. Este cráneo lo encontramos en la hondonada de los chopos donde plantamos los naranjos. Encontramos también más huesos de todo tipo de animales, incluso partes de un esqueleto que parece humano y una escopeta antigua. Algunos del pueblo dicen que hace muchos años había allí varias pozas naturales que luego se desecaron en los años cuarenta para evitar el paludismo y se supone que los huesos pertenecen a los pobres bichos que cayeron al agua y se ahogaron, pero no hemos encontrado explicación para esta cabeza que según dijo Olga pertenecía a un gran cocodrilo del Nilo. Me recordó uno de los cuentos de tu novela.

—Así que la Lagarta existía —murmura Teodoro—.

—¡Pero que Lagarta ni que porras! —exclama el brasileño—, esto es la cabeza de un caimán por lo menos, de un caimán enorme, de un monstruo.

Pero Teodoro no le escucha, vuelve a tener diez años y está sentado en cuclillas sobre un cancho junto a un niño despeinado que tiene una honda en la mano, los dos miran con atención el relieve verde de las algas que recubren la charca y el burbujeo de las emanaciones de metano, su amigo le dice que matará a la Lagarta con la piedra envenenada y Teodoro no dice nada, sabe que no existen cocodrilos en España lo ha leído en un libro escrito por un tal Buffon, pero guarda silencio, no quiere romper esa complicidad, esa causa común que les une por las tardes a la salida de la escuela.

Gonçalvez se aleja hacia la cocina en silencio y tu metes la mano en el cajón y acaricias las formas de aquella cabeza como si acaricias una joya bellísima.

Mañana te levantarás temprano y atravesarás el río para llegar al pequeño cementerio del poblado, caminarás por el pasillo de la izquierda, el que está pegado al murete donde las lianas se descuelgan invadiendo las tumbas, entre cruces blancas en cuyo centro hay un óvalo o un recuadro

acristalado con una fotografía dentro, amarillenta por el sol, enmohecida por la humedad del trópico, retratos de hombres serios con la camisa cerrada hasta el último botón, de niñas mestizas vestidas de blanco, de viejas indias enlutadas con la mirada perdida en algún punto de su memoria, en algún recuerdo desecho por la demencia o el silencio; caminarás hasta una pequeña tumba con un nombre y dos fechas:

Valentín Quintas 1917 — 1996

Una de las pocas tumbas que no tiene encima jarroncitos de plástico o botes de cristal de mermelada o latas café soluble llenos de flores de todos los colores. Apenas te detendrás unos minutos sin mirar la lápida azulada, solo la tierra en la que depositarás como una ofrenda sagrada el cráneo inmenso de una Lagarta que tiene los dientes grandes como peonzas y puntiagudos como faca de gitano y te alejarás de ese cementerio que pronto será el tuyo y sonreirás al entender, sobrio y feliz, por qué los monstruos de los niños son tan ciertos como los de los hombres.

A Heliodoro le fue fácil robar las balas y colocarlas de nuevo en el cargador. Entró en la casa para contar a Edelman que vio al lince y acordó con el cazador acompañarle después al lugar exacto en el que vio al gato cazando.

Ahora, mientras espera a que sea la hora, está sentado en la mesa camilla intentando ver un documental de bichos que tanto le gustan. Hoy un grupo de hienas acechan a un jabalí extrañísimo que se llamaba facoquero que tiene más colmillos que cuerpo aunque tu nieta se emperra una y otra tarde en ver un culebrón. Suena entonces el teléfono.

—Preguntan por ti abuelo.

Natalia aprovecha que te levantabas para cambiar de canal, detrás de toda una sinfonía de crujidos y pitidos escuchas la voz de Teodoro.

—Si profesor, seguimos cuidando de él, ¡salud!

Cuelgas el aparato y acaricias la cabeza de tu único bisnieto con el que sales al campo casi todas las tardes de agosto y le enseñas los nombres de los pájaros y le das a comer las cosas buenas que ofrece el bosque a quién sabe leer en sus signos, pámpanos tierno de zarzas que gusto a limón, zarzamoras maduras dulces como arropo, corujas de agua picantes y frescas.

—¡No de al niño de comer guarrerías abuelo que luego tiene diarrea!... ¡No coma eso abuelo que tiene mucho colesterol!... ¡No debería comprar tanto embutido que tiene mucha sal y cualquier día nos da un susto!....

Un susto de verdad quisieras dar a tu nieta algún día, pero lo dejas correr, al fin y al cabo, para una semana al año que vienen a pasar unos días al pueblo, tengamos la fiesta en paz. A final de mes se irán de nuevo a Móstoles, a su piso estrecho, a su ciudad infecta y sus trabajos inexplicables pulsando todos los días unas teclas con letras y mirando fijamente una pantalla de televisión en la que solo se ven palabras.

Vuelves a la mesa camilla, quitas el mando a distancia por sorpresa a tu nieta y cambias de canal. El facochero se defiende como un demonio y las hienas cobardes se ríen como viejas locas.

—¡No comprendes que esto es más instructivo para el niño! —la riñes como cuando era una cría—.

—¡Abuelo, abuelo! ¿Y como se llama ese bicho con cuernos en la boca?. —pregunta el niño—.

—Es un facoquero.

—¿Y porqué bisa?

—Porque tiene los colmillos como facas, como navajas afiladas igual que la que me regalaste por mi cumpleaños.

—¿Y hará pupa a esos perros que se ríen tanto de él?.

—Seguramente.

Tu nieta se levanta bufando y murmurando entre dientes palabras que duelen más que las navajas de facoquero, pero haces como que no las oyes. Si supieran para que sirve la bendita sordera de los viejos.

—Salgo un rato —gritas desde la puerta—.

Coges el viejo Lada al que le suenan tanto como a ti los pulmones y carrileas durante media hora hasta que Gredos parece de pronto un muro infranqueable, paras el coche y caminas por una senda borriquera ya perdida hasta el molino ruinoso donde escondisteis las armas. Rebuscas entre los aperos de labranza arrinconados el azadón pequeño que tiene la punta estrecha y está afilado como un hacha y a vas a la habitación del fondo donde antes se guardaban las mulas, te arrodilla en el suelo con cuidado.

—La maldita espalda la tengo como carcomida por la humedad de tantas noches al raso. —explicas a nadie—.

Nadie sabe que tienes pequeños trozos de metralla enquistados cerca del hueso, nadie recuerda como huelen las explosiones en aquella trinchera de la ciudad Universitaria.

El viejo sopla la paja del suelo y limpia con delicadeza la tierra que cubre un portón de buena madera de roble, en cuanto ve el borde entre la madera y la piedra inca el azadón y hace palanca, pero la herramienta se resbala y se hiere los nudillos con el suelo pero no maldice, se chupa rápidamente los rasguños y lo intenta de nuevo, esta vez la puerta se mueve un poco y la punta entra más, lo suficiente para meter los dedos y descubrir un hueco.

Enciendes la linterna y te dejas caer en el pasillo estrecho que lleva hasta el sótano. Levantas allí una de las lonas embreadas que cubren las cajas de armas, quitas una de las tapas y desdoblas el papel engrasado de uno de los rifles.

—Perfecto, como nuevo —murmuras—.

Te encaras el arma y acerrojas en vacío mientras apuntas a la oscuridad, como entonces. Vuelves a dejar el arma en su sitio y caminas hasta el fondo de la cueva donde guardas un pequeño saco de tela embreada que desatas con cuidado, descubres otro saco más pequeño hecho de la misma tela pero con el nudo también lleno de alquitrán, sacas del bolsillo un pequeño cortaplumas suizo que te regaló el nieto en tu último cumpleaños y rajas el saco lo suficiente para meter la mano y poder sacar dos bombas de mano Laffite nuevas, sin un rasguño en su pintura gris.

El anciano deja con cuidado los explosivos en el suelo y se escupe en las manos, sonrío, ahora no es Heliodoro, el hijo más pequeño del Zorrero, el alimañero más famoso de la comarca que vive de vender sus pieles y de pedir la voluntad paseando sobre la mula blanca la loba muerta por las calles de Jara, Ya no es el falso indiano que cambia la identidad con el hermano muerto, ni el obediente guarda jurado que vigila las lindes persiguiendo furtivos aunque algunas noches le llame la sangre y se ponga de aguardo en los maizales del río acechando los jabalíes con la luna llena, ahora, mientras manipula con cuidado la rosca trasera de la bomba de mano es Heliodoro el dinamitero que admiran los camaradas alemanes del batallón Edgar André con los que compartió aquellas trincheras infernales donde fueron muriendo todos, su amigo Fritz Dietrich que mandaba una escuadra de ametralladoras y le salvó el pellejo sacando su Spinalny de la casamata y atacando a los fascistas por un flanco, Georg Meyer, Paul Lose, Karl Katz, Paul Baumgarten, todos muertos entre las ruinas de la Facultad de Farmacia, todos menos él y el alemán Willy Drumm a quién cada año por febrero manda un kilo de chorizos picantes a Berlín, camaradas para siempre.

El tapón de la bomba se resiste un poco pero al final cede, Recuerdas el gesto sonriente de aquel falangista con cara de niño, los ojos grandes, azules, el uniforme impoluto con otras dos Laffites como estas enganchadas al correa recién engrasado, parecía que se reía de tu cara de miedo y sorpresa, sentado entre el resto de sus compañeros muertos por la ametralladora de Fritz, hasta que le viste el pequeño agujero que tenía junto a la oreja y el gran boquete que abrió la bala al salir por la coronilla, Fue la primera vez sentiste respeto por un muerto fascista, le tapaste los ojos abiertos con la gorra y el madroño rojo se balanceaba sin parar mientras le desabrochabas las correas para coger los explosivos. Sentiste respeto por el chico, en esa guerra los únicos de verdad vencidos iban a ser los muertos.

Afilas con la navaja un palito fino para rascar la pasta seca del explosivo hasta hacer un montoncillo sobre la losa limpia por un par de soplos profundos que te marean un poco, sacas del bolsillo de la camisa un cartucho pequeño y dorado del 243 que has robado de uno de los cargadores, envuelves con cuidado la punta con tu pañuelo y la muerdes mientras forcejeas con la mano hasta que se suelta el proyectil, vuelcas la vaina en tu palma y miras un segundo los granos de pólvora de color grisáceo antes de esparcirlos por la paja, entonces con la punta de la navaja vas introduciendo pequeñas porciones del explosivo de la Laffitte en la vaina dorada hasta que está llena y bien compactada, ajustas con cuidado el proyectil de punta blanda y le das unos golpecitos con el taco de madera que has traído en el bolsillo para que quede como estaba antes.

El cazador lleva toda la noche de aguardo y a pesar de la buena ropa aislante tiene el cuerpo entumecido y frío pero no mueve un músculo. Una pareja de patos cruza el río muy cerca del puesto, no le han detectado, buena señal, piensa. Entonces percibe el leve movimiento de unos brezos en la hondonada que da al arenal donde la ha dicho el antiguo guarda de Edelman que vió al lince, pero piensa que será alguna de las nutrias que ha visto toda la tarde en la otra orilla comiendo cangrejos y jugando a perseguirse, pero muy despacio va moviendo los brazos y apuntando con el rifle hacia el lugar y justo cuando tiene en el visor las flores diminutas y rosadas del brezal se da cuenta por el rabillo del ojo que algo grande acaba de cruzar un pequeño claro que hay entre los cañizos de la orilla, pero no se mueve, algo han visto también los patos porque se sumergen de pronto y no salen hasta muchos metros después, a salvo ya entre la maleza.

Al cazador le sudan las manos, el corazón se le sale por la boca, le lagrimean los ojos por el frío o la emoción y durante unos segundos no puede enfocar bien en la distancia. Después de haber perseguido tantas fieras por todo el mundo, de haber aguantado con pulso firme las amenazas de los jaguares, las panteras, los pumas, los leones, los leopardos, te pones ahora nervioso ante la sombra de un gato pequeño e inofensivo en una mañana plácida de otoño al pie de un río manso, no saber porqué te ocurre esto te perturba y acentúa aún más el lagrimeo y el temblor.

No te tembló el pulso la otra noche, cuando aquella estúpida apareció haciendo ruido y te espantó a un lince que ya dabas por trofeo seguro aunque estás seguro de haber alcanzado al gato, le tenías bien apuntado. ¡Maldita zorra!, No dudaste ni un segundo en apuntarle a la cabeza y apretar el gatillo, ¡maldita imbécil!, desnudaste el cuerpo igual que se desuella la piel a un animal y tiraste después las ropas al río, te aseguraste que la bala le había atravesado el cráneo y después dejaste caer varias veces una gran piedra sobre su cabeza para borrar el rastro, menudo estropicio de sangre

hiciste. Tenías que haber arrojado el cuerpo al río pero oíste un ruido a tus espaldas, parecían pasos y saliste corriendo instintivamente, a los pocos metros te paraste a escuchar, ¡maldita puta!, No te diste la vuelta para limpiar la carnicería, diste un gran rodeo sin encender la linterna y llegaste poco antes de amanecer a la hacienda de Edelman. Nadie te oyó entrar y cuando la mañana siguiente bajaste a desayunar con el viejo camarada de tu padre y este te preguntó —¿qué tal ha ido la noche?—, tu le respondes, mientras coges una tostada, que te has retirado pronto, que estuviste apostado junto a la antigua lobera y que solo viste a los jabalíes.

Ahora, mientras cierras los ojos con fuerza para intentar aclararte la vista y respiras despacio y hondo para relajar el corazón te has acordado del cuerpo blanco y redondeado de la muchacha y de los movimientos espasmódicos de sus brazos. ¡Maldita gentuza que se mete a joder la vida sin pensar en las consecuencias!. Poco a poco, en segundos que te parecen horas tus músculos se relajan y tu vista se aclara justo en el instante en el que asoma por los brezos la cabeza soberbia de un gran lince macho.

El cazador no dispara, espera a que asome el cuerpo, no quiere destrozar el trofeo. Pasan lentos los segundos, el gato tiene la mirada fija en el recodo del río. ¡Venga!, Solo un paso más, desea el cazador, enseñame el codillo, por un instante piensa disparar al brezal pero sabe que así es casi seguro que perderá el trofeo, que la bala puntiaguda se desviará si choca con cualquier ramita, Pero el lince no sale, desaparece de nuevo en la maleza asustado por algo que ha visto en el río, una barca neumática que baja lentamente llevada por la corriente, un pescador que se inclina por la borda y mete la cabeza y el agua, que se despereza, se sienta y comienza a preparar una caña. ¡Maldito cabrón!. Y en ese instante, ahora precisamente que se ha desencarado el arma, vuelve a ver al lince que sale de la maleza, por fin de cuerpo entero, parado, perfecto, el cazador lo piensa todo en un instante, primero el trofeo y después otro tiro al imbécil ese de la barca, mete en la cruz del visor el hombro moteado y aprieta con suavidad el gatillo. El estampido retumba en el Tietar, los patos asustados remontan el vuelo y el pescador se pone en pie y ve a lo lejos en la curva de arena que hace el río a un hombre con las manos en la cara, gritando de dolor, ciego, ensangrentado, tropezando y cayendo una y otra vez entre los juncos.

XXV

Me dijiste:—La memoria es el único lugar donde a la muerte le duele entrar.

TU NO QUERÍAS ESCRIBIR SOBRE ELLOS, no sé que descubriste en Nueva York, que te contaron entonces para que abandonarás la idea de escribir sobre la guerra, qué pasó para no te fueras a Brasil con Olga a perseguir al Yaguarundi para que regresaras al poco a Madrid como un exiliado mudo y después a Jara como un mudo exiliado.

—Los héroes y los mitos son un invento de los propagandistas o de los malos novelistas que quieren arreglar el mundo reescribiendo la historia, dividiendo el mundo entre sanjorges y dragones.

—Vale —te digo— es un argumento retorcido y metafórico que apesta a coartada barata.

—Estoy seguro —me replicas— pura coartada. Digamos que en Nueva York alguien me contó la fábula de un viejo que finge su muerte y abandona a su familia, digamos que sumo dos más dos y descubro que ese cabrón era mi abuelo. Para mi padre era un mito, un héroe de los que defendieron Madrid. Digamos que pasa el tiempo, años y aquí en Jara retomo la manía de coger la grabadora y preguntar a los cuatro viejos que quedan de entonces, descubro en un libro de una brigadista rusa llamada Elizaveta Parshina que estuvo en el XIV Cuerpo Guerrillero que uno de sus compañeros de dinamita es mi vecino, con el que discuto sobre cuando hay que abonar los naranjos y hacer la sementera de los tomates, un vejete venerable que murió hace poco tiempo. Ese día después de discutir de pulgones y tomates le pregunto de pronto por su trubio pasado de “hijo de la noche”, de guerrillero tras las líneas enemigas, se sienta en un surco, enciende la grabadora y en menos de treinta minutos de cinta me cuenta su vida entera. Acaricia un tomate aún verde mientras me habla, está casi ciego pero camina por los surcos de su huerta sin tropezar: —Le meto un balazo al capitán —recuerda— colocamos los explosivos en las vías, reventamos el

almacén y salimos de allí pitando, y cuando voy a entregar la documentación que hemos cogido en la caseta descubro una lista de nombres, de tipos que van a ser paseados, una más que voy a doblar para no leer pero leo sin querer el pueblo al que le toca, Jara, ¡joder!, ¡me cago en mi puta madre!, Ese es mi pueblo. Me tiemblan las manos según voy leyendo la lista y los cargos, agarro una bolsa de cartuchos de dinamita y una metralleta y salgo corriendo del campamento, pero me cogen los compañeros, estoy como rabioso, loco, aterrado. He leído los nombres y los cargos y el primero de la lista es el nombre de mi padre, “*rojo furioso*”, de mi hermano de dieciséis, “*hijo de rojo y ateo*”, del maestro Severiano Núñez, “*maestro republicano e intelectual peligroso*”, del joven secretario del ayuntamiento, “*quitó el puesto de secretario al hijo del alcalde*”, de Teodoro Sánchez, “*republicano de derechas y amigo de anarquistas*”, y así hasta treinta nombres de gente que yo conocía, buena gente, algunos republicanos, pero otros no se habían significado en nada, simplemente no iban a misa o pagaban un jornal justo o ni siquiera eso. Todos asesinados, tratados como perros sarnosos.

¿Entiendes?, aquel viejo guerrillero me estaba contando de primera mano sesenta años después que si mi abuelo hubiera regresado a Jara con mi abuela lo hubieran paseado como a tantos. Digamos que su traición le salvó el pellejo. Pero él nunca lo supo. Antes que se marchara de nuevo a su selva pensé contárselo, pero no lo hice, es mi pequeña venganza. Supongo que mi abuela si lo sabía y creyera o no que su marido había muerto en Madrid, tenía la certeza de que le habrían asesinado en Jara de todas formas. Los falangistas que confeccionaron esa lista y que cometieron esos crímenes han vivido aquí en el pueblo hasta que se han muerto de viejos. —Regresé de Francia en los sesenta —me siguió contando el guerrillero— y cuando los vi por el pueblo me dieron ganas de buscar dinamita y volarles los cojones, pero no lo hice, no le puedo explicar porqué.

—¿Guardas todas esas grabaciones? —te pregunto—.

Pero no me respondes.

—Ahora que importa —dices por fin— Olga lloraba escuchándolas.

Escribo deprisa, temo no terminar antes de que se acabe este viaje o que la azafata vikinga en cualquier momento me pida que apague el ordenador para que no interfiera en los instrumentos del avión.

No puedo preguntarme ahora porqué Dimitri antes de marcharme a Guatemala me dio este documento notarial en el que dice que me deja su mansión y su pedazo de *tierra* “*para que cuide su biblioteca*”, pone en el papel. Porqué viene a verme el padre de Olga antes de marcharme y me jura que cuidará de ti, que ya está muy cerca de trincar al asesino o porqué Teodoro me llamó desde Río Branco y me dice que pida a Heliodoro una

bolsa de caucho ahumado en la que está escondida la historia entera de un pueblo llamado *Nauauí*. Mi pueblo, mis atepasados, mi memoria.

Yo solo soy la que cuenta esta historia, la narradora, una voz callada que deja que suenen vuestras voces. Solo una periodista que iba a hacer un reportaje sobre unos nidos de cigüeñas en un pueblo de Extremadura, solo una mestiza, una indita, alguien que te amó hace muchos años y ya no te ama. Tendría que escribir ahora que soy otro personaje, que me llamo Jara Sánchez, una mujer de treinta y cinco años como cualquier otra que ha cogido un avión para Madrid hace unas horas, una pasajera más a la que la azafata mira con suspicacia cada vez que pasa.

Avisan que el avión va a pasar por una zona de turbulencias, de pronto caemos al vacío durante un momento interminable, la azafata rubia no puede reprimir un pequeño grito mientras corre a su asiento para abrocharse el cinturón, el avión vuelve a remontar altura y a caer igual que si le hubieran arrancado las alas. Otras veces este baile infernal me hacía agarrarme al asiento y cerrar los ojos teniendo la certeza que en el próximo bache el aparato seguiría cayendo en el vacío y todos tendríamos conciencia de nuestra muerte durante muchos minutos, sin embargo ahora sigo con los dedos en las teclas y los ojos en vosotros.

Cuando Jan abre la puerta un joven tiene encañonado a Rudolf, tu aparición inesperada le desconcierta, imagino que en un segundo decide acabar también contigo, pero ese instante de duda, es un fallo de principiante, tú solo ves el fogonazo del arma que Rudolf empuña y el cuerpo grande que se desmorona a tu lado, la sonrisa del alemán acercándose al desconocido que agoniza a tus pies para darle otro balazo en la cabeza, nadie entra en el despacho, como si los estampidos de las armas fueran cosa corriente en la casona.

—¡Cuánto tiempo camarada!

Dice Rudolf mientras se agacha y rebusca en los bolsillos de la chaqueta del desconocido para asegurarse de lo que ya sabe, no se le olvida una cara, hace dos años fue a comer con unos clientes a un restaurante español, excelentes las alcachofas con camarones, no había mentido el individuo cuando le llamó por teléfono para concertar una entrevista en la hacienda, acordar la compra de toda la carne para el restaurante y hablar de un posible negocio de exportación de carne al vacío para una cadena de restaurantes argentinos en la madre patria. Lee su tarjeta de identificación,

—Karra Abásolo.

Rudolf no puede reprimir un último momento de furia y descarga una patada en la cara deshecha del cadáver.

—Hace mucho tiempo, décadas que no intenta nadie venir a matarnos. No entienden que ya somos otros, igual que tú. Pero vamos, dame un abrazo camarada. ¿Porqué no acabaste con ese anarquista sarnoso que fue a visitarte? —te dice al oído, mientras te palmea la espalda sin fuerza—.

Así fue, así lo quiero escribir.

No quiero pensar que la historia puede ser otra, no quiero escribir que el cazador, furioso porque la barca ha espantado al animal o porque has visto como pega un tiro a un hermoso lince, decide dispararte también a ti como hizo con Olga.

No quiero escribir que en otro lugar del mundo y de la historia, ni Karra, decidido a pagar una deuda envenenada, ni Jan, dispuesto a vengar a un amor adolescente, consiguen matar a Rudolf.

No quiero pensar que llegaré otra vez tarde a Madrid, a tu casa de Jara con este ordenador lleno de una historia inútil, falsa, con esa forma de contar historias con final feliz que odiabas.

Aquí tengo la certeza, la prueba que el asesino vasco no tuvo éxito. Cogí un periódico argentino abandonado por alguien en la sala de embarque y leo en la portada:

La premio Novel Rigoberta Menchú liberada por la policía de sus secuestradores.

Y en una esquina, en letra más pequeña:

“Un refugiado vasco intentó atentar con el conocido empresario argentino, Karra Abásolo, antiguo asesino de ETA, desapareció hace algunos años y había rehecho su vida, estaba casado con J.T. y regentaba un conocido restaurante en Rosario llamado El Riojano, la policía prosigue sus investigaciones”.

Rudolf ha acabado con el asesino que envió a por él el padre de Olga. Aún sabe protegerse, igual que cuando era un espía de Canarias en la España del treinta y nueve, o en los últimos días de la caída de Berlín de donde supo salir indemne y escapar a España o en esa última semana que pasó en Madrid antes de dar el salto a Argentina cuando el nombre con el que se movía en España estaba en la lista de los ciento cuatro alemanes que reclamaban los aliados al ministro de Asuntos Exteriores Martín Artajo en el cuarenta y siete. Tampoco bajó la guardia en Argentina, la pistola siempre limpia, con bala en la recámara, preparada, eran muchos los alemanes refugiados gracias a Perón, supieron tocar los resortes del poder, hacerse importantes, estaban unidos y eran económicamente poderosos. La guerra

había pasado y ahora otra guerra llamada Fría les protegía, aunque los malditos judíos siguieran revolviendo el pasado y reivindicando una memoria que a pocos importaba.

—No sabía quién era —le miente Jan, intentando que su voz suene a desprecio— se presentó como un antiguo amigo de Madrid pero le dije que se equivocaba, que yo nunca había estado en esa ciudad.

Rudolf abre las puertas y grita a alguien que llamen a la policía.

—Venga, vamos a dar un paseo.

Salís de la hacienda y camináis despacio por una seda paralela a un riachuelo. Rudolf te habla, pero tú no le escuchas, te recuerda el puñado de diamantes que te entregó en Madrid, habla de Canaris, de su muerte horrible colgando de una cuerda de piano, de los buenos años que pasó en España, los mejores tanto en la guerra como después.

—Pero tú, Jan, te enredaste con aquellos piojosos, fue el almirante quién os facilitó las cosas en Praga, ya me contarás que pasó con aquel primer cargamento de armas, de los demás nos encargamos nosotros, a espaldas de Canaris, claro, Heydrich puso al corriente a Hitler de aquel enjuague y lo paramos a tiempo. ¿Te imaginas lo que hubieran dicho los historiadores?. Negocio redondo, los alemanes vendían armas a Franco pasándose por el arco del triunfo el tratado de No Intervención y a la vez vendían armas a la República, los negocios son los negocios, ¿no?. Apretaron las clavijas al Canaris antes de ejecutarle pero no nos dijo el porqué, logramos coger a tiempo sus documentos y sus diarios, pero no había nada positivo sobre aquel asunto de las armas. Siempre imaginé que seguías siendo leal al Almirante, de alguna forma él era también era un romántico de la guerra, un aventurero, detrás de su eficiencia y su actitud de hombre frío y práctico se escondía otro estúpido como tú.

Rudolf habla, pero tú ya no le escuchas, tus ojos están perdidos detrás del bosquecillo de caldenes y alpatacos, buscando en el horizonte limpio de la mañana como era la sonrisa de Olga Havel cuando acaba de tocar la guitarra y el viejo maestro le corrige, cómo eran los ojos duros de Iker Elorza cuando discute con Teodoro sobre la revolución, la anarquía, el mundo posible que les espera si ganan la guerra a Franco, pero no logras recordarlos, no puedes verlos, tu memoria los ha perdido para siempre y cuando el camino se estrecha y tenéis que pasar el uno detrás del otro has sacado el cuchillo verijero de desollar jabalíes y se lo has clavado en el cuello hasta el bonito mango de cola de peludo.

Rudolf se da la vuelta, quiere seguir hablando, su mano no acierta a empuñar el arma que ha guardado en el bolsillo de la chaqueta, en sus ojos se ve el espanto de saberse ya muerto pero aún vivo, se tambalea y cae al cauce de agua que apenas cubre medio metro, logra levantarse del lodo, escupe sangre, empuña por fin la Walter contra ti, pero ya está muerto, su dedos no le obedecen y mientras se derrumba intenta decirte algo, una

palabra que no escuchas, que no ves, porque antes de que el monstruo se hunda para siempre te has dado la vuelta, caminas deprisa hacia la hacienda, no hay nadie en la explanada de la entrada, solo el portero que te abre y te pregunta por el amo.

—Ahora viene, está calzoneando entre los matorrales.

Así fue, así lo quiero escribir. Estaba sentada en el avión, mientras esperábamos en cola de despegue y continué leyendo la página de sucesos de El Periódico:

“...El asesino no pudo dispar su arma y fue abatido por el empresario en defensa propia, sin embargo, al parecer, un segundo sicario apuñaló después al empresario Rodolfo Fernández que fue encontrado días después en un río cercano”.

Quiero creer que el muerto es Rudolf, recuerdo haber leído el nombre de Rodolfo Fernández en un libro que Ignacio trajo a casa.

—Mira, tal vez te interese para lo que estás escribiendo, este Uki Goñi se ha dedicado durante años a bucear en la basura peronista, saca a la luz las conexiones del Vaticano y de Perón con los Nazis.

Lo deja encima de la mesa, apilado con otros que Ignacio te compra, te parece interesante, lo leerás sin duda cuando termines de escribir, hojeas el libro, lees algunas páginas al azar. Pero ahora no lo tienes para buscar ese nombre en el índice onomástico, solo tienes el ordenador, tu memoria, el avión saltando en la oscuridad a diez mil metros, tu voluntad de inventar una realidad posible. Si, Uki nombra en ese libro recién publicado al empresario y ganadero Rodolfo Fernández, exiliado español pero posiblemente alemán de los Sudetes, capitán del Abwerh o de la SD de Reinhard Heydrich con el probable nombre de Rudolf Beumelburg. Posible, probable, sabes que es él, escribes desde esa certeza cómo Jan se aleja de la hacienda y conduce durante horas por caminos sin señales de vuelta a su Finca Alianza.

Escribo deprisa, salto con las palabras por una senda extraña que sólo yo veo entre la maleza. Igual que Teodoro cuando se perdía en la selva persiguiendo al jaguar, igual que Iker cuando sigue durante años el rastro del monstruo, igual que Olga Cepeda mientras se arrastra entre las jaras siguiendo a un lince que nadie ha visto.

Durante estos días, he levantado a veces los dedos del teclado y sin embargo las palabras seguían apareciendo en la pantalla o eran las voces, vuestras voces las que me seguían empujando, apartando las lianas y los espinos, calentando el café, hablándome al oído, acariciando mis piernas entumecidas como en aquella fotografía de una ternura infinita que vi una

vez contigo: un hombre acerca su mano a la hoguera para después acariciar los pies desnudos de una niña que tiene sentada en sus rodillas, están rodeados de nieve, de miles de personas que huyen hacia la frontera derrotados, agotados, perseguidos. Debe hacer un frío atroz, se ve que los fugitivos apenas llevan ropa de abrigo, pero no importa, han logrado encender una exigua fogata y el padre ha quitado a la niña de apenas cinco años las alpargatas y le calienta los pies amoratados con sus propias manos, como si además del calor del fuego quisiera calentarle la piel con su propio calor, con su amor, con su ternura. Una niña y un padre que contemplaron Teodoro, Iker y Evaristo mientras caminan hacia la frontera.

Escribo sobre ti, sobre ellos, sobre historias antiguas que a nadie interesan, he descubierto demasiado tarde que todos sois también parte de mi presente. Escribo o sueño o imagino que eres tú hoy quién escribes todo esto, que yo estoy ahora lejos, donde habita el olvido, ese lugar confortable de rutinas previsibles y horarios tranquilos. Eres tú quién me has inventado, quién escribes que he tomado un avión para salvarte y llegar a tiempo al río. Es tan fácil, una mañana te has levantado con resaca maldiciendo ese timbre que suena con insistencia y le has firmado al cartero el recibo de entrega aunque esta a nombre de Olga Cepeda. Es una caja de cartón muy pesada que dejas encima de la mesa de la cocina. Haces café y despiertas Nasser,

—Venga, te invito a unos buñuelos.

Buscas en el cajón la navaja de Olga para cortar el precinto, la que tu le compraste en Nueva York hace tantos años en una pequeña tienda de la calle Broome de madera de bubinga y acero sueco.

—Te olvidarás de mí cuando deje de cortar —le dijiste con toda la estúpida arrogancia de entonces—.

Muchos años después descubriste que entre el equipaje que llevó a tu casa cuando vino a quedarse estaba esa navaja, afilada como una cuchilla de afeitar y ahora cuando la tocas desearías saber la historia de cada rasguño que hay en la hoja, de cada abolladura que tiene la madera, del cordón de cuero de tapir y la uña de jaguar que lleva atada.

—Olga siempre se echaba al bolsillo esa navaja cuando salía a recechar al lince —dice Nasser—.

Has abierto la navaja con delicadeza, apenas pesa pero corta los precintos nada más posar el filo sobre ellos.

Escribo, imagino, sueño que eres tú el que destapa la caja, quién recuerdas y escribes, quien va sacando los archivadores de cartón y los abres con cuidado como si fueran cofres herrumbrosos que esconden tesoros. Vas haciendo montones encima de la mesa con los documentos, las fotografías, los recortes, las cartas; intentas buscar un sentido, vas leyendo los papeles, mirando las caras de las fotografías sin saber porqué, sin

adivinar quién te ha enviado todo eso, con qué intención, cuál es el hilo que une ese documento escrito en ruso en el que descubres el nombre de Rudolf con la fotografía de dos jóvenes sobre un tranvía en la calle Toledo, que tienen que ver las cartas que Olga Havel envía a Jacinto Heredia con un listado de tipos y clases de armas con su precio en dólares y libras puesto en el margen, porque hay una grapa que une la fotografía de Orlov con un recorte de una revista de caza. Y en cada papel que tomas entre los dedos escuchas la voz de tu Olga, su cara de asombro, su gesto de usura y mimo tomando los documentos como si fueran de humo y ceniza. Sabes que solo ella y su inmensa paciencia habría sido capaz de trazar el camino de vuelta, retroceder en la historia, llenar de vida con sus palabras lo que hora sólo son papeles amarillentos y fotografías antiguas.

Imagino, sueño, deseo escribir que tienes que ser tú quién nombre a Iker Elorza, quién odie a Orlov, quién descubra a Rudolf, quién ame a Olga Havel y acaricie con ternura la dura barba de Jacinto, tendrías que haber sido tú quién pasa semanas extendiendo los documentos por la alfombra, buscando en la biblioteca de Dimitri las palabras que faltan, invocando a los muertos y convenciendo a los vivos, a Heliodoro, a Evaristo, a tu abuelo para que hablen, para que te cuenten qué pasó entonces y porqué hoy es tan importante recordar.

Imagine, sueño, escribo que ayer me llamaste por teléfono y me dijiste que has escrito su historia, descubriste que los caminos de vuelta a la memoria siempre son imaginarios y que yo estaba al final o al principio de este cuento.

—Eres un personaje más, te he llamado Sara Sánchez Jara —dices— me gustaría que cogieras un avión mañana, me gustaría leerte lo que he escrito, dejarnos llevar por la corriente hasta el arenal, lanzar las cañas a fondo y que pique de una vez ese pez enorme que ha visto Nasser.

No hago el equipaje, salgo de mi casa de la calle Magdalena a comprar el billete y a dejarme mojar por la lluvia, me lavo la cara de tanta angustia, de tanto cansancio cuando me cuentas no sé qué de un furtivo que encontraste ayer herido en la orilla del río.

—Se le había reventado el arma y se revolcaba entre los juncos delirando así que le recogí y le llevé al hospital.

Ignoras que a quién recogiste y auxiliaste es al asesino de tu mujer, el hijo de Rudolf.

Estoy sola, se han encendido las lucecitas de "no fumar" y de "abrocharse el cinturón" y la azafata rubia de pómulos sonrosados de anuncio de mantequilla avanza por el pasillo ordenando amablemente a los pasajeros despistados que se abrochen el cinturón y cierren las mesas.

Tengo que grabar estas últimas páginas y apagar el ordenador, mirar por la ventanilla como se acerca la tierra dividida en trocitos de arbitrarias geometrías de ocre y verdes.

No creo que las palabras escritas o las voces derramadas en el aire cambien nada del presente, pero si la memoria, ese hueco caliente que se llena de aliento y lágrimas, ese país necesario donde hay que perderse sin temor para que el placer de contar una historia toque los ojos de quienes amamos. Esa patria de los no quieren patrias, ese cielo de los que no creyeron nunca que existieran los cielos. Ya no tengo miedo, no sé olvidar.